

# POLITICA OBRERA EN EL PAIS VASCO

1880-1923

Juan Pablo Fusi



Ediciones Turner

QUEEN MARY COLLEGE  
(University of London)  
LIBRARY

---

HD 8589.B3

CLASSIFICATION

---

AUTHOR

FUSI AIZPURUA, J.P.

---

TITLE

Política obrera en el País Vasco  
(1880-1923).

---

LOCATION & STOCK No.

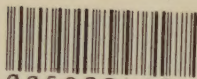
MAIN LIB. 217444

QMC

623842 5



30213



006238425

DATE DUE FOR RETURN

NEW ACCESSION

~~22 NOV 1987~~

14. NOV 88





POLITICA OBRERA EN EL PAIS VASCO  
(1880-1923)

POLITICA OBRERA  
EN EL PAIS VASCO  
(1880-1923)

EDITADO POR  
FELIX DE AZCARRAGA  
CARRERAS Y CALZADO

PRIMERA EDICION

1923



JUAN PABLO FUSI

POLITICA OBRERA  
EN EL PAIS VASCO  
(1880-1923)

WITHDRAWN  
FROM STOCK  
QMUL LIBRARY

EDICIONES TURNER  
MADRID

21 7444  
HD 8589.83

Cubierta, Diego Lara, sobre un cuadro de Vázquez Díaz,  
propiedad del Museo de Bilbao.

© JUAN PABLO FUSI

© De esta edición,

EDICIONES TURNER, S. A.

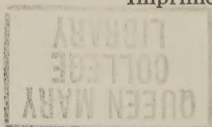
Calle Génova, 3. Madrid-4

Papel fabricado por Torras Hostench

ISBN: 84-85137-15-9

Depósito legal: M. 13.628 - 1975

Imprime: Closas-Orcoyen, S. L. Martínez Paje, 5. Madrid-29





## PROLOGO

*El presente trabajo es un estudio cronológico de la política de las organizaciones que intentaron movilizar a los trabajadores industriales de la región vasca en partidos y sindicatos independientes entre los años 1880 y 1923. Ha sido preciso dedicar atención prioritaria al análisis de la actividad política del partido socialista, dado que fue la fuerza más influyente entre los sectores movilizables de las clases obreras de aquella región a lo largo del período aquí estudiado.*

*Podría pensarse, por tanto, que este estudio enlaza con la ya amplia serie de trabajos que sobre problemas obreros y temas afines han aparecido recientemente en España. Conviene precisar que esto es así sólo hasta cierto punto, y que incluso son casi más las diferencias que las analogías entre uno y otros. Al menos, que así fuera es lo que, entre otras cosas, se pretendía al escribirlo. Y ello por varias razones. En primer lugar, porque aquí no se ha pretendido realizar ni el estudio de una clase ni el de unas estructuras sociales, sino el de unos organismos políticos: se ha intentado reintroducir el factor político (necesidades de partido, preocupaciones electorales, etc.) en esta clase de trabajos, muy a menudo olvidado en beneficio de consideraciones de otra índole, como si la política de los partidos que aspiran a movilizar a los trabajadores no se viera, en definitiva, inspirada por motivaciones similares a las que inspiran a otras fuerzas políticas. De aquí que se haya preferido un enfoque meramente empírico, por considerarlo más conveniente para un trabajo que es más historia política tradicional —no hay apuro en afirmarlo— que historia social. Las limitaciones de dicho método no las ignora nadie. Y, sin embargo, su utilidad para revisar versiones falseadas del pasado sigue siendo, en gran medida, difícil de superar; para ello es bastante, a veces, fechar*

con rigor o precisar un resultado electoral o el número de afiliados a una agrupación política.

En segundo lugar, porque con este estudio se ha querido reaccionar contra lo que, con razón o sin ella, considero como una interpretación desenfocada del obrerismo español que creo caracteriza muchos de los trabajos a los que aludía más arriba; interpretación desenfocada, por estar dominada, en mi opinión, por un cierto sentimentalismo obrerista más propio de Dickens que de Marx, y por concebir la historia española más reciente como una incesante lucha de clases; interpretación desenfocada, por abundar en ella lo que, siempre en mi opinión, no son sino abstracciones lógicas, generalizaciones falaces (la clase obrera, la burguesía, cuando en realidad se aluden a sectores de una y otra), esquematismos ideológicos y apriorismos no constatados empíricamente. Así, en un voluminoso y prestigioso manual de historia del movimiento obrero español de publicación reciente —que no citaré para que no se vea en ello otras razones que diferencias de carácter puramente profesional, pero que me parece, además de honesto y digno, representativo de la tendencia historiográfica a que se alude— es posible leer que Iglesias obtuvo en Bilbao «5.000 votos en las reñidas elecciones legislativas de 1893», cuando sacó 187; que los mineros de Vizcaya «subían a la superficie» al cabo de su jornada laboral, cuando no bajaban de ella nunca por ser la casi totalidad de las minas canteras al aire libre; que en Bilbao, en 1918, se dio «el caso singular» de que Prieto «saliese sin elección, por el artículo 29, ya que nadie se atrevió a enfrentarse con su candidatura», cuando lo hicieron otros dos candidatos cuyos votos, sumados, superaban a los de aquél. Esto por citar sólo unos pocos ejemplos referidos únicamente a la región que interesa a este estudio.

La lectura de ese tipo de trabajos produce la impresión de que sus autores son más los abogados de una causa que los investigadores de un problema. Debería tenerse en cuenta que el progresismo es (o a muchos parece que es) una virtud, pero que la historia es otra cosa; y que si lo que se quiere es escribir una historia verdaderamente crítica —y no sustituir unos tópicos por otros—, no parece haber otro camino que la interpretación de unos datos hecha con el mayor rigor científico, con el máximo distanciamiento posible y con una absoluta inde-

pendencia de criterios; no basta desempolvar los escritos de un olvidado pensador socialista, ni publicar textos y más textos de la prensa obrerista, ni conocer a los hombres que trabajaron en las fábricas y talleres de este país por su nombre, a lo que se llegará si continúa la atención, en mi opinión exagerada, que recientemente se viene prestando a los estudios del movimiento obrero. Esa exageración está dando lugar a una falsificación de la historia contemporánea española, al menos de los años anteriores a 1914: por dedicar atención prioritaria a los conflictos abiertos de clase —hecho marginal, salvo en algunas provincias, en la España de aquellos años—, se presenta como una sociedad en extremo polarizada la que en realidad era una sociedad profundamente desmovilizada política y socialmente; que las tensiones se contuviesen y estallasen más tarde es otra cuestión.

Quienes lean las páginas que a continuación siguen, y puesto que en ellas se analizan diversos conflictos sociales de gran violencia e intensidad, deberán ponerlos, para entenderlos correctamente, dentro del contexto social del país, sobre el cual pueden ser reveladores los testimonios de tres observadores de aquella época que por su orientación ideológica y conducta política resultan poco sospechosos, o al menos no se ve el interés que pudieran tener en desvirtuar la realidad: en 1901, el que fuera secretario del partido socialista, Juan José Morato, decía que «en países como el nuestro» se podía «considerar al movimiento obrero como incipiente»; en 1915, Luis Araquistain observaba en éste «demasiado poco movimiento»; en 1922, Indalecio Prieto, por entonces quizá vanguardia de la oposición al régimen monárquico, veía con desaliento la indiferencia de todo el país, incluidas sus clases obreras («el país, sí —puntualizaba—, porque esta cantinela de las clases directoras es una dulce simpleza»), hacia la totalidad de los problemas que llenaban la vida pública: «jamás se llegó —decía— a tal grado de insensibilidad, a tan profunda mansedumbre» (El Liberal, Bilbao, 6 enero 1922). Por lo que se refiere a los trabajadores industriales, que son obviamente los que interesan en este trabajo, casi podría afirmarse que el escaso desarrollo industrial del país disminuía sensiblemente la posible influencia política de sus organizaciones.



Otras circunstancias parecían aconsejar el prudente empirismo que se ha procurado inspirara este trabajo: por la misma falta de fuentes internas —de lo que se resienten, inevitablemente, todos los estudios sobre el movimiento obrero español— y de estudios sobre historia contemporánea del País Vasco ha sido preciso exagerar la precaución a la hora de analizar algunos de los temas que se abordan en el texto. Incluso así, es evidente que esas mismas circunstancias acentúan la provisionalidad de este estudio y que, a la luz de nuevas investigaciones, será, probablemente, preciso rectificar algunos extremos del mismo.

Quiero hacer constar mi agradecimiento a las numerosas personas que han contribuido con su ayuda a la realización de este trabajo. De todas ellas debo especial gratitud a Rafael Azqueta, sin cuyas innumerables gestiones no habría tenido acceso a una parte muy considerable del material que he utilizado; a Raymond Carr, por su paciente labor de supervisión y crítica; a Joaquín Romero Maura, a cuyas observaciones, críticas y sugerencias debo, en gran medida, mi formación profesional, y a José Varela Ortega, a cuya amistad debo el haber podido realizar este estudio en Oxford y cuyo contacto casi diario a lo largo de cinco años ha servido, entre otras muchas cosas, para revisar, corregir y modificar numerosos puntos de vista erróneos.

En el mismo sentido, me han sido de gran utilidad las indicaciones y puntualizaciones de Renato Barahona, Shlomo Ben Ami, Carlos Blanco Aguinaga, Joan María Esteban, Ignacio Olábarri, Gabriel Jackson, José María Maravall, Paul Preston y E. Malefakis. Agradezco igualmente la ayuda material que he recibido a lo largo de cuatro años del Centro de Estudios Ibéricos, de St. Antony's College y del Banco de Urquijo: sin ella no me habría sido posible ni empezar ni completar este estudio.

Finalmente, quiero expresar mi gratitud, por diversos motivos que van desde la localización de fuentes y facilitación de documentos a valiosas informaciones verbales, a las siguientes personas: don Ramón Carande, doña Regina Soltura, doña Soledad Ortega, don José María Areilza, marqués de Santo Floro, don Ramón Rubial, don José Bullejos, don Leandro Aroca, don Pedro Infante, doña Gotzone Echebarria, don José Ignacio Zabala, don Anto-



*nio Elorza, don Manuel Pérez Ledesma, don Eugenio Lasa, don José Gorriti y los señores Iza, Merodio y Gavi-  
ria; y, por descontado, a los archiveros, bibliotecarios y  
personal de los archivos que se citan en el texto, así como  
a los de los archivos de La Gaceta del Norte, El Correo  
Español-El Pueblo Vasco, y del escritorio de los señores  
Gandarias en Bilbao.*



## ABREVIATURAS

ADV	— Archivo de la Diputación de Vizcaya.
AEE	— Anuario Estadístico de España.
AHV	— Altos Hornos de Vizcaya.
AM	— Archivo Maura.
AMG	— Archivo Ministerio de la Gobernación.
AMB	— Archivo Municipal de Bilbao.
Arch. Pres.	
Gob.	— Archivo Presidencia del Gobierno.
AU	— Archivo Unamuno.
BIRS	— Boletín del Instituto de Reformas Sociales.
BOPV	— Boletín Oficial de la Provincia de Vizcaya.
CNT	— Confederación Nacional del Trabajo.
DSC	— Diario de Sesiones de Cortes.
EME	— Estadística Minera de España.
EI	— El Imparcial.
EL	— El Liberal (Bilbao).
EN	— El Nervión.
ES	— El Socialista.
GN	— Gaceta del Norte (La).
IRS	— Instituto de Reformas Sociales.
LC	— Lucha de Clases (La).
LE	— La Epoca.
NB	— Noticiero Bilbaíno (El).
PRO	— Public Record Office.
PSOE	— Partido Socialista Obrero Español.
PV	— Pueblo Vasco (El) (Bilbao).
SOV	— Solidaridad de Obreros Vascos.
UGT	— Unión General de Trabajadores.
VG	— Voz de Guipúzcoa (La).





## INTRODUCCION

### VIZCAYA INDUSTRIAL Y MINERA

#### I. *Las minas de Vizcaya*

Entre 1876 y 1900 el País Vasco experimentó un intenso proceso de industrialización, que en pocos años dio lugar a una profunda transformación de la región. Sin embargo, inicialmente se trató de un proceso geográficamente restringido. Alava, la mayor de las tres provincias vascas, continuó siendo una provincia agraria hasta los años cincuenta de este siglo, y en Guipúzcoa el desarrollo industrial afectó, en principio, a un reducido número de centros urbanos. Antes de 1900 la industrialización estuvo confinada a Vizcaya y, más concretamente, a Bilbao y su *hinterland*. No obstante, el nacimiento industrial de Vizcaya afectó indirectamente a toda la comarca. Hubo considerable migración interna hacia los centros industriales; éstos proporcionaron nuevos y más amplios mercados para los productos agrarios de las zonas rurales de las tres provincias; el auge industrial de Vizcaya fomentó a su vez el desarrollo de Guipúzcoa. En definitiva, como el tiempo probaría, el futuro económico del País Vasco quedó desde entonces irrevocablemente ligado al desarrollo industrial.

La expansión industrial de Vizcaya se debió, principalmente, a las innovaciones tecnológicas de la industria del hierro y a la situación geográfica de Bilbao. El descubrimiento del proceso Bessemer para la fabricación de acero revalorizó considerablemente el mineral de hierro en Vizcaya, a causa de su escaso contenido en fósforo. Por otra parte, la proximidad de las minas al mar y su accesibilidad hizo de ellas un blanco obvio para las inversiones extranjeras.

Los criaderos de hierro de Vizcaya se hallaban enclavados en tres cuencas: Somorrostro, Bilbao y Galdames-Sopuerta. De ellas, la más importante, tanto por la abun-

dancia como por la calidad del mineral, era la de Somorrostro. De los 47.781.451 toneladas que, según el ingeniero de minas Adán de Yarza, se habían extraído en toda Vizcaya entre 1876 y 1891, un 87 por 100 (41.572.918 toneladas) correspondían a dicha cuenca. Situada al oeste de Bilbao, a unos 10 kilómetros de distancia de esta localidad, la cuenca de Somorrostro comprendía dos grandes masas de mineral —Triano y Matamoros— de tres y dos kilómetros de longitud, respectivamente, y anchuras variables, pero nunca superiores a los 1.500 metros. La distancia desde los principales pueblos mineros de la cuenca (Gallarta, Ortuella, La Arboleda, Las Carreteras, San Salvador del Valle) y los distintos puntos de embarque situados a lo largo de la ría de Bilbao (Olaiveaga, Zorroza, Luchana, San Nicolás, Sestao, etc.) era, de hecho, insignificante: la existente por ferrocarril, entre Ortuella y la ría, era de ocho kilómetros. La casi totalidad de las minas de Somorrostro se explotaban en canteras al aire libre —«a roza o a cielo abierto»—; el mineral más abundante, *rubio* (hematites parda), se presentaba casi siempre al descubierto. En 1912, sólo 857 mineros se hallaban empleados en toda Vizcaya en galerías subterráneas, por 9.309 ocupados en trabajos al exterior. Este hecho reducía considerablemente los costos de explotación. No era preciso el empleo de maquinaria compleja ni el recurso a procedimientos extractivos que exigiesen inversiones cuantiosas. Las grandes masas de mineral eran removidas mediante potentes barrenos; los trozos de mineral procedentes de la explosión eran partidos por los mineros con picos y azadones, separándose el escombros con rastrillos y cestos. El mineral ya pulverizado y limpio se transportaba —inicialmente en carros y carretas, tirados por bueyes y caballería, y en cestos, cargados a hombros por los obreros; luego, en planos inclinados, tranvías aéreos y cadenas sinfín— a los puntos de arranque de los ferrocarriles mineros, que lo llevaban hasta los embarcaderos de la ría. Ninguna de las labores mineras requería mano de obra especializada: ello, en gran medida, hizo posible la rápida incorporación a aquéllas de trabajadores sin experiencia previa ni formación técnica (1).

---

(1) Sobre las minas de Vizcaya, véase: M. Adán de Yarza, *Descripción física y geológica de la provincia de Vizcaya* (Madrid, 1892),

No eran muy diferentes las características de las otras dos cuencas mineras. La de Bilbao —formada por los cerros de El Morro, Miravilla y Ollargan, situados en la parte sur de la villa, prácticamente dentro ya de su casco urbano— se hallaba enclavada junto a la ría; la distancia por ferrocarril desde Galdames a los embarcaderos de Sestao y Portugalete era de unos 20 kilómetros. El número de galerías subterráneas era en una y otra tan insignificante como en Somorrostro.

Determinadas disposiciones administrativas vinieron a complementar estas ventajas naturales de las minas de Vizcaya. El 1 de enero de 1863 se redujeron los impuestos forales, que hasta entonces habían prácticamente hecho imposible la venta del mineral fuera de la provincia de Vizcaya: la producción aumentó de 70.720 toneladas en 1863 a 120.470 en 1864. En 1868, una nueva ley de minas acabó por derogar las disposiciones que impedían la exportación, aunque aún subsistiría un impuesto sobre la misma de seis reales por tonelada. No obstante, la producción experimentó un sensible impulso: de 250.357 toneladas en 1870 pasó a 403.142 en 1871 (2).

La nueva ley abrió las puertas a la inversión extranjera. El capital británico —dadas la total dependencia de la industria inglesa del acero de importaciones de mineral y las indudables ventajas que para aquél reunían los criaderos de Vizcaya por su riqueza metálica, proximidad geográfica y extracción relativamente barata— desarrolló pronto un interés particular en las minas vizcaínas. En 1870 se constituyó la primera compañía inglesa para explotarlas, The Bilbao River and Cantabrian Railway Co. Ltd.; un año más tarde, sir W. Armstrong y Bolckow, Vaughan y Cía. crearon la Luchana Mining Co.; a fines de 1872 eran ya ocho las compañías registradas, y en

---

páginas 137-168; M. Basterra, *Vizcaya minera* (Bilbao, 1894); *Las minas de hierro de la provincia de Vizcaya. Progresos realizados en esta región desde 1870 hasta 1899* (Bilbao, 1900), pp. 31-78; F. D. Adams, *Notes on the Iron Ore Deposits of Bilbao, Northern Spain* (Ottawa, 1901); J. Lazúrtegui, «La industria minera de la provincia de Vizcaya», en F. Carreras Candí (ed.), *Geografía General del País Vasco-Navarro. Provincia de Vizcaya* (Barcelona, s. a.), pp. 121-158.

(2) M. Adán de Yarza, *op. cit.*, p. 165; J. Mañé y Flaquer, *Viaje por Vizcaya al final de su etapa foral* (Bilbao, ed. 1967), pp. 384-385.

1875, veintidós, con un capital autorizado de 2.678.412 libras (3).

El capital local tuvo una participación no completamente desdeñable en la financiación de las nuevas empresas. La familia Ybarra, grupo de industriales y propietarios mineros, se asoció con fuertes empresas siderometalúrgicas extranjeras para formar, en 1873, Orconera Iron Ore Limited, y, en 1876, la S. A. Franco-Belga de Minas de Somorrostro (4).

Otros industriales locales —Martínez de las Rivas, Chávarri, Echevarrieta, Lezama Leguizamón, Allende, Gandarias, etc.— poseían o adquirieron minas en las tres cuencas. Pero el mismo peso de los intereses ingleses, y la falta de un mercado nacional para los minerales de hierro, orientó la producción hacia la exportación.

La guerra carlista de 1873-76 interrumpió por unos años la actividad de la zona minera. Los carlistas ocuparon Somorrostro en la primavera de 1873. Impusieron un impuesto adicional sobre la exportación de 12 reales por tonelada. Bajo estas condiciones, sólo en algunas minas continuaron las operaciones de extracción. En 1873 aún se produjeron 365.340 toneladas. Pero a partir de agosto de dicho año, los carlistas cortaron el ferrocarril de Triano y ocuparon las instalaciones de compañías, como la Luchana Mining, que no aceptaron sus condiciones. La

---

(3) M. W. Flinn, «British Steel and Spanish Ore: 1871-1914», *Economic History Review*, vol. VIII, núm. 1, 1955-56, p. 87; según Flinn, las importaciones inglesas de mineral de hierro entre 1871 y 1914 se elevaron a 188 millones de toneladas, de las cuales 150 millones vinieron de España.

(4) Orconera se constituyó el 17 de julio de 1873. El capital inicial de la Compañía, integrada por los Ybarra, Dowlais Iron Co., Consett Iron Co. y Krupp, era de 200.000 libras. En virtud del contrato pasaban a propiedad de Orconera, por noventa y nueve años, diversas minas situadas en Somorrostro. La Compañía se obligaba a construir un ferrocarril minero e instalaciones de embarque en la ría. El contrato de la Franco-Belga era idéntico. Su capital inicial era de tres millones de francos. La Compañía se fundó el 8 de mayo de 1876 y, junto con los Ybarra, participaban en ella la S. A. Hautes-Fourneaux et Forges de Denain et D'Auzin, S. A. Forges et Fonderies de Montataire y Société John Cockerill. Véase: *The Orconera Iron Ore Co. Ltd. Incorporated 17 July 1873. Memorandum of Association and Articles of Association and Contracts, and Special Resolutions* (Londres, 1873) y *Société Anonyme Franco-Belge des Mines de Somorrostro (Espagne). Recueil de Documents* (París, 1877).



producción se redujo a 100.821 toneladas en 1874 y a 34.296 en 1875 (5).

A finales de este año, según el cónsul inglés en Bilbao, Horace Young, algunos influyentes propietarios mineros carlistas habrían estado dispuestos a colaborar por el fin de la guerra, comprometiéndose a lograr la deserción de tres batallones acuartelados en el distrito minero si el Gobierno se avenía a respetar los Fueros. Pero el plan fracasó, al parecer, al ser descubierto por el alto mando carlista (6). Fue preciso, por tanto, esperar a una victoria decisiva de las fuerzas alfonsinas antes de que la actividad minera pudiera ser reemprendida. En enero de 1876, el general Loma ocupó las Encartaciones y los carlistas abandonaron la margen izquierda del Nervión. El 11 de febrero, el cónsul Young comunicaba a sus superiores que el puerto de Bilbao había quedado nuevamente abierto al tráfico y que la exportación podía ser reanudada (7). Ese mismo año, la producción alcanzó otra vez los niveles anteriores a la guerra: 432.418 toneladas. Cuando en la segunda mitad de 1876 el Gobierno de Madrid, cediendo a presiones de los exportadores de mineral, redujo los impuestos sobre la exportación a un real y medio por tonelada, la producción alcanzó proporciones sin precedentes. En 1877 se rebasó ya el millón de toneladas. El verdadero desarrollo industrial de Vizcaya comenzaba a partir de aquel momento.

Entre 1876 y 1900 se extrajeron un total de 94.016.807 toneladas de mineral, de las cuales se exportaron un 90 por 100, de ellas un 60 por 100 a Gran Bretaña; otras 75.643.494 toneladas fueron extraídas entre 1901 y 1920, año a partir del cual la industria minera de Vizcaya declinó considerablemente, debido al agotamiento de los criaderos, proceso cuyos primeros síntomas pudieron apreciarse desde 1910. Como consecuencia de la exportación de mineral, el puerto de Bilbao adquirió una acti-

---

(5) M. Adán de Yarza, *op. cit.*, p. 165, y *Vizcaya or life in the land of the carlists at the outbreak of the insurrection 1872-1873 with some account of the iron mines in the vicinity of Bilbao* (Londres, 1874), páginas 111 y ss.

(6) Young al embajador británico en Madrid, 31 diciembre 1875, Public Record Office, FO 72/1420, «Spain. Consuls at Bilbao and Santander Young-March. (Political consular, commercial.) Jan-Dec. 1875».

(7) Young al embajador británico en Madrid, 11 febrero 1876, PRO, FO 72/1447.

vidad inusitada. El movimiento general portuario —exportación, importación, cabotaje— creció de 1.981.131,5 toneladas en 1878-79 a 5.765.629,7 toneladas en 1898-1899 (8). Si en 1871 habían entrado en Bilbao un total de 457 barcos ingleses (95.190 toneladas de registro bruto), en 1877 lo hicieron 930 (506.358 toneladas). Los veleros, que en 1871 habían sido 309, comenzaron a ser sustituidos por vapores: en 1877 sólo entraron ya 121 veleros ingleses, mientras que el número de vapores de la misma nacionalidad se elevó de 148 en 1871 a 809 en 1877. En 1884 el tráfico de barcos ingleses en el puerto de Bilbao superó incluso al de Hamburgo y Amberes, hasta entonces los puertos europeos que registraban una mayor entrada de barcos británicos (9). El número total de barcos entrados en Bilbao pasó de 1.886 en 1876 a 3.116 al año siguiente; en adelante, hasta la Primera Guerra Mundial, la entrada de barcos oscilaría entre las 3.750 y 4.500 unidades anuales (10):

«Toda la ría, desde Bilbao al mar —escribía un ingeniero de minas canadiense que visitó la zona en el verano de 1900—, es un activo escenario, lleno de

---

(8) *Las minas de hierro*, p. 137; datos sobre producción minera de Vizcaya entre 1876 y 1920, en M. Adán de Yarza, *op. cit.*, p. 165; J. La-zúrtegui, «La industria minera de la provincia de Vizcaya», en F. Carreras Candi (ed.), *op. cit.*, p. 153, y A. Churruca, *Minería, industria y comercio del País Vasco* (San Sebastián, 1951), pp. 97-98.

(9) En 1885 entraron en Bilbao 2.924 barcos ingleses (2.468.952 toneladas de registro); en Hamburgo, 2.631 (1.617.212 Tm.), y en Amberes, 2.408 barcos (2.176.591 Tm.); Young a Foreign Office, 23 noviembre 1885, PRO, FO 72/1713. Véase, además, «Report by Consul Young on the Trade and Commerce of Biscay, Guipúzcoa and Old Castile for the year 1876», *Parliamentary Papers. Commercial Reports, 1877*, pp. 714-719.

(10) Los datos están tomados de los informes anuales enviados por los cónsules ingleses y publicados en la serie de *Parliamentary Papers. Commercial Reports* (años 1876-1912). La mayor afluencia se registró en 1882, en que entraron un total de 5.235 barcos, que totalizaron 3.152.383 Tm. de registro bruto. Esta última cifra fue superada posteriormente, lo que indica que los pequeños vapores y veleros usados en los años 1876-90 fueron luego reemplazados por barcos de mayor tonelaje, de unas 1.700-2.500 Tm. de registro. Así, en 1912 entraron 3.565 barcos, que sumaron 4.089.164 toneladas. Por lo que se refiere a la marina mercante española, no fue hasta 1899-1900 que pudo desplazar a la inglesa a la cabeza de la actividad del puerto de Bilbao. En 1897 entraron 1.695 barcos españoles y 1.729 ingleses, pero éstos sumaban 1.537.549 Tm. de registro, y aquéllos —entre los que se incluían todavía 454 veleros—, 491.852 Tm. A partir de 1898-99, los navieros de Bilbao

barcos con banderas de todas nacionalidades, cargando mineral y otros productos casi ininterrumpidamente en los muelles y embarques situados a ambos lados de la ría» (11).

## II. *Desarrollo industrial y financiero.*

Esta intensa actividad de extracción y exportación de mineral dio lugar a vastas acumulaciones de capital. El desarrollo comercial y financiero de Bilbao superó los cálculos más optimistas: «Hay pocos casos similares en Europa —escribía el cónsul inglés en Bilbao en 1887— de un crecimiento y prosperidad comerciales tan rápidos» (12). El mismo estimaba que los 36 millones de toneladas de mineral exportados entre 1878 y 1889 habrían suministrado a los propietarios mineros un beneficio neto de 14.400.000 libras, es decir, unos 420 millones de pesetas. «Desde 1882 hasta 1894 —calculaba el ingeniero de minas Goenaga— el mineral extraído asciende a 44.337.629 toneladas, que a razón de nueve pesetas/tonelada, importan 399.038.661 pesetas» (13). Ramiro de Maeztu, entonces un joven intelectual que veía en una expansión capitalista similar a la experimentada por Bilbao la clave para la regeneración española, calculaba que hasta 1901 las exportaciones de mineral habían proporcionado unos mil millones de pesetas (14). La cifra era, sin duda, exagerada, aunque reflejaba con exactitud la idea que sobre la riqueza de Vizcaya existía a principios

---

comenzaron a organizar sus propias flotas. En 1900 entraron en Bilbao ya 1.501 barcos de bandera española, en su casi totalidad vapores, que dieron un total de 1.157.671 Tm. de registro.

(11) Frank D. Adams, *Notes on the Iron Ore Deposits of Bilbao, Northern Spain* (Ottawa, 1901), p. 3.

(12) «Report by Consul Young on the Trade and Commerce of Biscay, Guipúzcoa and Old Castile for the year 1885», *Parliamentary Papers. Commercial Report*, 1887, p. 88.

(13) Citado en L. Larrañaga, *El libro de Bilbao y sus cercanías. Guía artístico-comercial* (Bilbao, 1896), p. 6. Los cálculos del cónsul Young cifraban el precio medio de la tonelada en ocho chelines por tonelada. Véase: «Report by Consul Young... for the year 1890», *Parliamentary Papers. Commercial Reports*, 1890-91, pp. 905-906.

(14) R. Maeztu, «Bilbao. IV. Las causas de la crisis», *EI*, 11 agosto 1901. Recientemente, M. González Portilla ha calculado en 574.332.877 pesetas los beneficios de la exportación de mineral entre 1876 y 1900: M. González Portilla, «Aspectos del crecimiento económico que conducen al desarrollo industrial de Vizcaya» (Contribución no publicada al I Coloquio de Historia Económica de España, Barcelona, 1972), p. 39.

de siglo en el país. Pablo de Alzola, influyente economista local, consejero de varias importantes empresas vizcaínas, estimaba, con mayor precisión, que los beneficios obtenidos por el capital local en la explotación de las minas entre 1878 y 1907 ascendían a 542,7 millones de pesetas (15).

En cualquier caso, era evidente que Bilbao había acumulado recursos financieros en proporciones considerables. Mientras en 1870 operaba allí un solo banco —el Banco de Bilbao, fundado en 1858—, en 1907 lo hacían cinco: Bilbao, Comercio, Crédito de la Unión Minera, Vizcaya y sucursal del Banco de España. Los fondos depositados en la banca local subieron de 138.609.003,88 pesetas en 1870 a 1.266.986.497,88 pesetas en 1899. En 1907, Alzola estimaba el total del tráfico bancario de la villa en 1.959 millones de pesetas, y otro destacado economista local, Julio Lazúrtegui, calculaba que el potencial financiero de Bilbao ascendía en 1915 a 2.357 millones (16).

Este capital fue la base de la industrialización de Vizcaya. Un volumen realmente considerable de dinero fue invertido en la financiación de factorías, barcos, obras del puerto, obras públicas, carreteras, ferrocarriles y nuevos edificios. Entre 1886 y 1899 se promovieron en Bilbao un total de 636 nuevas empresas, con un capital de 421.964.532 pesetas; desde el final de la guerra carlista hasta principios de este siglo se habían construido unos 300 kilómetros de carreteras y caminos vecinales; entre 1880 y 1914 se construyeron 336 kilómetros de líneas férreas, lo que daba a Vizcaya, cuya superficie es de 2.165,4 kilómetros cuadrados, una densidad ferroviaria similar a las más altas de Europa (17).

---

(15) P. Alzola, *El porvenir industrial, minero y comercial de Bilbao* (Bilbao, 1907), pp. 19-21.

(16) J. Lazúrtegui, «El comercio, la industria y la navegación en el País Vasco-Navarro», en F. Carreras Candi (ed.), *Geografía General del País Vasco-Navarro* (Barcelona, s. f.), I, p. 725; P. Alzola, *op. cit.*, página 19; *Las minas de hierro*, pp. 116-120.

(17) Datos sobre sociedades en *Las minas de hierro*, pp. 108-109; sobre ferrocarriles, en J. Lazúrtegui, *op. cit.*, pp. 713-714. La construcción de carreteras y caminos fue promovida por la Diputación; la de líneas férreas, por el capital particular: el marqués de Urquijo, Federico Solaegui, Gandarias, Martínez Rodas y Lezama Leguizamón formaban parte del Consejo de Administración del ferrocarril de Bilbao a Portugalete; Chávarri presidía el del ferrocarril de Bilbao a Santander, que en 1889 adquirió la línea de Bilbao a Las Arenas y Plencia, y Bergé y Aresti eran vocales del Consejo; Chávarri, Martínez Rodas y



Además, las líneas de los ferrocarriles mineros sumaban otros 77 kilómetros. No fue ésta la única inversión hecha en las minas. La construcción de tranvías aéreos, planos inclinados y cadenas sinfín se hizo inevitable, dado lo accidentado del terreno, salvándose, gracias a ellos, los desniveles existentes entre las minas y los puntos de arranque de los ferrocarriles. El primer tranvía aéreo fue construido en 1875; en 1900 funcionaban 19. Uno de ellos, de 2,8 kilómetros, unía directamente las minas con un embarcadero en la ría. El mayor de los numerosos planos inclinados instalados en la zona medía 1.300 metros de longitud; su pendiente máxima era del 21 por 100. Las necesidades del transporte del mineral se resolvieron mediante la construcción de ferrocarriles mineros. El primero, el ferrocarril de Triano, fue construido por la Diputación de Vizcaya en 1865. Las principales compañías construyeron posteriormente sus propios ferrocarriles: Orconera, en 1877; Franco-Belga, en 1880; Luchana Mining, en 1887. De esta forma, el transporte de mineral en carretas de bueyes, que hasta 1880-81 había sido ampliamente utilizado, había desaparecido casi por completo a principios de siglo. Las empresas obtuvieron altos rendimientos de sus ferrocarriles. Se estimaba que el ferrocarril de Triano había producido a la Diputación, entre 1865 y 1900, un beneficio líquido de 33 millones de pesetas. A medida que la calidad del mineral fue deteriorándose y que se agotaron algunos criaderos, se recurrió a las instalaciones de lavaderos de mineral y hornos de calcinación para aprovechar los carbonatos de hierro y los minerales arcillosos. Los nuevos procedimientos significaron mayores inversiones: el primer horno de calcinación lo construyó la Luchana Mining en 1889; a fines de siglo funcionaban 33. Para entonces se habían instalado 49 tromelas o cilindros para el lavado del mineral. Como en el caso de los ferrocarriles, el alto rendimiento de las nuevas instalaciones amortizó de inmediato los desembolsos realizados: en 1899 los hornos de calcinación produjeron 613.575 toneladas, y mediante lavado se obtuvieron otras 318.800 toneladas, que años antes no habría sido posible utilizar (18).

---

Solaegui eran accionistas fuertes del ferrocarril de Bilbao a Lezama; véase L. Larrañaga, *op. cit.*, pp. 75-93.

(18) *Las minas de hierro*, pp. 31-76, y J. Lazúrtegui, «La industria minera de la provincia de Vizcaya», en F. Carreras Candi (ed.), *Geo-*

Sin embargo, las inversiones que quizá tuvieron efectos más duraderos fueron las hechas en el puerto de Bilbao y en la industria siderometalúrgica. Así fue posible que el futuro industrial de Vizcaya no se viese afectado por el agotamiento de las minas, contrariamente a lo que habían temido algunos economistas como Lazúrtegui (19). Las obras del puerto se emprendieron con objeto de resolver los inconvenientes que sus malas condiciones de navegación planteaban a la exportación de mineral. La acumulación de arenas en la barra de entrada obligaba, en ocasiones, a los barcos a permanecer tres semanas en el puerto a la espera de mareas favorables; los altos fondos de la ría en algunos puntos no permitían el paso de barcos cuyo calado excediese de los tres metros; el deficiente sistema de boyas y la carencia de muelles de atraque eran causa de frecuentes colisiones y encallamientos. Las obras del puerto comenzaron en 1877 bajo la dirección del ingeniero Evaristo de Churrua. Los presupuestos de contrata ascendieron a 52 millones de pesetas. El Estado concedió una subvención anual de 250.000 pesetas durante doce años y autorizó un impuesto adicional de 0,50 pesetas por tonelada de mineral exportada para financiar las obras; la Diputación, a su vez, contribuyó con 122.375 pesetas anuales de los ingresos del ferrocarril de Triano. En una primera fase se procedió a la canalización de la ría: se rectificaron algunas curvas pronunciadas, se procedió al encauzamiento de su mitad inferior, de unos seis kilómetros de longitud y en la que finalizaban la mayoría de los ferrocarriles mineros; se logró, mediante dragados, dar a la ría un cauce constante y profundo; se construyeron varios muelles y dársenas. En 1886 se había conseguido que barcos de 1.000 toneladas llegasen al centro mismo de Bilbao. A partir de 1887 se acometieron las obras del puerto exterior: se construyeron un rompeolas y un contramuelle de 1.450 y 1.072 metros de longitud, respectivamente, cuyo costo supuso unos 38 millones de pesetas. Las obras finalizaron en 1903: se había dotado a Bilbao de un puerto cuya embocadura tenía 640 metros de anchura y una profundidad de 12-15 metros. «El puerto de Bilbao, antiguo

---

*grafía General del País Vasco-Navarro. Provincia de Vizcaya* (Barcelona, s. a), pp. 121-158.

(19) Véase J. Lazúrtegui, *El comercio iberoamericano por el puerto de Bilbao* (Bilbao, 1907).



espantajo del marino —concluía Maeztu a principios de siglo—, es uno de los más grandes y plácidos del mundo» (20).

Junto con la construcción del puerto y la formación de fuertes grupos bancarios, la capitalización de los beneficios de la actividad minera hizo posible el desarrollo de una vigorosa industria siderometalúrgica. Las desventajas que para ésta pudiera suponer la no existencia de carbón en Vizcaya no fueron tenidas en cuenta. Posiblemente se consideró que la localización de la nueva industria en un puerto de tan intensa actividad como Bilbao compensaba sobradamente aquellas deficiencias. Las estrechas relaciones comerciales entre Vizcaya y Gran Bretaña, promovidas por los intereses mineros, ofrecían la posibilidad de importar de Inglaterra carbón de mayor poder calorífico que el carbón nacional, en cantidades mayores e incluso a precios mejores que éste. El resultado fue que entre 1878 y 1900 se habían consumido en Bilbao 5.250.000 toneladas de carbón inglés, por 1.500.000 toneladas de carbón español, y que del millón anual de toneladas de carbón consumido en el distrito entre 1900 y 1914, sólo una tercera parte era carbón nacional (21).

Obviamente, los beneficios de la minería fueron la base de la financiación de la nueva industria. Con escasas excepciones, como Federico de Echevarría, la mayoría de los grandes empresarios del sector siderometalúrgico de Vizcaya debían su capital, en gran parte, a las minas. Los Ybarra, con los beneficios de su participación

---

(20) R. Maeztu, «Bilbao. VIII. El puerto», *EI*, 17 agosto 1901; véase, además, *Las minas de hierro*, pp. 140-145; Junta de Obras del Puerto de Bilbao, *Homenaje a Churruca* (Bilbao, 1909).

(21) El precio de la tonelada de carbón inglés en Bilbao era, en 1885, de 13 chelines; la de carbón asturiano, 19 chelines. En 1911 esos precios oscilaban entre 34-40 ptas. y 30-35 ptas., respectivamente. Se estimaba que se necesitaba un 50 por 100 más de carbón asturiano que inglés para lograr un poder energético equivalente. Los datos han sido tomados de los informes consulares ingleses; véase en especial el detallado informe sobre el estado del comercio del carbón en Vizcaya del cónsul Wood, en Wood a Foreign Office, 12 febrero 1904, PRO, FO 72/2199. No obstante, a partir de 1907 aumentó considerablemente el consumo de carbón asturiano en Bilbao: si en 1906 se habían consumido 530.487 Tm. de carbón inglés por 213.474 Tm. de carbón nacional, en 1910 se consumieron 465.135 y 313.177 Tm., respectivamente. Los industriales vizcaínos tuvieron parte en ello: en 1894 construyeron el ferrocarril de Robla-Valmaseda, por el cual llegaron a Bilbao unas 100.000 Tm. de carbón leonés; Víctor Chávarri creó Hulleras de Turón, una de las cinco grandes empresas mineras asturianas.

en Orconera y Franco-Belga, abordaron la ampliación de la factoría de hierro que desde 1854 poseían en Baracaldo: en diciembre de 1882 constituyeron la Sociedad Altos Hornos y Fábricas de Hierro y Acero de Bilbao, con un capital fundacional de 12,5 millones de pesetas. José María Martínez de las Rivas era propietario de minas (Unión, Mora, Amistosa) cuya producción anual hacia 1890 se aproximaba al medio millón de toneladas: en 1886 adquirió a familiares suyos la fábrica de hierro de San Francisco, situada en jurisdicción de Sestao, y tres años después, en terrenos colindantes a la factoría, construyó, con la participación de capital inglés, Astilleros del Nervión. Víctor Chávarri, personalidad que más que ninguna otra llegó a encarnar el crecimiento industrial de Vizcaya, explotaba minas (Berango, Escarpada, San Pedro, Montefuerte, etc.) en las diversas cuencas de Vizcaya; los Gandarias poseían una participación mayoritaria en los criaderos de Ollargan: en septiembre de 1882, Chávarri y Gandarias promovieron, en unión de otros industriales y mineros, la construcción de la sociedad anónima Metalurgia y Construcciones La Vizcaya, con un capital de 12,5 millones de pesetas, para la fabricación, en la factoría que se instaló en Sestao, de aceros y laminados. Ramón de la Sota —que en 1900 crearía en Bilbao los astilleros Euskalduna y luego, entre otras empresas, la naviera Sota y Aznar, el ferrocarril minero de Teruel a Sagunto y, en esta localidad, la Siderúrgica del Mediterráneo— poseía minas en Saltacaballo y Setares (Santander) y su capital se derivó, en gran parte, de los beneficios del transporte marítimo del mineral (22).

Las factorías citadas formaron el núcleo principal de la siderometalúrgica de Vizcaya. De hecho eran las únicas empresas de la región que antes de finales de siglo disponían de recursos económicos y técnicos para competir, dentro del mercado español, con las firmas extranjeras. La Vizcaya fue construida bajo la dirección de ingenieros de la sociedad belga Cockerill; las nuevas instalaciones de la Sociedad Altos Hornos (23) y Astilleros

---

(22) P. Alzola, *Progreso industrial de Vizcaya* (Bilbao, 1902), pp. 77-86; *La industria siderúrgica española* (Bilbao, s. f., pero 1906), pp. 10-57; *Las minas de hierro*, pp. 86-92.

(23) Se emplea el nombre de Sociedad Altos Hornos para designar a la fábrica de los Ybarra, a fin de no confundirla con Altos Hornos

del Nervión, por ingenieros ingleses. De los hornos de aquellas dos factorías, el cónsul inglés en Bilbao decía en 1893 que «se adaptan a las teorías y práctica más modernas, habiendo sido introducidas todas las mejoras modernas existentes y potente maquinaria para la producción en gran escala»; de las plantas de Astilleros escribía que «se dice que son tan buenas como las mejores de su especie en Inglaterra» (24). No obstante la posible exageración que pudiera haber en esas observaciones, el esfuerzo de los nuevos industriales por dotar a sus factorías con todos los avances de la tecnología más moderna era innegable. En la fábrica de Sociedad Altos Hornos, que en 1876 disponía de tres anticuados altos hornos cuya capacidad de producción diaria de lingote era de 70, 40 y 35 toneladas respectivamente, se levantaron en 1883-84 dos altos hornos de 34 metros de altura y 100 toneladas diarias de capacidad; en 1895 se construyeron dos convertidores Bessemer —los primeros en su género instalados en España—, capaces de producir 180 toneladas de acero diarias de capacidad cada uno; La Vizcaya, que había comenzado a funcionar en 1885 con dos altos hornos de 20 metros y 100 toneladas diarias de capacidad cada uno, instaló en el curso de los años siguientes cinco convertidores Roberts, de cinco toneladas diarias de acero; cuatro hornos Siemens-Martins, de 12 toneladas cada uno, y un nuevo alto horno similar a los dos primeros. Al fusionarse ambas empresas, junto con la Iberia, en Altos Hornos de Vizcaya (AHV), en 1902, constituían un complejo industrial que ocupaba unas 60 hectáreas de superficie, en cuyo interior había 50 kilómetros de vías férreas, disponía de más de dos kilómetros de muelles sobre la ría, contaba con seis altos hornos con capacidad de 600 toneladas diarias de lingote, cuatro convertidores Bessemer y seis hornos Siemens, con una producción anual de acero de unas 150.000 toneladas; diversos trenes de laminación (17 en 1909), con una producción de unas 180.000 toneladas de laminados al año; varias baterías de hornos de cok, una decena de talleres de forja, fundición, calderería, etc., que en conjunto empleaban a unos

---

de Vizcaya, formada, como se indica más adelante, por fusión de Sociedad Altos Hornos con otras empresas en 1902.

(24) «Report by acting-consul De Larrea... for the year 1893», *Parliamentary Papers. Commercial Reports, 1894*, pp. 115 y 123.

6.000 obreros —en 1876 la fábrica de los Ybarra sólo ocupaba a 800 trabajadores—, lo que hacía de ella la primera empresa del país. Astilleros del Nervión, por su parte, ocupaba una extensión de 17 hectáreas, su dique seco medía 132 metros de largo por 28 de ancho y disponía de tres gradas de 110 metros cada una y amplios talleres de forja, calderería, fundición y artillería —en total unas quince naves, algunas de casi 100 metros de longitud—, empleando en 1891 un total de 3.776 trabajadores (25).

Las dimensiones, capacidad de producción y nivel técnico de las otras factorías siderometalúrgicas de Vizcaya, tanto de las creadas después de 1876 como de las pocas que habían sido fundadas antes de la guerra carlista, eran muy inferiores a las anteriores. Las dedicadas a la producción de lingote de hierro (Santa Ana de Bolueta, Hijos de J. J. Jáuregui) utilizaban todavía a principios de siglo hornos al carbón vegetal con producción que no rebasaba las 3.000 toneladas anuales. Ninguna producía acero hasta que, en 1903, S. A. Echevarría, formada por fusión de las diversas factorías de Federico de Echevarría, instaló un horno Siemens con una producción anual de unas 2.500 toneladas. Entre 1880 y 1895 se construyeron varias fábricas y talleres dedicados a las construcciones metálicas. El propio Echevarría, asociado con otros industriales, creó la S. A. Iberia (capital: 2,5 millones de pesetas), que en 1889 comenzó la fabricación de hojalata en una fábrica construida en terrenos de La Vizcaya, y que en 1902 se fusionaría, como se indicó, en Altos Hornos; Chávarri y Gandarias constituyeron la S. A. Basconia, con un capital de millón y medio de pesetas, cuya factoría, dedicada como la anterior a la elaboración de hojalata, empezó a funcionar en 1894; por entonces se establecieron Tubos Forjados (1892, 1,5 millones de pesetas de capital), Talleres Deusto (1891, 1,5 millones de pesetas), Talleres Zorroza (1890, un millón de

---

(25) Sobre la fábrica de los Ybarra, La Vizcaya y Altos Hornos, véase: J. Mañé y Flaquer, *Viaje por Vizcaya al final de su etapa foral* (Bilbao, ed. 1967), p. 389; «Report by Consul Macdonald for the year 1901», *Parliamentary Papers. Commercial Reports, 1902*; *Las minas de hierro*, pp. 86-90; *Altos Hornos: Monografía de la Sociedad Altos Hornos de Vizcaya de Bilbao* (Barcelona, 1909); P. Alzola, *Progreso industrial de Vizcaya* (Bilbao, 1902), pp. 81-82; sobre Astilleros, T. Guiard y Larrauri, *La industria naval vizcaína* (2.<sup>a</sup> ed., corregida y aumentada por M. Basas Fernández, Bilbao, 1968), pp. 272-275, y *EN*, 8 julio 1891.



pesetas), Sociedad Franco-Española de Trefilería, Cable-ría y Tranvías Aéreos, S. A.; Aurrerá (1885, 1,5 millones de pesetas); Pradera Hermanos (1885); Alambres del Cadagua (1893), y numerosos talleres y fundiciones (Mariano Corral, Aramburu, Averly y Cía., Sagarduy e Hijos, Ituarte, Anduiza, Torre, etc.), todos ellos especializados en la industria derivada del hierro: fabricación de calderas, piezas mecánicas, tubos, depósitos, placas, tornillos, clavos, alambres, planchas de latón, piezas de cobre y bronce, cubos metálicos, camas, construcciones metálicas, etc. Hacia principios de siglo, el sector siderometalúrgico de Vizcaya estaba integrado por unas cien fábricas y talleres que empleaban unos 18.000 obreros; la margen izquierda del Nervión, una pequeña franja de unos diez kilómetros de longitud enclavada en las jurisdicciones de Baracaldo y Sestao, en donde se hallaban localizadas gran parte de las factorías citadas, se había convertido en el centro de la industria española del metal. Entre 1881 y 1931, Vizcaya produjo un 65,22 por 100 de la producción española de lingote (26).

Dentro del ámbito nacional, todo ello constituía un grado de desarrollo realmente notable. Sin embargo, la nueva industria estuvo desde sus comienzos condicionada por serias dificultades técnicas y económicas. Incluso aunque en las factorías de La Vizcaya y Sociedad Altos Hornos se hubiese instalado la más modernizada maquinaria, el insuficiente desarrollo técnico de la fabricación del acero era evidente: a principios de siglo sólo funcionaban cuatro convertidores Bessemer y una decena de hornos Siemens. El atraso técnico era la razón más obvia del encarecimiento de los costos de elaboración y uno de los motivos, por tanto, de la escasa competitividad del sector. Este hubo de apoyarse en una fuerte protección estatal, y a esta necesidad respondieron los aranceles de 1891, 1906 y 1922 y diversas leyes especiales, alguna de las cuales, concretamente la de 1896, que dificultaba considerablemente la importación de material ferroviario, benefició de manera decisiva a la industria vizcaína. El crecimiento de ésta fue, asimismo, obstacu-

---

(26) J. Nadal, «La economía española, 1829-1931», en *El Banco de España. Una historia económica* (Madrid, 1970), p. 409; véase, además, las ya citadas obras de Alzola y Lazúrtegui y los informes de los cónsules ingleses en Bilbao, que recogían anualmente la evolución del sector, siendo particularmente útil para este punto el de 1893.



lizado por la escasa demanda del mercado español. Y en este punto, también la intervención estatal jugó un papel de primer orden. La concesión en 1887 a Astilleros del Nervión de la construcción de tres cruceros de 7.000 toneladas para la armada española, fue considerada ya por los propios observadores contemporáneos como el «principio de una completa y radical transformación que probablemente adquirirá pronto colosales proporciones» (27). Al mismo pensamiento —estímulo de la construcción naval española— respondieron posteriores disposiciones estatales, como la ley de Maura sobre reconstrucción de la escuadra en 1907.

La protección estatal fue, por tanto, fundamental para el futuro industrial de Vizcaya. Fue, posiblemente, la política más aconsejable para hacer frente a las numerosas dificultades que planteaba la industrialización del país. Pero tuvo también consecuencias negativas. El proteccionismo hizo posible la subsistencia de numerosas empresas de dimensiones familiares, carentes de material técnico moderno y organización eficiente, lo que significaba baja productividad industrial y contribuía a la pésima calidad de muchos de los productos allí elaborados. A estas características respondían muchas de las nuevas industrias de Vizcaya, por poderosas que pudiesen parecer dentro del contexto español. Salvo por un reducido número de grandes empresas —como La Vizcaya, con 2.500 trabajadores en 1900; la Sociedad Altos Hornos, con unos 3.000; la Iberia, con unos 500; la Basconia, con 300; los astilleros Euskalduna, con 400, y Astilleros del Nervión, donde, por razones que se estudian más adelante, sólo trabajaban en dicho año unos 600 trabajadores—, no podía considerarse desarrollado en Vizcaya a principios de siglo el sistema de grandes factorías modernas. Tubos Forjados empleaba, en 1902, 180 trabajadores; Bolueta, 130; Echevarría, 230 obreros en una factoría y 83 en otra; Talleres Deusto y Talleres Zorroza, 270; Aurrerá, 110. Los talleres y fundiciones de Bilbao (Anduiza, Torre, Sagarduy, Corral, Ituarte, etc.) empleaban por término medio 50-90 trabajadores. En definitiva, en 1907 funcionaban en Vizcaya, según la Inspección del Trabajo, 2.535

---

(27) *Boletín Mensual de la Cámara de Comercio de Bilbao*, año I, septiembre 1888, núm. 9, p. 266; sobre la industria del hierro y acero, véase: F. Sánchez Ramos, *La economía siderúrgica española* (Madrid, 1945), pp. 199-292; J. Nadal, *op. cit.*, pp. 396-409.

establecimientos industriales que ocupaban a 33.258 trabajadores. Esto representaba una media de unos 13 trabajadores por industria; incluso admitiendo que dicha estadística no reflejaba con exactitud las verdaderas dimensiones del sector metalúrgico —dado que en ella se incluían numerosas industrias alimenticias, textiles, madereras, etc., de modestísimas proporciones—, es obvio que dentro del mismo abundaban las empresas artesanales y atrasadas (28).

El proteccionismo favoreció igualmente el desarrollo de tendencias monopolísticas. Durante años, los precios de hierros y aceros dependieron menos de las fluctuaciones del mercado que de las necesidades de Altos Hornos de Vizcaya. Esta política quizá perjudicase a las industrias derivadas, pero tal vez se justificase por la necesidad de evitar que el insuficiente desarrollo de las mismas acabase por dejar al país sin industria de acero.

Así y todo, con todos los inconvenientes señalados, para 1900 Vizcaya había avanzado considerablemente —al menos para niveles españoles— en el camino de la industrialización. Ello iba a ser fuente de profundas transformaciones sociales y al mismo tiempo origen de problemas previamente no experimentados en la región.

### III. *Los trabajadores de Vizcaya: barrios y viviendas obreras*

La industrialización produjo un considerable aumento de población. Las minas y fábricas de Vizcaya crearon un gran número de puestos de trabajo, que pronto atrajeron a los excedentes de población de la España rural. Miles de trabajadores emigraron a Vizcaya, primero de provincias vecinas, como Logroño, Alava, Navarra y Santander; luego de provincias más distantes, como Galicia, Burgos, León y Palencia:

«En total —estimaba en 1910 el inspector general de Minas, Lucas Mallada—, de los 13.000 obreros de las minas de Vizcaya, apenas llegan a 3.000 los que

---

(28) P. Alzola, *Progreso industrial de Vizcaya* (Bilbao, 1902), pp. 81-86, IRS, *Memoria del Servicio de Inspección en 1907* (Madrid, 1908), páginas 107-108.

son naturales del Señorío, procediendo de Galicia y de las provincias de Palencia y Zamora unos 6.000, y de las demás de España los otros 4.000» (29).

El propio Mallada afirmaba que en Altos Hornos de Vizcaya el número de obreros forasteros representaba un 30 por 100 del total (30).

El porcentaje de nacidos fuera de la provincia, respecto de la población provincial, pasó de 13,7 por 100 en 1877 a 26,4 por 100 en 1900. Lógicamente, las zonas minera y fabril y los barrios periféricos de Bilbao absorbieron la casi totalidad de la inmigración, al punto de que los aumentos de población registrados en esas áreas representaban más del 90 por 100 del aumento de población experimentado por Vizcaya a partir de 1876, como queda de manifiesto en el siguiente cuadro:

#### POBLACION (31)

Año	Vizcaya	Bilbao	Zonas fabril y minera	Resto de la provincia
1877	189.954	32.734	29.703	127.517
1887	235.659	50.772	54.956	129.931
1897	290.665	74.076	72.779	142.810
1900	311.361	83.306	84.374	143.681

Significativamente, los mayores aumentos se registraron en las municipalidades que mejor encarnaban los cambios experimentados en la provincia: San Salvador del Valle —en cuya jurisdicción se hallaba enclavada La Arboleda, verdadero centro de la zona minera—, cuya

(29) Dirección General de Agricultura, Minas y Montes, *Informe relativo al estado económico y situación de los obreros de las minas y fábricas metalúrgicas de España y organismos de protección instituidos en beneficio de los mismos* (Madrid, 1911), p. 90; en adelante, DGAMM, *Informe Minas*.

(30) *Ibid.*, p. 90.

(31) Las zonas minera y fabril incluían las siguientes municipalidades: Abando, Abanto y Ciérvana, Baracaldo, Basauri, Begoña, Deusto, Erandio, Galdames, Guecho, Musques, Portugalete, San Salvador del Valle, Santurce-Ortuella y Sestao. Abando se incorporó a Bilbao en 1890. Los datos anteriores proceden de los *Censos de población de España*. Años 1877, 1887, 1897, 1900 (Madrid, 1878-1901); salvo indicación diferente, los restantes datos que sobre población aparecen en el texto provienen de la misma fuente.

población creció de 901 habitantes en 1876 a 6.836 en 1901, y Sestao —donde se hallaban enclavados los Astilleros del Nervión, La Vizcaya y Aurrerá—, que creció de 1.074 habitantes en 1877 a 10.833 en 1900.

En definitiva, una cifra próxima a los 60.000 individuos había emigrado a Vizcaya en los últimos veinte años del siglo XIX. La provincia había experimentado un aumento de población del 47,76 por 100, porcentaje superior al registrado por cualquier otra provincia española en el mismo tiempo: la población de Barcelona había aumentado en un 24,22 por 100; la de Madrid, en un 20,97 por 100; la de las restantes provincias, en proporciones mucho menores. En el mismo período de tiempo la estructura social de Vizcaya se había modificado sustancialmente: el desarrollo industrial había dado lugar a la aparición de un proletariado industrial inexistente antes de 1876. Mientras que en el censo de este año sólo 18.724 personas aparecían oficialmente registradas como empleadas en la industria, en el de 1900 esa cifra se había elevado a 42.738. Antes de la guerra carlista, el número de mineros no llegaba a 1.000; en 1899 se estimaba que trabajaban unos 12.000. El número de metalúrgicos había pasado de 2.245 en 1884 a 22.000 en 1900 (32).

En gran medida, los graves problemas sociales que Vizcaya iba a conocer a partir de la última década del siglo XIX tenían su origen en este crecimiento desordenado de la población laboral. Vizcaya carecía de la infraestructura básica (suministro de agua, sistemas de alcantarillado, viviendas, servicios públicos) para asentar en condiciones decentes de habitabilidad a aquella amplia masa de inmigrantes.

Fue en la zona minera donde —por la misma falta de urbanización de las aldeas mineras, por el aislamiento de éstas y por ser allí la inmigración, inicialmente, más intensa— la situación adquirió caracteres más dramáticos. Una visitante inglesa que recorrió la zona minera en 1872 había observado ya una evidente escasez de

---

(32) La población de Vizcaya experimentó entre 1877 y 1900 un aumento de 121.407 habitantes: de ellos, 65.151 se deberían al movimiento natural de la población, y 56.256 a la inmigración; véase, además de los censos, J. Nadal Oller, *La población española (siglos XVI a XX)* (Barcelona, 1966).



viviendas: «El vecindario —escribía— apenas si está dotado de edificios de viviendas» (33).

Para hacer frente a esta dificultad, las compañías mineras procedieron, tras 1876, a la construcción de barracones en los que la residencia era para los trabajadores obligatoria. El sistema de barracones —complementado con el de «cantinas obligatorias», propiedad de contratistas y capataces, donde los trabajadores debían proveerse de suministros cuyo importe se les descontaba al abonárseles el salario— parecía, en principio, bien adaptado a las necesidades de la zona. Los barracones resultaban de gran eficacia en un área donde las minas, en cuyas proximidades se construían, se hallaban a menudo en parajes alejados de los núcleos de población y de difícil accesibilidad; suponían una solución apropiada para acomodar a una masa de trabajadores en constante fluctuación, ya que una gran mayoría de ellos trabajaba en las minas sólo temporalmente (*temporeros*), regresando a sus aldeas de origen en épocas de cosecha; el sistema de cantinas y ventas a crédito parecía igualmente indicado, dado que el pago de salarios se efectuaba mensualmente.

Pero cantinas y barracones pronto fueron causa de general descontento, dirigido principalmente contra las deplorables condiciones higiénicas de éstos y las prácticas abusivas que se cometían en la administración de aquéllas. Antes de 1890 en muchas minas se pagaba a los mineros no en metálico, sino en «contraseñas de latón», intercambiables únicamente en las cantinas de la compañía o de sus capataces. No era infrecuente que la factura de la cantina excediese al importe de los salarios y que, por tanto, el trabajador no recibiese paga después de un mes de trabajo. Las quejas por la mala calidad de los productos expendidos en las cantinas eran constantes (34). Los barracones eran de madera y sus dimensiones variables: en el de Matamoros se alojaban unos 250 obreros. Abonaban 0,25 pesetas diarias; no se les permitía abandonar el barracón a partir de las nueve de la noche. Las camas eran simples tablas colocadas sobre una tarima. Los mineros preparaban su comida en el interior de los barracones: los panes colgaban del techo. Las ca-

---

(33) Vizcaya or the life in the land of the Carlists at the outbreak of the insurrection 1872-73 with some account of the iron mines in the vicinity of Bilbao (Londres, 1874), p. 196.

(34) «Una lección social», *EI*, 28 mayo 1890.



mas eran habitualmente compartidas por dos trabajadores. El inspector de Sanidad de Vizcaya, Camiruaga, que inspeccionó cinco barracones (o *cuarteles*, como se les llamaba) que todavía subsistían en 1894, contó un total de 181 camas para 362 hombres; un informe del sargento de la Guardia Civil de La Arboleda del mismo año lo confirmaba: «... durmiendo —decía— cada dos individuos en una cama». Los barracones carecían de las más elementales condiciones higiénicas; tras su visita, Camiruaga creyó necesario ordenar la abertura de ventanas para la debida ventilación, el blanqueo general de interiores, la disminución del número de camas por barracón, el riego diario de suelos con materias desinfectantes, la renovación semanal de las ropas de cama y la instalación de servicios «de escreta» (35).

Junto con los barracones fue preciso, además, ampliar considerablemente el número de viviendas en los poblados mineros. Aquí también la edificación se hizo precipitada y desordenadamente, como consecuencia en parte de la masiva afluencia de trabajadores. Nuevas viviendas hubieron de ser improvisadas antes de que fuese posible proceder a la instalación de los más necesarios servicios comunitarios. De unas *chabolas* hechas de tablas surgió en 1877 La Arboleda, luego «núcleo principal de la población minera». En 1904 constaba de 20 calles y 150 casas, la mayor parte de planta baja y un piso, en las que vivían 487 vecinos y 2.553 almas, en su mayoría mineros. Las calles carecían de aceras y su piso era el mismo terreno cubierto con una capa de miñón. Se había logrado un cierto grado de higienización pública: dos barrenderos recogían las basuras diariamente, existía un alcantarillado de mampostería y cal que desaguaba las aguas sucias fuera del poblado, y todas las casas tenían excusado «y algunas modernos inodoros». Sin embargo, las condiciones higiénicas de las viviendas eran sólo ligeramente mejores que las de los barracones: «Si bien es cierto que algunas tienen luz y ventilación suficiente —escribía

---

(35) «Informe del señor Camiruaga», *LC*, 14 octubre 1894; C. del Río, «La vida del minero. Las casas de peones», *EL*, 2 noviembre 1903; A. Zozaya, «El barracón», *LC*, 9 septiembre 1905; «Información minera», *ES*, 8 junio 1894. Durante muchos años fue habitual el recordar en los medios obreros de Bilbao las palabras que, sobre los barracones, se atribuyeron al general Loma cuando los visitó durante la huelga de 1890: «Estas casas no son ni para cerdos».

en 1904 un médico higienista, Vergara García, que estudió el caso de La Arboleda—, no lo es menos que existen otras muchas que carecen por completo de estos requisitos esenciales.» Otras eran higiénicamente inhabitables, y el mismo observador opinaba que «lo procedente sería el cierre y desaparición de todas estas habitaciones» (36). La misma drástica solución pedía «para las infames chabolas de la barriada de Ortuella» un periodista que la visitó en 1893 y a las que describía como:

«Habitaciones de tablas con cuartos reducidos, donde viven hacinados seres humanos, sin luz apenas, pues las ventanas son estrechísimas; en el interior de aquellas viviendas la vida se hace insostenible a los cinco minutos, tal es el hedor que allí se siente» (37).

Siete años después el Ayuntamiento de aquella localidad solicitó una subvención para derribarlas, por considerarlas un constante foco de infección (38).

El periódico local *Las Noticias*, viendo en las denuncias de los socialistas contra los barracones en 1894 una simple maniobra política, se preguntaba por qué aquéllos guardaban silencio sobre «las viviendas libres o casuchas» de La Arboleda, «verdaderos nidos de hediondez —así las describía el citado periódico— donde yacen olvidadas todas las prescripciones de la higiene» (39). La comisión del Instituto de Reformas Sociales encargada de analizar las causas de la huelga minera de 1903, al inspeccionar las «casas de peones» que habían sustituido a los primitivos barracones, informó que «en ninguna de ellas vieron los comisionados nada dispuesto para la limpieza individual», observando que los obreros habían de bañarse en el río (40); llamaba la atención sobre el excesivo nú-

---

(36) E. Vergara García, *Datos para la topografía médica de San Salvador del Valle (Vizcaya)* (Baracaldo, 1904), p. 176.

(37) *EN*, 15 septiembre 1893.

(38) ADV, Papeles de la Junta Provincial de Sanidad, carpeta 1170, expediente 43.

(39) *LC*, 14 octubre 1894.

(40) Vergara García observaba que sólo lo hacían los menos: «Es lo general —escribía— hallar muchos que no se han dado un baño en todos los días de su vida»; E. Vergara García, *op. cit.*, p. 181; el informe de la comisión, en IRS, *Informe referente a las minas de Vizcaya* (Madrid, 1904), pp. 91 y ss., citado en adelante como IRS, *Informe*.

mero de camas por habitación: en una habitación de once pasos por ocho contaron hasta diez, compartidas, como en los barracones, por dos peones, y deploraba «el verdadero hacinamiento» que se observaba en todas las viviendas mineras (41).

El hacinamiento, que todos los observadores señalaban como uno de los más graves problemas de la zona minera, era el resultado no sólo de la inmigración masiva, sino también de la carestía de los alquileres y de la necesidad que muchas familias mineras sentían de buscar fuentes de ingreso que suplementasen los ingresos salariales. Rentas que en torno a los años 1900-1910 oscilaban, según las diversas fuentes, entre las 10 y 13 pesetas mensuales por una vivienda dotada de cocina y tres piezas, resultaban excesivas cuando sólo los gastos de alimentación representaban un 60-75 por 100 del presupuesto familiar (42). El realquiler y el pupilaje se convirtieron en prácticas muy extendidas; el doctor Vergara García de-

---

(41) IRS, *Informe*, pp. 101-103; las «casas de peones» eran casas de las compañías mineras —o edificadas en terrenos de dichas compañías por personas a las que aquéllas concedían permiso para construir y subarrendar—, alquiladas a los capataces para que éstos las subarrendasen a los obreros. En teoría se diferenciaban de los barracones en que los obreros no estaban obligados a residir en «las casas de peones»; en la práctica, la diferencia era menor: el obrero que se hospedaba en la «casa» del capataz recibía salario más alto y lugar de trabajo más cómodo; el que no lo hacía corría el riesgo de no hallar empleo. Véase: IRS, *Informe*, pp. 94-101, y C. del Río, «La vida del minero. Las casas de peones», *EL*, 2 noviembre 1903.

(42) La comisión del IRS halló que los gastos mensuales de un minero en 1903 eran: vivienda, 10 ptas.; alimentación, 48 ptas.; gasto total, 66 ptas. El dirigente socialista José Pérez calculaba los gastos mensuales de una familia minera en 1907 de esta forma: vivienda, 11 ptas.; alimentación, 33,25 ptas.; gasto total, 55,75 ptas. En 1910, el inspector general de Minas, Mallada, estimaba en 10 ptas. mensuales el precio de una vivienda de cocina y tres piezas, y en 21 ptas. la de cocina y cuatro piezas, en los barrios de Regato y Arnabal. La comisión que dirigió la huelga minera en 1910 dividía los gastos de una familia minera de cinco miembros así: vivienda, 156 pesetas anuales (13 ptas. mensuales); alimentación, 1.253,40 ptas. anuales; gasto total, 1.649,50 pesetas. La Jefatura de Minas de Vizcaya calculaba, en el mismo año, que el alquiler de una vivienda familiar costaba 0,43 ptas. diarias (13 ptas. mensuales); otro dirigente socialista, Ramón Núñez, lo elevaba a 0,50 ptas. diarias (15 ptas. mensuales) en 1914. Véase: IRS, *Informe*, p. 72; J. Pérez, «Crónica de las minas. Alimentos y albergues», *LC*, 19 enero 1907; DGAMM, *Informe Minas*, p. 97; Comisión de huelga, *Huelga de los mineros de Vizcaya* (Bilbao, 1911), páginas 140-152 y 172-177; R. Núñez, «¡Cómo vive el obrero!», *EL*, 13 enero 1914.

cía haber visitado viviendas que «teniendo apenas cabida para dos o tres personas a lo más, se albergan uno o dos matrimonios con su prole y algún peón». «Los que han constituido familia —observaba un dirigente minero en 1901—, como las viviendas son tan caras, alquilan los cuartuchos a pupilos y así resulta que tienen que dormir hacinados.» Y todavía en 1917, Manuel Llanea, presidente de la Federación Española de Mineros, pudo ver casas «donde hacinados tienen su albergue tres o cuatro matrimonios» (43). De esta forma las familias mineras lograban incrementar sus ingresos, pero al mismo tiempo se agravaba aún más el estado de insalubridad de sus viviendas.

Bilbao tampoco pudo sostener armónicamente el intenso ritmo de crecimiento a que se vio sometido a raíz de la guerra carlista del 73 al 76. Entre este año y 1900, Bilbao había pasado de tener 32.734 habitantes a 83.306; la superficie del casco urbanizado se había casi cuadruplicado, pasando de 121,50 hectáreas a 454,81; se habían construido un total de 1.000 edificios y el número de calles y plazas se había elevado de 71 a 151. En lo que antes de 1876 era unos amplios campos ocupados por huertos y algunos caseríos, se construyó a partir de aquel año un nuevo barrio, el Ensanche, urbanización de calles amplias y bien trazadas y edificios modernos y confortables, a donde pronto se trasladó gran parte de la creciente clase media alta de la villa. En su principal arteria, la Gran Vía, se edificaría el nuevo Palacio de la Diputación, cuya arquitectura pretenciosa parecía encarnar el orgullo colectivo propio de ciudad rápidamente enriquecida, que desde aquellos años pasó a ser una característica de aquella localidad; en la misma ría y en sus inmediaciones fueron estableciéndose entidades bancarias, «escritorios» y oficinas de las principales empresas, consultorios y despachos de los mejores médicos y abogados y numerosos comercios, convirtiéndose en pocos años en uno de los centros de mayor actividad de la ciudad. Fue preciso dotar a ésta de nuevos servicios públicos con los que atender a las necesidades de la vida urbana moderna: se calculaba en 17 millones de pesetas la cantidad inver-

---

(43) E. Vergara García, *op. cit.*, p. 173; J. Pérez, «Crónica de las minas. Alimentos y albergues», *LC*, 19 enero 1907; M. Llanea, «Los mineros de Vizcaya», *ES*, 3 marzo 1917.



tida por el Ayuntamiento en las obras del saneamiento de la ría, traída de aguas, nuevo cementerio, nuevos mercados y matadero, nueva alhóndiga, nueva Casa Consistorial; varios lavaderos y ocho nuevas escuelas públicas. La Diputación edificó, además, una Escuela de Ingenieros Industriales, Escuela Superior de Comercio y una Biblioteca Provincial. Se reconstruyeron los dos puentes de piedra sobre la ría, destruidos por los carlistas, y se construyeron dos nuevos, uno de ellos giratorio, que se abría para dejar paso a los buques que remontaban la ría hasta el centro mismo de Bilbao. A partir de 1883 comenzó la instalación de luz eléctrica en calles y viviendas, aunque las luces de gas aún subsistirían durante muchos años, y el uso de la electricidad en domicilios y centros de trabajo, hacia 1900-1905; hacia finales de siglo se habían instalado un millar de aparatos telefónicos y circulaban tres líneas de tranvías urbanos —tirados por caballos—, todo lo cual era desconocido veinte años antes. En ese tiempo Bilbao se había transformado en una ciudad moderna: Maeztu veía en ella «la capital de la nueva España» (44).

El espectacular crecimiento de Bilbao reflejaba sin duda la prosperidad que la industrialización había traído a la provincia. Sin embargo, el súbito aumento de la mortalidad registrado en 1886 —y la polémica suscitada a continuación en torno al problema— vino a disipar en parte el espíritu de optimismo y confianza que sobre el futuro económico de la comarca parecía dominar en amplios sectores de la opinión pública. Sirvió, al mismo tiempo, para exponer crudamente los límites de aquella etapa de rápido desarrollo industrial y notable acumulación de riqueza. Se hizo evidente que ésta se hallaba sólo

---

(44) R. Maeztu, «Bilbao», *EI*, 3 agosto 1901; véase, además, el estudio sobre Bilbao de T. Guiard, en F. Carreras Candi (ed.), *Geografía General del País Vasco-Navarro. Provincia de Vizcaya* (Barcelona, s. f.), páginas 413-470; *Las minas de hierro*, pp. 111-129; el número monográfico dedicado a Bilbao en *España*, 13 septiembre 1919; J. Orueta, *Memorias de un bilbaíno, 1870 a 1900* (San Sebastián, ed. 1952); L. Larrañaga, *El libro de Bilbao y sus cercanías* (Bilbao, 1896), y *Bilbao. Album ilustrado* (Bilbao, 1911). Unamuno observó en más de una ocasión el nuevo estilo de Bilbao y sus habitantes: «... el alma de mi Bilbao —escribía a Maragall en 1906— jactancioso, con jactancia de *parvenu*», y a Luis Zulueta le señalaba en el mismo año «la megalomanía colectiva de mi propio pueblo, Bilbao». Véase: M. Unamuno-L. Zulueta, *Cartas* (1903-1933) (Madrid, 1972), p. 327, y Unamuno-Maragall, *Epistolario y escritos complementarios* (Madrid, ed. 1971), p. 34.



muy desigualmente distribuida: junto al nuevo y «suntuoso» Ensanche existían barrios carentes de casi todos los requisitos elementales para lograr una vida mínimamente confortable. Pablo Alzola fue el primero en dar la voz de alarma. En 1886, en la *Revista de Vizcaya*, llamó la atención sobre la deterioración de las condiciones higiénicas de Bilbao en los últimos años, causa, en su opinión, de que la mortalidad se hubiese incrementado en 1886 en un 4,70 por 1.000; la declaración simultánea en 1891 de epidemias de viruela, sarampión y difteria planteó la cuestión: toda la prensa local se ocupó ampliamente de la llamada «cuestión sanitaria»; el Ayuntamiento se hizo eco de aquella preocupación y acordó por unanimidad tomar en consideración la moción del concejal Castiella sobre construcción de «casas baratas» e higiénicas para obreros, como medida urgente y necesaria, a fin de reducir la intensidad de los contagios en dicho sector de la población; Alzola mismo volvió a ocuparse del tema en una serie de ocho artículos publicados en *El Diario de Bilbao* en enero de 1892. La epidemia de cólera de 1893 suscitó nuevas preocupaciones: dos médicos locales, Mariano de Echevarría y Alberto de Palacio, realizaron un estudio sobre «la higienización de Bilbao», publicado como libro en 1894; el doctor Tolosa Latour dio estado nacional a la cuestión al abordarla en una serie de artículos aparecidos en *El Imparcial* en junio de 1895 y que motivaron que el jefe de los Servicios de Estadística de Vizcaya, Gumersindo Gómez, publicara en 1896 una detallada «reseña demográfica» de Bilbao, con numerosos datos sobre la mortalidad y natalidad de aquella población (45).

Los datos estadísticos parecían justificar esta preocupación. La tasa de mortalidad de Bilbao era anormalmente elevada: Tolosa Latour y Echevarría-Palacio la elevaban a 45 por 1.000, «la más alta de Europa»; Gómez la estimaba en 33,8 por 1.000 para los años 1878 a 1894, en 32,40 por 1.000 entre 1878 y 1886 y en 33,30 por 1.000 entre 1886 y 1895, cifras todas ellas superiores a la media

---

(45) «En pro de la higiene», *El Diario de Bilbao*, 30 octubre 1891; G. Gómez, «Contestación al doctor Tolosa Latour», *NB*, 5 abril 1896; M. Echevarría y A. Palacio, *Higienización de Bilbao* (Madrid, 1894); G. Gómez, *Cómo se vive y cómo se muere en Bilbao* (Bilbao, 1896); P. Alzola, «La estadística sanitaria por distritos», *NB*, 20 febrero 1898.

nacional (46). Lo que era aún más revelador era el contraste entre esa tasa y la correspondiente al resto de la provincia de Vizcaya, estimada en un 19,1 por 1.000; lo que hacía todo el problema más alarmante era que la mortalidad, lejos de disminuir con los años y el descubrimiento de nuevos y más eficaces remedios, había aumentado desde finales de los años ochenta, como consecuencia, sobre todo, del considerable incremento de las epidemias. La viruela, la más mortífera de todas ellas, se hizo endémica hasta principios de este siglo (47).

Los diversos informes realizados por los servicios municipales de salubridad coincidían en identificar como principales causas de la proliferación de epidemias —y en general de la deterioración de las condiciones sanitarias de Bilbao— la insalubridad de las aguas del Nervión, utilizadas para toda clase de usos domésticos, y el deficiente sistema de alcantarillado público y desagües privados. El Nervión, la ría de Bilbao, había sido siempre el colector natural de desperdicios e inmundicias de la villa, pero mientras la población no comenzó a crecer desordenadamente fue posible que las aguas conservaran un alto grado de pureza. La masiva inmigración de los años ochenta y el gran aumento del tráfico de vapores rompieron el equilibrio. La acumulación de detritus en los barros del cauce, debido al defectuoso drenaje de la ría, que en mareas bajas quedaba casi seca, hizo de ella un foco permanente de insalubridad y malos olores. Durante la epidemia de cólera de 1893, la Comisión Ejecutiva de Salubridad prohibió terminantemente el uso doméstico de sus aguas; a fines de 1894, el Ayuntamiento, ante la

---

(46) M. Echevarría y A. Palacio, *op. cit.*, pp. 196-198; G. Gómez, *op. cit.*, p. 84, y reseña de Alzola al libro de Gómez, en *NB*, 7 marzo 1896.

(47) Las peores epidemias sufridas por Bilbao fueron: sarampión, en los años de 1882, 1886, 1889, 1891 y 1894, que ocasionaron, respectivamente, 155, 79, 256, 227 y 219 víctimas, en su mayoría niños menores de cuatro años; viruela, en 1881, 1888, 1891, 1892 y 1896-97, con 124, 392, 212, 279 y 418 víctimas, respectivamente, también en su mayoría niños; difteria, que entre 1890-93 cobró un total de 396 víctimas; cólera, en 1893, con 343 víctimas, en su mayoría adultos, y gripe, que se declaró a fines de 1889, alcanzó su máxima intensidad en enero-marzo de 1890 y persistió aún en 1891; el total de fallecidos por enfermedades del aparato respiratorio se elevó en esos tres años a 2.663, mientras que en los tres años anteriores había sido de 1.733. Véase: G. Gómez, *op. cit.*, p. 192; P. Alzola, «La estadística sanitaria por distritos», *NB*, 20 febrero 1898.

inquietud suscitada en la opinión pública por el problema de abastecimiento de agua potable, llevó a cabo estudios de todos los manantiales de la provincia con el propósito de proceder a traídas de aguas que acabasen por sustituir a las de la ría. Pero no sería hasta 1899 que se tomarían medidas enérgicas para prohibir definitivamente su consumo: el 10 de febrero de 1898, el ingeniero del servicio municipal de aguas, Menjón, envió al alcalde un informe denunciando un alarmante enturbiamiento de las aguas, debido a la entrada en funcionamiento de dos lavaderos de mineral montados por Chávarri en Ollargan y por la empresa metalúrgica Santa Ana en Bolueta. Menjón recomendaba que no se autorizase la construcción de un tercer lavadero, perteneciente a Gandarias, y que se prohibiese el funcionamiento de los existentes. No se le hizo caso: los tres lavaderos continuaron funcionando, pero se prohibió el consumo doméstico de las aguas contaminadas, que pronto adquirieron la coloración rojiza que aún hoy conservan (48).

El agua consumida en Bilbao —y sobre todo en los barrios viejos, ya que el Ensanche recibía el agua del interior de la provincia— en los últimos años del siglo XIX no reunía, por tanto, condiciones suficientes de higiene. El peligro de infecciones se hacía aún mayor a causa de los malos servicios de alcantarillado existentes en algunos barrios. El arquitecto municipal Enrique Epalza, al identificar «los focos coléricos» de 1893 —es decir, viviendas donde se habían registrado varios casos coléricos— creía haber probado «suficientemente la influencia que en la propagación del cólera en Bilbao ha tenido el sistema de desagüe y la carencia de inodoros»: en San Francisco, 3, edificio de cuatro plantas donde se habían dado nueve casos de cólera, no existían inodoros y el caño colectivo de desagüe carecía de pendiente, por lo que las inmundicias se estancaban; Cantarranas, 2, donde se produjeron cinco casos, tenía por desagüe un caño

---

(48) Esta última medida contribuyó, de alguna manera, al mejoramiento sanitario de la población. La instalación de lavaderos en la ría terminó con la escasa vida (truchas, salmones) que aún en 1899 subsistía en sus aguas. Sobre el problema del enrojecimiento del Nervión, véase «El proceso de las aguas», *EN*, 14 enero 1899; sobre la impureza de las aguas, véase «Memoria acerca de los trabajos practicados en el laboratorio municipal y por el cuerpo de fumigadores durante el año económico de 1895-96», *AMB*, sección 4, legajo 327, número 8.

semiderruido y carecía de toma de aguas y de inodoros; en Iturburu, 11 (cinco casos coléricos), existía un solo retrete para cinco viviendas (49). En diversas ocasiones, vecinos y propietarios de inmuebles denunciaron ante el Ayuntamiento el mal estado de alcantarillas y la existencia de «pozos negros» y cloacas descubiertas en las mismas calles, origen de pestilentes olores y obviamente perjudiciales para la sanidad pública (50).

Las malas condiciones del agua y la deplorable higienización de algunas calles y barrios no eran, sin embargo, los únicos factores que pudiesen explicar la frecuencia de epidemias en Bilbao. La epidemia de cólera de 1893, por ejemplo, afectó con gran intensidad al barrio de Zaballa, de Baracaldo, que, según el inspector general de Sanidad, disfrutaba de excelentes condiciones sanitarias, se hallaba alejado de la ría y no padecía ni de estancamientos de aguas ni hacinamientos de casas. El propio inspector señalaba que, en ocasión de aquella epidemia, no había existido cooperación entre los médicos de Bilbao, que los métodos de desinfección utilizados habían sido deficientes, que la indiferencia del público había hecho nulos los esfuerzos de las autoridades, y que no se habían mantenido en todo tiempo con energía las medidas de aislamiento necesarias (51). La viruela pudo ser reducida eficazmente a raíz de instalarse un eficiente servicio de vacunación, aunque subsistiesen la insalubridad de aguas, alcantarillas y desagües (52).

Pero era evidente que la suciedad de la ría y de ciertas zonas de la población contribuía sustancialmente a la

---

(49) E. Epalza, «Algunas observaciones sobre el desarrollo de la epidemia colérica en Bilbao» (manuscrito, 21 noviembre 1893), en AMB, sección 3.ª, legajo 47.

(50) Véase, por ejemplo, «D. Félix Guevara denuncia el mal estado de las alcantarillas de las calles San Francisco y Miravilla»; «Los vecinos de la calle Miravilla denuncian el mal estado en que están las alcantarillas y excusados de las casas núms. 21, 22 y 24 de dicha calle»; «Varios vecinos de la calle Amparo denuncian la existencia de un "pozo negro" entre la casa núm. 8 y la conocida por Amparo chiquita de dicha calle, en AMB, sección 3.ª, legajo 44, núms. 7, 20 y 33.

(51) BOPV, 5 octubre 1893.

(52) En 1902 se registraron todavía 986 invasiones de viruela, con 301 víctimas. Se creó entonces el Instituto Municipal de Vacunación: en 1903, las invasiones habían disminuido a 195, en 1904 a 19 y en 1905 a cuatro. El número de víctimas fue: 1903, 45; 1904 y 1905, ninguna. «Memoria del Instituto Municipal de Vacunación correspondiente al año 1905», AMB, sección 5.ª, legajo 457, núm. 52.



rápida propagación de las invasiones epidémicas. Estas presentaban una imagen de Bilbao bien distinta de aquel Bilbao que, según Maeztu, evocaba «en la española fantasía leyendas de oro y hierro» (53). Para muchos observadores locales, revelaron la existencia de suburbios marginados en medio de la creciente prosperidad y pusieron de manifiesto la acusada división social de la geografía urbana de Bilbao. Las estadísticas demostraban que las zonas más insalubres eran los «barrios altos», es decir, los distritos obreros de San Francisco, Cortes y Bilbao la Vieja. En ellos se hallaban enclavados los «focos coléricos» señalados por el arquitecto Epalza, previamente citados. El mismo precisaba que la calle San Francisco, principal arteria de los «barrios altos», había sido «indudablemente una de las más castigadas en la pasada epidemia». En efecto, un 45 por 100 de las víctimas del cólera de 1893 residían en aquellos tres distritos; así, también, 26 de las 42 víctimas de la viruela durante mayo del 97, mes en que alcanzó su máxima intensidad la epidemia de 1896-97. La mortalidad en dichos barrios era superior a la media local de 33,8 por 1.000: 48 por 1.000 en Bilbao la Vieja, 38,8 por 1.000 en Cortes y 35,9 por 1.000 en San Francisco. El contraste con la baja mortalidad de los barrios no obreros —27,50 por 1.000 en Mercado; 21,8 por 1.000 en Campo de Valentín; 20,9 por 1.000 en San Vicente; 17,8 por 1.000 en Santiago— no podía ser más elocuente (54).

La elevada mortalidad de los barrios obreros no era el resultado de una desfavorable situación topográfica.

---

(53) R. Maeztu: «Bilbao, la capital de la nueva España», *EI*, 3 agosto 1901.

(54) E. Epalza, «Algunas observaciones sobre el desarrollo de la epidemia colérica en Bilbao» (manuscrito, 21 noviembre 1893), AMB, sección 3.ª, legajo 47; estadística del cólera por distritos, en M. Echevarría y A. Palacio, *op. cit.*, p. 201; la estadística se refiere sólo a las víctimas de octubre y noviembre: hubo en esos meses 213 fallecidos, de ellos 40 en Bilbao la Vieja, 32 en San Francisco, 22 en Cortes, 19 en Hospital, 18 en San Nicolás y ocho en Santiago. Hubo 50 víctimas en Ensanche, pero la estadística era engañosa: el número de habitantes de Ensanche era 13.608, más que Bilbao la Vieja y Cortes juntos (6.586 y 6.303 respectivamente) y muy superior a San Francisco (8.199 habitantes); además, las víctimas correspondían no al sector nuevo próximo a Gran Vía, sino a la zona obrera de Zorroza-Olaveaga, provisionalmente incluida en la jurisdicción de Ensanche. Mortalidad por distritos en P. Alzola, «La estadística sanitaria por distritos», *NB*, 20 febrero 1898.



Al contrario, dichos barrios se hallaban enclavados en la zona más elevada de la ciudad, por lo que resultaban comparativamente bien soleados y ventilados. La mortalidad era consecuencia, en gran medida, del hacinamiento (55) y de la falta de higiene de las viviendas obreras. Así lo reconoció la propia prensa conservadora:

«En el actual estado de la salud de Bilbao —escribía *El Nervión* tras la epidemia de 1890-91—, tan malo y que tan crecido número de defunciones viene causando desde hace meses, tienen no poca parte las condiciones absolutamente antihigiénicas en que viven miles y miles de obreros en algunos de nuestros barrios» (56).

Y así lo confirmaba el testimonio políticamente desinteresado de algunos médicos locales:

«Es realmente increíble lo que pasa con la clase proletaria en Bilbao —escribían en 1894 Echevarría y Palacio—. No se puede creer sin verlo cómo viven centenares de desgraciados, que cruelmente oprimidos por la usura, se ven hacinados en cuartos, en salas en donde duermen seis, ocho y diez personas o más de ambos sexos, reunidos en horrible confusión y miseria moral e higiénica» (57).

Una comisión de cuatro médicos, encargada por el Ayuntamiento en 1894 de estudiar las causas de la elevada mortalidad infantil, señalaba como primera de ellas «el hacinamiento por las malas condiciones de las habitaciones o por el crecido número de personas que las ocupan» (58). La misma comisión de salubridad que operó durante la epidemia colérica de 1893 concluía que

---

(55) Casi todas las fuentes indicaban como principal razón del hacinamiento la carestía desmesurada de los alquileres: «El más importante de los factores que encarecen la vida en Bilbao es la carestía de las habitaciones, sobre todo las de los obreros», decía en 1907 el futuro alcalde de Bilbao, Gregorio de Balparda. *Conferencia pronunciada por don Gregorio de Balparda en la Fed. de Soc. Obreras el día 7 de noviembre de 1907* (Bilbao, 1907), p. 9.

(56) *EN*, 5 enero 1892.

(57) M. Echevarría-A. Palacio, *op. cit.*, p. 208.

(58) «Expediente relativo a la excesiva mortalidad de niños a causa de enfermedades contagiosas y medidas para combatir y aminorar el número de defunciones», AMB, sección 3.ª, legajo 56, núm. 74.

si «las clases menesterosas» habían sido las más atacadas por la enfermedad, ello había sido

«consecuencia legítima de las malísimas condiciones higiénicas en que viven, hacinados en malsanas habitaciones, mal vestidos, peor alimentados y descuidando y ocultando sus enfermedades hasta los últimos momentos» (59).

Era en las calles de estos barrios donde se encontraban la casi totalidad de los «pozos negros» y cloacas denunciadas por el vecindario. El arquitecto Epalza observaba que el mal estado de cañerías, desagües y excusados caracterizaba a «numerosas casas» de Cortes, San Francisco y calles contiguas. En más de una ocasión, los propios concejales denunciaron la extrema suciedad de las calles, la falta de blanqueo de las casas, la escasa ventilación y luz de muchos interiores y la acumulación de basuras en patios de vecindad, portales y en la misma vía pública (60).

«Subimos por calles sucias, por escaleras y más escaleras —escribía un periodista que visitó los "barrios altos" en 1902—, encontrando muchos andrajos colgando de cuerdas, arroyos fangosos que se deslizaban entre guijarros, niños harapientos...» (61).

Diez años después, las condiciones apenas si habían mejorado. Los distritos obreros todavía impresionaban por su patente falta de higiene y su apariencia miserable:

«Las casas son negras, parecen húmedas y sucias —escribía en 1913 el sociólogo conservador Jacques

---

(59) «Memoria de la organización y funcionamiento de los servicios municipales para combatir la reciente epidemia cólica y algunas observaciones acerca de la misma, presentada al Excmo. Ayuntamiento por la comisión ejecutiva de salubridad formada por los señores capitulares y vocales de la Junta Municipal de Sanidad», p. 93, en AMB, «Epidemia colectiva de 1893. Expediente general», sección 3.ª, legajo 47.

(60) Véase, por ejemplo, el informe del concejal Castiella sobre el barrio Mena (distrito de Cortes) en *EN*, 30 octubre 1891; y «Visita de inspección sanitaria verificada en el distrito de Bilbao la Vieja por el alcalde señor Carretero, abril de 1906», AMB, sección 5.ª, legajo 457, número 37.

(61) I. Fresnedo, «Impresiones», *LC*, 4 octubre 1902.

Valdour sobre San Francisco—. Las viviendas obreras que yo he visto se hallan en malas condiciones y son de mala calidad» (62).

Tales eran las condiciones de vida que aguardaban a los trabajadores que emigraban a Vizcaya. La industrialización había destruido el equilibrio urbano del Bilbao anterior a la guerra carlista, en el que, como en muchas otras ciudades españolas, la división municipal no comportaba una división de clases. Financieros, comerciantes, artesanos y jornaleros vivían en los mismos distritos e incluso en los mismos edificios. Todavía en los años ochenta, propietarios mineros e industriales, como Leguizamón, Urquijo e Ybarra, Aznar, Aresti, Echevarrieta, Echevarría, Zubiría y Alzola vivían en barrios de clases medias (altas y bajas) del viejo Bilbao (63). El desarrollo industrial y la inmigración de trabajadores acabó con todo ello. Banqueros e industriales se trasladaron primero al Ensanche, luego a suntuosas residencias en Las Arenas y Neguri, a varios kilómetros del centro de Bilbao; las clases obreras quedaron segregadas en los barrios ya descritos. La marginación de dichos barrios, el agudo contraste entre la fealdad de los distritos obreros y la arquitectura pretenciosa del nuevo Bilbao contribuyeron en gran medida a dar conciencia a los habitantes de aquellos barrios de que integraban una colectividad segregada, incluso antes de que partido alguno diese expresión política a ese sentimiento. Sin tener presente aquellas circunstancias, no es posible explicar plenamente las posteriores explosiones colectivas de descontento que tuvieron por escenario aquellos barrios (64).

---

(62) J. Valdour, *La Vie Ouvrière. L'Ouvrier espagnol. Observations vécues* (París, 1919), vol. II, p. 302; véase también *El intruso* (M. de la Morena), «Cómo vive la clase trabajadora», *EL*, 12 marzo 1912.

(63) En el Colegio de San Nicolás se hallaban empadronados Pablo Alzola, Benigno Chávarri, Adolfo Urquijo y varios Zubiría e Ybarra; en el de Santiago, el marqués de Acillona, Eduardo Aznar, Enrique Aresti, Evaristo de Churruca, Cosme Echevarrieta y Federico Echevarría. Al Ensanche se habían trasladado ya Víctor Chávarri, Pedro P. Gandarias, Ramón Bergé, Federico Solaegui y Ramón de la Sota. Véase el censo electoral de 1889, en AMB, «Excmo. Ayuntamiento de Bilbao. Libro de actas. Año económico 1889 a 1890. Octubre de 1889. Número 829», pp. 36-120.

(64) Obviamente, las diferencias de mortalidad entre los diversos barrios de Bilbao proporcionaron un excelente argumento a la pro-

#### IV. *El trabajo en Vizcaya*

Sin embargo, la perspectiva de habitar en un medio insalubre, de vivir hacinados en barrios y viviendas carentes de servicios higiénicos elementales, era para los trabajadores inmigrantes una perspectiva quizá menos inquietante que la miseria de ciertas zonas rurales del país. Vizcaya ofrecía al menos la posibilidad de un salario alto —según los niveles españoles— y de unos ingresos regulares.

Como las fuentes patronales indicaban, los salarios pagados en minas y fábricas de Vizcaya superaban considerablemente a los jornales agrícolas y podían considerarse entre los más elevados salarios industriales del país. El jornal medio diario en las minas —que se puede estimar en torno a 2,75-3 pesetas para el período 1880-1895 y en torno a 3,25-3,30 para los años 1898-1912/14— era muy superior al pagado en cualquier faena agrícola, ya que todavía en los años 1900-1910 el jornal de un bracero oscilaba en torno a 1-1,50 pesetas diarias. Los mineros podían alegar que las frecuentes suspensiones del trabajo por causa de las lluvias —por cuyo motivo se perdían unos setenta-ochenta días al año— reducían sus ingresos en un 20-25 por 100 aproximadamente; que la cuantía del salario sólo permitía una alimentación deficiente: una copa de aguardiente como desayuno y dos comidas, a las doce de la mañana y a las seis de la tarde, a base de legumbres, patatas y tocino, y, aún, que el salario era inferior al pagado en otras minas del país (65).

---

paganda socialista. Así, por ejemplo, al comprobar que en 1897 la mortalidad en Bilbao la Vieja había llegado al 58,90 por 1.000, mientras en Santiago era sólo del 21,50 por 1.000, el semanario socialista local concluía: «El mal está en el régimen presente y en el feroz egoísmo de los ricos», *LC*, 26 junio 1897. Al año siguiente, el citado periódico insistía: «La causa primordial de esa enorme mortalidad que viene registrándose en Bilbao hay que buscarla en la creciente miseria de las clases obreras», *LC*, «Pan e higiene», 1 octubre 1898.

(65) Sobre salarios en las minas de Vizcaya, véase Apéndice I; sobre la alimentación del minero de la zona, el dirigente de La Arboleda José Pérez escribía: «Por la mañana, unos comen unas sopas insípidas y otros un puchero de patatas con una insignificante tajadita de tocino. A las doce, la mayoría consume alubias, y otros garbanzos, con otra pequeñísima ración de tocino: vino beben los menos. Por la noche, la mayor parte cenan el resto de las alubias de mediodía, y los demás un puchero de patatas, acompañadas de una tajada de tocino»; J. Pérez, «Crónica de las minas. Alimentos y albergues», *LC*,



Todo ello era cierto, pero hasta cierto punto resultaba engañoso. Las familias mineras —es decir, los obreros fijos— tenían otras fuentes de ingresos además del salario del cabeza de familia. La presencia de una gran masa de población ambulante —en 1911, de un total de 11.799 mineros empleados, se calculaba que sólo 1.450 tenían «familia y casa abierta»— originó el pupilaje, práctica, como se indicó, muy extendida: en su visita a las minas en 1901, Maeztu observó que «las mujeres de los pocos casados suelen hospedar en casa a otros obreros». Era habitual alquilar de esa forma una o dos camas, lo que suponía dos o cuatro pupilos. Cada uno de éstos pagaba en torno a 1,50-1,70 pesetas por alimentación, hospedaje y limpieza. Además, los hijos de los mineros trabajaban a partir de los diez-doce años como pinches, con jornales escasos (1,25-1,50 ptas.), pero que, junto con la renta del pupilaje, constituían una innegable ayuda a la economía familiar. Esta no era, ciertamente, ni siquiera desahogada: una simple enfermedad bastaba para desequilibrarla y dejar a la familia al borde de la miseria. Pero no era tampoco tan deficitaria como a menudo afirmaba la prensa obrera. Incluso era posible que algún visitante quedase sorprendido por los, en su opinión, excesivos gastos superfluos (en tabernas, juegos de naipes, apuestas, etc.) de la población estable (66).

---

19 enero 1907. La descripción es idéntica a las de Vergara García y comisión del IRS, que observaban que algunos mineros tomaban una copa de aguardiente antes de comenzar el trabajo.

(66) J. Valdour, *op. cit.*, pp. 357-358; número de obreros fijos y ambulantes, en «Informe del señor Allende, vicepresidente de la Asociación de Patronos Mineros de Vizcaya, para el estudio del problema minero», *GN*, 20 septiembre 1910; visita de Maeztu, en R. Maeztu, «Una excursión a las minas», *EI*, 20 agosto 1901; pupilaje y precios del mismo, en E. Vergara García, *op. cit.*, p. 177, y en el informe de la Jefatura de Minas de Vizcaya al Gobierno en 1909, recogido en Comisión de huelga, *Huelga de los mineros de Vizcaya* (Bilbao, 1911), páginas 172-174. La prensa obrera se ocupó en repetidas ocasiones de la situación económica de las familias mineras: así, por ejemplo, en 1907, Solinís, dirigente minero, calculaba el gasto diario de una familia obrera en 3,15 ptas. (lumbre, 0,10; leche, 0,10; café, 0,05; azúcar, 0,12; patatas, 0,25; tocino, 0,15; tasajo, 0,30; pimienta, ajo, sal, cebolla, 0,05; alubias, arroz, berzas, 0,25; pan, 0,60; bacalao, 0,25; aceite, 0,15; jabón y limpieza, 0,10; indumentaria, 0,26; luz, 0,07; habitación, 0,35), por lo que concluía que los salarios —que, según él, oscilaban entre 1,67 y 3,21 ptas. diarias— eran insuficientes; la comisión de huelga antes citada estimaba que los ingresos anuales de una familia eran, en 1910, 855 ptas., y los gastos 1.649,50 ptas. (alimentación, 1.253,40; vivienda, 156; vestido y limpieza, 240,10); en 1914, otro dirigente socia-



La situación de los obreros ambulantes —que, como vimos, representaba por lo menos un 65 por 100 de la población minera, número que fue decreciendo a medida que se agotaron las minas— era, según las diferentes fuentes, menos intolerable. Las fuentes patronales cifraban sus gastos diarios en torno a 1,52-1,72 pesetas; el Instituto de Reformas Sociales y el sociólogo francés Marvaud, en unas 2,20 pesetas diarias; Valdour aseguraba haber conocido mineros solteros que vivían por 0,25 pesetas al día; incluso el dirigente socialista José Pérez creía que los ingresos de aquéllos superaban ligeramente a sus gastos: 60 y 55,75 pesetas, respectivamente (67). Le era posible al obrero un ligerísimo margen de ahorro:

«Por término medio —deducía Maeztu de la información que recogió en su visita a las minas en 1901—, cada uno de los doce mil obreros empleados en las minas de Vizcaya gira a su país, Burgos, Navarra, León o Galicia, de dos a tres reales diarios» (68).

Igualmente, la comisión del Instituto de Reformas Sociales encontró que desde la Administración subalterna de Valmaseda se habían girado en 1902 un total de 54.320 pesetas (máximo, 7.453 ptas. en mayo; mínimo,

---

lista, Ramón Núñez, volvía a sostener que mientras el presupuesto diario familiar era de 2,75 ptas. (habitación, 0,50; pan, 0,80; luz, 0,10; carbón, 0,15; café, 0,10; azúcar, 0,15; legumbres, 0,20; tocino o tasaajo, 0,20; patatas, 0,15; bacalao, 0,30; jabón, 0,10), los ingresos sumaban sólo 2,45 ptas. Ninguna de estas fuentes tenía en cuenta las diversas fuentes de ingresos familiares. Véase: J. Solinís, «El obrero en Vizcaya», *ES*, 9 agosto 1907; comisión de huelga, *op. cit.*, pp. 140-152; R. Núñez, «¡Cómo vive el obrero!», *EL*, 13 enero 1914.

(67) Además, Pérez calculaba los ingresos sobre la base de tan sólo veinte días hábiles, lo que da mayor verosimilitud a su estimación. Los gastos los dividía en: once panes, 8,25 ptas.; celemín y medio de alubias, 3 ptas.; un quintal de patatas, 6,50; 4 kg. de tocino, 8 ptas.; habitación, 11 ptas.; 3 kg. de tasaajo, 4,50; calzado, 3 ptas.; ropa, 5 ptas.; tabaco, 3 ptas.; lectura, 0,50; diez cuartillos de vino, 3 ptas. José Pérez, «Crónica de las minas. Consumo y jornales», *LC*, 26 enero 1907; véase el ya citado informe Allende, en *GN*, 20 septiembre 1910; IRS, *Informe*, pp. 72-73, 100 ss.; A Marvaud, *La Question Sociale en Espagne* (París, 1910), p. 116: el IRS y Marvaud calculaban que el gasto mensual de un obrero era de 66 ptas.: habitación, 10 ptas.; alimentación, 48; vestidos y zapatos, 3; sociedades de socorro, 2; diversos, 3. Ambos concluían que no era posible vivir con salario inferior a 2,75 ptas. diarias; J. Valdour, *op. cit.*, p. 347.

(68) R. Maeztu, «Una excursión a las minas», *EI*, 20 agosto 1901.

2.580 ptas. en enero), en su mayor parte cantidades expedidas por los trabajadores de las minas (69).

Era también cierto que en otras minas se abonaban salarios más elevados: en Asturias, por ejemplo, un obrero podía ganar en 1910 alrededor de 4,50-5 pesetas diarias. Pero el trabajo en las minas de Vizcaya no tenía las características de dureza y peligrosidad que habitualmente se asocian con el trabajo propiamente minero. Como ya se indicó, los trabajos se efectuaban a cielo abierto, no en irrespirables galerías subterráneas. La labor del minero de Vizcaya se asemejaba más a la del cantero que a la del picador. El riesgo de explosiones y hundimientos —protagonistas de tantas catástrofes mineras— era allí mínimo. La operación más peligrosa, el disparo de los barrenos, se efectuaba a horas fijas —8 a 8,30 de la mañana, de 12 a 1 del mediodía y de 4 a 4,30 de la tarde—, durante las cuales se paralizaba el trabajo en todo el distrito, avisándose con tres toques de corneta en el momento de encenderse las mechas. Obviamente el peligro subsistía. Los accidentes laborales (ocasionados por caídas de piedras, roturas de cables, atropellos, etc.) no eran escasos: de 1901 a 1908, la media anual de accidentes en las minas de Vizcaya fue de 704, lo que representaba un 25 por 100 del total de accidentes de trabajo ocurridos en la provincia, proporción superior a la media nacional, dentro de la cual los accidentes en la industria extractiva sumaban el 20 por 100 del total de accidentes laborales (70). Sin embargo, la mortalidad por accidente en la minería de Vizcaya era sólo ligeramente superior a la media nacional, no obstante la intensa actividad extractiva, la precipitación con que hubieron de montarse muchas instalaciones y la abundancia de trabajadores inexpertos, consecuencia lógica de la gran movilidad de la mano de obra (71).

---

(69) IRS, *Informe*, p. 73.

(70) Comisión de huelga, *op. cit.*, p. 155.

(71) La mortalidad por accidente en las minas de Vizcaya en 1884 fue 1,5 por 1.000; la media nacional, 1,8 por 1.000; en 1885, 0,58 y 1,6 por 1.000, respectivamente; en 1890-91, 1,56 y 2,03 por 1.000; posteriormente la mortalidad se elevó; en 1910, era de 2,63 por 1.000 en Vizcaya, frente a 2,03 por 1.000 en toda España, cifras representativas del decenio 1900-1910. Luego disminuyó temporalmente: en 1914, Vizcaya, 1,2 por 1.000; media nacional, 1,4 por 1.000; 1915, 1,6 y 1,7 por 1.000, respectivamente. En los años 1916-17 alcanzó otra vez niveles de preguerra: 2,6 y 2,3 por 1.000 en Vizcaya; media nacional, 1,6 y 1,5 por 1.000, res-

Las enfermedades más comunes entre los mineros de Vizcaya —sarna, pulmonía, gripe y bronquitis— no revestían la gravedad de las afecciones habituales en otras explotaciones mineras. Se debían más a las condiciones climáticas de la zona que a la naturaleza del trabajo, y su curación no era por lo general problemática (72). Existía, además, un servicio de hospitales, establecido por iniciativa patronal, que mereció elogios unánimes, incluso de portavoces obreros. Los hospitales mineros eran tres: uno, el central, llamado Hospital de Triano, se hallaba situado en Gallarta, y los otros dos en La Arboleda y Galdames, de forma que la distancia máxima respecto de alguno de ellos a que podía ocurrir un accidente era de dos kilómetros. La construcción de los hospitales comenzó en 1881-82. El capital fundacional, 150.000 pesetas, fue enteramente patronal. Luego se financiaron mediante un impuesto por tonelada de mineral y, hasta 1898, un descuento del 2 por 100 en los jornales de los obreros, aunque fueron precisas nuevas aportaciones patronales. Por sus instalaciones, material quirúrgico y médico y competencia del personal contratado —dirigido durante años por el doctor Enrique Areilza—, los hospitales estaban considerados como los mejores de su clase en España: «Seguramente no hay distrito —observaba el director general de Minas, Mallada— en el cual la asistencia médica haya llegado a tanta perfección como en Vizcaya» (73). La asistencia, tanto por accidente como por

---

pectivamente, en cada uno de los años citados. A partir de 1918, la mortalidad en Vizcaya disminuyó sensiblemente: ese año aún alcanzó 1,9 por 1.000, pero en los veinte y treinta se mantuvo en torno a 1-1,5 por 1.000 e incluso en cifras inferiores al 1 por 1.000. Véase: *Estadística minera de España*, en los años citados.

(72) En el quinquenio 1899-1903 se atendieron en hospitales mineros de Vizcaya a 1.706 enfermos: 371 padecían de sarna; 209, de pulmonía; 154, de gripe; 149, de bronquitis, y 86, de viruela. De las restantes afecciones se registró un número mucho menor de casos. Véase: E. Vergara García, *op. cit.*, pp. 183-184, e IRS, *Informe*, pp. 142-147.

(73) DGAMM, *Informe Minas*, p. 90. El Hospital de Triano disponía de cinco salas con 66 camas, sala de operaciones quirúrgicas, varias salas esterilizadoras, rayos X, salas de consulta y curas, laboratorios, etc.; existía, además, un pabellón de infecciosos con salas de cirugía y medicina y otras 22 camas. Los otros dos hospitales eran menores y servían para curas de urgencia, ya que no se hallaban equipados para realizar operaciones quirúrgicas importantes. El de Galdames tenía 22 camas; el de La Arboleda, 24. Véase: DGAMM, *Informe Minas*, pp. 90-93; IRS, *Informe*, pp. 139-146; E. Vergara García, *op. cit.*, pp. 183-185.

enfermedad, por simple consulta como por intervención quirúrgica, era totalmente gratuita: las compañías mineras abonaban los importes correspondientes. El único motivo de descontento era el descuento del 2 por 100 en los salarios de los obreros, medida en la que muchos trabajadores, y sobre todo los *temporeros*, veían únicamente la disminución del jornal. Para capitalizar políticamente ese descontento, los socialistas presionaron reiteradamente por la supresión del descuento, lo que lograron a partir del 1 de julio de 1898. A partir de esta fecha sólo se atendía gratuitamente a los obreros heridos en accidente laboral, corriendo todos los gastos a cuenta de los patronos. La asistencia por enfermedad dejó de ser gratuita: los obreros debían abonar dos pesetas por estancia diaria, cifra inferior a la tarifa del Hospital Civil de la Diputación de Vizcaya (74).

Los trabajadores de las minas tenían en el servicio de hospitales y en la propia salubridad del trabajo al aire libre dos circunstancias que de alguna manera contribuían a atenuar la dureza de sus condiciones laborales. De hecho, la salubridad era menor en fábricas y talleres de Bilbao y de la zona fabril que en las minas. La gran mayoría de los pequeños talleres se hallaban instalados en plantas bajas, por lo que la humedad en ellos era intensa, al tiempo que carecían de ventilación, espacio y luz suficientes. En las fundiciones de hierro se practicó hasta 1911 el «desarenado», operación que consistía en separar la arena de las piezas fundidas mediante su roce con piedra de esmeril, llenando la atmósfera de polvo de arena, con grave daño para las vías respiratorias. Sólo a partir del año citado comenzó a generalizarse el uso de sopletes para la limpieza de piezas y a instalarse ventiladores. Los servicios higiénicos eran inexistentes o muy deficientes. Los inspectores de trabajo del IRS señalaban como un hecho excepcional las fábricas que disponían de baños para sus trabajadores; en las panaderías no se inició la instalación de duchas hasta 1920. En algunos departamentos de las grandes fábricas de hierro y acero, las condiciones higiénicas eran las características de este tipo de trabajo: enrarecimiento de la atmósfera y falta

---

(74) Véase, además de los trabajos citados en la nota anterior, J. Lazúrtegui, «La industria minera en la provincia de Vizcaya», en F. Carreras Candi (ed.), *Geografía General del País Vasco-Navarro. Provincia de Vizcaya* (Barcelona, s. f.), pp. 148-149.



de oxígeno, provocados por la emanación de gases tóxicos y densos humos e intensas temperaturas, a veces superiores a los 50° (75). Los accidentes laborales eran frecuentes, especialmente en talleres metalúrgicos y carpinterías, no ya por imprudencia de los trabajadores, sino principalmente por la casi total inexistencia de dispositivos de protección. Las disposiciones legales para prevención de accidentes no se cumplían: engranajes, correas, volantes, sierras mecánicas, etc., carecían de protección adecuada. Contra lo que la ley ordenaba, los trabajadores del metal habían de trabajar sin defensas en las manos ni caretas protectoras, sufriendo las consecuencias (quemaduras y heridas de los miembros superiores, principalmente) de ello (76).

Sin embargo, determinadas circunstancias hacían preferir a los trabajadores el trabajo en fábricas y talleres —sobre todo en los del sector metalúrgico— al empleo en las minas. Los salarios eran, por lo general, más elevados en aquéllos que en éstas. En los años ochenta el jornal máximo pagado en las minas podía llegar a 4 pesetas diarias; en las fábricas, a 9 ptas. diarias (77). Hacia 1894-95, los jornales de los metalúrgicos especializados (ajustadores, torneros, remachadores, moldeadores y similares) oscilaban en torno a 5 y 6 ptas. por día, sin bajar en ningún caso de 5,50, cantidad que en las minas sólo ganaban, como vimos, los barrenadores. A principios de siglo, en 1903, según datos proporcionados por el Centro Obrero de Bilbao al periodista Antonio Zozaya, los jornales medios diarios en la industria del metal eran: caldereros, 4,25 ptas.; forjadores, 5 ptas.; mecánicos, 4,75 ptas., y moldeadores, 5 ptas., salarios superiores en casi un 20 por 100 a los abonados en la industria mine-

---

(75) Véase IRS, *Memoria General de la Inspección del Trabajo correspondiente al año 1915* (Madrid, 1917), pp. 118 y ss.; *Ibid.*, 1911 (Madrid, 1912), pp. 125-126; *Ibid.*, 1909 (Madrid, 1910), p. 102.

(76) La legislación laboral en materia de accidentes empezó, por otra parte, sólo en 1900, con la Ley de Accidentes del Trabajo de Dato. Véase: R. Joseph Harrison, «The beginnings of social legislation in Spain 1900-1919», *Iberian Studies*, vol. III, núm. 1, Spring, 1974. En otras industrias la falta de protección era absoluta: hasta 1911 no ordenó el Ayuntamiento de Bilbao que se colocasen barandillas en los andamios. Véanse las Memorias anuales de la Inspección del Trabajo del IRS a partir de 1907.

(77) *Estadística Minera de España, 1884, 1885.*

ra (78). Otras fuentes confirmarían esta estimación: mientras, como vimos, el salario medio en las minas en la primera década de este siglo ascendía a 3,25-3,30 ptas., los jornales de Astilleros del Nervión oscilaban, en 1893, entre 3,70 y 7,35 ptas. diarias; el jornal medio en Altos Hornos de Vizcaya, en 1903, era de 4,32 ptas., y en 1910, de 4,98 ptas. en la factoría de Baracaldo y 4,15 ptas. en la de Sestao; en fábricas y talleres metalúrgicos de Bilbao, según Marvaud, el jornal de ajustadores y torneros era de 6 ptas. diarias; el de los moldeadores, de 5 ptas., y el jornal medio de los restantes oficios del sector, de 3,75 a 4 ptas. (79).

El trabajo en fábricas y talleres ofrecía, además, otra ventaja sobre el trabajo minero: la estabilidad del empleo, prácticamente asegurada salvo en circunstancias excepcionales, como las crisis industriales de 1891-95 y 1904-07, y en todo caso no alterada por paros estacionales o interrupciones frecuentes como las ocasionadas por el mal tiempo en las minas.

Podría argumentarse que la carestía de viviendas y de los productos de alimentación —carestía, al parecer, particularmente notable en Bilbao— disminuía en parte el valor real de unos salarios nominalmente elevados para los niveles españoles. Marvaud quedó sorprendido

---

(78) A. Zozaya, «Lo que se gana», *EL*, 29 julio 1903. Zozaya recogió los siguientes datos sobre jornales medios diarios: albañiles, 4,50 ptas.; aserradores mecánicos, 3,50; auxiliares de oficinas, 4; canteros, 4,75; cargadores del muelle, 5; carpinteros, 4,25; cerrajeros balconeros, 3,75; constructores de carruajes, 4,25; constructores de camas, 4; cordeleseros, 3; ebanistas, 4,50; escribientes, 3,50; guardabarreras, 2,50; hojalateros, 4; madereros, 3,50; marineros, 2,50; marmolistas, 3,75; mineros, 3; panaderos, 3,50; papeleros (a tarea), 2,75; peluqueros, 2; peones en general, 3; pintores, 4; sastres, 3,50; tapiceros, 4,50; tipógrafos (jornal), 4,25; tipógrafos (destajo), 5,50; toneleros, 3,50; zapateros, 3. Sobre salarios en 1894-95, véase «Consular Report for the year 1895», *Parliamentary Papers. Commercial Reports. 1896*, p. 656; en él, el cónsul Smith enviaba la siguiente relación; ajustadores (buenos), 5-6 ptas.; (medios), 3,50-4; pudeladores (maestro), 200 ptas. mensuales; laminadores, 250 ptas. mensuales; primer oficial, 4,50-5; segundo oficial, 3,50-4; calentadores (maestro), 200-225 ptas. mensuales; ayudante, 3,75-4; cargadores y auxiliares de altos hornos, 5; garzones (maestro), 225 ptas. mensuales; oficial bueno, 4,50-5,50; oficial ordinario, 3,75-4; forjadores, 5-5,50; martilladores, 3,50-4; carpinteros, 3,50-5,50; albañiles, 3,50-4,50; canteros, 3,50-5; industria textil, 0,90-3,50; peones en general, 2,75-3.

(79) A. Marvaud, *La Question Sociale en Espagne* (París, 1910), página 112, núm. 1; jornales de Astilleros del Nervión, en «Los obreros españoles e ingleses en los Astilleros del Nervión», *EN*, 25 mayo 1893; los de AHV, en IRS, *Informe*, p. 70, y DGAMM, *Informe Minas*, p. 88.

por lo que calificó como «coste desmesuradamente alto de la vida en general» en Vizcaya (80). En repetidas ocasiones la prensa obrera alegraría que la situación económica de las familias obreras era deficitaria (81), pero tales afirmaciones eran, probablemente, simple literatura de denuncia y no una fiel exposición de la realidad. De los datos sobre salarios, citados más arriba, parece concluirse que metalúrgicos —especialmente los oficios más especializados—, tipógrafos y carpinteros-ebanistas formaban una modesta élite comparativamente bien remunerada; los salarios de albañiles, canteros y portuarios eran relativamente altos, pero se trataba de colocaciones sometidas, por su naturaleza, a frecuentes interrupciones; los de panaderos, sastres y escribientes bordeaban la línea de subsistencia, y los de marineros y peonaje resultaban a todas luces insuficientes.

Evidencia circunstancial —ya que las fuentes estadísticas son muy insuficientes, y casi siempre imprecisas y llenas de contradicciones (82)— hace pensar que el trabajo en fábricas y minas de Vizcaya significaba, para los trabajadores de la España rural, la posibilidad de una indudable mejora de su nivel de vida, incluso con las limitaciones señaladas: marginación social en barrios y viviendas insalubres, alimentación deficiente, vestimenta pobre y ocios reducidos a la taberna, al frontón y desde los años 1910 al cinematógrafo (83). Así, por ejemplo, el

---

(80) A. Marvaud, *La Question Sociale en Espagne* (París, 1910), p. 112.

(81) Según *LC*, el presupuesto diario de una familia obrera de cinco miembros era de 3,45 ptas., distribuidas así: 1/2 litro de leche, 0,15 ptas.; café, 0,10; azúcar, 0,10; 1/2 kilo de alubias o garbanzos, 0,30; 4 onzas de carne, 0,15; tocino, 0,10; 2 kilos de pan 0,90; 1/2 kilo de bacalao, 0,60; un kilo de patatas, 0,15; aceite, 0,20; especias, 0,10; limpieza, 0,20; alquiler de dos alcobas, 0,40. Estimando que el salario medio de un albañil era de 3,50 ptas. y que trabajaba sólo 200 días al año, el citado período concluía que el déficit anual era de 559,25 ptas. Véase: «Pan e higiene», *LC*, 1 octubre 1898. Zozaya calculaba los gastos en cuatro pesetas y el salario medio en tres. A. Zozaya, «Al céntimo», *EL*, 8 agosto 1903.

(82) Por ejemplo, según *LC*, el salario de un albañil en 1898 era de 3,50 ptas.; según el cónsul inglés, oscilaba entre 3,50 y 4,50 (en 1895); según Zozaya, era de 4,50 (en 1903), y según Marvaud, de 5,50 (en 1907).

(83) Valdour observó en 1913 que «todos los cines son muy frecuentados por los obreros, incluso durante la semana». El cine San Francisco costaba 15 cts. por sesión «simple» y 30 cts. por sesión «doble»; el mismo Valdour notó que «casi todos los obreros de Bilbao visten de azul, con blusa azul o negra, calzan zapatillas negras y se cubren con una pequeña boina azul que llevan igualmente comerciantes y burgueses». J. Valdour, *op. cit.*, pp. 301-302 y 309-310.

cónsul inglés observaba en 1890 que «muy pocos lugares hay donde las clases trabajadoras estén mejor que en Bilbao». Opiniones similares podían leerse en la prensa local: «Aquí, y esto nadie lo podrá negar —escribía el independiente *El Noticiero Bilbaíno*—, el obrero está en general bien pagado.» Y el propio órgano de la Agrupación Socialista local, *La Lucha de Clases*, reconocía que antes de la crisis industrial de los años noventa, «los salarios, por la escasez de trabajadores, tuvieron un tipo razonable, lo bastante alto para cubrir las necesidades de la familia jornalera» (84).

Estos relativamente altos salarios de Vizcaya no sa-  
lían ni de los beneficios empresariales ni de la redistribución de las rentas, sino de una elevada productividad, lograda sobre todo mediante jornadas laborales largas y el recurso a primas y destajos. En las minas, durante los años ochenta, se trabajaba desde las cinco de la mañana hasta el anochecer: «En las minas —afirmaba el dirigente socialista Facundo Perezagua— se empezaba la jornada diaria a toque de corneta, entre dos luces, y entre dos luces terminaba» (85). A raíz de la huelga minera de 1890, la jornada laboral quedó fijada en diez horas (once en verano y nueve en invierno), y tras la de 1910, en nueve horas y media. En fábricas, talleres, fundiciones, carpinterías, construcción y demás oficios no eran extrañas, antes de 1890, jornadas superiores a las once horas: el citado Perezagua, al llegar a Bilbao en 1885, halló colocación en una fundición cuya jornada laboral era de once horas y media; en la Sociedad Altos Hornos la jornada era, hasta principios de 1890, de once horas; en 1888 los canteros tenían jornadas de hasta doce horas (86). Durante los años noventa, sin embargo, se había generalizado ya, casi sin excepciones, la jornada de diez horas y media. El trabajo comenzaba entre las 6 y 6,30 de la mañana. Se interrumpía hacia las 8 u 8,30 durante media hora y continuaba después hasta las 12 horas. Tras

---

(84) «La miseria en Bilbao», *LC*, 13 enero 1895; cónsul Young a sir Francis C. Ford, 17 mayo 1890, en PRO, FO 72/1868; «La manifestación obrera», *NB*, 23 abril 1890.

(85) L. Morote, *El pulso de España* (Madrid, 1904), pp. 272-273; «Somorrostro», *ES*, 1 julio 1887.

(86) Sobre este punto, véase *El Norte*, 17 julio 1888; sobre jornada en los Altos Hornos, *NB*, 6-7 enero 1890; sobre trabajo de Perezagua, L. Morote, *op. cit.*, p. 272.



el almuerzo se reanudaba el trabajo a las 13 ó 13,30 y se daba por terminada la jornada normal a las 18 horas. Algunos oficios lograron posteriormente reducir la duración de sus respectivos horarios de trabajo: los operarios de las industrias de construcción y de la madera obtuvieron en 1900 la jornada de diez horas; los tipógrafos de Bilbao, la de ocho horas en 1913; en primavera y verano de 1917 se produjo una verdadera ofensiva obrera en toda la provincia por la jornada de nueve horas, que fue conseguida por los obreros de la construcción, panaderos y carpinteros, al tiempo que los canteros de la capital lograban la jornada de ocho horas en 1918. Sin embargo, en el sector industrial más dinámico de la región —el siderometalúrgico— no se modificaría la vieja jornada de diez horas y media, hasta que un Gobierno del conde de Romanones decretase, en 1919, la implantación de la jornada de ocho horas en todos los centros laborales del país (87).

Eran precisamente las empresas de dicho sector las que habían introducido y empleado más activamente el sistema de primas a la producción. Los obreros recibían el jornal base más «primas por exceso de trabajo». Altos Hornos de Vizcaya había implantado el sistema, con gran aceptación por parte de los trabajadores, en la casi totalidad de sus departamentos: *la turrullada*, un servicio de veinticuatro horas durante las cuales los trabajadores no abandonaban la factoría, «almorzando, comiendo y cenando casi sin moverse de los puestos de trabajo», permitía ganar varios jornales diarios. Así se lograba que los ingresos de los obreros del departamento de altos hornos, que, según el jornal base, debían oscilar entre 2 ptas. (pinches) y 7,20 ptas. (maestro), ascendiesen con las primas a 2,81 y 12,84 ptas., respectivamente; los de los trabajadores del tren debastador, que el jornal base fijaba entre 2 y 6 ptas., se elevaban con las primas a cifras entre 3,96 y 11,17 ptas., y los salarios de los empleados del tren acabador, originariamente estipulados

---

(87) Véase, además de las Memorias de la Inspección del Trabajo de los años 1907 a 1919, los siguientes trabajos: «Consular Report for the year 1895», *Parliamentary Papers. Commercial Report*, 1896, página 656; A. Zozaya, «Lo que se gana», *EL*, 29 julio 1903; J. Valdour, *op. cit.*, pp. 301 y ss.; J. Urra, «Los metalúrgicos de Vizcaya», *ES*, 26 junio 1916; M. Llanceza, «Los mineros de Vizcaya», *ES*, 3 marzo 1917; J. Zugazagoitia, «Tricomía obrera», *EL*, 17 agosto 1922.

entre 2 y 7 ptas., según la naturaleza del trabajo, ascendían por el procedimiento citado a 4,05-13,80 ptas. (88). En las fábricas de hierro de San Francisco, de Martínez de las Rivas, se daban primas de 25 ptas. mensuales a los maestros de taller, de 12,50 ptas. a garzones y escorrieros, de 10 ptas. a los vigilantes, y a los restantes trabajadores incrementos del 5 al 15 por 100 según los oficios y calidad de los productos obtenidos (89).

También en las minas se introdujeron durante los años ochenta formas de destajo, pero la reacción de los trabajadores no fue tan unánimemente favorable a las mismas como en las fábricas. El sistema de destajo en las minas era conocido con el nombre de *tarea* y consistía en que un equipo de tres o cuatro obreros se comprometía a hacer una determinada cantidad de trabajo —normalmente el cargue de tres vagonetas de mineral por obrero y por día— a cambio de una retribución previamente fijada. Concluida la tarea, los obreros quedaban en libertad de abandonar el trabajo o de incorporarse a las faenas normales con derecho a retribución suplementaria. La *tarea* suponía, por tanto, una reducción efectiva de la jornada laboral, ya que habitualmente quedaba terminada hacia las tres de la tarde, por lo que quienes trabajaban por dicho sistema permanecían en las minas de siete y media a ocho horas. Los patronos alegaban que mediante el trabajo o tarea y la retribución suplementaria, jornales de 3,15-3,45 ptas. podían elevarse a 3,45-4,25 ptas. Para ellos el sistema tenía la evidente ventaja de aumentar sensiblemente el rendimiento por individuo, ya que se estimaba que la labor realizada por los trabajadores a jornal equivalía al cargue de tres cuartos de vagoneta diaria por obrero. Los mineros, sin embargo, se hallaban divididos. La abolición de las tareas fue una de las peticiones de la huelga minera de 1890 y de otros conflictos posteriores. La comisión del Instituto de Reformas Sociales que estudió la huelga de 1903 halló que todos los obreros a los que consultó se manifestaron contrarios al sistema. Sin embargo, cuando la Cía. Franco-Belga quiso en 1906 suprimir las tareas, los trabajadores se opusieron,

---

(88) IRS, *Informe*, pp. 68-69; sobre *turrullada*, J. Urra, «Los metalúrgicos de Vizcaya», *ES*, 26 junio 1916; al parecer, se podía llegar a cobrar hasta cuatro jornales diarios: M. Parera, *Tragedia proletaria* (Sestao, 1930), p. 191.

(89) DGAMM, *Informe Minas*, p. 89.

amenazando incluso con ir a la huelga en caso de que la compañía llevara adelante la medida. Como se verá más adelante, las diferencias de criterio en torno a las tareas se harían patentes en el conflicto de 1906 y la propia prensa socialista admitiría en aquella ocasión que numerosos trabajadores eran partidarios del sistema. Sin duda por esta causa cedió en intensidad la campaña de los socialistas contra las tareas, al punto que la supresión en 1910 de un 25 por 100 del personal a jornal se hizo sin que se produjesen protestas (90).

## V. Polarización social

Mediante una elevada productividad, por tanto, la economía vizcaína pudo mantener unas tasas salariales altas para el contexto nacional. Con las limitaciones que se han señalado, el crecimiento industrial experimentado por Vizcaya a partir de 1876 produjo una mejoría del nivel de vida de las clases trabajadoras; posibilitó, al menos, empleo permanente e ingresos fijos a miles de familias obreras, sujetas, de otro modo, a las privaciones propias de la miseria de la España rural. La industrialización representó una etapa de prosperidad real que de alguna manera benefició a todas las clases sociales y que, por lo que a los trabajadores se refiere, se evidenció —a falta de datos empíricos— en la cada vez más numerosa asistencia de obreros a espectáculos públicos y lugares de recreo (juegos de frontón y bolos, toros, cinematógrafo, tabernas, sidrerías, cafés, teatros «de género chico», etc.) y a mercados y establecimientos comerciales reservados en otro tiempo a las clases medias, en la prodigalidad cada vez mayor con que se celebraban en los barrios obreros determinados acontecimientos (Primero de Mayo, festividades populares, enlaces matrimoniales, etc.), en el mejoramiento de sus dietas alimenticias, en la mayor diversificación y calidad de su vestimenta.

Sin embargo, resultaba demasiado evidente que los beneficios del sensible aumento de la riqueza local se

---

(90) Sobre las tareas, véase IRS, *Informe*, pp. 75-78; reacción en la Franco-Belga, en Asociación de Patronos Mineros de Vizcaya, *El trabajo en las minas de Vizcaya* (Bilbao, 1907), pp. 111-117, y DGAMM, *Informe Minas*, p. 85; véase, además, J. Valdour, *op. cit.*, pp. 340-346, y «La huelga de mineros», *LC*, 29 septiembre 1906.

habían concentrado de forma desproporcionada en los sectores sociales económicamente más poderosos. El contraste entre la riqueza suntuaria de los palacios construidos por los industriales y financieros de la región en barrios residenciales situados fuera de Bilbao y de las zonas minera y fabril, y la pobreza de los suburbios obreros, era el testimonio más elocuente de ello:

«De un lado —escribía Maeztu en 1897—, la minoría afortunada que levanta, para recreo de sus ocios, los hoteles coquetones de Las Arenas y Santurce, Algorta y Portugalete, y las mansiones espléndidas del magnífico ensanche de Bilbao. Del otro, la mayoría de desventurados, guareciéndose en esa cuenca mineral, cuya fealdad infunde espanto, y partiendo la vida entre el sombrío hormiguero de la mina y el barracón inmundo...» (91).

Para el propio Maeztu estas circunstancias explicaban la acusada polarización social que a partir de 1890 iba a caracterizar a Vizcaya, y cuyas manifestaciones más evidentes serían la extensión del socialismo y los conflictos mineros. «Las cóleras de los mineros —escribía Maeztu para explicar lo que él calificaba como "obra del odio", a la que atribuía la huelga minera de 1903— son en parte consecuencia inmediata de la escandalosa exhibición del lujo» (92), hecho del que daba diversos ejemplos.

Era una tesis que, a pesar de sus exageraciones, contenía una parte de verdad. En Vizcaya, como en otras partes, el desarrollo industrial y el crecimiento económico habían producido una honda transformación del clima de relaciones sociales. Algunos observadores locales percibieron pronto lo que uno de ellos llamó «perturbación moral de hondas consecuencias», producida por el progreso material de la región (93). El valle de Somorrostro, antes sostenido por una modesta economía agrícola y ganadera, era ahora escenario de una intensa actividad

---

(91) R. Maeztu, «El socialismo bilbaíno», *Germinal*, 16 julio 1897.

(92) R. Maeztu, «La obra del odio», *El Heraldo de Madrid*, 28 octubre 1903.

(93) J. Orueta, *Ante el problema regionalista. El País Vasco* (Madrid, 1907), p. 30. Véase: C. del Río, «En Vizcaya. La lucha entre el pueblo y la plutocracia», *EL* (Madrid), 29 agosto-10 septiembre 1906.



industrial: trenes mineros, vagonetas, planos inclinados, vías aéreas y millares de obreros habían totalmente mudado la fisonomía de un paisaje antes caracterizado por caseríos dispersos y pacíficos labradores. La vega de Baracaldo-Sestao, de la que todavía en 1876 podía decirse que era «celebrada por sus hortalizas y frutas, por sus ricas pesqueras, por la caza que abunda en ella», se transformó en pocos años en el centro de un denso complejo fabril, en «pueblos sórdidos, pueblos brumosos», de edificios ennegrecidos y deteriorados por los humos de las factorías, bajo una atmósfera impregnada de los «hálitos letales» contenidos en los gases de las fábricas y fundiciones (94).

Estos cambios del paisaje local ponían de relieve la transformación experimentada por la sociedad de Vizcaya. Por la rapidez e intensidad con que se produjo, por el carácter desordenado y caótico que en las más de las ocasiones tuvo, no parecía sorprendente que hubiese ido acompañado de un completo resquebrajamiento de la vieja estabilidad social:

«... el Bilbao de las fábricas, el industrial —comentaba Unamuno en 1924 haciendo un balance de lo que había sido la evolución de Vizcaya en los últimos treinta años—, trajo con la plutocracia —la de los nuevos condes siderúrgicos— la agitación obrera, el socialismo proletario» (95).

Se trataba de una opinión bastante extendida entre los distintos círculos de opinión. Maeztu, por ejemplo, afirmaba que «Bilbao, el Bilbao moderno, pueblo de aluvión, formado en diez años de fiebre..., tenía que ser la

---

(94) La actividad de la zona minera suscitaba la admiración de los contemporáneos: «Corren por el suelo los diminutos trenes cargados de mineral, que van a descargar en los vagones del plano inclinado; pululan en las laderas los mineros... y cruzan por el aire en fantásticas y múltiples vía aéreas los baldes o cajas de madera... ¡Cuánto y cuán grande movimiento en las alturas de Triano!», R. Becerro de Bengoa, «Bilbao es América», *NB*, 3 marzo 1890; Baracaldo en 1876, en J. Mañé y Flaquer, *op. cit.*, p. 156-157; años después, en E. Bení, «Sangre y oro», *LC*, 14 enero 1922, aunque originalmente publicado en mayo de 1912.

(95) M. Unamuno, «Del Bilbao mercantil al industrial», *EL*, 1 enero 1924; la expresión «condes siderúrgicos» aludía a la masiva compra de títulos nobiliarios llevada a cabo por los industriales vizcaínos durante el reinado de Alfonso XIII.

Meca de nuestro socialismo» (96). Sin embargo, el proceso resultó menos inevitable de lo que dichas opiniones reflejaban. Al menos dependió en la práctica de circunstancias y hechos a menudo fortuitos. Durante los primeros diez años de industrialización acelerada no se registraron agitaciones de carácter laboral, en parte tal vez por las relativas ventajas materiales que el trabajo en Vizcaya ofrecía a las masas de trabajadores inmigrantes. Sería erróneo concluir de ello, como hacían los apologistas del sistema, que no existían motivos de descontento. La historia social de la región a partir de 1890 bastaría para desautorizar esas opiniones. Era más bien que los trabajadores no creyeron, por las razones que fuera, la necesidad de expresar dicho malestar por medio de una acción política o sindical independiente. Este proceso requirió varios años y circunstancias particulares. Es al estudio del mismo a lo que se dedican las páginas que siguen.

---

(96) R. Maeztu, «El socialismo bilbaíno», *Germinal*, 16 julio 1897.



## CAPITULO PRIMERO

### ORIGENES DEL SOCIALISMO EN VIZCAYA

#### I. *Facundo Perezagua*

Aunque fundado en fecha relativamente temprana, en 1879, el Partido Socialista Obrero Español (PSOE) tuvo en sus primeros años un muy escaso impacto en la política española. La prensa de Madrid ni siquiera recogió la noticia de que una candidatura socialista tomó parte en las elecciones provinciales de 1882. Según su más conocido dirigente, Pablo Iglesias, hacia 1885 era todavía «... cosa muy insignificante. Componíanle tan sólo unos cuantos grupos, que no sumaban entre todos dos centenares de personas...; apenas era conocido, careciendo de influencia en la clase trabajadora» (1).

La publicación de un semanario del partido, en 1886, apenas modificó esta situación. Cuatro meses después de su aparición, pasada ya la inicial curiosidad que despertase, *El Socialista* sólo producía deudas. El sueldo de su director, Iglesias, tuvo que ser reducido a la mitad y durante casi veinte años los demás empleados no recibieron retribución alguna. Prácticamente, durante todo ese tiempo, hasta bien entrado el siglo xx, Iglesias sería, como escribiese uno de sus biógrafos, el «director de un periódico sin lectores y presidente de un partido sin partidarios» (2).

Centrado casi exclusivamente en Madrid, sin apoyo efectivo ni en las zonas rurales ni en la principal región industrial del país, Barcelona; aislado por razones doctrinales de las otras fuerzas democráticas del país, la actividad del PSOE antes de los años noventa pasó casi inadvertida. Incluso así, algunos miembros del partido

---

(1) P. Iglesias, «La labor de un cuarto de siglo», *ES*, 1 mayo 1910.

(2) J. J. Morato, *Pablo Iglesias Posse. Educador de muchedumbres* (Barcelona, 1968), p. 82; véase, además, J. Zugazagoitia, *Pablo Iglesias. Vida y trabajo de un obrero socialista* (Madrid, 1925).



implicados en la organización de sociedades obreras y en algunas huelgas fueron objeto de represalias patronales y optaron por abandonar Madrid ante las dificultades que por su actividad encontraban para lograr ocupación permanente. Entre ellos, Facundo Perezagua decidió, contra el deseo de Iglesias, que quería se estableciese en Barcelona, marchar a Bilbao, donde un amigo suyo, un zapatero llamado José Solano, había conseguido proporcionarle trabajo en una fundición. Nacido en Toledo en 1860, de familia obrera, trabajando desde los once años, primero en la Fábrica de Armas de Toledo y posteriormente en Madrid, Perezagua fue uno de los primeros miembros de la Agrupación Socialista Madrileña, a la que se afilió en 1879 con el carnet número 19. En Madrid trabajó en la Platería Meneses y en la Fábrica de Gas, siendo despedido de ambas por sus actividades proselitistas. Con veinte años fue elegido presidente de la sociedad de obreros en hierro El Porvenir, en cuyo nombre informó en enero de 1885 ante la recién creada Comisión de Reformas Sociales. Como el resto de los informadores obreros, limitó su intervención a exponer la dureza de las condiciones de trabajo en fábricas y talleres y la insuficiencia de los salarios; fue revelador, sin embargo, que sus excesos verbales promoviesen algún incidente, habiendo de exhortarle el presidente Moret a que moderase su lenguaje. Este hombre, de retórica violenta, educación rudimentaria, autoritario, inflexible y austero, como Iglesias, enérgico e intransigente, creó y dirigió casi dictatorialmente durante unos treinta años la organización socialista de Bilbao y Vizcaya, a la que, en una época en que en España partidos y sindicatos estaban muy precariamente institucionalizados, imprimió muchas de sus características personales (3).

Perezagua llegó a Bilbao en abril de 1885, cuando, a pesar del intenso desarrollo industrial experimentado en

---

(3) Quienes escribieron sobre él destacaban su enjuta corpulencia y los rasgos marcadamente semíticos de su fisonomía. Su incorruptibilidad y honestidad le fueron reconocidas incluso por sus enemigos; su soberbia, casi enfermiza, por sus propios correligionarios. Sería siempre incapaz de tolerar críticas a su gestión y guardaría profunda hostilidad a quienes las formularan. No admitiría junto a él a líderes que pudiesen ensombrear su prestigio. Véase: J. Zugazagoitia, *El asalto* (Madrid, 1930), pp. 29-45; Comisión de Reformas Sociales, tomo I, *Información oral* (Madrid, 1889), pp. 178-185; Necrología en *EL*, 3 mayo 1935; L. Morote, *El pulso de España* (Madrid, 1904), pp. 270-276.

los últimos diez años, Vizcaya carecía de toda tradición de organización obrera y de la experiencia de conflictos industriales. La Primera Internacional fue allí casi inexistente. Cuando uno de sus más conocidos dirigentes, Anselmo Lorenzo, se estableció en Bilbao en septiembre de 1872 pudo comprobar que «sólo existía en Bilbao una sección varia; no había sido posible organizar secciones de oficio por falta de actividad en los organizadores y por resistencia pasiva en los trabajadores de la localidad». Todo lo que llegó a conseguir Lorenzo en los dos meses en que permaneció en Bilbao fue organizar algún mitin y distribuir hojas de propaganda, pero no pudo crear organización alguna. Así, y aunque en 1882 la anarquista Federación Regional Española aseguraba tener 710 afiliados en la región vasca, todavía en 1885 la estabilidad de las relaciones sociales en las provincias vascongadas no había sido seriamente afectada por conflictos de clase: «no han tenido nunca que lamentar los excesos y desmanes de los trabajadores ni conocen apenas lo que es la huelga», se aseguraba en un estudio premiado por la Academia de Ciencias Morales y Políticas (4). Las autoridades locales parecían confiar que la situación no cambiaría en el futuro inmediato. Una comisión de la Diputación de Vizcaya, encargada de estudiar la reorganización de la Guardia Foral en la zona, propuso, sólo tres años antes de la gran huelga de mayo de 1890, que, teniendo en cuenta «la paz de que por fortuna disfrutaba el Señorío», se redujese aquella fuerza en un 30 por 100 y fuese dedicada no a funciones de vigilancia y seguridad, sino a la recaudación de impuestos provinciales (5).

Sin duda, incidentes laborales que sólo con exageración pueden ser calificados como huelgas no eran enteramente desconocidos. Por ejemplo, por no acudir al trabajo la Nochevieja de 1884 fueron despedidos cuatro obreros de un taller de tapicería de Bilbao, «lo que —según comunicaron a la prensa— nos ha obligado a decla-

---

(4) D. E. Aller, *Las huelgas de los obreros* (Madrid, 1886), p. 40; véase también C. Villavaso, *Memoria acerca de la condición social de los trabajadores vascongados* (Bilbao, 1887); la visita de Lorenzo, en A. Lorenzo, *El proletariado militante. Memorias de un internacional. Primer periodo de la Asociación Internacional de los trabajadores en España* (México, s. f.), pp. 307-308.

(5) «Negociado de Miñones, 1885», Archivo de la Diputación de Vizcaya, carpeta 1.114, expediente 1. La comisión estaba formada por cuatro conocidos industriales: Alzola, Goyoaga, Jáuregui y Landecho.

rarnos en huelga como operarios dignos». En noviembre de 1886, unos cien mineros de la mina Unión pararon para protestar contra las condiciones laborales, pero reanudaron inmediatamente el trabajo no sin que 26 fueran despedidos. Casos similares se dieron en fábricas y talleres metalúrgicos. En Altos Hornos hubo una huelga de pudeladores en febrero de 1887, al intentar la compañía elevar la jornada a doce horas y disminuir el salario en 50 pesetas mensuales, y un año después varios caldereros fueron despedidos por firmar una petición en demanda de un reglamento interior menos severo (6).

Pero todo ello era excepcional, las relaciones laborales no daban señales de deteriorarse y la opinión pública permanecía ajena a las cuestiones sociales. Sociedades obreras cuyos objetivos fuesen estrictamente sindicales eran prácticamente inexistentes. El 1 de enero de 1887 había en todo el País Vasco doce sociedades obreras legalmente constituidas, de las cuales sólo una, la Sociedad Tipográfica de Bilbao, tenía por objeto «mejorar a sus afiliados».

Las restantes —tres en Alava, seis en Guipúzcoa y tres en Vizcaya, ninguna de éstas en las minas o en la zona fabril— eran o sociedades de socorros mutuos o cooperativas o centros artesanales de recreo (7).

Fue dentro de este clima social de desmovilización obrera en que Perezagua comenzó la organización de una estructura tanto política como sindical que representase a los trabajadores de Vizcaya. Al parecer, su idea inicial había sido construir un partido obrero que asumiese funciones tanto políticas como laborales, pero hubo de renunciar a su proyecto por orden de la dirección nacional del PSOE (8). Prevaleció, por tanto, el esquema dual característico de la organización socialista española:

---

(6) *El Noticiero Bilbaíno*, 3-5 enero 1885; *ES*, 26 noviembre 1886, 11 febrero 1887, 6 abril 1888.

(7) «Lista de las sociedades y ateneos de obreros o asociaciones protectoras de éstos que existían en España en 1 de enero de 1887», AHV, Sección Gobernación, legajo 575. La estadística no especifica el número de obreros afiliados a aquéllas.

(8) «En mi concepto —explicaría Perezagua años más tarde— el Partido Socialista debía abarcar dos extremos: la lucha de clases y la política; pero consultamos a Madrid y se nos hizo desistir de nuestro propósito.» «Perezagua se decide por el sindicalismo», *EL*, 3 diciembre 1914.

agrupaciones del partido y sociedades de oficio fueron creadas simultánea pero independientemente.

Sin embargo, no debe darse demasiado peso a este hecho. La Unión General de Trabajadores (UGT) —la central sindical creada en 1888— fue en la práctica una sindical socialista, a pesar de las nominales declaraciones de independencia hechas por sus dirigentes nacionales. Ello resultó particularmente evidente a nivel local. En Bilbao, la Agrupación Socialista y la Federación Local de Sociedades Obreras eran, de hecho, difíciles de distinguir: compartían los mismos locales, los mismos hombres figuraban al frente de ambas organizaciones, tenían un mismo órgano de prensa, *La Lucha de Clases*. Muchos trabajadores afiliados a las sociedades de oficio no se inscribían en la agrupación socialista correspondiente porque se consideraban automáticamente miembros del partido. Como se verá más adelante, el número de votos obtenidos en Bilbao por el PSOE sería próximo al de afiliados a la Federación de Sociedades Obreras; en las minas fueron las agrupaciones socialistas, por las razones a que se aluden más adelante, las que en numerosas ocasiones asumieron la dirección de conflictos estrictamente laborales. Hasta cierto punto esta confusión de funciones era explicable: parecía indicar que para muchos trabajadores la palabra «socialismo» (y, por tanto, afiliarse a una organización de esta significación) significaba tanto actividad política independiente como acción sindical (9).

Perezagua empezó por frecuentar una sociedad de recreo e instrucción para obreros llamada «La Artesana», donde entró en contacto con un grupo de tipógrafos (Aldaco, los hermanos Carretero, Pascual, etc.) a quienes vendía prensa obrera —*El Obrero*, de Barcelona, primero, y desde 1886 *El Socialista*— y con los que constituyó el primer núcleo socialista. Semanalmente cada uno cotizaba 0,25 ptas., que utilizaban para adquirir los treinta ejemplares de *El Socialista* que distribuían entre los trabajadores. En junio de 1886 el pequeño grupo acordó

---

(9) Tal vez, en parte por dicha razón, en Madrid y en otros puntos muchos socios de la UGT no votaban a los candidatos del PSOE, sin que por ello dejaran de considerarse socialistas. Recuérdese en este sentido que, por ejemplo, en 1905 el PSOE logró en Madrid 1.873 votos, mientras que la UGT tenía ese año en dicha población 18.861 afiliados: *ES*, 20 octubre, 29 diciembre 1905.



constituirse en Agrupación Socialista, fundada el 11 de julio de aquel año en una reunión a la que asistieron escasamente veinte individuos. En ella se aprobó el reglamento de la Agrupación y se nombró el primer comité, presidido por Perezagua. La Agrupación alquiló «una modesta lonja de escasa capacidad» en una calle del barrio obrero (calle Laguna), local que el grupo usó como centro de conferencias y reuniones en las que frecuentemente la actividad se limitaba a la discusión de artículos de *El Socialista*. Fueron puestas a la venta ediciones abreviadas de libros como *El capital* y *Miseria de la filosofía*, cuyo elevado precio, 2,50 y 1 ptas., respectivamente, les hacía inasequibles a muchas economías obreras. Mayor circulación, a causa de su reducido coste, debieron tener folletos como *La autonomía* y *La jornada legal de ocho horas*, ambos de Lafargue, y *Colectivismo y Revolución*, de Guesde, que costaban 0,20 ptas. cada uno; y *El colectivismo*, también de Guesde, que valía 0,15 ptas., y los estatutos del PSOE y la UGT, que se vendían a 0,05 ptas. Retratos de Marx de 25×35 cm. podían ser adquiridos al precio de 0,35 ptas. Desde 1887 fue tradición de la Agrupación celebrar el 18 de marzo, aniversario de la *Commune*, un banquete conmemorativo o, a veces, simplemente «un té de fraternidad», ocasión que, como otras similares instituidas después —por ejemplo, el Primero de Mayo—, servía como plataforma de propaganda de la Agrupación (10). De acuerdo con el reglamento del PSOE, el comité ejecutivo de aquélla debía renovarse anualmente mediante elección; debía celebrar una reunión rutinaria todas las semanas y convocar cuatro asambleas generales al año (en enero, abril, julio y septiembre), en la que los miembros de la Agrupación discutían la gestión del comité, examinaban el movimiento de afiliados y la administración. Los nuevos miembros del partido debían ser presentados por dos afiliados; la cotización mensual era de 0,55 ptas. (11).

---

(10) A veces el 18 de marzo se solemnizaba con particular esplendor: «A los acordes de la Marsellesa subió el telón de boca —informaba en 1891 el corresponsal de *El Socialista*— y apareció entre luces de bengala la gloriosa efigie de Marx, cuyo retrato de cuerpo entero, pintado al óleo, es una verdadera obra maestra de arte debida al pincel del compañero Yarigui.» *ES*, 17 abril 1891.

(11) A pesar de su apariencia democrática, el funcionamiento de las agrupaciones socialistas estuvo siempre bajo el control de los respectivos comités ejecutivos, en cuyos cargos turnaban generalmente

De Bilbao, el comité acordó extender sus actividades a la zona minera. Solano y Perezagua celebraron una primera reunión en un café de Ortuella, posiblemente en el verano de 1887. Después mantuvieron contactos regulares con los primeros grupos de simpatizantes formados: «Todos los días festivos —explicaría Perezagua años después—, nuestros paseos, nuestros recreos, era hacerles una visita...» (12). El resultado de estas visitas, que según el propio Perezagua consistían en conversaciones, distribución y venta de periódicos y folletos, fue la constitución en diciembre de aquel año de la Agrupación Socialista de Ortuella.

Sin embargo, aún se necesitaría algún tiempo antes de que la organización socialista lograra una influencia amplia y duradera en aquella zona. Cuando Perezagua y Solano regresaron a Ortuella a principios de 1888, comprobaron que la Agrupación «no sólo... se había disuelto», sino que, añadiría Perezagua, «los obreros a nuestro paso se refugiaban en sus domicilios» (13). De hecho, hasta 1890 la Agrupación de Ortuella llevó una existencia anodina y los socialistas necesitaron de toda su perseverancia para asegurar su supervivencia. Pero gracias a la tenacidad de Perezagua y a la de dos nuevos colaboradores, Eduardo Varela —un librero ambulante que recorría la zona minera vendiendo novelas por entregas y libros a plazos— y Facundo Alonso —un comerciante que vendía

---

las mismas personas. Así, el comité de Bilbao lo formaban en 1895: Perezagua, Carretero, Pascual, González, Merodio, Urra, Orte, Beascochea, Cerezo, Redondo y Hernández; en 1897: Pascual, Pérez, Merodio, Perezagua, Carrera, Mercadal, Basterra, Bustingorri, Egaña, Echevarría y Perujo; en 1900: F. Zugazagoitia, López, Merodio, Nájera, Torrijos, Basterra, Basauri, Perujo y Beascochea; Perezagua, Cerezo, Merodio y Basterra integraban el comité de la Federación Socialista de Vizcaya en 1901, etc. Véase: *La Lucha de Clases* en los años citados. Para los primeros años de actividad socialista, F. Carretero, «Remembranzas», *ES*, 1 mayo 1910; «Treinta y cinco años de lucha. El Partido Socialista y la UGT en Vizcaya», *EL*, 1 mayo 1921; *LC*, 16 julio 1936, número conmemorativo del cincuenta aniversario de la Agrupación; J. B. Mercadal y Alonso, «El movimiento obrero en Vizcaya», *LC*, 11 marzo 1905, breve síntesis de un folleto suyo de 32 páginas, del mismo título, que no me ha sido posible encontrar; son útiles las cartas de Bilbao publicadas en *El Socialista* semanalmente, escritas por Perezagua o Solano.

(12) «Perezagua se decide por el sindicalismo», *EL*, 3 diciembre 1914.

(13) «Perezagua se decide por el sindicalismo», *EL*, 3 diciembre 1914; véase, además, «Somorrostro», *ES*, 1 julio 1887; F. Perezagua, «Los mineros de Vizcaya», *LC*, 23 julio 1904.

telas y quincallería que transportaba en una mula—, la organización no desapareció e incluso, dentro siempre de sus precarios límites, se extendió: en 1888 se estableció una nueva Agrupación Socialista en otro pueblo minero, en La Arboleda, con Varela como presidente y Alonso como tesorero (14).

La actividad de estos grupos se limitaba a la distribución de propaganda escrita y sobre todo a la captación de nuevos elementos mediante propaganda individual. En términos numéricos dicha actividad fue escasamente compensadora. Aunque no se conservan datos sobre el movimiento de afiliados, puede estimarse que no excedería de cincuenta el número de miembros inscritos en las agrupaciones socialistas de la zona minera en la primavera de 1890 (15).

Pero por las mismas características de la política local, los posibles efectos políticos de esta debilidad numérica quedaban muy disminuidos. La desmovilización política en la zona minera de Vizcaya era, antes de 1890, tan intensa como en el resto del país. La política local permanecía bajo el firme control de los políticos monárquicos —los principales propietarios mineros— a través de una efectiva red de clientelas: la mayoría de los alcaldes de la zona eran capataces o contratistas mineros o estaban de una forma u otra vinculados a la actividad minera. No había habido ninguna tradición republicana de alguna significación, ni parecía probable hacia los años 1880-1890 que los republicanos contasen con verdadera fuerza política en los pueblos mineros: por dos veces tuvo que aplazar la sección de La Arboleda del partido republicano coalicionista, la asamblea en que debía nombrarse el delegado al Congreso Nacional Republicano de 1889, y los dos aplazamientos se debieron a falta de asistencia. El periódico del grupo, *El Eco de Matamoros*, hubo de cesar su publicación al cabo de unos pocos números (16).

Por otra parte, la misma inexistencia de una tradición de organización obrera favoreció, en cierto sentido, la labor de los pioneros socialistas. No tuvieron ni que romper viejas lealtades ni que conquistar clientelas polí-

---

(14) I. Prieto, *De mi vida. Recuerdos, estampas, siluetas, sombras...* (México, 1965), I, 211-212.

(15) Esta era, al menos, la estimación del propio Perezagua; L. Morote, *El pulso de España* (Madrid 1904), p. 273.

(16) *ES*, 21 julio 1889, 1 enero 1892.

ticas de otros partidos o sindicatos. De hecho, en ningún momento llegó a surgir un movimiento obrerista capaz de representar una alternativa posible a la organización socialista. En 1890 no existía todavía ninguna agrupación anarquista dentro de las provincias vascas (17). La propaganda anarquista no comenzó a tener alguna continuidad hasta 1891, cuando ya los socialistas gozaban de un sólido prestigio: los trabajadores permanecerían leales a su recién adquirida disciplina. Además, para un público como el minero de Vizcaya, escasamente familiarizado con debates ideológicos, la propaganda anarquista resultaba escasamente original: «Esto ya lo hemos oído muchas veces a los socialistas», fue, al parecer, el comentario general tras un mitin celebrado en Ortuella en diciembre de 1891, en el que intervinieron Malatesta y otros líderes anarquistas (18).

En definitiva, la verdadera significación de la primera actividad socialista en las minas de Vizcaya radicaba en el hecho de que, a pesar de su escasa relevancia numérica, podía representar para los mineros una dirección a la que acudir en caso de creerlo conveniente. Acontecimientos posteriores demostrarían que se trataba de un liderazgo en extremo capacitado, con tenacidad,

---

(17) «Datos remitidos por los gobernadores sobre la existencia de asociaciones anarquistas en sus respectivas provincias», AG, serie A, legajo 2.

(18) ES, 1 enero 1892; «El anarquismo en Vizcaya», LC, 28 agosto 1897. Los mismos anarquistas reconocían la escasa influencia que sus organizaciones tuvieron en la región vasca antes de 1919-20: «Sólo se destacan algunos pequeños núcleos y muy pocas individualidades», escribía Buenacasa respecto a la acción anarquista en Vizcaya antes de 1900: «En el resto de la provincia del Norte —añadía—, el núcleo libertario es muy escaso y poco influyente.» M. Buenacasa, *El movimiento obrero español, 1886-1926* (Barcelona, 1928), p. 173. Según otro dirigente anarquista, Horacio Prieto, antes de 1917 «se podían contar los anarquistas vascos con los dedos de una mano»; citado en César M. Lorenzo, *Les Anarchistes Espagnoles et le Pouvoir, 1868-1969* (París, 1969), p. 156. Según Morato, en 1903 la Federación Nacional de Trabajadores, anarquista, sólo contaba con tres secciones en las provincias vascas, frente a las 57 de la UGT. En contraste, la Federación tenía 55 secciones en Andalucía y 36 en Cataluña. J. J. Morato, «Congreso de libertarios. Fuerzas», *El Norte de Castilla*, 31 mayo 1903. En mi opinión, no debe buscarse ninguna explicación ni psicológica ni sociológica a este hecho: se explica por una inicial anticipación socialista y por la capacidad de los líderes socialistas locales para mantener a lo largo de los años su influencia y su ascendiente entre las clases obreras de la región a través de una política cuyo análisis constituye el objeto de este trabajo.



determinación y dinamismo suficiente como para impedir la aparición de ninguna organización rival a su izquierda.

## II. *Un socialismo sin base sindical*

Al mismo tiempo que secciones locales del partido, los socialistas iniciaron la organización de sociedades de resistencia (19). La Sociedad Tipográfica fue reorganizada en 1885, pero desapareció prácticamente tras fracasar en su primera confrontación laboral seria en mayo de 1887. De hecho, muchas de estas sociedades de resistencia no eran sino improvisados acuerdos entre obreros del mismo oficio deseosos de coordinar sus esfuerzos para una inmediata demanda laboral. Tan pronto como se resolvía ésta, incluso aunque fuese favorablemente, cesaban la mayoría de las cotizaciones y la misma actividad de la sociedad. Un fracaso en una acción laboral podía significar su total disolución por muchos años, como fue el caso de las sociedades de panaderos y papeleros de Bilbao tras sus derrotas en julio de 1891. Pero tampoco el éxito garantizaba la existencia estable de una organización: la Sociedad de Canteros de Bilbao se dispersó en la práctica hasta 1900 tras su intento, fructífero, de reducir la jornada de sus miembros en julio de 1888 (20).

De hecho, la aparición de una verdadera estructura sindical socialista no se produciría en Vizcaya, como se verá, hasta los años 1899-1901. Antes de esas fechas, el movimiento de organización de sociedades obreras tuvo

---

(19) Además de las agrupaciones citadas, se crearon las de Sestao, en abril de 1888; Las Carreras, en junio de 1890; San Salvador del Valle y Labarga, en marzo de 1891. Muchas de ellas tuvieron vida muy efímera: la Agrupación de Sestao fue rehecha en 1892; la de Las Carreras, en 1896, año en que se constituyeron las de Gallarta, Begoña y Erandio. Al constituirse en 1900 la Federación Socialista de Vizcaya, existían agrupaciones en Bilbao, La Arboleda, Ortuella, Las Carreras, Sestao, Begoña, Deusto, Gallarta, Erandio y San Julián de Musques. El total de afiliados era de 820. *LC*, 17 marzo 1900.

(20) Doscientos canteros se declararon en paro el 9 de junio de 1888, exigiendo una jornada de diez horas y media en lugar de la de trece horas hasta entonces practicada; lograron una rápida victoria. *El Norte*, 17 julio 1888. Sobre los tipógrafos, *La Lucha de Clases* aseguraba en 1894 que la S. Tipográfica, primera sociedad de resistencia creada en Bilbao, «hoy... no existe»; *LC*, 16 diciembre 1894. Fue reorganizada dos años después: la Sociedad de Panaderos lo sería en 1897; *LC*, 31 julio 1897.

muy escasa amplitud. Según fuentes socialistas, entre 1890 y 1892 se habrían creado en Vizcaya siete de aquellas sociedades —doce según el Instituto de Reformas Sociales— y ninguna en los cuatro años siguientes, dato confirmado por otras fuentes (IRS). El número de afiliados a la UGT en la provincia parece, en este sentido, revelador: 511 miembros en 1892 y 491 en septiembre de 1893 (21). A pesar de la creciente influencia de las ideas socialistas, la movilización sindical de los trabajadores fue lenta, tardía y limitada:

«En ninguna parte se advierte un desarrollo tan pronunciado de las ideas socialistas como en esta villa —aseguraba el semanario socialista local *La Lucha de Clases* en 1896—, al mismo tiempo que se observa que las asociaciones obreras puramente económicas están casi por completo abandonadas» (22).

Esta debilidad sindical era en parte el resultado de la falta de tradición de actividad independiente de la clase obrera en la provincia. Pero hubo además otros factores que influyeron en ello y que, por tanto, pueden contribuir a explicarlo. La resistencia a la organización de los trabajadores parece haber sido más fuerte por parte patronal que por parte gubernamental, especialmente una vez que la ley de asociaciones de junio de 1887 eliminase muchos de los tecnicismos que hasta entonces habían permitido a las autoridades dificultar legalmente la creación de sociedades de oficio (23).

---

(21) *ES*, 14 octubre 1892, 22 septiembre 1893; sobre creación de sociedades, véase F. Galán Eguizábal y F. Núñez Tomás, *Anuario Obrero*, 1915 (Madrid, 1916), pp. 64-116; IRS, *Informe*, pp. 19-20. Al inaugurarse el Centro Obrero de Bilbao en noviembre de 1891, formaban la Federación Local de la UGT las siguientes sociedades: obreros en hierro y metales, panaderos, tipógrafos, albañiles, canteros, cargadores del muelle, forjadores y martilladores, moldeadores, obreros en hierro La Solidaridad, obreros en madera y zapateros. De ellas, se disolverían en los años 1892-96, por lo menos, las sociedades de panaderos, tipógrafos, albañiles, cargadores del muelle y La Solidaridad. *ES*, 13 y 20 noviembre 1891.

(22) «Apatía incomprensible», *LC*, 20 junio 1896.

(23) «Cinco meses hace —escribía en 1886 el corresponsal de *El Socialista* en Bilbao— que hay reglamentos de sociedades obreras detenidos en el Gobierno Civil pendientes de aprobación». *ES*, 13 agosto 1866. La prensa socialista no publicó quejas similares a raíz de aprobarse la citada ley.

Las represalias patronales contra organizadores sindicales y contra obreros sindicados, sin embargo, continuaron. En junio de 1890, la Compañía de Tranvías de Bilbao despidió a cinco mayores que habían intentado formar una «sociedad de resistencia». Perezagua fue despedido por la misma razón de Astilleros del Nervión en marzo de 1891. Se rumoreó que tras las huelgas de Altos Hornos de 1899, la compañía había dejado sin empleo a unos cuatrocientos trabajadores. En más de una ocasión se denunció la existencia de «listas negras» en minas y fábricas, y se dijo que se negaba empleo a los incluidos en aquéllas (24).

Sin embargo, la importancia de la resistencia patronal no debe exagerarse, aunque sólo sea porque no fue menor en otros centros de trabajo (en España y fuera de España), donde a pesar de ello las organizaciones sindicales alcanzaron notable desarrollo. En Vizcaya hubo otros factores cuya influencia en el débil crecimiento inicial de los sindicatos obreros parece haber sido decisiva: en las minas, la experiencia de la huelga de mayo de 1890, como se verá más adelante; en algunas de las grandes factorías siderometalúrgicas, y particularmente en Altos Hornos de Vizcaya, el mismo éxito de la política social de la empresa y la inadecuación del sistema de sindicación por oficios creado por los socialistas.

Ya se indicó que gracias a los altos salarios, y sobre todo a los incentivos a la producción, los ingresos de los obreros de Altos Hornos eran comparativamente elevados: en 1910 el ingreso medio diario de un obrero especializado era de 8,90 ptas. (jornal base: 4,98 ptas. en Baracaldo y 4,15 ptas. en Sestao), mientras que el mejor salario en las minas era de 4,70 ptas. Altos Hornos tenía establecida, además, una amplia red de instituciones benéficas para sus empleados: asistencia médica en caso de accidente y enfermedad, pensiones para los jubilados, casas, cooperativas y escuelas para los hijos de los trabajadores. Todo ello funcionaba con gran efectividad:

---

(24) Expulsión de Perezagua, en *ES*, 3 abril 1891; represalias en Altos Hornos, en cónsul Smith a Foreign Office, 18 julio 1899, PRO, FO 72/2116; tras las huelgas de 1911, en la misma empresa se dijo que los depurados se elevaban a 1.000; *EL*, 24 septiembre 1911. «Listas negras», en F. Domenech, «La Inquisición en Vizcaya», *LC*, 29 septiembre, 20 octubre 1906. Los ejemplos en este sentido podrían multiplicarse.

en 1910 se mantenían dos hospitales con seis médicos, más los correspondientes practicantes, enfermeros y religiosas, en los que se atendían mensualmente a unos 70-80 trabajadores; la Caja de Ahorros tenía en 1908 427 imponentes —se admitían imposiciones de 1 a 100 pesetas— y un capital de 401.839 ptas.: abonaba el 4 por 100 de interés; en el mismo año el número de socios de las dos cooperativas de la empresa era de 1.620, y la cifra de ventas, de 1.972.218 ptas.; las cooperativas, cuyas acciones costaban 15 ptas., sostenían diversas tiendas y almacenes, empleaban unos 25 dependientes y atendían desde la venta de productos de la alimentación, cuya adquisición se trataba directamente con los aldeanos, a la confección de sastrería y calzado; en las escuelas de párvulos de la compañía estudiaban, en 1908, 1.252 niños y niñas; en las de instrucción primaria, subvencionadas además por la Diputación y los Ayuntamientos de Baracaldo y Sestao, otros 424 (25).

La competencia por lograr colocación en Altos Hornos era grande y sólo podía obtenerse mediante recomendaciones y favores. Todo ello, unido a una relativa estabilidad de empleo, contribuyó sin duda a fomentar la fuerte lealtad de un numeroso núcleo de trabajadores hacia la compañía:

«... es notorio —escribía uno de los autores del informe del IRS sobre las minas de Vizcaya en 1903— el acuerdo, la armonía que esta poderosa empresa mantiene con todo su personal, al que hace participe, por medio de obras de cultura, de fomento y de cooperación, en los grandes beneficios de su industria» (26).

El propio testimonio de los socialistas lo corroboraba:

«Parece increíble que los esclavos de La Vizcaya —decía Perezagua en 1905—, que debieran ir a la cabeza del movimiento obrero consciente, sean un

---

(25) DGAMM, *Informe Minas*, pp. 94-104; J. Lazúrtegui, «El comercio la industria y la navegación en el País Vasco-Navarro», en F. Carreras Candi (ed.), *Geografía General del País Vasco-Navarro* (Barcelona, s. f.), volumen I, pp. 737-741; IRS, *Informe*, pp. 127-137.

(26) IRS, *Informe*, p. 274.



montón de hombres sin voluntad y sin energías, incapaces de rebelarse contra las iniquidades que con ellos se cometen de continuo» (27).

«Obreros —se lamentaba *La Lucha de Clases*—: vuestra apatía y vuestra resignación es un gran mal» (28).

Ya se verá que esta situación no se alteraría, de hecho, hasta la Primera Guerra Mundial, a pesar de los diversos intentos de los socialistas por conseguirlo. Estos intentos se remontaban a los primeros años de la actividad socialista en Vizcaya. En septiembre de 1887, Perezagua había creado la sociedad de obreros en hierro La Solidaridad, un embrionario sindicato industrial, dado que en él se encuadraban sin distinción de oficio trabajadores de fundiciones y talleres metalúrgicos de Bilbao. En enero de 1890, La Solidaridad intentó aprovechar una demanda laboral de los obreros del taller de ajuste y calderería de Altos Hornos —que solicitaban la reducción en media hora de su jornada de once horas— para extender su radio de acción a la zona fabril de Baracaldo-Sestao.

La Solidaridad intentó que otros departamentos secundaran la huelga, pero apenas 150 fundidores respondieron positivamente a su iniciativa. Sólo medio millar de obreros de un total de 3.000 empleados se vieron envueltos en el conflicto. El 15 de enero, al cabo de once días de paro, unos 400 de aquéllos se reintegraron al trabajo ante la amenaza de la empresa de despedirlos. De esa forma la disputa podía darse por concluida (29).

La huelga había sido para todos los efectos un fracaso. Había probado, además, que en tanto la empresa controlase los talleres vitales de hornos altos y convertidores Bessemer podía resistir con relativa facilidad cualquier presión de sus trabajadores. En dicho punto el éxito de Altos Hornos parece haber sido total, posiblemente porque la compañía extremase en torno a ellos su política de atracción ya mencionada (selección de

---

(27) Mitin en Sestao, en *LC*, 8 abril 1905; como se recordará, La Vizcaya era la factoría de AHV en Sestao.

(28) «Los Altos Hornos de Vizcaya», *LC*, 7 mayo 1904. Un dirigente de Sestao, Lanchares, escribía por entonces sobre La Vizcaya: «Hay que hacer socialista a esa fábrica... Poca fe tengo», y se lamentaba «del abandono en que les tiene sumergida la ignorancia» a los empleados de la misma. *LC*, 9 julio 1904.

(29) *ES*, 17-24 enero 1890; *NB*, 5-16 enero 1890. Orígenes de La Solidaridad, en *ES*, 2 septiembre 1887.

personal y beneficios sociales). Ninguno de aquellos dos departamentos había apoyado la huelga de 1890 ni apoyaría disputas posteriores:

«Siempre permanecieron estos obreros —escribiría en 1907 un dirigente socialista— alejados de toda organización, y por sus mentes jamás pasó la más remota idea de vindicación obrera» (30).

Para los socialistas, la derrota había venido a demostrar la necesidad de proceder a constituir una verdadera organización sindical antes de emprender nuevas acciones laborales. Por razones doctrinales, pero también para crear una estructura que se adaptase a las divisiones profesionales y salariales de los trabajadores del sector, los socialistas optaron por una organización de carácter gremial a base de sociedades por oficio. La Solidaridad fue progresivamente dando paso a secciones de rama: entre 1890 y 1893 se crearon en Bilbao sociedades de moldeadores y forjadores-martilladores, y en Sestao las de caldereros, forjadores-martilladores y torneros ajustadores.

La organización por oficios —aparte de que se vio pronto ante una grave crisis industrial frente a la cual, como veremos, los socialistas no acertaron a interpretar las aspiraciones de los trabajadores— no produjo los resultados que los socialistas habían deseado. Una organización gremial sin el concurso de los trabajadores más especializados (los de hornos altos y Bessemer), ganados a la empresa por las razones ya apuntadas, carecía de

---

(30) J. Urra, «El obrero en Vizcaya. Altos Hornos», *LC*, 8 junio 1907. Este artículo es quizá el mejor análisis del problema de la organización sindical en Altos Hornos. Aquellos dos departamentos empleaban unos 700 obreros. En los restantes, la situación, según Urra, era como sigue: trenes reversibles, 400 obreros que «jamás pensaron en asociarse ni defender el derecho obrero»; acabado de raíles, 60 obreros que «tampoco adquirieron la febril exaltación de formar núcleo organizado»; trenes de laminación, 1.000 obreros, «no hay organización»; talleres de forja, 60 obreros, sin organización; pudeladores, 130 obreros que «jamás fueron asociados ni infundieron alientos de cooperación»; baterías de cok, 100 obreros que «no pensaron nunca en defender los derechos de su clase»; talleres de modelos y fundición, 200 obreros, entre los cuales «los moldeadores ya se adaptan algún tanto a la organización»; ajuste y maquinaria, 150 obreros «refractarios a la organización en su inmensa mayoría»; calderería, 200 obreros que «han estado... varias veces organizados»; hornos de ladrillos refractarios, 40-50 obreros, «nula organización». Urra se refería a la factoría de Baracaldo. Ya se indicó más arriba la situación en la de Sestao.

fuerza de presión frente a los patronos. Dada la mentalidad dominante entre los trabajadores de Altos Hornos, entre quienes el sistema de organización interna del trabajo (categorías profesionales estrictas, promoción por productividad) había desarrollado un agudo espíritu de competencia, el gremialismo no parecía tener más alternativa que o servir de defensa de las diferencias interprofesionales entre los obreros o llevar una existencia anodina sin apoyo de la masa obrera. Los socialistas no acertaron a resolver este dilema y ello contribuyó, en gran medida, al fracaso de la asociación entre los trabajadores de Altos Hornos y, por consiguiente, dado el valor clave de esta empresa en el sector, entre los obreros metalúrgicos: «Su acción —escribía Julián Zugazagoitia en 1922 sobre las sociedades de oficio en dicho sector— tenía alguna eficacia en los talleres pequeños; cerca de las grandes empresas su resultado era negativo, nulo» (31). Y en efecto, sólo 198 trabajadores metalúrgicos estaban asociados en Bilbao en 1892, y 211 en Sestao en 1893. Las cifras reflejaban que la desmovilización no se limitaba a Altos Hornos, sino que parecía afectar a todo el sector. *La Lucha de Clases* se quejaba en 1896 de «la apatía que devora a los obreros de las fábricas». En la Basconia, según la misma fuente, en 1904 «eran todavía muy pocos los que estaban organizados»; «triste y lamentable es decir lo que sucede en dichos talleres —decía el mismo semanario esta vez sobre Talleres Zorroza, en 1907— por la indiferencia que existe con respecto a la sociedad de resistencia que se halla constituida» (32).

---

(31) J. Zugazagoitia, «Tricomía obrera», *EL*, 20 agosto 1922. No hubo tampoco posibilidad de que se desarrollasen en España sociedades de oficio nacionales como las que, con gran éxito, caracterizaron hasta fecha muy reciente la organización metalúrgica inglesa. Lo impidieron el mismo débil y heterogéneo desarrollo de la industria del hierro española; el localismo que caracterizaba a toda la vida del país, donde a veces la solidaridad de clase se estrelló contra las rivalidades locales y las diferencias provinciales en cuanto a condiciones laborales (sistemas de pago, jornadas, etc.) que hacían casi imposible a las sociedades obreras coordinar sus acciones. Así, organizaciones como la Federación Nacional de Sociedades Obreras en Hierro, Metales y Oficios Similares, creada en Barcelona en 1891, no tuvieron existencia real. No existieron sindicatos nacionales hasta la creación de las federaciones nacionales de ferroviarios y mineros a partir de 1910.

(32) *LC*, 24 agosto 1907; sobre la Basconia, *LC*, 24 septiembre 1904; sobre las fábricas, *LC*, 4 enero 1896; cifras de metalúrgicos en *ES*, 14 octubre 1892, 22 septiembre 1893.

En definitiva, una organización inadecuada, el control patronal, los beneficios instituidos por las grandes empresas, más la crisis económica de 1891-96 y el planteamiento erróneo de algunos conflictos laborales —como el de Altos Hornos de 1890, y más aún el de 1899, estudiado más adelante—, se combinaron para retrasar y limitar sensiblemente la sindicación de los trabajadores de las factorías de la zona fabril vizcaína. Las consecuencias serían obvias. Afectarían a todo el movimiento socialista local y condicionarían de alguna manera su política. Ya se verá cómo en dicha zona el apoyo a movimientos huelguísticos sería, antes de 1916, débil. Políticamente los socialistas podían dar por perdido el distrito de Baracaldo, como quedaría reflejado en el número de votos que allí obtendrían en las distintas elecciones generales antes de los años 1910: 111 votos en 1896, 521 en 1898, 365 en 1899, 381 en 1901, 307 en 1903 y 228 en 1905 (33). Sindicalmente, sin organización ni en la zona fabril ni en la zona minera, como se verá a continuación, la base del socialismo vizcaíno parecía mínima. En el IV Congreso de la UGT, celebrado en Madrid en agosto de 1894, Perezagua propuso que las secciones de la UGT se declarasen abiertamente socialistas, «fundándose, según aclaraba *El Socialista*, en que eran escasos o nulos los resultados de las sociedades de resistencia, por lo menos en Vizcaya...» (34).

### III. La movilización de los mineros

Las palabras de Perezagua podían, sin embargo, ser desorientadoras en la medida que ocultaban la fuerza real alcanzada ya para entonces por el PSOE en Vizcaya. Porque, aun sin organización sindical, la zona minera de esta provincia era quizá la única región de todo el país donde

---

(33) Estas votaciones eran exiguas comparadas con las obtenidas con los candidatos rivales: en 1898, R. Ybarra logró 2.418 votos, y A. Urquijo, 2.350; en 1899, R. Ybarra, 4.765; en 1901, el mismo, 5.671; en 1903, T. Zubiría, 5.554; en 1905, el mismo, 1.677. Los resultados están tomados de J. Ybarra y Bergé, *Política nacional en Vizcaya* (Bilbao, 1947), y de la prensa local. Hay algunas contradicciones: así, la prensa socialista dio al candidato obrero, en 1901, 521 votos, no 381; Ybarra da a Perezagua 87 votos en 1905, en vez de 228. En cualquier caso, se trata de cifras igualmente exiguas.

(34) *ES*, 31 agosto 1894.



los socialistas podían contar con un verdadero apoyo de masas.

En efecto, lo que había hecho del socialismo la fuerza dirigente del movimiento obrero en Vizcaya fueron los sucesos que se desarrollaron en mayo de 1890 en aquella zona minera. Hasta entonces la actividad del partido no había suscitado especial interés. La prensa local sólo se ocupaba de ella con alguna extensión cuando Iglesias llegaba a Bilbao para intervenir en algún acto público (35).

Antes de la primavera de 1890, la llamada «cuestión social» no había llegado todavía a interesar a la opinión pública. Pero la celebración de la conferencia de Berlín sobre cuestiones sociales en marzo de 1890 y el anuncio de que el 1 de mayo de dicho año se celebrarían manifestaciones obreras en toda Europa despertaron súbitamente un vivo interés hacia el problema. Desde entonces toda la prensa española se ocupó de asuntos sociales con creciente extensión. El interés creció aún más al producirse en el mes de marzo huelgas en varias industrias textiles catalanas que en pocos días afectaron a casi 40.000 obreros. Sin duda para tranquilizar a sus lectores, algunos periódicos de Madrid publicaron una nota del mayor sindicato textil catalán en la que comunicaba que no secundaría la manifestación del 1 de mayo (36).

Sin embargo, la misma insistencia de la prensa de que en España no había motivo de alarma reflejaba la inquietud con que se aguardaba el 1 de mayo. Desde finales de abril y durante la primera semana de mayo las noticias

---

(35) Dichos actos, celebrados siempre en el Teatro Romea, posteriormente adquirido por el PSOE y convertido en Casa del Pueblo, constituían, como en general la propaganda oral, el más efectivo vehículo de propaganda socialista. Era habitual que, al finalizar alguno de aquellos actos, numerosos asistentes se afiliasen a la Agrupación Socialista. Por ejemplo, unas 130 personas lo hicieron tras un mitin celebrado el 2 de enero de 1887. Casi invariablemente, la propaganda oral de los socialistas se limitaba a la exposición de sus principios doctrinales. Tanto o más que el contenido de sus discursos, lo que impresionaba a los auditorios era el radicalismo verbal de muchos oradores socialistas, especialmente en los años anteriores a 1890, cuando el PSOE carecía todavía de compromisos electorales. «Al salir de un *meeting* en que haya hablado ese *compañero* —escribía sobre Iglesias un periodista de *El Imparcial*—, no hay quien no tenga la carne de gallina. Se imagina uno que la revolución social está llamando a las puertas y que aquí no va a quedar títere con cabeza.» *EI*, 29 enero 1891; sobre mítines en Bilbao, *ES*, 14 enero 1887.

(36) *LE*, 7 abril 1890; *EI*, 29 marzo 1890.

referentes a las anunciadas manifestaciones obreras ocuparon los titulares de casi todos los periódicos españoles: «No podrán quejarse los socialistas de la prensa —comentaba *La Epoca*—. Gracias a ella se han ahorrado tiempo y gastos de propaganda» (37).

En Bilbao, donde los socialistas, cumpliendo los acuerdos de su partido, habían aplazado la manifestación al domingo 4 de mayo, la reacción de la prensa no difirió de la registrada en otras provincias:

«Desde luego —decía, por ejemplo, *El Noticiero Bilbaíno*—, creemos con referencia a esta provincia que la manifestación obrera del día 4 de mayo, si es que llega a realizarse, como todo lo hace ya suponer, no ha de revestir, ni mucho menos, aquella importancia ni aquella gravedad que, por lo visto, se teme que tenga en algunos puntos» (38).

El Gobierno había dado a entender que, según datos de los gobernadores civiles, esperaba que la huelga tuviera mayor amplitud en Barcelona, Valencia, Reus, Alcoy, Linares y Cartagena, pero confiaba en que, salvo quizá en los dos últimos puntos y en Valencia, no se alteraría el orden público. Mantener este último constituía su principal preocupación. El Gobierno, decía una nota oficial hecha pública días antes del 1 de mayo, «no se opondrá a las manifestaciones legales, pero reprimirá cualquier desorden que se produzca» (39).

De hecho, ni autoridades ni socialistas querían que las manifestaciones del 1 de mayo derivasen hacia una confrontación entre el Estado y los obreros. En Vizcaya el gobernador civil, Fernández Blanco, y Perezagua así lo demostraron con reiterados llamamientos a la moderación y prudencia:

«Vizcaínos —decía el bando del gobernador publicado el 1 de mayo—: mi profundo respeto a las leyes y el deber en que estoy de amparar y proteger a todos los ciudadanos en el ejercicio de los derechos que aquéllas les conceden hacen me halle dispuesto a facilitar, por cuantos medios estén a mi alcance, el

---

(37) *LE*, 29 abril 1890.

(38) *El Noticiero Bilbaíno*, 23 abril 1890.

(39) *La Epoca*, 29 abril 1890.

que pueda celebrarse la reunión pacífica que anuncia la clase obrera..., esperando de la sensatez de los congregados y manifestantes que su conducta ha de corresponder a la lealtad de los poderes públicos, cual corresponde a honrados ciudadanos.»

«Yo creo —declaraba por su parte a la prensa el dirigente socialista— que si las autoridades obran con cordura y prudencia, la cosa irá bien; pero si emplean la fuerza, de una cosa sencilla harán un asunto complicado» (40).

Pero a pesar de todas estas declaraciones tranquilizadoras, el nerviosismo era evidente: las autoridades suspendieron un mitin convocado en La Arboleda para el 13 de abril. La medida fue contraproducente. Cuando se celebró, el 21, asistieron «más de 3.000 obreros entusiasmados», según *El Socialista*, o «una inmensa concurrencia», según la prensa local; por primera vez, por un motivo de índole laboral fueron enviadas a la zona minera fuerzas de la Guardia Civil para mantener el orden. Circularon rumores de que las compañías mineras habían pedido que viniesen dos regimientos de soldados ante el temor de que, además de manifestación, los obreros iniciaran una huelga. Los jesuitas visitaron al gobernador civil pidiéndole protección especial. La corrida de toros anunciada para el día 4 de mayo fue suspendida. Cuando el día 2, después que el 1 de mayo se hubiese trabajado con entera normalidad en toda la provincia, unos 300 obreros de una fábrica de Baracaldo se declararon en huelga, el gobernador civil se presentó de inmediato en el lugar con numerosas fuerzas de la Guardia Civil. Para el día 4 ordenó que retenes armados custodiaran los edificios oficiales (Instituto, Ayuntamiento, etc.), los bancos y las estaciones. El número de fuerzas concentradas en Bilbao ascendía a 1.600 hombres correspondientes a Guardia Civil, Guardia Foral, regimiento de infantería Garellano, batallón de cazadores Madrid y escuadrón de caballería Arlabán, los dos últimos venidos de Orduña y Vitoria (41).

---

(40) *El Resumen*, 4 mayo 1890; el bando del gobernador, en *NB*, 2 mayo 1890. Como era habitual en este tipo de declaraciones, el gobernador amenazaba con reprimir severamente cualquier violación de la ley que se cometiese con el pretexto de la manifestación obrera.

(41) *El Resumen*, 4 mayo 1890; *ES*, 27 abril-9 mayo 1890.

Contrariamente a sus compañeros de Madrid, los socialistas de Bilbao parecían aguardar la manifestación obrera con optimismo y confianza: «espero —declaró Perezagua— que el total de socialistas obreros que se reunirán no bajará de 10.000 ó 12.000». En vista del escaso éxito organizativo alcanzado hasta entonces por el PSOE, el optimismo de Perezagua podía parecer injustificado. Pero parecía cierto que el simple anuncio de la manifestación obrera había suscitado grandes esperanzas de inmediatas mejoras laborales en las hasta entonces muy desmovilizadas clases trabajadoras de la región. Los socialistas habían llevado a cabo un considerable esfuerzo de propaganda: millares de hojas se repartieron en todos los centros de trabajo en los días anteriores al 4 de mayo; se celebraron mítines en los principales pueblos obreros de la provincia; se llevó la propaganda a las puertas de las fábricas, a las tabernas de los barrios de trabajadores, a las propias viviendas de éstos.

El día 4, a primera hora, las calles de Bilbao aparecieron desiertas. El gobernador civil recorrió diversos puntos de la ciudad fuertemente escoltado. Un batallón de soldados fue enviado a Burceña, un punto estratégico en la carretera de las minas a Bilbao, pues se esperaba que miles de mineros acudiesen a la capital. Hacia las 9 horas de la mañana, numerosos grupos de obreros se concentraron en las calles próximas al Teatro Romea, donde debía celebrarse el mitin, que hubo de llevarse a cabo, en vista de la insuficiencia del local, al aire libre, en la plaza de la Cantera, el centro del barrio obrero. El número de asistentes fue estimado alrededor de 3.000. A las 10 horas, un grupo de unos 1.000 mineros, procedentes de La Arboleda, portando una bandera con el lema «ocho horas de trabajo, ocho de descanso, ocho de educación...», hizo su esperada aparición en la plaza entre el entusiasmo general. A continuación, después que los oradores socialistas (Pascual y Perezagua) recomendaran que el acto fuese «modelo de cordura y sensatez», la manifestación inició su marcha.

Desafortunadamente para los organizadores, una persistente lluvia desanimó a muchos manifestantes. Sin duda, la cifra de 14.000 asistentes dada por *El Socialista* era exagerada, como lo era la de 700 que publicaron los periódicos afines al Gobierno. La prensa local daba cifras



que oscilaban entre 3.000 y 10.000, mientras que el cónsul inglés Young calculaba unos 2.000.

Todas las fuentes coincidían en señalar que la manifestación había sido extremadamente ordenada y pacífica:

«Pocas poblaciones habrá —decía *El Noticiero Bilbaíno*— en donde la manifestación obrera se haya verificado con el orden, con la tranquilidad de aquí.»

Llevando ocho banderas rojas, todas con la inscripción «ocho horas de trabajo», la manifestación se dirigió hacia el Gobierno Civil. «En las avenidas de las calles y en los balcones de las casas había un inmenso gentío.» Algunos espectadores aplaudían, contestando los obreros «descubriéndose y pasando silenciosos», aunque se escucharon algunos gritos vitoreando la reducción de las horas de trabajo y la unión obrera. El gobernador civil recibió a una comisión de manifestantes que le entregó una exposición dirigida a las Cortes pidiendo una ley que fijase la jornada laboral en ocho horas. Desde el balcón, Fernández Blanco habló a los manifestantes prometiéndoles apoyar sus peticiones, palabras «acogidas por los manifestantes con nutridos vivas al señor gobernador». Después, tras nuevas intervenciones de Perezagua y Carretero, la manifestación se disolvió. Por la tarde, unos cuatro mil mineros se concentraron en el frontón de La Arboleda, donde se celebró un acto similar al de Bilbao. Al día siguiente todos los mineros se reintegraron al trabajo. También en la zona fabril en Bilbao se reanudó la actividad laboral con toda normalidad, salvo el paro de un centenar de ebanistas, cordeleros y marmolistas en demanda de reducciones en su horario de trabajo. El 6 de mayo los soldados regresaron a sus lugares de origen (42).

En el resto del país, hacia el 12 de mayo podía darse por terminada la agitación. Esta había sido, sin duda, más que «pequeños incidentes sin importancia», como pretendía la prensa gubernamental. Pero incluso la oposición reconoció que el Gobierno había mantenido la situación controlada. De hecho, sólo en Barcelona y Va-

---

(42) Véase: *El Noticiero Bilbaíno*, *La Epoca*, *El Imparcial*, 5 mayo 1890; *El Socialista*, 9 mayo 1890; Young a Ford, 17 mayo 1890, PRO, FO 72/1868.

lencia hubo conflictos de gravedad. En la primera, 50.000 obreros participaron en la manifestación del 1 de mayo; como durante los diez días siguientes surgiesen huelgas en distintas industrias y alteraciones del orden en las calles, con choques entre la policía y los obreros, fue declarado el estado de guerra. En Valencia, numerosos obreros se manifestaron durante los días 1, 3 y 4 y hubo huelgas en el puerto, en los ferrocarriles y en diversos sectores de la construcción. En Madrid hubo dos manifestaciones, de unos 10.000 participantes cada una, los días 1 y 4 de mayo, organizadas la primera por los anarquistas y la segunda por los socialistas, pero sólo la primera dio lugar a ligeras violencias, bastando la presencia del gobernador civil, Aguilera, para dominarlas rápidamente. En varias ciudades hubo manifestaciones relativamente grandes, pero el hecho fue que la mitad de las provincias no conocieron alteración alguna.

Este fue el caso de las otras dos provincias vascas, Guipúzcoa y Alava. «Anarquistas y socialistas —informó el corresponsal de *La Epoca* en San Sebastián— han desistido de celebrar todo género de manifestación por las calles, concretándose a reunirse en las escuelas públicas y elevar una instancia al gobernador». La reunión se celebró con asistencia de unos 200 individuos. No se informó de que se llevara a cabo ningún acto similar en la provincia (43).

La alarma de la opinión pública vizcaína había estado, por tanto, injustificada. Sin embargo, el orden y la tranquilidad en que se habían desarrollado los actos del 4 de mayo podían ser desorientadores. Los trabajadores se habían movilizado en proporciones hasta entonces desconocidas en Vizcaya; en particular, el entusiástico apoyo de los mineros a los actos celebrados en Bilbao y La Arboleda había sido revelador. Era una indicación del descontento contra la dureza de las condiciones de vida y trabajo acumulado en las minas durante los años precedentes, aunque no se hubiese expresado todavía por medio de acciones colectivas (44). El 1 de mayo había sido

---

(43) Para los acontecimientos de 1 y 4 de mayo han sido consultados *La Epoca*, *El Imparcial*, *El Socialista*, *El Resumen*, *El Globo* y *El País*, de 1 a 20 mayo 1890.

(44) En este sentido, todavía en abril de 1890, el más influyente periódico local, *El Noticiero Bilbaíno*, podía escribir: «las huelgas en este país puede afirmarse que no son conocidas»; NB, 23 abril 1890.

el fermento de aquel descontento: había suscitado, sobre todo, como se indicó, grandes esperanzas de que se procedería de inmediato a la reducción de la jornada de trabajo y a introducir mejoras en los barracones mineros. Ya a fines de abril se había rumoreado que los mineros irían a la huelga en mayo si no se daba satisfacción a tales esperanzas (45).

Nada se hizo para dar satisfacción a los mineros. El 13 de mayo, unos 200 de ellos, empleados en la compañía Orconera, se declararon en huelga como protesta por el despido de cinco compañeros de trabajo —los cinco miembros del comité socialista de La Arboleda—, ordenado por el contratista señor Maclellan, al parecer por su activa participación en la organización de los actos del 4 de mayo (46). Los huelguistas recorrieron las minas de la localidad (La Arboleda), obligando por la fuerza a parar los trabajos a quienes no se les unían voluntariamente. La única fuerza que había en aquel momento en La Arboleda, un alférez y 20 forales, detuvo a seis mineros, pero ante las amenazas de la multitud, el oficial optó por dejarlos en libertad.

Ya sin la menor resistencia, los huelguistas continuaron deteniendo los trabajos, y al mediodía el número de parados oscilaba entre 3.000 y 5.000. El gobernador civil envió refuerzos de Guardia Civil y Foral, pero «en exiguo número», y la huelga se extendió a otros pueblos. Un grupo de 1.500 huelguistas se presentó en Gallarta, donde se sumaron al paro otros 2.500. A media tarde lo hicieron los obreros de los cargaderos de mineral de las compañías Franco-Belga y Orconera, en Ortuella. En esta localidad llegaron a concentrarse unos 4.000 hombres que acordaron reunirse al día siguiente para marchar en manifestación a Bilbao. Toda la zona minera quedó parali-

---

(45) *ES*, 18-25 abril 1890; *NB*, 24 abril 1890. En su editorial de 6 de mayo, *NB* pedía a las autoridades locales la supresión de «cuarteles y barracas en las minas, único motivo, en su opinión, de tensión social en Vizcaya», *NB*, 6 mayo 1890.

(46) Como se indicó, las compañías mineras o arrancaban el mineral directamente o contrataban las operaciones de extracción con «contratistas». Maclellan era uno de ellos. Por su intervención en la huelga de 1890, Maclellan no ha gozado de «buena prensa» entre los historiadores del movimiento obrero. Sin embargo, en 1895, *La Lucha de Clases* decía de él que «solía en estos días crudos del invierno abonar a sus obreros cinco cuartos y hasta día y medio por jornada»; *LC*, 13 enero 1895.

zada. Ninguna colisión seria fue registrada durante el primer día de huelga, limitándose los obreros a silbar y gritar a las «escasas fuerzas» de Forales y Guardia Civil de servicio en la zona.

Ante el anuncio de la posible manifestación minera, la población de Bilbao se alarmó. El gobernador civil ordenó la concentración de Guardia Civil y Foral en Bilbao, desguarneciendo enteramente la zona minera. La Guardia Municipal, en grupos de ocho, ocupó los edificios oficiales; las tropas fueron acuarteladas y se pidieron dos batallones de infantería a la Capitanía General de Vitoria. Por la noche, la Guardia Civil patrulló las calles de Bilbao (47).

Algunos mineros se presentaron a trabajar a primera hora del día 14 en Ortuella y Gallarta, pero grupos de huelguistas, «a fuerza de pedradas», obligaron a suspender los trabajos; «en ninguna cantera había fuerza armada». Hacia las ocho de la mañana, miles de mineros, procedentes de toda la zona minera, se concentraron en Ortuella. La situación era tremendamente tensa. De La Arboleda llegó un grupo de «unos mil trabajadores en línea precedidos de una bandera roja», gritando: «¡Viva la unión obrera! ¡Abajo los cuarteles!» En su camino hacia Ortuella levantaron las vías de los ferrocarriles mineros y derribaron los postes de telégrafos, de manera que las comunicaciones con la zona minera quedaron seriamente dañadas (48).

El gobernador civil envió fuerzas de Guardia Civil y Foral —aproximadamente unos 150 hombres— a La Arboleda y Ortuella, y un batallón de infantería a Baracaldo, a fin de proteger las fábricas, para lo que contaba igualmente con el regimiento de guarnición en Portugalete. A media mañana se les agregó el batallón de cazadores Llerena, procedente de Orduña. Hacia las 10 horas, el número de mineros reunidos en Ortuella era ya de 7.000 a 9.000. Se acordó marchar a Baracaldo «para que se unan con nosotros los trabajadores de las fábricas, y de allí marcharemos todos juntos a Bilbao...» (49).

Todavía en este momento la huelga carecía de un objetivo concreto y de dirección. De momento los huelguis-

---

(47) NB, 14 mayo 1890; EI, *El Globo*, 14 mayo 1890.

(48) NB, *El Globo*, 15 mayo 1890. Los cuarteles eran los barracones mineros.

(49) NB, EI, *El Globo*, 15 mayo 1890.



tas no parecían tener otro propósito que exteriorizar con una demostración colectiva de fuerza su irritación contra el sistema de barracones obligatorios. En el mitin de Ortuella, el despido de los miembros del comité socialista, origen de la huelga, no fue ni siquiera mencionado. La huelga no era sino un movimiento espontáneo cuya extensión e intensidad cogió de sorpresa a las autoridades y a los mismos dirigentes socialistas de La Arboleda y Ortuella. Seis de éstos, entre ellos Facundo Alonso, fueron detenidos al terminar el mitin de Ortuella como promotores del mismo. Pero la medida en nada modificó la situación: unos 8.000 ó 10.000 mineros, con banderas y «gritando desaforadamente», salieron de Ortuella en dirección a Baracaldo y Sestao. La pequeña fuerza de 50-60 guardias forales y civiles destacados en Ortuella intentó contenerlos en un punto del camino, lo que logró con la ayuda inesperada de dos compañías de infantería llegadas precipitadamente desde Portugalete al mando del brigadier Cappa. Los obreros se dispersaron. «Ortuella y sus alrededores parecían el lugar de un combate.» Soldados, Guardia Civil y Foral se desplegaron ocupando los lugares elevados del terreno. Los mineros se refugiaron en las minas más distantes, desde donde continuaron hostigando a las fuerzas. A primera hora de la tarde, un grupo numeroso, aprovechando la fragmentación del terreno, logró eludir el cerco de las fuerzas y llegar a Sestao. Entraron tumultuosamente en Astilleros del Nervión, cuyo director acordó suspender los trabajos. Todos los trabajadores, así como los de la contigua fábrica de acero San Francisco, es decir, unos 3.000 hombres, se sumaron a los huelguistas (50).

Todos juntos marcharon hacia las otras fábricas: por la fuerza unas, como Aurrerá, ante la presencia amenazante de la masa de obreros otras, como Altos Hornos, nuevas fábricas pararon. Con las nuevas adiciones, aquella masa ascendía ya a unos 6.000-8.000 hombres que «armados de palos, gritando, profiriendo voces subversivas», se dirigieron a La Vizcaya. Esta fábrica, guardada por 14 guardias civiles y 22 soldados dejados allí por Cappa, era la única protegida en toda la zona fabril. Precisamente por eso, un primer intento para pararla, hecho inmediatamente después del asalto a los Astilleros, había

---

(50) *LE*, *NB*, 15 mayo 1890.

fracasado. Cuando se produjo el segundo intento, Cappa, informado de lo que sucedía en la zona fabril, había logrado ya enviar refuerzos. Así, cuando la gran masa de trabajadores llegó ante la fábrica, las fuerzas abrieron fuego, resultando un muerto y dos heridos. En medio de una gran confusión, la multitud se dispersó desordenadamente; un grupo muy numeroso se reconcentró en Baracaldo, y parece que en este punto Perezagua, llamado por los dirigentes socialistas de la zona minera, logró evitar la marcha sobre Bilbao y disolver los grupos convocándoles a una nueva reunión al día siguiente en La Arboleda. La huelga era ya general en las zonas fabril y minera, implicando a unos 30.000 hombres (51).

Hasta entonces la iniciativa había estado en manos de los huelguistas. Ahora las cosas comenzaron a cambiar. Al atardecer del día 14, el gobernador civil, hasta entonces totalmente desbordado por los sucesos, designó el mando. El gobernador militar, general Aguilar, declaró inmediatamente el estado de guerra. La reunión de La Arboleda fue suspendida, Perezagua fue detenido (permaneció arrestado sesenta y ocho días), las tropas de Cappa pernoctaron en Altos Hornos, el alférez de forales que el día 13 dejó en libertad a los seis detenidos en La Arboleda, fue sumariado. Incluso el mismo día 14 la situación laboral comenzó a recobrar la normalidad. Los trabajadores del turno de noche de La Vizcaya trabajaron como de costumbre, así como los departamentos de hornos altos de Altos Hornos. Ambas factorías funcionaron con toda normalidad desde el día 15, como lo hicieron la mayoría de las fábricas de la zona Baracaldo-Sestao, donde el paro quedó confinado a Astilleros del Nervión. En la zona minera hubo todavía algún incidente durante la noche del 14 al 15, pero este día el orden fue restablecido completamente.

El capitán general de la región, general Loma, llegó a Bilbao con nuevas tropas. Cappa se estableció en Gallaarta con un batallón de infantería y 40 guardias civiles, mientras otros dos batallones quedaban uno en La Arboleda y otro en Baracaldo. El general Loma publicó un bando enérgico amenazando reprimir severamente las alteraciones del orden, pero invitando a los obreros a hacer uso de la legalidad para exponer sus reclamacio-

---

(51) *EI, El Globo, NB*, 15 mayo 1890.

nes. Sus disposiciones tuvieron efecto inmediato. Durante el día 15 no se registraron incidentes violentos, limitándose los obreros a pasear pacíficamente por las proximidades de minas y fábricas. Las tropas fueron vitoreadas al llegar a Gallarta. Desde la cárcel, el comité socialista de La Arboleda publicó un documento en el que se concretaban las peticiones de los mineros: jornada de diez horas, supresión de las *tareas*, supresión de los barracones obligatorios y readmisión de todos los despedidos del trabajo (52).

De esa forma los socialistas asumían la dirección de la huelga. Sus peticiones, aunque no obtuvieron respuesta inmediata, dieron a la huelga un objetivo concreto sobre el cual sería posible buscar un arreglo negociado. Incluso aunque el general Loma no entró en negociaciones directas con los socialistas, el hecho de aceptar los términos por ellos propuestos equivalía a darles de hecho la representación oficial de los mineros.

No obstante, el resultado de la huelga era todavía incierto. La intervención del ejército había alterado la balanza de fuerzas en contra de los mineros. Los socialistas quisieron recuperar posiciones extendiendo la huelga a la capital de la provincia. El 16 de mayo, a primera hora, grupos de trabajadores recorrieron talleres, obras y muelles, logrando paralizar el trabajo en casi todos ellos, aunque algunos reanudaran las labores más tarde. Llamó la atención que no parasen las minas dentro del mismo Bilbao. Loma dispuso tropas en los lugares estratégicos de la ciudad, patrullada constantemente por piquetes de caballería, y prohibió la formación de grupos en la calle. Esto fue suficiente para conservar el orden. La huelga había paralizado el puerto y las obras de construcción; pero si su objetivo había sido reforzar a los mineros, cabía dudar de su efectividad. De hecho los patronos mineros parecían ahora más seguros de la victoria que nunca. Como observó el cónsul inglés, «los mineros estaban completamente desprovistos de fondos que les permitiesen mantenerse». Incluso en algunas minas en la zona de Galdames se había reanudado el trabajo. Con la zona fabril trabajando casi normalmente desde el 15 de mayo y Bilbao desde el 17 por la tarde, con más de 100 personas detenidas y las autoridades controlando la situación,

---

(52) NB, LE, EI, 17 mayo 1890.

los obreros de las minas estaban prácticamente vendidos (53).

Fue el general Loma quien con su intervención ganó para ellos el conflicto. En una reunión celebrada el 16 de mayo, los representantes de las compañías mineras expresaron su decisión de no hacer ninguna concesión en tanto que los obreros no reanudasen el trabajo. Pero, aparentemente, Loma les dio a entender que retiraría sus tropas si las peticiones de los mineros no eran atendidas. Por presión suya, uno de los más notables propietarios mineros, Martínez Rivas, anunció el día 18 que en sus minas quedaban abolidos los barracones obligatorios desde el 1 de junio. Ese mismo día, Loma, con los generales Aguilar y Cappa, el gobernador civil, Fernández Blanco, y autoridades locales, recorrió la zona minera. En diversas localidades recibió a comisiones de obreros, ofreciéndoles su influencia en apoyo de sus demandas. En Gallarta habló ante más de 5.000 mineros, comprometiéndose públicamente a hacer desaparecer los barracones si se reanudaba el trabajo. Muchos obreros, «profundamente emocionados», «dieron vivas a Loma, al gobernador y al ejército». A su paso «los obreros se quitaban las boinas en señal de respeto». Más tarde, en Ortuella se repitieron las aclamaciones. Después de esta jornada, nadie dudaba de que la huelga podía considerarse como terminada. En efecto, al día siguiente el trabajo fue reanudado en todas las minas y los representantes de las sociedades mineras firmaron un acuerdo, conocido como «pacto Loma», por el que quedaba abolido el sistema de barracones obligatorios y fijaba la jornada laboral en diez horas (54).

El nuevo horario entró en vigor de inmediato, aunque en algunas minas fue preciso que la Guardia Civil obligase a los contratistas a cumplir sus compromisos. Más difícil resultó la abolición de los barracones obligatorios, puesto que no era posible improvisar alojamientos para los

---

(53) Young a Ford, 17 mayo 1890, PRO, FO 72/1868; NB, EI, LE, 17 mayo 1890.

(54) Sobre la huelga, véase sobre todo NB, 14-21 mayo 1890; ES, 16-23 mayo 1890; la prensa de Madrid le dedicó considerable atención: el mejor informado, *El Imparcial*, que le dedicó su editorial de 28 mayo 1890; L. Guardiola, «Los mineros de Vizcaya», *El Resumen*, 20-22 mayo 1890; DSC, tomo X, pp. 5328-5340; varios telegramas, en Dowlais Iron Cy., Letter Box, 1890, M-N-U, núm. 8, County Hall, Cardiff.



miles de mineros. De hecho, el problema subsistió bajo nuevas formas. Contratistas y capataces renunciaron a los barracones obligatorios, pero pusieron al frente de los mismos a familiares o dependientes suyos. Incluso en algunos casos el viejo sistema apareció abiertamente y provocó nuevos conflictos (55).

#### IV. *La violencia como negociación*

La huelga de 1890 tuvo efectos de larga duración: «Este triunfo —escribiría Julián Zugazagoitia treinta años después— ha venido siendo la piedra angular en que descansó y continúa descansando todo el edificio de esta organización» (56). No había exageración en esas palabras: desde entonces el socialismo asumió el liderazgo moral del movimiento obrero independiente de Vizcaya, incluso aunque ello no se tradujese de inmediato en arrolladores éxitos electorales o en una organización sindical de masas.

Por otra parte, quienes habían creído o deseado que el «pacto Loma» evitaría en lo sucesivo la repetición de conflictos en las minas, pronto sufrirían un gran desencanto. De hecho, la huelga de 1890 marcó el comienzo de un largo período de agitación obrera en las minas de Vizcaya que hizo que algunos observadores contemporáneos dijeran que Bilbao era «más aún que Madrid... el verdadero cuartel general del socialismo español» (57). Ya se indicó cómo Maeztu calificaba a aquella provincia como la Meca del socialismo, palabra que hizo fortuna en la jerga del PSOE. Otros comentaristas previeron también las posibles consecuencias de la huelga minera:

---

(55) Cabría añadir dos consideraciones sobre el resultado de la huelga: una, que la opinión pública estaba de parte de los mineros, lo que pudo influir en Loma: «Todo el mundo (menos los dueños) —escribía a un amigo el joven Unamuno— clama por los mineros, víctimas de una explotación inicua.» S. Fernández Larraín, *Cartas inéditas de Miguel de Unamuno* (Madrid, 1972, ed.), p. 96; en segundo lugar, la gran demanda de mineral, muy superior, según la prensa local, a la extracción, pudo decidir a algunas compañías mineras a aceptar una solución que permitiese la rápida reanudación del trabajo. *EN*, 6 mayo 1891.

(56) J. Zugazagoitia, «Tricomía obrera», *EL*, 20 agosto 1922.

(57) A. Marvaud, *La Question Sociale en Espagne* (París, 1910), página 192.

«El daño está —escribía el editorialista de *El Imparcial*— en que los trabajadores han aprendido que por caminos semejantes a los que ahora han tomado es por donde pueden esperar alguna consideración y justicia» (58).

El tiempo hizo bueno el pronóstico. Entre 1890 y 1910 se registraron en la zona minera de Vizcaya no menos de treinta huelgas parciales y cinco huelgas generales, en su mayoría marcadas por una acusada dureza y violencia.

La violencia de los mineros vizcaínos no fue, sin embargo, un arma revolucionaria. Las huelgas mineras de Vizcaya no fueron conflictos inspirados por consideraciones políticas: en su inmensa mayoría fueron disputas de carácter estrictamente laboral. Los sabotajes contra la propiedad patronal, la destrucción de herramientas y vías de ferrocarriles mineros, las agresiones contra «esquirolles», todo ello no era sino un medio de incrementar la presión obrera y reforzar las posiciones negociadoras de los huelguistas. Los mineros de Vizcaya optaron por una política de línea dura en sus reivindicaciones laborales, pero no fueron revolucionarios.

El carácter turbulento de las huelgas mineras de Vizcaya fue el resultado de una combinación de circunstancias. No puede ser exclusivamente explicado, como a menudo se ha hecho, ni por la dureza de las condiciones de trabajo ni por la influencia personal de líderes como Perezagua. Ambos factores contribuyeron, ciertamente, de alguna manera al endurecimiento de los conflictos mineros. Ya se indicó cómo el sistema mensual de pago, no abolido hasta 1903, significó en numerosas ocasiones que después de un mes de trabajo extenuante el minero no recibía dinero en efectivo, al serle descontados los gastos de alimentación y alojamiento. No parece exagerado pensar que semejante situación generase en muchos individuos un profundo resentimiento y preparase los ánimos para la revuelta y la violencia, incluso a pesar de que, como ya vimos, no faltaban mineros que lograban acumular algunos ahorros durante los meses que permanecían en Vizcaya.

---

(58) «Una lección social», *EI*, 28 mayo 1890.

Y por lo que se refiere a la posible influencia que sobre el desarrollo de los conflictos laborales mineros pudieron tener los líderes obreros, es preciso señalar que una notable estabilidad caracterizó a la dirección y liderazgo de los mineros a todo lo largo del período aquí estudiado, bien fuese Perezagua quien personalmente asumiese la dirección de un conflicto o dirigentes locales muy vinculados a él; ello hace pensar que los líderes mineros no lograron elaborar una alternativa táctica a la negociación violenta, tal vez porque considerasen que éste era el procedimiento más eficaz en un medio con las peculiaridades características laborales de las minas de Vizcaya (59).

Pero hubo otras circunstancias sin tener en cuenta las cuales no es posible explicar la dureza de aquellas huelgas. Precisamente esas peculiaridades de la organización del trabajo impuestas por la misma naturaleza de las minas de Vizcaya creaban una situación que favorecía la erupción de violencias. Eran los obreros residentes

---

(59) No debe interpretarse equivocadamente esta afirmación. Los dirigentes mineros podían ser partidarios de métodos enérgicos, pero entre éstos no se incluían el enfrentamiento directo con las fuerzas de orden público, atentados personales u otras formas de acción violenta similares. Al contrario: ya vimos cómo Perezagua, en la huelga del 90, intervino para evitar la marcha de los mineros sobre Bilbao. De la misma manera, en otros conflictos generales, la política de los líderes mineros buscaría la evitación de choques dramáticos y derramamientos de sangre. «Vuestra actitud ante la fuerza armada —dijo ante miles de mineros el dirigente de La Arboleda, Vicente Martínez, durante la huelga de 1903— debe ser pacífica: nadie se ponga frente a ella; cruzaos de brazos, nada de atropellos.» IRS, *Informe*, p. 305. Otros oradores (Perezagua, Seisdedos) se expresaron en parecidos términos. En la de 1910, Perezagua insistía en la necesidad de «evitar choques con el ejército»; PV, 19 julio 1910. Quizá la mejor exposición del criterio de los líderes mineros de Vizcaya en este sentido sea el libro que publicaron sobre la huelga de 1910 los más caracterizados de ellos (Perezagua, Parro, Bujedo, Delgado, etc.). Aceptaban las coacciones hechas para lograr la generalización del paro como «necesidad de la disciplina»; a las acusaciones que por ese motivo se les formularon en la prensa propatronal respondían con lo que llamaban «un mohín de indiferencia», que equivalía, según ellos, a un desdén: «bien, ¿y qué?», y en definitiva aprobaban expresamente el recurso de métodos coactivos en la huelga: «En ésta como en la guerra es bueno lo que puede darnos el triunfo y malo lo que puede dársele al enemigo...; no nos atreveríamos a desautorizar el *sabotaje*, salvo en dos casos: cuando su empleo fuese innecesario o perjudicial o cuando la costumbre y la ley hayan establecido un derecho de gentes para estas luchas.» Comisión de huelga, *Huelga de los mineros de Vizcaya* (Bilbao, 1911), pp. 39 y 46-47.

en la zona, no los *temporeros*, los que usualmente participaban más activamente en los conflictos de trabajo. «Todas las manifestaciones sociales o políticas —observaba el higienista Vergara García— corresponden al modo de ser de los obreros fijos» (60). Los obreros *temporeros* constituían una amplia e inestable masa de trabajadores en continua renovación, sin otra aspiración que la de obtener los mayores ingresos posibles durante los meses de su estancia en Vizcaya, dispuestos para ello a no ahorrar sacrificios. Creaban un gran excedente de mano de obra, cuya simple existencia debilitaba considerablemente la fuerza de negociación de los mineros frente a los patronos. Los obreros *fijos* veían en ellos más un obstáculo que una fuente potencial de apoyo de cara a una demanda laboral (61). En gran medida, la violencia estuvo dirigida ante todo contra el trabajo «esquirol», a impedir que las deserciones de los obreros *temporeros* disminuyesen los efectos de la huelga o incluso produjesen la derrota de los huelguistas. No sería casualidad que la violencia decreciese precisamente a raíz de 1910, cuando debido al agotamiento de muchas minas había disminuido ya el ritmo y volumen de las inmigraciones anuales de trabajadores ambulantes.

Al mismo tiempo, la naturaleza de las minas de Vizcaya —como se recordará, simples canteras al aire libre fácilmente explotables— privaba a los trabajadores de lo que en otras industrias o en otro tipo de minas constituía unos de sus medios de presión más eficaces: el trabajo especializado. Los trabajadores de las minas de Vizcaya eran fácilmente reemplazables dado el bajo nivel de especialización en el oficio requerido para trabajar aquéllas. Por otra parte, la paralización del trabajo no comportaba en Vizcaya para las empresas riesgos de desperfectos irreparables en las instalaciones ni, por tanto, pérdidas de consideración similares a las ocasionadas por las huelgas en minas de explotación subterránea: «Las canteras de Vizcaya se paran y ningún trastorno se ocasiona en ellas —observaba un dirigente minero local—. Con dos

---

(60) E. Vergara, *op. cit.*, p. 177. Marvaud observaba que el partido socialista reclutaba a sus afiliados «entre los *fijos*, no entre los *ambulantes*». A. Marvaud, *La Question Sociale en Espagne* (París, 1910), página 106.

(61) «Hay siempre cierto antagonismo entre unos y otros», observaba V. García. E. Vergara García, *op. cit.*, p. 177.



días de preparación para limpiar las vías, todo está en marcha» (62). Por todo ello, los mineros carecían de verdadera fuerza de negociación; sus posibilidades de imponer sus puntos de vista en unas negociaciones pacíficas eran realmente escasas. De ahí que la violencia fuese más que ninguna otra cosa un instrumento de negociación laboral de unos trabajadores a los que las circunstancias señaladas colocaban en una muy débil posición estratégica frente a sus patronos (63).

No era tampoco fácil que el balance de fuerzas se modificase en beneficio de los obreros mediante la creación de organismos sindicales u otra forma de asociación de resistencia. El mismo carácter ambulante de la mayoría de los trabajadores parecía trabajar directamente en contra de la aparición de sociedades obreras de vida estable. A ello se añadió, tras 1890, la experiencia del conflicto de aquel año:

«Arraigóse en los obreros la creencia —observó a este respecto el dirigente socialista de Bilbao Felipe Carretero— de que en lo sucesivo las reclamaciones que hubiera que formular a los patronos había de conseguirse con la misma facilidad que el año de 1890, donde para nada, o por lo menos en muy pequeña proporción, se dejó sentir la influencia de las sociedades obreras, y de aquí que hicieran la deducción de que éstas no eran indispensables para la obtención de las mejoras morales y materiales de la clase obrera» (64).

El resultado fue que los mineros carecieron por lo menos hasta 1911-12 de una auténtica estructura sindical; de hecho, no se creó ninguna organización minera de resistencia hasta 1899, en que se estableció una totalmente inoperante Federación de Obreros Mineros, que a

---

(62) P. Mayor, «Justificando actitudes», *LC*, 19 agosto 1922.

(63) El hecho no era, por supuesto, excepcional en época en que todavía no se habían formado las poderosas entidades sindicales que hoy conocemos. Hobsbawm ha utilizado la expresión «negociación colectiva por el motín» para describirlo. E. J. Hobsbawm, *Labouring Men Studies in the history of Labour* (Londres, 1964), p. 7. Para una discusión de la violencia en las huelgas, véase E. Shorter y C. Tilly, «Declin de la grève violente en France de 1890 a 1935», *Mouvement Social*, julio-septiembre 1971, pp. 100 y ss.

(64) F. Carretero, «Unión es fuerza», *LC*, 21 octubre 1899.

pesar de su nombre carecía de administración centralizada y dirección unitaria, no desarrollaba función específica y disponía de un escaso número de afiliados: 723 en 1904.

«Los obreros asociados —informaba el IRS en 1903— están en una pequeña minoría, porque los ambulantes no se asocian casi nunca y muchos de los estables no lo hacen tampoco.»

«Nosotros —ratificaba *La Lucha de Clases*— hemos recomendado muchas veces a los obreros de la zona minera que ingresasen en las sociedades de resistencia y en el partido socialista, que formasen una organización poderosa con la cual estuviesen en condiciones de hacer valer sus derechos. Muy poco hemos conseguido. Los obreros mineros, en su mayoría casi nada cuidadosos de lo que les conviene, ni siquiera se han fijado en nuestras recomendaciones, han desdeñado siempre los órganos que en la prensa tiene la clase trabajadora y no han tenido en cuenta las ventajas de la organización» (65).

La falta de base sindical contribuía obviamente a suscitar un clima laboral propicio a violencias. De una parte, permitía a los patronos negar la representatividad de las organizaciones obreras y rehusar negociar con ellas. Es lo que hizo en 1906 la Asociación de Patronos Mineros, alegando que la citada Federación de Obreros Mineros representaba a tan sólo 968 obreros de un total de 10.675 empleados en las minas (66); y de otra, suponía cotizaciones escasas e irregulares y cajas desprovistas de fondos para resistir en paro por tiempo largo o indefinido; en condiciones tan desfavorables para los mineros el recurso a procedimientos coactivos aparecía para muchos de éstos como un imperativo casi ineludible si querían ver satisfechas sus aspiraciones.

Finalmente hubo en los años aquí considerados una evidente insuficiencia de fuerzas para atender al mantenimiento del orden público en la zona minera de Vizcaya:

---

(65) *LC*, 5 julio 1902. Hasta este año no hubo representación de los mineros de Vizcaya en los congresos de la UGT; opinión del IRS, en *IRS, Informe*, p. 16.

(66) Asociación de Patronos Mineros de Vizcaya, *El trabajo en las minas de Vizcaya* (Bilbao, 1907), pp. 23 y ss. El mismo argumento fue ya utilizado por los patronos en 1903: *IRS, Informe*, p. 288.

incluso después de que el Gobierno, cediendo a presiones de las compañías mineras, acordase tras la huelga de 1890 aumentar el número de guardias civiles allí destinados, en 1891 el total de fuerzas de dicho cuerpo de servicio en las zonas minera y fabril de Vizcaya era de 115 números (67). Incluso con el concurso de otros 40-45 guardias forales constituían una fuerza numérica muy escasa comparada con los miles de mineros allí concentrados. Ello significó que violencias y coacciones no pudieron ser controladas ni las minas suficientemente protegidas contra aquéllas, y, por tanto, que los procedimientos violentos tuviesen un alto grado de efectividad: «Dos días enteros se han paseado (los huelguistas) a su gusto», observó un diputado conservador por Vizcaya en el debate parlamentario sobre la huelga en 1890. Ya se verá cómo ésa fue la regla en conflictos posteriores (68).

Por otra parte, la intervención del general Loma en el conflicto de 1890 operó en el mismo sentido: hizo válidos los argumentos de los partidarios de métodos y planteamientos extremistas. Porque aunque estudios anteriores de aquel conflicto hayan atribuido el triunfo de los mineros a la fuerza de la solidaridad obrera, lo cierto es que, como se indicó, Loma dio a los trabajadores una victoria que ya se les escapaba de las manos:

«No bastó la unión de los trabajadores en aquella huelga de 1890 para obtener lo que querían —reconocería años más tarde Pablo Iglesias—, sino que fue preciso que el general Loma anunciara que retiraría las fuerzas militares para que los patronos cediesen» (69).

---

(67) NB, 17 mayo 1891.

(68) DSC, 20 mayo 1890. No porque se tratase de un argumento patronal dejaba de ser cierto. La insuficiencia de fuerzas de orden público parece un dato objetivo; por supuesto, no se pretende insinuar que un sustancial incremento de las mismas hubiese acabado con la violencia. Tal vez la hubiera agudizado; en cualquier caso, éste es un tipo de especulación ajeno al historiador.

(69) DSC, 11 octubre 1910. Las razones por las que Loma actuó como lo hizo no aparecen claras. Falta documentación de carácter confidencial para saberlo. Posiblemente, además de por impulso de su generosidad, Loma obró cumpliendo órdenes de un Gobierno (Sagasta) debilitado por crecientes crisis ministeriales, necesitado por ello de evitarse complicaciones graves que pudiesen precipitar su caída y deseoso de anotarse como un mérito político la superación de la tan temida agitación obrera de aquel mes de mayo de 1890.

Más aún: por las razones que se verán al estudiar los otros conflictos generales mineros de Vizcaya, otras autoridades militares —concretamente el general Zappino en 1903 y 1906, y el general Aguilar en 1910— seguirían una línea intervencionista similar a la de Loma: en vista de ello, los mineros huelguistas buscarían a menudo, deliberadamente, la provocación del estado de guerra con la esperanza de lograr la intervención de unas autoridades, las militares, que parecían adoptar una actitud más favorable a sus aspiraciones que las autoridades ordinarias (70).

En definitiva, las distintas circunstancias analizadas pueden contribuir a explicar el carácter violento de las huelgas mineras vizcaínas. La posición clave que dentro del movimiento de la provincia ocupaba el sector minero hizo que las peculiares formas de organización y estrategia allí seguidas afectasen la evolución de la política socialista local. En parte, el fracaso de la asociación sindical obrera en Vizcaya a que aludiera Perezagua en el congreso de la UGT de 1894 se debía a ello, como lo atestigua el testimonio ya citado de Carretero sobre la influencia que en la mentalidad obrera local tuvo el resultado de la huelga del 90.

Los posteriores intentos socialistas de establecer cuadros sindicales estables en la zona minera no tuvieron

---

(70) El respeto y simpatías de que los citados militares gozaban en las minas de Vizcaya era indudable: «inolvidables generales» llamaban los dirigentes mineros de la huelga de 1910 a Loma y Zappino, y «émulo» suyo a Aguilar. Comisión de huelga, *Huelga de los mineros de Vizcaya* (Bilbao, 1911), p. 84. Los patronos expresaron en más de una ocasión su descontento por el carácter de las intervenciones de los capitanes generales en los conflictos mineros: en una exposición al Gobierno, en diciembre de 1906, la Asociación de Patronos Mineros de Vizcaya decía que consideraba «una amenaza para sus intereses la natural tendencia de las autoridades a resolver rápidamente los conflictos entre el capital y el trabajo», y recordaba cómo en enero de 1904 ya había comunicado al Gobierno su descontento porque la huelga de 1903 hubiese sido «resuelta por personalidad también extraña a patronos y obreros, por la autoridad militar, que asumiendo el mando juzgó conveniente modificar, sin oír a los patronos, las condiciones del contrato». Véase: «Patronos mineros de Vizcaya», Arch. Pres. Gob., legajo 32, núm. 12502. En vista de lo ocurrido en la huelga de 1906, Dato escribía a Maura que «si las tropas sirven sólo para obligar a los patronos a ceder a todas las exigencias de los obreros, no llegaremos jamás a tener industria en nuestro país». Dato a Maura, París, 26 agosto 1906, en duque de Maura y M. Fernández Almagro, *Por qué cayó Alfonso XIII* (Madrid, 1948), p. 422.



éxito. A principios de siglo quisieron crear una organización por oficios: en 1902 y 1904 promovieron en La Arboleda sociedades de barrenadores y caballistas. A pesar de que intervinieron en algún conflicto, no llegaron a tener existencia efectiva y estable, principalmente por el ya mencionado hecho de la no exigencia de trabajo especializado en las minas de Vizcaya. Hacia 1909 otra vez estaba en reestructuración la organización minera, con tan escaso éxito como en ocasiones anteriores: en julio de 1910 la nueva federación minera contaba con 542 miembros (71).

La misma falta de una verdadera base sindical hizo que el papel de las sociedades obreras lo asumiesen en las minas las agrupaciones socialistas. Unos meses después de la huelga de mayo de 1890, la Agrupación de La Arboleda hacía un llamamiento a todos los trabajadores de la zona minera para que ingresasen en las agrupaciones socialistas con el objetivo de iniciar una doble campaña en parte política y en parte laboral (72). Iglesias mismo había sugerido en un mitin celebrado en La Arboleda en septiembre de aquel año que los mineros se uniesen en una agrupación de toda la zona, cotizando una peseta mensual por afiliado, «destinando 25 céntimos a la lucha política, y los 75 restantes a la resistencia contra el capital» (73). El resultado fue la aparición en la prensa socialista, en los años 1890-93, del nombre de federación minera para designar colectivamente a las agrupaciones socialistas de la zona minera. Adquirieron, por tanto, éstas desde su origen un carácter mixto, a la vez político y sindical: ya se vio cómo la Agrupación de La Arboleda asumió la dirección de la huelga de 1890. Es muy posible que aquélla fuese la principal razón del desarrollo comparativamente notable que adquirieron en pocos años: en 1903 las agrupaciones de la zona minera encuadraban a un 50 por 100 de los 1.992 miembros de la Federación Socialista de Vizcaya; La Arboleda, con 491 afiliados, sólo

---

(71) *GN*, 20 septiembre 1910.

(72) «Una, contra los que a cambio de un trabajo durísimo y peligroso, nos dan un salario mezquino; otra, contra todos los partidos políticos», decía el manifiesto de la Agrupación. *ES*, 31 octubre 1890.

(73) *ES*, 12 septiembre 1890.

superado en la región por Bilbao (568 afiliados), era una de las más fuertes agrupaciones socialistas del país (74).

Las circunstancias políticas locales hicieron que la actividad de las secciones del PSOE de la zona minera de Vizcaya gravitase, a pesar de su carácter mixto, más en torno a cuestiones laborales que a cuestiones puramente políticas; se hallaban localizadas en pueblos pequeños y aislados, donde, excepto en períodos electorales, no había prácticamente vida política; estaban enclavadas en un distrito (Valmaseda) en el que el electorado minero era ampliamente superado por el de pueblos campesinos sometidos a la influencia tradicional del caciquismo monárquico o carlista y en el que, además, sólo una minoría de mineros tenía derecho al voto, dado que la mayoría o eran inmigrantes temporales o no habían residido en Vizcaya el número de años que la ley exigía para calificarlos como electores. Por ello la acción de aquellas agrupaciones fue absorbida por problemas de índole laboral, al extremo de que para muchos trabajadores su significación se asimilaba más a las entidades sindicales que a la de secciones locales de un partido político. Así parece indicarlo, al menos, el hecho de que el número de afiliados a las agrupaciones socialistas decreciese notablemente desde el momento (1911-1912) en que se creó en la zona minera una verdadera estructura sindical: de 1.051 afiliados en 1903, se pasó a 149 en 1915; pero, en contraste con el vacío sindical anterior, existía en este año un sindicato minero con 1.134 cotizantes (75).

Precisamente, muy probablemente fue su creciente dedicación a cuestiones de índole exclusivamente laboral lo que hizo del socialismo una fuerza realmente influyente en la zona minera de Vizcaya. En cierto sentido, por tanto,

---

(74) Ortuella tenía 125 miembros; Gallarta, 68; Las Carreras, 299; Musques, 68. Datos tomados de una encuesta realizada por la *Revista Socialista* en 1903, reproducida en *Revista de Trabajo*, núm. 3, 1968, páginas 313-315. El total de afiliados al PSOE en la zona minera era, por tanto, 1.051.

(75) El sindicato había tenido 6.885 afiliados en 1911; tras la guerra mundial superó la crisis que atravesó en 1912-16, y en 1920 tenía otra vez 6.483 afiliados; en 1921, el número de miembros de las agrupaciones socialistas de la zona minera era de 209: Gallarta, 40; Ortuella, 25; Musques, 46; La Arboleda, 68; Las Carreras, 30; *ES*, 25 abril 1921; afiliados al sindicato, en J. Martínez Carmona, «Organización minera vizcaína», *ES*, 6 julio 1920. Los afiliados al PSOE en 1915 se distribuían así: Ortuella, 21; Las Carreras, 12; La Arboleda, 70; Gallarta, 30; Sopuerta, 16. *EL*, 12 abril 1915.

el éxito inicial de las agrupaciones del partido socialista resultaba engañoso: no revelaba la confianza de los mineros en una acción política independiente, sino más bien su convencimiento de que el mejoramiento de su situación social habría de conseguirse a través de una acción reivindicativa.

## V. *El Abuelo y la Piña*

Prueba de ello sería el resultado de las elecciones generales de 1891, que demostrarían además que el PSOE carecía todavía de suficiente fuerza electoral como para jugar un papel significativo en la política local y nacional.

La participación electoral del PSOE había sido acordada, a raíz de establecerse el sufragio universal, en un congreso del partido celebrado en Bilbao en agosto de 1890. El congreso debatió ampliamente la cuestión de la táctica electoral que debía adoptarse. La iniciativa que pudo haber tenido mayores consecuencias, una moción de García Quejido proponiendo que se votaran las candidaturas democráticas en los distritos donde el PSOE no presentara candidatura propia, fue rechazada después de un largo debate. La línea aislacionista adoptada ya en el congreso del partido de 1888 fue ratificada, aprobándose una resolución «rechazando todo roce, alianza o coalición con los partidos burgueses llámense como se llamen» (76)

La Agrupación Socialista de Bilbao nombró a Pablo Iglesias candidato por la capital, y a Perezagua por Valmaseda, donde votaban tanto la zona minera como la fabril (77). Esta circunstancia dio pie a que se pensase, tal vez porque no se consideró el hecho ya mencionado de que sólo una minoría de mineros estaba legalmente capacitada para votar, en la posibilidad de una victoria socialista. Un periódico local creía que Perezagua sería «un competidor temible» para sus oponentes —los magnates

---

(76) *ES*, 29 agosto-12 septiembre 1890; *NB*, 30 agosto-2 septiembre 1890.

(77) San Salvador del Valle, La Arboleda, Gallarta, Ortuella, Baracaldo y Sestao formaban parte del distrito de Valmaseda; en 1896 se creó el distrito de Baracaldo, del que, entre otros pueblos, pasaron a formar parte San Salvador del Valle y el propio Baracaldo. La división dividió el voto obrero.

industriales Víctor Chávarri y José María Martínez de las Rivas—, debido a que era «candidato que goza de tanto prestigio entre la población obrera» (78). Las acogidas entusiastas que recibió cuando en compañía de Iglesias recorrió los pueblos mineros del distrito en su campaña electoral parecían confirmarlo así (79).

El resultado electoral echó por tierra aquellas previsiones. La candidatura de Perezagua fue literalmente aplastada por las de sus rivales: obtuvo 215 votos; Martínez Rivas, que como conservador tenía el apoyo oficial, 4.326; Chávarri, todavía en el partido liberal, 4.004 (80). No había duda de que los dos candidatos monárquicos habían empleado toda clase de procedimientos de corrupción electoral: manipulaciones y vuelcos de los censos, compra de votos, coacciones sobre el electorado, todo ello favorecido porque empleados de uno y otro ejercían como alcaldes y concejales en los ayuntamientos de los pueblos mineros. «Contratistas, capataces, tenderos, caseros —escribía el corresponsal de *El Socialista*—, unos de noche, otros de día, unos en casa y otros en la calle... halagando o amenazando, nos han marcado de lo lindo durante la última semana.» Los trabajadores acudían a los colegios electorales directamente desde las fábricas conducidos por sus superiores. Se compraron votos en proporciones fantásticas. Se atribuyó a Martínez Rivas un desembolso superior al medio millón de pesetas. En Bilbao, según un observador local, la salida de «los landós con las talegas y fajos de billetes en el fondo y dos empleados y dos guardias civiles en los asientos», pertenecientes a uno y otro candidato, se convirtió en un espectáculo público. Se dijo que en los bancos se habían agotado los billetes de 25 y 50 pesetas (81).

---

(78) *La República*, 16 diciembre 1890.

(79) Según el corresponsal de *El Socialista*, en La Arboleda más de 5.000 personas acudieron a oírles; el tránsito por el pueblo, decía, «era punto menos que imposible». *ES*, 30 enero-13 febrero 1891.

(80) *BOPV*, 4 febrero 1891; de sus votos, Perezagua obtuvo 170 en San Salvador del Valle, Ayuntamiento al que pertenecía La Arboleda; 18 en Abanto y Ciérvana, que comprendía Gallarta, Las Carreras y Labarga; 20 en Santurce, donde votaba Ortuella; dos en Baracaldo y dos en Sestao.

(81) J. Orueta, *Memorias de un bilbaíno, 1870 a 1900* (San Sebastián, 1952), p. 298; sobre elecciones, véase *EN*, *NB*, 2 febrero 1891; *LE*, *EI*, 31 enero-2 febrero 1891; *ES*, 30 enero-13 febrero 1891.



En Bilbao, Iglesias sufrió una derrota igualmente considerable, quizá incluso más decepcionante que la de Perezagua, ya que la corrupción electoral no llegó a alcanzar en la capital el escandaloso nivel de Valmaseda. La acusación más reiterada en Bilbao contra los candidatos liberal, Victoria de Lecea, y republicano, Solaegui fue la de haber distribuido sus agentes electorales por las calles de la localidad para reclutar electores ofreciéndoles dinero en efectivo o comidas gratuitas. La elección fue ganada por Victoria de Lecea, que logró 4.621 votos, por 4.303 de Solaegui y 417 de Pablo Iglesias (82).

Las elecciones de 1891, y en particular las de Valmaseda, sirvieron de precedente para posteriores ocasiones. Desde entonces, las elecciones de Vizcaya quedarían bajo el control de los poderosos industriales de la provincia. Las viejas formas de patronazgo, basadas en vínculos personales, en un sistema articulado de contraprestación de favores y en la influencia de personalidades con arraigo en los distritos, dieron paso a un nuevo clientelismo basado en la simple fuerza económica, especialmente desde que en 1892-93, Chávarri, convertido en líder de los industriales de Vizcaya por su enérgica oposición al libre-cambismo de la política comercial del Gobierno español en aquellos años, se resolviese a combatir a cualquier gobierno que no adoptase una decidida política proteccionista para la industria siderometalúrgica vizcaína. En 1893 concretamente, unido a Martínez Rivas, necesitado de apoyo en su litigio con el Estado en torno a los Astilleros del Nervión, Chávarri copó todos los distritos de la provincia sin ahorrar medios para ello. En Bilbao apoyó incluso a un candidato republicano, el también importante industrial Federico Solaegui. Unamuno ya observó el nuevo carácter que la presión de los industriales daba a las elecciones de Vizcaya:

«... por dentro de aquella complicadísima contienda —escribía en 1895— se observaban dos tendencias radicales: de un lado la vieja aristocracia (llamémosla así), apoyada en gran parte en tenden-

---

(82) BOPV, 4 febrero 1891. La práctica de ofrecer comida gratuita a cambio del voto estaba muy extendida en España. En los pueblos del interior y la costa de Vizcaya fue particularmente bien acogida. En 1898, por ejemplo, los candidatos ofrecían en Durango *boca libre* a quienes les votasen. LE, 25 marzo 1898.

cias religiosas, y del otro lado la nueva burguesía. Peleaban de un lado los que de abolengo ejercían el cacicato en Vizcaya... De otro lado venían los ricos de ayer mañana, los caciques de hoy...» (83).

Igualmente simbólico fue que en Marquina, Manuel Allendesalazar, personalidad local que había representado el distrito desde 1884, hubiera de retirarse de la contienda electoral, incapaz de competir con las 200.000 pesetas desembolsadas por el naviero chavarrista Martínez Rodas. Se dijo que éste llegó a comprometerse a financiar la construcción de un dique en el puerto de Ondárroa para obtener su acta. En 1896, tanto en aquel distrito, donde disputaba a Martínez Rodas la elección el también poderoso industrial Aznar, como en Valmaseda, donde de nuevo se enfrentaban un Chávarri (Benigno esta vez) y un Martínez Rivas (Francisco), se habló de la «lluvia de oro» gastada por todos los candidatos, que sólo en Valmaseda se cifraba en millón y medio de pesetas (84).

De José María Martínez Rivas se dijo que en cada una de las elecciones de 1896 y 1898, en las que salió elegido por Bilbao, había gastado cantidades no inferiores a las 200.000 pesetas:

«Aquí —escribía el corresponsal en Bilbao de *El Imparcial* en 1896— el sufragio universal es un mito..., es el predominio del dinero sobre la fe política, sobre las convicciones, sobre los compromisos de partido.»

«En Vizcaya —comentaba por su parte *El Herald de Madrid*— se ha desarrollado en proporciones alarmantes un caciquismo sustentado por grandes

---

(83) M. Unamuno, «Las dos... aristocracias», *LC*, 9 noviembre 1895. Solaegui obtuvo 6.375 votos; Urquijo, en quien Unamuno identificaba la vieja aristocracia, 6.289; Iglesias, 187; *NB*, 6 marzo 1893.

(84) Víctor Chávarri abandonó el partido liberal, al que había pertenecido siempre por su amistad con Sagasta, y se pasó al conservador en 1895, por el apoyo de este partido a las aspiraciones de la industria vizcaína. José María Martínez de las Rivas, hasta entonces conservador, no obtuvo del jefe de su partido, Cánovas, cuando fue gobierno en marzo de 1895, satisfacción a sus pretensiones en el litigio de los Astilleros, y desde entonces hizo la guerra por su cuenta, aunque inclinándose hacia el partido liberal por razones de su amistad con el yerno de Sagasta, Merino; *LE*, 25 marzo 1898. Sobre las elecciones citadas, véase *LE*, 20-27 febrero 1893, 12-18 abril 1896, 24-27 marzo 1896; *EI*, 12-17 abril 1896, 27 marzo 1898; *EN*, 13 abril 1896, 27 marzo 1898.

industriales que disponen allí del reparto de jornales y del reparto del dinero, y que aquí logran un apoyo irreflexivo y desconsiderado en los Gobiernos» (85).

De esta forma, bien comprando votos a personajes locales o bien sobornando directamente al electorado, los industriales de Vizcaya retuvieron los distritos de la provincia: Gandarias fue elegido diputado por Guernica ininterrumpidamente de 1896 a 1914; el marqués de Casa Torres, cuñado de Chávarri, por Durango, de 1891 a 1914, con la excepción de 1898; un Chávarri, Benigno o José María, por Valmaseda, de 1893 a 1916; un Ybarra, de 1896 a 1916, por Baracaldo, aunque en este último caso la influencia de dicha familia —vinculada, como se recordará, a Altos Hornos— parece haberse basado más en formas tradicionales de patronazgo (y en la concesión de empleos, contratos, etc., en relación con la citada empresa) que en masivos desembolsos de dinero.

En Vizcaya los candidatos no eran nombrados ni por el Gobierno ni por los partidos políticos, sino por Chávarri y un pequeño grupo de industriales conocido popularmente con el expresivo nombre de la *Piña* —o partido «de los ricos», según Unamuno (86)—, formada en 1897 por los Chávarri, Martínez Rodas, Aznar, Gandarias y otros (87). No todos los industriales monárquicos locales aprobaron los procedimientos de la *Piña*: quienes a partir de 1913 formarían el maurismo local (los Ybarra, Bergé, etc.), ya habían censurado desde finales del siglo XIX las escandalosas compras de votos llevadas a cabo en las elecciones de Vizcaya (88). Pero hubieron de aceptar la

---

(85) «En Vizcaya», *EI*, 12 abril 1896; *El Heraldo de Madrid*, 10 julio 1897.

(86) Véase la conferencia de Unamuno, «La conciencia liberal y española de Bilbao», pronunciada en 1908, en M. Unamuno, *Obras completas* (Madrid, 1966-1971), tomo IX, p. 238.

(87) J. Ybarra, *Política nacional en Vizcaya* (Madrid, 1947), p. 195.

(88) Véase, por ejemplo, el intento de algunos notables bilbaínos —Alzola, Victoria de Lecea, Arteche, etc.— de formar en enero de 1898 una coalición liberal para poner fin a la corrupción electoral; *EN*, 4 enero 1898. En 1903, al tener que designarse nuevo gobernador civil en Vizcaya, Ramón Bergé escribía al ministro de la Gobernación y jefe político suyo, Antonio Maura: «Como usted comprenderá, lo peor que podía suceder es que viniera aquí un gobernador a las órdenes de la *Piña*, que es aquí la genuina representación del caciquismo.» Bergé a Maura, 11 mayo 1903, AM, legajo 115.

prevalencia de aquélla como «mal menor», como dijera uno de ellos (89). Y otro tanto acabaron por hacer los distintos gobiernos. En 1898, un gobierno Sagasta intentó imponerse a Chávarri y a la *Piña* con sus propias armas, apoyándose para ello en Martínez Rivas (90): a pesar de emplearse medios de corrupción y presión en proporciones no vistas previamente en Vizcaya, sólo uno de los cuatro candidatos de la *Piña* (el marqués de Casa Torre) fue derrotado. En adelante, los gobiernos respetarían el control ejercido por aquélla en los distritos de Vizcaya: para los gabinetes conservadores ello no era problema, dado que la *Piña*, aun titulada oficialmente Unión Liberal, se consideraba adicta al partido conservador. Para los gobiernos liberales, la situación era diferente: Moret la resolvió en parte en 1901 sacando a los liberales de Vizcaya diputados por otras provincias («diputados bilbaínos» se les llamó), recurso imitado posteriormente por otros ministerios (91). Y por lo que se refiere a Martínez Rivas, cesó en su hostilidad a Chávarri en 1899, aceptando la senaduría por Vizcaya que éste le ofreciera, e incluso apoyaría posteriormente la política de la *Piña*;

---

(89) «Mal menor es el trust (nombre con el que se designaba igualmente a la *Piña*) —escribía Bergé a Maura en 1903—, y ya usted se cuidará de modificar sus procedimientos y de que haya elecciones razonables»; Bergé a Maura, 25 enero 1903, AM, legajo 115.

(90) Ya se indicó que Chávarri saltó del partido liberal al conservador en 1895 y que M. Rivas seguía desde entonces una línea independiente. En 1898, Rivas pudo razonablemente esperar de su aproximación al gobierno Sagasta que éste, ante la amenaza de guerra con Estados Unidos, se resolviese a hallar una solución al litigio de Astilleros del Nervión e incluso que los reabriese y encargase la construcción de buques de guerra, como ya hiciese otro gabinete Sagasta en 1888. *LE*, 24 marzo 1898.

(91) Sobre las elecciones de 1898, *La Epoca* decía: «Han sido presos en todos los distritos de Vizcaya los agentes de las oposiciones»; *LE*, 27 marzo 1898. *El Nervión* hablaba de «amargura y vergüenza»; *EN*, 28 marzo 1898; Bergé le escribía a Maura que «esto, como sabrá usted, ha sido un escándalo inmenso...; a Ramón Ybarra le han robado las actas en blanco de 10 secciones de las 42 del distrito (Baracaldo)... Al marqués de Casa Torres lo han ahogado... Le han quitado sus interventores no sé si en cuatro o en cinco de las secciones». Bergé a Maura, 2 abril 1898, AM, legajo 115. La *Piña* no se quedó atrás: «no he presenciado nunca —decía el gobernador civil— ni había podido suponer tanta osadía ni tanta desvergüenza para corromper el sufragio». Gobernador civil a ministro Gobernación, 27 marzo 1898, AMG, serie A, legajo 19. Sobre las elecciones en Vizcaya, véase E. Rosón, «Las próximas elecciones», *EL*, 20 febrero 1903.



según Bergé, en 1903, Chávarri, Allende y Martínez Rivas eran «la verdadera liga del *trust*» (92).

En Bilbao, donde la gran inmigración de 1876-1900 había roto los vínculos personales hasta entonces fundamento del clientelismo local y donde la existencia de grupos izquierdistas y católicos independientes (carlistas, integristas y, desde 1898, nacionalistas vascos) podía suponer una competencia seria para los candidatos monárquicos, la corrupción electoral fue especialmente intensa. Los industriales vizcaínos que aspiraron al acta de Bilbao (Solaegui, Martínez Rivas, Echevarría, Zubiría, Ybarra), faltos de partidos modernos en que apoyarse, con un electorado mayoritariamente indiferente y minoritariamente controlado por los distintos grupos de oposición y sin habilidad para movilizar a sus electores por la simple fuerza de su prestigio personal, hubieron de recurrir a la corrupción del sufragio.

La alternativa hubiera sido la colaboración extraoficial con las oposiciones, bien con los republicanos, bien con las derechas no dinásticas. Durante los años 1880 había funcionado en Bilbao una «coalición liberal» entre monárquicos y republicanos contra el carlismo; ya se indicó que Solaegui salió diputado en 1893 con el apoyo de Chávarri, y aún después se aseguraría en más de una elección que los candidatos monárquicos habían recibido votos de los republicanos. El mismo hecho de que éstos, a pesar de la fuerza que demostraban tener en las elecciones locales, no presentaran candidatura en ninguna de las elecciones generales celebradas entre 1893 y 1905 daba pie a tales sospechas (93).

(92) Bergé a Maura, 12 enero 1903, AM, legajo 115. Bergé se refería a Benigno Chávarri, puesto que Víctor murió en 1900.

(93) Número de votos de cada partido en elecciones locales:

	1891	1893	1895	1897	1899	1901	1903
Republicanos ... ..	1.268	1.700	2.481				3.373
Carlistas ... ..	567	1.926	1.778	2.323			1.684
Liberales ... ..	742	485	1.455	2.947	3.285	2.221	547
Católicos-fueristas ... ..	968	637		674			
Integristas ... ..			1.144				
Socialistas ... ..	605	429	557	886	1.341	2.574	2.269
Nacional-vascos ... ..					2.051	1.990	1.738

Los resultados están tomados del BOPV, prensa local y legajos del Archivo Municipal de Bilbao. Puede verse cómo las altas votaciones de

Con las derechas no dinásticas hubo también algunos contactos; parece que los carlistas votaron a Martínez Rivas en 1898. Algunos monárquicos locales, especialmente los más vinculados al partido conservador, creyeron siempre que la política monárquica en Vizcaya debía buscar abiertamente el apoyo de los amplios sectores de opinión católicos y fueristas a través de un partido que hiciese de la defensa de la religión y de la descentralización administrativa los ejes de su política. Ya en 1879-1893, conocidos e influyentes monárquicos como Allende-salazar, Bergé, Arrótegui, habían militado en asociaciones políticas fueristas como Unión Vascongada o la Sociedad Euskalerría (94). En las elecciones de 1893, los Bergé, Aznar, Villalonga, Zubiría, Ybarra y otros patrocinaron la candidatura de Adolfo Urquijo e Ybarra, monárquico independiente católico y fuerista, apoyada oficialmente también por carlistas y «euskalerríacos», y en la que, como vimos, Unamuno veía «el cacicato de abolengo», por contraste con el caciquismo de industriales como Chávarri y Martínez Rivas (95); diez años después, en 1903 de nuevo se vería a elementos monárquicos apoyando a una candidatura católica y autonomista, esta vez la de un hermano de Adolfo Urquijo, José María, que contaba además con la ayuda de los nacionalistas vascos. En los años siguientes, los Urquijo serían, a través de su periódico *La Gaceta del Norte*, los inspiradores de una maniobra de atracción hacia la monarquía de los sectores

---

los liberales (así se llamaba en Bilbao a todos los monárquicos antes de la formación de los partidos conservador y liberal locales en 1910) corresponden a los años (1897-1901) de abstención republicana. De ahí que se pensase que existía acuerdo entre ambos. *Baserritarra*, órgano nacionalista, afirmaba en 1897 que los chavarristas habían hecho «repugnantes amalgamas con elementos extraños y enemigos suyos», refiriéndose obviamente a los republicanos, puesto que afirmaba que el objetivo de las «amalgamas» había sido derrotar al carlismo, y decía que sólo el PSOE se había «conducido con honradez»; *Baserritarra*, 16 mayo 1897. Con respecto a la coalición republicano-liberal de los años ochenta, el jefe de los republicanos posibilistas, Benito Goldacena, escribía el 20 de abril de 1883 al presidente del Comité liberal, Pablo Alzola, comunicándole que aceptaba con gusto una inteligencia entre los dos partidos para las próximas elecciones. «Comité liberal de Bilbao, correspondencia en 1883», Archivo Victoria de Lecea, legajo 9; véase J. Ybarra, *op. cit.*, p. 97.

(94) J. Ybarra, *op. cit.*, pp. 67 y ss.

(95) Urquijo prometió en aquella ocasión que no gastaría «un solo real por un voto». Según *El Nervión*, le apoyaba «la parte sana de la opinión», *EN*, 5, 11, 30 enero, 28 febrero 1893.

moderados del nacionalismo vasco sobre la base de su incorporación a un bloque católico de todos los derechos locales (96). Los mauristas intentarían en 1907-1909 una política similar, viendo en ella la mejor posibilidad de llegar a formar un gran partido moderno local: en las elecciones generales de 1907, el candidato oficial, Fernando Ybarra, jefe del maurismo local, logró el apoyo del ala nacionalista moderada (y de los carlistas y católicos independientes, estos últimos por intervención del obispo de Vitoria). En los dos años siguientes el gobierno Maura persistiría en la labor de atracción nombrando alcaldes nacionalistas (Ibarreche, Horn) y utilizando la amistad del rey con el industrial nacionalista Ramón de la Sota con el mismo objetivo (97).

Pero, por diferentes razones, estas tentativas de los monárquicos vizcaínos por ampliar su base electoral no llegaron a materializarse o, cuando lo hicieron, fue de forma parcial y temporal. En cualquier caso, los candidatos monárquicos por Bilbao confiaron más en prácticas electorales irregulares e ilegales que en la libre voluntad de los electores. Casi invariablemente el acta por Bilbao era declarada *grave*. Solaegui —que si bien no era monárquico, era, como se dijo, el candidato de Chávarri— ganó en 1893 manejando, según Unamuno, todas las armas, «las lícitas y las ilícitas, el soborno, la coacción, la denuncia y por último la falsificación» (98). En 1896, *El Imparcial* decía que Martínez Rivas se había gastado «40.000 duros»: «Si el candidato ministerial —corrobo-

---

(96) Haciéndose eco de una opinión bastante generalizada, el doctor Areilza escribía en 1904 a un amigo, que se estaba gestando la creación de un partido nacionalista, legalista, dinástico y españolista cuyos jefes serían Ramón de la Sota y Adolfo Urquijo, sobre la base de la amistad que ambos tenían con Alfonso XIII: Areilza a Aranzadi, 3 junio 1904, en Dr. Areilza, *Epistolario* (Bilbao, 1904), p. 90.

(97) El 20 de agosto de 1908, Alfonso XIII visitó los astilleros Euskalduna, de Sota, profusamente engalanados con banderas españolas; Sota brindó por el rey, reconociendo simbólicamente la unidad del Estado español; en octubre de aquel año, el partido nacionalista vasco adoptó un nuevo programa político en el que explícitamente renunciaba a toda aspiración separatista; al año siguiente, Sota promovió una imponente manifestación de apoyo a la ley de comunicaciones marítimas de Maura, duramente combatida por las oposiciones en el congreso; J. Ybarra, *op. cit.*, pp. 292-301; R. Ossa Echaburu, *Riqueza y poder de la ría* (1900-1923) (Bilbao, 1969), p. 32. En la elección de 1907, varios conocidos nacionalistas (Chalbaud, Horn, Epalza, etc.) aconsejaron que se votase a Ybarra; *EL*, 17-19 abril 1907.

(98) M. Unamuno, «Las dos... aristocracias», *LC*, 9 noviembre 1895.

raba *El Nervión*— no acude a su caja, se queda en la estacada»; y el mismo periódico aseguraba que se había «doblado» a emigrados y que habían «votado» incluso los muertos (99). En la elección del 98, los procedimientos empleados por Martínez Rivas fueron tales que, según *El Imparcial*, la población estaba «indignada». La prensa local y nacional acusó al gobernador civil, Polanco, de haber utilizado agentes reclutados entre el hampa local para coaccionar por la fuerza a los electores; y se cifró la cantidad gastada por Martínez Rivas en cantidad similar a la del 1896 (100). Sin llegar a tales extremos, tanto Echevarría en 1899 como Zubiría en 1901 debieron desembolsar sumas considerables para lograr el acta, tanto más cuanto que ninguno de ellos pudo contar con el apoyo incondicional de unos gobiernos que ya no objetaban a la elección de Iglesias por Bilbao (101). En definitiva, aunque en 1903 el ministro de la Gobernación, Maura, diera orden al gobernador civil de Vizcaya de que reprimiese la corrupción electoral, habría que aguardar a 1905 para que se celebrasen en Bilbao, «por primera vez», elecciones sin incidentes ni compra de votos (102).

---

(99) *EN*, 13 abril 1896; *EI*, 17 abril 1896; *NB* lamentaba «el espectáculo bien poco edificante» que habían sido las elecciones; *NB*, 27 abril 1896.

(100) Según *EI*, los agentes del gobernador habían sido «reclutados en su mayoría entre bolicheros y gentes de esta calaña»; *LC* hablaba de «un ejército asalariado de timadores, tahúres y perdidos de toda clase»; según *EN*, se habían cometido «atropellos inconcebibles»; *El Heraldo de Madrid* denunció «la extraordinaria gravedad de los atropellos cometidos en la elección de Bilbao»; *EI*, 27 marzo 1898; *El Heraldo de Madrid*, 27-29 marzo 1898; *LC*, 2 abril 1898; *EN*, 27-30 marzo 1898.

(101) Ya en la elección del 98, *EI* había escrito que «sería para el partido liberal un título honroso el de ver, en una situación política constituida por él, abrirse las puertas del parlamento a los representantes de los trabajadores», *EI*, 27 marzo 1898; en la elección del 99, el gobierno Silvela-Dato impidió al menos que se repitieran las arbitrariedades y atropellos cometidos el año anterior por la autoridad, *EN*, 17 abril 1899, y en 1901 se rumoreó en Bilbao con insistencia que el gobierno (Sagasta) quería que Iglesias saliese diputado: un erudito local, don Carmelo Echegaray, le escribía el 5 de mayo de 1901 a Menéndez Pelayo que el Gobierno tenía «singular interés» en ello. *La Epoca* era de la misma opinión: C. Echegaray, «Su correspondencia epistolar con Menéndez Pelayo», *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, octubre-diciembre 1925, pp. 25-26, y *LE*, 19 mayo 1901.

(102) «Sea V. S. —telegrafíaba Maura a su gobernador— inexorable en las dos represiones por igual...; ratifico ahora y añado que tanta mayor severidad se podrá aplicar a los que quieran intimidar, cuanto más se evite corromper a electores»; Maura a Ramón María Lili, 8 febrero 1903, AMG, serie A, legajo 22; elecciones 1905 en *EL* (Madrid), 11 septiembre 1905, y *NB*, 11 septiembre 1905. Como expresión del carácter



Parece evidente que de no haber mediado el dinero y el fraude electoral, los resultados de las elecciones por Bilbao pudieron haber sido mucho más favorables a los socialistas de lo que en realidad fueron (103). Por ejemplo, incluso la prensa conservadora local estimaba en 1896 que Martínez Rivas no disponía de más de 500 votos: en elección «limpia», Iglesias hubiera sido diputado (104). Sin embargo, ello no puede ocultar el hecho de que hasta 1898 el partido socialista no tuvo en Bilbao y en Vizcaya verdadera fuerza electoral. Lo demuestra la exigüidad del número de votos que obtuvo tanto en elecciones generales como locales, con un mínimo de 187 en 1893 y un máximo de 1.263 en 1896 (105). Estas votaciones reflejaban la genuina movilización del electorado socialista: la corrupción electoral exageraba los votos de sus adversarios, pero no disminuía los de los socialistas. Sus

---

de las elecciones de Bilbao, un vecino colgó, en las de 1907, de su balcón un cartel con dos figuras: «la de un electorero liberal: barba, visera y garrote, y la de un elector aldeano: albarcas, pantalón de trampa y blusa corta. El primero, enarbolando el garrote, dice por una cartela: el día 8 le espero —a ese elector majadero. La réplica cazorra del aldeano es ésta, elector neopiñero— que votará por dinero». J. Zugazagoitia, *Una vida heroica: Pablo Iglesias* (Madrid, 1925), pp. 82-83. Sobre todo a partir de 1910 se generalizó el uso de las palabras *bolilleo* y *embuchado* para designar la suplantación de electores y la introducción fraudulenta de papeletas en la urna electoral. La prensa liberal acusó a los nacionalistas vascos de haber difundido el empleo de dichas prácticas: *EL*, 13 noviembre 1911.

(103) Los resultados de las elecciones generales por Bilbao entre 1891 y 1907 fueron:

Año	Iglesias	Diputado electo	Otros
1891	417	4.621 (V. Lecea)	4.303 (Solaegui)
1893	187	6.375 (Solaegui)	6.289 (Urquijo)
1896	1.263	5.568 (M. Rivas)	
1898	3.048	4.459 (M. Rivas)	
1899	2.299	4.964 (Echevarría)	
1901	2.781	4.794 (Zubiría)	
1903	1.469	5.957 (Urquijo)	2.831 (Alzola)
1905	3.104	3.922 (Solaegui)	
1907	3.415	6.640 (Ybarra)	1.449 (Anitua)

---

Fuentes: *BOPV* y prensa local; el resultado de la elección de 1903 es engañoso: no pudo celebrarse la elección en 14 de las 36 secciones en que se dividía el distrito de Bilbao.

(104) *EN*, 27 abril 1896.

(105) Véase, en notas anteriores, los resultados de dichas elecciones.

éxitos (cuatro concejales por Bilbao en 1891, dos en 1898, cuatro en 1897) eran más el resultado de la falta de partidos modernos locales y del desinterés de gran parte del cuerpo electoral de Bilbao que de la fuerza adquirida por las ideas socialistas entre las clases obreras. Es más: eran éstas la principal clientela de los compradores de votos. Atribuir, por tanto, las derrotas de Iglesias al dinero de sus oponentes no era sino plantear de otra forma el verdadero problema con el que en los años noventa se estrellaban las aspiraciones electorales de los socialistas: la indiferencia política del electorado obrero. Al fin y al cabo, lo que permitía la corrupción del sufragio era —en lo que afectaba a la política socialista— la inexistencia de un cuerpo electoral obrero independiente. Cuando los socialistas lograron disponer de uno, ni compras de votos ni otras prácticas fraudulentas pudieron evitar sus éxitos electorales (106).

Y no se trataba sólo de indiferencia política. Además lo que contribuía seriamente a debilitar la posición del socialismo en Bilbao era la fuerza relativa que otros partidos (republicanos y carlistas) tenían en los distritos obreros (Cortes, San Francisco y Bilbao la Vieja) de Bilbao, según probaban los resultados electorales. Hasta 1899 carlistas y republicanos aventajaron en ellos a los socialistas. La influencia carlista, aunque declinase a partir de 1897-99, siempre sería suficiente como para amenazar allí la posición tanto de socialistas como republicanos. Estos serían siempre, hasta 1923, una influyente fuerza electoral en aquellos distritos: antes de su alianza electoral con los socialistas en 1909, el número de votos que obtendrían en los mismos fluctuaría de los 1.103 del año 1895 a los 1.550 logrados en 1909. Estos resultados no podían atribuirse a corrupción electoral: en la elección general de 1905, que incluso los socialistas admitieron había sido «limpia», la votación lograda por el candidato republicano en los tres mencionados distritos

---

(106) La elección de cuatro concejales socialistas por Bilbao en 1891 fue el primer éxito electoral en la historia del PSOE. Les favoreció la bajísima participación electoral (30 por 100), la división de los republicanos locales —que perdieron unos 1.700 votos desde la elección general celebrada tres meses antes— y la crisis del carlismo por la reciente escisión integrista. El resultado oficial fue: electores, 10.201; votantes, 4.354; católicos-fueristas, 968; votos: coalición republicana, 963; liberales, 742; socialistas, 605; carlistas, 567; unión republicana, 305. «Elecciones municipales de 1891», AMB, sección tercera, legajo 354.

(1.392 votos) no difirió sustancialmente de la obtenida en otras oportunidades (107). La situación era tanto más difícil para el partido socialista cuanto que sus aspiraciones electorales dependían casi exclusivamente del voto de aquellos tres distritos, al menos mientras persistiese en su oposición a toda alianza con partidos «burgueses»; esos distritos habían proporcionado al PSOE el 65 por 100 de sus votos en la elección general de febrero de 1891, y el 87 por 100 de los obtenidos en las locales de mayo del mismo año.

En esas circunstancias, las posibilidades electorales de los socialistas en Bilbao —y en Vizcaya— parecían muy limitadas. Los resultados no podían ser satisfactorios, y así lo reflejaba la decepción que dejaban traslucir algunos comentarios de la propia prensa del partido:

«Bilbao político —podía leerse en el primer número de *La Lucha de Clases*—, por obra y gracia de los partidos burgueses, es un pueblo sin pudor, sin ideas, falto de toda conciencia; un pueblo vil, que voluntariamente se hace feudo del que más dinero tiene» (108).

La frustración de las esperanzas electorales de los socialistas provocó reacciones de violencia en numerosas

(107) Número de votos de cada partido en los tres distritos obreros en elecciones municipales:

Año	Republic.	Carlistas	PSOE	Liberales	C.-fuerist.	PNV
1891	341	219	525	224	387	
1893	746	845	382		162	
1895	1.103	581	557	515	198	
1897		1.314	886	981	333	
1899			1.337	1.525		192
1901			1.627	477		170
1903	1.456	629	1.489			
1905	1.177	1.128	1.409			120
1907	1.236	1.069	1.155			163
1909	1.550	466	2.042			
1911	1.912	974	1.942			
1913	2.226	529	2.473			
1915	2.440		2.746			
1917	1.128	299	1.593			714
1920	1.481	271	2.516			607
1922	1.980		2.396			

(108) «Bilbao por dentro», *LC*, 7 octubre 1894.

elecciones. Las agresiones a agentes electorales, los tumultos ante los colegios, la rupturas de urnas —las «bofetadas y palos» o los «garrotazos» cuando no tiros o navajazos, de los que informaba la prensa en cada elección— se convirtieron en características de las elecciones de Bilbao (109). Cuando se vio que la simple fuerza socialista no bastaba para asegurar el progreso electoral del partido, los socialistas no vacilaron en recurrir, como sus oponentes, a métodos de dudosa legalidad (como sustitución de electores, introducción fraudulenta de papeletas en las urnas, obstrucción de las elecciones, etc.), especialmente desde que hubo concejales socialistas que de acuerdo con la ley hubieron de presidir las mesas electorales de los distritos cuya representación ostentaban. Ya se verá que en los años de Prieto (1918-1923) el recurso a tales prácticas se hizo evidente. Pero se habían utilizado ya tiempo antes. Quejas sobre la «habilidad» electoral de los socialistas pueden encontrarse en la prensa de Bilbao desde principios de siglo (110). En la elección de 1905, los socialistas imprimieron papeletas trucadas en las que aparecía el nombre del rival de Iglesias, Solaegui, impreso en caracteres destacados, pero en orden incorrecto, y debajo el del candidato socialista en caracteres casi imperceptibles; como el primer nombre de la papeleta estaba equivocado, el voto se contabilizaba, según la ley, a favor de Iglesias (111).

Precisamente el sobrenombre «El Abuelo», como éste era cariñosamente llamado por los miembros del PSOE, fue ideado por un obrero de Bilbao cuando, sorprendido por la llegada de Iglesias a la secretaría electoral socialista donde se estaban planeando ciertas irregularidades electorales, gritó «¡El Abuelo!», para advertir a sus compañeros de la inesperada llegada de su incorruptible jefe (112).

Los decepcionantes resultados obtenidos en las primeras elecciones a las que concurrió el PSOE no alteraron la voluntad de sus dirigentes de orientar la actividad

---

(109) Las elecciones fueron particularmente tumultuosas en 1899, 1901 y 1903. Véase: *EN*, 17 abril 1899; *EI*, 20 mayo 1901, y *EL*, 27 abril 1903.

(110) *La Unión Republicana*, 23 noviembre 1905; *EL*, 11 septiembre 1905.

(111) *EL*, 11 septiembre 1905.

(112) J. Zugazagoitia, *Una vida heroica: Pablo Iglesias* (Madrid, 1925), páginas 92-94.



del partido dentro del juego electoral y parlamentario. En Vizcaya, el contraste entre las bajas votaciones logradas por los candidatos socialistas en 1891 —y en años posteriores— y el masivo apoyo obrero a acciones reivindicativas como la de mayo de 1890, y otras que veremos a continuación, parecían indicar que los obreros confiaban más en la obtención de mejoras inmediatas a través de una política laboral enérgica que en la acción legisladora del Estado estimulado en el Parlamento por una minoría socialista. De ser esto cierto, se explicaría el escaso interés electoral de muchos trabajadores y en parte, por tanto, el lento crecimiento del PSOE. Porque dentro de esa hipótesis, éste no habría sabido hallar una línea política electoral y sindical que sirviese a un tiempo a sus aspiraciones parlamentarias y a las que parecían ser necesidades de amplios sectores obreros: los socialistas —y en especial la dirección nacional del PSOE— buscarían a partir de 1891 no identificarse con extremismos políticos y laborales —por entender que hacerlo hubiera dañado su imagen electoral—, precisamente cuando parecía mayor, al menos en Vizcaya, la presión de los trabajadores por una política reivindicativa más firme.

## VI. *Una política contradictoria*

Hacia esa conclusión parece apuntar el análisis de la política socialista de los años 91-92, y especialmente de algunos hechos relacionados con la actividad socialista en Bilbao y Vizcaya. La resolución de los dirigentes del PSOE de ceñirse a métodos estrictamente constitucionales quedó de relieve a renglón seguido de las elecciones de febrero de 1891. En un congreso obrero celebrado en Madrid un mes después, Iglesias fue uno de los pocos individuos que votaron contra una moción anarquista que proponía la organización de una huelga general indefinida a partir del 1 de mayo hasta lograr la jornada de ocho horas. Como la propuesta fuese aprobada por 120 votos contra nueve, Iglesias se retiró del congreso, «toda vez que —decía el resumen de prensa— en la reunión anterior habían sido rechazados sus procedimientos» (113).

---

(113) *EI*, 24-26 marzo 1891.

En Bilbao la actitud de Iglesias no pasó desapercibida. La prensa local puso de relieve que Iglesias había actuado en dicho congreso de un modo «diametralmente opuesto al que hasta hoy ha empleado en los mítines socialistas» y que «abogó por los procedimientos pacíficos» (114). Comentarios semejantes respondían, sin duda, al deseo de tranquilizar a la opinión pública local, muy alarmada ante la proximidad del 1 de mayo en un momento en que unos 2.000 mineros habían quedado sin trabajo por la paralización que desde febrero habían sufrido las exportaciones y en que diferencias surgidas entre el Gobierno y Astilleros del Nervión amenazaban con el cierre de esta factoría. Al mismo propósito respondía, probablemente, la publicación en *El Nervión*, en hoja separada y con un aparato tipográfico no usado por ningún periódico local hasta la guerra del 98, del discurso pronunciado por el jefe del Gobierno, Cánovas, en el Senado el 6 de abril, anunciando su decisión de proponer inmediatamente varios proyectos de ley sobre cuestiones obreras (115). Poco días antes, el Gobierno había confirmado la prohibición de las manifestaciones del 1 de mayo, autorizando únicamente reuniones en locales cerrados. Como ya ocurriera en 1890, el principal interés del Gobierno era el mantenimiento del orden en las calles: «los delegados del Gobierno que asistan a esos mítines —declaró el propio Cánovas— tienen orden de permitir a los oradores la mayor libertad en la expresión de sus ideas». El PSOE aceptó las disposiciones del Gobierno. Iglesias declaró a *El Imparcial* que «celebraremos mítines si el Gobierno nos permite salir a la calle» (116). En Bilbao, Perezagua empleó casi las mismas palabras en una reunión celebrada por la Agrupación Socialista el 19 de abril para decidir su actitud ante las medidas del Gobierno, y al mismo espíritu respondieron las declaraciones oficiales de las Agrupaciones Socialistas de La Arboleda y Bilbao.

Sin embargo, esta determinación no fue suficiente para calmar la intranquilidad reinante en Bilbao. El 30 de abril llegó el general Loma con fuerzas de artillería y caballería: «hay aquí —observó Unamuno— tantas tro-

---

(114) *NB*, 27 marzo 1891.

(115) *EN*, 9 abril 1891; *NB*, 3, 7 y 19 abril 1891.

(116) *EI*, 24 abril 1891, declaraciones de Cánovas en *EI*, 18 abril 1891.

pas como entraron hoy hace diecisiete años el mismo día de hoy», es decir, cuando el ejército alfonsino liberó Bilbao del sitio carlista (117).

Todo ello pareció innecesario una vez transcurrido sin incidentes el 1 de mayo. El paro fue total en la zona minera. Sólo unos 200 individuos, todos ellos ingenieros y capataces, se presentaron a trabajar en las minas. En la zona fabril no hubo en cambio la misma unanimidad. El tren que a primera hora de la mañana del día 1 salía de Bilbao hacia Baracaldo y Sestao «iba materialmente lleno de operarios de los Astilleros del Nervión que se dirigían a sus faenas pacíficamente». Al llegar y saber que un incendio casual había destruido los talleres de calderería y fundición, permanecieron en la fábrica colaborando con la Guardia Civil y otras fuerzas en la extinción del fuego. Posteriormente se suspendieron los trabajos. En Altos Hornos sólo pararon unos 200 obreros del taller de fundición. En otras fábricas, como La Vizcaya, Iberia y Aurrerá, las empresas suspendieron los trabajos hasta mediodía a fin de permitir a sus obreros asistir a los mítines de Ortuella y Bilbao. A primera hora de la tarde, el trabajo se había reanudado con normalidad en todas ellas. Lo mismo ocurrió en fábricas y talleres de Bilbao, con excepción de unos 200 cargadores del muelle y alguna imprenta, todo ello sin consecuencias posteriores. En Guipúzcoa, el corresponsal de *El Imparcial* informaba que «todas las fábricas de la provincia han trabajado normalmente». A nivel nacional, la huelga general indefinida propuesta por los anarquistas fue un fracaso, aunque hubo perturbaciones locales y huelgas parciales en Barcelona, Cádiz, Bélmez, Valladolid y Zaragoza, que con distinta intensidad duraron hasta el 9 ó 10 de mayo (118).

Pero el día 4, unos 300 obreros de una mina de La Arboleda se declararon en huelga, solicitando aumento de sueldo; inmediatamente, y mediante coacciones violentas extendieron el paro a casi todas las minas de la localidad, abandonando el trabajo unos 2.000 trabajadores. La huelga había sido organizada sin conocimiento previo de la Agrupación Socialista. Incluso ésta, posiblemente por consideraciones electorales (las elecciones locales iban

---

(117) S. Fernández Larraín (ed.), *Cartas inéditas de Miguel de Unamuno* (Madrid, 1972, ed.), p. 129.

(118) *EI, NB, EN*, 30 abril 1891 y ss.; *ES*, 8 mayo 1891.

a celebrarse el 10 de mayo), se opuso al movimiento: toda la prensa local aseguró que Perezagua y Varela habían estado el mismo día 4 en La Arboleda, entrevistándose con contratistas y obreros a fin de impedir la prolongación del paro. De hecho, ese mismo día por la tarde la gran mayoría de los huelguistas habían vuelto al trabajo, quedando la huelga limitada únicamente a la mina en que se había iniciado.

El Círculo Minero, asociación de propietarios de las minas, vio la oportunidad de recuperarse de la derrota sufrida en mayo de 1890. Viendo que las circunstancias les favorecían, pues la gran acumulación de mineral producida por la caída de las exportaciones les permitiría resistir con las minas cerradas dos o tres meses, tomaron la huelga como pretexto y el mismo 4 de mayo declararon roto el «pacto Loma». Al mismo tiempo, la Diputación Provincial despidió a trece trabajadores de sus cargaderos de mineral por haberse destacado en el paro del día 1. Dos días después, 60 propietarios mineros firmaron un acuerdo de cuatro puntos, el primero de los cuales confirmaba la ruptura del pacto Loma; el segundo ordenaba «despedir a todo obrero que sea socialista», y el último, «suspender por completo los trabajos en toda la zona minera hasta acordar lo contrario el centro minero, en caso de que se declarase la huelga general» (119).

La iniciativa patronal había sido hecha con oportunidad y respaldada con determinación y unanimidad. Los socialistas, a la vista de las poco favorables circunstancias, intentaron eludir la confrontación. La Agrupación de La Arboleda, reunida por Varela con toda urgencia, acordó «ampliar todos los medios pacíficos que se ajusten a la razón y a la justicia a fin de conjurar todo conflicto». El mismo Perezagua, aunque en un mitin celebrado en Bilbao el día 7 afirmase que si los patronos no revocaban su acuerdo se iría a la huelga general, estaba intentando negociar una solución satisfactoria. El 8 de mayo, en unión de Varela y Alonso, visitó al gobernador civil, Alonso Colmenares, entregándole un documento en el que, en representación de los obreros de la zona minera, solicitaban su intervención para que «procure cerca del Círculo Minero, tantas veces repetido, que los tales acuerdos queden sin efecto». Con el mismo objeto se

---

(119) NB, EN, 6 mayo 1891.



entrevistaron con el presidente de la Diputación. Inmediatamente, el gobernador civil inició sus gestiones: pero el mismo día 8 el Círculo Minero disipó toda esperanza de acuerdo negociado, rehusando reconocer la representatividad de la comisión obrera.

Aunque la huelga parecía ya inevitable, Varela logró, en un mitin celebrado en Ortuella el día 10, que toda decisión en ese sentido quedase aplazada hasta que se conociese la resolución que adoptara la Diputación en una reunión que debía celebrarse dos días después. En ese tiempo, el gobernador civil aún intentaría solucionar el conflicto. Por una parte, dirigió una extensa comunicación al Círculo Minero, en la que, después de destacar que los obreros no habían hecho sino usar sus derechos constitucionales, amenazaba que si el Círculo persistía en su actitud, «la autoridad se conceptuaría desligada de su concurso y obraría en su consecuencia retirándole la protección que le dispensa». Por otro lado, envió una nota a la Diputación aconsejando «se adopten los temperamentos de prudencia y hasta de tolerancia que pudieran ser necesarios para evitar que se realice el temor de una alteración del orden» (120).

Ni el Círculo Minero ni la Diputación respondieron positivamente a las presiones del gobernador. Por el contrario, ambas entidades reaccionaron con acentuada hostilidad contra el mismo. El Círculo Minero anunció que suspendería todos los trabajos en la zona minera antes que ceder a las pretensiones de los obreros. Su respuesta al gobernador fue redactada en términos tan violentos, que éste se negó a recibirla y amenazó a su junta directiva, presidida por Gandarias, con procesarla.

La reacción de Alonso Colmenares estimuló a los obreros. Al mismo tiempo que Chávarri marchaba a Madrid para lograr que el Gobierno mediase en la disputa entre el gobernador y el Círculo, la comisión obrera publicó el 13 de mayo —esto es, pasadas ya las elecciones— un violentísimo manifiesto declarando rotas las negociaciones y convocando una reunión en Ortuella el día 17 para «decretar en la misma la huelga general» (121).

Pero contrariamente a lo que se temía, la huelga general no llegó a producirse. Varios factores se combinaron

---

(120) *NB*, 13 mayo 1891; véase, además, *EN*, 9-13 mayo 1891.

(121) *EN*, *NB*, 14 mayo 1891.

para hacer posible ese resultado. El mismo 13 de mayo, los trabajadores de la mina en que se había originado el conflicto reanudaron voluntariamente el trabajo. Dos días después, la Diputación, al parecer tras gestiones de Loma, readmitió a todos los despedidos, excepto tres. El 16, el ministro de la Gobernación, Silvela, tras reunirse con Chávarri, telegrafió a Alonso Colmenares ordenándole la distribución de tropas en los puntos estratégicos de las zonas minera y fabril (122).

De esta forma, ambas partes habían recibido alguna satisfacción. Los socialistas habían logrado un importante éxito simbólico: la intervención de Alonso Colmenares equivalió, de hecho, a reconocer oficialmente la personalidad del partido socialista como la representación legal de los obreros de la zona minera y de Bilbao. Ello, unido a la resonancia local que tuvo en aquellos mismos días el triunfo socialista en las elecciones municipales del 10 de mayo, supuso un sensible reforzamiento de las aspiraciones políticas del PSOE en Vizcaya (123). Tal vez, para no comprometerlo, los socialistas no quisieron arriesgarse a ir a un conflicto que se planteaba en circunstancias económicas poco favorables a los obreros; tanto más cuanto que todo parecía indicar que de declarar la huelga, los mineros habrían de encontrarse en una situación de casi completo aislamiento. A todo lo largo de la disputa, en ningún momento hubo ni notas oficiales, ni reuniones, ni señal alguna que expresase la voluntad de los trabajadores de la zona fabril a apoyar a los obreros de las minas. Al contrario, la industria del metal comenzaba a

---

(122) La mejor información del conflicto, en *EN* y *NB*, 5-19 mayo 1891; véase, además, *ES*, 15-29 mayo 1891.

(123) Como se indicó, en las elecciones locales de mayo de 1891 fueron elegidos por Bilbao cuatro concejales socialistas: Facundo Perezagua, Luciano Carretero, Dionisio Ibáñez y Manuel Orte. Sólo éste, por razones legales, pudo tomar posesión de su cargo. Facundo Alonso resultó elegido en La Arboleda. Un periódico local vio este triunfo como «la entrada oficial en España» del socialismo: *EN*, 11 mayo 1891. Sin embargo, la prensa nacional apenas se ocupó de ello, tal vez porque la elección de cinco socialistas apenas si podía alterar el espectro político del país, en el que al mismo tiempo se elegían 2.753 concejales monárquicos, 854 republicanos, 169 independientes y 31 carlistas (en poblaciones de más de 4.000 h.): *LE*, *EI*, 11-12 mayo 1891. Con respecto a la intervención de Alonso Colmenares, *El Nervión* comentaba que su conducta venía «a consagrar y aplaudir los actos del partido socialista y a censurar la conducta de los mineros (propietarios)», *EN*, 12 mayo 1891.

experimentar ya los primeros síntomas de la crisis de 1891-1896: «Hoy, lo que la clase obrera quiere —escribía el corresponsal en Sestao de un periódico de Bilbao— es no perder el trabajo los que lo tienen, y los muchos que hay sin él, tener dónde ocuparse» (124). De ahí que se abandonara la idea de una huelga general minera.

En su lugar se produjeron, a partir del 18 de mayo, conflictos parciales en diversas industrias de Bilbao: panaderías, una fábrica de papel y un taller de fundición. Posiblemente se trató de una maniobra del sector más radical del socialismo local, que tal vez vio en la actitud de las autoridades provinciales en el asunto de los mineros la oportunidad de lograr una serie de éxitos laborales que consolidase su posición al frente de la Agrupación Socialista. Así parece sugerirlo, al menos, el activo papel dirigente que en todos aquellos conflictos desempeñaron Perezagua y los grupos socialistas más próximos a él, cuyos argumentos se habían visto reforzados sin duda por la ofensiva de los patronos mineros (125).

El 18 de mayo, piquetes de huelguistas «armados con palos» paralizaron todas las panaderías de la población. Para prevenir la escasez de pan, el gobernador militar, general Aguilar, reemplazó a los huelguistas con soldados, y los fabricantes contrataron nuevo personal en Guipúzcoa. Garantizado de esta forma el suministro de pan, los patronos despidieron a los 200 trabajadores en huelga.

La medida produjo una gran irritación. Cuando los nuevos contratados llegaron a Bilbao a fines de mayo, fueron agredidos e insultados por grupos de huelguistas apostados en las estaciones y en las proximidades de las panaderías. En diversos puntos de la ciudad hubo violentos choques entre huelguistas y la Guardia Foral. En

---

(124) *EN*, 15 mayo 1891.

(125) Como se indica más adelante, se había delineado en el interior de la Agrupación Socialista de Bilbao dos tendencias: una moderada, inspirada por Felipe y Luciano Carretero y José Aldaco, y otra radical en torno a Perezagua, Varela, Cenón Ruiz y otros. La existencia de las dos alas había quedado en evidencia en las votaciones para designar el delegado de la Agrupación al congreso del partido de agosto de 1890: Perezagua obtuvo 48 votos y Felipe Carretero, 28; *NB*, 13 agosto 1890. La prensa local informó que en la Asamblea de la Agrupación para designar el candidato socialista por Bilbao, celebrada el 20 de diciembre de 1890, se produjo «un vivo incidente» entre Perezagua y los hermanos Carretero al tratar aquél de imponer la designación de un candidato que perteneciese a la Agrupación local; *NB*, 23 diciembre 1890.

este clima de tensión, el 31 de mayo los panaderos celebraron un nuevo mitin en el Teatro Romea. Ante las violencias verbales de uno de los oradores, Cenón Ruiz, el delegado de la autoridad, Marsall, suspendió el acto en medio de fuertes protestas y de «un griterío inmenso». Fuerzas de la policía penetraron en el local para disolver la reunión; un obrero resultó muerto y Perezagua, Ruiz y los individuos que habían presidido el mitin quedaron detenidos en el interior del teatro.

Inmediatamente, fuerzas del ejército, Guardia Civil y Foral ocuparon todas las calles que daban acceso a los barrios obreros. El cadáver del obrero muerto fue retirado por las autoridades escoltadas por parejas de la Guardia Civil a caballo y secciones de caballería e infantería del ejército. Cuando Marsall, también con fuerte protección, intentó abandonar el Teatro Romea, una inmensa multitud le insultó y le agredió a pedradas, hiriéndole. La Guardia Civil disparó al aire y la caballería dio varias cargas hasta que Marsall pudo refugiarse en un cuartel cercano. Cuando los detenidos fueron sacados del teatro se reprodujeron los tumultos: «fueron silbados los que los custodiaban y apedreados desde los balcones, cayendo sobre los guardias botellas, vasos e infinidad de trastos de las casas». A todo lo largo del trayecto hasta la cárcel se repitieron los insultos y las agresiones. Nuevas violencias tuvieron lugar más tarde, cuando un nuevo grupo de presos, detenidos en los anteriores tumultos, fue igualmente conducido a la cárcel. La Guardia Civil «fue recibida a pedradas y a tiros»; se vio obligada «a hacer descargas a balcones y ventanas» en las calles de Bilbao la Vieja y San Francisco, «pues caían sobre las tropas piedras, ladrillos y demás». Bilbao fue declarado en estado de sitio, los espectáculos públicos quedaron suspendidos, el Centro Obrero fue clausurado y unos 80 individuos detenidos; al día siguiente, una vez más, el general Loma llegaba a Bilbao desde Vitoria con dos batallones de soldados. Dos días después logró que los fabricantes de pan se comprometiesen a readmitir a los obreros despedidos y el conflicto quedó solucionado (126).

La popularidad que los sucesos del 31 de mayo dieron al grupo socialista fue inmensa. Cuando era conducido a la cárcel, Perezagua «iba saludando con la boina a la

---

(126) *EN*, *NB*, 20 mayo-4 junio 1891; *ES*, 5 junio 1891.



multitud», que le aplaudía y vitoreaba. Aunque las fuerzas de orden público actuaron con prudencia unánimemente reconocida, su intervención fue indiscriminada. Los tres distritos obreros fueron acordonados y aislados por las tropas. Muchas mujeres y niños que eran simples espectadores de los sucesos fueron víctimas de cargas y colisiones. Toda la comunidad se vio envuelta en los disturbios: los comercios de los citados barrios cerraron en señal de protesta; durante todo el día, calles y balcones estuvieron «atestados» de público expectante. El carácter doméstico de los objetos arrojados contra las fuerzas del orden —«tiestos», «sillas rotas», «sartenes, cazos y pucheros»— revelaban un intenso grado de participación colectiva. Así, lo que parecía iba a ser una disputa laboral perdida por los obreros, se convirtió en una amplia demostración de solidaridad popular de la que los socialistas fueron los principales beneficiarios.

El desarrollo del PSOE en Bilbao parecía, por tanto, unido a una serie de espontáneas explosiones de turbulencia, bien opuestas a la misión educadora que el partido proclamaba haberse impuesto. Tras los sucesos del 31 de mayo, los primeros síntomas de desacuerdo entre los dirigentes de la Agrupación de Bilbao comenzaron a salir a la superficie. Una facción, centrada en torno a los hermanos Carretero y José Aldaco, desaprobó veladamente los excesos verbales y las excitaciones demagógicas de Perezagua y Ruiz. Con éstos en la cárcel se produjeron los primeros intentos de los moderados por imponer dentro de la Agrupación local una línea distanciada de violencias y disturbios:

«El partido socialista —afirmaba Aldaco en un mitin celebrado en Bilbao el 14 de junio de 1891— es un partido naciente, que antes que todo quiere la legalidad y no perturbar el orden ni exterminar a los burgueses, como éstos suponen»; «somos enemigos acérrimos de los disturbios —añadía— y no queremos que éstos partan del partido socialista» (127).

En los próximos meses acabó por imponerse esta política moderada, estimulada por *El Socialista* y el Comité

---

(127) NB, 16 junio 1891.

Nacional del partido (128). No parece improbable que, después de dos meses de intensa agitación, incluso los elementos más radicales considerasen necesaria una tregua. No hubo ninguna protesta seria cuando el Gobierno anuló legalmente las actas de cuatro de los cinco socialistas elegidos en mayo de 1891. La moderación y prudencia del único que pudo ejercer el cargo, Manuel Orte, pronto le valieron el aplauso de la prensa de Bilbao (129). La expulsión de los anarquistas en el Congreso de la Internacional de Bruselas fue utilizada por el Comité Nacional en apoyo de la línea moderada. A su regreso de Bruselas, en septiembre del 91, Iglesias recorrió la zona minera de Vizcaya y varias localidades de Guipúzcoa, exhortando en sus discursos a la creación de fuertes organizaciones sindicales con política y métodos «reflexivos». Incluso Perezagua parecía convencido de la necesidad de la nueva política, ya que acompañó a Iglesias en su gira. Parece significativo que no se registrara en Vizcaya en la segunda mitad de aquel año ninguna huelga (130).

Irónicamente, cuando los socialistas parecían más inclinados hacia posiciones moderadas, una nueva, amplia y violenta huelga paralizó la zona minera de Vizcaya en enero de 1892. Como en mayo de 1890, la huelga fue también espontánea, y, como aquélla, terminó igualmente bajo la dirección y control de las agrupaciones socialistas. El 20 de enero, unos 80 obreros de una mina de la compañía Orconera en La Arboleda pararon el trabajo, rehusando aceptar las modificaciones en el sistema de trabajo introducidas por los nuevos contratistas. Al día siguiente la huelga se había extendido pacíficamente a otras tres minas, pero se trabajaba con normalidad en el resto de la zona minera. El número de hombres parados se cifraba entre 600 y 1.000, por lo que la huelga parecía, según la prensa local, «un hecho aislado y sin gran alcance». En este punto, la Agrupación Socialista de La Arboleda intervino. Reunida urgentemente bajo la presidencia de Varela el día 22, asumió la dirección de la huelga y presentó a los contratistas una lista de peticiones que

---

(128) Por ejemplo, *El Socialista* comentaba, sobre la decisión tomada en Ortuella el 17 de mayo contra la huelga minera, que era «conducta por todo extremo acertada y que deben adoptar cuantos trabajadores se hallen en el mismo caso»; *ES*, 29 mayo 1891.

(129) *EN*, 23 julio 1891, calificaba su actividad «digna de encomio».

(130) *ES*, septiembre 1891.

esencialmente apuntaban a la abolición del nuevo reglamento. Ante la negativa de los contratistas, en un mitin celebrado en La Arboleda el día 24, en el que sólo habló Varela, quedó decidida la huelga general. Perezagua aprobó esta decisión, y junto con Varela sería en adelante el más decidido partidario del endurecimiento del conflicto.

A diferencia de lo que ocurrió en 1890, esta vez los huelguistas tuvieron en frente a la opinión pública. El mismo desarrollo de la huelga demostraría que incluso numerosos mineros desaprobaban el conflicto. Hasta *El Socialista* reconocería que una de las causas de la huelga general había sido «la convicción que tenían los obreros de que mientras la huelga no fuese general no podían vencer» (131). La huelga general fue, por tanto, imposición de una minoría. El 26 de enero, cinco días después de comenzado el conflicto, surgieron las primeras violencias, que esta vez aparecían claramente como el resultado de un bien meditado plan para asegurar la paralización de toda la actividad industrial de la zona. Piquetes de huelguistas obligaron a pedradas a parar las minas. Se dijo que en La Arboleda se apoderaron de varios capataces, obligándoles bajo amenazas a suspender los trabajos. Se quemaron casetas, se destruyeron herramientas; las vagonetas cargadas de mineral fueron volcadas y los cables de los tranvías aéreos, cortados. Las vías de los ferrocarriles mineros fueron levantadas y derribados los postes telegráficos, utilizándose para ello dinamita. En el momento de comenzar las violencias, el día 26, sólo había en la zona minera 25 guardias civiles y 25 forales. A pesar de que hubo algunos choques, los huelguistas pudieron en general actuar sin resistencia. Las fábricas de Baracaldo y Sestao, en cambio, estuvieron protegidas por fuerzas del ejército, que ocuparon también los accesos a Bilbao. El 27 de enero, por orden directa del Gobierno, enfrentado al mismo tiempo con una grave agitación anarquista en Jerez, fue declarado nuevamente el estado de guerra. Los generales Loma y Aguilar, con numerosas fuerzas, restauraron el orden. Unas 120 personas fueron detenidas. El 29 se reanudaron los trabajos en cargaderos

---

(131) *ES*, 5 febrero 1892; «¿Por qué de cuatro huelgas generales entabladas en la zona se fracasó en la de 1892?» —se preguntaban en 1910 los líderes mineros—: «Porque tuvimos en frente a la opinión», respondían. Comisión de huelga. *Huelga de los mineros de Bilbao* (Bilbao, 1911), p. 43.

y ferrocarriles mineros, pero no en las minas. Al contrario, el 27 de enero el Círculo Minero acordó suspender indefinidamente los trabajos y posteriormente ordenó a capataces y contratistas «que no admitan en las labores a ningún obrero que haya tomado parte activa en los últimos sucesos» (132).

El 6 de febrero se reanudó parcialmente el trabajo tras recibir el Círculo Minero una exposición con 25 pliegos con firmas de obreros solicitando la reapertura de las minas. La huelga terminó desastrosamente para quienes la secundaron. En La Arboleda, un temporal de lluvias y nieve impidió que se reanudase el trabajo hasta el 18 de febrero. Los trabajadores de algunas compañías no habían cobrado sus jornales desde el 29 del mes anterior (133).

Los esfuerzos del ala socialista moderada para evitar que su partido fuese identificado con alborotos y violencias sufrieron un retroceso. Y más aún cuando en junio de ese mismo año (1892) otras dos huelgas, una de obreros del puerto y otra de los 2.000 obreros de las minas de Bilbao, dieron lugar, por poco tiempo y sin mayores consecuencias, a nuevas escenas de violencia. La organización socialista de Vizcaya estaba bajo el control y la autoridad absoluta de Perezagua y Varela, que habían dirigido también los dos últimos conflictos mencionados (134). Era innegable que bajo su dirección y en tan sólo dos años el partido socialista, a pesar de algunos fracasos, había logrado una influencia entre los trabajadores de aquella provincia muy superior a lo que reflejaban los resultados electorales o las cifras de afiliados a las sociedades de resistencia, aunque esa influencia se limitase a la capital, Bilbao, y a la zona minera; pues si bien se ha repetido que la gran concentración de industria pesada en Baracaldo y Sestao fue una de las causas del arraigo del socialismo en Vizcaya, ya vimos que aquella fue precisamente la zona donde su influencia, por lo menos hasta la Primera Guerra Mundial, fue más escasa (135).

---

(132) *EN, NB*, 28 enero 1892.

(133) *EN, NB*, 22 enero-24 febrero 1892.

(134) *EN, NB*, 18-20 junio 1892.

(135) En Baracaldo no se crearon sociedades obreras hasta 1898, y agrupación socialista hasta 1902; la extensión de las huelgas generales a dicha zona fabril fue motivada más por presiones del exterior que por solidaridad.



Los hechos de 1890-92 acreditaron que el partido socialista era en Vizcaya una fuerza emocional capaz de influir sobre miles de obreros. Era, sin duda, la única región española donde esto sucedía. Paradójicamente, el socialismo vizcaíno había llegado a aquella posición por métodos enteramente opuestos a los que la dirección nacional socialista consideraba convenientes a la estrategia electoral del partido. El carácter local de las agitaciones de Vizcaya, la identidad de principios entre el Comité Nacional y la sección regional, y la amistad entre Iglesias y Perezagua podrían explicar que aquella contradicción no tuviera consecuencias de relieve.

## CAPITULO II

### DE LAS TURBULENCIAS INICIALES A LA OFENSIVA ELECTORAL

#### I. *El declinar de la agitación laboral*

Los años 1890-92 experimentaron disturbios sociales y conflictos laborales con frecuencia y amplitud probablemente desconocidas hasta entonces en España. Disputas como las huelgas mineras de Vizcaya y las textiles de Cataluña en 1890 y junio de 1892 marcaron el comienzo de los conflictos industriales modernos en el país. Incluso si la agitación laboral declinó sensiblemente desde mediados de 1892, su impacto sobre la vida social y política no fue desdeñable. La llamada «cuestión social» suscitó un inusitado interés, reflejado en la proliferación de artículos de prensa, conferencias y debates sobre ella o en la gran difusión de folletos y libros de temas sociales: la traducción de *Progress and Poverty*, de Henry George, editada en 1893, se convirtió en uno de los éxitos de ventas de la época. El problema social sensibilizó a los grupos políticos. Cánovas fue, quizá, quien de una manera más explícita señaló la necesidad de adoptar actitudes nuevas hacia los problemas sociales cuando en un discurso en el Ateneo, en noviembre de 1890, proclamó el compromiso de su partido a impulsar la acción intervencionista del Estado. El partido liberal combatió por razones doctrinales dicho intervencionismo, pero también sus dirigentes expresaron en diferentes ocasiones su preocupación por la cuestión obrera. Entre los partidos menores, el federal hizo público, en junio de 1894, un manifiesto-programa incluyendo un complejo plan de reformas sociales (1).

---

(1) El Manifiesto, redactado por Pi y Margall, comenzaba significativamente así: «La cuestión social preocupa todos los ánimos»; F. Pi y Margall y F. Pi y Arsuaga, *H.<sup>a</sup> de España en el siglo XIX* (Barcelona, 1902), tomo VI, p. 892; A. Cánovas del Castillo, *Problemas contemporáneos* (Madrid, 1890), tomo III, pp. 463-466.

Posiblemente las circunstancias que dieron lugar a la agitación laboral de 1890-92 dependieron más de cuestiones de orden estrictamente local que nacional, a pesar de que el malestar se había extendido a varias provincias con notable simultaneidad. En cualquier caso, aquellas circunstancias diferían considerablemente de unas provincias a otras. Así, en Cataluña los numerosos conflictos laborales del sector textil podían explicarse, entre otras razones, porque el relativo mejoramiento económico de los años 1889-90 había reforzado la capacidad negociadora de los trabajadores y les había inducido a intentar recobrar de las dificultades sufridas durante la crisis de 1882-88, marcada por reducciones salariales, desempleo y una general deteriorización del nivel de vida (2).

Pero éste no era el caso en otros puntos. En Vizcaya, como se recordará, la década 1880-1890 fue un período de continuada expansión de la producción minera, de establecimiento de nuevas y poderosas empresas siderometalúrgicas y de construcción naval, de fuerte impulso de obras públicas de gran envergadura, como el puerto exterior de Bilbao; en definitiva, un período de optimismo financiero y de fuerte expansión industrial y económica (3).

En las minas, foco de la agitación laboral de Vizcaya, los salarios reales no sufrieron fluctuaciones dramáticas. Los precios al por mayor mostraron una tendencia al alza, tanto en Bilbao como en la provincia, desde 1886: entre 1886 y 1887, los precios del trigo experimentaron una subida del 7,5 por 100. Según el cónsul inglés Mr. Smith, los precios del pan habrían subido en Bilbao, entre 1885 y 1895, en un 10 por 100, y los de otros artículos, como el pescado y la carne, en un 20 por 100. Pero los salarios

---

(2) M. Izard, *Revolució Industrial: Obrerisme. Les «Tres Classes de Vapor» a Catalunya (1869-1913)* (Barcelona, 1970), pp. 77 y ss.

(3) Recuérdesse que la producción de mineral creció de 2,6 millones de Tm. en 1880, a 4,7 millones de Tm. en 1890, con crecimientos anuales del 10-15 por 100; éstos fueron los años en que se establecieron La Vizcaya, Astilleros del Nervión, Aurrerá, Talleres Zorroza y otras factorías; 1888 fue el gran año de Vizcaya, al coincidir la concesión de la construcción de tres cruceros a Astilleros del Nervión, con la subvención estatal y aprobación de las obras del puerto exterior y la inauguración de los ferrocarriles de Bilbao a Guernica y de Bilbao a Portugalete. El desbordante optimismo de la provincia se expresó en festejos populares, homenajes a los ministros, etc. *Boletín Mensual de la Cámara de Comercio de Bilbao*, septiembre 1888, pp. 266-268.

nominales también tendieron a crecer: entre 1884 y 1890, los jornales mineros subieron en un 10-15 por 100, fluctuando entre 2,25-4 ptas. en 1884 y 2,50-5 ptas. en 1890. En todo caso, parece revelador que no hubiese protestas serias contra el alza de precios hasta 1898 (4). Entre 1880-1890 se introdujeron en las minas, como se recordará, nuevos métodos de trabajo para intensificar la producción. Algunos de ellos fueron causa directa de descontento: la modificación del reglamento que desencadenó la huelga de enero-febrero de 1892 era la innovación del sistema de carga de cestos de mineral, al ordenar los contratistas que se efectuase la carga «a la rodilla», de manera que un solo hombre efectuara el trabajo que antes realizaban dos (5). En la huelga de 1890, los mineros pidieron la abolición de las *tareas*. Sin embargo, ya se dijo que la reacción de los trabajadores ante estas innovaciones no fue unánime. Los trabajadores jóvenes incluso preferían trabajar a destajo que a jornal, y como se indicó, en 1906 la compañía Franco-Belga hubo de abandonar la idea de suprimir las *tareas* ante la oposición que a la misma hicieron sus obreros (6). En todo caso, la productividad por individuo permaneció razonablemente estable: 480 toneladas anuales en 1885, 550 toneladas en 1904 (7).

---

(4) Precio del trigo en Vizcaya: 1884, 89,66 reales; 1885, 87,90; 1886, 89,09; 1887, 95,05; 1888, 92,43 reales. Fuente: BOPV, datos facilitados por M. González Portilla; «Comparación de precios en Bilbao entre 1885 y 1895», Smith a Foreign Office, 14 marzo 1896, PRO, FO 72/2014. Las estadísticas de la época no son fiables. No se conservan series de precios al por menor. Ya se indicó en la Introducción, que sin un conocimiento correcto de los ingresos familiares no es posible valorar debidamente la evolución del nivel de vida real de los trabajadores, y que en las minas de Vizcaya dichos ingresos eran considerablemente superiores al salario del cabeza de familia.

(5) ES, 29 enero 1892.

(6) Asociación de Patronos Mineros de Vizcaya, *El trabajo en las minas de Vizcaya* (Bilbao, 1907); pp. 14-17.

(7) Según la estadística minera de España, en 1885 trabajaron 6.788 obreros y produjeron 3.311.420 Tm.; en 1904, 7.969 y 4.554.951 Tm., respectivamente. Tampoco en este caso la estadística es satisfactoria. Trabajaban más mineros que los que indican los datos oficiales: así, en 1899, año en que se alcanzó la máxima producción en la historia de la minería de la provincia, con 4.530.000 Tm., se emplearon 12.000 hombres. Dado el carácter de las minas de Vizcaya, los aumentos de producción no respondieron a aumentos de productividad: simplemente, en los momentos de mayor demanda se contrataba más personal. *Las minas de hierro en la provincia de Vizcaya* (Bilbao, 1900), página 32.



En resumen, no parece se produjera en Vizcaya, en los años inmediatamente anteriores a 1890, ninguna alteración sustancial ni del nivel de vida ni de las condiciones laborales de los trabajadores que pudiese contribuir a explicar la agitación laboral de 1890-92. Tampoco se había modificado la situación económica de forma que, como en el caso de los obreros textiles catalanes, la posición negociadora de los trabajadores de Vizcaya fuese entonces más fuerte que en los años precedentes. La agitación laboral podía quizá explicarse por la intervención, ya apuntada, de tres factores: por la innegable acumulación de malestar y descontento que, a pesar de la prosperidad económica de Vizcaya, se había operado en las comunidades mineras de la provincia; por la persistente labor organizativa y propagandista de los socialistas y por la gran publicidad dada a las manifestaciones obreras de mayo de 1890, que habrían despertado entre los trabajadores grandes esperanzas de mejoras materiales pronto frustradas.

Pero la agitación laboral y, por consiguiente, el interés político que suscitara remitieron pronto. Desde 1893, el 1 de mayo dejó de ser el catalizador de disturbios y huelgas: «a los pocos años de ejercicio —observaba Silvela en 1893— queda reducido a un domingo más». Vizcaya no fue excepción:

«Aunque en las distintas reuniones —comentaba *El Nervión* en el mismo año— los obreros que han dirigido su voz al público han empleado las mismas frases de años anteriores, no han logrado causar el efecto ni alimentar el entusiasmo que se notaba en las reuniones del Teatro Romea y de la Plaza de Toros» (8).

Al año siguiente, *El Noticiero Bilbaíno* diría que «en nuestra provincia no se nota la efervescencia que había en años anteriores». De hecho, hasta 1900 el 1 de mayo no recobró la espectacularidad que había tenido en 1890-1891. En las minas, el paro anual con que se conmemoraba la festividad siguió siendo amplio, envolviendo a unos 3.500-6.000 hombres, según los años. Pero dejó de

---

(8) *EN*, 3 mayo 1893; palabras de Silvela en *EL* (Madrid), 1 mayo 1893, recogido en F. Silvela, *Artículos. Discursos. Conferencias. Cartas* (Madrid, 1923), II, p. 85.

ser unánime: desde 1894 se hizo habitual que los obreros de los cargaderos de la Franco-Belga y de la Diputación —éstos en su mayoría de origen vasco, no inmigrantes— no suspendieran sus tareas; al año siguiente, la prensa local informó que en La Arboleda «trabajaron todos los operarios». En la zona fabril, el 1 de mayo quedó reducido a un simple mitin con concurrencia nunca superior a las mil personas. El trabajo proseguía con normalidad en todas las fábricas, ausentándose únicamente insignificantes grupos de trabajadores: «se trabajó en la zona fabril», informaba *El Noticiero Bilbaíno* en 1896: «Los de las fábricas —decía Perezagua al año siguiente— han continuado hoy trabajando» (debido, según el dirigente socialista, al temor a represalias patronales). En Bilbao, desde 1893, en vez del mitin en el Teatro Romea o en la Plaza de Toros, los socialistas organizaron un «festival» en los jardines de algún teatro de la localidad. Dado que el festival se celebraba por la tarde, los trabajadores trabajaban durante la mañana para no perder sus jornales; en 1895, la prensa local informaba que se había trabajado «en todas las fábricas, en todos los talleres y en todas las obras», y lo mismo sucedería en años posteriores. El festival era más una ocasión de esparcimiento y recreo que un acto político. La asistencia habitual se cifraba en unas 5.000 personas: los trabajadores acudían con sus familias, en traje de fiesta y con lazos rojos en las solapas; una banda de música interpretaba «bailables»; en los intermedios, el Orfeón Socialista cantaba «himnos revolucionarios», como «La Marsellesa de la Paz», «Hijos del Pueblo» y otros, hasta que «La Internacional» los reemplazó a todos desde principios de siglo; los jardines se engalanaban con bombillas y colgaduras; era habitual disparar cohetes y a veces se representaba un «juguete cómico». Al final, Perezagua o Carretero se dirigían brevemente a los asistentes para recordarles la significación del día, y la multitud se dispersaba ordenadamente (9).

El 1 de mayo dejó de ser un día marcado por tensiones y violencias: el suceso ocurrido en La Arboleda en 1896, en que un minero resultó muerto al disolver la Guardia Civil a un pequeño grupo que intentaba apedrear

---

(9) Las citas provienen de *NB*, 2 mayo 1893-99; véase, además, los números correspondientes de *EN* y *LC*. En los tres periódicos consultados, la información es abundante: la de *LC* es lógicamente más entusiasta, pero confirma la descripción hecha en el texto.

uno de los barracones que aún subsistían, fue un caso aislado y excepcional. «La fiesta del Primero de Mayo —escribía en 1900 Unamuno en *La Lucha de Clases*— ha entrado ya casi en el calendario vulgar... Dijérase que se ha convertido en una ceremonia de rutina, en algo puramente ritual» (10).

El declinar del entusiasmo de los trabajadores por el 1 de mayo era un síntoma del declinar general de la agitación laboral registrado en Vizcaya, como en toda España, a partir de mediados de 1892. El número de huelgas disminuyó sensiblemente desde ese momento: en Vizcaya se registró menor número de conflictos industriales en los seis años de 1894 a 1899 que en el trienio de 1890-92. No se produciría ninguna huelga minera del carácter y amplitud de las de mayo de 1890 y enero de 1892 hasta 1903 (11).

Evidencia de otra índole hace pensar en una crisis general del movimiento obrero independiente y en un repliegue de las organizaciones obreras hacia posiciones defensivas. En Vizcaya el número de afiliados a la UGT disminuyó de 521 en octubre de 1892 a 491 en septiembre del siguiente año; a nivel nacional, la central sindical socialista pasó de tener 8.553 miembros en febrero de 1893 a 6.154 cuatro años más tarde y continuaría perdiendo efectivos hasta el final de la guerra hispano-americana de 1898 (12). De la misma manera disminuyeron los votos socialistas: en Bilbao, Iglesias obtuvo 437 votos en 1891 y 187 en 1893; en Madrid, 1.398 y 709, respectivamente. Difícilmente podía atribuirse este retroceso a presión gubernamental: en ambas capitales habían triunfado (en 1893) los republicanos. En Bilbao ya se indicó que el candidato republicano Solaegui, apoyado por Chávarri, cometió toda clase de irregularidades; sin embargo, como

---

(10) M. Unamuno, «Primero de Mayo», *LC*, 1 mayo 1900.

(11) Según el IRS, se produjeron en Vizcaya diez huelgas en 1890-92 y nueve en 1894-99. La prensa local dio noticia de diecisiete conflictos en aquel período y de quince en el segundo. En 1893 la prensa informó de seis disputas laborales; pero, dado que en cada una de ellas apenas si participaron un centenar de trabajadores y que todas ellas se resolvieron de inmediato, se considera que su escasa significación no altera la opinión de que desde junio de 1892 puede considerarse como terminado el período de la primera agitación laboral en Vizcaya. Véase: IRS, *Informe*, p. 54.

(12) *ES*, 14-21 octubre 1892, 22 septiembre 1893.

se dijo, ello podía proporcionar a Solaegui votos que jamás hubiera conseguido en elecciones «limpias», pero no falseaba los obtenidos por Iglesias: sus 187 votos representaban la genuina fuerza electoral del PSOE en Bilbao, por lo que la deterioración de la posición socialista con respecto a la anterior elección era evidente (13).

## II. *Crisis industrial*

En gran medida, este declinar de la actividad obrera se debía a la grave crisis económica que el país sufría de una forma evidente desde fines de 1891. La depreciación de la peseta, la nueva política proteccionista francesa, que dañó seriamente las exportaciones españolas de vino, y varias inundaciones catastróficas en la Mancha y Andalucía hicieron de la crisis económica el centro de la preocupación pública, suscitándose vivas polémicas entre librecambistas y proteccionistas. Estos acabaron por imponerse. Con los conservadores en el poder, el Gobierno español introdujo en 1891 una nueva tarifa aduanera que elevaba considerablemente los derechos de las importaciones. En Vizcaya, donde entre 1890-92 las inversiones de capital habían continuado a fuerte ritmo —creándose Talleres Deusto, La Basconia, Tubos Forjados y otras grandes industrias—, los industriales encontraron el nuevo arancel insuficiente. La nueva industria tropezó desde su nacimiento con serias dificultades: a la escasa demanda del mercado español se añadían factores (alto precio del carbón, retraso técnico) que elevaban considerablemente los costos de producción, particularmente del acero. Para

---

(13) Ya se dijo que Solaegui logró 6.375 votos y A. Urquijo (católico independiente) 6.289; *NB*, 6 marzo 1893. Otras organizaciones laborales no socialistas experimentaron crisis similares en aquellos años. En Córdoba, por ejemplo, el «efímero resurgimiento del obrerismo anarquista» de 1890-92 fue seguido por casi diez años de desorganización y apatía; J. Díaz del Moral, *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas* (Madrid, 1969, ed.), pp. 136 y ss. En Cataluña, las organizaciones anarquistas quedaron diezmadas como consecuencia de la represión que siguió a la campaña terrorista iniciada en 1893. Algunos sindicatos independientes, como *Las Tres Clases de Vapor*, registraron también fuertes pérdidas de afiliados y una paralización casi total de su actividad; M. Izard, *op. cit.*, pp. 114 y ss. Entre 1893 y 1899 no hubo en España ningún conflicto laboral del que pudiera decirse que afectó seriamente el curso normal de la vida política.



ser realmente competitiva, la industria siderometalúrgica precisaba de fuerte protección arancelaria (14).

En 1890-91, nuevos problemas agravaron la situación del sector: elevación del precio de las materias primas por la subida del cambio, que afectó sobre todo al precio del carbón inglés, que cubría el 80 por 100 de las necesidades de la industria vizcaína; depresión de los precios del lingote y hierros industriales en los mercados internacionales y una brusca contracción de la demanda. Los industriales vizcaínos no vieron más salida a la crisis que la elevación de aranceles:

«Mientras subsistan en nuestros aranceles las tarifas especiales para la introducción del material de ferrocarriles que se importa —podía leerse en la Memoria de Altos Hornos publicada en junio de 1891—, no es posible que esta parte de nuestra industria entre en el período de prosperidad que es de de-sear...» (15).

El arancel de 1891 no satisfizo a los industriales de Vizcaya; al contrario, frustró las esperanzas que éstos habían puesto en él: «El arancel de 1891 —escribiría Pablo Alzola, uno de los portavoces del sector— influyó poco, en un principio, para aumentar el consumo de productos laminados por las franquicias vigentes del material de ferrocarriles» (16). La crisis tendió a acentuarse. La producción de las principales factorías disminuyó sensiblemente. La producción de lingote de Altos Hornos bajó de 91.860 Tm. en 1890 a 83.500 Tm. en 1891 y a 57.390 Tm. en 1892; la producción de laminados de la misma factoría en los años citados fue, respectivamente, de 68.000, 51.676 y 32.723 Tm. En La Vizcaya, la producción de hierro colado disminuyó de 108.104 Tm. en 1891

---

(14) F. Sánchez Ramos, *La economía siderúrgica española* (Madrid, 1945), pp. 235 y ss.; J. Nadal, «La economía española, 1829-1931», en *El Banco de España. Una historia económica* (Madrid, 1971), páginas 396 y ss. Para Nadal, la alternativa a un proteccionismo, que casi todos los autores consideran sirvió para fines monopolísticos y para cubrir retrasos técnicos, hubiera sido la limitación de la industria española a la producción de lingote.

(15) EN, 1 junio 1891.

(16) P. Alzola, *Progreso industrial de Vizcaya* (Bilbao, 1902), p. 81.

a 102.180 Tm. en 1892 y a 99.127 Tm. en 1893. Ventas y beneficios descendieron en parecida proporción (17).

Fueron bastantes las fábricas que se vieron forzadas a reducir la jornada laboral, a despedir personal y, en el caso de las siderúrgicas, a apagar alguno de sus hornos. Algunas empresas, como Aurrerá, cerraron temporalmente sus factorías; en algunos departamentos de Altos Hornos se redujeron las primas a la producción:

«Todavía recordamos con terror —afirmaría en 1894 un obrero de Altos Hornos— los paros a que las fábricas se vieron obligadas hace dos y tres años, durante los cuales la semana tenía para el obrero tres días nada más, porque tres eran los días en que trabajábamos» (18).

Nuevos problemas vinieron a sumarse a la crisis industrial. A consecuencia de ciertas diferencias legales y económicas surgidas entre el Estado y Astilleros del Nervión, el Gobierno se incautó de la factoría en mayo de 1892, y una vez que concluyeron los trabajos de los tres cruceros encargados en 1888, cerró definitivamente la factoría en septiembre de 1895. Antes de esta fecha la situación industrial y laboral era ya crítica:

«Hace veinte años —afirmaba *El Nervión*— que en nuestra villa no se había conocido una paralización tan grande como la que hoy existe... Se calcula en más de cinco mil personas las que por falta de trabajo se han visto obligadas a emigrar de la cuenca del Nervión, notándose más esta emigración en los pueblos de Baracaldo y Sestao» (19).

El cierre de Astilleros, que en julio de 1891 había llegado a tener una plantilla de 3.746 obreros, y de los que,

---

(17) Datos sobre Altos Hornos en *EN*, 1 junio 1892; sobre La Vizcaya, *EN*, 5 enero 1893, 29 marzo 1895.

(18) *NB*, 23 abril 1894; reducción de primas en Altos Hornos, *ES*, 6-13 marzo 1893, y *EN*, 2-6 enero 1893; cierre de Aurrerá, en *EN*, 18 marzo 1895.

(19) *EN*, 8 febrero 1895; el pleito de Astilleros del Nervión no se solucionó hasta 1900, año en que el Estado los reintegró a Martínez Rivas.

además, dependían varias industrias auxiliares, hizo que el número de parados se aproximase a 10.000 (20).

La paralización industrial y comercial era general. Por ejemplo, el número de edificios construidos en Bilbao, que había sido de 37 en 1891, bajó a 29 en 1892 y a 24 al año siguiente. La mendicidad tomó proporciones alarmantes, especialmente en invierno, en que el mal tiempo obligaba con frecuencia a suspender el trabajo en las minas. En los peores momentos de la crisis, hasta 2.000 trabajadores se vieron durante días forzados a acogerse a las comidas repartidas caritativamente por el Ayuntamiento (21). Finalmente, como se recordará, fue precisamente en 1891-1893, cuando Vizcaya se vio atacada por una serie de mortíferas epidemias (gripe, viruela, cólera) que afectaron principalmente a las clases obreras: un tercio de las víctimas del cólera de octubre-noviembre de 1893 vivía en los barrios de Cortes, San Francisco y Bilbao la Vieja: «La clase obrera —concluía la prensa local sin exageración— se halla sufriendo una situación penosa» (22).

Tras la decepción del arancel de 1891 y ante la prolongación de la crisis, los industriales de Vizcaya, bajo la dirección de Chávarri, trataron de presionar sobre el Gobierno a fin de obtener mayor protección aduanera, y sobre todo una ley que impidiese la libre importación de material ferroviario. A una consulta del Gobierno en enero de 1892 sobre la próxima renovación de los tratados comerciales con diversos países, la Cámara de Comercio de Bilbao respondió que «en ningún caso debe establecerse la fórmula de nación más favorecida» (23).

Unos meses después, el 11 de junio de 1892, coincidiendo con la discusión en el Congreso de una nueva ley de ferrocarriles, los industriales organizaron en Bilbao una gran manifestación de obreros en apoyo de la misma, ya que introducía medidas proteccionistas. Cuatro trenes, con unos 5.000 obreros, llegaron a Bilbao procedentes de Baracaldo y Sestao. Una gran manifestación, portando banderas nacionales y blancas, con inscripciones como «España para los españoles» y «Viva la industria

---

(20) Plantilla de Astilleros en *EN*, 8 julio 1891; cifra de parados, en *LC*, 21 abril 1895.

(21) *LC*, 13 enero 1895; crisis de la construcción, *NB*, 13 abril 1896.

(22) *EN*, 27 octubre 1892.

(23) *EN*, 17 enero 1892.

nacional», llegó hasta el Gobierno Civil, donde se entregaron mensajes dirigidos al jefe del Gobierno, Cánovas, y al líder de la oposición, Sagasta, urgiéndoles a conseguir la inmediata aprobación de una ley que se consideraba «vital» para evitar la paralización de las fábricas. Sin embargo, la obstrucción de las minorías republicanas, y sobre todo de Pi y Margall, obligó al Gobierno a cerrar las Cortes sin que la citada ley hubiese sido aprobada (24).

Tampoco obtuvieron mejores resultados las gestiones realizadas por una comisión de obreros de Astilleros del Nervión, que en febrero de 1893 se entrevistó en Madrid con ministros y líderes políticos para gestionar la concesión de nuevos cruceros a la citada empresa. A pesar de las promesas oficiales, las nuevas concesiones no llegaron a arbitrarse. La fábrica continuó reduciendo personal. En agosto de dicho año, la decisión del Gobierno de trasladar uno de los tres cruceros a El Ferrol para completar allí su armamento, provocó una airada protesta de los obreros. Unos mil se presentaron en Bilbao marchando en manifestación hasta el Gobierno Civil. Los grupos fueristas, que en aquel verano de 1893 habían conseguido promover la más amplia campaña foralista desde el final de la guerra carlista en 1876, intentaron dar al conflicto carácter de reivindicación localista, presentándolo como un nuevo ejemplo del desinterés del poder central por los asuntos de la región vasca (25).

---

(24) J. Ortega y Rubio, *Historia de la Regencia de María Cristina Habsburg Lorena* (Madrid, 1905-06), II, pp. 98-100; manifestación obrera, en *EN*, 11 julio 1892.

(25) Varias circunstancias se combinaron para producir la gran agitación localista del verano de 1893, que señaló el resurgimiento del fuerismo en el País Vasco: en enero, el ministro de Hacienda, Gamazo, expresó la intención del Gobierno de elevar las contribuciones de las provincias vascas en la próxima renovación del Concierto Económico; en mayo y junio, los Ayuntamientos y Diputaciones vasco-navarras protestaron contra los planes del ministro por considerarlos como un ataque a la autonomía administrativa de la región; el mismo efecto produjo la reorganización militar del ministro de la Guerra, López Domínguez, que suponía que la sede de la Capitanía General se trasladase de Vitoria a Burgos; por ese motivo hubo graves disturbios en Vitoria a principios de agosto; el 16 de aquel mes, después de un banquete ofrecido por una sociedad fuerista al Orfeón de Pamplona en Guernica, hubo en esta localidad y en Bilbao manifestaciones y actos de exaltación fuerista; el día 20, otro motín en Laguardia (Alava), similar al de Vitoria, produjo un muerto y varios heridos; el 27 y el 28 fue el turno de San Sebastián, resultando dos personas muertas y varias heridas; luego, durante los tres días siguientes, hubo manifesta-



El intento no prosperó, e incluso es probable que produjera el efecto contrario al que se habían propuesto sus inspiradores. El Gobierno concentró tropas en Bilbao —cuatro regimientos procedentes de Burgos y Logroño— y el primer ministro, Sagasta, se entrevistó con Martínez Rivas, reunión de la que debió salir la promesa de algún futuro arreglo del pleito que satisfizo al industrial vizcaíno: el 28 de agosto, el crucero «María Teresa» salía para El Ferrol sin que se produjesen protestas, aunque persistiera la inquietud de los trabajadores acerca del futuro de sus empleos (26).

En ambos frentes, por tanto —aranceles y astilleros—, las esperanzas de los industriales y de los obreros de Vizcaya parecían defraudadas. En el caso de los astilleros, cualquiera que fuese lo acordado entre Sagasta y Martínez Rivas, la opinión pública sólo vio que, contra lo que se había asegurado, el crucero no se terminaría en Bilbao (27). Las perspectivas para la industria de Vizcaya adquirieron todavía peor cariz cuando el Gobierno Sagasta-Moret firmó a mediados de 1893 nuevos tratados comerciales con Suecia, Noruega, Países Bajos y Holanda, que equivalían de hecho a la derogación del arancel de 1891. Cuando se anunciaron nuevos tratados con Alemania, Italia, Austria y Dinamarca, los industriales pasaron de nuevo a la acción. El 22 de octubre de 1893, la Cámara de Comercio de Bilbao aceptó una invitación de los industriales catalanes —alarmados igualmente por los tratados— para organizar conjuntamente una campaña contra la política comercial del Gobierno.

Representantes de las principales industrias de Vizcaya, Cataluña, Guipúzcoa y Cámara de Comercio de Madrid se reunieron en Bilbao el 9 de diciembre de 1893, bajo la presidencia de Chávarri. Se tomaron los siguientes acuerdos: «1. Procurar por todos los medios legales impedir la aprobación de los tratados de comercio firmados ya por el Gobierno, por creerlos perjudiciales a los

---

ciones en Bilbao. En todas ellas se dieron vivas a los Fueros y a las provincias vascas, se cantaba el llamado himno vasco y se gritaba contra el Gobierno. Los nacionalistas vascos considerarían los sucesos del 16 de agosto de 1893 como el punto de partida de su movimiento. *Bizkaitarra*, 31 agosto 1894; para la agitación fuerista, *EN* y *NB*, 15-31 agosto 1893.

(26) *EN*, *NB*, 20-29 agosto 1893.

(27) *EN*, 19 agosto 1893.

intereses de la producción nacional. 2. Recabar de todos los partidos políticos que incluyan en su programa el mantenimiento del *statu quo* arancelario por espacio de diez años, y supresión de las franquicias que alteran su espíritu.» La opinión pública —y los trabajadores en particular— fue convenientemente movilizada. Los asistentes a la asamblea recorrieron la zona fabril entre las aclamaciones de miles de obreros. Varios folletos fueron editados, y publicados en la prensa numerosos artículos, haciendo todos ellos al ministro de Estado, Moret, autor de los tratados comerciales, responsable de la crisis económica del país (28).

Días después se creó una Liga vizcaína de productores con el objeto de trabajar para convertir en medidas efectivas el espíritu de la asamblea de Bilbao. Varias comisiones de industriales marcharon a Madrid entrevistándose con los líderes de todas las facciones políticas, de los que obtuvieron excelentes palabras. El jefe de la oposición, Cánovas, ya un convencido proteccionista, les prometió luchar enérgicamente para evitar la aprobación de los tratados.

Pero el día 31 de diciembre, un real decreto del Gobierno, concediendo a Alemania, Gran Bretaña, Italia, Austria y Dinamarca los derechos más reducidos y todas las ventajas arancelarias otorgadas en los tratados ya firmados, puso fin al optimismo de los industriales. La medida, que se atribuyó a maniobra de Moret, produjo gran descontento. Hubo actos públicos de protesta en diversos puntos de Cataluña, en los que los obreros tuvieron un papel preponderante. Posteriormente, en abril de 1894, cuando el Gobierno presentó al Senado los tratados comerciales, hubo grandes mítines obreros de protesta en Baracaldo, Sestao y otros puntos de la zona fabril de Vizcaya. Dos obreros de La Vizcaya y dos de Altos Hornos marcharon a Madrid para informar ante la Comisión de Tratados del Senado en contra de la aprobación de éstos. Finalmente, los proteccionistas obtuvieron una primera

---

(28) Ver, por ejemplo: R. Picavea, *Ligerezas de Moret*, y F. Goitia, *El profeta Moret ante el Tratado con Francia* (Bilbao, 1893); para agitación proteccionista, M. Pugés, *Cómo triunfó el proteccionismo en España* (Barcelona, 1931), y F. J. Lequerica, *La actividad de Vizcaya en la vida nacional* (Madrid, 1956), pp. 64-76; el mitin del 9 de diciembre, en *Meeting-Protesta contra los Tratados de Comercio* (Bilbao, 1894), y *EN*, 10 diciembre 1893.

satisfacción a sus esfuerzos. El Senado rechazó el tratado con Alemania, el más controvertido de todos, gracias a que Chávarri, que pertenecía al partido liberal, desertó de su partido y votó con los senadores conservadores, «cosa jamás vista», según un observador contemporáneo (29). Sin embargo, como remedio a la creciente crisis industrial, la victoria de los industriales tuvo, al menos en Vizcaya, efectos muy poco visibles. Más aún: la crisis alcanzaría su máxima gravedad en el invierno de 1894-1895 (30). De ahí que la campaña no cesase: en el verano del 94 se celebraron nuevos mítines proteccionistas en Vizcaya y Guipúzcoa y banquetes en honor de Chávarri y de los senadores conservadores que más se habían distinguido en combatir los tratados —el duque de Tetuán y Navarro Reverter—, en los cuales tanto la adhesión de Chávarri al partido conservador como el compromiso de éste hacia una política francamente proteccionista quedaron prácticamente sellados (31).

En enero de 1895, otra masiva manifestación obrera proteccionista tuvo lugar en Bilbao. Otra vez se concentraron miles de obreros procedentes de la zona fabril. Muchos llevaban prendidas en las boinas cintas con los colores de la bandera nacional o inscripciones como «Viva la producción nacional» y «Mueran los librecambistas». Se calculó que asistieron unos 6.000 trabajadores y se repartió profusamente un manifiesto contra la política arancelaria del Gobierno. Junto a portavoces de los industriales (Alzola, Molina y otros) hablaron representantes de los obreros, unidos en la defensa de lo que consideraban intereses comunes (32). Dos meses después, con la subida al poder del partido conservador, recibida con entusiasmo por la prensa de Vizcaya, la agitación proteccionista cesó. En 1896 los precios del lingote subieron y la crisis comenzó a ser superada. Más tarde, en septiembre de 1896, el Gobierno concedió, por fin, la ley que habían buscado con tanta insistencia los industriales de Vizcaya: la elevación muy considerable de la tarifa adua-

---

(29) F. Soldevilla, *El año político (1895)*. Año I (Madrid, 1896), página 153; véase, además, *EN*, 9-15 mayo 1894.

(30) «Jamás en tiempos normales hemos conocido mayor paralización en los negocios», diría *El Nervión* todavía en mayo del 95; *EN*, 28 mayo 1895.

(31) *EN*, *NB*, 20, 28 julio, 20 septiembre 1894.

(32) *EN*, *NB*, 21 enero 1895; *LC*, 27 enero 1895.

nera sobre el material ferroviario. Ahora la crisis podía considerarse como terminada. Sólo el futuro de los Astilleros del Nervión continuó siendo incierto. Ello se debía, en parte, al distanciamiento de su propietario, Martínez Rivas, tanto de Chávarri como del líder conservador, Cánovas, y a las insalvables diferencias económicas entre el Estado y la empresa (33).

### III. Errores de una política

La crisis industrial tuvo efectos realmente perturbadores para la marcha de las organizaciones obreras, cuyas ya precarias economías hubieron de resentirse sensiblemente con las bajas de afiliados y consiguiente disminución de cotizaciones y fondos:

«Esta sociedad —explicaba la Memoria de la Sociedad de Caldereros de Sestao del año 1893—, floreciente en los seis primeros meses de su creación, ha decaído después por consecuencia de la crisis de trabajo que atraviesa esta zona fabril.»

No se trataba de un caso excepcional: algunas sociedades llegaron a disolverse, como las de albañiles y tipógrafos de Bilbao, casos ya mencionados; otras debieron subsistir sólo nominalmente. Como se indicó, el movimiento de creación de sociedades obreras quedó detenido

---

(33) Desde su ya citada entrevista con Sagasta en 1893, Martínez Rivas se mantuvo al margen de la campaña de los industriales vizcaínos. Ni su nombre ni los de sus representantes figuraron en el Meeting-Protesta de diciembre de 1893, ni en la creación de la Liga Vizcaína de Productores, ni en los comités de industriales que marcharon a Madrid a exponer sus puntos de vista a Gobierno y oposiciones, ni en los homenajes a Chávarri, Navarro Reverter y Tetuán. Esto y el hecho de que en 1898 se presentara a las elecciones con el apoyo del yerno de Sagasta, Merino, hace pensar que en agosto de 1893, cuando la agitación contra la marcha del crucero «María Teresa» a El Ferrol, recibiera promesas de Sagasta. Al menos siguió actuando independientemente, confiando más en gestiones de carácter privado que en otro tipo de maniobras. De los conservadores no obtuvo nada: se encerraron en la defensa a ultranza de los intereses del Estado, cerrándose a toda avenencia. Ya se indicó que en 1896 se presentó a elecciones contra Chávarri y contra los conservadores. Sobre la ley de material ferroviario del 96, véase F. Sánchez Ramos, *op. cit.*, páginas 235-242.



a partir de 1892 hasta el extremo que en los seis años siguientes a dicha fecha se crearían únicamente tres (34).

El resultado evidente fue una debilitación sensible del poder negociador de los trabajadores, lo que a su vez influiría notablemente en el ya analizado declinar de la agitación laboral, tal como fue ya apreciado por los propios observadores contemporáneos:

«En nuestra provincia —escribía *El Noticiero Bilbaíno* a propósito del 1 de mayo de 1894— no se nota la efervescencia que había en años anteriores, ni el entusiasmo en determinados obreros que les inducía a declararse en huelga... Contribuye en gran parte a esa especie de aniquilamiento que se observa la paralización industrial de centro tan importante como los Astilleros del Nervión y el temor que existe de que esa paralización llegue a las demás fábricas...» (35).

Pero estos hechos no bastan para explicar la crisis experimentada por el movimiento obrero de inspiración socialista en Vizcaya a partir de 1892. Aquélla fue, en gran medida, el resultado de una serie de mal calculadas iniciativas de los socialistas por medio de las cuales habían intentado dirigir y asociarse con el descontento provocado por la paralización industrial y el desempleo. Tanto en el problema de los Astilleros del Nervión como en el de la protección a la industria del metal, la política socialista aparecería totalmente divorciada del sentir general de los trabajadores implicados en aquéllos.

En el caso de los Astilleros, las divergencias pudieron ser observadas desde el instante mismo en que quedó planteado el problema. Cuando el Gobierno, en mayo de 1892, se incautó la factoría y suspendió por unos días el trabajo, se celebró en el teatro de Bilbao una reunión de trabajadores de la empresa —acudieron unos 2.500—

---

(34) IRS, *Informe*, p. 19; según F. Galán y F. Núñez Tomás, *Anuario obrero*, 1915 (Madrid, 1916), pp. 64-116, fuente socialista, en 1893-96 no se creó ninguna sociedad obrera en Vizcaya; Memoria de la Sociedad de Caldereros, en *ES*, 9 marzo 1894.

(35) NB, 1 mayo 1894; *El Nervión* ya había dicho en 1892 que el 1 de mayo no revestiría el carácter de «protesta violenta» a causa del «marasmo que reina en todos los negocios, en que las huelgas forzosas van reemplazando poco a poco a las huelgas más o menos caprichosas»; EN, 29 abril 1892.

para coordinar una acción colectiva que impidiese el cierre definitivo de las plantas. En ella los socialistas abogaron porque se adoptase una política dura, apuntando incluso la posibilidad de una confrontación directa con la compañía y con el Gobierno (36). Se trataba de una política que no parecía interesar a la mayoría de los asistentes: a juzgar por las opiniones expresadas por los distintos oradores —intervenciones espontáneas de obreros no vinculados a organización alguna, trabajadores anónimos—, las aspiraciones de los trabajadores de los Astilleros se cifraban en negociar con el Gobierno la inmediata reapertura de la factoría:

«Llevamos trece días sin pan —dijo uno de aquellos— y aquí no hay anarquistas, ni socialistas, sino gente ansiosa de trabajo, gente que tiene hambre y que quiere trabajar.»

Incluso parecía haber un cierto temor a que una posible «politización» del problema pudiera poner en peligro las demandas de los trabajadores. Parte del público se opuso a la intervención de Perezagua. Sólo se le permitió hablar tras «una vivísima discusión», que se renovó durante y después de su intervención. Un obrero le interrumpió diciendo: «Aquí hay que hacer algo práctico para acabar de una vez, y no pasar el tiempo, porque aquí no se hace nada.» La confusión creció al punto que la reunión hubo de ser suspendida sin que se hubiese acordado resolución alguna (37).

Muchos trabajadores hicieron a los socialistas responsables de este resultado, opinión que la prensa local se encargó de fomentar a través de una campaña contra Perezagua (38). Pero a pesar de las deformaciones en que aquéllos incurrieron, el hecho era que los socialistas no

---

(36) Perezagua pidió a la reunión que protestase —«como yo protesto aquí», según sus palabras— «contra la conducta que en esta ocasión han observado tanto el Gobierno como la Sociedad Anónima Astilleros del Nervión»; *NB*, 8 mayo 1892. Perezagua propuso que se exigiese del Gobierno la concesión de un crédito de 500.000 pesetas para atender a los obreros de los Astilleros.

(37) Las citas son de *NB*, 8 mayo 1892; véase, además, *EN*, 7-8 mayo 1892, y *ES*, 3 junio, 8 julio 1892.

(38) Frase como «los elementos extraños deben ser rechazados» o «los obreros no necesitan de andadores ni de guías», pueden leerse en *NB* y *EN*, 9 y 10 mayo 1892.

habían acertado a adaptarse a los sentimientos de los obreros: éstos no parecían estar dispuestos a secundar la política militante propuesta por los socialistas, política cuyas derivaciones podían ser imprevisibles y para la cual probablemente los trabajadores carecían de recursos y medios. Prueba de ello sería que en una segunda reunión, celebrada el 11 de mayo de 1892 en la Plaza de Toros de Bilbao, ni siquiera se permitió hablar a los representantes socialistas, y que en la misma se adoptase una resolución concebida en términos muy moderados, bien alejados de los planes socialistas:

«Los obreros de los Astilleros del Nervión —decía el último párrafo de aquella resolución— elevamos al Gobierno de Su Majestad esta petición para que se reanuden los trabajos, terminándose así una situación imposible de sostener, y al propio tiempo, si se pudiera, para que se destinen del fondo de calamidades públicas recursos con qué aliviar nuestro infortunio, mientras volvemos a nuestros talleres, que hace quince días nos obligaron a abandonar» (39).

Pudo además comprobarse, a raíz de aquel momento, una pérdida de confianza de los trabajadores del área de Sestao-Baracaldo en la capacidad dirigente del socialismo local. Cuando un mes después del asunto de los Astilleros, en junio de 1892, Perezagua y Varela se presentaron en las puertas de Astilleros del Nervión y Altos Hornos con objeto de lograr el apoyo de los obreros de ambas empresas a una huelga de descargadores del muelle de Bilbao, fracasaron completamente: «Si quieren ganar prosélitos para su idea —dijeron al parecer algunos trabajadores a *El Nervión*— que vayan a Cataluña» (40).

El desarrollo posterior del pleito de los Astilleros sólo contribuyó a hacer más evidente el fracaso de la política socialista. El problema había quedado temporalmente resuelto en mayo de 1892: el almirante Cervera, nombrado por el Gobierno director de los Astilleros, pagó los jor-

---

(39) NB, 11 mayo 1892.

(40) EN, 21 junio 1892; los socialistas comprendieron posiblemente su equivocación; de ahí que *El Socialista* responsabilizara del fracaso de la primera reunión de obreros de Astilleros del Nervión a unos misteriosos «anarquistas», cuya presencia no mencionó ningún periódico local. ES, 8 julio 1892.

nales de los quince días en que la factoría permaneció cerrada, y el día 16 se reanudaron los trabajos (41). El litigio se replanteó un año después, en agosto de 1893, en torno al asunto del envío del crucero «María Teresa» a El Ferrol, que amenazaba con reducir la actividad y, por tanto, los puestos de trabajo de la factoría vizcaína. Ya se indicó cómo los trabajadores protestaron contra aquella medida y cómo quiso hacerse del problema un motivo más de agitación fuerista. En parte, esto determinó el marginamiento de los socialistas, que, por su dependencia del apoyo de los trabajadores inmigrantes —y por su identificación con los sentimientos de los mismos—, se opusieron a secundar el movimiento de protesta (42). De esa forma acabaron por perder toda influencia entre los trabajadores de la factoría; los socialistas no tuvieron participación ni en la Sociedad de Socorros Mutuos de los Astilleros del Nervión —creada en noviembre de 1893 para socorrer, mediante cotizaciones de los socios y donativos de las instituciones públicas vizcaínas (Ayuntamientos, Diputación, Cámara de Comercio, etc.), a las familias de los desempleados— ni en las distintas delegaciones obreras que en enero y febrero de 1894 acudieron a Madrid a gestionar la no paralización de aquella factoría naval. Al contrario: en hojas distribuidas por la zona fabril y en artículos en la prensa, los socialistas combatieron dichas iniciativas (43). Pero no acer-

---

(41) *EN*, 16 mayo 1892: además, el gobernador civil hizo un donativo de 10.000 pesetas para que se repartiese entre las familias de los obreros, y la Cámara de Comercio de Bilbao, otro de 1.500 pesetas.

(42) *La Lucha de Clases* recordaba en 1897 que los socialistas evitaron un conflicto de orden público al oponerse a quienes con ocasión de la salida del «María Teresa» querían «provocar alborotos», *LC*, 17 julio 1897; el corresponsal de *El Socialista* en Bilbao, el dirigente local Basterra, se lamentaba que en las reuniones de Ayuntamientos de la zona fabril con la comisión de obreros de Astilleros del Nervión dominara «grandemente la nota patrioter y regionalista», y añadía: «Los obreros de la región de Vizcaya son cosmopolitas por esencia: aquí vimos mezclados obreros de todas las provincias de España y numerosa colonia extranjera»; *ES*, 9 marzo 1894.

(43) «Nada menos se pretende ahora —decía *El Socialista*— que nombrar otra comisión que vaya a Madrid a pedir a los poderes públicos que se permita a Rivas acometer por su cuenta nuevas construcciones...»; *ES*, 2 febrero 1894. «Lo que nosotros no queremos ni quieren los socialistas bilbaínos —añadía en otra ocasión— es servir de testaferros para que los Martínez Rivas, los Chávarri y demás reyezuelos de aquella provincia realicen negocios más o menos lucrativos...»; *ES*, 9 marzo 1894.



taron a promover una alternativa coherente a las mismas, probablemente porque carecían ya del apoyo e influencia necesarios para hacerlo. Persistieron en su política de confrontación a ultranza: en abril de 1895, Perezagua y Valentín Hernández, director de *La Lucha de Clases*, el semanario socialista aparecido unos meses antes, propusieron en una reunión de parados de Astilleros la organización el 1 de mayo de «una manifestación francamente revolucionaria», en la que las reivindicaciones de aquellos trabajadores apareciesen unidas a una demanda general en favor de la jornada legal de ocho horas; el apoyo de los socialistas a los obreros de Astilleros quedó condicionado a la aceptación de sus propuestas:

«Vosotros —había dicho Perezagua en aquella reunión— no debéis pedir trabajo, debéis exigirlo y además exigir también la jornada de ocho horas y el aumento de jornales. Si esto no aceptáis, no contar con el apoyo que pudiera prestaros la Federación Obrera de Vizcaya» (44).

Fue la última equivocación: la reunión —más interesados los obreros en lograr una solución mediante una acción colectiva conciliadora apoyada por corporaciones y colectividades industriales—, rechazó la posición socialista. La manifestación de desempleados no llegó a convocarse. El 1 de mayo apenas acudieron al mitin socialista de Sestao cuatrocientas personas: el acto hubo de celebrarse en una café de la localidad. Después, ni siquiera cuando se cerraron los Astilleros al botarse el último crucero contratado por el Estado hubo intentos de movilizar a los parados. Los socialistas carecían de prestigio entre ellos para intentarlo (45).

Por lo que se refiere a la agitación proteccionista, los socialistas se vieron desbordados por la actividad de los industriales. A todo lo largo de la campaña patronal, los socialistas se opusieron terminantemente al principio de colaboración de clases que implicaba la estrategia (mani-

---

(44) *Juventud Republicana*, 21 abril 1895; véase, además, *LC*, 21 abril 1895.

(45) *NB*, 16 abril, 2 mayo 1895; los Astilleros se cerraron en septiembre de 1895; desde enero de ese año ya sólo trabajaban 700 de los 4.000 obreros que llegaron a estar empleados en las factorías; *EN*, 11 febrero 1895. Se reabrieron en 1900.

festaciones obreras, envío de comisiones obreras a Madrid, etc.) de los industriales (46). Convencidos como estaban de la existencia de profundas contradicciones de intereses entre el capital y el trabajo, los socialistas parecían confiar en que la unidad que se había evidenciado en los primeros actos de la campaña proteccionista se quebraría gradualmente y que los trabajadores acabarían por situarse frente a los patronos. Había también en la actitud socialista un cierto doctrinarismo hacia el proteccionismo: aún faltos de un verdadero programa económico, los socialistas españoles preferían soluciones librecambistas, puesto que el librecambismo había sido tradicionalmente la bandera económica del pensamiento radical (47). Por estas razones, los socialistas se mantuvieron prudentemente al margen de aquella campaña (48).

Pero, como en el caso de los Astilleros del Nervión, también aquí los socialistas parecían no haber comprendido la reacción de los trabajadores —o no haber sabido elaborar una política propia adaptada a la misma. Era cierto que las manifestaciones obreras en favor de una política comercial proteccionista eran organizadas por los industriales: se recompensaba económicamente a quienes asistían a aquéllas (49). Pero era también cierto que la campaña proteccionista había acabado por ganar completamente el apoyo genuino de numerosos trabajadores que vieron en ella una respuesta coherente y adecuada a la grave crisis industrial. Las reducciones de la semana laboral y el paro forzoso a que muchos obreros se vieron sujetos en 1891-92 dejaron dramáticos recuerdos. El temor, no injustificado, de que la aprobación de los nuevos tratados comerciales significase un retorno a aquella situación, después de la muy ligera recuperación experi-

---

(46) La primera manifestación, la de julio de 1892, suscitó un duro comentario de *El Socialista*: «A nadie, absolutamente a nadie —decía—, han engañado con su burda farsa los burgueses y las autoridades que han organizado la manifestación de Bilbao...; sólo se trataba de beneficiar a unas cuantas riquísimas compañías.» *ES*, 22 julio 1892.

(47) Como se verá, habría que aguardar hasta la crisis de 1921 para ver a sindicatos socialistas apoyando medidas proteccionistas, al menos en Vizcaya y Guipúzcoa.

(48) «Nosotros, los socialistas —diría Perezagua—, en estas cuestiones nos debemos lavar las manos, por ser lucha exclusiva de burgueses»; *NB*, 30 abril 1894.

(49) Se les pagaba, al parecer, jornal y medio; *ES*, 22 julio 1892, y, desde luego, era gratuito el transporte por tren a Bilbao; *EN*, 11 julio 1892.

mentada en 1893, fue suficiente para provocar la ya vista movilización masiva de los obreros contra los tratados y en favor de aranceles más altos.

Los socialistas comprendieron tarde que la prolongación de la crisis, lejos de producir un progresivo distanciamiento entre patronos y obreros, había reforzado los vínculos de solidaridad (aunque fuera oportunista) entre ellos. Sus esfuerzos por demostrar a la opinión obrera que la campaña proteccionista beneficiaba exclusivamente a los industriales no tuvieron éxito, en parte porque fueron tardíos y mal concebidos: el alboroto con que los socialistas quisieron obstaculizar el desarrollo del mitin del 20 de enero de 1895 provocó que la policía expulsase del lugar a Perezagua, la hostil reacción de los asistentes y la condena unánime de toda la prensa (50); pero en parte también porque los argumentos socialistas ignoraban la cuestión que más preocupaba a los trabajadores, el mantenimiento del empleo. Probablemente por ser ésta en aquel momento su principal preocupación, una amplia mayoría de obreros no vio en la política de reclamaciones salariales a que les urgían los socialistas la solución a sus problemas materiales, incluso si aceptaban la tesis socialista de que con protección o con librecambio apenas si variaba la vida del trabajador; porque, a la vista de las dificultades económicas de las empresas, los aumentos de salarios —en el supuesto de que se concediesen— podían muy verosímilmente dar lugar a nuevos aumentos del nivel de paro (51).

#### IV. *Un partido respetable*

El fracaso de la política socialista ante la crisis industrial parecía, por tanto, evidente. Quedaba reflejado en la misma decepción que expresaba la propia prensa socialista local:

«No es extraño —afirmaba *La Lucha de Clases* en febrero de 1895, respecto al futuro de los em-

---

(50) *EN*, *NB*, 21 enero 1895.

(51) Frente a la manifestación del 20 de enero de 1895, *La Lucha de Clases* decía que «con protección o sin ella..., los obreros no han de salir de la vida de privaciones y miseria que hoy viven», y recordaba a los trabajadores que «por reducir la explotación, por aumentar los salarios, es por lo que deben agitarse»; *LC*, 20 enero 1895.

pleados de Astilleros del Nervión— que a lo mejor los trabajadores caigan en los lazos que se les tiende y ejecuten actos en pugna con sus verdaderos intereses» (52).

Dicho fracaso significó un serio retroceso para las aspiraciones socialistas en la zona fabril vizcaína. Fue, sin duda, como se dijo, uno de los factores que hizo de ella el centro industrial de la provincia donde la influencia socialista —y la movilización de los trabajadores— fue más tardía y, en un principio, menos amplia. A más corto plazo, aquel fracaso fue, posiblemente, una de las razones que indujeron a la dirección socialista local a proceder a una rectificación de la política de 1890-92. En efecto, los socialistas habían multiplicado su influencia a través de su asociación con los violentos disturbios laborales de aquellos tres años. En la huelga de mayo de 1890 habían contado con el apoyo de amplios sectores de la opinión pública:

«Al conocer el público —escribiría *El Nervión*— las condiciones leoninas en que se daban víveres y hospedajes a los infelices obreros, fue tal la presión que se ejerció sobre los propietarios de las minas, que éstos renunciaron, desde luego, a autorizar a sus contratistas a que siguieran explotando barracones y cantinas» (53).

Pero la frecuencia e intensidad de los conflictos laborales en los años posteriores a 1890 (sucesos de Bilbao de mayo de 1891, huelgas de mineros y del muelle en 1892) produjo un sensible cambio de la opinión pública que no debió escapar a la observación de los socialistas. En contraste con su actitud en 1890, *El Nervión* pedía, tras la huelga minera de 1892, «una fuerte represión que contenga tantos desmanes y atropellos y sirva además de severo y saludable castigo» (54). Tanto en las elecciones locales como en las generales de 1893 los socialistas sufrieron en Bilbao derrotas concluyentes: ni los 423 votos

---

(52) *LC*, 24 febrero 1895.

(53) *EN*, 26 mayo 1896; la casi totalidad de los periódicos de Bilbao y bastantes de Madrid publicaron entonces editoriales expresando su simpatía hacia los mineros.

(54) *EN*, 23 enero 1892.



logrados en las primeras ni los 187 de las segundas, podían ser explicados exclusivamente atribuyéndolos a la corrupción electoral. Revelaban una genuina pérdida de apoyo electoral al PSOE (55).

Así, esta acción combinada de una opinión pública hostil, decepciones electorales y falta de éxito en el terreno laboral podría explicar que la dirección socialista local creyese necesario adoptar una línea política más cauta y moderada, que iría imponiéndose, con creciente evidencia, a lo largo de la década de 1890, y muy especialmente desde 1892-93.

Parece significativo que el 19 de febrero de 1892 —es decir, precisamente el día en que terminaba desfavorablemente para los trabajadores la huelga minera de aquel año— publicara *El Socialista* una Memoria anual de la Sociedad de Moldeadores de Vizcaya, en la que se abogaba por una política laboral si no conciliadora, al menos alejada de confrontaciones y posiciones enconadas:

«Las cualidades sobresalientes en nosotros —argumentaba— deben ser la cautela y la previsión... La misión que hoy debe cumplir nuestra sociedad es evitar toda lucha —salvo en los casos de dignidad— y hacer que los esfuerzos de todos tiendan a robustecer la sociedad...» (56).

Esta era la línea que tanto los comités nacionales del PSOE y de la UGT, como *El Socialista*, habían venido defendiendo persistentemente. La actividad huelguística indisciplinada había sido criticada; el terrorismo anarquista había sido condenado sin ambigüedades, y las victorias electorales de los socialistas en Europa habían sido altamente elogiadas, todo ello como indicación de la sincera determinación del PSOE a actuar dentro del juego parlamentario y a través de cauces constitucionales (57).

---

(55) En las elecciones municipales de 1893 ganaron los carlistas con 1.926 votos, por lo que parece que fueron los principales beneficiarios de la agitación fuerista de aquel verano; los republicanos obtuvieron 1.700 votos, y los liberales, 485; *EN*, 20 noviembre 1893.

(56) *ES*, 19 febrero 1892.

(57) Basten como demostración algunos ejemplos: los motines agrarios de Jerez, de enero de 1892, los calificaba *El Socialista* como una «hazaña» inspirada «por los enemigos de la clase obrera»; *ES*, 15 enero 1892; véanse los editoriales de *ES*, condenando el atentado anarquista en el Liceo de Barcelona; *ES*, 10-17 noviembre 1893. Tras la

En Vizcaya, como hemos visto, determinadas circunstancias habían contribuido a impulsar la política laboral socialista por derroteros que parecían en desacuerdo con las directrices marcadas por el Comité Nacional. Sin embargo, el significado de estas diferencias no debe ser exagerado: si en ocasiones la contradicción entre la moderación de la dirección nacional socialista y el radicalismo de las secciones de Vizcaya pudo parecer evidente, en ningún momento se llegó a un desacuerdo abierto entre una y otras. La disciplina de la organización socialista vizcaína no estuvo jamás en entredicho (58).

Y es que posiblemente no se trataba tanto de diferencias ideológicas como de diferencias suscitadas por dos contextos sociales tan distintos como Vizcaya, con un considerable desarrollo industrial y un proletariado industrial moderno, y Madrid, con una clase obrera artesana y ajena a grandes conflictos laborales.

---

victoria del partido social demócrata alemán en las elecciones de 1893, ES proclamaba: «Imitémoslos»; ES, 21 julio 1893. La circular de la UGT de 1 de mayo de 1895 ordenaba a sus diversos sindicatos que «deben hacer cuanto en su mano esté porque los obreros de sus respectivas profesiones no concurran al trabajo, pero sólo en esa fecha y sin dar oídos a los que pretendan iniciar ni siquiera un asomo de huelga parcial o general, que sería hoy contraproducente a nuestros propios intereses»; LC, 28 abril 1895.

(58) La falta de fuentes internas hace imposible analizar con detalle las relaciones entre el Comité Nacional socialista y la dirección de Vizcaya. Tampoco se conserva prensa socialista de esta provincia en los años 1890-92, que hubiese permitido apreciar si existieron o no diferencias de criterio en torno a los sucesos de aquellos años. En cualquier caso, *El Socialista* no censuró en ningún momento la política de los socialistas vizcaínos en los conflictos laborales y disturbios que se produjeron en 1890-92 en Bilbao y Vizcaya; posiblemente no podía permitírselo, pues los éxitos electorales del partido en aquella provincia —aun con las limitaciones a que se ha hecho referencia en el texto— eran casi los únicos que lograba en toda España. Posteriormente, *La Lucha de Clases* publicó, siempre disciplinadamente, cuantas circulares, manifiestos, comunicaciones, etc., redactaran con carácter oficial la dirección del PSOE y de la UGT, lo que sin duda obliga a matizar el alcance de las diferencias entre los socialistas de Madrid y Bilbao. Por ejemplo, podría considerarse como significativo en este sentido que Perezagua y Valentín Hernández propusiesen hacer del 1 de mayo de 1895 «una manifestación francamente revolucionaria», mientras la UGT exhortaba en esa misma fecha a que no se promoviese «ni siquiera un asomo de huelga parcial o general»; pero era igualmente revelador que *La Lucha de Clases*, dirigida por el citado Hernández, publicase la circular ugetista en que se contenía aquella recomendación; LC, 28 abril 1895.

Precisamente la inexistencia de diferencias ideológicas fundamentales entre los socialistas de Madrid y Bilbao hizo más fácil a estos últimos la rectificación de la militante política de 1890-92. No fue preciso ningún debate abierto, ninguna crítica expresa de la política previa, ni ninguna medida disciplinaria. Algunos líderes de los primeros años fueron, sin embargo, gradualmente reemplazados. Cenón Ruiz, hasta entonces uno de los dirigentes de retórica más violenta, desapareció de la escena política local tras las elecciones municipales de 1895, en que él y Perezagua habían sido los únicos candidatos socialistas. La prensa de su partido no dio ninguna explicación de su súbito eclipse, a pesar de haber ocupado anteriormente cargos de responsabilidad en la organización local. Varela se alejó de Vizcaya en 1894, estableciéndose en Asturias, donde fue uno de los primeros propagandistas socialistas. En sus últimas intervenciones públicas, además, ambos hombres se habían expresado con un comedimiento ya bien distinto de su anterior acometividad. Por otra parte, desde diciembre de 1892 a julio de 1893 residió en Bilbao como nuevo presidente de la Agrupación Socialista el moderado líder de la UGT, Antonio García Quejido. Aunque su estancia fue muy breve, no dejó por eso de ejercer cierta influencia. En él advertía un periódico local «un prurito especial de alejarse más y más de las frases gordas», y añadía que, gracias a él, «la causa socialista gana en seriedad» (59). Estos primeros síntomas de cambio se hicieron más evidentes en 1894. El 1 de mayo la Agrupación Socialista de La Arboleda, ante las continuadas quejas de los mineros, pidió se abriera una investigación sobre la calidad de los alimentos expedidos en almacenes y barracones de los capataces. Un informe de la Guardia Civil confirmó la existencia de doce barracones y tres almacenes de alimentación obligatorios (60). La irritación y el descontento en La Arboleda eran tan intensos que en junio se temía que los mineros lanzasen la huelga general y bajasen en manifestación a Bilbao. Fueron los socialistas quienes les disuadieron de esa idea y lograron que la protesta se plantease dentro de la legalidad. El 24

---

(59) *EN*, 3 mayo 1894; C. Ruiz fue presidente de la Agrupación de Bilbao en 1891; *ES*, 21 agosto 1891. La prensa local le atribuyó gran responsabilidad en el desencadenamiento de los disturbios de mayo de 1891.

(60) *ES*, 8 junio 1894.

de junio, en un mitin al que asistieron unos 2.000 mineros. Facundo Alonso «recomendó a los obreros tuvieran paciencia» —según decía la información de la prensa—. «El y sus compañeros —concluían esos informes— se encargaban de que los contratistas no abusaran como hasta la fecha.» Una comisión visitó al gobernador civil, Aguado, quien dos días después marchó a La Arboleda, inspeccionó los barracones e impuso sendas multas de 500 ptas. a dos contratistas al confirmar la veracidad de las denuncias formuladas por la comisión (61). Unos meses después, Perezagua y García Quejido expusieron el problema al ministro de Gobernación, Aguilera, y como resultado de estas gestiones se realizó una segunda inspección, a consecuencia de la cual se impusieron nuevas sanciones a varios capataces y contratistas (62). Como se verá más adelante, en conflictos de similares características, ocurridos en 1896 y 1898, los socialistas jugarían el mismo papel conciliador que en la presente ocasión (63).

## V. Unamuno, ¿socialista?

El éxito logrado por los socialistas en las elecciones locales de 1895 reforzó los argumentos en favor de una política moderada. A pesar de la compra de votos, obtuvieron dos nuevas actas de concejal en el Ayuntamiento de Bilbao. Los socialistas habían presentado sólo dos candidatos (Perezagua y Cenón Ruiz), lo que permitió ahorrar gastos electorales, y habían centrado su campaña electoral en cuestiones de carácter local —especialmente en la cuestión siempre sensible, sobre todo en Bilbao, de la

---

(61) *EN*, 23 a 27 junio 1894.

(62) *ES*, 7 septiembre 1894; *LC*, 14 octubre 1894.

(63) Podría verse cierta contradicción entre esta actitud y la línea dura adoptada por los socialistas en el asunto de los Astilleros. Quizá esa contradicción fuese más aparente que real: en el problema de los desempleados de Astilleros del Nervión, los socialistas no ejercían la dirección efectiva de los obreros. Libres, por tanto, de responsabilidad, pudieron ejercer libremente una crítica extremada de las soluciones «colaboracionistas» propuestas por otras entidades y círculos de opinión. El hecho es que donde, como en las minas, los socialistas tenían la responsabilidad de la dirección obrera, su conducta tendió, a partir de 1893, a evitar que los conflictos de trabajo desbordasen los marcos legales y se planteasen en términos que hiciese imposible todo compromiso.



abolición de los impuestos de consumo—, no en problemas de orden político o ideológico. El resultado fue un aumento de votos —de 382 a 561— con respecto a las elecciones municipales de 1893 (64), conseguido más por la movilización de electores obreros hasta entonces neutrales, que por la captación de votos obreros republicanos, salvo quizá en el distrito de Cortes: aquí los republicanos habían perdido casi 200 votos con respecto a la anterior elección, mientras los socialistas habían ganado 165 (de 133 a 298); pero en San Francisco los republicanos ganaron 150 votos, más que los 69 (de 140 a 209) ganados por los socialistas (65).

Las elecciones de 1895 marcaron, por tanto, el principio de la recuperación socialista tras la crisis de 1892-94. La publicación desde octubre de 1894 de un semanario socialista en Bilbao, *La Lucha de Clases*, había influido de forma notable en ello: en su primer año de existencia se cuadruplicaron sus lectores y el número de afiliados a la Agrupación Socialista pasó de 200 a 300 (66).

No era ésta la primera iniciativa periodística de los socialistas. Un semanario del mismo título se publicó por algún tiempo a partir de mayo de 1891; otro, titulado *La Igualdad*, apareció brevemente en 1893. Ambos desaparecieron, por falta de fondos y por sanciones gubernativas, al cabo de pocos meses:

---

(64) Según la prensa socialista, los votos se pagaron a 10 y 15 pesetas; según la prensa independiente, desde seis hasta 30 pesetas; *LC*, 18 mayo 1895; *NB*, *EN*, 12 mayo 1895; sobre la campaña electoral de los socialistas, véase «Las elecciones. Abajo los consumos», *LC*, 7 abril 1895; «¡Abajo los consumos!», *LC*, 14 abril 1895. Los socialistas querían la sustitución del derecho de consumos, que representaba la principal partida del presupuesto de ingresos del Ayuntamiento, por un impuesto directo sobre la propiedad, la industria y el comercio, que no existía en Vizcaya en virtud del concierto económico. Las dos actas las logró Perezagua, elegido tanto por Cortes como por San Francisco; Ruiz fue derrotado. Los resultados ya se indicaron en el capítulo anterior. Los carlistas, con doce concejales, pasaron a ser la minoría más numerosa del nuevo Ayuntamiento, delante de los republicanos (nueve) y de los liberales (cuatro).

(65) Véase los resultados en «Elecciones municipales de 1895», *AMB*, sección tercera, legajo 358.

(66) Véase: Hernández a Unamuno, 24 octubre 1894 y 17 noviembre 1895, *AU*, carpeta H-J; al hacer balance de su primer año de existencia, *La Lucha de Clases* decía que la tirada había subido de 1.000 a 4.000 ejemplares, y atribuía a su acción el incremento considerable de afiliados que se notaba en la Agrupación Socialista de Bilbao.

«Yo, el año 1891 fundé otro semanario con este título —escribía a Unamuno el director de *La Lucha de Clases*, Valentín Hernández— que vivió cerca del año, viniendo al fin a sucumbir por las muchas persecuciones que sufrimos con motivo de los movimientos huelguistas. El pasado año fundé otro con el de *La Igualdad* que no vivió más de un trimestre» (67).

La iniciativa de 1894, sin embargo, pudo prosperar. El semanario aparecía los domingos, su precio era de cinco céntimos y constaba de cuatro páginas, dedicadas las dos primeras a artículos doctrinales —la mayoría sin firma, como era norma también de *El Socialista*— y las restantes a la inserción de comunicaciones oficiales de las sociedades obreras, información sobre la actividad municipal y otros asuntos de carácter local (68). La tirada inicial fue de unos 1.000-1.200 ejemplares, de los cuales un 50 por 100 se vendían en Bilbao, un 25 por 100 entre la zona fabril y minera, y el resto fuera de la provincia; para noviembre de 1895 tiraba ya unos 5.000-5.500 ejemplares. Por esta razón y por el prestigio de algunos de sus colaboradores, el periódico llegó incluso a alcanzar en los círculos socialistas mayor estimación que el propio órgano oficial del PSOE, *El Socialista* (69).

El periódico fue inicialmente dirigido, como se ha indicado, por Valentín Hernández, miembro del Comité de la Agrupación Socialista, que había sido ya el promotor de los dos semanarios anteriores. Ideológica y políticamente, *La Lucha de Clases* se atuvo estrictamente a la línea oficial del PSOE: las polémicas con la prensa republicana y una marcada hostilidad contra anarquistas y republicanos caracterizaron sus páginas. La originalidad del pe-

---

(67) Hernández a Unamuno, octubre 1894, AU, carpeta H-J.

(68) R. Pérez de la Dehesa, *Política y sociedad en el primer Unamuno* (Madrid, 1966), pp. 46-49.

(69) Morato lo consideraba, con obvia exageración, «el periódico más removedor de ideas y el mejor vehículo de cultura social que hubo en España y aun fuera de España»; J. J. Morato, *El Partido Socialista Obrero* (Madrid, s. f.), p. 199; Hernández decía que los 5.000-5.500 ejemplares de 1895 se distribuían así: 200 suscripciones locales; 3.000 de venta en Bilbao; 500 en la zona fabril y 300 en la zona minera; 75 en Santander; 50 en Gijón; 40 en Oviedo, y 15 en Madrid, Barcelona, Palma, Ciudad Rodrigo, Ferrol, Villanueva y Geltrú y Valladolid. Hernández a Unamuno, 17 noviembre 1895, AU, carpeta H-J.

riódico fue, en principio, ante todo una cuestión de estilo: la «prosa agresiva, hiriente, no desprovista de ingenio, aunque a veces pecase de chocarrera» de su director, como lo definió Prieto, dio al semanario un carácter distinto al de otros periódicos del PSOE: «la sátira desgarrada, procaz» de la religión y culto católicos y de las personalidades de la vida local se convirtieron en sus características más evidentes (70).

Hernández contó desde el primer momento con buenos colaboradores, que inicialmente no vieron en el estilo de aquél un obstáculo a su colaboración. De ellos, quien más contribuyó al éxito inicial del periódico fue Miguel de Unamuno. Unamuno debió afiliarse a la Agrupación de Bilbao en octubre de 1894. Hernández le invitó a hacerlo en carta de 24 de octubre; en otra posterior, de 4 de noviembre, el ingreso ya se había efectuado: «Ya se le ha dado a usted —le comunicaba Hernández— de alta en la Agrupación bilbaína» (71). Desde aquel momento hasta mediados de 1897, en que suspendió sus contribuciones regulares, Unamuno escribió para *La Lucha de Clases* unos dos centenares de artículos.

Aunque Unamuno no tenía en 1894 el prestigio que luego adquiriría, su adhesión al socialismo —hecha pública en una carta publicada por *La Lucha de Clases* el 21 de octubre de 1894— produjo un sensible impacto en la opinión local y dentro de la organización socialista: «Excuso decirle —le comunicaba personalmente Iglesias en diciembre de aquel año— que su ingreso en el partido socialista me ha causado verdadero placer»:

«La publicación de su carta —le decía Hernández— ha causado no poca sensación en esta villa... y nuestro semanario ha sido buscado con interés por la gente de levita. En el elemento socialista ha producido el natural entusiasmo, pues reconocen la necesidad en que está nuestro partido de adquirir hombres del valer y la significación de usted» (72).

---

(70) I. Prieto, *De mi vida. Recuerdos, estampas, siluetas, sombras...* (México, 1968), I, p. 23; «La Lucha de Clases», *ES*, 24 marzo 1895.

(71) Hernández a Unamuno, 24 octubre 1894 y 4 noviembre 1894, AU, carpeta H-J.

(72) Iglesias a Unamuno, 12 diciembre 1894, AU, carpeta H-J; Hernández a Unamuno, 24 octubre 1894, AU, carpeta H-J; la carta de 21 de octubre ha sido ya objeto de diversos estudios: en ella Unamuno decía que se había convencido de que «el socialismo limpio y

La lectura de una carta de Unamuno durante el banquete celebrado por la Agrupación de Bilbao el 18 de marzo de 1895 para conmemorar el aniversario de la *Commune* fue «ruidosamente aplaudida» (73).

La combinación del prestigio local de Unamuno con el periodismo escandaloso y mordaz de Hernández contribuyó al éxito inicial del semanario:

«Esto indudablemente —escribía Hernández a Unamuno, explicándole el aumento de ventas del periódico en su primer mes de existencia— se debe en gran parte a sus trabajos, que son leídos y discutidos por los burgueses, y algo también a nuestra intrusión en los asuntos locales en el lenguaje y forma algo violentos que lo hacemos, no por gusto, sino por la necesidad de llegar a crearnos un número grande de lectores y asegurar una buena tirada» (74).

Sin embargo, aquella combinación no se sostendría. Al contrario, existía una incompatibilidad total entre los dos elementos que la integraban, como consecuencia de las diferentes concepciones acerca de la función y contenido de un periódico socialista —y en otro nivel del PSOE y del socialismo— sustentadas por Hernández y Unamuno. El resultado sería las continuas suspensiones de la colaboración de este último en *La Lucha de Clases*, su progresivo distanciamiento del partido y sobre todo de la organización de Bilbao, y finalmente su ruptura con ellos.

Pronto se evidenció que eran más las diferencias que las analogías entre Unamuno y los socialistas de Bilbao.

---

puro, sin disfraz ni vacuna, el socialismo que inició Carlos Marx», era «la religión de la humanidad», y ofrecía su colaboración al periódico. M. Unamuno, *Obras completas* (Madrid, 1966-71), IX, pp. 477-479. En dicho volumen (páginas 476-734 y ss.) han sido recogidos los artículos que Unamuno escribiera para *La Lucha de Clases*. Sobre este tema, véase C. Blanco Aguinaga, «El socialismo de Unamuno, 1894-97», *Revista de Occidente*, 1966, núm. 41, y C. Blanco Aguinaga, *Juventud del 98* (Madrid, 1970), pp. 41-113.

(73) *LC*, 24 marzo 1895. Incluso llegó a hablarse «de costearle el viaje». «Nuestro júbilo —le escribían en nombre de la Agrupación, Perezagua y Pascual— al contar entre nosotros a un hombre de las cualidades que usted reúne es ilimitado y se comprende fácilmente.» Perezagua-Pascual a Unamuno, 28 marzo 1895, AU, carpeta P-1/44.

(74) Según Hernández, el periódico tiró en noviembre de 1894, 1.800 ejemplares, frente a los 1.200 del mes anterior; Hernández a Unamuno, 4 noviembre 1894, AU, carpeta H-J.



Seis meses después de su ingreso en el PSOE, Unamuno dejó de escribir en *La Lucha de Clases*, decepcionado por los que calificaba en carta a un amigo como «fanáticos necios de Marx, ignorantes, ordenancistas, intolerantes socialistas españoles» (75), y en particular con el agresivo anticlericalismo de aquel semanario (76). Entre abril y octubre de 1895 cesó en sus contribuciones al periódico, a pesar de que el Comité de la Agrupación de Bilbao le solicitara artículos para la campaña electoral de mayo de aquel año (77). Su desacuerdo con la línea política del PSOE parecía ya considerable y confiaba en que habrían de producirse pronto cambios sustanciales:

«No pasará mucho tiempo —escribía en junio de 1895 a su amigo y también colaborador de *La Lucha de Clases*, Timoteo Orbe— sin que el socialismo encarne en España en algo más levantado y noble que el partido obrero» (78).

Tal vez con la esperanza de contribuir en ese proceso, Unamuno reanudó su colaboración con *La Lucha de Clases* en octubre de aquel año. Pero no había pasado un mes, cuando volvió a interrumpirla, disgustado con los violentísimos ataques del periódico contra uno de los dirigentes municipales de Bilbao, Leguina, implicado en un incidente con Perezagua:

---

(75) Unamuno a Múgica, 22 mayo 1895, S. Fernández Larraín, *Cartas inéditas de Miguel de Unamuno* (Madrid, 1972, ed.), p. 207; sobre su ruptura con LC, Orbe le escribía el 8 de mayo de 1895: «Desde que ha dejado usted de escribir en *La Lucha de Clases*, este semanario se ha puesto imposible...»; Orbe a Unamuno, 8 mayo 1895, AU, carpeta O, sobre 15.

(76) «Una de las asperezas que usted encuentra en el partido —le escribía Iglesias— es el que trate la cuestión religiosa.» Iglesias le explicaba que no era posible que los socialistas ignorasen tal cuestión, aunque entendía que no debían «hacer una cuestión batallona» de ella. Atribuía «las exageraciones en que sobre dicho particular incurre *La Lucha de Clases*» a la «mala educación de los librepensadores»; Iglesias a Unamuno, 23 mayo 1895, AU, carpeta H-J.

(77) Véase la carta de Toribio Pascual del 30 de abril de 1895 solicitándole su colaboración ante las próximas elecciones, «con la seguridad de que influirán en gran parte para hacer más factible nuestro triunfo»; Pascual a Unamuno, 30 abril 1895, AU, carpeta P.

(78) Orbe a Unamuno, 5 junio 1895, AU, carpeta O, sobre 15. En su carta, Orbe reproducía las palabras del texto que Unamuno le comunicara en carta anterior.

«Me ha sorprendido —le escribía Hernández, preocupado de perder de nuevo la prestigiosa contribución de Unamuno— su apreciable carta en la que me anuncia que va a dejar de escribir para *La Lucha*... Era ahora precisamente cuando el periódico iba a abandonar ese tono de combate que a usted (y a otros también) le disgusta... Ahora, pues, más que nunca necesito de la colaboración de usted y de Orbe» (79).

Ante las promesas de Hernández de rectificar el estilo y contenido del semanario («Yo le prometo —le decía en la misma carta— seguir la ruta por usted recomendada, porque yo también creo que ha llegado la ocasión de emplear un lenguaje más templado en las cuestiones de la localidad y de relegar al olvido los ataques personales violentos»), Unamuno volvió a autorizarle la publicación de sus artículos. Desde noviembre de 1895 a la primavera de 1896, las contribuciones de Unamuno se hicieron más frecuentes: alguno de los números del periódico llegaron a ser casi íntegramente redactados por él. Durante ese tiempo, *La Lucha de Clases* abandonó parcialmente su lenguaje violento y sus comentarios anticlericales en favor de una línea más mesurada y discreta (80).

El cambio del periódico duró poco tiempo. Hernández hubo de ceder a las presiones de ciertos sectores de la Agrupación Socialista y retornar a la primitiva línea, incluso a riesgo de perder la colaboración de firmas valiosas. En marzo de 1896 se replanteó el problema:

«*La Lucha*, muy mal —le escribía Orbe a Unamuno—. Ese Hernández es un ordinario... No puedo

---

(79) Hernández a Unamuno, 29 octubre 1895, AU, carpeta H-J.

(80) «... desde principios de octubre —escribía Unamuno en diciembre de 1895—, en estos seis o siete últimos números, son míos todos los fondos, hago yo solo cerca de la mitad del periódico y a las veces más. He luchado por modificar a ese semanario y darle un tono más sereno y reposado, purgarle de ciertos resabios. Creo lo llevamos en camino de mejora cada vez mayor»; Unamuno a Múgica, 22 diciembre 1895; S. Fernández Larraín, *op. cit.*, p. 215. «Los dos últimos números —según le comunicaba Orbe a Unamuno en noviembre de dicho año— son excelentes, trabajos muy bien pensados, bien escritos, mesurados, espíritu sereno...»; Orbe a Unamuno, 29 noviembre 1895, AU, carpeta O, sobre 15.

aguantar sus groserías y su ingenio chabacano. Si no se puede prescindir de él y de sus congéneres, habrá que abstenerse» (81).

Unamuno, que, según sus biógrafos, se hallaba ya al borde de su profunda crisis de exaltación religiosa, chocó por tercera vez en dos años con la dirección del periódico, al publicar éste un artículo suyo —en el que criticaba toda interpretación unitaria y dogmática del socialismo— con sus iniciales, forma por la cual Hernández quería evidenciar el desacuerdo del periódico con las ideas de su colaborador (82). La medida debió suscitar una irritada protesta de Unamuno, a juzgar por la dureza con que le replicó Hernández:

«Hace usted mal en creer que pretendo por el camino de las iniciales hacer que usted deje de colaborar en *La Lucha*. Aquí nos honramos mucho en publicar sus escritos..., pero no por eso vamos a creerle infalible, pues a mí también me revientan los papas, y los dogmas, y las iglesias... Siento mucho que haya usted tomado tanta ojeriza al partido obrero... Y ya que he hablado del partido obrero, no sé cómo decirle una cosa. Usted me pidió el ingreso en él, a mi instancia, es verdad. Cotizó algunos meses y no ha vuelto a decirme nada sobre el particular. Coligo que ya no quiere seguir en él, lo que lamentaría de todas veras» (83).

Las observaciones que le hacía parecían indicar lo contrario. Posiblemente en el interior de la Agrupación local existía una pugna silenciosa en torno al control de

---

(81) Orbe a Unamuno, 18 marzo 1896, AU, carpeta O, sobre 15. El 29 de marzo del mismo año, Aldaco, miembro del Comité de la Agrupación de Bilbao, se lamentaba en carta a Unamuno de los «insultos callejeros», «lugares comunes», «frases pornográficas y de un malísimo gusto» que abundaban en el semanario; Aldaco a Unamuno, 29 marzo 1896, AU, carpeta A-1.

(82) El artículo, «Signo de vida», apareció el 31 de octubre de 1896. Unamuno creía ver la verdadera fuerza del socialismo en la pluralidad de tendencias existentes: «Socialistás colectivistas, libertarios, socialistas anarquistas, socialistas cristianos, evangélicos, católicos, trade-unionistas, societaristas, etc., cuantos más, mejor», escribía. M. Unamuno, *Obras completas* (Madrid, 1966-71), tomo IX, pp. 652-653.

(83) Hernández a Unamuno, 9 noviembre 1896, AU, carpeta H-J.

la dirección de *La Lucha de Clases* entre sectores que querían vincularla más rígidamente a la ortodoxia del partido y sectores que querían convertirla en órgano de difusión abierto a las distintas corrientes del pensamiento socialista:

«Me dicen también —escribía Orbe a Unamuno a principios de 1897— que se pretende que *La Lucha* pase a ser propiedad y órgano del partido y que Perezagua quiere darle otro rumbo, mantenerle (según creo) dentro de la absoluta ortodoxia del partido» (84).

El mismo Orbe, sin duda apoyado por Aldaco y otros miembros del ala moderada de la Agrupación, contaban con Unamuno para contrarrestar la influencia de Hernández al frente del periódico: «Mi ánimo —le comunicaba Orbe a Unamuno— es invadir el terreno de Hernández, dejar a usted la primera plana y acorralarle a él» (85). Hernández intentó, según aseguraba a Unamuno, mantener un equilibrio entre las dos tendencias. No pudo hacerlo. La creciente participación de aquél y Orbe en el periódico disgustó profundamente a Perezagua. Cuando Hernández fue encarcelado en enero de 1897, por publicar un artículo antimilitarista de Unamuno, Perezagua decidió que el Comité Ejecutivo de la Agrupación debía tomar en sus manos la redacción del semanario. Orbe se consideró automáticamente excluido del mismo: «Nosotros estamos de más —le decía a Unamuno el 2 de febrero de 1897—. Yo me retiro»; y unos días después, le aclaraba que tomó esa decisión «al enterarme de la abierta hostilidad de Perezagua hacia nosotros, su pretensión de acaparar el periódico para los *intereses del parti-*

---

(84) Orbe a Unamuno, 2 febrero 1897, AU, carpeta O, sobre 17.

(85) Orbe a Unamuno, 5 diciembre 1896, AU, carpeta O, sobre 16. Ya se vio en nota anterior que Aldaco desaprobaba la dirección que Hernández había dado a *La Lucha de Clases*. Cuando se hizo cargo del periódico, temporalmente, en marzo del 98, al ser desterrado Hernández de Bilbao, Aldaco trataría de reincorporar al periódico a Orbe y a Unamuno: «Con el concurso de usted y del amigo Orbe... creo firmemente —decía Aldaco a Unamuno— lograremos darle mejor amenidad, desterrando ciertos conceptos, juicios y opiniones que sólo encajan en Valentín...»; Aldaco a Unamuno, 30 junio 1898, AU, carpeta A-1. Orbe volvió a colaborar, pero no así Unamuno.



do...» (86). Unamuno siguió su ejemplo un mes después; en adelante, sus contribuciones a *La Lucha de Clases* quedarían limitadas a un artículo anual en el número extraordinario del 1 de mayo y a algunos escritos esporádicos (87).

Es difícil estimar la influencia que Unamuno pudo haber ejercido sobre el movimiento socialista de Vizcaya a través de sus escritos en *La Lucha de Clases*. Hernández consideraba sus artículos «algo superiores para la inteligencia de la masa general del partido» (88); sus esfuerzos por modificar el estilo y lenguaje del periódico resultaron fallidos, como acabamos de ver; como lo fue su intento de introducir en la Agrupación de Bilbao criterios más tolerantes en torno a la cuestión religiosa. Al contrario, Hernández imprimiría a *La Lucha de Clases*, y desde ella al socialismo vizcaíno, un agudizado anticlericalismo —que habría de manifestarse de forma tumultuosa, como tendremos ocasión de ver, en 1903—, en contraste con el

---

(86) Orbe a Unamuno, 2 y 28 febrero 1897, AU, carpeta O, sobres 16 y 17. Respecto a la antipatía de Perezagua por Unamuno, se contaba en Bilbao que al encontrarse un día casualmente en Bilbao, aquél le dijo: «Adiós, don Miguel; aquí no hay más que dos hombres, usted y yo, y usted no siempre»; *EL*, 2 diciembre 1914. La antipatía era mutua. Hernández se creyó obligado a defender a Perezagua de las censuras privadas que le hiciera Unamuno: «En la administración del periódico —le decía en carta de 9 de noviembre de 1896—, Perezagua no es un estorbo para la mayor circulación. Me duele que todos se ceben contra un hombre que, torpe, ignorante y todo como es, hace más que los que aquí le censuran»; Hernández a Unamuno, 9 noviembre 1896, AU, carpeta H-J. Por lo que se refiere a la actitud de Hernández en la pugna por el control del periódico, escribía a Unamuno: «Yo procuro mantener el periódico en un término medio»; sin embargo, no parece probable: cuando se apartó del PSOE, Hernández publicó otro semanario, *El Ruido*, mucho más escandaloso y anticlerical que *La Lucha de Clases*; Hernández a Unamuno, 24 enero 1897, AU, carpeta H-J.

(87) Parece como si Perezagua, para someter el semanario a la plena disciplina del partido, hubiese sacrificado a los elementos más significados en la pugna en torno a la orientación de aquél. Aldaco fue expulsado de la Agrupación de Bilbao en diciembre de 1899; Hernández fue apartado de la dirección de *LC* sólo días después, y más tarde también expulsado de la organización; *LC*, 23-30 diciembre 1899. A partir de 1900 dirigió *LC*, por varios años, Alvaro Ortiz, escritor, según Prieto, de «prosa siempre correcta», que «rebosaba suavidad y benignidad»; I. Prieto, *De mi vida. Recuerdos, estampas, siluetas, sombras...* (México, 1968), I, p. 23. El periódico adquirió un estilo «irónico sin crueldad»; *ES*, 24 marzo 1915.

(88) Hernández a Unamuno, sin fecha, pero enero 1895, AU, carpeta H-J.

comedimiento que en torno a problemas religiosos caracterizó la política oficial del PSOE. Posiblemente la fuerza y el activismo desplegados por la derecha católica en Bilbao (carlistas, integristas, nacionalistas vascos) y la profunda religiosidad dominante en la región vasca podrían explicar el interés de Hernández y otros socialistas de la zona en la propaganda anticlerical; ni siquiera en los momentos en que fueron más numerosas las colaboraciones de Unamuno, llegó *La Lucha de Clases* a perder completamente lo que el propio Unamuno llamaba «fastidioso anticatolicismo e irreligiosidad» (89).

En este sentido, por tanto, la influencia de Unamuno parece haber sido limitada. Y también en otros aspectos: su preocupación por problemas agrarios no llegó a suscitar suficiente interés en el partido como para que éste adoptase un programa agrario, del que careció hasta 1912 (90); su antimilitarismo llegó incluso a parecer excesivo a los líderes de un partido que, si bien siempre opuestos a las guerras coloniales y críticos de la intervención del ejército en la política, siguieron en aquel punto una

---

(89) M. Unamuno, «El socialismo en España», publicado en *Der Socialistische Akademiker*, 9 septiembre 1897, recogido en M. Unamuno, *Obras completas* (Madrid, 1966-71), tomo IX, p. 740; en el artículo, Unamuno decía que *LC* era el periódico socialista de «mayor tirada» y de «más difusión». Consideraba que el citado semanario «a veces» sobrepasaba «los límites del buen gusto», lo que en su opinión era «el peor método educativo».

(90) Aldaco consideraba a Unamuno como el socialista mejor preparado para tratar la cuestión agrícola; Aldaco a Unamuno, sin fecha, AU, carpeta A-1. De la cuestión agraria se ocupó Unamuno en *LC* desde sus primeros artículos; véase, por ejemplo, «La crisis agrícola», *LC*, 17 febrero 1905. Unamuno argumentaba que a los propietarios agrícolas no convenía las mejoras de fincas, tierras y cultivos, y sostenía que ésa era la verdadera causa de la crisis agrícola que atravesaba el país. Sus artículos sobre el tema, al igual que los que escribiera sobre temas económicos, todos ellos de una farragosidad y confusio-nismo desusados en él, demuestran un conocimiento muy elemental de economía política. Como Ruskin, a quien tanto siguió en estos temas, Unamuno no pasó de ser un simple aficionado en la materia. Las ideas económicas que con más frecuencia aparecieron en sus escritos en *La Lucha de Clases* fueron quizá la tesis de que el proteccionismo se reducía a la «defensa instintiva de los detentadores del suelo y acaparadores de los medios de producción»; la interpretación de la guerra como «negocio» de industriales y financieros; la explicación de las crisis económicas como crisis de «sobreproducción» de un sistema basado en el interés privado, y la teoría de que los aumentos de salarios, al estimular la productividad, benefician a la industria. M. Unamuno, *Obras completas* (Madrid, 1966-71), IX, pp. 476 y ss.

línea cauta y mesurada, sin caer en posiciones exasperadas como las entonces —y casi siempre— sustentadas por Unamuno (91).

Quizá la mayor aportación de Unamuno al socialismo fuera la notoriedad de su nombre: aunque, como se dijo, no fuera todavía una figura intelectual de relieve nacional, su prestigio local fue suficiente para incrementar considerablemente el número de lectores de *La Lucha de Clases* y para aumentar la respetabilidad política de la Agrupación Socialista de Bilbao. Así parece indicarlo el mismo entusiasmo que su ingreso suscitó entre los afiliados a aquélla y el interés que demostraron —por lo menos hasta 1897— en contarle como colaborador del semanario, a pesar de las numerosas diferencias surgidas a lo largo de esta colaboración.

La afiliación de Unamuno a la Agrupación Socialista se produjo en un momento crucial para ésta. La competencia y honestidad desplegadas en el Ayuntamiento por sus dos concejales, Orte y Perezagua; la nueva moderación de su política laboral, que no podía ocultar la retórica escandalosa de *La Lucha de Clases*; la misma difusión de ésta, que pronto llegaría a alcanzar tiradas de casi 10.000 ejemplares, dieron nuevo crédito al partido y contribuyeron a incrementar sensiblemente su influencia (92).

## VI. *El error Chávarri*

El PSOE parecía ya listo en Bilbao para iniciar su verdadero despegue político. Y de hecho las elecciones generales de 1896 supusieron ya un nuevo y sustancial avance del partido. Los socialistas doblaron sus votos con respecto a las elecciones municipales de 1895 y lograron un 20 por 100 del total de votos emitidos (93).

Los republicanos se habían abstenido de participar en la elección, pero es dudoso que su decisión favoreciera

---

(91) Como se ha indicado, Hernández fue procesado por el artículo «Los tribunales militares», de Unamuno. Este se ocupó del tema desde sus primeros escritos en *LC*; «El militarismo» apareció el 31 de marzo de 1895.

(92) La cifra de 10.000 ejemplares, en Aldaco a Unamuno, 1 julio 1898, AU, carpeta A-1.

(93) Electores: 13.072. Resultado: M. Rivas, 5.568 votos; Iglesias, 1.282. El censo electoral no había sufrido modificaciones importantes: en 1895 era de 12.266 electores. NB, 13 abril 1896.

a los socialistas. Nunca habían sido en Bilbao tan hostiles las relaciones políticas entre republicanos y socialistas. El 15 de agosto de 1895, los socialistas impidieron —provocando continuos alborotos, interrumpiendo a los oradores, etc.— la celebración de un acto público republicano en el que debían hablar Vallés y Ribot y Lerroux, dos de las figuras nacionales del republicanismo: el mitin hubo de ser suspendido en medio de una gran confusión, llegando a agredirse seguidores de uno y otro partido. Como resultado, *El País*, periódico republicano dirigido por Lerroux, y *La Lucha de Clases* sostuvieron una enconadísima polémica en la que intercambiaron toda clase de recriminaciones injuriosas (94).

A nivel local, esa rivalidad se desarrolló bajo la forma de una pugna exacerbada entre Perezagua y el líder de la minoría municipal republicana, Leguina, en el Ayuntamiento de Bilbao. Su antagonismo culminó en un violentísimo incidente ocurrido el 22 de octubre de 1895, en el que tras insultarse mutuamente, Leguina arrojó un vaso contra Perezagua, lanzando éste a su vez contra su oponente la tablilla de su pupitre que previamente había arrancado. Fue preciso que los ujieres separaran a los dos airados concejales, que fueron expulsados del Ayuntamiento. Como se vio, Unamuno tuvo que abandonar *La Lucha de Clases*, disgustado por la campaña de ésta contra Leguina a raíz del incidente (95). Este impresionó vivamente a la opinión local; toda la prensa se ocupó de él extensamente. De hecho, la política local dependía a menudo más de este tipo de incidentes que de cuestiones nacionales. Muchas veces los antagonismos entre partidos locales reflejaban más rivalidades personales que conflictos ideológicos o políticos. Dentro de la política socialista, incidentes como el de Perezagua-Leguina reforzaban la estrategia del partido, dentro de la cual la oposición sin concesiones a los partidos republicanos era esencial para la consolidación de un partido independiente de la clase obrera. Contribuían a hacer casi imposible toda colaboración entre ambas fuerzas.

---

(94) *LC*, 17-24 agosto 1895; *EN*, 16 agosto 1895.

(95) La violencia de éste quedó reflejada en la gráfica reseña de la prensa: «Perezagua agarra una escupidera y se dirige hacia él (Leguina).» Ese fue el momento en que lograron sujetarles otros concejales y los ujieres municipales; *EN*, 24 octubre 1895; *NB*, 24-26 octubre 1895.



No era pensable, por tanto, en Bilbao, en 1896, el apoyo republicano (ni oficial ni espontáneo) a la candidatura de Iglesias. Al contrario: se rumoreó que Martínez Rivas —como se recordará, candidato monárquico independiente tras su nueva ruptura con Chávarri y con los conservadores ahora en el poder— contaba con el respaldo del influyente industrial republicano Cosme Echevarrieta, y desde luego no parece probable que Martínez Rivas hubiera logrado más de 2.000 votos en los distritos obreros sin apoyo republicano, incluso recurriendo, como hizo, a masivas compras de votos (96). Por otra parte, el mismo carácter masivo de estas últimas hizo que la derrota de Iglesias fuera, como escribió un periódico local, «una derrota honrosa». Compensó los muy desfavorables resultados obtenidos por las candidaturas socialistas en otros distritos, y en especial en Madrid, y en cierto sentido, por tanto, reforzó los argumentos en favor de la participación electoral del partido.

Este, en los próximos años, en una situación dominada por la guerra de Cuba, cuando el Gobierno había dado pruebas claras de su resolución de mantener con todo rigor el orden público —tanto frente a los atentados anarquistas como frente a las minúsculas manifestaciones de mujeres contra la guerra— y cuando los partidos de oposición habían declarado una «tregua patriótica» en sus actividades, actuaría con calculada prudencia y manifiesta moderación. La prensa socialista condenó vehementemente el terrorismo de los anarquistas (97) y su antiparlamentarismo:

---

(96) Ya se dijo que la prensa no socialista cifró los desembolsos de M. Rivas en 200.000 pesetas; movilizó unos 2.000 agentes electorales. En la elección se produjeron numerosos incidentes (alborotos, agresiones, etc.). *LC* había indicado a los socialistas que donde vieran agentes electorales sobornando a electores, «allí deben estar para impedir semejante atropello al sufragio universal y para dejarle imposibilitado de que pueda más tarde seguir ejerciendo tan denigrante comisión»; *LC*, 11 abril 1896. Véase, además, *EN*, 13 abril 1896, *NB*, 12 abril 1896.

(97) En junio de 1896, una bomba anarquista mató a 20 personas en Barcelona. El Gobierno ejecutó a ocho anarquistas y condenó a otros 67 a penas desde seis hasta veinte años de cárcel: «Nosotros, como socialistas —decía el comentario de *La Lucha de Clases* sobre la explosión—, tenemos que protestar una vez más contra esas salvajadas, en nombre de la clase trabajadora, que no puede hacerse solidaria de lo que hagan cuatro locos con instintos de fieras»; *LC*, 13 junio 1896. En agosto de 1896, pequeños grupos de mujeres se manifes-

«El parlamentarismo —sostenía *La Lucha de Clases*—, que ciertas escuelas radicales creen ineficaz para resolver la cuestión social, es, en nuestro concepto, el medio más eficaz, y de él ha de venir, directa o indirectamente, todo el mejoramiento y progreso del régimen actual» (98).

Como se verá, la oposición de los socialistas a la guerra no fue más allá de las hojas de sus periódicos: su única acción en las calles sería para demandar el servicio militar obligatorio, reivindicación que pocos gobiernos considerarían subversiva o antipatriótica en tiempo de guerra.

Mientras duró ésta (1895-98), los socialistas parecieron restringir la acción reivindicativa de sus organizaciones laborales. En Vizcaya recomendaron en diversas oportunidades la aceptación de soluciones conciliadoras, y en otras intervinieron para impedir la extensión de conflictos potencialmente graves. El Gobierno, posiblemente con la idea de evitarse disturbios internos que le distrajeran de sus ocupaciones en la guerra, mostró también, a través de sus autoridades locales, un evidente deseo de atender las reclamaciones obreras, especialmente si éstas no aparecían inspiradas por consideraciones políticas. Desde el 1 de mayo de 1896, una comisión de obreros mineros, integrada, como era habitual, por socialistas, había estado gestionando con el gobernador civil, Maestre, la abolición de los barracones y tiendas obligatorias que aún quedaban y el estricto cumplimiento del «pacto Loma». Una vez más, los mítines masivos, los discursos enérgicos y las amenazas de huelga general volvieron a la zona minera. El 23 de mayo, una comisión del Comité Nacional del PSOE, presidida por Iglesias, visitó al ministro de la Gobernación, Cos Gayón, exponiéndole las demandas de los mineros. El ministro les aseguró que «estudiaría el asunto y castigaría todo lo que fuera penable». Al día siguiente, Perezagua decía en Gallarta, ante más de 6.000 mineros, que «se espera a la resolución que adopte el ministro..., pues siempre habría tiempo para declarar la huelga». Se acordó, por tanto, conceder un plazo para

---

taron en Zaragoza y Valencia contra el envío de tropas a Cuba. Varios dirigentes republicanos fueron detenidos como supuestos instigadores del movimiento.

(98) *LC*, 23 enero 1897.

que Cos Gayón resolviese las reclamaciones presentadas y continuar las negociaciones con el Gobierno Civil (99).

Se dio a los mineros ciertas satisfacciones. El Circulo Minero acordó, a instancias del gobernador civil, nombrar una comisión que investigase la existencia de barracones y la calidad de los alimentos vendidos en aquellos pueblos, objeto también de continuas denuncias. Cuando los obreros de la sección de calcinación —trabajo de especial dureza— de la compañía Franco-Belga solicitaron 0,25 ptas. de aumento salarial, la compañía cedió inmediatamente. Y finalmente, otra prueba de la buena disposición de las autoridades fue la decisión de la Diputación de indemnizar económicamente a las familias de los mineros muertos en un derrumbamiento ocurrido en Gallarta precisamente en el momento de comenzar la agitación laboral en mayo y que había horrorizado y excitado a la población minera (100).

Estas medidas contribuyeron a reducir la tensión al punto de que el peligro de huelga general pudo ser superado. Los socialistas no querían, dadas las circunstancias políticas, un conflicto general en el que, aunque sólo fuese por la misma falta de fondos de los mineros, podían temerse violencias y disturbios. Cuando en octubre de aquel mismo año algunos obreros de la compañía Franco-Belga solicitaron mejoras similares a las obtenidas en junio por los obreros de calcinación, Perezagua logró que la huelga se limitase a los trabajos de cadenas y planos inclinados. Ni siquiera cuando se hizo evidente que la limitación de la huelga equivalía al fracaso de la misma se modificó su planteamiento. Por el contrario, *El Socialista* publicó un editorial condenándola y exhortando a una revisión profunda de la organización socialista en la zona minera:

«Cuenta hoy la zona minera de Vizcaya varias agrupaciones socialistas, pero esto es poco, muy poco. Auméntese su número...; hágase que todas estas agrupaciones, además del carácter político que tienen hoy, adopten el carácter resistente.»

---

(99) Entrevista con Cos Gayón, en *EN*, 25 mayo 1896; mitin de Gallarta, en *LC*, 30 mayo 1896.

(100) Hundimiento e indemnización en *LC*, 23 mayo y 4 julio 1896; véase *LC*, 6 y 13 junio, 25 julio 1896.

La organización se proponía como alternativa a la acción huelguística turbulenta. *El Socialista* sugirió la idea de crear una Federación Nacional Minera. Aún habrían de pasar años hasta que el proyecto se convirtiera en realidad en 1910; pero incluso sin organización, los socialistas tratarían de evitar las huelgas espontáneas e incontroladas y dirigir las disputas laborales hacia soluciones negociadas.

Los conflictos mineros de 1896 ejemplificaban el cambio experimentado por la política socialista en Vizcaya desde 1892. Los resultados electorales parecían confirmar la conveniencia de la nueva línea: las elecciones locales de 1897 supusieron un notable éxito para los socialistas. A pesar de que Chávarri, con el apoyo incondicional del gobernador civil, con la colaboración de algunas facciones republicanas y recurriendo a todos los métodos habituales de corrupción electoral, había «barrido» literalmente las elecciones, los socialistas habían conseguido que tres de sus cinco candidatos (Felipe Carretero, Felipe Merodio y Toribio Pascual) saliesen elegidos y los otros dos (Orte y Aldaco) fuesen derrotados por muy estrecho margen de votos (101).

---

(101) Las elecciones supusieron una espectacular recuperación de los «liberales». Trece de sus quince candidatos fueron elegidos. El nuevo Ayuntamiento se compondría de 14 liberales, ocho republicanos, cinco carlistas y cuatro socialistas, mientras que el anterior había estado formado por 12 carlistas, nueve republicanos, cuatro republicanos posibilistas, cinco liberales, tres integristas, un socialista y un independiente. Fue ahora realmente cuando se creó la *Piña*; los «liberales» publicaron un manifiesto firmado por Martínez Rodas, Chávarri, Casa Torres, Aznar, Gandarias y otros conocidos monárquicos —significativamente faltaban Ybarra, Bergé, Alzola, Allendesalazar—, pidiendo «la unión más cordial, más inquebrantable, más entusiasta» en torno a «una candidatura... firme garantía del orden y de la libertad»; *EN*, 1 mayo 1897. Ya se indicó que el nombre de «liberales» es engañoso, ya que hasta 1910, en que se formaron en Bilbao los partidos conservador y liberal, se conoció de aquella forma a los monárquicos locales, y sobre todo a los chavarristas, a pesar de que desde 1894 estaban identificados con el partido conservador. Carretero y Merodio fueron elegidos por San Francisco con 432 y 429 votos, respectivamente, delante del candidato liberal, que logró 400; Pascual salió por Cortes, aunque hubo de conformarse con el puesto de minoría: sacó 454 votos y la elección la ganaron los liberales, cuyos tres candidatos obtuvieron 581, 592 y 525 votos. Orte logró el mismo número de votos que Pascual, pero el sorteo designó a éste como concejal; Aldaco tuvo 447 votos. «Elecciones municipales de 1897», AMB, sección cuarta, legajo 278. Otro socialista fue elegido en Gallarta.



La elección de los candidatos socialistas fue anulada, al parecer, por presión personal de Chávarri, alegándose su incapacidad legal por no poseer los requisitos de propiedad y residencia exigidos por la ley. Aunque la comisión principal encargada de estudiar el asunto acordó declarar la validez de la elección, el ministro de la Gobernación, Cos Gayón, declaró por real orden de 26 de junio de 1897 la incapacidad de los socialistas elegidos. La orden del Gobierno causó verdadera conmoción en el campo socialista, donde la victoria había sido celebrada con manifestaciones, banquetes y otras demostraciones públicas de entusiasmo. Pero provocó también una viva reacción de la opinión pública. La prensa de Bilbao condenó, casi unánimemente, la decisión del Gobierno; fueron bastantes los periódicos de Madrid que, además de ocuparse extensamente del asunto, tomaron partido abiertamente en favor de los socialistas.

«No nos ha sido posible convencernos —decía *El Nervión*— de que al anular las actas de los concejales socialistas se ha interpretado la ley con fidelidad.»

«La suspensión de los concejales socialistas —escribía *El Porvenir Vasco*— constituye una imprudente provocación... Desde luego puede asegurarse que en la presente ocasión, la opinión está con los socialistas.»

«Ante el actual atropello cometido con los socialistas bilbaínos —decía Maeztu—, la democracia en masa se coloca a su lado e impulsará al Gobierno a revocar su arbitraria real orden» (102).

Los socialistas supieron capitalizar políticamente la reacción de la opinión. El 1 de julio de aquel año, fecha en que debía constituirse el nuevo Ayuntamiento, se sus-

---

(102) R. Maeztu, «El socialismo bilbaíno», *Germinal*, 16 julio 1897; *EN*, 1 julio 1897; *El Porvenir Vasco*, 1 julio 1897. *ES* afirmaba que la real orden había logrado que «la prensa de todos los partidos, salvo una parte de la del conservador, se encargase de defender el derecho de nuestros concejales contra la omnipotencia de un ministro»; *ES*, 16 julio 1897. *El Heraldo de Madrid* pedía al Gobierno que por «previsión» y «tacto» contuviese «las influencias nocivas del caciquismo y del capital», y opinaba que el socialismo era una fuerza «a la que no convenía cerrar las puertas de la legalidad»; *El Heraldo de Madrid*, 10 julio 1897. Esa fue la línea adoptada por la prensa liberal de Madrid.

pendió el trabajo durante veinticuatro horas en toda la zona minera, y una manifestación de protesta integrada por más de 5.000 personas marchó pacíficamente de Gallarta a Ortuella. Hubo mítines y otros actos de protesta en Madrid, Valladolid, Burgos, Mieres y otros puntos del país. En Bilbao se organizó otra manifestación el 4 de julio, con asistencia de unas 4.000 personas. La campaña culminó el 1 de agosto en San Sebastián, donde veraneaban el Gobierno y la Corte, con un mitin, presidido por el propio líder del partido, Iglesias, que los socialistas de Bilbao quisieron solemnizar de forma especial desplazándose a San Sebastián en un barco fletado expresamente para ello (103).

Los socialistas plantearon la campaña en los términos que mejor convenían a sus aspiraciones políticas y acertaron a dirigirla con suma habilidad: consiguieron movilizar amplios sectores de la opinión obrera sin precipitar ninguna confrontación seria con el Gobierno. Al contrario, ésta fue cuidadosamente evitada. La idea de una acción más amplia —por ejemplo, una huelga general en toda Vizcaya, como llegó a rumorearse— fue desautorizada:

«Los mineros no abrigan propósito de declararse en huelga —declaró Perezagua a la prensa de Bilbao—. Los socialistas, aunque se les hiciera objeto de provocaciones, tendrán la suficiente fuerza de voluntad para no salirse del terreno en que luchan con la pluma y con la palabra, imitando así a la social democracia alemana.»

El 11 de julio se reunieron representantes de las nueve agrupaciones socialistas de Vizcaya y acordaron, según decía la nota que hicieron pública, «sostener por las vías legales una protesta enérgica contra la real orden que incapacita a los socialistas elegidos para ejercer el cargo de concejales»:

«Nos proponemos —proclamaba *La Lucha de Clases*— legalmente y por los trámites que la ley marca hacer se reconozca nuestro derecho y hacer cumplir las disposiciones legales vigentes con la más estricta justicia.»

---

(103) LC, 26 junio-21 agosto 1897; ES, 9 julio-20 agosto 1897.

Tres días después, los socialistas de Vizcaya publicaron un manifiesto confirmando el acuerdo del 11 de julio, mientras *La Lucha de Clases* volvía a desmentir los rumores de huelga general. En San Sebastián, Iglesias se cuidó de subrayar que la táctica socialista era «la de trabajar dentro de la legalidad» para organizar y educar al proletariado (104).

La adhesión del PSOE a medios y cauces constitucionales y legales quedaba una vez más manifiesta. El mismo órgano del Gobierno, *La Epoca*, reconocía que los socialistas se habían mostrado incluso «más prudentes que la prensa de oposición monárquica» (105). Los socialistas no ocultaban su entusiasmo por el impulso propagandístico que para su partido había representado el asunto de los concejales de Bilbao:

«Pocos sucesos tan trascendentales cuenta en su historia el socialismo español —comentaba *La Lucha de Clases*—; el acto demagógico realizado por el Gobierno representa muchos años de propaganda.»

«Chávarri —añadía *El Socialista*— ha sido el alma de la agitación socialista habida estos días en Bilbao y que se ha extendido a otras muchas poblaciones» (106).

En gran medida, el entusiasmo socialista parecía justificado. A partir de entonces, la prensa liberal consideraría que era el momento de abrir las puertas de la política nacional al PSOE; como se verá, en las elecciones de 1898, Iglesias andaría muy cerca de lograr el acta por Bilbao, hecho al que no parecía ajena la movilización de la opinión en favor de los concejales incapacitados el año anterior; la organización socialista se extendería a otras provincias del Norte.

## VII. *El movimiento obrero en Guipúzcoa*

En efecto, uno de los inmediatos resultados de la campaña socialista en torno a la incapacitación de los concejales fue la creación de agrupaciones socialistas en la

---

(104) Declaraciones de Pérezagua en *EN*, 12 julio 1897, y *LC*, 17 julio 1897; mitin de San Sebastián, *ES*, 6 agosto 1897, y *LC*, 7 agosto 1897.

(105) *LE*, 11 julio 1897.

(106) «Muchas gracias», *ES*, 16 julio 1897; *LC*, 31 julio 1897.

provincia de Guipúzcoa, donde las creadas en 1891 en San Sebastián y Tolosa se habían disuelto (107). Ahora, en agosto de 1897, se establecieron asociaciones socialistas en San Sebastián y Eibar, ambas bajo la dirección de miembros de la Agrupación de Bilbao, Luciano Carretero y José Beascochea, respectivamente (108).

En San Sebastián, la Agrupación Socialista logró de momento únicamente la adhesión de unos pocos tipógrafos. Pero en Eibar, la Agrupación Socialista, después del éxito que tuviera al dirigir una pequeña huelga en octubre de 1897, logró pronto el apoyo de numerosos obreros industriales. Eibar era una pequeña localidad industrial de 6.583 habitantes en 1900, de los cuales unos 2.000 serían obreros empleados en la industria armera; luego, la población crecería (1920: 11.888 habitantes) y la industrialización se diversificaría: en 1920 la industria armera empleaba unos 5.500 trabajadores, entre adultos y niños; la de damasquinado, unos 500; la metalúrgica, unos 1.500. A la fabricación de armas se dedicaban en 1914 unos 40 talleres, pero sólo la producción de armas cortas se efectuaba en fábricas modernas: Orbea Hermanos, especializada en la fabricación de revólveres —y luego, de cartuchos para caza—, empleaba en vísperas de la Primera Guerra Mundial a 404 operarios y era la industria de mayores dimensiones de la localidad. La fabricación de escopetas finas de caza se hacía en pequeños talleres artesanales cuyo número de obreros no excedía de 30 ó 50 por taller. Cada taller se especializaba en una determinada operación: barrenado de cañones, pulimentación, fabricación de básculas, culatas, muelles. En 1921 no existía ninguna fábrica de escopetas de caza —quizá la más importante era Víctor Sarasqueta, fundada en 1899— capaz de atender un pedido de 200 escopetas. El sistema de fabricación por piezas permitía el trabajo a destajo, realizado muy a menudo por los obreros en sus propios domicilios. Los salarios eran comparativamente altos; en 1913 oscilaban entre 5 y 8 ptas. para jornadas que no diferían sustancialmente de las de otros centros industriales: se trabajaba de 6,30 a 8 de la mañana, en que se interrump-

---

(107) La Agrupación de San Sebastián se había creado en mayo de 1891; la de Tolosa, en julio, tras un mitin de Perezagua. *ES*, 15 mayo, 31 julio 1891.

(108) *ES*, 20 agosto, 3 septiembre 1897.



pía el trabajo durante media hora; de 8,30 a 12, y por la tarde, de 13 a 18,30 (109).

El alto grado de especialización en el oficio exigido por la industria armera dio a los trabajadores de Eibar una gran fuerza de negociación. Los obreros se organizaron en sociedades de resistencia tan pronto como se apercibieron de ello en la huelga de 1897 (110). Un mes después de ésta se creó un gremio armero, sociedad de carácter industrial no gremial —a pesar de su nombre—, pues representaba a los obreros armeros sin distinción por oficios. El número inicial de afiliados fue de 300; en 1903 había alcanzado los 819, esto es, casi un 40 por 100 de la población armera, tasa verdaderamente alta en un país donde apenas si un 5 por 100 de trabajadores estaban sindicados en aquellos años. Curiosamente, además, era mayor el número de sindicados en los talleres artesanales dedicados a la fabricación de piezas de escopetas que en las fábricas modernas de pistolas y revólveres:

«En la primera (industria de escopetas) se halla asociada la casi totalidad de los obreros —decía un informe socialista en 1903—, no ocurriendo lo mismo con los que se dedican a la confección de armas cortas, pues escasamente llegará el número de asociados a un 40 por 100. La producción de éstos se halla concentrada en grandes fábricas y talleres» (111).

---

(109) Datos de población, en E. García Manrique, *Eibar. Inmigración y desarrollo urbano e industrial* (Zaragoza, 1961), pp. 55 y ss.; obreros en 1920, en *Euzkadi*, 16 mayo 1923; talleres en 1914, en J. La-zúrtegui, «El comercio, la industria y la navegación en el País Vasco-Navarro», en F. Carreras Candi (ed.), *Geografía General del País Vasco-Navarro* (Barcelona, s. f.), I, pp. 804-809; talleres artesanales y fábricas, en *Las Noticias*, 16 agosto 1921, y «El Gobierno y la industria armera», *VG*, 4 junio 1921 y ss. Además de las empresas citadas en el texto, las fábricas de armas quizá más importantes eran Bonifacio Echeverría, especializada en la pistola «Star»; Gárate, Anitua y Cía., y Trocaola, Aranzábal y Cía.; horarios y jornales, en J. Valdour, *op. cit.*, II, pp. 366-378.

(110) Sobre esta huelga, la huelga de la casa Quintana, véase J. Aguié, «Eibar, 1895-1922», *ES*, 26 agosto 1922; antes de ella no existía ninguna organización de trabajadores ni se habían planteado disputas laborales.

(111) Véase la encuesta de la *Revista Socialista* de 1903, recogida en *Revista de Trabajo*, núm. 23, 1968, p. 316; cifra de 400 afiliados en *LC*, 23 octubre 1897; la de 819, en la citada encuesta; según el corresponsal de *El Socialista* en Eibar, el número de asociados al gremio

Gracias a los salarios relativamente altos, las cuotas se pagaban regularmente, por lo que las sociedades obreras de Eibar dispusieron siempre de fondos suficientes para resistir paros prolongados. Además, el período de prosperidad creciente que disfrutó la industria armera de 1900 a 1910 permitió a los patronos ceder a las demandas de sus trabajadores sin que se produjesen tensiones graves o violentos incidentes (112).

En definitiva, determinadas circunstancias —una fuerza de trabajo difícil de reemplazar por su alta especialización, fondos, demanda de trabajo por expansión industrial— favorecieron considerablemente la organización de los trabajadores. Con la colaboración frecuente de socialistas de Bilbao, que se establecerían en Eibar cuando se vieran obligados a salir de Bilbao, un grupo de competentes dirigentes locales (Amuátegui, Erquiaga, Bascarán, Barrutia y otros) harían de Eibar uno de los centros socialistas mejor organizados del país: «El socialismo —comentaría José M.<sup>a</sup> Salaverría— ha penetrado profundamente en Eibar.» En 1903 accederían al Ayuntamiento: en 1920 lo dominarían completamente. Pronto pudieron publicar un periódico, *Adelante*; en 1905 tiraba 1.200 ejemplares, de los cuales 325 iban a suscriptores locales. La Agrupación Socialista contaba con 100 afiliados; la Juventud, con 145 (113).

Eibar —«metido entre pueblos reaccionarios y clericales», como dijera Salaverría— fue una excepción, sin embargo, dentro de Guipúzcoa. En los otros centros industriales de la provincia (Tolosa, Beasain, Rentería, Pasajes y otros), el establecimiento de sindicatos y centros obreros fue más tardía y su influencia más débil. Todavía

---

armero era: pistoleros, 400; basculeros, 125; pulidores, 50; cajeros, 80; grabadores, 20; choqueadores, arregladores y cañoneros, 40. Total, 715. *ES*, 19 mayo 1905. La mayor especialización del trabajo por piezas y el control más estricto ejercido en las fábricas podía explicar la peculiar asociación de los obreros de Eibar.

(112) *ES* En 1913, Valdour observaba que no había habido en la localidad, todavía, grandes huelgas: J. Valdour, *op. cit.*, II, p. 364; en 1920, *El Socialista* decía que en Eibar «jamás había intervenido en los conflictos la fuerza pública»; *ES*, 10 septiembre 1920.

(113) *ES*, 19 mayo 1905; J. M. Salaverría, «Una experiencia socialista», *ABC*, 26 agosto 1917; la producción de armas en Eibar subió de 157.075 unidades en 1895 a 500.967 en 1909. Véase: J. Lazúrtegui, «El comercio, la industria y la navegación en el País Vasco-Navarro», en F. Carreras Candi (ed.), *Geografía General del País Vasco-Navarro* (Barcelona, s. f.), I, p. 783.

en 1910, los informes procedentes de las principales factorías de la provincia coincidían en señalar la casi completa desmovilización de los trabajadores: el director de la fábrica de material ferroviario de Beasain, que con sus 1.200 trabajadores era en 1911 la mayor de la provincia, decía de su personal que era «sumiso y satisfecho, que gana bien su vida», por lo que, concluía, «las huelgas no prenden»; de los operarios de la Unión Cerrajera de Mondragón (700 empleados en 1911) se pensaba que eran «gente subordinada, que no ha producido huelgas». Los corresponsales de *El Socialista* confirmaban estas opiniones: el de Rentería se lamentaba en 1910 de que «en una población tan industrial como es Rentería (unos 2.500 obreros) haya entre los trabajadores tan escaso espíritu de asociación»; «una carencia absoluta de organización obrera» observaba en 1910 en Tolosa —población con unos 5.000 trabajadores industriales, de ellos un 50 por 100 en la industria del papel— Enrique de Francisco. «Fuera de San Sebastián y de Eibar —escribía Aldaco a Unamuno en 1904— apenas puede decirse que hay socialistas en Guipúzcoa» (114).

Como se verá, la estabilidad de las relaciones industriales no se alteraría en Guipúzcoa hasta la Primera Guerra Mundial. En gran medida, ello se debió a las peculiaridades de la industrialización de la provincia, caracterizada por la gran dispersión geográfica de sus centros industriales y por la diversificación de su industria. Los 285 «centros industriales» registrados en 1915 se hallaban esparcidos en unas 45 poblaciones, de las cuales sólo Tolosa, Eibar, Rentería y Vergara contaban con más de veinte «fábricas». Estas eran, con escasas excepciones, de dimensiones muy reducidas: en 1907, la media de trabajadores por «establecimiento industrial» era de 19 (115). La inmigración obrera fue escasa antes de la

---

(114) J. M. Salaverría, «Una experiencia socialista», *ABC*, 26 agosto 1917; sobre fábricas de Beasain y Mondragón, DGAMM, *Informe Minas*, pp. 105-126, y *ES*, 1 diciembre 1911; Rentería, en *ES*, 8 julio 1910; Tolosa, en E. de Francisco, «Tolosanas», *ES*, 17 junio 1910; Aldaco a Unamuno, 20 diciembre 1904, AU, carpeta A-1. Las cifras de afiliados a la UGT en Guipúzcoa confirman esos datos: marzo de 1900, 74 afiliados; septiembre de 1900, 300; febrero de 1901, 588; octubre de 1901, 891. Fuente: *ES* (los datos no incluyen, sin duda, los de Eibar, y se refieren, posiblemente, sólo a San Sebastián).

(115) Según la Inspección del Trabajo, existían en Guipúzcoa, en 1907, 891 «establecimientos industriales» que empleaban 17.046 «obreros

Primera Guerra Mundial y una gran mayoría de obreros industriales eran al mismo tiempo campesinos o vivían en un medio rural (116). Incluso los centros más industrializados (Eibar, Tolosa, Rentería) habían experimentado crecimientos lentos y armoniosos; su urbanización era escasa y, desde luego, no existían en las localidades guipuzcoanas barrios obreros tan agudamente diferenciados del resto de la población como los de Bilbao. La industrialización no llegó a destruir las formas tradicionales de vida. Las tradiciones laborales de la sociedad rural vasca, basadas en un estricto sentido de la disciplina y de la lealtad en el trabajo, se transmitirían a los centros fabriles, al menos por cierto tiempo; la fuerte influencia del catolicismo obstaculizó la difusión de ideas radicales y contribuyó al mantenimiento de unas relaciones sociales armónicas y estables.

#### VIII. 1898: Oposición a la guerra y oportunidad electoral

Todo ello hizo que, de momento, por lo que se refería a Guipúzcoa, la aparición de organizaciones obreras independientes con entidad suficiente como para influir en la política local quedase limitada a Eibar (117). La creación en esta localidad de la que pronto sería una sólida organización socialista había sido, como se ha visto, el resultado inmediato a nivel local de la agitación

---

industriales»; IRS, *Memoria del Servicio de Inspección en 1907* (Madrid, 1908), pp. 107-108; la cifra de 285 «centros industriales» es de Lazúrtegui: J. Lazúrtegui, «El comercio, la industria y la navegación en el País Vasco-Navarro», en F. Carreras Candi, *op. cit.*, pp. 811-812. No aparece clara la distinción entre «establecimientos» y «centros» industriales. Posiblemente, Lazúrtegui se refería exclusivamente a fábricas y talleres, mientras que la Inspección del Trabajo incluía salinas, canteras, minas e industrias de carácter casi doméstico.

(116) Valdour observó que en Eibar un 80 por 100 de los obreros eran vascos; J. Valdour, *op. cit.*, I, p. 364. De los 404 obreros de la fábrica Orbea de aquella localidad, 141 eran eibarreses y 131 guipuzcoanos; J. Lazúrtegui, *loc. cit.*, p. 806. «Hoy día no hay ningún obrero extranjero —decía el informe de la Jefatura de Minas de 1911 sobre la fábrica de Beasain—, siendo casi en su totalidad de la provincia»; «la mayor parte de los operarios son del país», añadía la misma fuente sobre la Unión Cerrajera; DGAMM, *Informe Minas*, pp. 111-119.

(117) Los votos obtenidos por los socialistas en San Sebastián antes de 1900 fueron: elección general de 1898, 30 votos; 1899, 81.



originada por el asunto de los concejales de Bilbao de 1897.

A nivel nacional, los socialistas vieron en el clima de opinión favorable a su partido creado por aquel suceso la oportunidad para iniciar una campaña de mayor envergadura —en torno a la guerra de Cuba, principal preocupación de la opinión— que acreditase su capacidad de movilización y reforzase sus aspiraciones a desempeñar un papel de primera magnitud en el marco de fuerzas políticas del país. El 27 de septiembre de 1897, el Comité Nacional del PSOE hizo pública una circular anunciando el inmediato comienzo de una campaña en favor del establecimiento del servicio militar obligatorio para la guerra de Cuba (118).

Tanto *El Socialista* como *La Lucha de Clases* habían hecho pública su oposición a la guerra y su simpatía por la insurrección cubana desde que ésta comenzase en 1895 (119). A lo largo del año fue frecuente en ambos periódicos la publicación de notas y artículos en torno al problema en los que se ponía de relieve las discriminaciones a que en el cumplimiento del servicio militar daban lugar las redenciones a metálico o se señalaban, con cierto melodramatismo, las penalidades sufridas por los soldados en un medio natural como el cubano, todo ello dentro del pacifismo genérico profesado por el PSOE (120). En el periódico de Bilbao, Unamuno intentó formular una explicación económica de la guerra cubana y del hecho de la guerra en general. Atribuía la insurrección cubana a una maniobra de los *trusts* azucareros para conseguir una elevación de los precios del azúcar: «parece ser —escribía— que el principal protector de la insurrección cubana, el que les proporciona los cuartos, es el sindicato del azúcar, el *Sugar-trust*»; «... el fondo de la insurrección es cuestión de negocios» (121). Sus artículos

---

(118) *ES*, 24 septiembre-1 octubre 1897.

(119) Por ejemplo, por hacer referencia al semanario socialista de mayor conexión con este trabajo, *La Lucha de Clases* escribía el 3 de marzo de 1895: «Fuimos allá y lo conquistamos a cintarazos con sus naturales; les despojamos de sus riquezas, nos repartimos sus propiedades; les hicimos esclavos...»; el 7 de abril, *LC* decía que los cubanos luchaban «por la emancipación de su patria, como los héroes de la independencia española»; *LC*, 3 marzo-7 abril 1895.

(120) *LC*, 15 junio-10 agosto 1896.

(121) M. Unamuno, «La guerra es un negocio», *LC*, 26 octubre 1895; Unamuno insistió en su idea de que la guerra no era sino el medio

contra el militarismo y contra las guerras constituyeron quizá el núcleo principal de la campaña antibelicista de *La Lucha de Clases*: «Lo oportuno es hoy —escribía en abril de 1896— protestar contra la guerra... Lo oportuno ahora es lo que creen inoportuno todos los *patriotas*...», y ese mismo espíritu inspiró muchos de sus escritos en aquel periódico. Ya se indicó que por uno de ellos, «Los tribunales militares», sufrió *La Lucha de Clases* uno de los pocos procesos de que fue objeto en este tiempo (122).

La prolongación de la guerra llevó a una acentuación del pacifismo de los socialistas. En 1896, su prensa publicó artículos en los que incluso se defendía ya la idea del abandono de Cuba y la concesión de la independencia como medio para asegurar una paz definitiva:

«... somos muchos, pero muchos, los españoles de todos los partidos, opiniones e ideas —advertía *La Lucha de Clases* en marzo de aquel año— que deseamos, como el señor Pi, se ponga fin a guerras declarando lo que haya que declarar, la independencia de Cuba» (123).

Quizá la declaración más rotunda en ese sentido se produjese al extenderse el conflicto a Filipinas:

«En los actuales momentos —argumentaba el citado periódico en octubre de 1896—, si se quiere acabar con este estado de cosas y dado el extremo a que se ha llegado, no cabe otro camino que el abandono completo de Cuba y la concesión a Filipinas, si todavía es tiempo, de un régimen liberal...» (124).

Pero hasta la campaña convocada en 1897 en favor del servicio militar obligatorio, la oposición de los socia-

---

utilizado por el capital para destruir parte de la riqueza acumulada y aumentar así sus intereses en «El negocio de la guerra», *LC*, 9 mayo 1896; «Hipoteca patria», *LC*, 16 mayo 1896; «La guerra y el comercio», *LC*, 20 febrero 1897, entre otros.

(122) «El deber actual», *LC*, 25 abril 1896. Véase, además, «Huitziloputzli», *LC*, 7 diciembre 1895; «Contra la guerra», *LC*, 21 noviembre 1896; «Los tribunales militares», *LC*, 9 enero 1897.

(123) «Los que no chillan», *LC*, 21 marzo 1896.

(124) «Cuba y Filipinas», *LC*, 10 octubre 1896; a lo largo de 1896 fueron numerosos los artículos pacifistas publicados en aquel semanario, pero quizá fueran los dos citados en el texto los que de forma más explícita planteaban la cuestión de la independencia.

listas a las guerras coloniales no había tenido sino un valor retórico: no hubo ningún intento de movilizar a las masas en las calles. En éstas no se registró más actividad que las manifestaciones patrióticas de los nacionalistas (125). Incluso la campaña socialista por el servicio militar obligatorio estaba bien lejos de los ideales pacifistas que hasta entonces había proclamado el PSOE, como reconocía el propio Comité Nacional del mismo. Posiblemente los socialistas temieron que una reclamación más en línea con sus principios —como la paz inmediata y el abandono de las colonias— habría sido altamente impopular en vista de la euforia patriótica del país y podría haber provocado represiones y denuncias contra su partido; mientras que, por el contrario, pudieron confiar en que una petición como el servicio militar obligatorio —de la que ya existían precedentes promovidos por otros partidos y por militares profesionales en otras oportunidades— podría ser respaldada por el ejército y por la opinión pública. Así, en octubre y noviembre de 1897, los socialistas organizaron en diversos puntos del país —entre ellos Bilbao, Ortuella y Eibar— unas cuarenta reuniones públicas en apoyo de aquella petición; el 15 de noviembre, los miembros del Comité Nacional del PSOE entregaron personalmente al jefe del Gobierno, Sagasta una exposición pidiendo el inmediato establecimiento del servicio militar obligatorio (126).

La campaña no logró, sin embargo, suscitar la movilización de masas que los líderes del PSOE habían probablemente buscado. El impacto que pudo haber tenido fue en parte amortiguado al desviarse el interés de la opinión pública hacia la política autonomista emprendida decididamente por el Gobierno a fines de 1897 (127);

---

(125) La prensa socialista se limitó a ridiculizar tales manifestaciones y a exhortar a los obreros a no secundarlas. En Bilbao hubo manifestaciones patrióticas al producirse la salida de tropas hacia Cuba en marzo-abril 1895, y más tarde el 17 de febrero de 1896, a la que asistieron unas 20.000 personas; el 2, 3 y 8 de marzo de 1896, al reconocer los Estados Unidos la beligerancia de los rebeldes; el 14 de mayo del mismo año, en que se organizó un acto religioso y patriótico con asistencia de 30.000 personas, y ya luego, el 24 de abril de 1898, al declararse la guerra a los Estados Unidos.

(126) *ES*, 19-26 noviembre 1897; *LC*, 2 octubre-20 noviembre 1897. El lema de la campaña fue, como es sabido, «O todos o ninguno».

(127) Los socialistas apoyaron esta política y criticaron duramente la oposición que a la misma hicieron los intereses perjudicados por ella: «sólo los que aman la verdad y la justicia, sin espíritu de lucro,

y además el gobierno Sagasta, que desde su subida al poder, en octubre de 1897, había declarado su intención de operar en la guerra cubana más en el terreno político que en el militar, tal vez no considerara necesario proceder a introducir modificaciones en el sistema de reclutamiento, en parte por los inconvenientes de orden técnico que planteaba y en parte porque a fines de 1897 la insurrección parecía sofocada (128).

Por otra parte, los socialistas hasta cierto punto desvirtuaron el significado original de su campaña. Esta pronto derivó hacia una violenta denuncia contra todos los restantes partidos políticos y especialmente contra los republicanos, cuyo papel en la agitación patriótica había sido prominente (129). Lo que había sido concebida como una «campaña noble», como los socialistas la denominaron, terminó como expresión de estrecho sectarismo de partido. Privados así del apoyo de otras fuerzas políticas, los socialistas no pudieron influir sobre las decisiones del Gobierno. En enero de 1898, el Comité Nacional del PSOE publicó otra circular anunciando la reanudación de su campaña si el Gobierno no concedía el servicio militar obligatorio antes de la reapertura de las Cortes. Estas se reabrieron el 20 de abril, un día antes de declararse oficialmente la guerra con Estados Unidos. El estado de guerra fue declarado en toda España y la nueva campaña socialista hubo de ser suspendida.

Cuando se hizo inminente la guerra con Estados Unidos, no cesaron los socialistas de pedir, a través de sus periódicos, manifiestos y circulares del Comité Nacional, se evitara aquélla, incluso a cambio de la independencia

---

como los socialistas —decía *La Lucha de Clases*—, aplauden sin reservas los proyectos del gobierno fusionista, porque ante todo y sobre todo queremos que la guerra acabe»; *LC*, 4 diciembre 1897.

(128) Además, el aumento de tropas, que la aplicación inmediata del servicio militar obligatorio hubiera supuesto, habría significado un aumento considerable de los gastos del Estado sin garantías, a cambio, de una mayor efectividad del ejército; cabía la posibilidad, además, de que la medida alienase simpatías electorales al partido liberal: al fin y al cabo, la exención del servicio militar había sido tradicionalmente una fuente importante de clientelismo político.

(129) *LC* publicó varios artículos contra los republicanos durante la campaña: «Al frente de sus huestes militan hombres de fortuna, grandes oradores, que han figurado en casi todas las Cortes de la Restauración acá. ¿Pusieron nunca empeño en conquistar el servicio militar obligatorio? ¿Presentaron nunca proyecto alguno de ley aboliendo la iniquidad de las redenciones a metálico? No.» *LC*, 30 octubre 1897.



de Cuba, ni de condenar la exaltación patriótica que con dicho motivo se produjo en el país (130). Pero, como las de otros grupos pacifistas, la voz de los socialistas fue acallada por el fervor patriótico. Incluso no es improbable que algunos socialistas se sintieran ganados por éste:

«Creemos que los gobernantes de Estados Unidos —escribiría *La Lucha de Clases* al declararse la guerra— han procedido como unos canallas y que España tiene razón... Hacemos fervientes votos por que el destino favorezca a las armas españolas.»

«Deseo de todo corazón —manifestaba uno de los fundadores del PSOE, Francisco Mora, sobre los Estados Unidos— que sean los vencidos» (131).

Pero tras producirse las primeras derrotas militares, comentarios de esa índole no fueron ya impresos en la prensa socialista. El PSOE tomó una intransigente actitud contra la guerra, e incluso consideró la posibilidad de organizar manifestaciones en favor de la paz, a pesar del estado de guerra. El rápido fin de la guerra libró al PSOE de realizar aquel proyecto (132).

De haberse llevado a cabo, hubiera sido la primera vez en varios años que el PSOE se había colocado fuera de la legalidad. De hecho la evidencia sugiere que en 1898 el PSOE estaba más decidido que nunca a no hacerlo. En marzo de ese año el Gobierno liberal convocó elecciones. Por lo que se refiere a Vizcaya, el nuevo Gobierno había dado ya pruebas, desde su subida al poder en octubre de 1897, de su deseo de derrotar a Chávarri, posiblemente, entre otras razones, como revancha por la deserción de éste en 1894 al discutirse en el Senado la aprobación de los tratados comerciales. La primera medida del nuevo gobernador civil, Polanco, fue suspender el Ayuntamiento de Sestao, feudo de Chávarri. En las elecciones, el Gobierno, una vez fracasado el intento de reconstruir

---

(130) «... nosotros, que ante todo queremos la paz, pedimos alto, pero muy alto, que se conceda a Cuba la independencia», *LC*, 16 abril 1898; «demos estridente nota de discordancia en este delirio por la guerra», *LC*, 23 abril 1898. Véase, entre otros muchos ejemplos, el manifiesto del 1 de mayo de 1898, la circular del Comité Nacional de 26 junio 1898 en *LC*, 14 mayo y 9 julio 1898.

(131) *ES*, 1 mayo 1898; declaración de *LC*, en *LC*, 23 abril 1898.

(132) «Contra la guerra», *LC*, 18 julio 1898, y circular de 26 junio 1898.

la vieja alianza liberal-republicana en apoyo de un liberal de prestigio, apoyó, como se indicó, a Martínez Rivas por Bilbao y a su yerno, Adolfo Urquijo, por Baracaldo. Un hermano de Martínez Rivas visitó a Iglesias en su domicilio, ofreciéndole el distrito de Valmaseda si renunciaba a presentarse por Bilbao; el ofrecimiento fue confirmado en nombre del Gobierno por el subsecretario de la Presidencia, y en Bilbao por el gobernador civil (133).

Iglesias no accedió, aparentemente por razones éticas; posiblemente, porque los socialistas creían muy probable su victoria. El recuerdo de la incapacitación de los concejales estaba aún fresco y la causa socialista recibió un fuerte respaldo al fallar el Tribunal Supremo a favor del recurso interpuesto por los socialistas un mes antes de las elecciones.

Por otra parte, la subida de los cambios había producido un súbito encarecimiento de las subsistencias, y especialmente del pan, desde principios de 1898. En febrero y marzo hubo protestas, huelgas y manifestaciones en diversos puntos del país (134). El 14 de marzo se declararon en huelga unos 200 obreros de los cargaderos de mineral de la Diputación de Vizcaya en Ortuella, solicitando 0,25 ptas. de aumento salarial. El director de los trabajos rechazó la demanda y ordenó el despido de unos 40 obreros. Al día siguiente, como en 1890 y 1892, grupos de huelguistas armados con palos y barras de hierro comenzaron a parar minas, tranvías aéreos y ferrocarriles mineros. Como consecuencia, el número de parados ascendió a 4.000. En un determinado momento, en Ortuella la Guardia Foral —a 140 guardias civiles y forales ascendía el número de fuerzas de orden en la zona— disparó contra un numeroso grupo de mineros. Dos de éstos resultaron muertos. La indignación producida por estos hechos fue inmensa. El paro se hizo general; cientos de mineros se concentraron en Ortuella, cuyo comercio cerró en señal de duelo. Cuando la Guardia Foral intentó retirar los cadáveres, una gran multitud trató de impedirselo. Aquella hubo de abrirse paso calando las bayonetas y disparando: otro obrero resultó muerto. Inme-

---

(133) J. J. Morato, *Pablo Iglesias Posse. Educador de muchedumbres* (Barcelona, 1968, ed.), p. 91; J. A. Meliá, *Pablo Iglesias. Rasgos de una vida íntima* (Madrid, 1926), pp. 50-51; LC, 2 abril 1898.

(134) M. Fernández Almagro, *Historia política de la España contemporánea* (Madrid, 1968, ed.), III, p. 104.

diatamente los socialistas formaron una comisión que, presidida por Perezagua, se entrevistó con el gobernador civil. Ante las promesas de éste de mediar en favor de las demandas de los mineros, la comisión publicó un manifiesto «recomendando calma y convocando una manifestación de duelo», celebrada ese mismo día, con más de 10.000 personas, bajo la presidencia de Perezagua, Carretero y Pascual. El 17, ante las reiteradas promesas del gobernador —cuya animosidad contra Chávarri en cuestiones electorales le había enfrentado con el Círculo Minero—, la comisión ordenó la vuelta al trabajo.

Los socialistas, posiblemente de cara a las inmediatas elecciones, habían seguido una línea claramente conciliadora en el conflicto. *La Lucha de Clases*, aunque censurando duramente la intervención de la Guardia Foral, incluso condenó la huelga:

«Nosotros —decía— somos los primeros en lamentar esta forma de hacer las huelgas, pues si los obreros de la Diputación, por sí y ante sí, declaran una huelga, ellos solos deben continuarla, contando únicamente con el apoyo moral y pecuniario de todos los obreros de las minas, que debieran seguir ocupados en los trabajos» (135).

Tanto la prudencia con que los socialistas dirigieron el conflicto como la reacción emocional suscitada por los sucesos de Ortuella favorecieron las posibilidades electorales de aquéllos. Los socialistas intentaron igualmente canalizar a su favor el malestar producido por el alza de precios, incluyendo en su programa electoral la reducción de los aranceles del trigo. Llevaron a cabo un gran esfuerzo electoral. Todas las agrupaciones socialistas del país contribuyeron económicamente a sufragar los gastos de la contienda. La propaganda realizada fue más intensa que nunca.

El resultado fueron los 3.048 votos obtenidos por Iglesias frente a los 4.450 de su rival, Martínez Rivas. Nunca, antes de la conjunción republicano-socialista de 1910, estaría un candidato socialista tan cerca del acta como estuvo Iglesias en aquella ocasión. Posiblemente una parte de esos votos se debiera a apoyo chavarrista, ya que

---

(135) LC, 19 marzo 1898; EN, NB, 14-18 marzo 1898.

Iglesias obtuvo 699 votos en el distrito de Ensanche, el distrito de la alta clase media de Bilbao, donde unos meses después, en las elecciones provinciales, los socialistas obtendrían solamente 195 votos. También pudieron votarle individuos de esa clase disgustados con los procedimientos de Martínez Rivas, que, como se indicó, superaron a todo lo que hasta entonces se había hecho en Bilbao en cuanto a corrupción electoral. Los agentes del gobernador llegaron a impedir, en algún caso revólver en mano, vocear la candidatura socialista. Perezagua fue detenido la víspera de las elecciones por orden de la jurisdicción militar, que consideró delictivo el discurso que pronunciara en Ortuella en el entierro de los tres mineros muertos el día 15, y aunque el gobernador civil asegurase que se había opuesto a la detención, toda la prensa vio en ella otra maniobra electoral. Algunos colegios se cerraron antes de tiempo, impidiéndose votar a conocidos socialistas. En otros, numerosos electores fueron suplantados. Ya se hizo referencia al dinero desembolsado por Martínez Rivas: un agente suyo fue detenido con un saco que contenía 615 ptas. (136).

Los socialistas impugnaron las elecciones. Organizaron mítines de protesta en todos los lugares del país donde tenían organización. Pero ante la irritación que existía en sus filas, *El Socialista* se sintió obligado a recordar que el PSOE no abandonaría el camino de la legalidad: «el camino de la violencia no debemos recorrerlo nunca, ni jamás debemos abandonar el ejercicio de nuestros derechos» (137). Las mismas circunstancias en que se había producido la derrota de Bilbao —que permitía atribuirle a irregularidades electorales y eludir la cuestión acerca de las verdaderas posibilidades electorales del partido— reforzaban en cierta manera los argumentos de los líderes socialistas en favor de la vía electoral. Demostró 1898 que el PSOE era ya en Bilbao una seria competencia electoral; el partido estaba plenamente ganado a métodos constitucionales. Incluso en Vizcaya «las turbulencias e inquietudes de los primeros años», como las denominó

---

(136) *EN*, 27 marzo 1898; *NB*, 30 marzo 1898; «Elección general de 1898», *AMB*, sección cuarta, legajos 279-280; Polanco a Ruiz Capdepón, 27, 28, 29 marzo 1898, *AMG*, serie A, legajo 19.

(137) *ES*, 8 abril 1898.



Aldaco en el mitin de 1 de mayo de 1897, parecían rectificadas:

«Se ha ido modificando bastante —observaba *El Nervión* en aquella fecha— aquella actitud semi-revoltosa en que el partido socialista obrero se colocó para pedir la aprobación de las reformas escritas en su bandera... Tales procedimientos han sido abandonados» (138).

A juzgar por la conducta de los socialistas en los problemas surgidos en las minas en 1894 y 1896, en la cuestión de la incapacitación de los concejales en 1897, y al año siguiente en los sucesos de Ortuella e incluso durante la guerra con Estados Unidos, tales comentarios parecían justificados (139).

---

(138) *EN*, 1 mayo 1897; la observación de Aldaco en *LC*, 1 mayo 1897.

(139) Como se indicó, el PSOE no llegó a realizar ningún acto público contra la guerra; en Bilbao, los socialistas pensaron organizar el 1 de mayo de 1898 una manifestación en favor del servicio militar obligatorio, pero el gobernador civil, Polanco, la prohibió. No obstante, se celebró la fiesta ya tradicional en aquella fecha, y en ella los oradores hicieron pública su oposición a la guerra. Pero el acto, según la prensa local, pasó inadvertido, en contraste con las ruidosas manifestaciones patrióticas celebradas días antes, el 24 de abril. Como en una de éstas fueran detenidos cuatro socialistas por proferir gritos vitoreando el servicio militar obligatorio, la Agrupación Socialista de Bilbao se precipitó a desidentificarse de ellos: «El Comité de la Agrupación Socialista de Bilbao —declaró *La Lucha de Clases*— pasó inmediatamente a los periódicos un comunicado, declarando que nada tenía que ver con los que, fueran o no socialistas, entorpecían el libre ejercicio de una manifestación». Parece concluirse de ello que el temor a colocarse frente a la opinión pública, junto con otras consideraciones, inspiró la política socialista contra la guerra; *LC*, 1 mayo 1898; *EN*, 2 mayo 1898.

## CAPITULO III

### LA APARICION DE NUEVAS FUERZAS

El desfavorable resultado de la guerra del 98 extendió en muchos círculos políticos la idea de la necesidad de una renovación radical de la totalidad de la vida política española. Algunos comentaristas creyeron posible que el PSOE jugase en ella un activo papel y se convirtiese en adelante en una verdadera fuerza nacional, tanto más cuanto que en vísperas de las elecciones generales de 1899, las circunstancias parecían favorecer a aquel partido —como señalaba *La Epoca*, primer periódico conservador del país—, aunque sólo fuese por la cada vez más manifiesta deterioración de los partidos republicanos y por la no responsabilidad del PSOE en el desastre (1).

La experiencia de los próximos años demostraría que tales previsiones carecían de fundamento. Diez años después de la guerra del 98, el PSOE no tenía todavía un solo diputado, y la UGT apenas si controlaba un 3 por 100 del proletariado industrial del país. Sin embargo, las críticas contra la dirección del partido por la responsabilidad que pudiera haber tenido en ello carecían todavía de fuerza dentro de la organización como para imponer un cambio de política. Pero no eran inexistentes, y desde los años 1902-03 los síntomas de renovación dentro del PSOE se irían haciendo, como veremos, más evidentes.

Porque, en efecto, a partir de aquellos años sería cada vez mayor el número de socialistas que atribuiría el fracaso político de su partido a errores de táctica y no a la ineducación política del país o las limitaciones del sistema parlamentario español.

La política y la táctica con las que el PSOE afrontó la situación posterior al 98 —aislamiento y penetración pacífica en el sistema parlamentario— no difirió sustancialmente de las directrices adoptadas en años anteriores.

---

(1) «Los socialistas», *LE*, 13 marzo 1899.

Al contrario, pronto se evidenció que la guerra había reafirmado a Iglesias en todos sus principios y opiniones políticas. Interpretaba el desastre del 98 como la bancarrota no ya de unos partidos o de un régimen, sino de toda una causa histórica, «la causa de la clase burguesa», como dijese en unas declaraciones a la prensa; consideraba que dicha clase estaba incapacitada para realizar la obra de regeneración que España necesitaba y, consecuentemente, apartó a su partido de todos los movimientos «regeneracionistas» aparecidos tras el 98 (2). El que de todos ellos pareció, en un principio, tener mayor consistencia política —el movimiento de las Cámaras de Comercio iniciado en Zaragoza en noviembre de 1898— fue recibido por los socialistas con prudente escepticismo que pronto derivó hacia una franca hostilidad. Cuando en enero de 1900, representantes de las cámaras y organizaciones afines se reunieron en Valladolid para constituirse como partido político, la *Unión Nacional*, los socialistas celebraron en la misma ciudad y a la misma hora un mitin (con Iglesias) para dejar constancia de su pleno desacuerdo con aquel movimiento: «los obreros —comentaba *El Socialista* sobre éste— no tenemos solidaridad con quienes no vieron en sazón oportuna los males que aquejaban a la administración política» (3).

Tampoco entraba, de momento, en los planes de Iglesias la cooperación con otras fuerzas políticas democráticas. Por el contrario, su estrategia tenía como uno de sus principales objetivos la descalificación de éstas como oposición al régimen y su desplazamiento como tal en beneficio del PSOE. Pensaba que era en el terreno económico, y no en el político, donde iban a plantearse y donde debían resolverse los problemas que en adelante afrontaría el país. Y parecía aspirar a que dentro de esta perspectiva —y sin necesidad de cambios de régimen, supuesto que la Monarquía siguiese respetando como hasta entonces los derechos individuales— el PSOE jugase el papel de alternativa moderada a un partido de una nueva burguesía emprendedora y reformista:

«... (la burguesía) se debe convencer de una cosa —declaraba a un periódico de Madrid el 4 de octu-

---

(2) Véase las declaraciones de Iglesias en *El Liberal* de Madrid, reproducidas en *LC*, 8 octubre 1898.

(3) *ES*, 19 enero 1900.

bre de 1898—: que nosotros no tratamos de arrebatárle el poder por los medios que ella empleó, la violencia y la sangre, sino por medios de derecho.»

«Impónese —argumentaba *El Socialista*— que los gobernantes presten atención principal al desarrollo de la riqueza, esto es, al fomento de la industria, de la agricultura y del comercio.»

«Necesitamos una burguesía activa —decía *La Lucha de Clases*—, un capitalismo emprendedor como el de otros países, no una caterva de ignorantes, de rutinarios» (4).

En definitiva, dado que para el PSOE la «regeneración» de España no exigía un cambio de régimen, sino reformas económicas, y dado que sus dirigentes consideraban a «regeneracionistas» y republicanos incapaces de llevarlas a cabo, toda colaboración con dichos movimientos quedaba descartada, y la política de aislamiento, plenamente ratificada.

## I. *El nacionalismo vasco*

A esos mismos esquemas se ajustaría la política socialista en la región vasca, modificados parcialmente de acuerdo con las peculiaridades de la política local; pues no podía dejar de afectar la estrategia del socialismo de dicha región, la aparición en Bilbao de una derecha (comparativamente) de masas, el nacionalismo vasco, que parecía capaz de capitalizar la alarma de las clases medias locales ante la creciente movilización política y laboral de los trabajadores inmigrantes, aparición que suponía quizá el hecho político local de consecuencias más duraderas de los ocurridos a partir (pero no necesariamente a causa) del 98.

El movimiento de las Cámaras de Comercio y sociedades afines tuvo, aunque lo apoyase la más influyente prensa local, muy escaso impacto en el País Vasco, entre

---

(4) Declaraciones de Iglesias a *El Liberal*, en *LC*, 8 octubre 1898; «Lo que se impone», *ES*, 23 diciembre 1898; *LC*, 21 enero 1899. Respecto a la actitud del PSOE en aquel momento sobre la Monarquía, Iglesias decía en las mencionadas declaraciones: «los socialistas no miran como cosa indiferente las formas de gobierno. Pero para ellos más sustancial que esas reformas consideran el mantenimiento de los derechos individuales».



otras razones porque, gracias al concierto económico, el aumento de impuestos acordado por el Gobierno en 1899 —causa de descontento que las Cámaras quisieron usar para potenciar su movimiento— no tenía aplicación en la región. El Gobierno elevó el cupo tributario concertado con las provincias vascas, pero éstas tenían recursos suficientes para cubrirlo sin gravar ni a la industria ni al comercio. Por eso, y por su vinculación a los partidos monárquicos ya existentes, fue quizá que los representantes de las Cámaras de Comercio vascas se opusieron siempre a convertir aquel movimiento en un tercer partido político y creyeron más conveniente presionar dentro de los dos partidos históricos para obligarles a aceptar el programa de las Cámaras. De hecho, Alzola, portavoz de la Cámara de Comercio de Bilbao, estaba convencido de que el Gobierno Silvela-Polavieja de 1899 había incorporado la parte más sustancial del mismo; consecuentemente, en febrero de 1900 la Cámara de Bilbao se desligó de la Unión Nacional (5).

Sin embargo, no por eso dejó de impregnar la vida pública local la retórica «regeneracionista» que por entonces dominaba en el país. Como en casi toda España también la prensa de Bilbao se sumó al coro de protestas contra la que fue moda entonces llamar «política de palabras y gestos vacíos», encarnada, en opinión de dicha prensa, por los profesionales de la política de los partidos liberal y conservador. En la esfera política local, esa reacción tomó la forma de una firme oposición a los procedimientos electorales de Chávarri y Martínez Rivas y de una campaña en favor de la elección a los cargos públicos de Vizcaya de hombres cuya única etiqueta fuese la defensa de los intereses locales (6).

---

(5) *EN*, 13 febrero 1900; sobre la actitud de la Cámara de Comercio de Bilbao, véase *LE*, 7, 14-18 enero 1900.

(6) Recuérdesse la «indignación» que, según la prensa, habían suscitado los procedimientos usados por Martínez Rivas para asegurarse el acta en las elecciones generales de marzo de 1898. *NB* publicó al día siguiente de celebrarse aquéllas un artículo en el que se proponía la formación de un partido vascongado «que por encima de todo salve los intereses autonómicos que aún nos restan, y desvíenos del precipicio a que nos conduce esa vergonzosa compra de votos»; *NB*, 29 marzo 1899. Artículos con contenidos similares aparecieron en otros periódicos locales, como *El Nervión*, que al igual que *El Noticiero Bilbaíno* pueden considerarse como plenamente independientes. Ninguno de ellos apoyaría a los nacionalistas vascos posteriormente; incluso *El Nervión* daría la nota patriótica local a lo largo de la guerra con

Las elecciones provinciales de septiembre de 1898 para el distrito de Bilbao capital proporcionaron la ocasión para que dichas opiniones fuesen aireadas. Aunque triunfó la candidatura chavarrista, que obtuvo tres de los cuatro cargos disputados, lo que dio significación a las elecciones fue la elección del líder del movimiento nacionalista vasco, Sabino Arana. Obtuvo 4.545 votos, cifra inferior en sólo 300 a la obtenida por el chavarrista Aresti y muy superior a los 1.830 votos del primer socialista, Villar. Como los votos de Arana, en contraste con los de Aresti, eran en gran parte auténticos, se le consideró como el verdadero triunfador de la elección.

A muchos observadores contemporáneos no pasó inadvertido el primer triunfo electoral del *bizkaitarrismo*, como originariamente se denominó al nacionalismo vasco. Posteriormente, a menudo se ha querido ver en ese triunfo y en los que le siguieron un síntoma de la reacción de la burguesía de la periferia industrial española contra el centro supuestamente oligárquico y caciquil (7). Irónicamente, sin embargo, la victoria de Arana fue posible gracias al apoyo de fuerzas políticas (carlistas, integristas y católico-fueristas) entonces y después consideradas como las más regresivas de la política española y cuya conexión con burguesías democratizantes, periféricas o no, parece difícil de establecer. Se estimaba en Bilbao que de los 2.300 votos que Arana obtuvo en la capital (el resto, hasta 4.545, los logró en los pueblos que en las elecciones provinciales formaban parte del distrito de Bilbao), apenas 300 serían nacionalistas; «le votaron muchos tibios —decía un observador contemporáneo— y muchos que deseaban sacudir el yugo dominante de Chávarri» (8); el triunfo, comentaba *La Lucha de Clases*, «se lo han hecho elementos extraños a su causa» (9).

---

los Estados Unidos; *EN*, 10 agosto-10 septiembre 1898; *NB*, 9 septiembre 1898.

(7) El argumento es reforzado por el resurgimiento simultáneo del catalanismo.

(8) J. Orueta, *Ante el problema regionalista. El País Vasco* (Madrid, 1907), p. 51; estimación de votos en A. Sánchez Ramón, «Los separatistas de Vizcaya», *EI*, 16 septiembre 1898.

(9) Según *LC*, le habían votado, además de carlistas, integristas y «euskalerrriacos», algunos republicanos; *LC*, 17 septiembre 1898. Puede concluirse que a Arana le votaron las mismas fuerzas que en 1893 votaron a Adolfo Urquijo.

Probablemente, Arana tuvo la suficiente perspicacia política —aunque dígase lo que se quiera, nunca anduvo sobrado de ella— para ver que el extremismo separatista de sus primeras propagandas carecía de futuro político y alienaba a su partido muchas simpatías. Desde 1898-99 llevó a su partido hacia la acción legal y hacia la colaboración con otros grupos de la derecha católica local:

«Bien fuese porque le halagase la unión de tan poderoso elemento de fuerza —argumentaba un buen conocedor de la política vasca, simpatizante de Arana— o porque no llegase a definir bien a tiempo lo que era preciso, su partido tomó un fuerte tinte reaccionario» (10).

De hecho, esa evolución «coincidió —como señalaba uno de los dirigentes nacionalistas en 1921— con el comienzo de afluencia de las masas nacionalistas y también con el comienzo del prestigio que el nacionalismo vasco ganó ante la sana opinión del país» (11). En la práctica, su carácter ultracatólico y su nunca disimulada hostilidad al socialismo fue lo que —además, por supuesto, de su vasquismo— proporcionó al nacionalismo vasco el apoyo sustancial de una buena parte del electorado. En este sentido, parece significativo que casi un 25 por 100 de los votos obtenidos por Arana en 1898 lo fuese en los barrios de las clases medias de Bilbao (San Nicolás, Mercado y Santiago), mientras era ampliamente derrotado por los socialistas en San Francisco, Bilbao la Vieja y Cortes, y por los monárquicos en los distritos de las altas clases y medias de la capital (12).

---

(10) J. Orueta, *op. cit.*, p. 51.

(11) «Etapas del nacionalismo», conferencia dada por L. Eleizalde en Bilbao; *Euzkadi*, 4 diciembre 1921.

(12) En San Francisco, Cortes y Bilbao la Vieja, los socialistas lograron 1.180 votos, y Arana, 702; en San Nicolás, Mercado y Santiago, ganó Arana con 375, 387 y 250 votos, respectivamente, frente a 342, 260 y 67 del primer chavarrista, Aresti; en Ensanche —como se recordará, el barrio de la alta clase media bilbaína—, Aresti logró 1.025 votos, y Arana, 624; por lo que se refiere a los pueblos, Arana ganó en Basauri (198 votos, por 82 Aresti), Deusto (240-196), Erandio (386-247) y Lauquiniz (79-27), pero perdió en Arrigorriaga (102-212), Barrica (34-45), Begoña (255-299), Berango (29-66), Echegarri (25-79) y Guecho (224-266). En total, en Bilbao capital, Arana logró 2.624 votos, y Aresti, 3.090; en los pueblos, Arana, 1.572, y Aresti, 1.529. «Elecciones provinciales celebradas el 11 de septiembre de 1898», AMB, sección cuarta, legajo 279.

Aquel aspecto del contenido del nacionalismo vasco fue bien puesto de relieve en escritos de sus seguidores o de sus simpatizantes:

«El socialismo con su propaganda, con sus centros y con sus mítines —escribía uno de aquéllos— llegó a hacerse poco menos que dueño del Ayuntamiento... Pero lanzóse el nacionalismo a la lucha política y en pocos años ha conseguido eclipsar a los socialistas y a todos los demás partidos políticos» (13).

Muchos observadores neutrales eran de la misma opinión: «Aquí en Bilbao —escribía el doctor Enrique Areilza, director del Hospital Minero— el nacionalismo tiene que ver muy poco con la raza... Más le preocupa exterminar del Municipio los elementos extraños y peligrosos para su riqueza» (14). Se pensaba en Bilbao que todo intento del Gobierno para facilitar el triunfo de Iglesias —como se creía trataba de hacer Sagasta en 1901— redundaría únicamente en beneficio de los nacionalistas (15).

Como podía esperarse, la opinión liberal del país recibió la victoria de Arana con alarma e irritación. *El Imparcial* lanzó un apasionado ataque contra Arana, de quien dijo era «uno de esos espíritus degenerados que odian la nación», «un histérico» y «un desequilibrado». Castrovido, un conocido periodista republicano, calificaba el separatismo bilbaíno como «archirreligioso, antiliberal y opuesto a la democracia», y añadía que era «odioso y aborrecible» (16):

«Los obreros catalanes y los obreros vizcaínos —comentaba por su parte *El Socialista*— ven con profundo desdén esas autonomías, esas descentralizaciones a las que se quiere dar por fundamento el odio» (17).

---

(13) A. Loyarte, *Pinceladas de Basconia* (Tolosa, 1905), I, p. 257.

(14) Areilza a T. Aranzadi, 3 junio 1904, en Dr. Areilza, *Epistolario* (Bilbao, 1964), p. 64.

(15) C. Echegaray, «Su correspondencia epistolar con Menéndez y Pelayo», *Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo*, octubre-diciembre 1925, pp. 25-26.

(16) R. Castrovido, «El separatismo bilbaíno. Bizkaitarras y socialistas», *El Pueblo*, Valencia, reproducido en *LC*, 1 octubre 1898; *EI*, 14 septiembre 1898.

(17) «El regionalismo y los obreros», *ES*, 20 octubre 1898.



Fueron estos mismos puntos de vista los que dominaron entre los miembros de la Agrupación Socialista de Bilbao. De hecho, abundantes pruebas del intenso sentimiento antinacionalista del socialismo de Bilbao pudieron apreciarse desde el primer número de *La Lucha de Clases* en 1894 (18). Es difícil ver cómo podía haber sido de otra forma, dado que cultural y socialmente el nacionalismo vasco tuvo desde sus orígenes —junto a una apasionada exaltación de sentimientos locales— las características de una reacción de clases medias contra la presencia súbita de un numeroso proletariado inmigrante. Las frecuentes y tumultuosas huelgas de 1890-92 y el rápido éxito del socialismo en Bilbao y en las minas produjeron una profunda conmoción en la que hasta entonces había sido una comunidad armónica y estable. El temor a una posible marcha de mineros sobre Bilbao reaparecería en todas las huelgas, aunque ese temor nunca se materializase. La reducida dimensión de Bilbao y el agudo contraste social que, como vimos, caracterizó a sus barrios desde la masiva inmigración de trabajadores, no hacían sino agudizar las tensiones sociales. La corrupción moral y el crimen fueron pronto identificados con los «barrios altos» —los barrios obreros de San Francisco, Bilbao la Vieja y Cortes—, donde se hallaban emplazados los numerosos burdeles de Bilbao, donde escándalos y pependencias callejeras eran práctica cotidiana desde las primeras horas de la tarde y donde unas deplorables condiciones higiénicas creaban una atmósfera de miseria y suciedad que los segregaba del resto de la ciudad. Lo que el nacionalismo vasco hizo fue, en principio, dar forma cultural a los te-

---

(18) En el número uno, *LC* llamaba a los nacionalistas «zulús» e «igorrotes», y a su sociedad, Euzkeldun Batzokija, «Eus-kaldo de Bazofia»; *LC*, 7 octubre 1894. Después, los ejemplos similares son abundantísimos, especialmente en los períodos en que Valentín Hernández dirigía el periódico: «El señor Arana *eta* Goiri —podía leerse en *LC*, 6 julio 1895— debe ser o un loco o un perverso. Si lo primero, debe llevarse a un manicomio; si lo segundo, a un presidio. De ningún modo debe andar suelto por la calle»; el 1 de febrero de 1896 llamaba a los nacionalistas vascos «apreciables neuróticos», y *LC* decía alegrarse por la terminación del manicomio de Bermeo. «Nosotros... —afirmaba el citado periódico en agosto de aquel año— no podemos ver sin repugnancia ese espíritu de pequeñez y de miseria que informa a los llamados regionalistas, y todas las armas nos parecen buenas para combatirlos, desde la chacota y el ridículo hasta el argumento serio y contundente»; *LC*, 29 agosto 1896. Eso es lo que hizo el citado periódico antes y después del triunfo de Arana en 1898.

mores y aprensiones que esa situación suscitaba en las católicas clases medias de Bilbao, y posteriormente organizar un partido político que expresase las aspiraciones de las últimas. Así, desde los años ochenta se generalizó el uso del término *maqueto* para referirse peyorativamente a los trabajadores inmigrantes (19). Los nacionalistas vascos encarnaron políticamente las aspiraciones de quienes hacían a éstos responsables de la creciente inestabilidad social y de la rápida deteriorización de las costumbres y prácticas morales y religiosas de la vida tradicional que se observaba en Bilbao:

«¿Quiénes son los que al grito de: ¡Viva la República! ¡Viva la República Social! ¡Muera Bizcaya! ¡Abajo los jesuitas! ¡Muera el clero!, pretenden acorrarnos y hacer suyo nuestro campo? —decía una hoja nacionalista publicada en 1903— ... (Son los que) vienen de otras regiones a proveerse del *pan de cada día* que no encuentran en su caritativo y rico país... Son esos desgraciados a los cuales el espíritu hospitalario vasco los recibe en su hogar con los brazos abiertos. Es esa turba nauseabunda con entrañas de fiera que llena nuestra Patria de crímenes y hechos repugnantes... Mercancía adulterada y podrida que emigra a nuestro país para pervertirlo y emponzoñarlo» (20).

Unamuno consideraba esta hostilidad hacia los obreros inmigrantes como la característica dominante del movimiento vasco:

«El calificativo más adecuado al movimiento —escribía— no es tanto el de *separatismo* como el de *antimaquetismo*. Es ante todo y sobre todo una explosión enemiga hacia el español no vascongado, el *maqueto*, establecido en Bilbao y que allí trabaja» (21).

---

(19) M. Unamuno, «Mi primer artículo», *NB*, 8 enero 1924.

(20) «A los vascos», hoja escrita por el director de *La Patria*, órgano del nacionalismo vasco, durante los disturbios anticlericales de 1903, a los que se hace referencia más adelante. Sin duda, la violencia verbal de la hoja está exagerada a causa de las pasiones que aquéllos levantaron. Pero los conceptos eran de uso familiar entre los nacionalistas.

(21) M. Unamuno, «El antimaquetismo», *El Heraldo de Madrid*, 18 septiembre 1898.

Maeztu advertía en el bizkaitarrismo «un ideal negativo», cuyo fondo era, en su opinión, «el odio que los naturales de un país profesan a los extraños que les disputan el salario» (22).

Como partido que aspiraba a representar a los trabajadores inmigrantes, el partido socialista no tenía más opción que colocarse de forma decidida frente al nacionalismo: «si en Bilbao —había observado ya en 1898 Castrovido— no ha hecho más estragos el separatismo, débese a la labor constante e inteligente del socialismo» (23).

Era en gran medida cierto. El antinacionalismo fue el tema central de la campaña electoral socialista en 1898. El 3 y el 10 de septiembre de aquel año, la Agrupación Socialista de Bilbao publicó sendos manifiestos electorales, en los que advertía al electorado de Bilbao contra el peligro de un triunfo de Arana: éste «constituiría una decepción» —decía el primero de aquellos manifiestos—; la candidatura del líder nacionalista, añadía, «significa... un contrasentido, un enorme desatino, una aberración monstruosa». Ambos manifiestos incluían hostiles caracterizaciones del candidato nacionalista que dejaban pocas

---

(22) R. Maeztu, «Las minas de Bilbao», *Vida Nueva*, 30 abril 1899. Conviene precisar que la interpretación que aquí se propone se refiere a un partido político y no al localismo vasco. Parece significativo en este sentido que el nacionalismo tuviese su mayor fuerza inicialmente en la zona de la región con mayor inmigración obrera; en Eibar, por ejemplo, donde, como se indicó, la mayoría de los trabajadores eran vascos, el nacionalismo no tuvo influencia. La penetración del nacionalismo en la zona rural fue tardía; el éxito de Arana en 1898 en los pueblos próximos a Bilbao es engañoso, pues se debió al apoyo de otras fuerzas. «He sacado la impresión —escribía Bergé a Maura en 1919— de que se llega aún a tiempo para cortar las consecuencias de la campaña separatista, ya que en el campo no ha prendido aún el odio a España.» Bergé a Maura, 15 julio 1919, AM, legajo 119, «Bergé (hijo)». Payne ha propuesto en un libro reciente una interpretación sugestiva de la ideología nacionalista vasca como expresión de la crisis de una parte de la intelectualidad local ante la amenaza que para los valores e identidad tradicionales representaba la industrialización del país. S. Payne, *El nacionalismo vasco. De sus orígenes a la ETA* (Barcelona, 1974), pp. 6-80. Ello no explica, sin embargo, el éxito del nacionalismo en la práctica como partido, que es lo que se pretende aclarar en el texto. Por supuesto, se analiza aquí el primer nacionalismo, al que cultural, ideológica y socialmente es muy difícil distinguir del carlismo; incluso en algunos aspectos habría que situarlo a la derecha de éste. Posteriormente, sobre todo a raíz de la dictadura de Primo de Rivera, el partido nacionalista vasco evolucionó hacia posiciones próximas a la democracia cristiana; X. Tusell, *Historia de la democracia cristiana en España* (Madrid, 1974), II, pp. 11 y ss.

(23) *LC*, 1 octubre 1898.

dudas acerca de la posición socialista sobre aquél y su movimiento: «ese elemento reaccionario y chinesco —se leía en uno de ellos— que representa el excéntrico don Sabino de Arana»; «es este factor, Arana —añadía el otro—, tan extraño como ridículo» (24).

Los socialistas habían sido en aquella campaña quizá los más decididos antagonistas de Arana. En ese sentido, aquellas elecciones tuvieron un valor simbólico: las respectivas posiciones políticas de socialistas y nacionalistas habían aparecido en aquella ocasión como irreconciliables. Seguirían siéndolo por muchos años: ya se verá a lo largo de este trabajo en qué medida la necesidad de contener al nacionalismo vasco influiría sobre el desarrollo de la política socialista local. Las elecciones locales de 1899 y 1901 quedaron prácticamente limitadas a confrontaciones entre los dos partidos, dado que los carlistas habían sido casi destruidos por Chávarri en 1897, que la confusión y el desconcierto en las filas republicanas hizo que éstos se retrajeran hasta 1903 y que los liberales no basaban sus votos en la movilización del electorado, sino en la corrupción del sufragio. Por lo que se refiere a votos, nacionalistas y socialistas tenían fuerzas parejas. Aquéllos lograron 1.888 votos en 1899, por 1.341 de los socialistas, que únicamente disputaron sus tres distritos tradicionales. En 1901, luchando en todos los distritos, obtenían 2.572, cifra sólo ligeramente superior a los aproximadamente 2.100 votos de los nacionalistas. Esta paridad de fuerzas y el curso paralelo y antagónico seguido por ambos partidos no pasaron inadvertidos:

«Cuanto más potente ha venido siendo el socialismo —observaba Unamuno—, mayor fuerza ha adquirido el bizkaitarrismo frente a aquél.»

Por eso, en su opinión, el partido socialista era un «partido liberal antibizkaitarra y, por tanto, patriótico» (25).

En parte, el propio Unamuno contribuyó directamente a fomentar el sentimiento antinacionalista entre las izquierdas de Bilbao aunque personalmente permaneciese apartado de las luchas políticas locales. En el verano

(24) *LC*, 3 y 10 septiembre 1898.

(25) Conferencia de Unamuno en el Círculo Socialista de Bilbao, pronunciada el 21 de septiembre de 1908, en *NB*, 22 septiembre 1908.



de 1901 fue invitado a pronunciar el discurso inaugural de los Juegos Florales de Bilbao, ocasión que Unamuno aprovechó para pronunciar la que fue quizá la más demoladora de las críticas a la cultura y lengua vascas que hasta entonces se habían pronunciado. Su intervención irritó sobremanera a quienes creyeron ver ofendidos los sentimientos locales. Su discurso fue varias veces interrumpido por las vociferaciones de los socios de la sociedad nacionalista Centro Vasco (26). Al día siguiente, grupos de jóvenes nacionalistas se manifestaron ante la casa de Unamuno, vitoreando a Vizcaya y a Euskaria, el nombre recién acuñado para designar la nación vasca, luego reemplazado por Euzkadi (27). La izquierda recibió el discurso de Unamuno con entusiasmo. Ramiro de Maeztu, con exagerada retórica, lo juzgaba uno de «los dos faustos acontecimientos con que nuestra patria ha forzado las puertas del siglo nuevo» (28). Para Castrovido se trataba de un «honrado, sincero y valiente» discurso «contra filosofías de campanario, regresiones insensatas y estúpidas diferenciaciones por razas y lenguas» (29). Varios miembros de la Agrupación Socialista de Bilbao expresaron en su periódico su total identificación con lo dicho por Unamuno (30). Poco después, dicho periódico reproducía las notas que, como prólogo a su discurso en los Juegos Florales, Unamuno había escrito para el semanario socialista de Madrid *La Nueva Era*, y en la que para satisfacción de los socialistas de Bilbao, que por entonces estaban en medio del que era su más serio esfuerzo electoral hasta la fecha, Unamuno insistía en su tesis de la significación antinacionalista del socialismo local:

«En Bilbao —escribía— el único firme valladar enfrente de la barbarie del exclusivismo local es el socialismo. Los dos polos son allí el llamado bizkaitarrismo de un lado y el socialismo del otro» (31).

---

(26) El grito más veces repetido fue «¡A Salamanca! ¡A Salamanca!», de cuya Universidad era ya rector Unamuno. R. Maeztu, «Sobre el discurso de Unamuno», *EI*, 30 agosto 1901.

(27) *EN*, 31 agosto 1901; *LC*, 7 septiembre 1901.

(28) El otro sería *Electra*, el drama de Galdós, cuyo estreno dio lugar, como se sabe, a intensa agitación anticlerical.

(29) R. Castrovido, «El discurso de Unamuno», *LC*, 7 septiembre 1901.

(30) G. G. Revilla, «¡Hosanna! ¡Hosanna!», *LC*, 31 agosto 1901; J. Fresnedo, «Mi granito de arena», *LC*, 5 octubre 1901.

(31) *La Nueva Era*, Madrid, 1901, p. 584.

Estas palabras reflejaban con exactitud el sentir y las opiniones de los afiliados de la Agrupación local:

«Los socialistas —escribía Felipe Carretero en 1902— hemos combatido en todo tiempo el nacionalismo de Arana por considerarlo inhumano, insolidario, pobre de concepción y de espíritu, fundado en un odio injusto hacia el resto de los españoles y por ser elemento incivilizador y reaccionario» (32).

Los sentimientos antinacionalistas estaban, por esas razones, firmemente arraigados en la ideología del socialismo de Bilbao. Ello explicaría, en parte, posteriores evoluciones de su política: facilitar la aproximación a otras fuerzas antinacionalistas e incluso en algún momento —concretamente en 1918-23— el antinacionalismo jugaría, como se verá, un papel de primer orden en la estrategia electoral de los socialistas (33).

## II. *El primer impulso sindical*

Las elecciones provinciales del 98, además de plantear la cuestión del nacionalismo vasco, evidenciaron un sensible retroceso electoral de los socialistas. Desde las elecciones generales de marzo, en sólo seis meses habían perdido más de mil votos. Sin duda, la suspensión de garantías, que privó a los socialistas de su mejor arma electoral, los mítines públicos, debió contribuir a ello. Como igualmente debió influir la ausencia de algunos de los más capaces dirigentes locales (Perezagua, Carretero y Pascual), exiliados en Francia para eludir el cumplimiento de las condenas recibidas por sus ataques a las fuerzas armadas durante el entierro de las víctimas de los sucesos de marzo de aquel año en Ortuella.

---

(32) «El nacionalismo vasco —escribía el propio Carretero— no es ni más ni menos que antisocialista y enemigo, por tanto, de la redención económica de los trabajadores»; F. Carretero, *Crítica del nacionalismo vasco* (Bilbao, 1932, ed.), p. 9; la primera edición apareció en 1902. La cita del texto, en *LC*, 21 junio 1902.

(33) En revancha, Prieto, el hombre que más que ningún otro contribuyó a delinear esa estrategia, sería siempre la pesadilla de los nacionalistas. J. Zugazagoitia, «Las raíces del nacionalismo vasco», *Leviatán*, mayo 1934, pp. 74-79.

Pero hay alguna evidencia que parece sugerir que otros factores habían tenido también parte en ello. Por ejemplo, en julio de 1898, Aldaco, entonces director de *La Lucha de Clases*, se lamentaba a Unamuno de que la tirada del periódico había descendido en pocos meses de 9.000-10.000 ejemplares a 6.000-6.500: «Hay que reconocer —concluía— que en esta baja ha influido no poco la guerra» (34). A la vista de esta afirmación, y de la pérdida de votos sufrida en las elecciones provinciales, podría pensarse que su política de oposición a la guerra dañó el crédito del PSOE y le restó apoyo popular (35).

Hay, por otra parte, síntomas que parecen indicar que los líderes socialistas estuvieron desorientados por el curso que los acontecimientos tomaron tras la derrota de 1898. La intensidad y amplitud del movimiento de organización sindical que entonces se produjo les cogió por sorpresa: «No son los momentos que atravesamos los mejores, los más a propósito para que los trabajadores obtengan de la resistencia el máximo de beneficios que ésta pueda reportarles», afirmaba *La Lucha de Clases* cuando los síntomas de aquel movimiento eran ya evidentes (36). La ola de huelgas que entre 1899-1903 afectó, antes o después, a las principales poblaciones de España se produjo en gran medida al margen de la influencia socialista, y en muchos casos a pesar de ella, incluso en Vizcaya, donde, como vimos en los capítulos anteriores, la dirección local había dado pruebas de un marcado radicalismo laboral.

Por otra parte, muchos de los conflictos en que se vieron envueltas secciones afiliadas a la UGT, fueron más consecuencia de impulsos y presiones nacidas espontáneamente en la base de las organizaciones, que obra dirigida y planeada desde la dirección de las mismas. Esta podría ser una de las razones por las que, a pesar de que la UGT creciese de 6.154 afiliados en 1896 a 15.261 en 1899 y 31.658 en octubre de 1901, el voto socialista en las elec-

---

(34) Aldaco a Unamuno, 1 julio 1898, AU, carpeta A-1.

(35) Uno de los biógrafos de Iglesias, Zugazagoitia, creía que las palabras que pronunciara en Bilbao en su discurso electoral de marzo de 1898, adhiriéndose a los insurrectos cubanos, le costaron el acta. J. Zugazagoitia, *Una vida heroica: Pablo Iglesias* (Madrid, 1925), páginas 80-81.

(36) «Lo que debe hacerse», LC, 13 agosto 1898.

ciones generales permaneciese estable (37), o al menos no experimentase un crecimiento proporcional al de la sindical socialista. La expansión de la UGT parecía responder a la necesidad sentida en numerosos sectores obreros de una mayor actividad laboral; el aumento de huelgas, a presiones por un endurecimiento de las posiciones sindicales. Todo ello vino a producirse en el momento en que, como vimos, los dirigentes socialistas consideraban necesario, por razones electorales, presentarse como un partido de orden y moderación. El resultado pudo ser que el PSOE no llegase a canalizar de forma coherente la movilización de las clases obreras del país, provocada por las circunstancias económicas y sociales creadas por la guerra, tal como parece sugerir la contradicción señalada entre el crecimiento de la UGT y el estancamiento electoral socialista.

Varios factores pueden explicar el fuerte movimiento de reorganización sindical de fines de 1898 y la intensa agitación social que le siguió. En primer lugar, contrariamente a lo que se había temido, el fin de la guerra coincidió con una relativa recuperación económica. En algunos casos, como en el de la industria textil catalana, la pérdida de los mercados cubano y filipino fue compensada por el rápido aumento del consumo interior. La devaluación de la peseta a consecuencia de la guerra cubana en casi un 35 por 100 de su valor supuso un nuevo obstáculo a las importaciones y reforzó la política proteccionista de los industriales españoles (38). En Vizcaya, en cambio, la pérdida de las colonias no afectó ni favorable ni desfavorablemente a la industria local, pues, como observara Pablo Alzola, «se consumía en aquellas colonias poco hierro peninsular» (39). Fue ahora, además, cuando comenzaron a hacerse efectivas las beneficiosas disposiciones de la ley de ferrocarriles de 1896. La producción conjunta de lingote de Altos Hornos y La Vizcaya

---

(37)	Bilbao	Madrid
1898	3.048	1.342
1899	2.299	5.264 (en alianza tácita con los federalistas)
1901	2.781	4.327
1903	1.469	1.877

(38) *LE*, 5 enero 1901.

(39) P. Alzola, *Progreso industrial de Vizcaya* (Bilbao, 1902), p. 78.



pasó de 163.210 Tm. en 1898 a 181.558 Tm. en 1899, 192.455 en 1900 y 201.201 en 1901; la de acero de todas clases (Altos Hornos producía Bessemer; La Vizcaya, Siemens y Robert), de 83.423 Tm. en 1898 a 95.889 en 1899 y 128.132 en 1900; la producción de laminados, de 60.413 Tm. en 1898 a 127.600 en 1900 y 135.648 al año siguiente (40). La prensa local comentaba con entusiasmo que las industrias siderúrgicas «nunca llegaron a alcanzar un estado tan floreciente como el que en la actualidad disfrutaban» (41). Las acciones de Altos Hornos y La Vizcaya se cotizaban en 1900 a 1.800 y 1.385 ptas., respectivamente, sobre un valor nominal de 500 ptas. En ese mismo año los accionistas recibieron un dividendo de 37,5 por 100 (42).

En 1899, por otra parte, la reactivación de la industria siderúrgica inglesa, tras varios años de crisis, incrementó considerablemente la demanda de mineral de hierro de Bilbao, que alcanzó en ese año la máxima producción de su historia: 6,4 millones de toneladas, de las que un 85 por 100 fueron exportadas. Como las transacciones de mineral se efectuaban en moneda inglesa, la caída de la peseta benefició sensiblemente a los propietarios mineros. Los precios por tonelada de mineral (de *Rubio*, la variedad más abundante en Vizcaya) variaron de 7 s. 9 d. en 1897 a 8 s. 1,5 d. en la segunda mitad de 1898, a 9 s. en 1899 y a 12 s. en la segunda mitad de 1900 (43).

La acumulación de capital que ello permitió, más la repatriación de capitales de Cuba, dio lugar a un «desusado y febril movimiento» de creación de nuevas empresas (44). En 1900 se crearon en Bilbao 109 sociedades con un capital de 160,7 millones de pesetas, y en 1901, 147 con un capital de 482,28 millones de pesetas (45). No sorprende que la prensa de Madrid y provincia hablase de «la invasión bilbaína» (46). Entre 1896 y 1902, las com-

---

(40) PRO, *Parliamentary Papers. Report on the trade and commerce of Bilbao for the years 1898, 1899, 1900 y 1901*.

(41) EN, 21 septiembre 1900.

(42) LC, 6 julio 1901.

(43) Cartas de Orconera a Dowlais Cy., 16 diciembre 1897, 15 julio 1898, 16 octubre 1899, 27 marzo 1900. Archives DIC, Glamorgan Record Office, Cardiff.

(44) «El desarrollo de los negocios», EN, 20 enero 1900.

(45) P. Alzola, *op. cit.*, p. 91.

(46) R. Maeztu, «Bilbao, la capital de la nueva España», EI, 6 agosto 1901.

pañías vizcaínas de navegación invirtieron unos 130 millones de pesetas en la compra de barcos en Inglaterra. De 101 barcos y 107.896 Tm. en 1885, la flota mercante de Bilbao subió a 168 unidades y 519.231 Tm. en 1900, un 80 por 100 del tonelaje total español. Aunque muchas de las nuevas sociedades fuesen únicamente producto de la especulación y desapareciesen tras el llamado *crack* de 1901, otras, como la Compañía Euskalduna de Construcción y Reparación de Buques, las compañías navieras Unión, Vasco-Asturiana y Vascongada, o varias compañías de electricidad, en cuya financiación participó activamente el Banco de Vizcaya, creado en 1901, quedaron firmemente establecidas (47).

Además de la creación de nuevas firmas y factorías, algunas empresas se fusionaron. La concentración y aumento de capital consiguiente facilitaron las inversiones en mejoramiento y ampliación de instalaciones, pero acentuaron en algunos sectores las tendencias monopolísticas. En 1902, por fusión de La Vizcaya, de Chávarri, y Altos Hornos, de los Ybarra, se creó Altos Hornos de Vizcaya (AHV), como se indicó, quizá la mayor factoría del país. En 1901 varias pequeñas industrias papeleras vizcaínas y guipuzcoanas se unieron en Papelera Española, que prácticamente monopolizó el mercado nacional durante el primer tercio del siglo. Papelera Española construyó nuevas plantas en Rentería y Tolosa, en Guipúzcoa, provincia que así pasó a producir la tercera parte de la producción nacional de papel. En dicha provincia, los efectos de la reactivación económica del 98 fueron, si no tan intensos como en Vizcaya, igualmente evidentes. En 1902 se construyó en Beasain, sobre la base de unas pequeñas instalaciones existentes desde los años noventa, la que pronto sería la mayor fábrica de la provincia, los talleres de construcción de material ferroviario de la Sociedad Española de Construcciones Metálicas, con capacidad para producir 1.500 vagones anuales. Dos fábricas textiles se establecieron en Rentería en 1899 y 1901. La producción de armas en Eibar pasó de 157.073 unidades en 1895 a 194.335 en 1898, sin duda gracias a la guerra, y a 263.998 en 1900 y 302.405 en 1902, debido esta

---

(47) P. Alzola, *op. cit.*, p. 90; Banco de Bilbao, *Un siglo en la vida del Banco de Bilbao (1857-1957)* (Bilbao, 1957), pp. 253-254.

vez a la exportación de revólveres a Estados Unidos y Sudamérica (48).

En definitiva, la industrialización del País Vasco avanzó considerablemente en los años inmediatamente posteriores a la guerra de 1898. Su estructura se diversificó y modernizó y buena parte de las inversiones se orientaron hacia sectores modernos que registrarían fuertes expansiones en los primeros años del siglo, como transporte y construcción naval, electricidad e industrias químicas. El proceso produjo un aumento creciente de la demanda de mano de obra, cuya escasez fue satisfecha con nuevas inmigraciones. De 1897 a 1900 la población de Bilbao creció de 73.192 habitantes a 83.306: un 30 por 100 del aumento registrado fue debido al movimiento natural de la población, y el 70 por 100 restante fue resultado de la inmigración; 1897 fue el año en que se registró en Eibar mayor afluencia de inmigrantes (49).

La demanda de mano de obra dio a los trabajadores una fuerte posición negociadora frente a los patronos. Ello coincidió con un profundo malestar social producido por el constante encarecimiento de los precios desde 1897. Cuando en 1899 el Gobierno levantó la suspensión de garantías constitucionales decretada al comenzar la guerra con Estados Unidos, los trabajadores pasaron a la ofensiva; pues aunque en algunas industrias se habían elevado los jornales —como fue el caso de las minas de Vizcaya, donde la primavera de 1898 las compañías elevaron los salarios en un 7,5-8 por 100 (50)—, en general los salarios reales se deterioraron en el curso de la guerra y de los meses inmediatos al fin de la misma. Incluso en el caso de los mineros de Vizcaya, el cónsul in-

---

(48) J. Lazúrtegui, «El comercio, la industria y la navegación en el País Vasco-Navarro», en F. Carreras Candi (ed.), *Geografía General del País Vasco-Navarro* (Barcelona, s. f.), vol. I, pp. 769-812; véase en la misma serie el volumen «Provincia de Guipúzcoa», dirigido por S. Múgica, pp. 1015-1022 para producción de armas, y pp. 941-945 para la fábrica de Beasain.

(49) E. García Manrique, *Eibar. Inmigración y desarrollo urbano e industrial* (Zaragoza, 1961), pp. 70-71.

(50) *EN*, 29 marzo 1898; *LC*, 14 mayo 1898; a ello habría que añadir la supresión del descuento del 2 por 100 que hasta entonces se hacía, como se indicó, para cubrir los gastos de asistencia médica en el Hospital Minero. En 1899, el dirigente socialista Ramón Núñez trabajó en las minas con un jornal de 4,25 ptas. diarias, cantidad superior en casi un 25 por 100 a las habitualmente pagadas cinco años antes; *EL*, 7 septiembre 1916.

glés afirmaba que el aumento salarial había sido ligero y en cualquier caso «nada comparable al aumento en el precio de las necesidades» (51).

El aumento de precios fue general en toda España. El secretario de la UGT, García Quejido, estimaba en 1903 que los precios habían subido desde el 98 en un 25 por 100. En Vizcaya, entre 1897 y 1898, el pan subió un 15 por 100; la carne, un 7 por 100; el tocino, 6 por 100; las alubias, 30 por 100, y el vino, 10 por 100. En los próximos tres años se produjeron nuevas subidas. En un 25 por 100 puede estimarse el aumento de precios en aquella provincia entre 1893 y 1903, y en un 17 por 100 el registrado entre 1897 y 1903 (52). Entre estos dos últimos años, el jornal medio de los obreros de Altos Hornos habría subido sólo en un 12 por 100, y además la subida no habría comenzado hasta 1901 (53). Por lo que se refiere a Bilbao, comparando las cifras (ya mencionadas) de jornales recogidas por el cónsul inglés en 1895 con las facilitadas por el Centro Obrero de Bilbao al periodista A. Zozaya en 1903, resultaría —habida cuenta de la poca fidelidad de estos datos— que entre esas fechas se habría registrado un aumento salarial de un 8 por 100, a lo que habría que añadir otro 5 por 100 correspondiente a la reducción en media hora de la jornada laboral entre uno y otro año (54).

Conviene, sin embargo, cierta prudencia antes de sacar conclusiones. Los datos muchas veces son contradictorios. El propio Zozaya calculaba que el gasto diario de una familia obrera en Bilbao en 1903 ascendía a 4 ptas. En 1898, *La Lucha de Clases* había calculado ese mismo gasto en 3,45 ptas., lo que significaría que el coste de la vida habría aumentado en un 16 por 100 entre una y otra fecha; pero, según los datos facilitados por esas mismas fuentes, resultaría que el jornal de un albañil

---

(51) Smith a Foreign Office, 9 mayo 1898, PRO, FO 72/2075.

(52) IRS, *Informe*, p. 119; el cálculo se basa en las variaciones de los precios en 21 artículos de primera necesidad. La estimación de G. Quejido, en *LC*, 11 abril 1903.

(53) IRS, *Informe*, p. 70; es preciso, sin embargo, recordar que dicha empresa concedía considerables primas a la producción, y que por tanto los jornales nominales no reflejaban los ingresos reales de sus obreros.

(54) *Consular Report. for the year 1895, Parliamentary Papers. Consular reports 1896*, LXXXVIII, p. 656; A. Zozaya, «Lo que se gana en Bilbao», *EL*, 29 julio 1903.



—oficio que se consideraba representativo del tipo medio de trabajador— habría subido en aquellos años de 3,50 a 4,50 ptas., o sea, en un 28 por 100, por lo que se llegaría a conclusión bien diferente de la obtenida utilizando solamente los datos del cónsul inglés (55). En vista de esas contradicciones, parece prudente concluir que para 1903 la elevación de salarios había logrado compensar la subida de precios, aunque hasta 1900-01 los primeros habían ido retrasados respecto a los segundos.

A mediados de 1897, los panaderos de Bilbao reorganizaron su sociedad «tras años de apatía e indiferencia» (56). Iniciaron un movimiento que sería casi general en todos los oficios en los próximos dos años, con la única excepción, ya señalada, de los mineros. En mayo de 1898 se reorganizó la Sociedad de Forjadores y Martilladores y el número de afiliados a la de Moldeadores subió rápidamente. *La Lucha de Clases* observó que las sociedades obreras «vuelven a robustecerse» (57). Cuando en julio del 98 se organizó en Sestao la Sociedad de Mecánicos, formada por torneros, ajustadores, cepilladores y taladros, el periódico socialista empezó a abrigar esperanzas de que la operación sería «emulada por los demás oficios hoy en lamentable abandono» (58). En gran parte esas esperanzas se materializaron. En Vizcaya se constituyeron entre 1899 y 1903 un total de 41 nuevas sociedades obreras, mientras que en los cinco años anteriores sólo se habían creado cuatro (59). El número de afiliados a las sociedades obreras de Vizcaya adscritas a la UGT, que en marzo de 1900 era de 1.253, subió en septiembre de dicho año a 3.494, aumento del 180 por 100, muy superior al aumento medio de la UGT en el mismo tiempo, que fue de un 80 por 100 (60). El proceso de reorganización sindi-

---

(55) A. Zozaya, «Al céntimo», *EL*, 8 agosto 1903; «Pan e higiene», *LC*, 1 octubre 1898.

(56) *LC*, 31 julio 1897.

(57) *LC*, 14 mayo 1898. No conviene dar excesiva significación a esas palabras. Después de todo, la Sociedad de Moldeadores contaba con 10 miembros en marzo de 1898, y con 134 un año después, a pesar de lo cual la misma fuente comentaba que «puede hoy contarse entre las sociedades de resistencia más poderosas de Vizcaya»; *LC*, 11 febrero 1899.

(58) *LC*, 11 junio 1898.

(59) *IRS*, *Informe*, p. 18.

(60) *ES*, 16 marzo, 21 septiembre 1900: la UGT pasó de 14.737 afiliados a 26.088. El aumento de Vizcaya sería mayor si en lugar de considerar la cifra oficial de la UGT se considerara la facilitada por

cal —o «societaria», en la terminología de la época— se limitaba a Bilbao, dado que allí residía casi un 90 por 100 del total de afiliados de la provincia: la falta de organización sindical en la zona minera y la débil influencia socialista en la zona fabril continuaban siendo patentes. De los 3.494 afiliados de septiembre de 1900, sólo 200 residirían en la primera (Gallarta) y 178 en la segunda (Baracaldo), aunque es posible que algunos de los 3.116 afiliados de Bilbao trabajasen en alguna de aquellas zonas.

Como el gran salto de la UGT sugiere, el movimiento de creación de sociedades obreras era general en toda España y afectó también, aunque menos intensamente, a Guipúzcoa y Alava. En San Sebastián, las sociedades de canteros, albañiles, carpinteros, tipógrafos y la Agrupación Socialista establecieron, en el domicilio de ésta, en julio de 1899, un Centro Obrero al que pronto se unieron pintores y linterneros. El número de afiliados pasó de 172 en marzo de 1900 a 343 en septiembre del mismo año, y a 891 al año siguiente (61), cifra a la que habría que añadir los 820 afiliados a las nueve sociedades obreras de Eibar, que aunque bajo firme control socialista, no figuraban en el censo de la UGT. En Vitoria, los obreros en madera y canteros crearon las primeras organizaciones obreras en 1901-03: apenas si contaban con un par de centenares de miembros, pero suponían el principio de un hecho social no conocido hasta entonces (62).

Que la UGT lograra canalizar en su provecho la ola de organización sindical de 1899-1900 se debía en parte a la acción desplegada por los organizadores socialistas. En febrero de 1899, el Comité Nacional del PSOE convocó una campaña con el propósito de «organizar en sociedades de oficio al mayor número de trabajadores» (63). Los más conocidos dirigentes socialistas recorrieron España

---

el Centro Obrero de Bilbao, que decía tener 27 sociedades y 5.071 afiliados en junio de 1900; *LC*, 30 junio 1900; la diferencia entre ambas cifras se explicaría tal vez por el hecho de que la cifra de la UGT recogía sólo el número de aquellos federados que habían satisfecho todas las cuotas en el momento de realizarse la estadística, mientras que la del Centro Obrero comprendería a todos los inscritos nominalmente en el mismo.

(61) *ES*, 18 octubre 1901; inauguración del Centro Obrero, en *ES*, 14 julio 1899.

(62) J. Posse y Villelga, *La vida social en el País Vasco* (Durango, 1914), pp. 21-23.

(63) *LC*, 18 septiembre 1899.

con ese propósito. Iglesias habló en los principales centros industriales del Norte, en Vitoria, San Sebastián, Eibar, Bilbao, Gallarta y Baracaldo, y al prestigio de su personalidad cabe atribuir parte del éxito que tuvo la campaña. En línea con ésta, la prensa socialista dedicó más y más espacio a exponer las ventajas de la organización sindical y con el mismo fin propagandístico fueron utilizadas las elecciones generales y locales de 1899. Los resultados se hicieron patentes casi inmediatamente. «En pocos meses —decía *El Socialista* dos después de iniciada la campaña— la organización obrera ha dado un gran paso», y señalaba que en Madrid pasaban ya de 7.000 el número de obreros asociados, cifra que se duplicaría a lo largo del año (64).

### III. *Una labor educadora*

Sin embargo, pronto se evidenció —al declararse los primeros conflictos laborales— que el movimiento desbordaba a los socialistas e incluso escapaba a su control. En muchos de aquellos conflictos laborales, los trabajadores actuaron precipitadamente, sin obedecer las disposiciones de las directivas de las recién creadas sociedades, e incluso desafiándolas abiertamente. A principios de junio de 1899, Altos Hornos despidió a tres obreros por afiliarse a una sociedad de resistencia. Una comisión obrera, dirigida por socialistas, gestionó con el gobernador civil, Ortega Frías, la readmisión, pero las gestiones se suspendieron cuando la empresa declaró el día 15 que «el principio de autoridad de la sociedad industrial» no permitía «ni el reingreso de los despedidos ni la discusión del asunto con los obreros». Ese día los socialistas publicaron un manifiesto para «recomendar una vez más la calma», pese a lo cual las sociedades de cilindrades, mecánicos, moldeadores, forjadores y caldereros acordaron ir a la huelga desde el día 16. Unos 2.300 trabajadores, casi todos los empleados en la fábrica, secundaron el paro. El 17, la compañía, tras nuevas gestiones del gobernador civil, accedió a admitir a dos de los tres despe-

---

(64) «Organización obrera», *ES*, 26 mayo 1899, y «Balance», *ES*, 5 enero 1900.

didados, solución que, aceptada por los representantes obreros, puso fin inmediatamente a la huelga (65).

*La Lucha de Clases* no ocultaba su entusiasmo. La huelga, decía, había demostrado que «la unión es el arma más formidable para vencer en el terreno económico»; las mujeres, que el día 16 rodearon la fábrica para impedir la entrada de «esquiroles», habían sido «heroínas de una causa santa»; la disciplina había sido «maravillosa»; incluso los jefes de la Guardia Civil y del batallón de Garellano, enviados en previsión de posibles disturbios, «estuvieron correctísimos» (66). Pero de hecho la huelga había sido tan breve que no podía servir como exponente de la fuerza de las nuevas sociedades obreras. Estas carecían, en primer lugar, de fondos suficientes para sostener un conflicto prolongado, y su influencia sobre la masa obrera era mucho menor que lo que parecía sugerir la unanimidad del paro del 16 de junio. Ambos hechos quedaron de manifiesto cuando un mes más tarde se replanteó, agudizado, el conflicto. El 12 de julio, unos 200 descargadores y estibadores de los muelles de La Vizcaya y Altos Hornos en Sestao y Baracaldo se declararon en huelga al denegárseles ciertas peticiones salariales. Al día siguiente la situación se agravó inesperadamente como consecuencia de un incidente ocurrido en Sestao entre huelguistas y forales, en el cual tres mujeres resultaron heridas. Esa misma noche se reunieron en Sestao las sociedades obreras y numerosos delegados exigieron secundar la huelga.

Las presiones en el mismo sentido se renovaron cuando al día siguiente, 14 de julio, la dirección de Altos Hornos acordó despedir a 27 obreros lingoteros que se habían negado a sustituir a los cargadores en los muelles. *La Lucha de Clases*, ante los rumores de que se planeaba una huelga general en toda la provincia para el día 17, publicó un editorial prometiendo apoyo a los obreros de los muelles, pero advirtiendo contra la extensión del conflicto: «... serán sostenidos en su demanda por los demás obreros fabriles, pero circunscribiendo la huelga a los límites que tiene» (67).

---

(65) *LC*, 10-17 junio 1899; *EN*, 15-18 junio 1899.

(66) *LC*, 24 junio 1899.

(67) *LC*, 15 julio 1899.



Su advertencia no fue oída, y en una reunión celebrada en Sestao el mismo 14 de julio, las directivas de las sociedades obreras de ambas fábricas acordaron no aceptar más solución que la readmisión de los despedidos: al día siguiente, más de 5.000 obreros, la casi totalidad, abandonaron el trabajo. Muchos confiaban sin duda en una repetición del fácil y rápido triunfo obtenido en junio, pero esta vez la empresa estaba decidida a luchar hasta el fin. El día 17, el Consejo de Administración de Altos Hornos acordó no reabrir su factoría «mientras no se disuelva la sociedad de resistencia», y se reservó el derecho de despedir a quienes juzgara conveniente. El conflicto, por tanto, iba a prolongarse más de lo que habían previsto sus organizadores (68).

Su prolongación pronto evidenció la fragilidad que se ocultaba detrás de la demostración de fuerza y solidaridad hecha por las sociedades obreras el 15 de junio. La Sociedad de Moldeadores de La Vizcaya, por ejemplo, no comunicó la orden de huelga a sus afiliados. La prensa local advertía que en aquella fábrica habían surgido «bastantes dificultades para una inteligencia entre todos los obreros huelguistas» (69). De hecho, unos 300 obreros de esa fábrica, empleados en los hornos altos y en los de cok, no se habían sumado al paro en ningún momento, y el 17 por la tarde, la casi totalidad de la plantilla, unos 3.500 obreros, se había reintegrado al trabajo: «Bien es verdad —tuvo que reconocer *La Lucha de Clases*— que huelga propiamente dicha no ha habido en esta fábrica» (70). Pero incluso en Altos Hornos, donde el paro era general, la empresa logró disponer de una cuadrilla de unos 100 hombres que impidieron el enfriamiento de los hornos, quitando así a los huelguistas su mejor arma.

Con La Vizcaya trabajando normalmente, con los principales líderes de la huelga detenidos (los socialistas Vitorica, Basterra e Iturbe), con los Altos Hornos de Baracaldo a salvo y con las fábricas bajo fuerte protección armada, los patronos habían ganado la partida. El 20 de julio, la Agrupación Socialista de Bilbao publicó un manifiesto amenazando con que «se irá a la huelga general con todas las fuerzas de Vizcaya» si los patronos no

---

(68) EN, 18 julio 1899; LC, 22 julio 1899.

(69) EN, 17 julio 1899.

(70) LC, 29 julio 1899.

accedían a las demandas obreras. Dos días después, el periódico socialista insistía en sus amenazas: «no sólo realizaremos un grandísimo movimiento, sino que apelaremos a todos los trabajadores y a todas las organizaciones para que vengan en nuestro socorro» (71). Por los resultados posteriores parece evidente deducir que se trataba únicamente de amenazas retóricas, un último intento para forzar a la empresa a cambiar de actitud o para lograr la mediación del Gobierno. Parece que el ministro de la Gobernación, Dato, se dirigió personalmente a los directores de Altos Hornos para que llegasen a una solución conciliadora (72). Pero aquéllos se sentían suficientemente seguros como para no escuchar las recomendaciones del ministro. El 26 de julio, las esperanzas de los huelguistas sufrieron un nuevo retroceso. De los 300 laminadores que aún quedaban en huelga en La Vizcaya, sólo treinta decidieron, en una reunión convocada por su sociedad, seguir adelante con el paro. Se rumoreaba, además, que los mineros no se sumarían a la huelga general, en caso de realizarse, porque al parecer existía entre ellos todavía gran resentimiento contra los obreros de las fábricas por su falta de apoyo durante los sucesos de Ortuella del año anterior.

La prolongación de la huelga comenzó a desanimar a muchos trabajadores. Altos Hornos dio un ultimátum amenazando con despedir a quienes no se reincorporasen al trabajo el 3 de agosto. Aunque ese día sólo se presentaron dos trabajadores, en los siguientes la firmeza de los huelguistas se resquebrajó, y aunque los más radicales intentaran en varios mítines mantener la huelga, el 10 de agosto se habían reincorporado al trabajo unos 1.200 trabajadores; otros 400 lo hicieron el día 11, día en que algunos huelguistas intentaron tímida e infructuosamente parar algunas minas. Dos días después, en una reunión celebrada en Gallarta, los socialistas daban por terminada la huelga y reconocían la derrota de los obreros (73).

Para los dirigentes de la Agrupación Socialista de Bilbao, aunque delegados suyos (Torrijos, Merodio, Vozmediano) habían figurado en la comisión de huelga al lado

---

(71) *LC*, 22 julio 1899.

(72) *EN*, 24 julio 1899.

(73) *LC*, 15 julio a 19 agosto 1899; *ES*, 28 julio, 4-11 agosto 1899; *EN*, *NB*, 15 julio a 19 agosto 1899.

de los presidentes de las sociedades obreras, la huelga había sido un error. La aceptaron posiblemente con la esperanza de lograr una rápida y satisfactoria solución y por miedo a disociarse de un movimiento que en principio parecía firmemente respaldado por un considerable número de trabajadores. Cuando terminó, *La Lucha de Clases* no disimuló su descontento: «la huelga —decía— ha sido improcedente y fuera de tiempo». Criticaba la iniciativa de los cargadores del muelle por provocar el paro «sin acuerdo previo de la sociedad... y sin comunicar sus propósitos a las demás sociedades obreras de la zona fabril»; y también la de los lingoteros: «en nuestro juicio debieron ir al muelle a trabajar cuando se les ordenó, y debieron después ponerlo en conocimiento de la Junta directiva». En definitiva, se oponía a todo tipo de acción espontánea e incontrolada:

«Si los individuos, aisladamente, han de hacer lo que se les antoje, entonces —concluía— no hacen falta sociedades de ninguna especie» (74).

El fracaso de la huelga de Altos Hornos deshizo para los próximos quince años la muy escasa organización «societaria» existente en la zona fabril. Ocurrió en un momento crucial, precisamente cuando dicha organización parecía iniciar una fase de expansión. Como vimos, fundidores y moldeadores habían reorganizado a sus respectivas sociedades en 1898; los cilindreros crearon la suya en noviembre de dicho año, y la Sociedad de Mecánicos de Sestao aseguraba contar con 600 miembros en julio de 1899. Todo esto cesó tras las huelgas de este año. Salvo por alguna esporádica explosión de descontento, ningún conflicto laboral grave se desarrollaría en la zona de Baracaldo-Sestao antes de 1916:

«Ya conocéis al obrero de aquí —escribía en 1905 *La Lucha de Clases* sobre los trabajadores de Sestao—: es quizá el más duramente explotado»; «jamás se le oye una queja»; «muchas veces los socialistas les hemos llamado al Centro Obrero..., pero todos nuestros esfuerzos han sido inútiles» (75).

---

(74) LC, 19 agosto 1899.

(75) «Tribuna obrera. Zona fabril», LC, 29 julio 1905; ya se citaron previamente otros testimonios similares. Véase *supra*, pp. 77-80. En 1907,

El resultado de acciones laborales como las de Altos Hornos parecía justificar el recelo de los líderes del PSOE y de la UGT respecto a la actividad huelguística espontánea e indisciplinada. Para limitarla, en el VI Congreso de la UGT, celebrado dos meses después de terminado el conflicto de Altos Hornos, se aprobó una propuesta del Comité Nacional, por la que no se considerarían huelgas «con probabilidades de éxito» aquellas en que «no se disponga de una caja para dos semanas» y en las que la mayoría de los obreros no llevase «un año asociados» (76).

Si esta medida tuvo por objeto hacer renunciar a muchos de los trabajadores recién incorporados a las sociedades obreras a huelgas que se juzgaban mal preparadas, no cabe duda de que falló. A partir sobre todo de los dos últimos meses de 1899, las huelgas se generalizaron en todo el país. Se trató de la mayor explosión de agitación laboral que se había conocido desde 1890. La agitación fue particularmente intensa en 1901, en cuyos seis primeros meses se registraron 189 huelgas, y sus dos momentos más graves serían la huelga general de Barcelona de 1902 y la de Vizcaya de octubre de 1903 (77). En esta provincia se produjeron entre 1899 y 1903 un total de 51 huelgas, mientras que en los cinco años precedentes sólo se habían registrado 12 (78). Fue 1900 el año en que la agitación laboral revistió mayor gravedad en Bilbao, con casi todos los oficios envueltos en conflictos como resultado de una bien coordinada campaña de huelgas escalonadas lanzadas por las sociedades obreras durante los meses de marzo a junio. Servicios públicos, como tranvías y teléfonos, se vieron afectados. El puerto estuvo prácticamente paralizado durante una semana, a partir del 14 de mayo, por huelga de cargadores y carreteros. El 23 del mismo mes, los patronos de la industria de la

---

el dirigente metalúrgico Urrea decía que en Altos Hornos se habían producido hasta entonces sólo las dos huelgas de 1899: «en ellas —añadía— lucharon denodadamente las minorías conscientes...; dos huelgas perdidas por la inconsistencia de la obrera organización, por su poca solidez y extensión»; J. Urrea, «El obrero en Vizcaya. Altos Hornos», *LC*, 8 junio 1907.

(76) *ES*, 27 septiembre 1899.

(77) *La Nueva Era*, 1901, I, pp. 508-509.

(78) *IRS, Informe*, p. 54, da los siguientes datos; 1894-98, siete huelgas; 1899-1903, 30 huelgas. Los datos del texto proceden de la prensa diaria local.



construcción acordaron parar todas las obras, en vista de las alteraciones del trabajo registradas. Durante quince días, unos 5.000 obreros quedaron sin trabajo. Pero en la mayoría de los casos fue posible, sin embargo, negociar fórmulas de arreglo satisfactorias para ambas partes. Si los patronos rehusaron las más de las veces elevar los salarios, la jornada de nueve horas, en cambio, fue concedida en casi todos los oficios (79). En San Sebastián, numerosos oficios lograron en aquellos años la jornada de diez horas, algunas veces mediante negociaciones, otras, tras huelgas, más frecuentes en el sector de la construcción que en otros oficios, y en general breves, aisladas y, salvo una de canteros en 1902, sin incidentes.

Significativo del nuevo espíritu de los obreros es que se celebrara en 1900, por primera vez en dicha localidad, la manifestación del 1 de mayo, y que en Bilbao esa festividad recobrara desde aquel año parte de su antigua espectacularidad, organizándose una pintoresca procesión en la que figuraban amazonas con antorchas, gorros fríos y balanzas de la justicia; carrozas alegóricas con globos terráqueos, soles de la libertad y otros simbolismos, y centenares de niños llevando banderines y carteles con *slogans* socialistas (80). En Eibar fue a partir de 1900 cuando por las circunstancias especiales de la industria armera, ya señaladas, los trabajadores del sector lograron considerables mejoras materiales: en noviembre de 1899, las sociedades de obreros armeros lograron, sin necesidad de huelgas, salvo en algún taller, que todas las armas fabricadas en la localidad llevaran su sello, lo que equivalía al reconocimiento de las sociedades por todos los patronos. En el resto de la provincia de Guipúzcoa, en cambio, las relaciones sociales no se deterioraron. *El Socialista* sólo registró una pequeña huelga, de unos 90 obreros, en Beasain, y *La Lucha de Clases* otra, igualmente insignificante, en una papelera de Tolosa, a principios de 1902. En Alava la situación fue muy parecida, con excepción de la capital, Vitoria, donde en 1900 los 240 carpinteros de la localidad pararon en demanda de mejoras salariales (81).

---

(79) *EN*, 14 abril a 15 junio 1900; *EC*, 21 abril a 30 junio 1900.

(80) *LC*, 10 mayo 1902; sobre San Sebastián, *ES*, 11 mayo 1900.

(81) *ES*, 18 mayo 1900; *LC*, 15 febrero 1902; sobre Eibar, *LC*, 25 noviembre 1899; *ES*, 8 diciembre 1899.

A lo largo del período de agitación laboral, la política socialista fue haciéndose más y más cauta. En algunas ocasiones los socialistas retrocedieron ante la acción; en otras se vieron arrastrados por ésta. En Bilbao mismo, por ejemplo, durante la conflictiva primavera de 1900, la Agrupación Socialista hizo público un manifiesto abogando por la restricción de las huelgas, la limitación en las reclamaciones y la estricta adhesión a métodos pacíficos:

«No vale constituir una sociedad de resistencia —se leía en el manifiesto— y lanzarse luego a la lucha sin la preparación necesaria...; se ha dicho muy acertadamente que la huelga es un arma de dos filos que puede herir a quien no sabe manejarla.»

La propia prensa conservadora de Bilbao veía en el manifiesto socialista «una enérgica censura para los que, impulsados por las alucinaciones, atentan contra sus propios intereses de trabajadores al pretender causar trastornos y perjuicios al capital» (82).

Esta política era en realidad una continuación de la practicada por el PSOE ya abiertamente en los años finales de 1890. Y respondía a los mismos criterios: crear, con vistas electorales, una imagen respetable del partido: «la política les cautiva —observaba *La Epoca*— y sus aspiraciones consisten, ante todo, en formar y organizar en nuestro país un partido más» (83). A ese propósito respondió, muy probablemente, la insistencia de muchos propagandistas socialistas en presentar la misión de su partido como una obra ante todo pedagógica:

«Con verdad puede decirse —escribía Morato en 1901— que habrá habido en España fuerzas, po-

---

(82) *EN*, 1 mayo 1900. En pleno período de paros, *La Lucha de Clases* publicó numerosos artículos y editoriales de contenido similar al del citado manifiesto: «los obreros, decía el 5 de mayo de 1900, deben ser muy cautos y tener presente en la mayoría de los casos si su caja tiene fondos por lo menos para resistir otras dos semanas». «Hace falta para ir a la huelga —advertía en su número de 19 de mayo— que los individuos asociados tengan un poco de calma... No está de más la parquedad en las reclamaciones aun contando con elementos para resistir»; *LC*, 5-19 mayo 1900.

(83) «Los socialistas», *La Epoca*, 13 marzo 1899.

líticas o no, que hayan movilizado mayor número de elementos; pero no ha habido nadie que haya realizado la enorme labor educadora del socialismo» (84).

Fabra Ribas, en una encuesta sobre el socialismo europeo publicada en una revista francesa, decía igualmente que la actividad del PSOE había sido «eminente-mente educadora». Iglesias pedía que los centros obreros fuesen «verdaderos focos de instrucción y educación» (85).

Consecuentemente, en muchos de ellos comenzaron a organizarse desde primeros de siglo, ciclos de conferencias y otras actividades con participación de intelectuales e individuos de profesiones liberales no integrados al PSOE; en Bilbao lo hizo regularmente desde 1901 la intelectualidad local de médicos, abogados, profesores de instituto y similares, como los Areilza, Eguillor, Migoya, Revilla, Alzola, Goldaracena, Balparda y otros (86).

Paralelamente se redoblaron los esfuerzos de los socialistas por desvincular a su partido de toda posible identificación con extremismos y violencias. La prensa socialista inició una sistemática e intensa campaña contra la huelga general, tan pronto como fue introducida en la política de los sindicatos franceses a fines de 1899: «no se hable de su empleo en España —decía *El Socialista*—...; de efectuarse, sería desastrosa» (87). En numerosas ocasiones, tanto las publicaciones como los dirigentes socialistas se expresarían en términos parecidos (88). En la práctica, el PSOE se negó a atender cuantos reque-

---

(84) J. J. Morato, «El socialismo español», *La Nueva Era*, 1901, I, página 247.

(85) P. Iglesias, «El movimiento obrero», *Nuestro Tiempo*, mayo 1902, p. 741; Mario Antonio (seud. A. Fabra Ribas), «Le socialisme en Espagne», *Le Mouvement Socialiste*, 15 junio 1903, p. 279.

(86) La asistencia obrera era muy numerosa: «El salón —decía *La Lucha de Clases* en diciembre de 1901— carece de capacidad para atender a todos los que asisten»; *LC*, 14 diciembre 1901.

(87) «La huelga general», *ES*, 22 diciembre 1899.

(88) «Predicación dañosa», *ES*, 14 junio 1901; «La huelga general favorece a los patronos», *ES*, 13 septiembre 1901; «Nuestra táctica», *LC*, 15 junio 1901; «Siempre locos», *LC*, 17 agosto 1901; J. J. Morato, «La huelga general», *El Norte de Castilla*, 19-23 febrero, 2 y 13 marzo 1903; el 27 de noviembre de 1902, un miembro de la Agrupación Socialista de Bilbao, Gerardo G. Revilla, dio una conferencia patrocinada por la Federación de Sociedades Obreras con el expresivo título de «Condenación de la huelga general», que fue luego editada.

rimientos se le hicieron para unirse a huelgas generales. Primero, en noviembre de 1900, cuando delegados de la Federación Textil Catalana pidieron a Iglesias su colaboración en un movimiento general para detener los cierres de fábricas y despidos que se estaban efectuando en aquella región (89); luego en febrero de 1902, cuando Iglesias condenó duramente la huelga general declarada en Barcelona, lo que le valió críticas de conocidos socialistas extranjeros (90). Los socialistas no vieron los posibles beneficios políticos que pudiera haberles reportado una política laboral más militante; sólo vieron los riesgos implícitos en ella.

Su actitud, sin embargo, valió a Iglesias elogios casi generales en todos los círculos políticos, y especialmente de aquellos que le cortejaban con aspiraciones de lograr su amistad política. Así, por ejemplo, *El Herald de Madrid*, que sobrepasó a las demás voces halagadoras, escribía sobre «el apostolado eficaz, perseverante y luminoso de Iglesias» (91). Pero, sin embargo, ni su apostólico prestigio ni su identificación con posiciones moderadas dieron a Iglesias y a su partido avances electorales sustanciales. Estos seguían limitados a Vizcaya y sobre todo a Bilbao. En las elecciones locales de 1901 fueron elegidos los seis candidatos socialistas (Perezagua, Carretero, Pascual, Merodio, Nájera y Lasheras) que con los que quedaban del anterior ayuntamiento (Cerezo y Salsamendi), constituirían la segunda minoría del mismo. De cara a la política general del partido, estos éxitos de Bilbao tenían un especial valor simbólico: servían para justificar la adhesión del PSOE a la vida electoral.

#### IV. *Anticlericalismo y socialismo*

El fracaso electoral del PSOE como fuerza política nacional se debía en parte al aislamiento político en que el PSOE se había encerrado desde sus orígenes, que se haría aún más evidente —pero también menos firme— cuando desde fines de 1900 la izquierda democrática del

---

(89) «La verdad», *ES*, 7 diciembre 1900.

(90) P. Iglesias, «La grève generale», *Le Mouvement Socialiste*, 8 marzo 1902; *Bulletin socialiste international*, «Les evenements de Barcelone», *Le Mouvement Socialiste*, 31 mayo 1902.

(91) Citado en *LC*, 26 octubre 1901.



país comenzase a agitar la bandera del anticlericalismo. La política de no cooperación con partidos «burgueses» servía, sin duda, como un disfraz de ortodoxia revolucionaria bajo el que el PSOE ocultaba la orientación reformista de toda su política. Por eso, en parte, la resistencia de los líderes socialistas a rectificarla. Además, en localidades pequeñas —y en otras que no lo eran tanto, como Bilbao— los antagonismos personales se unían a las razones ideológicas para dificultar la aproximación del PSOE, y sobre todo de sus elementos más conocidos, a otras fuerzas de la izquierda. En Bilbao, por ejemplo, los republicanos detestaban literalmente a Perezagua, muchos de cuyos actos políticos estarían a su vez inspirados por resentimiento personal contra los dirigentes de aquel partido.

En definitiva, cuando los anticlericales comenzaron a manifestarse ruidosamente en las calles en 1901, Iglesias ordenó a su partido abstenerse de participar en tales actos: «Para la clase trabajadora —escribía *El Socialista*—, como hemos dicho otras veces, no es el trono el principal enemigo, ni tampoco la Iglesia» (92). Para Iglesias, combatir a esta última en vez de al capitalismo era un error, «el más grave error de que puedan ser víctimas quienes aspiran a acabar con la explotación humana» (93). Las organizaciones socialistas, consecuentemente, no tomaron parte en los mítines anticlericales celebrados en toda España en la primavera de 1901. Como podía esperarse, esta actitud fue duramente criticada por la prensa anticlerical, lo que dio lugar a ásperas polémicas entre esa prensa y la socialista.

Sin embargo, aunque no hay duda de que ésa fue la política oficial socialista, es menos claro que ésa fuese la reacción de la base del partido. Muchos socialistas, aunque viesan con reservas, cuando no hostilidad abierta, a bastantes de los más significados portavoces del movimiento anticlerical (Blasco Ibáñez, Soriano, Nakens), simpatizaban con el espíritu que inspiraba éste: «vemos con simpatía ese espíritu de protesta —comentaba *La Lucha de Clases* con respecto a la agitación que siguió al estreno del drama anticlerical *Electra*—, aunque lo vemos poco

---

(92) *ES*, 18 enero 1901.

(93) P. Iglesias, «Enquête sur l'anticlericalisme et le socialisme», *Le Mouvement Socialiste*, 15 noviembre 1902, p. 2.044.

consistente» (94). Además, en algunas provincias donde la influencia del Comité Nacional no era tan absorbente como en Madrid y donde los contextos políticos eran distintos, los socialistas libraron su propia guerra contra el clericalismo. Esto fue particularmente evidente en Vizcaya.

Como ya vimos, uno de los primeros editores de *La Lucha de Clases*, Valentín Hernández, había imprimido al periódico desde su creación un marcado acento anticlerical. Todos los *clichés* anticlericales (supuestas desviaciones sexuales de religiosos y religiosas, ridiculizaciones mordaces de los actos litúrgicos, riquezas fabulosas de obispos y órdenes religiosas, etc.) fueron incorporados al periódico. La aparición del nacionalismo vasco en 1898, con su fervorosa consagración a la defensa del catolicismo, reforzó aquella tendencia. Hernández mismo unió la propaganda contra el nacionalismo con los ataques a la religión. La práctica de los nacionalistas vascos de convertir festividades y ceremonias religiosas en actos y manifestaciones políticas hacía más fácil aquella identificación. San Ignacio, el patrón de los vascos, se convirtió en el blanco principal de las sátiras de Hernández (95), y en general se acusaba sin demasiado fundamento a los nacionalistas de ser el instrumento político de los jesuitas, cuya influencia en Bilbao, desde la fundación de su Universidad de Deusto en 1886, se hizo más y más evidente (96).

Cuando Hernández fue expulsado del partido a fines de 1899, el anticlericalismo del periódico se hizo más moderado, pero no desapareció enteramente (97). Y rebrotó con pasión desmedida cuando un joven neo-converso al socialismo, Tomás Meabe, se hizo cargo de *La Lucha de Clases* en 1903. Meabe había nacido en Bilbao en 1879, en una familia de clase media, profundamente católica, vasca y nacionalista; muy pronto se unió a la organización juvenil del partido nacionalista vasco, de cuyo periódico, *La Patria*, era director su hermano Santiago, uno de los cinco concejales nacionalistas elegidos en 1899.

---

(94) «Revueltas», *LC*, 13 febrero 1901.

(95) Se refería a él como «el cojo guipuzcoano», *LC*, 5 agosto 1899.

(96) «Bizkaitarras y jesuitas», *LC*, 2 septiembre 1899.

(97) Por ejemplo, se publicaron artículos como R. Soriano, «Y capuchinos de bronce», *LC*, 2 febrero 1901, y R. Castrovido, «Los ángeles de blancas tocas», *LC*, 17 agosto 1901.

Según su propia confesión, Meabe experimentó una honda crisis de conciencia y, después de lo que él llamó «una terrible crisis de alma», perdió su fe católica y sus creencias políticas (98). En 1902 abandonó el nacionalismo vasco y comenzó a colaborar en *La Lucha de Clases*. Sus primeros artículos, en los que en estilo apasionado y con vehemencia infrecuente en la prensa socialista arremetía contra la injusticia y la hipocresía, produjeron un gran impacto entre los elementos más jóvenes de la Agrupación Socialista (99). A cambio, fueron recibidos con cierta desconfianza por la vieja guardia. Cuando Iglesias preguntó a Perezagua por el nuevo afiliado, éste respondió: «¿Meabe? ¡Bah!, un loco»; «escandalizó —diría otro dirigente socialista local— un tanto a los primitivos luchadores de la villa» (100). La desconfianza desembocaría más tarde, como se verá, en un casi total desacuerdo.

Los artículos provocaron, además, intensa irritación entre los antiguos compañeros de Meabe, los nacionalistas vascos, y en su propia familia, hecho que parece haber afectado profundamente su muy inestable sensibilidad. Meabe reaccionó desencadenando desde *La Lucha de Clases* una exasperada y casi histérica campaña; primero, contra el nacionalismo vasco y contra los principios en que se sustentaba éste —la religión y la idea de patria—; luego, contra todo nacionalismo y contra la institución que para Meabe encarnaba mejor los ideales patrióticos, el ejército y el militarismo:

---

(98) T. Meabe, *Apuntes de un moribundo* (México, 1963), p. 27. «Vino al socialismo —escribía J. Zugazagoitia— tras de luchar con sus creencias religiosas. Una buena mañana, como sintiera que la fe en el Dios que le enseñaron sus padres iba debilitándose, subió a uno de los montes que abrazan la villa, y allí, a solas con su espíritu, de hinojos, cercado de toscas cruces el cuerpo, golpeándose el pecho con saña, pidió, con lágrimas en los ojos, inútilmente la fe que sentía debilitarse»; J. Zugazagoitia, *LC*, 12 noviembre 1921.

(99) «No quiero llevar careta... No quiero mentirme —escribía Meabe en su primer artículo—. Fuerza es que arrojemos para ser hombres la careta de la hipocresía.» «El carnaval de la vida», *LC*, 15 febrero 1902.

(100) J. Urrea, «Del tiempo viejo», *LC*, 1 mayo 1920. Referencia de Perezagua en R. Varela, «A la memoria del maestro», *ES*, 23 diciembre 1922; sobre Meabe, véase los números dedicados a su memoria en *ES*, 28 octubre 1922, y *LC*, 12 noviembre 1921.

«Mi campaña —escribiría Meabe— no es sólo contra los bizkaitarras, sino contra toda la patriotería andante. Vasquismo, catalanismo, españolismo, cuanto tienda a discurrir irracionalmente a los seres humanos, me es antipático» (101).

Meabe comenzó criticando las alucinaciones pseudo-históricas acerca de la supuesta independencia de Vizcaya que invocaban los nacionalistas vascos en sus tesis, así como el racismo implícito en las doctrinas nacionalistas: «Me adelanto a decir que nunca existió en Vizcaya verdadera independencia», escribía; «el nacionalismo no puede fundarse en la raza ni en la historia» (102).

Pero cuando a principios de 1903 el nacionalismo vasco se decidió a colaborar con otras fuerzas políticas católicas —posiblemente como consecuencia de las sanciones que se le impusieron en 1902, ya que desde entonces Arana postuló una evolución españolista del movimiento— (103), Meabe concentró sus ataques en la religión católica. Con ello venía a hacerse eco del creciente sentimiento anticlerical de toda la izquierda local, despertado, como en el resto de España, en 1901, pero agudizado en Bilbao por el fuerte resurgir del catolicismo político,

---

(101) T. Meabe, «Réplica», *LC*, 11 abril 1903.

(102) T. Meabe, «Réplica», *LC*, 11 abril 1903. Las ideas de Meabe quedaron ya expuestas en la primera serie de artículos que escribió en *La Lucha de Clases*, una polémica con el escritor nacionalista Arrandiaga en torno al concepto de patria de los nacionalistas. Meabe acusaba a éstos de justificar la violencia en defensa de la patria: «... en bien de la patria preconizáis la violencia... Si no defendéis la patria con el fusil en la mano es porque carecéis de medios»; *LC*, 12 julio 1902. Negaba que la geografía, el sentimiento, el carácter o la historia pudieran fundamentar la idea de patria: «Ni por aficiones, ni por carácter, ni por distancia y otras causas es siempre el vasco el más próximo... La patria es un error tradicional transmitido de viejísimas generaciones»; *LC*, 19 julio 1902. Censuraba la ignorancia de los nacionalistas vascos hacia los modernos problemas de la región: «En el País Vasco industrial no encajan ya las leyes del País Vasco agrícola y pastoril... Hay, pues, que dejarse de historias y ortografías y visitar y atender a la parte económica»; *LC*, 26 julio 1902. Y criticaba con toda dureza el desdén de muchos vascos hacia los trabajadores inmigrantes: «se les insulta y colma de improperios, son *invasores*, son *pérfidos*, son *vagos*, son *maketos*... Llegáis a burlaros de su pobreza»; *LC*, 9 agosto 1902. Frente a todo ello, Meabe contraponía un socialismo sin patrias, sin distinciones de razas, enemigo de violencias e inspirado en generosos sentimientos de fraternidad humana.

(103) M. García Venero, *Historia del nacionalismo vasco* (Madrid, 1969), p. 305.



del que eran exponentes la fundación en 1901 de *La Gaceta del Norte*, la campaña contra la política religiosa del Gobierno en 1902, la misma evolución del nacionalismo vasco y sobre todo la elección en 1903 como diputado por Bilbao, con el voto de todos los católicos, de José María Urquijo, fundador del citado periódico y campeón de la unidad de todas las fuerzas católicas (104).

Meabe hizo de *La Lucha de Clases* lo que *El Socialista* calificara como «una de las más soberbias antologías del ateísmo». Sus artículos llegaron a monopolizar el periódico, ocupando con frecuencia dos de las cuatro páginas del mismo. No se distinguían por su originalidad, pues no eran otra cosa que las notas mordaces contra las prácticas piadosas, los símbolos religiosos y la posición social de la Iglesia, habituales en la política anticlerical, sino por la pasión que Meabe puso en ellos (105).

Meabe quiso hacer del anticlericalismo la base de la actividad socialista: «un vistazo sobre Europa —escribía— nos mostrará la lucha titánica de los socialistas con todas las religiones organizadas» (106). Contra lo que había dicho *El Socialista* en 1901, para Meabe el clericalis-

---

(104) El resultado de la elección fue: Urquijo, 5.957 votos; Alzola, 2.831; Iglesias, 1.469. Ya se indicó que la elección fue interrumpida en muchos colegios. A Urquijo le apoyó coalición similar a la que respaldó a su hermano Adolfo en 1893 y a Arana en 1898. Este dio personalmente a los nacionalistas la orden de votar a Urquijo en *La Patria*, de 5 abril 1903: *Euzkadi*, 28 abril 1923.

(105) Meabe abordó el estudio del problema religioso en una serie de artículos, «El plan divino», publicada en diciembre de 1902; los artículos no son sino una dura crítica de la política social del catolicismo y de una divinidad que en su opinión amparaba la pobreza y la miseria; *LC*, 6-27 diciembre 1902. En una segunda serie sobre el problema, «Los entierros civiles», publicada en enero-febrero 1903, sus escritos adquirieron ya una carga considerable de mordacidad contra las que consideraba prácticas idolátricas (reliquias, sacramentos, etc.) y contra el que era uno de sus blancos preferidos: el lujoso esplendor del ritual eclesiástico, que gustaba contrastar con la sencillez del cristianismo primitivo; *LC*, 31 enero-14 febrero 1903. En adelante, sus artículos sobre temas religiosos incluirían expresiones («tarugo», «leño» y «fetiche» para referirse a imágenes sacras; «idólatras», «huestes eucarísticas», «catoliquería», a fieles católicos; «ladrones del Vaticano», a las jerarquías eclesiásticas, por citar sólo unos pocos ejemplos) a veces blasfemas, muchas otras insultantes, siempre provocadoras. Meabe, sin embargo, había dicho que no se debía recurrir «al insulto personal, a la sátira que hiera», en las polémicas de prensa. Tal vez fuera cierto lo que escribiera en una ocasión: «Quisiera escribir con amor y la pluma se me torna látigo»; T. Meabe, «Mártires», *LC*, 7 noviembre 1903.

(106) «Anticlericalismo socialista», *LC*, 3 octubre 1903.

mo era «en efecto... el más formidable enemigo». Estas afirmaciones suponían un alejamiento radical de la línea que la Agrupación Socialista, en cumplimiento de las disposiciones del partido, había mantenido hasta entonces respecto del problema clerical. No hay duda de que muchos socialistas ortodoxos las veían con creciente disgusto. En el otoño de 1903, las diferencias se hicieron públicas. En septiembre de dicho año, la Virgen de Begoña fue proclamada patrona de Bilbao. Con este motivo, los católicos organizaron una serie de actos públicos y entre ellos unas peregrinaciones al lugar en que la imagen era venerada, a las que asistieron miles de fieles y en las que carlistas, nacionalistas vascos e integristas participaron activamente. El diputado por Bilbao, José María Urquijo, presidió alguna de ellas.

El 8 de septiembre, día de la festividad de la Virgen, se repartió profusamente por Bilbao una hoja, escrita por Meabe y titulada *A los creyentes*, en la que su autor censuraba los cuantiosos gastos que se habían hecho con motivo de la consagración y el uso, en su opinión immoderado, de joyas y ornamentos preciosos que exhibía la imagen. Por la violencia con que estaba redactada la hoja —entre otros extremos equiparaba a Pío X y a la Virgen de Begoña con una conocida artista nacional, la Bella Otero—, Meabe desencadenó la más viva irritación de toda la opinión católica y de buena parte de la indiferente. Varios periódicos pidieron y lograron su procesamiento. En Guernica se oyeron mueras a Meabe y a su íntimo amigo el doctor José Madinabeitia, también ex nacionalista y converso reciente al socialismo.

La hoja polarizó a la opinión pública. Cuando a principios de octubre los católicos programaron nuevas peregrinaciones, elementos anticlericales atacaron los trenes que transportaban a los peregrinos de los pueblos próximos a Bilbao. El día 4, coincidiendo con una nueva peregrinación, cuarenta y cinco sociedades provinciales de izquierda (republicanas, liberales, librepensadores, etc., más nueve agrupaciones socialistas de las que faltaba significativamente la de Bilbao, presidida entonces por Perezagua) convocaron un mitin anticlerical, en cuya organización Meabe había tomado parte activa y al que la Federación Socialista de Vizcaya delegó a su presidente, Carretero.

Algunos sectores socialistas vieron la activa participación de Meabe y Carretero en la campaña anticlerical como una violación de la doctrina y de la disciplina del partido. Firmada por *varios socialistas* circuló por Bilbao una hoja en la que se aconsejaba a los trabajadores «desoigan el llamamiento de acudir al mitin anticlerical», desautorizando expresamente a *La Lucha de Clases*, que sólo días antes había escrito: «nos limitamos hoy a recomendaros acudáis los socialistas todos al expresado mitin».

No era difícil adivinar en aquellos *varios socialistas* a Perezagua y a sus colaboradores más íntimos. Pero a pesar de su influencia, su recomendación fue en gran parte desoída. El mitin se celebró con más de 9.000 asistentes, entre ellos centenares de obreros, y Carretero habló en él, tal como había sido acordado. Se produjeron ya algunos choques, aunque ligeros, entre peregrinos y anticlericales. Prologaron y anticiparon los violentos sucesos que iban a producirse una semana más tarde (107). Para el domingo 11 de octubre se convocaron en Bilbao una nueva peregrinación católica y un mitin de mineros. Perezagua declaró a la prensa que este último acto era independiente de la reciente agitación en torno al problema religioso (108). Su observación era correcta, ya que los mineros habían estado negociando el establecimiento del pago semanal de salarios desde que fue acordado a finales de junio por una asamblea de representantes de todos los pueblos mineros (109). El 14 de agosto de 1903, una petición firmada por las Agrupaciones Socialistas de La Arboleda, Gallarta, Las Carreras, San Julián de Musques y Ortuella, solicitando el establecimiento del pago semanal desde el 1 de septiembre, había sido entregada al Círculo Minero. Este la rechazó, negándose a reconocer la personalidad de los representantes obreros, decisión ratificada cuando a principios de octubre el gobernador civil, López González, intervino para intentar encontrar

---

(107) Los sucesos del día 4 de octubre y precedentes en *LC*, 12-19 septiembre, 3-10 octubre 1903; *EL*, 5 octubre 1903, y *NB*, 5 octubre 1903; Comité Provincial de la Federación Socialista de Vizcaya, *A los socialistas* (Bilbao, s. f.); Smith, a Foreign Office, 12 octubre 1903, PRO, FO 72/2.182.

(108) *EL*, 7 octubre 1903.

(109) *LC*, 11 julio 1903.

una solución de compromiso (110). Los mineros, que habían aguardado hasta saberse el resultado de las gestiones del gobernador, acordaron realizar una campaña de mítines como primer paso hacia la huelga.

Al mitin del 11 de octubre, celebrado en la Plaza de Toros de Bilbao, acudieron unas 16.000 personas, entre ellas numerosos republicanos, algunos venidos de provincias vecinas, posiblemente con la esperanza de hacer del mitin una repetición del celebrado la semana previa. Perezagua ahogó esas esperanzas cuando dijo que el conflicto minero había evidenciado «que tan enemigos son de los obreros los neos como los republicanos», sin duda aludiendo a don Horacio Echevarrieta, uno de los líderes del partido republicano local y propietario de una de las más importantes compañías mineras. Las palabras de Perezagua provocaron la violenta reacción de los espectadores republicanos y el mitin terminó desordenadamente.

A la salida, mientras un numeroso grupo se dirigió al Gobierno Civil para entregar allí las peticiones de los mineros, otros grupos comenzaron a arrancar los estandartes y colgaduras religiosas que los elementos clericales habían colocado en número extraordinario en puertas, ventanas y balcones de la ciudad. Fue apedreada una casa donde colgaba un cartel en que se vitoreaba a la Virgen de Begoña; la misma suerte corrió poco después la residencia de los jesuitas, ante la que se concentraron grupos de manifestantes, uno de ellos llevando sobre sus hombros un niño tocado con un gorro frigio; trece imágenes sacras situadas en lugares públicos fueron profanadas: una estatua de San Lorenzo fue arrojada a la ría; otra de San Antonio fue arrastrada por las calles por dos conocidas prostitutas; la cabeza, un brazo y una pierna de una figura de Santiago fueron arrancados, así como la cabeza y una pata de su caballo.

A primera hora de la tarde, al formarse la peregrinación católica, se reprodujeron con mayor gravedad los tumultos, al agredirse a tiros clericales y demócratas. Los desórdenes y las violencias ya no cesaron hasta la noche, arrojando un balance de un muerto, unos 30 heridos y

---

(110) IRS, *Informe*, pp. 35-48, y apéndice núm. 3, pp. 285 y ss.



numerosos detenidos, entre ellos varios dirigentes republicanos y cuatro sacerdotes (111).

Los disturbios, en gran parte posibles por la imprevisión del gobernador civil y por la pasividad de las fuerzas de orden público, significaron la culminación de la agitación anticlerical, pero también el principio de su apaciguamiento. En los próximos quince días, la más amplia y dura de las huelgas mineras conocidas hasta entonces en Vizcaya relegó a segundo plano la cuestión religiosa —lo que era, muy posiblemente, una de las aspiraciones de los líderes de la huelga, y particularmente de Perezagua—. Con la huelga no se trataba sólo de disociar la política socialista de la agitación anticlerical: Perezagua intentaba al mismo tiempo reafirmar, por una parte, la línea tradicionalmente obrerista del partido, que había sido recientemente combatida por el ala moderada del mismo, y, por otra, rebatir las críticas que contra la firmeza sindical de los socialistas se habían hecho a consecuencia de la moderación exhibida por ellos durante la agitación laboral de 1901-02.

## V. «Las cóleras de los mineros» (Maeztu)

En efecto, en 1903 se produjo el más serio intento para modificar la política de aislamiento que hasta entonces había venido practicando el PSOE. En agosto de aquel año, varios afiliados a la Agrupación Socialista de Madrid, y entre ellos el antiguo secretario de la UGT, García Quejido, propusieron una alianza electoral con los republicanos en las elecciones municipales que debían celebrarse en noviembre. Posiblemente, Quejido y quienes suscribieron su moción no actuaron porque creyesen en peligro las libertades públicas, como argumentaron, sino por temor a que el resurgimiento del movimiento republicano, principal beneficiario de la agitación anticlerical de 1901, terminase por hacer del PSOE una fuerza política inope-

---

(111) «Profanación de imágenes», ADV, Archivo del Corregimiento, legajo 389; *EL*, 12-13 octubre 1903; *LC*, 17 octubre 1903; *EI*, 12-13 octubre 1903. La prensa nacional informó ampliamente sobre los sucesos. La opinión liberal reaccionó con irritación ante lo que se consideró como una provocación de bizkaitarras y carlistas. La activa parte que éstos tomaron en la agitación clerical contribuyó a que la prensa de derechas monárquica se pusiese sólo tímidamente de su parte, y posiblemente también a la pasividad de las autoridades ante los desmanes de los demócratas.

rante. La Agrupación de Madrid aprobó la proposición de García Quejido, y el Comité Nacional, opuesto a la misma, la sometió a la votación de las agrupaciones locales, de las que 26 votaron a favor (en el País Vasco, sólo Ortuella, San Sebastián y Erandio) y 50 en contra (entre ellas Bilbao, Deusto, Gallarta, Eibar, Musques, Begoña, La Arboleda, Sestao, Las Carreras, Baracaldo y Vitoria) (112).

Las votaciones demostraron la división que sobre el problema existía dentro de las agrupaciones socialistas. En Madrid, la moción Quejido fue aprobada por 107 votos contra 72. En Bilbao fue rechazada por 166 contra 73, pero casi 300 afiliados se abstuviéron de votar (113). Perezagua y Seisdedos, los dos hombres que iban a figurar de forma más decidida al frente de la huelga minera de octubre de 1903, se opusieron a la moción; Carretero, un moderado, que como vimos ya desde los años noventa había chocado en más de una ocasión con Perezagua, la defendió. No hay evidencia de la actitud que adoptó Meabe, ya director de *La Lucha de Clases*; pero no hay duda de que apoyaba una coalición con elementos demócratas para combatir el clericalismo. Citaba el ejemplo de los socialistas belgas, de cuyo movimiento juvenil tomó muchas de sus ideas: «en las próximas elecciones municipales —escribía en octubre de 1903—, los socialistas y los liberales radicales irán coaligados en gran número de poblaciones contra las huestes católicas» (114). Alguno de sus íntimos amigos, como Indalecio Prieto, votaron a favor de la coalición.

Perezagua argumentó que la naturaleza de la lucha política en Vizcaya desaconsejaba la unión con los republicanos:

«Aquí —declaró a *El Heraldo de Madrid*— somos los obreros contra los burgueses y los burgueses contra los obreros. Y frente a nosotros, formados en la misma línea, están monárquicos y republicanos, conservadores y liberales, y por descontado bizkaitarras...» (115).

---

(112) *ES*, 2 octubre 1903; moción Quejido, en *LC*, 15 agosto 1903.

(113) *EL*, 31 agosto 1903.

(114) «Anticlericalismo socialista», *LC*, 3 octubre 1903.

(115) L. Morote, *El pulso de España* (Madrid, 1904), pp. 267-268. En contraste con Perezagua, Carretero declaró al mismo periódico que

Sus afirmaciones eran, sin embargo, sólo parcialmente ciertas. En las elecciones generales de abril de 1903, la Juventud Republicana había censurado a los miembros de su partido que habían apoyado oficialmente la candidatura monárquica (Alzola) como única alternativa a la católica (Urquijo) y a la socialista (Iglesias). Su periódico, *La República*, se había definido claramente: «o retraerse o votar a Pablo Iglesias» (116). Tras las elecciones, y posiblemente entre otras razones por el triunfo de Urquijo, los líderes de la Juventud Republicana expresaron en distintas ocasiones puntos de vista que indicaban sus deseos de colaborar estrechamente con los socialistas (117).

No eran sólo razones ideológicas ni el miedo a debilitar la integridad del partido lo que inclinaba a muchos socialistas a oponerse a la coalición con los republicanos. Había además hondos prejuicios personales, alimentados por las continuas campañas difamatorias que la prensa de ambos partidos había sostenido contra los más conocidos dirigentes del partido opuesto. Incidentes como el surgido en el mitin del 11 de octubre en la Plaza de Toros ponían de relieve cómo la sola presencia de Perezagua podía echar por tierra en Bilbao los proyectos coalicionistas (118).

Perezagua vio además en la huelga minera de 1903 la oportunidad de rehacer el prestigio del partido socialista, algunas de cuyas recientes actuaciones, sobre todo en la huelga de Barcelona de 1902, habían suscitado numerosas críticas. En la campaña socialista contra la huelga general en 1901-02, Perezagua había mantenido una postura quizá menos definida que sus compañeros, pues si bien, como todos ellos, la rechazaba como medio de acción revolucionaria, en cambio frecuentemente esgrimía la amenaza de huelga general local como medio de lograr el cumplimiento de la legislación social o de apoyar alguna huelga

---

España vivía un momento «en que la opinión y la masa obrera, singularmente aspira, desea, pide, un cambio de forma en las instituciones del Estado», por lo que concluía que los socialistas no podían negarse a la coalición en un momento en que la fuerza de los republicanos hacía presumir un gran triunfo electoral; *Ibid.*, p. 278.

(116) *LC*, 6 junio 1903.

(117) *LC*, 16 mayo 1903.

(118) «Socialistas y republicanos», *EL*, 6 agosto 1903.

de resultado dudoso (119). Pero bien porque se tratase de simples proclamaciones retóricas, bien porque Pereza-gua no hubiese recuperado el control completo de la organización desde que se exilió en Francia en 1898-99, el caso es que sus amenazas no se materializaron. Por el contrario, los socialistas desautorizaron las huelgas que espontáneamente habían surgido en diversas minas a fines de junio de 1902 y que en unos días llegaron a afectar a la casi totalidad de la cuenca (120). A pesar de ello, los líderes mineros socialistas «aconsejaron las huelgas parciales» (121).

Casi todas éstas se perdieron, con excepción quizá de una huelga de barrenadores, única tarea que exigía trabajo especializado, lo que daba a los obreros una relativa fuerza frente a sus patronos. Las derrotas produjeron considerable insatisfacción que otros grupos, y sobre todo los anarquistas, trataron de explotar. En el mes de noviembre (de 1902) los anarquistas celebraron varios mítines en diversas localidades de la zona minera en los que la actitud del PSOE durante los conflictos de junio fue duramente criticada (122). Parece evidente que el prestigio de que gozaban los líderes mineros socialistas —muchos de los cuales habían participado en las huelgas de 1890-92 y dirigirían las de 1903, 1906 y 1910— pudo de momento resistir críticas hechas por elementos sin arraigo en la localidad, en su mayoría extraños a la profesión minera y a las minas, y que sólo esporádicamente visitaban éstas. Pero no cabe duda de que los dirigentes mineros socialistas necesitaban una pronta y espectacular victoria que pudiese restablecer plenamente su autoridad y calmase la inquietud de los elementos más radicales. Este era el objeto que posiblemente perseguían al plantear en 1903

---

(119) Por ejemplo, en Astillero, en enero de 1902, decía que «sólo se consigue destrozarse las organizaciones y mandar a presidio a los compañeros más entusiastas y enérgicos» (recurriendo a la huelga general); pero unos meses después decía que «se podría en un día dado y en señal de protesta paralizar todos los trabajos»; *LC*, 11 enero y 16 agosto 1902.

(120) «Se ha hecho casi general la huelga en la zona minera», *LC*, 28 junio 1902.

(121) *LC*, 5 julio 1902. «Tres líderes socialistas de Bilbao aconsejaron a los huelguistas continuar la huelga pacíficamente y no interrumpir otras minas», Orconera a GKN, 30 junio 1902, GKN Archive, Letters, 1903, O-P.

(122) «Propaganda anarquista», *LC*, 15 noviembre 1902.



la cuestión del pago semanal de salarios, una petición que contaba con el apoyo mayoritario de los mineros, aunque sólo fuese por la intensa impopularidad del sistema del pago mensual entonces en uso. Se creía que el pago semanal redimiría a los mineros de su dependencia de las cantinas de capataces (o de las compañías) y que mejoraría su situación económica, ya que los precios eran más bajos en el comercio libre.

En el mitin de 11 de octubre de 1903, el representante de La Arboleda, Vicente Martínez, había anunciado que si en un plazo de ocho días no se accedía a las peticiones, se declararían la huelga. Se nombró una comisión, presidida por Perezagua, encargada de intentar por última vez llegar a un acuerdo, y en caso negativo, de dirigir la huelga. El día 16, el Círculo Minero contestó, una vez más, negativamente, pero afirmando expresamente que las peticiones serían atendidas si eran dirigidas separadamente a los distintos patronos, en vez de colectivamente al Círculo (123). La cuestión adquiría así un carácter nuevo. El centro de la misma no era ya tanto el pago semanal de salarios, cuanto el reconocimiento de la personalidad legal de las agrupaciones socialistas de la zona minera (124). Esta hubiera sido una cuestión de difícil solución en cualquier ocasión, puesto que los propietarios mineros no estaban dispuestos a hacer concesiones en este punto. Lo que agravaba las circunstancias actuales eran los distintos factores, que, como vimos, llevaron a los líderes mineros y a Perezagua a colocarse en una igualmente intransigente postura.

Ante el temor de graves complicaciones, Pablo Iglesias llegó a Bilbao el 18 de octubre. Ese día, en mítines celebrados en distintos pueblos mineros, se acordó iniciar la huelga desde el día siguiente. Otra vez el conocido mecanismo de las huelgas de 1890 y 1892 entraba en funcionamiento. El 19 de octubre, a primera hora de la mañana, grupos de huelguistas paralizaron mediante coacciones y violencias, minas, ferrocarriles, hornos y cargaderos de mineral. Los trabajadores que inicialmente no secundaban el paro fueron apedreados. A las ocho horas de

---

(123) Extracto de la reunión de patronos mineros en IRS, *Informe*, pp. 290-291.

(124) Recuérdese que éstas, y no las sociedades de resistencia, habían firmado las peticiones.

la mañana, cuando Perezagua llegó a las minas, el paro era general. Como en previas ocasiones, las escasas fuerzas de la Guardia Civil se presentaron cuando ya la paralización era completa. Perezagua dio órdenes estrictas de «que no se realizara acto alguno de violencia», y como al parecer el Gobierno había ordenado al gobernador civil que evitase el uso de la fuerza, se pudo pensar que el conflicto se resolvería pacíficamente (125). Incluso había rumores de que en la reunión que iba a celebrarse en Gallarta el día 21 se revocaría el acuerdo de huelga. Se decía que Perezagua mismo había asegurado al gobernador que así sucedería.

Existía la evidencia de que los mineros carecían de fondos para resistir: «la situación económica de los mineros —observó un periodista de *El Liberal* que visitó las minas el día 19— es bastante crítica y no podrán resistir la huelga muchos días» (126). Los mineros carecían de organización disciplinada, y pronto se pudo comprobar que muchos trabajadores temporeros no apoyaban la huelga: el ferrocarril Bilbao-La Robla (León) iba lleno con todos aquellos que optaron por regresar a sus aldeas.

Por otra parte, una de las aspiraciones de Perezagua se había ya cumplido: «Yo me opuse, desde luego, a la coalición republicana —declaró a *El Imparcial* el día 21—, y los hechos han venido a darme la razón: nuestro apostolado es social y no político» (127).

Había, por tanto, motivos para esperar una pronta solución del conflicto. El mitin del 21 de octubre en Gallarta desvaneció esas esperanzas. Ante más de 9.000 espectadores, los líderes mineros, y sobre todo los de La Arboleda, José Pérez y Vicente Martínez, abogaron con energía por la continuación del conflicto hasta lograr, sin ningún compromiso, la aceptación total de sus demandas. La multitud corroboró con su entusiasmo ese punto de vista. En consecuencia, una fórmula del gobernador civil, aceptada previamente por los patronos, que proponía terminar la disputa estableciéndose el pago quincenal de salarios, fue rechazada al día siguiente. La comisión obrera declaró que se volvería al trabajo «siempre que se fije la fecha en que comenzará a efectuarse el pago por se-

---

(125) *EL*, 20 octubre 1903.

(126) *EL*, 20 octubre 1903; la misma opinión en *EI*, 21 octubre 1903.

(127) *EI*, 22 octubre 1903.

manas y se den toda clase de seguridades sobre el cumplimiento de esta petición» (128).

En un par de días la situación había variado completamente y los optimismos iniciales se habían disipado. Algunas compañías mineras, que tenían reservas suficientes de mineral para atender sus compromisos comerciales, consideraron incluso la posibilidad de cerrar las minas por uno o dos meses. Este mismo hecho revelaba que la huelga había sido declarada por los mineros inoportunamente, en un momento en el que por la abundancia de obreros temporeros y de reservas de mineral, su fuerza negociadora era más débil. Sin duda, la mala elección de fechas se debía, en parte, al deseo de Perezagua de ir rápidamente a un movimiento estrictamente laboral que, como se dijo, restableciese el carácter netamente obrerista de su partido, desvirtuado por la participación de una facción del mismo en los recientes disturbios anticlericales. Así parece sugerirlo la presencia de Perezagua y de alguno de sus colaboradores más íntimos (Seisdedos Villanueva) en las minas desde el primer momento de la huelga.

Es posible que Perezagua hubiese anticipado que la huelga se resolvería mediante la fórmula propuesta por el gobernador. Una solución similar había sido aceptada por los mineros de la cuenca de Bilbao en el mes de septiembre (129). Si fue así, Perezagua calculó mal y no contó con la intransigencia de los mineros de la cuenca de Somorrostro, donde evidentemente la cuestión del pago semanal tenía implicaciones mucho más graves que en Bilbao. Por ejemplo, se calculaba que los precios en las cantinas obligatorias, donde los mineros se veían forzados a comprar bajo el sistema de pago mensual, eran un 20-25 por 100 más elevados que en el comercio libre (130).

No se vislumbraba por el momento ninguna solución al conflicto. Aunque seguía desarrollándose sin incidentes alarmantes, el gobernador pidió y obtuvo el envío de varios batallones de guarnición en provincias vecinas. Rechazada la fórmula del gobernador, la comisión obrera intentó el día 23 entrar en negociaciones directas con los patronos. Estos rehusaron todo trato con la comisión,

---

(128) LC, 24 octubre 1903.

(129) LC, 26 septiembre 1903.

(130) IRS, *Informe*, p. 117.

en parte porque el pago quincenal había sido su última concesión, en parte porque ello hubiera equivalido a reconocer la personalidad legal de los representantes mineros. Su negativa a recibir a éstos, que fue denunciada como una afrenta a la dignidad de su clase, produjo intensa irritación en los pueblos mineros y una reacción de simpatía hacia los huelguistas por parte de la opinión pública. Significó, además, el fin de toda posibilidad de acuerdo. Se hizo evidente que los dirigentes de la huelga no habían previsto un conflicto largo y que carecían de una política definida tras la ruptura definitiva de las negociaciones. El representante de La Arboleda, Vicente Martínez, declaró el día 24: «lo mejor es cruzarnos de brazos, esperar al tiempo y después se determinará» (131).

Algunos dirigentes, y entre ellos el propio Martínez, conscientes de la escasez de fondos que padecían los mineros, especularon ahora con la posible extensión del conflicto. Pero no había unanimidad al respecto. El propio Pablo Iglesias, que hasta entonces se había mantenido discretamente apartado del conflicto, se pronunció el día 3 contra la huelga general. Y su opinión debió sin duda influir en varios de los dirigentes de las sociedades obreras de Bilbao, tanto más cuanto que se temía que la huelga general perjudicase sensiblemente las posibilidades de la candidatura socialista en las elecciones locales que debían celebrarse en noviembre (132).

Por eso fue probablemente que, contra lo que se había previsto, no se acordase la huelga general en el mitin que se celebró en Bilbao el 25 de octubre. Sin el apoyo de otros oficios, sin un movimiento general de presión sobre las autoridades, parecía evidente que las posibilidades de victoria de los trabajadores mineros eran cada vez más remotas. Apremiados por su casi total falta de fondos, los huelguistas intentaron jugar una carta desesperada: la extensión del conflicto por cualquier medio, incluso sin acuerdo previo de las sociedades obreras. El 26 de octubre, un numeroso grupo de mineros obligó a parar las minas enclavadas en Bilbao y fueron volados

---

(131) IRS, *Informe*, p. 304.

(132) Para el desarrollo del conflicto hasta este punto, T. Meabe, «Crónica huelguista», *LC*, 24 octubre 1903; *EI*, 19-24 octubre 1903; *EL*, 19-26 octubre 1903; «Informe del jefe de la Guardia Municipal de Bilbao, señor Adsuar, sobre los sucesos del 27 de octubre», *ADV*, Expediente Miñones, sección quinta, legajo 188.



con dinamita el depósito de agua y la vía del ferrocarril minero de Galdames. Por la tarde, otro grupo logró paralizar la fábrica de hojalata la Basconia, tras penetrar en ella tumultuosamente. Al día siguiente, 27, las coacciones continuaron. Varias comisiones de huelguistas recorrieron talleres, tiendas y obras de Bilbao, invitando a los obreros a sumarse al paro. Parece que la gran mayoría lo hizo de inmediato y sin presiones violentas, aunque se informó que algunos establecimientos habían sido apedreados. En dos horas, Bilbao quedó paralizado, incluidos bancos, cafés, tranvías, trenes de cercanías y la casi totalidad del comercio.

Obviamente, el paro sorprendió a las autoridades. No se había tomado la menor medida preventiva, a pesar de que los sucesos del día anterior habían hecho temer mayores complicaciones. Los huelguistas pudieron parar los tranvías en plena calle sin ser estorbados. Vías, estaciones y muelles estuvieron igualmente desguarnecidos. Los obreros cambiaron las agujas de los ferrocarriles y arrojaron a la vía las planchadas de los barcos. Muchos de éstos izaron las banderas de sus respectivas naciones con la esperanza de ser así respetados. Las tropas comenzaron a ocupar posiciones por la ciudad a última hora de la mañana, esto es, cuando ya la paralización era completa. Por la tarde del día 27 ocurrieron los primeros choques. La Guardia Municipal acudió en defensa de un coche de caballos conducido por un conocido propietario minero, que había sido detenido por un numeroso grupo de huelguistas. Agredidos por éstos, los guardias dispararon, resultando una mujer muerta y varios heridos. La confusión fue enorme y ya no cesó en toda la tarde. Grupos de obreros recorrían las calles apedreando tiendas y farolas y deteniendo la circulación de carros y coches de alquiler. Durante toda la tarde, todo Bilbao se vio afectado por los continuos tumultos, cargas y carreras. Nueve personas ingresaron en los hospitales con graves heridas de bala. El gobernador civil dimitió y fue declarado el estado de guerra.

La dimensión de la huelga y la violencia de los incidentes sorprendieron y disgustaron a los socialistas. Su actividad, una vez declarado el estado de guerra, estuvo dirigida por el deseo de recuperar el control del movimiento y disociarse de las derivaciones turbulentas de éste. Por la noche del mismo 27, los representantes de más

de 30 sociedades obreras acordaron declarar la huelga general para el día 28, primer paso para asumir la dirección efectiva del conflicto, expresar su apoyo a la causa de los mineros y al mismo tiempo limitar y concretar los objetivos de la disputa, como única forma de su posible solución. Las violencias fueron condenadas y los responsables de las mismas calificados como «gentes que no fueron consideradas como verdaderos obreros». El 28 de octubre, en efecto, el paro seguía siendo general e incluso se había extendido. No aparecieron periódicos y no trabajaron los panaderos. Las noticias de la falta de pan, el temor a que escasease éste y otros alimentos y las subidas de precios que los pocos tenderos que se atrevieron a abrir sus comercios impusieron, produjeron un intenso nerviosismo en Bilbao. Unido a la excitación suscitada por los sucesos del día anterior, y en particular por el incidente protagonizado por la Guardia Municipal, contribuyó a crear una atmósfera de extrema tensión que dio lugar a nuevos y más graves incidentes. Mercados y tahonas fueron asaltados y saqueados por grupos de obreros, como lo fueron igualmente los abastecedores que llegaban de los pueblos cercanos. Los choques con la guardia civil y municipal y las cargas de éstas fueron incesantes; la violencia anticlerical hizo su aparición: hubo conatos de incendiar una iglesia y la residencia de los jesuitas.

El peor incidente ocurrió cuando un grupo asaltó una panadería en el centro del barrio obrero, arrollando al piquete de la Guardia Civil que lo custodiaba. Al saberse que tropas de infantería y caballería avanzaban hacia el lugar, se erigieron barricadas, cuatro en total, en las calles que daban acceso al barrio. Al llegar, las tropas fueron hostilizadas. Varios tiros partieron de las barricadas y se arrojaron contra aquéllas, desde balcones, tejados y ventanas, toda clase de objetos contundentes. Las tropas pudieron finalmente dominar la situación, «valiéndose de fuerzas de caballería al arma blanca y habiendo deshecho las barricadas con fuerzas de infantería, habiendo causado a los rebeldes de cuatro a cinco muertos y varios heridos que no puedo precisar», según telegrafió el gobernador militar al ministro de la Guerra. Cincuenta y siete personas fueron, además, detenidas.

Tras estos incidentes, el gobernador publicó un brevísimo y enérgico bando ordenando a las tropas la diso-

lución de todo grupo «por todos los medios y con la mayor energía». Sólo a partir de entonces comenzó el orden a ser restablecido. Todas las esperanzas de los socialistas se habían visto completamente frustradas. La violencia había aumentado, la solución del conflicto parecía cada vez más problemática y existía además el riesgo de que las sociedades obreras fuesen hechas responsables de los sucesos. Los socialistas buscaron ansiosamente una solución. Todo su estado mayor —Perezagua, Carretero, Merodio, Cerezo, Villarreal, Carbonell— solicitó una entrevista con el gobernador militar; como resultado de esta entrevista, el gobernador autorizó la publicación de un manifiesto, firmado conjuntamente por la Federación Socialista Provincial y la Agrupación de Bilbao, ordenando a los obreros se abstuviesen de secundar los disturbios, asegurando que «las autoridades militares estaban dispuestas a entenderse con la comisión de huelga».

El bando del gobernador y el manifiesto socialista, con la ayuda de una fuerte lluvia, surtieron efecto inmediato. Por la tarde del mismo 28 de octubre, sólo hubo noticias de pequeños incidentes. En cambio, el paro se extendió. Un grupo de unos 3.500 mineros se presentó ante la factoría de Altos Hornos —donde los obreros, como la casi totalidad de la zona Baracaldo-Sestao, no habían apoyado la huelga—. Ante el temor de incidentes, y aun a pesar de estar la fábrica protegida por soldados, el director dio orden de que los trabajadores abandonaran el trabajo. La misma orden fue dada en las restantes factorías de la zona: unos 45.000 obreros estaban en aquel momento parados. No obstante, un primer objetivo había sido ya conseguido, el restablecimiento del orden. Al día siguiente, 29 de octubre, reabrieron algunos comercios y circularon tranvías y carros.

Pero existía gran incertidumbre sobre el desarrollo posterior del conflicto. El Gobierno (Villaverde), por temor quizá a que una intervención suya contra los obreros pudiera provocar que los socialistas apoyasen en las próximas elecciones de noviembre a los republicanos —cuyo triunfo el Gobierno quería impedir a todo trance tras su éxito en abril de aquel mismo 1903—, se mantenía en una neutralidad de la que organizaciones patronales y diputados locales protestaron en enérgicos telegramas. El gobernador militar, general Hernández de Velasco, no parecía tener iniciativa alguna más allá de las estrictamente

militares. Las comisiones mineras habían enmudecido desde que empezaron los disturbios el día 26, y los socialistas estaban dispuestos a aceptar cualquier arreglo, dado que las cosas habían ido mucho más lejos de sus deseos y previsiones.

Como en 1890, fue el capitán general de la región, ahora el general Zappino, llegado a Bilbao el día 29 por la tarde, quien resolvió el conflicto, y además con prontitud inesperada. Inmediatamente de su llegada, se reunió, separadamente y en más de una ocasión, con comisiones del Círculo Minero, concejales socialistas y mineros de La Arboleda y Ortuella. Las reuniones se repitieron durante la mañana del día 30. Zappino, al parecer tras una negativa absoluta de los patronos a todo compromiso, ofreció a los obreros celebrar, bajo supervisión militar, plebiscitos en todas las minas, en los cuales los mineros votarían el sistema de pago que juzgasen conveniente. La solución del general fue terminantemente rechazada. Zappino conferenció a continuación, durante dos horas, con el Gobierno, quien, posiblemente por no agravar su delicada situación parlamentaria o, como se dijo, por presiones directas del rey, deseoso de no enajenarse simpatías populares en el que era primer conflicto laboral serio de su reinado, o tal vez ante la creciente campaña de prensa contra los patronos de Bilbao, le dio órdenes de resolver el conflicto de inmediato, incluso aceptando las peticiones obreras. Esto hizo Zappino, tal vez influido por un incidente que tuvo con el representante de una de las compañías mineras extranjeras. El mismo 30 de octubre por la noche dio un bando, ordenando que desde el 1 de enero de 1904 se abonasen los jornales semanalmente y desapareciesen los barracones y cantinas obligatorias. El conflicto había, por tanto, terminado, «sacrificando a los patronos por orden expresa del Gobierno», como escribía un industrial de Bilbao a Maura (133).

---

(133) «Crónica huelguista», *LC*, 7 noviembre 1903; *ES*, 30 octubre-13 noviembre 1903; *El Heraldó de Madrid*, 27-30 octubre 1903 (especialmente R. Maeztu, «La obra del odio», 28 octubre 1903, y J. J. Morato, «Las huelgas de Vizcaya», 29 octubre 1903); *EI*, 27-30 octubre 1903; Bergé a Maura, 27, 28, 29, 30 y 31 octubre 1903, AM, legajo 114; *EL*, 1 noviembre 1903, número extraordinario con un minucioso relato de la huelga desde el 27 de octubre; IRS, *Informe*, fue hecho para analizar este conflicto. Círculo minero de Bilbao, *Información de don Ricardo Ortiz en representación de dicha corporación ante la Comisión del*



El mismo industrial, don Ramón Bergé, opinaba en la misma carta que Perezagua lograría que los obreros aceptasen de inmediato el bando de Zappino, «para que aparezca claro —decía— su triunfo, que es lo que busca» (134). En círculos patronales y prensa de derechas, ésa fue la opinión unánime sobre el conflicto. Aunque era sólo parcialmente verdad, existían fundadas razones para creer que Perezagua lo había utilizado y animado para imponer sus opiniones en su partido y organizaciones afines, incluso en desacuerdo con Iglesias y haciendo correr a todo el movimiento local un grave riesgo. Su triunfo había sido absoluto. *La Lucha de Clases* y el propio Meabe hubieron de suspender por algún tiempo la retórica anticlerical; la actitud militante en conflictos laborales había sido reafirmada, disipado el posible malestar de los mineros tras las vacilaciones de 1902 y se había impedido que prosperasen los conatos anarquistas de crear un movimiento alternativo.

Al mismo tiempo, habían quedado al descubierto algunas de las limitaciones del movimiento socialista en Vizcaya, como la falta de una fuerte estructura sindical en la zona minera o el escaso apoyo de los obreros de las grandes fábricas de Baracaldo-Sestao. Por otra parte, en las próximas elecciones municipales (noviembre de 1903), los republicanos, tras una abstención de varios años, iban a reaparecer en la escena política local con tanta fuerza como podían tenerla los mismos socialistas. Quienes en el interior de la organización socialista desaprobaban los métodos de Perezagua tenían, por tanto, base suficiente donde fundamentar sus críticas. Pronto se hizo evidente que la huelga de 1903 les había enmudecido sólo temporalmente.

---

*Congreso el día 22 de noviembre de 1903* (Madrid, 1903); «Información general», *GN*, 1 noviembre 1903; D. Pérez, «La huelga de Bilbao», *Nuestro Tiempo*, noviembre 1903.

(134) Bergé a Maura, 31 octubre 1903, AM, legajo 114.

## CAPITULO IV

### LA CRITICA DEL AISLACIONISMO

#### I. *La Juventud Socialista*

Las elecciones municipales de noviembre de 1903 fueron notables en Bilbao por dos hechos: por el resurgir del partido republicano y por la derrota sufrida por los partidos monárquicos. Los republicanos, que por diferentes razones no habían tomado parte en las elecciones locales desde 1895, obtuvieron ocho actas y un total de 3.466 votos, convirtiéndose así en la primera fuerza política local. Los liberales monárquicos sólo lograron un acta y sus 2.211 votos de 1901 se vieron reducidos a 547 (1).

Su derrota se debía, en parte, a la polarización política producida en torno a la cuestión religiosa. En Bilbao, los hechos venían a demostrar que la agitación anticlerical, contrariamente a las previsiones de algunos políticos liberales, no consiguió atraer hacia el partido liberal, y en definitiva hacia el régimen, la movilización de masas suscitada por aquella cuestión. Por el contrario, como los conservadores señalaron, y como las elecciones indicaban, benefició, aunque sólo fuese temporalmente, ante todo a los enemigos de la monarquía y en primer lugar a los republicanos.

Por otra parte, en regiones de tan fuerte tradición religiosa como el País Vasco, el anticlericalismo produjo el resurgimiento de la extrema derecha católica no dinástica. Así, en las elecciones locales de 1903 los carlistas obtuvieron en Bilbao, donde se les creía una fuerza política muerta desde su derrota a manos de Chávarri en 1897, más de 2.000 votos, casi tantos como los nacionalistas vascos; en 1905, en que lograrían enviar siete concejales al Ayuntamiento de la capital vizcaína, superarían a aqué-

---

(1) *EL*, 9-10 noviembre 1903.

llos y a los socialistas, quedando en segundo lugar, a poca distancia de los republicanos (2).

La defensa de la religión sirvió de base a coaliciones locales de las fuerzas políticas católicas. Además de José María de Urquijo, quien como vimos fue elegido diputado por Bilbao, otros cuatro diputados de la derecha católica fueron elegidos en 1903 en los catorce distritos electorales en que se dividía el País Vasco, sin duda porque carlistas, integristas y nacionalistas vascos votaron unidos (hay evidencia de que lo hicieron, al menos, en Bilbao y Marquina) (3).

Comparado con el de republicanos y partidos de derechas, el voto socialista permaneció relativamente estabilizado. Sus oscilaciones fueron poco acusadas: 2.803 votos en las elecciones locales de noviembre de 1903; 3.104 en las generales de septiembre de 1905; 3.441 en las locales de noviembre del mismo año; 3.415 en la elección general de abril de 1907, última vez en que Iglesias disputaría el distrito de Bilbao, cifras bastante aproximadas a las de afiliados a la UGT en la localidad que en diciembre de 1904 era de 3.373 miembros (4).

Los resultados electorales parecían indicar, por tanto, que las posibilidades electorales del PSOE habían llegado a un punto de estancamiento a partir del cual no parecía en disposición de lograr nuevos incrementos de votos. Ni siquiera el recurso a procedimientos ilegales, que los socialistas parecen haber usado regularmente desde 1903, pudo mejorar dichas posibilidades (5). Esta rea-

---

(2) *NB*, 14 noviembre 1905.

(3) *EI*, 15 abril 1903; *EL*, 27 abril 1903. Por Marquina resultó elegido el marqués de Acillona, integrista; por Azpeitia, T. Arana; por Tolosa, Julio Urquijo; por Laguardia, Mazarrasa, los tres carlistas. En 1901 sólo habían sido elegidos dos diputados «católicos»: El conde de Aldama, integrista, por Azpeitia; Víctor Pradera, carlista, por Tolosa.

(4) Datos electorales en *EL*, 9 noviembre 1903, 11 septiembre 1905, 13 noviembre 1905 y 21 abril 1907; datos de la UGT, en *LC*, 3 diciembre 1904; esta cifra es la de afiliados al Centro Obrero de Bilbao, por lo que como la UGT tenía en Vizcaya, en octubre de 1904, 4.681 miembros, puede estimarse que un 80-85 por 100 de ellos correspondía a Bilbao. La UGT tenía en Vizcaya 3.449 miembros en septiembre de 1903 y 4.464 en febrero de 1905: el 80-85 por 100 de esas cifras da una cantidad muy próxima a la de los votos obtenidos por los socialistas en las elecciones.

(5) Bergé escribía a Maura: «los republicanos y socialistas... hicieron votar a muertos y vivos y obstruyeron en algún caso la elección»; Bergé a Maura, 9 noviembre 1903, AM, legajo 114. Parece

lidad no podía escapar a la observación de muchos afiliados, a quienes los triunfos «morales» de Iglesias difícilmente podían satisfacer. Al contrario; de hecho, proporcionaría un argumento casi irrefutable a quienes dentro de la organización deseaban poner fin a la política de aislamiento defendida obstinadamente por el Comité Nacional.

Que la falta de éxitos electorales sería una de las causas que impulsarían los intentos de cambiar la táctica del PSOE se haría evidente en los debates que con ese motivo se suscitarían en 1906. En los años precedentes, otras fuerzas irían laborando en el mismo sentido, incluso después de que a nivel local Perezagua hubiese logrado desautorizarlas con la huelga de 1903.

Esas fuerzas reaparecieron pronto. En las mismas elecciones de 1903, las Juventudes Socialistas y Republicanas colaboraron activamente; se cruzaron entre ellas mensajes de felicitación por los brillantes resultados obtenidos por sus respectivos candidatos y celebraron un acto de confraternización que terminó con una manifestación ante la casa de Meabe (6).

Era una nueva indicación de la insatisfacción de los jóvenes socialistas con los procedimientos mantenidos por el PSOE. Se trataba quizá más de un conflicto de generaciones que de un conflicto ideológico, como lo reflejaba la misma figura de Meabe. Sus conocimientos del pensamiento socialista eran muy limitados, y lo que parece haber ejercido una más acusada influencia en él fueron los reglamentos de los Jóvenes Guardias de Bélgica. Tradujo varios artículos de Vandervelde, pero raramente aparecen nombres de autores socialistas en sus escritos (7). De hecho, las ideas socialistas parecen haberle interesado principalmente si ratificaban sus tesis anticle-

---

confirmar este punto el brusco aumento de la participación electoral registrado en Cortes, San Francisco y Bilbao la Vieja. Mientras en 1901 había votado un 50-55 por 100 de los electores, cifra muy alta ya para los niveles españoles y por tanto sospechosa, en 1903 votarían hasta un 75 por 100, cifra desmesuradamente alta que se mantendría ya siempre posteriormente. Una parte, sin duda, de ese aumento se debió a la genuina movilización del electorado lograda por socialistas y republicanos; pero otra, difícil de precisar, parece correcto atribuirle a los presidentes de las mesas electorales de aquellos distritos que eran precisamente los concejales socialistas y republicanos.

(6) *EL*, 10 noviembre 1903.

(7) «El idealismo marxista», *LC*, 12 diciembre 1903 a 23 enero 1904.



ricales y antimilitaristas, inspiradas más por impulsos emocionales que por teorías políticas o sociales. Sus ideas sobre el socialismo y temas afines son de nula originalidad, a veces nada más que lugares comunes sobre la socialización y la futura sociedad colectivista, tal vez porque el socialismo significaba para él una vaga filosofía de rebelión y no las complejas elaboraciones teóricas expuestas por sus más conocidos propagandistas.

Para Meabe, socialismo era simplemente «vida dignamente humana» (8), idea que casi sin mayor elaboración inspiró la mayoría de sus artículos sobre el tema. Las aspiraciones socialistas, escribiría en otra ocasión, serían: «garantizar a todos la enseñanza general, científica y especial de cada profesión», «satisfacción de las necesidades de los impedidos por edad o padecimiento» y «abolición de todas las clases sociales y su conversión en una sola de trabajadores, dueños del fruto de su trabajo, libres, honrados e inteligentes» (9). Su socialismo no era mucho más que la conmiseración por las clases humildes de un espíritu sensible y generoso (10); su raíz era más cristiana que marxista: la tesis de que los socialistas defendían el mensaje original de Cristo, «de paz, de caridad y amor», apareció en muchos de sus escritos (11). En definitiva, parece aconsejable ver a Meabe tal como él mismo se definía, como un «guerrero insociable», «un espíritu lleno de deseos irrealizables», como escribía a Unamuno, en «guerra, sí... que es contra todo» (12).

---

(8) «Socialismo», *LC*, 4 abril 1903.

(9) *LC*, 9 mayo 1903.

(10) «Luchad a nuestro lado —escribía— los que sentís ternura hacia el prójimo», *LC*, 1 agosto 1903.

(11) «Cristo y la patria», *LC*, 23 agosto 1902; «Clericalismo y cristianismo», *LC*, 13 febrero 1904; «Jesucristo», *LC*, 23 abril 1904 (muchos de estos artículos se publicaron sin firma; en la mayoría de los casos, Meabe se identificaba posteriormente como autor de ellos; en otros es fácil reconocer su estilo). Por supuesto que ideas que se consideran marxistas (como el carácter clasista del Estado, lucha de clases, etc.) también pueden hallarse en ellos; pero además de que no eran diferentes a la media docena de principios que compartían todos los miembros del PSOE, representan un aspecto marginal en una obra dominada, como se indicó previamente, por dos problemas centrales: la patria y la religión.

(12) Meabe a Unamuno, marzo 1910, AU, carpeta M. 42-64. Araquistáin, que le conoció bien, le definió como «un profundo poeta visionario», y destacaba la ejemplaridad de su carácter, «siempre puro y levantado, irreconciliable con la injusticia y la grosería ambientes»; prólogo a T. Meabe, *Obras* (Bilbao, 1920), pp. 9-13; Joaquín Zuazagoitia

La verdadera significación de Meabe, si es que alguna tuvo, radicó, por tanto, en el hecho de haber sabido expresar los deseos de renovación que alentaban los elementos jóvenes del PSOE. Como muchos de éstos, Meabe quería imprimir a la actividad socialista el dinamismo, la inspiración y el entusiasmo que creían esterilizados por la rigidez y austeridad de los veteranos dirigentes de la organización: «fuerza es —escribía— que los socialistas vizcaínos... iniciemos una nueva y fecunda era de agitación y propaganda», cuyas bases, en su opinión, habían de ser la fundación de una casa del pueblo, la movilización de las juventudes y la creación de bibliotecas y centros de estudio:

«Organicemos para la lucha a la mocedad socialista. Demos entrada al ejército de los nuevos. Bus-

---

veía en él un «ser de excepción», «profundamente religioso», «sensible en extremo a la injusticia», autor de una obra destacable más por «el airebato lírico» que la inspiraba que por el contenido de sus ideas: véase su artículo sobre Meabe en *EL*, 21 noviembre 1920. En los años 1930, la extrema izquierda socialista intentó formular una interpretación de Meabe como «un joven revolucionario», tal como escribiera Carlos Hernández Zancajo, a la vista de su rebeldía contra todo conformismo y de su prosa vibrante y enérgica: *Tomás Meabe, fundador de la Juventud Socialista* (Valencia, 1937). Esa interpretación olvidaba al menos que Meabe no fue un hombre de acción; que políticamente se mantuvo siempre próximo a Prieto, incluso cuando, como veremos, el ala izquierda de la Agrupación Socialista de Bilbao, encarnada por Perezagua, se escindió del partido en 1915, y que en muchos de sus artículos, con su estilo fuerte y apasionado, defendía posiciones consideradas como reformistas: «A la presión obrera —escribía— saltará la envoltura capitalista. Pedir que esto se realice de pronto es darse una lamentable idea de la realidad. Tanto valiera querer saltar de un salto el océano, o sea, querer ahogarse»; *LC*, 8 agosto 1903. Y añadía en otra ocasión: «...el socialismo no desea la desaparición, la destrucción de la propiedad, sino simplemente su transformación... El reformismo no se opone al socialismo»; *LC*, 22 agosto 1903. Otro tanto podría decirse con respecto a tesis que quieren ver en Meabe un precursor de un vasquismo revolucionario: en sus artículos hay sólo unas pocas y muy vagas insinuaciones que permiten pensar que su opinión sobre el nacionalismo vasco hubiera sido otra, si otro hubiera sido el carácter de éste: «Si aceptáis el capital —polemizaba con los nacionalistas— habréis dado muerte a la patria definida por vosotros mismos... ¿Os atrevéis a fundarla sin capital? Decidlo y entonces hablaremos»; *LC*, 6 septiembre 1902. Gran parte de su obra, en cambio, consistió, como se ha indicado en el texto, en una crítica arrebatada de toda idea de patria. No puede haber duda de que la exacerbación de los sentimientos localistas, propia de los vasquistas, le repugnaba.

quemos en ellos el acicate de nosotros mismos, la mentalidad ingenua, lozana y acometedora de los verdes años» (13).

A finales de septiembre de 1903, tras una reunión a la que asistieron numerosos jóvenes, se acordó la creación de la Juventud Socialista de Bilbao. Un comité de siete individuos, entre ellos Indalecio Prieto, redactó un reglamento y convocó el 7 de enero de 1904 la reunión en que la nueva organización fue oficialmente fundada (14). Casi simultáneamente se crearon organizaciones similares en San Sebastián, Erandio, Deusto, Baracaldo y Sestao, y en la primavera de 1904 en casi todas las localidades de la zona minera, principales localidades de Guipúzcoa y finalmente en Madrid (15). El hecho era bien notable; unos pocos años antes, el fracaso del socialismo entre las generaciones jóvenes era notorio: «Hay que reconocerlo —escribía un socialista en *La Lucha de Clases* en 1899—. En la evolución del ideal... la juventud, casi en general, ha mostrado una pasividad incalificable» (16). El cambio operado desde principios del siglo reflejó, por tanto, el espíritu diferente de una nueva generación.

Las Juventudes desplegaron una gran actividad: organizaron ciclos de conferencias, excursiones de propaganda, crearon grupos gimnásticos y teatrales y revitalizaron la actividad cultural del partido. Su propaganda era marcadamente anticlerical y antimilitarista; además, mostraron un gran interés en problemas hasta entonces relativamente olvidados, como los problemas agrarios, que parecen haber sido preocupación primordial del íntimo amigo de Meabe, José Madinabeitia, y la propaganda feminista, que estuvo a cargo de Virginia González, la primera mujer que alcanzó alguna relevancia en el socialismo español (17).

---

(13) «Derroteros», *LC*, 12 septiembre 1903.

(14) *LC*, 3 octubre 1903; I. Prieto, *Convulsiones de España* (México, 1969), III, 177-188.

(15) *LC*, 13 febrero a 7 mayo 1904.

(16) H. V., «Jóvenes, venid», *LC*, 7 julio 1899.

(17) Véase «Abajo las fronteras», *LC*, 21 mayo 1904; «Recuerdos», *LC*, 17 septiembre 1904; «Nuestro deber», *LC*, 21 enero 1905; todos ellos escritos por Virginia González. En julio de 1904 se organizó un Grupo Feminista de Bilbao, presidido por ella, con 150 afiliadas; *LC*, 16 julio 1904. Sobre temas agrarios, J. Madinabeitia, «Por el campe-

Las Juventudes tuvieron inicialmente un éxito numérico notable. La de San Sebastián tenía, a poco de crearse, 377 miembros; la de Bilbao había pasado «de más de 1.000 afiliados» para fines de 1904, casi tantos como los de la Agrupación, que en ese año tenía 1.373 miembros, muchos de los cuales posiblemente pasaron a la Juventud; en Eibar, en 1905, era mayor el número de afiliados a la Juventud (145) que a la Agrupación Socialista (100) (18). Aunque este entusiasmo inicial se enfriara pronto, no dejó de ser por ello significativo (19). Por su número, las Juventudes dominaban las Agrupaciones locales, al menos en las principales localidades de Vizcaya y Guipúzcoa, que fueron, por otra parte, las provincias donde inicialmente tuvo más fuerza el movimiento juvenil. Pero posiblemente por sentido de disciplina o porque consideraban que su misión era puramente propagandística, los miembros de las Juventudes no tomaron ninguna iniciativa para hacerse con el control de las Agrupaciones socialistas y orientarlas en un sentido más afín a sus ideas.

Porque era evidente que las diferencias entre ambas organizaciones subsistían. Meabe reanudó su más que fanática campaña antirreligiosa hasta que en julio de 1904 marchó a Francia al haber sido condenado a ocho años de cárcel (20). Las Juventudes Socialistas participaron en la primavera de 1904 en una serie de actos públicos organizados por las Juventudes Republicanas, cuyos dirigentes consideraban que ambas organizaciones juveniles debían «tener cierta relación por lo afín de sus credos políticos y por el espíritu que les anima» (21).

La Agrupación Socialista de Bilbao desautorizó la conducta de la Juventud Socialista, y además inició una deci-

---

sino», *LC*, 1 mayo 1904, y «La propaganda en el campo», *LC*, 8 septiembre 1906; además, *Goicoa* (posiblemente el propio Madinabeitia o Meabe), «Propaganda rural», 5, 12, 19 diciembre 1903.

(18) Datos sobre San Sebastián, en *LC*, 21 mayo 1904; sobre Bilbao, en *LC*, 31 diciembre 1904; sobre Eibar, en *ES*, 19 mayo 1905; sobre las juventudes en general, véase J. J. Morato, *El partido socialista obrero* (Madrid, s. f.), pp. 226-227.

(19) Desde fines de 1906, el número de afiliados en toda España quedó estabilizado en unos 1.200; *LC*, 28 septiembre 1907; el PSOE tendría por entonces unos 6.000 afiliados: A. Marvaud, *La Question Sociale en Espagne* (París, 1910), pp. 68-69.

(20) *LC*, 21 mayo 1904.

(21) *LC*, 9 enero 1904; actos conjuntos de las Juventudes, en *LC*, 14 mayo 1904 (mitin celebrado en Erandio); *LC*, 21 mayo 1904 (mitin en Ortuella); *LC*, 25 junio 1904 (mitin en Bilbao).



dida ofensiva contra los republicanos. *La Lucha de Clases* publicó, con gran aparato tipográfico, un número especial acusando a Lerroux, entonces la estrella ascendente del republicanismo obrerista, de haberse apropiado los fondos destinados a los huelguistas de Altos Hornos en 1899 (22). Pablo Iglesias envió a aquel periódico un largo artículo en el que reafirmaba los principios programáticos del PSOE: «se impone, pues, al partido socialista —Iglesias recordaba— una actitud de irreductible oposición a todos los partidos burgueses, llámense como se llamen»; y, en definitiva, el líder socialista se pronunciaba una vez más contra toda posible coalición con dichos partidos: «... debemos huir de toda clase de coaliciones, lo mismo para acudir a los comicios que para obtener cualesquiera otros fines» (23). Algunas irregularidades administrativas cometidas por concejales republicanos fueron explotadas para desprestigiar a todo el movimiento republicano. Incluso Perezagua, quien apenas si publicaría media docena de artículos en toda su vida, se sintió obligado a combatirlo en la prensa. Con su característico tosco vigor, denunció las maniobras de los concejales republicanos en el Ayuntamiento, acusándoles de llegar a «una asquerosa coalición con la ponzoña político-bizkaitarra» para dividirse las comisiones municipales, y, como Iglesias, reafirmó su terminante oposición a toda colaboración entre los dos partidos y su escasa fe en los regímenes republicanos:

«Diré un día y otro —afirmaba— que con la forma republicana no se hace más que variar de decoración con alguna muy poca diferencia en lo que respecta a las libertades públicas» (24).

Sin embargo, a pesar de esta firme actitud de los principales dirigentes socialistas —que ellos mismos consideraban respaldada por los acuerdos de los congresos internacionales socialistas—, las Juventudes Socialistas de Vizcaya siguieron colaborando en actos públicos con fuerzas republicanas. En Erandio, en un mitin a favor de las escuelas laicas, dos miembros de la Juventud local

---

(22) *LC*, 18 junio 1904.

(23) P. Iglesias, «Táctica del partido socialista», *LC*, 23 julio 1904.

(24) *LC*, 6 agosto 1904; acusaciones a concejales republicanos, en «Chanchullos del saneamiento», *LC*, 16 julio-27 agosto 1904.

(Peñafiel y Villarreal) hablaron junto a Salmerón, hijo del conocido dirigente del partido republicano y miembro activo de éste (25). Y lo que pareció más importante: en octubre de 1904 la Juventud Socialista de Bilbao acordó sumarse a un mitin y a una manifestación organizados por los republicanos como respuesta a otros actos similares organizados en la misma localidad por grupos católicos. La iniciativa, que era claramente un acto de indisciplina, ya que pocos días antes el Comité de la Agrupación Socialista había acordado no adherirse a los actos, mereció duros comentarios y una severa advertencia de *La Lucha de Clases*. Esta criticaba a las Juventudes por haber tomado decisiones que les llevarían a quedar «reducidos a una agrupación de díscolos e indisciplinados», y les recordaba su deber de ajustarse a la táctica y doctrinas del PSOE:

«No se cumple con este deber si la Juventud, aisladamente, sin tener en cuenta lo que es y debe ser nuestro partido, se inmiscuye en cosas que no son estrictamente de su incumbencia y que están además reñidas con nuestras doctrinas» (26).

El comité directivo de la Juventud Socialista de Bilbao respondió insistiendo en su tesis de que el anticlericalismo era una parte esencial del programa socialista y negando que hubiera faltado a la organización del partido (27). Pero la misma moderación empleada por la Juventud en su respuesta indicaba que la advertencia había hecho efecto. Efectivamente, en lo sucesivo no volverían a repetirse actos de indisciplina como el anterior, incluso aunque numerosos jóvenes socialistas continuasen convencidos de la necesidad de una aproximación de ambas fuerzas.

---

(25) *LC*, 13 agosto 1904; *ES* y *LC* presentaron el Congreso de Amsterdam, celebrado en el verano de 1904, en el que se condenó el ministerialismo de Jaurés, como un triunfo completo de los criterios de Guesde y, por tanto, de la táctica del PSOE: *ES*, 26 agosto 1904 y ss., y *LC*, 20 agosto 1904 y ss.

(26) «Escuchad, jóvenes socialistas», *LC*, 15 octubre 1904.

(27) «Nosotros hemos entendido y seguimos entendiendo —decía la respuesta de la Juventud Socialista— que una parte de nuestro programa es esencialmente anticlerical y que, por tanto, al adherirnos nosotros a un mitin de naturaleza señalada, no faltábamos por ningún concepto a la organización de nuestro partido»; «Aclaración», *LC*, 22 octubre 1904.

De momento, hasta principios de 1907, esas convicciones no se exteriorizaron. Meabe mismo parecía ahora menos convencido sobre la oportunidad de la colaboración de las fuerzas democráticas en un programa de acción anticlerical. Las discusiones del Congreso Socialista de Amsterdam y sus contactos personales con Guesde parecen haber ejercido considerable influencia en él. En sus comentarios sobre aquel congreso, Meabe, aun declarándose «partidario resuelto de la República», rechazaba las tesis de Jaurés, a quien juzgaba como «el abogado de la colaboración de clases», y concluía que lo que se precisaba era la unidad de las fuerzas obreras: «... debemos oponer —argumentaba— nuestro bloc (sic), el bloc obrero, al otro bloc, el bloc capitalista...» (28).

Estas conclusiones debieron complacer a los dirigentes socialistas, puesto que coincidían plenamente con las posiciones del Comité Nacional. Meabe parecía adaptarse al fin a la ortodoxia del PSOE. Sería, sin embargo, por poco tiempo. A su regreso a España, en enero de 1905, iniciaría una nueva e igualmente desquiciada campaña, esta vez contra el militarismo, que le llevaría a abandonar Bilbao al cabo de seis meses y España poco después, y de manera casi definitiva, pues no regresaría sino esporádicamente hasta que en 1915 volvió para morir a los pocos días (29).

Sus ideas antimilitaristas despertaron en su partido tanto recelo como antes lo hicieran sus apasionados escritos anticlericales. *El Socialista* ni siquiera se hizo eco de aquéllas, como tampoco lo había hecho de estas últimas. Cuando Isidoro Acevedo, el hombre que reemplazó a Meabe como director de *La Lucha de Clases*, fue

---

(28) «La república y los socialistas», *LC*, 17 septiembre 1904.

(29) Meabe murió en Madrid en noviembre de 1915. Desde 1906, en que se exilió, no tomó parte activa en la política interna socialista, aunque continuó publicando artículos en la prensa de ese color y siguiendo con atención la política española; se mantuvo en contacto con algunos intelectuales españoles (Juan Ramón Jiménez, Araquistain, Ortega, entre otros) y con artistas vascos (G. Maeztu, Arteta, los Arrúe, Mogrovejo, etc.), en algunas de cuyas obras se ha querido ver —en mi opinión— influencia de sus ideas sociales. Es posible que Ortega contase con él para su liga de educación política: por entonces (1914-15) mantuvieron correspondencia. Meabe desconfiaba profundamente del plan de Ortega: «Este Gasset —escribió al respecto—... parece que quiere salvar a España agrupando a nuestros intelectuales. Más fácil es en un cementerio agrupar mil fuegos fatuos»; T. Meabe, *Apuntes de un moribundo* (México, 1963), p. 50.

condenado por publicar un artículo antimilitarista de aquél, Iglesias le escribió: «Yo creo que... no debes olvidarlo, para en lo sucesivo tener más cuidado con cierta clase de escritos» (30).

## II. *La crisis del movimiento obrero*

El antimilitarismo de Meabe fue, en gran medida, una preocupación personal, sin que llegase a convertirse en política de su partido, aunque ejerciese cierta influencia en los sectores más jóvenes de éste. Hacia 1904-05, los esfuerzos y preocupaciones de los dirigentes del PSOE y de la UGT estaban encaminados en una dirección diferente. En la primavera de 1904 los socialistas organizaron una campaña de mítines para pedir el abaratamiento de las subsistencias. Existían, desde luego, razones genuinas en las que los socialistas podían fundamentar sus reclamaciones. El índice nacional de precios al por menor subió de 102,3 (1901, 100) en 1903 a 108 en 1904, lo que parece significativo aun teniendo en cuenta la poca fiabilidad de la estadística (31). A nivel local, los precios parecen haber experimentado igualmente una ligera subida de cuantía difícil de evaluar o por falta absoluta de fuentes o por imprecisión de las existentes. En la zona minera de Vizcaya, según fuentes obreras, el gasto mensual por alimentación de una familia obrera habría pasado de 47,5-53 ptas. en 1903 a 58,50 ptas. en 1907, lo que supondría un aumento de un 10-20 por 100; los patronos mineros alegarían, en cambio, que desde la creación de economatos en 1904, los precios habrían sufrido entre 1903 y 1907 una disminución que oscilaría entre el 5 y el 30 por 100 (32).

---

(30) Iglesias a Acevedo, 28 noviembre 1908, en *Cien cartas inéditas de Pablo Iglesias a Isidoro Acevedo* (Madrid-Barcelona, 1938), p. 76.

(31) Citado en M. Tuñón de Lara, *El movimiento obrero en la historia de España* (Madrid, 1972), p. 392.

(32) Pero los precios de 1907 usados por ellos eran aproximadamente un 7 por 100 inferiores a los usados por los obreros. Asociación de Patronos Mineros de Vizcaya, *El trabajo en las minas de Vizcaya* (Bilbao, 1907), p. 11; J. Pérez, «Crónica de las minas. Consumo y jornales», *LC*, 26 enero 1907; F. Domenech, «El obrero en Vizcaya. Zona minera», *LC*, 13-20 julio 1907; J. Solinís, «El obrero en Vizcaya», *ES*, 9 agosto 1907; los precios de 1903 en IRS, *Informe*, pp. 117-119.



Si cabían discrepancias en cuanto a la evolución de precios, no las podía haber, y no las hubo, respecto al aumento del paro. El índice del número de miembros de la UGT en paro, que había oscilado de 6,05 a 7,21 por 100 entre 1899 y 1903 (máximo, 10,98 por 100 en 1900), subió bruscamente en 1904 a 16,28 por 100, y en los próximos cinco años superaría siempre el 20 por 100 (33). Los efectos de la temporal recesión económica, en parte debida a la política deflacionista seguida por todos los gobiernos españoles desde 1899 como medio para restaurar la economía y revalorizar el cambio, eran visibles en toda España. La emigración alcanzó en estos años niveles sin precedentes. El número de emigrantes subió de 57.261 en 1903, cifra similar a la de cada uno de los cinco años precedentes, a 87.291 en 1904 y 126.067 en 1905 (34). Incluso regiones como el País Vasco, en las que la emigración era hasta entonces numéricamente insignificante, se vieron afectadas. El número de emigrantes salidos por el puerto de Bilbao, a pesar de no ser puerto de pasajeros, pasó de 833 en 1903 a 2.797 en 1904, muchos de los cuales habían de ser, sin duda, habitantes de la provincia (35). De numerosos puntos del país llegaban a la Presidencia del Gobierno peticiones de Ayuntamientos, Diputaciones provinciales y gobernadores civiles solicitando créditos del Gobierno para emprender obras públicas que permitiesen remediar la crisis obrera (36). La Federación de Sociedades Obreras de Bilbao advertía a los obreros se abstuviesen de trasladarse a Vizcaya, a causa de la «profunda crisis de trabajo» que atravesaba la región, en la que a las causas generales de la crisis económica se añadía, desde finales de 1901, una gravísima crisis financiera, consecuencia de la febril especulación

---

(33) IRS, *Bolsas del trabajo y seguros contra el paro forzoso* (Madrid, 1914), p. 340.

(34) M. González Rothvoss, «La emigración española a Iberoamérica», *Revista Internacional de Sociología*, VII, enero-marzo 1949, páginas 199-200.

(35) J. Lazúrtegui, «El comercio, la industria y la navegación en el País Vasco-Navarro», en F. Carreras Candi (ed.), *Geografía General del País Vasco-Navarro* (Barcelona, s. f.), I, 703.

(36) Véase, por ejemplo, «Comunicaciones de los alcaldes sobre la crisis obrera de 1907», Archivo Presidencia del Gobierno, legajos 32 y 33 (la mayoría de las peticiones proceden de Asturias y Santander); la crisis afectó especialmente a Andalucía, para la que el Gobierno concedió un crédito especial de 14 millones de pesetas. C. Romanones, *Notas de una vida* (1901-12) (Madrid, s. f.), II, pp. 120 y ss.

de 1899-1901 y que no comenzó a superarse hasta 1907. Ya en 1902 algunas empresas siderúrgicas redujeron temporalmente personal y la jornada laboral (37). El cónsul inglés, Mr. Wood, observaba a principios de 1904 «una general disminución en la demanda de mano de obra de cualquier clase» (38). Pocos meses después, en algunas minas se redujo la semana laboral a tres días, aunque el sector más gravemente afectado sería el de la construcción:

«Nuestra situación es, en efecto, verdaderamente angustiosa; abrumados por una honda crisis de trabajo, por una abundancia enorme de brazos desocupados...», se lamentaba en una nota oficial el Sindicato del ramo de la construcción (39).

Todo ello contribuyó a fomentar un estado general de malestar y descontento en las clases trabajadoras, que los socialistas trataron de canalizar. En marzo de 1904 se celebraron los primeros mítines de la campaña ya mencionada, organizada por el Comité Nacional contra la carestía de precios. A finales de aquel año fue programado un segundo y más serio esfuerzo. Los socialistas crearon una «Comisión central de la campaña nacional para el abaratamiento de las subsistencias», a cuyo frente pusieron a uno de los más eficientes, aunque todavía poco conocido, miembros de la organización de Madrid, Francisco Largo Caballero, con el propósito de coordinar una nueva serie de mítines que habrían de culminar en una «manifestación nacional» en la que se reclamaría «el inmediato abaratamiento de los artículos de primera necesidad» (40). Aunque se quiso dar al movimiento un carácter amplio, invitando a todas las clases sociales a sumarse a los actos, sólo los trabajadores respondieron al llamamiento de los socialistas, en gran medida porque éstos rechazaron la colaboración de otras fuerzas políticas: «¿Cómo va el partido republicano —preguntaba *La*

---

(37) *LC*, 7 junio, 5 julio 1902; aviso de la Federación, en *LC*, 13 febrero 1904.

(38) Wood a Foreign Office, 12 enero 1904, PRO, FO, 72, 2199.

(39) *LC*, 22 abril 1905; crisis en las minas, en *LC*, 8 octubre 1904 y 20 mayo 1905.

(40) Circular de 24 de noviembre 1904, publicada en *LC*, 3 diciembre 1904.

*Lucha de Clases*— a adherirse a nuestra campaña? ¿O no saben que nuestras censuras han de alcanzarles a ellos, culpables también de este estado de cosas?» (41).

A juzgar por la intensificación de los ataques a líderes y partidos republicanos que coincidiendo con la campaña se produjo en toda la prensa socialista, pronto pareció evidente que el objetivo indirecto de la iniciativa del PSOE era contrarrestar la creciente influencia de los republicanos entre las clases obreras urbanas, muy incrementada a raíz de su victoria en las elecciones generales de 1903. A favor de esa popularidad, desde el verano de 1904 los círculos republicanos de Bilbao empezaron a organizar sus propias sociedades de «resistencia» (42). En las elecciones para designar los vocales obreros de la junta local del recién creado Instituto de Reformas Sociales, celebradas en noviembre de dicho año, la Unión Obrera Republicana presentó una lista de 1.567 afiliados que, aunque muy inferior a la de los socialistas (3.373), fue suficiente para inquietar a éstos, tal como quedó reflejado, por ejemplo, en los mítines de la «campaña de las subsistencias», celebrados sólo unos días después:

«Hízose acerba crítica del parlamento —decía el resumen que *La Lucha de Clases* hizo de uno de aquéllos—, zahiriendo como se merece el proceder de los llamados radicales, que emplean sus energías en cuestiones personales, dejando abandonado el problema de las subsistencias...» (43).

Este afán de afirmar el papel del partido socialista como la primera y única fuerza obrera del país, caracterizó todo el desarrollo de la campaña; en gran medida, fue con ese objetivo que ésta fue promovida: «el socialismo encarna y representa el *obrerismo*... como el republicanismo encarna y representa del brazo de los demás partidos burgueses el patronerismo», decía con bien

---

(41) «Fuera equívocos», *LC*, 21 noviembre 1904.

(42) «Reflexionad, obreros», *LC*, 27 agosto 1904.

(43) *LC*, 24 diciembre 1904; datos electorales en *LC*, 3 diciembre 1904; sobre los republicanos, *LC* comentaba que en Vizcaya «el partido republicano aparece pujante, vigoroso. Organiza numerosos mítines y giras, forman en él centenares de individuos»; *LC*, 20 agosto 1904.

desafortunado vocablo el redactor de *La Lucha de Clases* (44).

Sin embargo, la campaña tuvo un éxito menos que mediano, y como lo demostrarían las primeras elecciones generales celebradas tras aquélla, en nada mejoró las posiciones electorales del PSOE. Los mítines programados por la Comisión Central se celebraron, pero la manifestación general prevista en principio para el 26 de marzo de 1905 fue suspendida, en vista de que, según una circular de aquella Comisión, el Gobierno había respondido positivamente al acordar que los ministros de Agricultura, Obras Públicas, Gobernación y Hacienda estudiaran conjuntamente el problema (45). Sin embargo, unos meses después, ante el prolongado silencio del Gobierno, y también con la vista puesta en las elecciones generales convocadas para septiembre (1905), la Comisión acordó convocar «la paralización del trabajo en un día dado»; la huelga general nacional de veinticuatro horas, que por primera vez se convocaba en España, fue así preparada para el 20 de julio (46).

El paro tuvo un impacto muy limitado. Un antiguo secretario del PSOE, especialista en cuestiones obreras en periódicos de gran difusión nacional, Juan José Morato, escribió que la huelga «pasó inadvertida, dicho sea en justicia», en parte porque los organizadores de aquélla decidieron no extenderla a los servicios públicos: tranvías, ferrocarriles, luz, panaderías (47). La prensa nacional sostuvo casi unánimemente que el paro había sido un fracaso, opinión que fue también la de *Adelante*, el semanario socialista de Eibar, dirigido desde finales de junio de 1905 por Meabe. *El Socialista* negó tales aseveraciones y mantuvo, por el contrario, que el paro había respondido a las previsiones socialistas. Según dicho periódico, 155.420 trabajadores habían participado en la huelga, de ellos, 33.000 en Vizcaya, 20.000 en Madrid, 18.000 en Alicante y 11.000 en la zona minera de Santander, donde Perezagua, desterrado temporalmente de Bilbao, se había establecido un mes antes de la huelga; además el paro habría sido completo en Mieres, Oviedo, Ma-

---

(44) LC, 6 mayo 1905.

(45) LC, 25 marzo 1905.

(46) LC, 15 julio 1905.

(47) J. J. Morato, *El Partido Socialista Obrero* (Madrid, s. f.), página 225.



taró y otras localidades. En Eibar sólo habría tenido una «regular concurrencia» (48).

Un paro nacional que no afectó a la principal región del país, Cataluña (únicamente en Mataró tuvo el paro alguna repercusión), y que en la capital, Madrid, sólo fue secundado por un 20 por 100 de la población obrera, difícilmente podría ser considerado como un éxito. Pero es que incluso en Vizcaya, donde de acuerdo con las anteriores cifras el paro había sido más intenso, estuvo muy lejos de constituir el «verdadero éxito» que pretendieron los socialistas. El paro fue general únicamente en la zona minera; en Bilbao los obreros republicanos y católicos —éstos recientemente organizados en un patronato— no lo secundaron en un principio, aunque la mayoría lo hiciera después tras sufrir coacciones y violencias por parte de los huelguistas, nueve de los cuales fueron detenidos. Por lo que se refiere a la zona fabril, la prensa local afirmó unánimemente que «ni en Baracaldo ni en Sestao respondieron los obreros al llamamiento que les hicieron para realizar el paro general» (49); *La Lucha de Clases* hubo de admitir que de las grandes fábricas, sólo en Aurrerá había tenido efecto la huelga, lo que atribuía a la tradicional apatía del sector: «porque en aquella zona siempre han sido rezagados a la huelga» (50).

Pero seguramente no era ésa la única razón. A la desmovilización política de los obreros de la zona fabril se añadió ahora el descontento que allí había producido la actitud de los socialistas durante una pintoresca huelga de inquilinos ocurrida en Baracaldo dos meses antes del paro de 20 de julio. A principios de mayo, en una reunión de amas de casa de familias obreras de Baracaldo, se había acordado resistir frente al aumento de alquileres de las viviendas impuestos por los propietarios. Cuando poco después, el 16 de mayo, el Juzgado quiso proceder a desahuciar a una de las familias que se había negado a pagar la renta, numerosas mujeres, muchas de ellas «con criaturas en brazos», se concentraron ante el inmueble, ocuparon la escalera del mismo e impidieron

---

(48) *ES*, 28 julio, 4-8 septiembre 1905; *LC*, 22-29 julio 1905; A. Morizet, «Le VII Congrès du Parti Ouvrier. Les Elections legislatives et municipales», *Le Mouvement Socialiste*, 15 marzo 1906.

(49) *NB*, 21 julio 1905.

(50) F. Olabuenaga, «A propósito de la huelga», *LC*, 29 julio 1905; véase «Tribuna obrera: zona fabril», *LC*, 29 julio 1905.

por la fuerza que los delegados judiciales sacaran los muebles de la vivienda desahuciada. Un grupo de mujeres recorrió las calles de Baracaldo en manifestación contra los caseros. El desahucio fue aplazado hasta el día 22, en que el Juzgado intentó nuevamente cumplir con su cometido. La Guardia Civil logró, sin violencias, que las mujeres desocupasen la casa afectada; pero cuando los primeros muebles de ésta fueron bajados a la calle, las mujeres de la vecindad acordaron hacer lo mismo:

«Fueron muchísimas las casas de Baracaldo habitadas por familias obreras que para el mediodía quedaron desalojadas»; «hombres, mujeres y niños cargaron con camas, colchones, mesas, bancos, sillas y todos los demás enseres, que iban depositando frente a las casas que habitaban».

Muebles y otros objetos fueron colocados sobre las vías del tranvía y del ferrocarril de cercanías a Bilbao, cuya circulación quedó interrumpida. Los 20 individuos que componían la guarnición de la Guardia Civil de Baracaldo, cumpliendo órdenes de un desconcertado gobernador civil, se limitaron a contemplar pasivamente los acontecimientos y a vigilar las fábricas de la zona, en previsión de una posible extensión del conflicto. Como se temía, de los 2.000 obreros del turno de noche de Altos Hornos, sólo unos 650 acudieron al trabajo. El resto hicieron causa común con las mujeres. Numerosos vecinos cenaron aquella noche en la calle y sólo se retiraron cuando comenzó a caer una persistente lluvia, aunque una minoría desafió incluso las adversidades atmosféricas, ya que, según la prensa local, «los menos temerosos del agua se acostaron en las camas que quedaron en las calles».

Las sociedades obreras, tan desconcertadas como las autoridades provinciales, se limitaron a aconsejar a los obreros que suspendiesen el trabajo el día 23 en señal de solidaridad. La mayoría de ellos, sin embargo, trabajó normalmente a primera hora de la mañana, pero fueron retirándose de sus puestos a lo largo del día cuando grupos de mujeres se presentaron en las fábricas gritando e insultando a los trabajadores que no se unían al paro. Por la tarde, las principales fábricas de Baracaldo-Sestao (La Vizcaya, Aurrerá, Iberia, Astilleros del Nervión, Altos Hornos, San Francisco), con unos 15.000-20.000 emplea-

dos, estaban paradas. Se repitió la caótica situación del día anterior; los vecinos llenaron otra vez las calles con sus muebles, la circulación de tranvías y trenes fue suspendida —en algunos casos porque «las mujeres se sentaron sobre las vías y no dejaban pasar los trenes»—; las mujeres prepararon fogatas y comidas: «en las calles se improvisaron comedores con mesas y sillas de las que sacaron de sus casas»; lograron también que el comercio cerrara sus establecimientos (51).

Aunque los sucesos habían cobrado más el aspecto de una descabellada y divertida festividad que de una enconada disputa, el gobernador civil resignó el mando y fue declarado el estado de guerra. El mismo día 23, el gobernador militar, general Soler, que criticó duramente la pasividad de su colega civil, envió fuerzas de Guardia Civil y de infantería para restablecer la normalidad en Baracaldo. La llegada del ejército puso de relieve el confusionismo que inspiraba la acción de las mujeres: al entrar en la localidad «el ejército fue vitoreado, así como al pasar por los demás lugares de Baracaldo y Sestao»; cuando un grupo de unas mil mujeres, que se dirigía en manifestación al Ayuntamiento, vio llegar a las fuerzas militares, «dieron más vivas al ejército español» y ovacionaron al jefe de aquéllas, coronel Alvarado, después que éste les hablase en términos conciliadores.

La reacción de las mujeres hacía prever, por tanto, que la disputa quedaría resuelta aquel mismo día. Sólo el Centro de Estudios Obreros, centro de propaganda anarquista de reciente creación, defendió la continuación del conflicto. Los socialistas, por el contrario, ordenaron a sus obreros la reanudación del trabajo. En un manifiesto publicado el 23 de mayo por la noche, advertían a los trabajadores «que no se dejen arrastrar por un movimiento desatentado..., iniciado o preparado, quizá, por gentes irreflexivas...», y claramente manifestaron que no apoyarían su prolongación:

«Con ser muy justo lo reclamado por los inquilinos baracaldeses, no es de tal magnitud que con ello pueda comprometerse a toda la clase trabajadora de la región» (52).

---

(51) NB, EL, GN, EN, 17-24 mayo 1905; las citas provienen de *El Noticiero Bilbaíno*.

(52) NB, 24 mayo 1905.

Al día siguiente, 24 de mayo, se restableció la circulación de trenes y tranvías y la casi totalidad de las fábricas recobró su ritmo habitual de trabajo. Sólo un pequeño grupo de unos 80 individuos marchó a las minas y a Bilbao con intención de lograr mantener el paro, lo que no consiguieron, en gran parte, por las órdenes expresas dadas por los socialistas: «los socialistas realizan una activa campaña recomendando a sus compañeros que se abstengan de secundar ese movimiento...», observaba aquel día el redactor de un periódico local (53).

Como podría esperarse, esta actitud decepcionó a las mujeres e inquilinos envueltos en el conflicto, que confiaban recibir de los socialistas alguna forma de apoyo, aunque no fuese la huelga general. Dos concejales socialistas de Bilbao que acudieron a Baracaldo fueron insultados por un grupo de aquéllas, y algunas mujeres impidieron que los socialistas repartieran su manifiesto del día 23. La actitud de los socialistas recibió muy duras críticas de los anarquistas, quienes, aunque no eran sino un reducido puñado de propagandistas, lograron una pasajera audiencia, que si no tuvo consecuencias por lo que se refiere a la organización obrera, logró al menos contribuir a mantener a los obreros de Baracaldo-Sestao apartados de las sociedades obreras socialistas (54).

Fue por eso quizá que el paro general del 20 de julio de aquel año tuvo tan escaso apoyo en aquella zona:

«En la zona fabril la idea del paro fue mal recibida —escribía un periódico local—, precisamente por partir de elementos que si bien en principio prestaron ayuda en los últimos sucesos de Baracaldo, la retiraron después y se manifestaron partidarios de la más completa tranquilidad» (55).

Y sin el concurso de la zona fabril, el impacto del paro fue mucho menor que el que hubieran apetecido los socialistas. Incluso algunos observadores pusieron de relieve que el paro del 20 de julio había evidenciado no la fuerza, sino la creciente debilidad de los socialistas (56). Las elecciones generales celebradas sólo dos

---

(53) NB, 25 mayo 1905.

(54) LC, 27 mayo, 3-10 junio 1905; NB, EL, 24-27 mayo 1905.

(55) NB, 21 julio 1905.

(56) EL, 24 julio 1905; NB, 21 julio 1905.



meses después, en septiembre de 1905, parecieron confirmar esas opiniones.

El PSOE admitió haber perdido votos con respecto a las elecciones de 1903, y en Madrid, Iglesias obtuvo sólo 1.870 votos, quizá el más pobre resultado electoral de toda su carrera política. El fracaso de toda la campaña contra la carestía de las subsistencias no podía ser más evidente. En Bilbao la elección tuvo particular interés para los socialistas, ya que el único candidato que disputó el acta a Iglesias fue un republicano, Solaegui, lo que parecía proporcionar a los dirigentes del PSOE una óptima oportunidad para reafirmar su política de total hostilidad al republicanismo y para poner de relieve ante el electorado obrero el carácter antisocialista del partido republicano. Las elecciones se celebraron en un clima de gran tensión entre ambos partidos, agravado por incidentes surgidos entre seguidores de uno y otro; en uno de ellos, un joven republicano resultó muerto y dos concejales socialistas, Pascual y Cerezo y el yerno de este último, Indalecio Prieto, detenidos (57).

Puesto que Solaegui era un conocido industrial y contaba, al parecer, con el apoyo de los Chávarri, toda la propaganda electoral socialista se concentró en subrayar el carácter clasista de aquella candidatura, en presentar a Solaegui no como candidato republicano, sino como candidato de «la burguesía bilbaína». Sin embargo, en una elección que fue unánimemente considerada «limpia», Solaegui, que ganó el acta, superó en votos a Iglesias en el barrio obrero de San Francisco y obtuvo excelentes votaciones en Cortes y Bilbao la Vieja. En total, un 33 por 100 de los votos obtenidos por Solaegui correspondieron a los tres citados distritos obreros, lo que lógicamente no debió escapar a la observación de numerosos socialistas (58). Estos ni siquiera podían atribuir su derrota a irregularidades electorales. Las pocas que aparentemente fueron cometidas, fueron esta vez atribuidas

---

(57) Un grupo de jóvenes republicanos penetró tumultuosamente en una taberna donde se hallaban reunidos los mencionados concejales. Sonó un disparo y uno de aquéllos, Santiago Doce, quedó muerto en el acto. Se acusó a Pascual de haber sido autor material del disparo, aunque en el juicio que se le siguió fue absuelto. I. Prieto, *De mi vida. Recuerdos, estampas, siluetas, sombras...* (México, 1970), II, páginas 121-127.

(58) Solaegui logró 3.922 votos; Iglesias, 3.104. *EL*, 11 septiembre 1905; *LC*, 9-16 septiembre 1905.

a ellos: fue ahora cuando, como se dijo, los socialistas trucaron las papeletas electorales de forma que se contabilizaron en favor de Iglesias votos originalmente emitidos para Solaegui. Hubo además suplantación de electores: los republicanos alegaron que 500 de los suyos supieron al depositar el voto que alguien había votado previamente en su nombre (59).

Tras la campaña de las subsistencias y las elecciones de 1905, el distanciamiento entre el PSOE y las restantes fuerzas democráticas parecía más intenso que nunca. En el VIII Congreso del PSOE, celebrado un mes después de aquellas elecciones, la política aislacionista tuvo nueva ratificación. Iglesias, Perezagua y el secretario del partido, García Cortés, erigidos en campeones de «la pureza moral» del mismo, lograron que el Congreso prohibiese la colaboración de los socialistas en la prensa «burguesa» y su participación en actos públicos con republicanos y anarquistas mientras éstos no cesasen en sus censuras al PSOE (60).

Sin embargo, un conjunto de circunstancias iba a combinarse en 1906 para reforzar la posición dentro del PSOE de aquellos elementos que creían necesario poner término al aislamiento de su organización. Como veremos, en 1907 resucitaría la «moción Quejido» e incluso en Vizcaya se concertaría una alianza electoral con los republicanos.

En efecto, en 1906 la crisis que afectaba a la organización socialista se hizo aún más aguda. La crisis económica y el desempleo redujeron la capacidad negociadora de las sociedades obreras. Desde 1904 la agitación laboral experimentó un acusado declinar en todo el país, reflejado por las estadísticas del Instituto de Reformas Sociales: hubo 153 huelgas en 1905, 145 en 1906, 152 en 1907, 182 en 1908 (pero sólo 12.748 huelguistas frente a 20.176 en 1905) y 147 en 1909. En Barcelona se registraron en 1904 menos conflictos laborales (60 por 100) que en 1903 (61); en Vizcaya, igualmente, el número de huelgas

---

(59) *EL*, 11 septiembre 1905; una argucia similar a la utilizada en Bilbao fue empleada dos meses después en Madrid, en las elecciones locales, y permitió que los socialistas (Iglesias, Largo Caballero y Ormaechea) entrasen, por fin, en el Ayuntamiento de la capital; F. Largo Caballero, *Mis recuerdos* (México, 1954), pp. 69-70.

(60) *ES*, 13-20 octubre 1905; *LC*, 14 octubre 1905.

(61) J. Romero Maura, «Urban working-class Politics in Catalo-

disminuyó considerablemente desde mediados de 1904. Fue menor el número registrado en los seis años de 1904 a 1909 que en los cuatro de 1900 a 1904 (62).

Las sociedades obreras perdieron numerosos afiliados. La UGT sufrió la pérdida de unos 10.000 miembros —casi un 20 por 100 del total de sus afiliados— entre febrero y octubre de 1905, y otros tantos entre esta fecha y marzo de 1906: hasta 1911 no volvería a alcanzar el nivel de afiliados de 1905. La crisis afectó particularmente a las organizaciones provinciales, pues en Madrid la UGT no llegó a perder ni un 5 por 100 de sus afiliados. Por lo que se refiere a las provincias vascas, tanto en Guipúzcoa como en Alava, las pérdidas llegaron hasta un 80 por 100, y en Vizcaya pasaron del 50 por 100 (63). Durante 1905-1906, prácticamente no se crearon nuevas sociedades obreras en ninguna de las tres provincias (64). Varios periódicos socialistas —*Revista Socialista*, *Mundo Obrero*, *La Voz del Pueblo*, entre otros— hubieron de cesar su publicación a lo largo de 1906, y el PSOE vio sus 154 asociaciones locales reducidas a 119 entre los congresos de 1905 y 1908. El secretario del PSOE, García Cortés, tuvo que reconocer la desfavorable evolución de su organización:

«El sindicalismo español —escribía en 1906— sufre en los presentes momentos una honda crisis. La prensa socialista, la societaria y hasta la ácrata...

nia, 1899-1909» (Tesis no publicada, Oxford, 1971); número de huelgas, en IRS, *Huelgas y lock-outs en los diversos países*, vol. 55, p. 40.

(62) 45 frente a 47; IRS, *Informe*, p. 54, cuyas cifras han sido corregidas con datos encontrados en la prensa.

(63) Número de afiliados a la UGT:

Año	UGT	Madrid	Vizcaya	Guipúzcoa	Alava
1904 (octubre)	55.817	18.151	4.681	1.149	234
1905 (febrero)	56.905	18.809	4.464	1.150	311
1905 (octubre)	46.485	18.861	3.997	837	357
1906 (agosto)	36.567	—	2.004	—	—
1907 (septiembre)	30.066	17.201	1.381	333	59
1908 (octubre)	39.668	29.882	2.235	176	46
1909 (noviembre)	43.562	28.115	2.064	150	54
1911 (marzo)	77.749	51.700	8.968	119	208

(Fuente: BIRS y ES.)

(64) F. Galán y F. Núñez, Tomás, *Anuario obrero, 1915* (Madrid, 1916), páginas 64-116.

reconocen que en el campo proletario se observa desde hace algún tiempo gran depresión y que los organismos obreros, en lugar de atraerse nuevos elementos, pierden los que tenían» (65).

Los dirigentes socialistas atribuían la crisis de sus organizaciones a la crisis económica del país, con lo cual revelaban su propia falta de habilidad táctica para capitalizar el intenso malestar que la crisis producía en las clases trabajadoras. Además, la tesis socialista era sólo parcialmente cierta. En las mismas circunstancias y en los mismos años, Lerroux consiguió movilizar en Barcelona la que era quizá la mayor clientela obrera disfrutada hasta entonces por un político español. En Vizcaya ya vimos que fue ahora cuando los republicanos organizaron sus primeras sociedades obreras. Y fue entonces también cuando en Bilbao los círculos obreros católicos, asociados en el Patronato San Vicente de Paúl, pudieron aparecer como una posible alternativa a los sindicatos socialistas. El intento católico resultaría a la larga infructuoso, pero inicialmente fue suficiente para provocar cierta alarma en las filas socialistas. Fue precisamente el sindicato de obreros de la construcción —como se señaló, el sector más gravemente afectado por la crisis— el primero en dar la voz de alarma:

«Esos obreros que ingresan en las Asociaciones creadas por la clase patronal, así se llamen republicanas o estén protegidas y alentadas por el Patronato de Obreros San Vicente de Paúl —decía una nota oficial del mencionado sindicato—, traicionan consciente e inconscientemente sus propios intereses y los de su clase en general» (66).

Sin duda, las ventajas materiales ofrecidas por las sociedades católicas a sus socios (subvención de dos pesetas diarias en caso de paro por enfermedad, por accidente o por despido involuntario, servicio médico y farmacéutico gratuitos, etc.) y la prioridad de empleo concedida por los patronos a los afiliados al Patronato ex-

---

(65) M. García Cortés, «La crisis de nuestro sindicato», *El Heraldo de Madrid*, 25 septiembre 1906.

(66) «Los obreros del ramo de la construcción», *LC*, 22 abril 1905.



plican en gran parte su éxito inicial. Entre 1905 y 1907, el Patronato San Vicente de Paúl creó uniones profesionales de mecánicos, albañiles, canteros, tipógrafos, carpinteros, electricistas y otros oficios; en enero de 1906 se fundó en La Arboleda una asociación obrera, León XIII, que dispuso de una escuela a la que en 1910 asistían un centenar de niños de familias obreras. En las elecciones para la junta local de reformas sociales de Bilbao en 1907, el Patronato San Vicente de Paúl se atribuyó 2.200 socios, cifra quizá exagerada, pero que revelaba la realidad del avance católico. La crisis, reconocía *La Lucha de Clases*, «ha dejado a muchas sociedades obreras en cuadro; no pocos trabajadores, más celosos en ocupar sus puestos en esta época de crisis que de su dignidad, se han arrimado a los patronatos católicos y a otros círculos» (67).

### III. Otra vez los mineros

Aunque el éxito del incipiente sindicalismo católico fuese sólo temporal, tal vez porque sus organizaciones se limitaron a una acción educativa y protectora, sin que llegasen a fructificar en verdaderos organismos profesionales obreros, y para 1910 el número de socios del Patronato de Bilbao hubiese descendido a 900, contribuyó, no obstante, a agravar la crisis del movimiento socialista. Los dirigentes de éste parecían carecer de iniciativas frente a ella. Las que fueron tomadas sin contar con su opinión tampoco fueron afortunadas, y en definitiva no hicieron sino ahondarla y poner de relieve la falta de unanimidad y las diferencias que se estaban gestando en el interior del PSOE y de sus organizaciones locales.

Esto fue lo que ocurrió con la huelga minera de Vizcaya del verano de 1906. El 11 y 18 de marzo de dicho año se reunió el Congreso de la Federación de Obreros Mineros y acordó reclamar en el curso del verano, aunque sin precisar fecha alguna, la reducción de la jornada

---

(67) *LC*, 29 septiembre 1906; sobre las sociedades obreras católicas, véase J. Posse y Villelga, *El socialismo. Sus hombres. Su organización* (Bilbao, 1912), pp. 46-47; IRS, *Estadística de asociaciones* (Madrid, 1917); R. Núñez, «Mi voto en contra», *LC*, 23 marzo 1907; A. Marvaud, *La Question Sociale en Espagne* (París, 1910), pp. 201-203, y J. Posse Villelga, «Las uniones profesionales de Bilbao», *La paz social*, agosto 1909.

laboral a nueve horas, petición que algunos líderes mineros ya habían considerado plantear el año anterior (68). También acordaron nombrar presidente a José Pérez, uno de los líderes de la huelga de 1903, a quien Iglesias consideraba como «un irreflexivo lleno de soberbia» (69).

Con fecha 10 de abril de 1906, la Federación minera entregó una petición escrita a la Asociación de Patronos Mineros en la que, junto a la jornada de nueve horas, se incluía como nueva petición la abolición de las *tareas*. Como había hecho en 1903, la Asociación de Patronos Mineros rehusó entrar en negociaciones con la representación obrera; a la carta de ésta respondió con otra expresando «que no les consta a los patronos mineros de Vizcaya que ustedes tengan la legítima representación de los obreros que trabajan en sus minas, por lo que nada podrán tratar con ustedes...». Aunque los patronos negaban la representatividad de la Federación Minera, pero no su personalidad legal, la Federación respondió haciendo del reconocimiento de las sociedades obreras el centro de sus peticiones (70).

El 17 de junio convocó un mitin «monstruo» en Gallarta, en el cual se decidió reclamar, además del reconocimiento de la Federación, un aumento del 50 por 100 por hora extraordinaria, peticiones que fueron entregadas en un nuevo escrito el día 23 y que, como las anteriores, fueron también rechazadas por los patronos tres días más tarde (71). Se creyó que los mineros declararían la huelga inmediatamente, pero no fue así, sin duda porque, como admitiría más tarde la misma prensa obrera, «por entonces las circunstancias no eran favorables para plantear una lucha» (72). Dos meses más tarde, sin embargo, los líderes mineros estimaron que las circunstancias habían cambiado y ordenaron la huelga a partir del 20 de agosto de 1906.

La oportunidad la proporcionó el despido de un obrero empleado en los cargaderos de mineral propiedad de la Diputación. El 14 y 17 de agosto, el presidente de ésta,

---

(68) LC, 31 marzo 1906.

(69) Iglesias a Acevedo, 22 septiembre 1906, en *Cien cartas inéditas de Pablo Iglesias a Isidoro Acevedo* (Madrid-Barcelona, 1938), p. 65.

(70) Documentos cruzados entre patronos y obreros, en *Huelga minera de agosto de 1906* (Bilbao, 1906), pp. 12-16.

(71) LC, 30 junio 1906.

(72) «La huelga de las minas», LC, 1 septiembre 1906.

Adolfo Urquijo —el que fuera candidato católico en 1893, ahora caballero de la Orden de San Silvestre del Vaticano—, celebró varias reuniones con los cargadores, a los que prometió abrir una investigación sobre el obrero despedido.

Pareció, por tanto, que la disputa podía arreglarse sin mayores complicaciones; la misma *Lucha de Clases* del 18 de agosto calificaba el conflicto como de «escasa importancia» (73). Fue entonces cuando los líderes mineros consideraron que debido a la escasez de mano de obra en las minas por la marcha de los obreros *temporeros*, a la inminencia de las fiestas de Bilbao y a la llegada del rey (circunstancias que hacían presumir una disposición de las autoridades a evitar conflictos), las circunstancias eran óptimas para iniciar la huelga. El domingo 19 de agosto se celebraron varios mítines en la zona minera, y en ellos fueron resucitadas las demandas de junio y acordado el paro desde el día siguiente.

La huelga fue acordada sin conocimiento previo y posiblemente sin aprobación de la Federación Socialista y de la Agrupación de Bilbao. Esta no se reunió hasta después de iniciado el paro, y aunque acordó nombrar delegados al comité de huelga, lo hizo tal vez con la esperanza de impedir la extensión del conflicto. Al menos se rumoreó que sus dos líderes más influyentes en ausencia de Perezagua —Carretero y Merodio— se oponían a la huelga: «no creen que se llegará a la huelga general», escribía el director de *El Heraldo de Madrid* tras una entrevista con ellos (74).

La huelga minera comenzó con las agresiones, apedreamientos y coacciones usuales, aunque esta vez la Guardia Civil impidió que los mineros bajaran a la zona fabril; el 21 de agosto, las febriles gestiones del gobernador civil, Francia —a quien el Gobierno había pedido comunicase a Urquijo y al presidente del Círculo Minero el ruego del Gobierno de que hiciesen valer su influencia para la solución del conflicto antes de la llegada del rey—, fracasaron ante la intransigencia de ambas partes. Como en 1903 los mineros intentaron extender el paro a Bilbao y el 22 de agosto trataron de detener la circulación de tranvías y las operaciones del puerto, producién-

(73) *LC*, 18 agosto 1906.

(74) *El Heraldo de Madrid*, 24 agosto 1906; por supuesto, ambos dirigentes desmentirían aquellos rumores.

dose violentos choques con las fuerzas de orden público, en los que murió un obrero y hubo numerosos heridos y detenidos. En vista de estos sucesos, la Federación de Sociedades Obreras de Bilbao acordó declarar el paro general, pero significativamente las sociedades de panaderos, gasistas y electricistas votaron en contra de esa decisión. Fue declarado el estado de guerra en la provincia y de las provincias vecinas fueron trasladados a Bilbao seis batallones de infantería, dos baterías de artillería y dos escuadrones de caballería, un total de 1.700 hombres (75).

La huelga general fracasó, en parte, porque esta vez la Guardia Civil y la Municipal actuaron con rapidez y energía, en parte por la falta de unanimidad de los obreros, en parte por la impopularidad de la huelga. A diferencia de lo ocurrido en 1903, en que, según la prensa, la opinión pública local había visto con simpatía la acción de los mineros, esta vez esa opinión condenó unánimemente un paro que hacía suspender los festejos anuales y podía hacer suspender la visita real: «toda huelga general debe entrar en la opinión general», argumentaba *La Lucha de Clases* una vez terminado el conflicto; «éste, añadía, no entraba en la opinión general» (76).

De hecho, sólo los moldeadores y los tipógrafos secundaron el paro. Ni la circulación de tranvías y carros ni los trabajos del muelle llegaron a suspenderse: «en su aspecto exterior —observaba un periodista de Madrid—, por la gente que discurre por las calles, por el movimiento que se advierte, produce la impresión de que en Bilbao no se ha interrumpido la vida normal» (77). Se trabajó en casi todas las fábricas y talleres de Bilbao y en todas las grandes fábricas de Baracaldo-Sestao, donde sólo los moldeadores —que en la factoría de Baracaldo de Altos Hornos, por ejemplo, eran unos 200 de un total de 3.100 empleados— faltaron al trabajo. El paro fue general solamente en las minas de Bilbao y en Astilleros del Nervión. Pero ni siquiera entre los mismos mineros existía conformidad general en cuanto a las peticiones. Numerosos mineros se oponían a la abolición del sistema de *tareas*: «en esto no estabáis conformes», recordaba

---

(75) NB, 26 agosto 1906.

(76) «La huelga de mineros», LC, 29 septiembre 1906.

(77) Reportaje de Francos Rodríguez y L. Morote en *El Heraldo de Madrid*, 24 agosto 1906.



posteriormente *La Lucha de Clases*, que juzgaba como un error haber planteado esa demanda, que en su opinión había creado «enemigos silenciosos» en las filas obreras (78).

Esta división (79), no ignorada por los propietarios mineros, más la usual falta de recursos económicos de los huelguistas, debilitaba considerablemente su posición; como, por otra parte, el Gobierno estaba decidido a solucionar rápidamente el conflicto, para lo que había tomado la desusada iniciativa de enviar a uno de sus ministros, Alvarado, a Bilbao, como mediador, y como ya el día 23 Alvarado había logrado de los patronos algunas concesiones, parecía que la disputa concluiría rápidamente. Los huelguistas insistían, a través de Carretero y Merodio, que se reunieron con Alvarado los días 23 y 24 de agosto, únicamente ya en la concesión de la jornada de nueve horas, punto que pudo haber quedado solucionado —como ocurriría días después— con la promesa del Gobierno de presentar un proyecto de ley en ese sentido a las Cortes.

Sin embargo, la huelga se prolongó y adquirió derivaciones inesperadas. El día 24 circularon por Bilbao rumores (la prensa local estuvo suspendida del 22 al 25 de agosto, inclusives) de que el ministro de la Gobernación, Dávila, había hecho unas declaraciones culpando a los patronos del conflicto. Pudo ser que, como Dávila sostuvo, sus declaraciones habían sido distorsionadas por la prensa; pero en cualquier caso, la presencia en el centro del conflicto de Adolfo Urquijo, que había tomado parte destacada en la agitación católica contra un Gobierno (López Domínguez) de marcada significación anticlerical, hacía más difíciles las relaciones entre el Gobierno y los patronos. La muy influyente prensa liberal de Madrid urgió al Gobierno a actuar frente a unos patronos a los que considerada «neos hasta la medula» (80). Posiblemen-

---

(78) «La huelga de los mineros», *LC*, 29 septiembre 1906; como se recordará, los obreros de la Franco-Belga habían amenazado con declararse en huelga si se suprimían las *tareas*.

(79) El director de Orconera telegrafió a Londres: «Hay gran disensión entre los huelguistas», Orconera a GKN, 4 septiembre 1906, GKN. Archives, letters N-O, 1906, Cardiff.

(80) «El conflicto y sus efectos», *EL* (Madrid), 23 agosto 1906; «La huelga de Bilbao», *El Heraldo de Madrid*, 21 agosto 1906; sobre la participación de Urquijo, I. Prieto, *De mi vida. Recuerdos, estampas, siluetas, sombras...* (México, 1968), I, pp. 53-58.

te, las declaraciones de Dávila no tenían otro propósito que satisfacer a dicha prensa, cuyo concurso el Gobierno consideraba de crucial importancia para toda su política; pero tuvieron el efecto de provocar gran irritación en la opinión pública local y de replegar a todos los patronos en apoyo de Urquijo. El Círculo Minero acordó:

«No ceder un ápice a las peticiones formuladas por la Asociación de Obreros Mineros. Protestar de las informaciones de determinados periódicos y de las palabras atribuidas al ministro de la Gobernación» (81).

Urquijo convocó en la Diputación una reunión a la que asistieron unos 80 representantes de las principales entidades económicas de Vizcaya. Urquijo fue aclamado cuando, en presencia del ministro Alvarado, rechazó la responsabilidad que se le atribuía y protestó enérgicamente por las declaraciones del ministro de la Gobernación. Se nombró una comisión que, presidida por el propio Urquijo, marcharía el día 25 a reunirse con el jefe del Gobierno, López Domínguez, en San Sebastián, donde Urquijo repitió sus acaloradas acusaciones contra la prensa y contra Dávila. Su actitud le valió una querrela del director de *El Imparcial*, López Ballesteros, y posiblemente terminó de indisponer al Gobierno contra los patronos (82).

El general Zappino, que había llegado a Bilbao el 25 de agosto, inició gestiones para acabar de solucionar el conflicto. Tras una reunión celebrada entre él y la Comisión de huelga, a la que Zappino ofreció interponer su influencia, la Federación Local de Sociedades Obreras acordó dar por terminada la huelga general, lo que casi resultaba innecesario dado el escaso apoyo que la huelga había tenido en Bilbao y la zona fabril. Zappino logró en los próximos días la readmisión de la casi totalidad de los moldeadores que habían sido despedidos por secundar el paro (83). En las minas enclavadas en Bilbao,

---

(81) NB, 26 agosto 1906.

(82) «Provocación y desacato», *El Heraldo de Madrid*, 26 agosto 1906.

(83) La prensa local informó de represalias en Altos Hornos, Euskalduna, Aurrerá, Talleres Zorroza, Talleres Deusto y Astilleros del Nervión.

los trabajadores reanudaron el trabajo paulatinamente y para el 30 de agosto más del 70 por 100 del total de obreros empleados trabajaba a ritmo normal. La huelga quedó, por tanto, circunscrita a la zona minera de Somorrostro y a la inmediatamente contigua de Santander, donde Perezagua —que residía allí, como se indicó, desde junio de 1905— logró, desde el día 27, que unos 6.000 mineros secundasen a los de Vizcaya. La huelga se prolongó durante los primeros días de septiembre, aunque sin unanimidad, ya que miles de trabajadores se reincorporaron al trabajo en ambas provincias desde el 31 de agosto y el paro continuó, en parte, por la negativa de las compañías Orconera y Franco-Belga a reabrir sus explotaciones. Finalmente, el 7 de septiembre, los líderes mineros acordaron ordenar la reanudación del trabajo tras obtener del rey, quien les recibió el día 5 acompañados por Zappino, la promesa de que las Cortes debatirían una ley de jornada minera que diese satisfacción a sus aspiraciones (84).

La huelga de 1906 estuvo cargada de consecuencias que afectaron, en primer lugar, a la política socialista local. La decisión tomada por la Federación local suspendiendo la huelga general desde el 27 de agosto acentuó las tensiones internas de la Agrupación Socialista. Según *La Lucha de Clases*, «originó discusiones enconadas, violentas», incluso aunque la decisión pareciese la única razonable a la vista del desmayado aspecto de la huelga, y el citado periódico se vio obligado a intervenir en defensa de aquella decisión:

«Nosotros entendemos —afirmó— que los delegados de las sociedades obreras que obraron en pro de levantar el paro en Bilbao, obraron cuerda- mente, defendieron con acierto los sagrados intereses que en aquel momento representaban» (85).

---

(84) NB, EN, 26 agosto y 6 septiembre 1906; *El Heraldo de Madrid*, 20 agosto y 5 septiembre 1906; ES, 7 a 28 septiembre 1906; LC, 1 a 29 septiembre 1906; «Patronos mineros de Vizcaya. Instancia al ministro de la Gobernación», Archivo Presidencia del Gobierno, legajo 32, número 12.502; C. del Río, «La lucha entre el pueblo y la plutocracia», EL (Madrid), 29-31 agosto y 2, 5, 10 septiembre 1906; Asociación de Patronos Mineros de Vizcaya, *Huelga minera de agosto de 1906* (Bilbao, 1906).

(85) «La huelga de mineros», LC, 29 septiembre 1906.

Como las críticas continuasen, el mismo Iglesias intervino para aprobar con su autoridad la conducta de los elementos moderados de Bilbao: «Lo que ha dicho *La Lucha* última —escribía al director de ésta, Acevedo— sobre la huelga habida ahí y en las minas es verdad y, por serlo, yo lo suscribiría...» (86).

Las intervenciones de *La Lucha de Clases* y de Iglesias desautorizaron al ala más intransigente de la Agrupación local; ello, junto con el desfavorable resultado de la huelga, que se tradujo en una disminución del número de afiliados a la Federación minera (87), debió, sin duda, contribuir a reforzar la posición dentro del socialismo de Bilbao del sector moderado, cuyos dirigentes más influyentes (como Carretero y Merodio) se habían opuesto a la huelga desde sus comienzos.

Pero la huelga tuvo otras derivaciones que indirectamente acabarían, igualmente, por afectar las decisiones de la Agrupación Socialista de Bilbao. El choque entre el presidente de la Diputación de Vizcaya y el Gobierno, y la campaña de la prensa liberal de Madrid contra los patronos de Vizcaya, fueron utilizados por los regionalistas de todas las tendencias para exacerbar los sentimientos localistas de cara a la próxima renovación del concierto económico, como pudo ya comprobarse al regreso de la Comisión patronal que se había entrevistado con el jefe del Gobierno en San Sebastián. En diversas localidades de la línea del ferrocarril San Sebastián-Bilbao hubo manifestaciones al paso del tren en que regresaban los comisionados, tocándose himnos vascos y vitoreándose a Urquijo y a Vizcaya; la Diputación acordó solidarizarse con su presidente (88).

Fue el comienzo de una intensa campaña en favor de la reintegración foral que duraría hasta la renovación del concierto económico a fines de 1906, campaña que fue apoyada con entusiasmo por toda la prensa de las tres provincias vascongadas, con excepción de *El Liberal* y *La Lucha de Clases* de Bilbao. Se acuñó el nombre de

---

(86) Iglesias a Acevedo, 6 octubre 1906, en *Cien cartas inéditas de Pablo Iglesias a Isidoro Acevedo* (Madrid-Barcelona, 1938), p. 64.

(87) La Federación aseguraba tener 1.546 afiliados en marzo de 1906 (*LC*, 31 marzo 1906); en 1907 tendría sólo 968 afiliados; Asociación de Patronos Mineros de Vizcaya, *El trabajo en las minas de Vizcaya* (Bilbao, 1907), p. 31.

(88) *NB*, 27-29 agosto 1906.



Solidaridad Vascongada, obviamente inspirado en Solidaridad Catalana, el movimiento creado en 1906 por unión de todas las fuerzas políticas catalanas —a excepción de los republicanos radicales— con un programa prioritariamente regionalista. Precisamente, Solidaridad Catalana había establecido contactos con la Liga Foral, movimiento creado en San Sebastián en octubre de 1904 por iniciativa de los republicanos y apoyado por monárquicos, integristas y carlistas, inicialmente como protesta contra la extensión del impuesto sobre alcoholes al País Vasco, por considerarlo como una violación del concierto económico, pero pronto con un programa más ambicioso cuyo punto central sería «obtener la reivindicación foral». La Liga Foral consiguió vencer en todos los distritos de Guipúzcoa en las elecciones de 1905, y en agosto de 1906 concertó en Tolosa «un pacto de amistad y ayuda en las Cortes» con Solidaridad Catalana, «para conseguir los respectivos fines autonómicos de ambas regiones» (89).

En Vizcaya, dos conocidos dirigentes republicanos, Rodrigo Soriano y Salmerón hijo, habían expuesto y propagado en junio de 1906 la idea de una solidaridad similar a la catalana, y en la misma dirección parecían orientados tanto el ala moderada del nacionalismo vasco y su periódico *Euskalduna*, como los católicos independientes de *La Gaceta del Norte*, los últimos con la esperanza de atraer al nacionalismo vasco hacia la legalidad monárquica bajo la bandera común de reintegración foral y política católica.

Todas estas fuerzas se combinaron para producir el intenso movimiento de agitación foralista del último trimestre de 1906. Hubo manifestaciones y declaraciones solemnes de Diputaciones y Ayuntamientos de toda la región. Los concejales republicanos de Bilbao, que al igual que su periódico *El Liberal* habían mantenido una posición ambigua, votaron finalmente porque el Ayuntamiento de Bilbao se adhiriese a las gestiones de las Diputaciones (90).

---

(89) Sobre la Liga Foral, véase J. Orueta, *Ante el problema regionalista. El País Vasco* (Madrid, 1907) pp. 57-59; F. Goitia, *Autonomía mundial* (Barcelona, 1908), *passim*; J. Elósegui a A. Maura, 10 noviembre 1906, AM, legajo 37. Los diputados electos en Guipúzcoa en 1905 fueron: Balbás, por San Sebastián; Sánchez Marco, por Azpeitia; Orueta, por Tolosa; García Ogara, por Vergara.

(90) *EL, NB*, 20-27 octubre 1906.

Sólo los socialistas se mantuvieron en todo momento frente al movimiento foralista. Se les acusaría por ello de hacer el juego del Gobierno (91). Un observador neutral, el doctor Areilza, escribía el mismo día en que marchaban a Madrid los representantes de las Diputaciones vascas que debían discutir con el Gobierno la renovación del concierto:

«Todos los partidos, salvo el socialista, se han puesto al lado de los diputados. Aquí el socialismo es puramente antivascongado, como nutrido por la savia de Carretero, Perezagua, Su Ilustrísima (Unamuno), etc.» (92).

Frente a la reintegración foral, los socialistas propusieron la tesis de autonomía municipal, que en esencia no era sino la limitación de las atribuciones administrativas de las Diputaciones vascas. Bajo el lema «¡Autonomía municipal o abajo el concierto económico!», los socialistas organizaron mítines en las tres provincias vascas y enviaron a Madrid una comisión, encabezada por Carretero, que celebró entrevistas con los más conocidos dirigentes de todos los partidos políticos del país (93).

Su actitud valió a los socialistas la simpatía de la prensa liberal de Madrid, que a cambio se ganó la hostilidad de los autonomistas vascos, quienes el 6 de noviembre quemaron los ejemplares de aquella llegados a Bilbao (94). Pero agudizó, al mismo tiempo, el aislamiento de la Agrupación Socialista local. Según un periódico de San Sebastián, *Región Vasca*, algunos miembros de la Agrupación Socialista de aquella localidad habían disentido de la política seguida por su partido en torno al

---

(91) «Para *El Imparcial* —comentaba *El Noticiero Bilbaíno*—, el Ayuntamiento de Bilbao son la media docena de socialistas que hacen el juego al *trust* y al Gobierno», *NB*, 6 noviembre 1906. Por *trust* se entendía la prensa liberal de Madrid, que se opuso a las reclamaciones foralistas.

(92) Areilza a Aranzadi, 30 octubre 1906, en Dr. Areilza, *Epistolario* (Bilbao, 1964), p. 133.

(93) «Gestionando la autonomía. Nuestro triunfo», *LC*, 10 noviembre 1906, y R. Laiseca, «Desde Madrid», *LC*, 10 noviembre 1906 y ss. Uno de los argumentos de los socialistas en favor de su postura era que la autonomía municipal permitiría introducir en la región vasca la tributación directa, hasta entonces vetada por las Diputaciones; «La autonomía municipal», *LC*, 13 octubre 1906.

(94) *NB* y *EL*, 7 noviembre 1906.

concierto económico. Aunque estas afirmaciones fueron enérgicamente desmentidas por los socialistas y no fueron probadas, parece, sin embargo, probable que algunos socialistas temiesen, como había afirmado aquel periódico, que el resultado de la política socialista sería la derrota del PSOE en las próximas elecciones municipales, para las que se esperaba se constituye un «bloqueo foral» entre los partidos que habían llevado a cabo la reciente agitación autonomista.

#### IV. *La primera coalición republicano-socialista*

Este temor, unido a la persistente crisis de los sindicatos socialistas y al aumento de la influencia del ala moderada en la Agrupación Socialista de Bilbao a raíz de la huelga minera, parecen haber sido los factores que determinaron a los socialistas a establecer contactos con los republicanos desde diciembre de 1906.

Los republicanos de Bilbao habían apoyado la agitación autonomista con evidente tibieza. Pocos días después de haber votado en el Ayuntamiento la adhesión a la Diputación, cuatro concejales republicanos presentaron una nueva moción apoyando plenamente la idea socialista de la autonomía municipal (95); *La Vanguardia*, órgano de la Juventud Republicana, había censurado a su partido por unirse a la agitación en torno al concierto (96). Cuando llegaron al convencimiento de que estaban siendo manipulados por católicos, carlistas y nacionalistas vascos, principales beneficiarios de aquella agitación, los republicanos modificaron radicalmente su posición política. La oportunidad fue facilitada por el Proyecto de Ley de Asociaciones presentado por el gobierno López Domínguez —poco después de haberse aprobado el nuevo concierto económico con las provincias vascas—, «encominado a poner límite al desbordante crecimiento de las órdenes religiosas», según dijera uno de los ministros de aquel Gobierno (97).

La iniciativa del Gobierno produjo un notable cambio de la situación política del País Vasco. La Liga Foral

---

(95) *EL*, 10 noviembre 1906.

(96) «Croniquilla local», *LC*, 27 octubre 1906.

(97) C. Romanones, *Notas de una vida (1901-12)* (Madrid, s. f.), III, página 176.

quedó deshecha al abandonarla los integristas; el anunciado «bloque foral» no llegó a constituirse y en su lugar carlistas, integristas y católicos independientes formaron un «bloque católico» que contó con el apoyo mayoritario de los nacionalistas vascos, incluso aunque no se diese a dicho apoyo sanción oficial. Los concejales republicanos de Bilbao propusieron, a principios de diciembre de 1906, que el Ayuntamiento expresase su incondicional apoyo a la política anticlerical del Gobierno. *El Liberal* predicó a partir de entonces la unión de las izquierdas con un programa político netamente radical.

Como se recordará, una idea similar había hecho posible la colaboración extraoficial de las Juventudes Republicana y Socialista en 1903, y aunque silenciada por unos años, la idea no había sido totalmente abandonada por sus patrocinadores. En septiembre de 1906, Madinabeitia volvió a suscitarla en San Sebastián: «Preciso es —dijo en un mitin socialista— que todos los demócratas, sin distinción de ideas ni partidos, se unan en apretado haz en defensa de las libertades» (98). Cuando el 23 de diciembre de aquel año, los republicanos organizaron en Bilbao un mitin anticlerical, tanto la Federación como la Juventud Socialista, rompiendo con los acuerdos del partido y desmintiendo lo dicho días antes por *La Lucha de Clases*, enviaron sus delegados al citado acto, los cuales incluso llegaron a aceptar verbalmente la idea de formar un «bloc» liberal en Bilbao, propuesta por uno de los oradores republicanos (99).

A principios de enero de 1907, la Juventud Socialista de Bilbao organizó conferencias en las que participaron miembros de la Juventud Republicana (100). Por entonces, el 13 de enero, Madinabeitia ratificaba esta nueva actitud en que parecían colocarse muchos socialistas al tomar

---

(98) *LC*, 22 septiembre 1906.

(99) *NB*, *EN*, 24 diciembre 1906; el 22 de noviembre de 1906, *La Lucha de Clases* había anunciado que la Federación Socialista de Vizcaya no participaría en el mitin; sin embargo, Urra representó a la Juventud, y Villarreal, a la Agrupación de Bilbao.

(100) Por ejemplo, uno de éstos, Moriones, habló significativamente sobre «Corrientes de aproximación», *LC*, 19 enero 1907. La Juventud Socialista ya había vuelto a manifestar abiertamente sus deseos de renovación con anterioridad a estas conferencias; uno de sus dirigentes, Domenech, dio una conferencia en el verano de 1906 en la que pidió «nuevos modos» al socialismo español, que fue censurada por los veteranos de la Agrupación local; *LC*, 15 septiembre 1906.



parte en un mitin celebrado en San Sebastián en unión del líder republicano Melquíades Alvarez y del jefe de la política monárquica liberal en Guipúzcoa, Fermín Calbetón (101).

Un paso más serio fue dado cuando, en una asamblea celebrada el 2 de febrero de 1907, la Agrupación Socialista de Bilbao acordó, con sólo 30 votos en contra, aceptar la coalición propuesta por los republicanos para las próximas elecciones provinciales que iban a celebrarse en marzo. Fue revelador, además, que sólo se consumiese un turno en contra de la moción coalicionista de los tres que se habían programado. La propuesta de Fermín Zugazagoitia de que se consultase previamente al Comité Nacional y la opinión de un conocido militante de la organización de Valladolid, Cabello, que indicó que la coalición no podía aceptarse sin un acuerdo previo de un congreso del PSOE, no fueron tenidas en cuenta (102). Así, y a pesar de que el Comité Nacional notificó a la Agrupación de Bilbao su disconformidad respecto a la coalición, ésta fue llevada a cabo. Carretero y Rufino Laiseca fueron designados para formar parte de una comisión mixta que dirigiría los trabajos electorales.

Poco después fue anunciada la llamada «candidatura democrática», en la que junto a dos republicanos (R. Alonso y P. Bengoa) aparecía el nombre de Perezagua. La inclusión de éste, que acababa de regresar de su destierro en Santander, produjo sorpresa por su conocida hostilidad al republicanismo, que no se había mitigado durante su ausencia de Bilbao, ya que en Santander incluso había sido apuñalado en una ocasión por un grupo de republicanos (103). Posiblemente, Perezagua aceptó la designación porque percibió la mayoritaria aprobación que la idea de la coalición había tenido dentro de la Agrupación de Bilbao, o porque confiaba que los republicanos votarían la candidatura de Iglesias en las elecciones genera-

---

(101) *EL*, 14 enero 1907.

(102) *EL*, 3 febrero 1907; *LC*, 9 febrero 1907. Los tres turnos a favor fueron consumidos por dos dirigentes de la Juventud, Ibero y Domelech, y por un veterano, Seisdedos; en contra sólo habló Salazar, uno de los hombres más leales a Perezagua. Una proposición similar fue formulada a la Agrupación Socialista de San Sebastián por los republicanos de la localidad, pero fue rechazada por haber sido considerada contraria a la organización del PSOE; *ES*, 22 febrero 1907.

(103) *LC*, 25 noviembre 1905; la desaprobación del Comité Nacional, en *EL*, 26 febrero 1907, y *ES*, 22 febrero 1907.

les que iban a celebrarse un mes después de las provinciales. Sea como fuere, se mantuvo sumamente reservado respecto a la coalición, significativamente gestada durante su ausencia, hasta el punto de que todavía en noviembre de 1907 Iglesias se lamentaba de que no le había manifestado su opinión (104).

La candidatura democrática fue derrotada por escaso margen de votos por la candidatura católica de carlistas, nacionalistas vascos e integristas: el primer candidato de ésta, el carlista Lezama Leguizamón, obtuvo 9.799 votos, y el primer demócrata, Alonso, 8.914. Fue el voto de los pueblos el que dio el triunfo a las derechas, ya que en Bilbao los «demócratas» ganaron por más de 2.000 votos. No obstante la derrota, de cara al futuro de la política socialista, la elección había puesto de relieve que la que era quizá la más dinámica y numerosa organización del PSOE desaprobaba la política aislacionista de su Comité Nacional (105). La Agrupación, cuyo órgano oficial imprimiera en 1906 expresiones como «es imposible que nosotros nos unamos a los republicanos», había acordado, sólo meses después, coaligarse con ellos; el resultado de Bilbao capital, además, hacía pensable, de mantenerse la coalición, una victoria de Iglesias en las elecciones generales convocadas para abril de 1907. Los partidarios de la línea coalicionista parecían tener, por tanto, argumentos sólidos en que apoyar sus tesis.

## V. La polémica sobre la coalición

La iniciativa de Bilbao no había sido, además, un hecho aislado. A fines de enero de 1907, casi al mismo tiempo que la Agrupación de aquella localidad entraba en la candidatura «democrática», un grupo de prestigiosos miembros de la Agrupación de Madrid, encabezados

---

(104) Iglesias a Acevedo, 21 noviembre 1907, en *Cien cartas inéditas de Pablo Iglesias a Isidoro Acevedo* (Madrid-Barcelona, 1938), pp. 68-69.

(105) Como se indicó, en las elecciones generales por el distrito de Bilbao votaban, además de la capital, 15 pueblos cercanos a la misma. Los resultados fueron: en Bilbao, demócratas, 7.396 votos (Alonso, 7.396; Perezagua, 7.087; Bengoa, 7.367); coalición católica, 5.288 (Larrauri, 5.388; Lezama Leguizamón, 5.272; Ustara, 5.215). En los pueblos: demócratas, 1.559 (Alonso, 1.559; Perezagua, 1.681; Bengoa, 938); católicos, 4.443 (Larrauri, 4.288; Lezama Leguizamón, 4.416; Ustara, 4.443); *EL*, 12 marzo 1907.

por el secretario de la UGT, Vicente Barrio, proponía, como ya se hiciera en 1903, una coalición con los republicanos para las próximas elecciones generales (106). La proposición fue rechazada por mayoría de votos dentro de la misma Agrupación de Madrid, y no fue, por tanto, sometida a la votación de las restantes agrupaciones locales.

Pero en contraste con el silencio de *El Socialista*, *La Lucha de Clases* abrió un amplio debate en torno al problema, en el curso del cual quedaron expuestas tanto las limitaciones de la táctica intransigente hasta entonces defendida por el Comité Nacional, como la extensión que dentro del partido había alcanzado la opinión colaboracionista.

Fue el propio secretario del PSOE, García Cortés, quien dirigió el ataque contra los coalicionistas. En tres largos artículos expuso las principales consideraciones que en su opinión desaconsejaban la coalición con los republicanos. Básicamente, sus argumentos se reducían a afirmar que la subida al poder del partido conservador en 1907 no suponía un cambio fundamental en la política española, contrariamente a lo que opinaban los coalicionistas, que veían en ella una amenaza a las libertades que hacía aconsejable la unión de todos los demócratas, y a argumentar que tanto la conducta de los líderes del partido republicano, caracterizada, según él, por ambiciones personales, caudillismos, demagogia y corrupción, como el carácter clasista del PSOE no permitían la coalición: «los liberales —escribía Cortés— son tan clericales y tan reaccionarios como las huestes que acaudilla don Antonio Maura», el líder conservador; y tras criticar duramente a la dirección nacional republicana, concluía: «mientras no sacuda esa dirección y rectifique el camino que hasta aquí ha seguido, no se puede pensar en establecer alianzas con él (el partido republicano)» (107).

A estos argumentos, otros anticoalicionistas añadían que el Congreso Socialista de Amsterdam se había manifestado contrario a coaliciones con «partidos burgueses» (108), o aducían el caso de Clemenceau como prueba

---

(106) La proposición Barrio, en *LC*, 29 febrero 1907.

(107) M. García Cortés, «¿Debemos coaligarnos?», *LC*, 9-16 febrero, 16 marzo 1907.

(108) Véase las opiniones de G. Plaza en *LC*, 23 marzo 1907, y S. García en *LC*, 11 mayo 1907.

del verdadero carácter antiobrерista del radicalismo republicano (109). Algunos, como Fabra Ribas, parecían dispuestos a aceptar la coalición únicamente «para la preparación sería de un acto de fuerza» contra la Monarquía (110).

Estos argumentos, sin embargo, ignoraban los puntos centrales de la cuestión suscitada por los coalicionistas. Barrio no tenía inconveniente alguno en aceptar las tesis de García Cortés. Los coalicionistas, escribía, «saben de sobra que entre los partidos monárquicos no hay apenas diferencia esencial en los problemas que afectan a la nación», e incluso estimaba más la obra de gobierno realizada por los conservadores que la de los liberales (111). Su opinión sobre los líderes republicanos no era tampoco más favorable que la de García Cortés; lo que le interesaba eran los éxitos electorales que cosechaban a pesar de sus inmoralidades e inconsecuencias: «se les prefiere y se les elige por representantes», escribía (112).

Lo que Barrio apuntaba iba quizá más allá de los límites de una simple coalición electoral. Como era el caso de tantos otros políticos del momento, la preocupación primordial de Barrio era el fracaso del sistema parlamentario en España:

«Lo que se afirma —escribía en su réplica a García Cortés—... es que en España... los derechos individuales... están a merced de un clérigo, de un cacique, de un alcalde de monterilla, de un gobernador o de un cabo de la Guardia Civil» (113).

Su originalidad radicaba en que atribuía esta situación no tanto a los abusos y arbitrariedades cometidos por el sistema monárquico, como a la inexistencia de una oposición coherente y eficaz:

«... si esto es posible —argüía— es porque tampoco hay una verdadera oposición en los partidos

---

(109) Así lo hacía J. Perdel en *LC*, 8 junio 1907.

(110) Véase su opinión, publicada con el seudónimo Mario Antonio, en *LC*, 14 septiembre 1907.

(111) V. Barrio, «Aclaración», *LC*, 16 febrero 1907.

(112) V. Barrio, «Mi opinión», *LC*, 29 junio 1907.

(113) V. Barrio, «Aclaración», *LC*, 16 febrero 1907.



extremos que obligue a los monárquicos a proceder más honradamente, más respetuosamente con los derechos del ciudadano» (114).

La coalición era, en su opinión, el primer paso para crear esa oposición.

Otros coalicionistas no iban tan lejos como Barrio. Los de Vizcaya recordaban a García Cortés que, en su provincia, las Agrupaciones socialistas se veían confrontadas con un conjunto de problemas diferentes a los de Madrid, que aconsejaban soluciones diferentes: «Mientras socialistas y republicanos luchaban entre sí —escribía el secretario de la Agrupación de Bilbao, Bermejo—, el elemento clerical conseguía aumentar el número de obreros en los Patronatos católicos y disminuirlo en las Agrupaciones de Vizcaya» (115).

Y todos coincidían en señalar que la táctica intransigente del PSOE era la causa de sus fracasos electorales:

«Cerca de veinte años —escribía el propio Barrio— lleva el partido socialista luchando políticamente, sin que la virtualidad de sus ideas ni nuestra actividad de convencidos, ni nuestra constancia en la lucha, ni nuestra férrea disciplina, ni la honradez de nuestros procedimientos, ni la defensa constante y tenaz de los trabajadores hayan conseguido abrirnos las puertas de la representación nacional» (116).

Estos argumentos, formulados por quien por su cargo al frente de la UGT estaba en estrecho contacto con la base de la organización socialista, parecían irrefutables. Pero no fueron suficientes para lograr una modificación de las posiciones políticas oficiales del PSOE. Por el contrario, las esperanzas de los coalicionistas sufrieron un nuevo revés en el congreso del PSOE celebrado en agosto de 1908, en el cual se aprobó un voto de censura contra la Agrupación Socialista de Bilbao por su participación en la «candidatura democrática» el año anterior. Fue acordado, igualmente, que ni las organizaciones ni los

---

(114) V. Barrio, «Aclaración», *LC*, 16 febrero 1907.

(115) *LC*, 6 abril 1907; la misma opinión era sustentada por R. Núñez en *LC*, 23 marzo 1907.

(116) V. Barrio, «Mi opinión», *LC*, 29 junio 1907; las mismas opiniones, en los artículos de J. Codina y R. Chena, en *LC*, 11 mayo 1907 y 31 agosto 1907, respectivamente.

miembros del partido participasen en actos públicos junto con elementos políticos «de la clase patronal», lo que, de hecho, equivalía a rehusar la colaboración socialista al «bloque de las izquierdas» que algunos líderes republicanos, como Melquíades Álvarez, y la prensa y algunos dirigentes del partido liberal venían patrocinando con insistencia desde la primavera de 1908 (117). La autoridad del Comité Nacional fue reafirmada al acordarse que, en caso de surgir nuevas propuestas coalicionistas, sería el propio Comité el encargado de tomar las resoluciones que juzgara procedentes (118).

Los acuerdos del PSOE se producían en un momento en que con motivo de la intensa agitación liberal-republicana contra la ley de represión del terrorismo del gobierno Maura, la unidad de las izquierdas españolas parecía muy próxima. El aislamiento del PSOE se hizo, por tanto, más acusado. Pero es dudoso que resultase del agrado de todos los miembros del partido. Al contrario, en algunas provincias los socialistas actuarían desde 1907 más y más en desacuerdo con las decisiones de su Comité Nacional. En Bilbao, por ejemplo, Bermejo, secretario de la Federación Provincial Socialista, había revelado en *La Lucha de Clases*, a propósito de la candidatura democrática, los deseos de las agrupaciones locales de continuar su aproximación a otros partidos de izquierda: «los socialistas de Bilbao —escribía— se hallan perfectamente satisfechos con la coalición llevada a cabo y desean que esta armonía continúe» (119). Es posible que las elecciones generales de abril de 1907 decepcionasen a muchos coalicionistas, puesto que los republicanos de Bilbao prefirieron abstenerse o votar simbólicamente una candidatura improvisada en el último minuto antes que votar a Iglesias. Pero al mismo tiempo, los resultados

---

(117) Melquíades Álvarez suscitó la idea de un bloque de izquierdas ya en 1907; de una manera más concreta volvió a exponer su idea en unas declaraciones a *El Liberal* de Bilbao en mayo de 1908, y luego, en junio, en los mítines que liberales y republicanos organizaron conjuntamente contra el proyecto de ley de terrorismo; en uno de ellos, celebrado en San Sebastián el 14 de junio, el dirigente liberal, Rafael Gasset, expresó su conformidad con la idea, como luego lo haría, en septiembre, el conde de Romanones, en unas declaraciones a *La Voz de Guipúzcoa*, de aquella localidad; *EL*, 10 mayo 1908; *EI*, 15 junio-10 septiembre 1908.

(118) *EI*, 16-31 agosto 1908; BIRS, V, julio 1908 a junio 1909, páginas 191-194.

(119) E. Bermejo, «En pro», *LC*, 6 abril 1907.

electorales reforzarían sus argumentos, pues Iglesias perdió por más de 3.000 votos donde la coalición había ganado un mes antes por más de 2.000 (120).

En todo caso, los sectores coalicionistas se recuperaron pronto. Cuando en la primavera de 1908, liberales y republicanos organizaron en Bilbao el acto correspondiente a la campaña contra la ley del terrorismo, *La Lucha de Clases* y los socialistas locales no disimularon sus simpatías, aunque por disciplina de partido rehusasen tomar parte en el mismo:

«Sin embargo —aseguró *La Lucha de Clases*—, la Agrupación Socialista de Bilbao y la Federación Local de Sociedades Obreras mandarán un escrito adhiriéndose al fondo del *meeting*... Y haremos más los socialistas y los obreros federados: asistiremos en masa al *meeting*» (121).

Iglesias estaba alarmado, temeroso, sin duda, de que el ejemplo de la más dinámica de las agrupaciones del partido pudiera tener imitadores. En su correspondencia con el director de *La Lucha de Clases*, Acevedo, de 1908 y 1909, se lamentaba continuamente de la actitud de la Agrupación de Bilbao: «Temo que Bilbao —escribía en una ocasión— dé un desengaño al partido. ¡Ojalá me equivoque!» (122).

---

(120) Los republicanos de Bilbao habían acordado, el 31 de marzo de 1907, no presentar candidatura a fin de favorecer a Iglesias si las derechas presentaban candidatura de coalición; el 7 de abril, la Junta Municipal Republicana de Bilbao ofreció votar a Iglesias si los socialistas retiraban su candidatura por Madrid. Al no acceder éstos al acuerdo, los republicanos decidieron, por 179 votos contra 95, presentar candidatura propia por Bilbao, designándose como candidato a una conocida figura del republicanismo nacional, Menéndez Pallarés, al no aceptar el nombramiento don Horacio Echevarrieta. Ya se indicó que el candidato conservador, Fernando Ybarra, contó con el apoyo de católicos, carlistas y de un grupo importante del nacionalismo vasco, aunque la minoría intransigente de éste optó por presentar su propia candidatura. El resultado fue: Ybarra, 6.640 votos; Iglesias, 3.413; Anitua, nacionalista vasco, 1.449, lo que revelaba que la mayoría del partido había votado a Ybarra; Menéndez Pallarés, 114, lo que indicaba que la mayoría de los republicanos se habían abstenido; *EL*, *GN*, 1-17 abril 1907; *LC*, 1 mayo 1907.

(121) Citado en *EI*, 9 junio 1908.

(122) Iglesias a Acevedo, 15 abril 1908, en *Cien cartas inéditas de Pablo Iglesias a Isidoro Acevedo* (Madrid-Barcelona, 1938), p. 75; véase, en el mismo sentido, las cartas de 28 de noviembre de 1908 y 15 de abril de 1909.

Incluso después del Congreso Socialista de 1908, la Agrupación Socialista de Bilbao mantuvo sus puertas abiertas a quienes defendían la unidad de las izquierdas. En septiembre de aquel año, el siempre influyente Unamuno fue invitado a hablar en el Círculo Socialista, donde exhortó a su auditorio a seguir la línea coalicionista: «a que se unan —decía el resumen de prensa— en las elecciones y en otros procedimientos políticos a los partidos de la izquierda» (123). Dos días después de su conferencia, la Agrupación Socialista volvía a discutir una nueva proposición coalicionista hecha por los republicanos para las futuras elecciones municipales. La coalición no se llevó a cabo, en gran parte por la decidida oposición que contra ella hicieron Perezagua y Acevedo. Sin embargo, *El Liberal*, que era ya el periódico más leído en los barrios obreros, insertó las candidaturas socialistas al lado de las republicanas (124), y numerosos obreros socialistas tomaron parte en la manifestación organizada el 28 de marzo de 1909 por la Juventud Republicana contra la supuesta inmoralidad del gobierno Maura, aunque el Comité Nacional del PSOE hubiese negado su concurso al acto similar organizado en Madrid por iniciativa del dirigente republicano Sol y Ortega (125).

Todo ello parece indicar que el descontento respecto a la política aislacionista del PSOE en el interior del partido era mucho más intenso de lo que indicaba el monolitismo exterior del mismo y que la base de la organización estaba dispuesta, si no deseosa, a aceptar coaliciones con otros partidos mucho antes de que el Comité Nacional lo acordara. De hecho, desde 1908-09 sólo la obstinación de dicho Comité parecía oponerse a tales coaliciones. Era una actitud que sólo ocasionalmente encontraba defensores. Los pocos que lo eran —por ejemplo, Ortega y Gasset—, lo eran más admirados por la lección de ética política que encerraba aquella actitud —especialmente en contraste con la de las restantes fuerzas democráticas del país— que convencidos de la conveniencia política de la misma. Porque por halagadora que desde un punto de vista moral pudiera ser aquella conducta, políticamente amenazaba con convertirse en un completo

---

(123) Citado en J. Ortega y Gasset, *Obras completas*, vol. X, p. 89.

(124) *EL*, 13-14 abril y 1 mayo 1909; discusión en la Agrupación Socialista, en *NB*, 24-28 septiembre 1908.

(125) *ES*, 26 marzo 1909; *EL*, 26-29 marzo 1909.



desastre. Después de todo, el PSOE era un partido político, y, como observara Barrio, «partido político sin representación parlamentaria es una fuerza anulada en lo más principal de su mismo fundamento» (126).

Por evidente que esta afirmación pudiera parecer, todavía a principios de 1909 no había ningún indicio que hiciese pensar que el Comité Nacional Socialista contemplase la idea de un cambio próximo de su línea política. La Semana Trágica de julio de 1909 vino oportunamente a sacar al PSOE del *impasse* político al que sus dirigentes le habían conducido.

---

(126) V. Barrio, «Mi opinión», *LC*, 29 junio 1907; la opinión de Ortega sobre el PSOE, en J. Ortega y Gasset, «El recato socialista», *Obras completas*, vol. X, p. 81.

## CAPITULO V

### LA CONJUNCION REPUBLICANO-SOCIALISTA

#### I. *La unión de las izquierdas*

«Para derribar a la actual situación no son necesarios bloques», había declarado Iglesias a principios de 1909 (1). El 20 de septiembre del mismo año, sin embargo, el PSOE hacía público un manifiesto en el que expresaba su decisión de luchar «ya por su propia cuenta, ya al lado de toda fuerza democrática», para conseguir la desaparición del gobierno de Maura. Como ya se indicó al final del último capítulo, fue la actuación de este gobierno en la llamada Semana Trágica —una espontánea explosión de agitación obrera contra el envío de tropas a Marruecos que se desarrolló en Barcelona entre el 26 de julio y el 2 de agosto de 1909— el motivo, o el pretexto, del cambio radical de táctica experimentado por el socialismo español (2).

El Gobierno, a pesar de las vacilaciones de las autoridades locales de Barcelona, dominó la huelga revolucionaria con relativa facilidad. Cuando los dirigentes socialistas —a los que los sucesos de Barcelona cogieron por sorpresa— intentaron secundar el movimiento convocando una huelga general para el 2 de agosto, el Gobierno ordenó su detención y la clausura de numerosos centros obreros. En Madrid fueron detenidas unas 200 personas, Iglesias, Largo Caballero y García Quejido entre ellas; en Bilbao se practicaron unas 100 detenciones, entre ellas Perezagua, Cerezo y los principales líderes socialistas lo-

---

(1) «El partido socialista ante el bloque», *ES*, 8 enero 1909.

(2) Manifiesto, en *ES*, 25 septiembre 1909; Semana Trágica, en J. C. Ullman, *La Semana Trágica. Estudio sobre las causas socioeconómicas del anticlericalismo en España. 1875-1912* (Barcelona, 1972), y J. Romero Maura, «Urban working class politics in Cataluña, 1899-1909» (Oxford thesis, 1971).

cales (3). Estas medidas, junto con la confusión producida por la escasez de noticias sobre la situación en Barcelona (4) y las indecisiones del Comité Nacional del PSOE, cuyos emisarios no llegaron a tiempo de dar en provincias la orden de huelga (5), hicieron fracasar el movimiento preparado para el día 2. Según *El Socialista*, el paro sólo habría llegado a producirse en algunas localidades de las zonas mineras de Asturias y Santander. En Bilbao, donde el 29 de julio se habían registrado pequeños paros en algunas minas y en los muelles, las medidas preventivas tomadas por las autoridades bastaron para controlar la situación. Así, tras la detención de sus líderes, la Federación Regional Socialista acordó suspender la huelga convocada para el día 2 (6).

La enérgica reacción del gobierno Maura no provocó una modificación inmediata de la orientación política mantenida hasta entonces por el PSOE. Casi dos meses serían necesarios para que aquélla finalmente se produjese. Los primeros editoriales de *El Socialista* tras los sucesos de Barcelona no hacían prever que fuesen a producirse cambios. Por el contrario, el periódico socialista mantuvo todavía por algún tiempo su tradicional línea política, criticando duramente a los partidos republicanos por lo que llamaba su «falta de entereza» en los acontecimientos de Barcelona (7). La falta de fuentes internas no permite conocer lo que ocurrió dentro de las filas socialistas durante agosto y septiembre de 1909 y cómo se tomó finalmente la decisión de modificar la política del partido. Pero el caso es que al final de aquel verano, el PSOE abandonaría el aislamiento político adoptado desde su fundación y se uniría a los partidos de izquierda en una campaña común cuyo primer objetivo sería la caída de Maura. Pocos días después de publicarse el ya mencionado manifiesto socialista de 20 de septiembre de 1909, comenzaron los contactos oficiales entre dirigentes republicanos y socialistas. Dos de aquéllos, Azcárate y el escritor Pérez Galdós, concertaron en sendas

---

(3) «Atropellándolo todo», *ES*, 20 agosto 1909.

(4) Perezagua declaró en el Congreso socialista de 1912 que «en Vizcaya no supieron nada de lo que ocurrió en Barcelona hasta cuatro o cinco días después», *ES*, 4 octubre 1912.

(5) Véanse las discusiones en el mismo Congreso.

(6) *EL*, «Los sucesos de Bilbao», 5 agosto 1909.

(7) *ES*, «Lecciones», 20 agosto 1909.

reuniones celebradas el 29 de septiembre y el 3 de octubre con Iglesias y García Cortés, el apoyo del PSOE a la campaña de liberales y republicanos contra Maura (8). La intensa campaña de mítines y manifestaciones realizada por las izquierdas en octubre de 1909 y las protestas en el extranjero contra el fusilamiento de Ferrer, a quien el Gobierno hizo responsable de los sucesos de Barcelona, decidieron al rey a prescindir de Maura y a encargar la formación de un nuevo gobierno a Moret, jefe del partido liberal y cabeza visible del revivido «bloque de izquierdas».

Con Moret en el poder, y seguros de que el rey aceptaba la política de compromisos con las izquierdas de su primer ministro, socialistas y republicanos acordaron ampliar el alcance de su colaboración y consolidarla en una verdadera coalición política con dos objetivos primordiales (9): uno, inmediato y concreto, las elecciones, y otro, vago e indefinido, la «acción revolucionaria». El 29 de octubre, el Comité Nacional del PSOE envió a todas sus secciones locales una circular invitándolas a expresar su opinión sobre el asunto. Las secciones locales votaron abrumadoramente en favor de la coalición. En Bilbao, por ejemplo, sólo 13 afiliados lo hicieron en contra, aunque entre los que votaron a favor no faltaron quienes, como Perezagua, la aceptaron sin entusiasmo: «Yo siempre he sido —declararía en 1914— enemigo irreconciliable de la Conjunción, aunque hube de acatarla por razones de disciplina» (10).

Los anticonjuncionistas eran en 1909-10 una minoría reducida. La inmensa mayoría de los miembros del partido aprobaban la nueva línea política de su Comité Nacional. El 7 de noviembre, en un resonante acto público en el que, junto a Iglesias, tomaron parte los dirigentes republicanos Pi Arsuaga, Sol y Ortega y Soriano y al que se adhirieron el líder radical Lerroux y Galdós, la Conjunción republicano-socialista quedó «definitivamente

---

(8) *ES*, 1 y 9 octubre 1909; M. Tato y Amat, *Sol y Ortega y la política contemporánea* (Madrid, 1914), pp. 506-508.

(9) Todavía el 15 de octubre, *ES* afirmaba que «hasta el presente, al menos, no hay asomos de coalición con ningún partido para otros fines que los de combatir el régimen excepcional de reacción que estamos sufriendo», *ES*, 15 octubre 1909.

(10) Declaraciones a *EL*, 3 diciembre 1914.



establecida y sólidamente consolidada» (11). Al hacerlo, el partido socialista español se colocaba abierta y decididamente contra la Monarquía.

La primera prueba que la Conjunción habría de afrontar serían las elecciones municipales de diciembre de 1909. Aunque días antes de celebrarse surgieron ya algunas diferencias entre radicales y socialistas —lo que hacía sospechar que la Conjunción no estaba tan definitiva ni sólidamente establecida como proclamaban sus líderes—, la coalición funcionó, y gracias a la benevolencia del Gobierno, que obtuvo a cambio el apoyo de republicanos y socialistas a candidatos liberales, la Conjunción logró un resultado más que satisfactorio. En Madrid, por ejemplo, 13 de los 15 candidatos de la Conjunción fueron elegidos, entre ellos los socialistas Barrio y Quejido. En Bilbao fueron 14 (siete republicanos, cinco socialistas y dos liberales) los candidatos electos de un total de 15 presentados. Con respecto a las anteriores elecciones municipales, celebradas sólo unos meses antes, en mayo de 1909, las izquierdas ganaron en dicha localidad un total de 2.469 votos, cifra notable, pero sospechosa, ya que era muy próxima al aumento experimentado por el censo electoral —3.863 votantes más—, lo que hizo pensar, posiblemente con razón, en una posible manipulación del censo realizada a raíz de la subida de Moret al poder y el consiguiente cambio de autoridades locales (12). Se dijo también que las autoridades habían detenido a numerosos agentes electorales de los partidos derechistas y que la lista de los detenidos había sido entregada al jefe de policía por el propio Perezagua (13). Descontando las exageraciones que pueda haber en afirmaciones semejantes, no cabe duda de que el apoyo oficial fue un factor decisivo en la victoria obtenida por las izquierdas.

El PSOE logró un total de 53 concejales en toda España: en el País Vasco, además de los cinco de Bilbao, los socialistas lograron entrar en los Ayuntamientos de

---

(11) *ES*, 12 noviembre 1909; *Nueva España*, 5-9 noviembre 1909.

(12) Apoyo de la Conjunción a candidatos liberales, en circular del Comité Nacional del PSOE de 17 de noviembre de 1909. «En aquellos sitios donde para vencer a los reaccionarios sea preciso marchar de acuerdo, no sólo con los republicanos, sino también con demócratas y liberales, los socialistas no se negarán a inteligenciarse con ellos», *ES*, 19 noviembre 1909; elecciones en Bilbao, *EL*, 13 diciembre 1909.

(13) Bergé a Maura, 19 diciembre 1909, AM, legajo 114.

San Sebastián (dos concejales), Eibar (uno), Baracaldo (uno) y La Arboleda (uno). Este resultado llenaba las aspiraciones de los socialistas, y, consiguientemente, *El Socialista* hizo pública su total satisfacción por el comportamiento electoral de los republicanos (14). Además, como en Bilbao, los Ayuntamientos de San Sebastián y Eibar quedaron bajo el control de las izquierdas (15).

## II. *Bilbao, ciudad radical*

El temor a que la izquierda republicano-socialista resultase el principal beneficiario de unas elecciones generales convocadas por Moret, llevó a los hombres más influyentes del partido liberal a provocar su caída en febrero de 1910 (16). En su lugar, el rey entregó el poder a Canalejas, el único político liberal que, a pesar de su significación anticlerical y reformista, parecía inspirar confianza a todas las facciones de su partido. La izquierda, que vio en la caída de Moret una maniobra de las camarillas próximas al rey y un peligro para sus posibilidades electorales, recibió al gobierno Canalejas con marcada hostilidad. Pablo Iglesias lo definió como «el último cartucho liberal... para justificar la vuelta de los conservadores» (17). El mismo Iglesias tomó parte en un mitin contra el nuevo Gobierno, celebrado en Madrid sólo unos días después de producirse la crisis, y en el que, junto al líder socialista, participaron jóvenes intelectuales como Ortega y Gasset y Pérez de Ayala —despertados a la política por la agitación contra Maura en 1909—, como para significar la protesta del nuevo liberalismo que ellos aspiraban a encarnar frente a los procedimientos de la vieja política (18). Actos similares se celebraron en numerosas localidades españolas. Toda esta actividad venía a proclamar de forma oficial la ruptura

---

(14) «Condiciones precisas», *ES*, 24 diciembre 1909.

(15) *EL*, 13-14 diciembre 1909; *ES*, 17-24 diciembre 1909.

(16) C. de Romanones, *Notas de una vida (1901-12)* (Madrid, s. f.), II, pp. 251-255.

(17) *ES*, 18 febrero 1910.

(18) *ES*, 18 febrero 1910; sobre Ortega joven, P. Conard, «Ortega y Gasset. Ecrits politiques (1910-13)», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, III (1967), pp. 417-475; J. Sánchez Rivero, «La conferencia de anoche», *EL*, 13 marzo 1910, sobre la conferencia de Ortega en Bilbao, «La pedagogía social como programa político».

de los republicanos —incluida su ala derecha, que era la que lógicamente hubiera resultado más beneficiada de haber seguido Moret en el poder— con los liberales, y a ratificar la consolidación de la Conjunción republicano-socialista, como quedó simbólicamente evidenciado en el abrazo del líder de la derecha republicana, Melquíades Álvarez —al que se creía que Moret había pensado incorporar al Gobierno— y Pablo Iglesias, en un acto celebrado en Madrid en junio de aquel año (19).

En cierta medida, la plena aceptación de la política conjuncionista por el ala derecha republicana facilitó, paradójicamente, la elaboración de las candidaturas republicano-socialistas de cara a las elecciones generales convocadas por Canalejas para mayo de 1910. Las objeciones de los socialistas a la inclusión de republicanos moderados en las candidaturas de la conjunción antes de caer Moret, fundadas en el temor a un entendimiento entre éste y aquéllos en perjuicio de los candidatos más significativamente izquierdistas, cesaron. Esto es, al menos, lo que sucedió en Bilbao, único distrito en que el PSOE podía razonablemente exigir que la Conjunción designase candidato socialista.

La designación del candidato de las izquierdas había resultado asunto mucho más difícil que lo que hacían presumir el óptimo estado en que se hallaban las relaciones entre republicanos y socialistas, especialmente después de la victoria en las elecciones locales de diciembre de 1909. Cuando a principios de enero, con Moret todavía en el poder, circuló por Bilbao el rumor de que los republicanos favorecían la candidatura de don Horacio Echevarrieta, un opulento banquero, propietario de minas, naviero y constructor de barcos, *La Lucha de Clases* hizo pública su disconformidad:

«A título de nada —escribía el citado periódico— se puede decir eso, porque nada han intentado aún acerca de esta cuestión los partidos republicano y socialista» (20).

---

(19) En Bilbao, por ejemplo, el orador republicano Alvaro de Albornoz «renegó» de la reciente colaboración con el partido liberal; *EL*, 14 febrero 1910; M. García Venero, *M. Álvarez, historia de un liberal* (Madrid, 1954), p. 218.

(20) Reproducido en *ES*, 21 enero 1910.

Hasta cierto punto, la reacción socialista era comprensible. Como *La Lucha de Clases* indicaba, no había sido determinado todavía a cuál de los dos partidos pertenecería el candidato, y la significación social de un hombre como Echevarrieta, vinculado a todos los círculos financieros, hacía de él un candidato inaceptable para muchos socialistas. Iglesias mismo temía que Echevarrieta llegase a algún acuerdo con Moret a espaldas de la Conjunción. Consiguientemente, intentó convencer al Comité Nacional de la conjunción para que se designase por Bilbao un candidato socialista: «Trabajamos, o mejor, mantenemos que el candidato debe ser socialista», escribía Iglesias al director de *La Lucha*, Acevedo (21). Iglesias llegó incluso a enviar un delegado a Bilbao a fin de conseguir que los republicanos locales renunciasen al distrito y aceptasen la candidatura socialista, a pesar de que sus propios correligionarios no concedían a ésta muchas posibilidades de éxito (22).

La caída de Moret y la airada reacción de los republicanos ante la subida de Canalejas al poder modificaron el criterio de Iglesias. En carta a Acevedo, escrita a finales de abril, recomendaba a los socialistas de Bilbao que aceptasen al candidato republicano, cuando todavía estaba pendiente de celebrarse, a propuesta de Perezagua, una asamblea mixta en la que republicanos y socialistas habrían de designar por votación el nombre (Echevarrieta o Iglesias) del candidato conjuncionista por Bilbao (23). Finalmente, en una asamblea celebrada el 4 de mayo los socialistas acordaron por orden expresa de su Comité Nacional retirar la candidatura de Pablo Iglesias y reconocer y apoyar la de don Horacio Echevarrieta (24).

La designación del candidato había resultado, por tanto, en Bilbao muy trabajosa; problemas similares, derivados de las suspicacias y rivalidades personales entre los líderes de la Conjunción y de diferencias políticas respecto a la formación de las candidaturas, se plantearon en otras muchas localidades, lo que hacía dudar sobre las posibilidades de un mantenimiento duradero de su

---

(21) Iglesias a Acevedo, 15 enero 1910, en *Cien cartas*, p. 80.

(22) *Ibid.*, pp. 81-83.

(23) Iglesias a Acevedo, 29 abril 1910, *Cien cartas*, p. 87; *EL*, 23-26 abril 1910.

(24) *EL*, 5 mayo 1910.



alianza (25). En definitiva, ninguno de los partidos que formaban la coalición parecía hallarse dispuesto a renunciar a su personalidad o a tolerar ingerencias de sus aliados en sus decisiones políticas.

No obstante, las dificultades pudieron ser momentáneamente orilladas y la Conjunción pudo presentarse unida a las elecciones de mayo de 1910. En ellas la Conjunción logró un total de 40 diputados, Pablo Iglesias entre ellos. *El País*, órgano del partido radical, puso de relieve que la Conjunción había logrado en las capitales de provincias un total de 197.545 votos por 141.920 de los monárquicos (26). Los resultados eran, pues, satisfactorios, pero tal vez ligeramente decepcionantes, ya que los dirigentes de la Conjunción habían esperado conseguir una cifra próxima a los 60 ó 70 diputados (27).

En Bilbao, Echevarrieta ganó cómodamente, derrotando al candidato católico Chalbaud, apoyado por integristas y nacionalistas vascos, por 8.095 votos contra 4.673. No hubo candidatura monárquica. La unión de conservadores y liberales, que, como se dijo, caracterizó la política de Vizcaya desde 1876, quedó rota en 1908 al sumarse los liberales al bloque de las izquierdas. Como resultado, ganó fuerza en círculos conservadores la idea de organizar un partido dinástico católico y regionalista que integrase a todas las fuerzas de la derecha, incluidos los nacionalistas vascos, de quienes hacia 1907-09 cabía esperar una cierta disposición a evolucionar hacia la Monarquía como consecuencia de la ya mencionada política de atracción de Maura y de la amistad entre Alfonso XIII y el financiero nacionalista Ramón de la Sota. Fracasado, por ciertas razones, este proyecto, los conservadores, bajo la dirección de Fernando Ybarra, fundaron en julio de 1909 el partido conservador, vinculado políticamente a Maura. Poco después, en enero de 1910, los liberales siguieron su ejemplo constituyéndose como partido político, en realidad poco más de un centenar de amigos reunidos en

---

(25) Por ejemplo, un discurso de Lerroux, el líder del partido radical, en Barcelona, en marzo, fue considerado por *El Socialista* como «un ataque a la concentración republicana y a la Conjunción republicano-socialista», *ES*, 8 abril 1910; poco después, Sol y Ortega, dirigente de Unión Republicana, amenazaba con separarse de la Conjunción por la autonomía concedida al partido radical en Barcelona.

(26) En *VG*, 9-11 mayo 1910.

(27) Declaraciones de Sol y Ortega, *VG*, 5 enero 1910.

torno a la figura de un honesto abogado local, Gregorio Balparda. Ninguno de los dos partidos monárquicos pudo, sin embargo, presentar candidatura propia contra Echevarrieta. En el caso de los liberales, la caída de Moret, a quien se había adherido el nuevo partido, bastó para dispersarlos (28). Y tampoco fue posible que las derechas elaborasen una candidatura de coalición, como habían venido defendiendo tanto el diario católico independiente *La Gaceta del Norte*, como los dirigentes conservadores y como había recomendado el propio obispo de Vitoria. Pero por una parte la intransigencia de los nacionalistas vascos, que rehusaron toda colaboración con el partido conservador, cuyos líderes se habían convencido ya de la inutilidad de toda política de atracción (29), y por otra, la exigencia de los católicos independientes de que el partido conservador aceptase la sumisión a la Iglesia en cuestiones religioso-políticas hicieron imposible la realización de aquellos deseos. Lejos de unirse, las derechas fueron a las elecciones generales de 1910 más divididas que nunca. Los integristas se negaron a retirar su candidato (José María Urquijo) por el distrito de Guernica, frente al conservador Gandarias, que lo venía representando desde 1896 (30); como consecuencia, los conservadores rehusaron apoyar a Chalbaud en Bilbao, y posiblemente arrastraron con su actitud a los carlistas, con quienes habían llegado a un acuerdo electoral (31).

La división de las derechas favorecía sensiblemente a Echevarrieta, pues como las elecciones municipales de diciembre de 1909 habían demostrado, sólo la unión de las derechas podía evitar el triunfo de la conjunción en Bilbao. En aquella ocasión, las izquierdas habían logrado un total de 7.548 votos, por 3.181 los nacionalistas vascos y 3.349, carlistas y conservadores. Privado del concurso de estos últimos —que en diciembre de 1909

---

(28) J. Ybarra, *Política nacional en Vizcaya* (Madrid, 1948), pp. 316-332; «El partido liberal», *EL*, 12 enero 1910.

(29) Bergé a Maura, 9 diciembre 1909, AM, legajo 114, «Cartas de don Ramón Bergé» (padre), 1902-1911; *Bizkaitarra*, 11 diciembre 1909, 12 febrero 1910.

(30) *GN*, 4-9 mayo 1910; Ybarra, *op. cit.*, p. 338-340.

(31) Los carlistas apoyaron al líder conservador Fernando Ybarra en el distrito de Baracaldo y a su hermano Gabriel en el de Vergara (Guipúzcoa), a cambio del apoyo conservador en Vitoria y Tolosa, *VG*, 9 mayo 1910.

habían logrado 1.410 votos—, Chalbaud no tenía posibilidad alguna frente a Echevarrieta, incluso aunque buena parte del electorado carlista le diese sus votos no obstante el silencio oficial de sus dirigentes (32). Con razón podía decir *El Pueblo Vasco*, órgano de los conservadores creado el 1 de mayo de 1910, que el triunfo de Echevarrieta se debía «no tanto a sus fuerzas propias, como a falta de cohesión de las de su adversario» (33).

Junto con la división de la derecha, la base del triunfo de Echevarrieta —el núcleo decisivo de esas «fuerzas propias»— había sido el electorado de los barrios obreros de Bilbao. El 45 por 100 del total de sus votos los obtuvo en los distritos de San Francisco, Cortes y Bilbao la Vieja, en los que sólo el número de electores clasificados como «jornaleros» era próximo al 55 por 100 del censo (34). Dada la influencia socialista en esos distritos, era evidente que en Bilbao, a diferencia de lo que ocurría en otros puntos, como en el mismo Madrid, la Conjunción dependía en alto grado del voto socialista. No dejaba de ser paradójico, y así lo juzgaban casi todos los observadores, que un hombre como Echevarrieta debiese su escaño al electorado obrero y al apoyo socialista. Esa contradicción no sería resuelta hasta que los socialistas hallasen un hombre que, sin perder la confianza de los obreros, pudiese obtener la plena aceptación de los republicanos. No había duda de que ese hombre no podía ser Perezagua, el líder socialista local más destacado, pero también el más significadamente antirrepublicano. Los socialistas necesitarían un hombre nuevo y lo encontrarían, como veremos, en Indalecio Prieto.

Echevarrieta fue el único candidato de la Conjunción elegido en el País Vasco. Los restantes fueron derrotados: Madariaga, en Baracaldo; el propio Perezagua, en Valmaseda; el republicano Llorente, en Vitoria, donde triunfó un carlista apoyado por conservadores, integris-

---

(32) GN, 8 mayo 1910; EL, 15 diciembre 1909, 7-10 mayo 1910.

(33) PV, 10 mayo 1910.

(34) En Cortes y Bilbao la Vieja los «jornaleros» representaban un 60-64 por 100 del censo; en San Francisco la proporción era menor, 35 por 100. Si a los «jornaleros» se agregan los restantes sectores obreros —pintores, tipógrafos, albañiles, carpinteros, zapateros, caldereros, barrenderos, etc.—, resulta que el electorado estrictamente obrero constituía un 70-75 por 100 del censo de los tres citados distritos. «Censo electoral de Vizcaya 1910», Arch. Dip. Vizcaya. En los restantes distritos el número de jornaleros no llegaba al 30 por 100.

tas y por el Gobierno, y los republicanos Bermingham y Soriano, en San Sebastián y Vergara, respectivamente. Como la izquierda había temido al producirse la caída de Moret, se ejerció presión oficial para obstaculizar el triunfo de candidatos republicanos, incluso de aquellos que podían haber esperado beneficiarse de la benevolencia del Gobierno de haber continuado Moret en el poder. En San Sebastián y Vergara, por ejemplo, los liberales, siguiendo instrucciones del ministro de Fomento y jefe del liberalismo en Guipúzcoa, Fermín Calbetón, apoyaron a candidatos de marcada significación católica, rompiendo así con la tradición establecida en 1876, y mantenida con breves interrupciones desde entonces, de votar unidos a los republicanos (35).

Como se indicó, ésta fue una de las razones de la enconada oposición que desde el primer momento las izquierdas no monárquicas hicieron a Canalejas y que no cedería a lo largo de su etapa de Gobierno, en parte por el temor de aquéllas a que en el caso de que Canalejas pudiera llevar a cabo la política democrática (limitación de asociaciones religiosas, abolición de impuestos de consumo, servicio militar obligatorio, intervención del Estado en conflictos laborales, etc.) que había prometido, les arrebatase muchos de los puntos de su programa (36).

Dichos temores no carecían de justificación. Canalejas dio pronto pruebas de su determinación a hacer efectivas las promesas de su programa. Unas disposiciones suyas autorizando a las religiones no católicas a exponer sus emblemas en el exterior de los templos y el anuncio de una próxima ley de asociaciones que habría de limitar el número de órdenes religiosas dio lugar a una intensa reacción de la opinión católica. A finales de junio de 1910, los obispos, con el apoyo oficial del Vaticano, hicieron pública su protesta contra las medidas del Gobierno. La opinión católica se movilizó en apoyo de su jerarquía; en diversas localidades del país se crearon juntas católicas —en el País Vasco integradas por carlistas, nacionalistas vascos e integristas— y se celebraron

---

(35) VG, 6-17 abril, 4-5 mayo 1910; gobernador civil de Guipúzcoa a ministro de Gobernación, 22 abril y 5 mayo 1910, AG, serie A, le gajo 26.

(36) Sobre Canalejas, D. Sevilla, *Canalejas* (Barcelona, 1956), página 309 y ss.; J. Francos Rodríguez, *La vida de Canalejas* (Madrid, 1918), pp. 495 y ss.



manifestaciones públicas y otros actos contra la política de Canalejas.

El conflicto entre la Iglesia y el Estado culminó en julio cuando el Gobierno español rompió las relaciones con el Vaticano (37). La junta católica de Vizcaya convocó inmediatamente una manifestación que el Gobierno prohibió, temeroso de las complicaciones que pudieran resultar al haber comenzado ya la huelga general de los mineros de aquella provincia. La manifestación se celebraría finalmente a principios del mes de agosto en San Sebastián (38).

### III. *La gran hora de Perezagua*

La nueva huelga minera de Vizcaya fue el primero en la serie de graves conflictos laborales que Canalejas iba a conocer durante los tres años que permaneció en el poder. Aunque en su mayoría dichos conflictos no respondían a motivaciones políticas, no obstante actuaron como catalizador de la oposición de la izquierda contra Canalejas, o al menos sus connotaciones políticas serían, como veremos, evidentes. Los primeros síntomas de la agitación laboral habían aparecido ya en los meses en que Moret estuvo en el poder. Ello sugeriría que los factores que podrían contribuir a explicar su desarrollo no fueron todos de carácter estrictamente laboral (39).

Porque las esperanzas de que el gobierno Moret, a causa de sus compromisos políticos con la izquierda, mantuviera en los conflictos laborales una actitud favorable a los obreros impulsaron a muchas organizaciones obreras a formular de inmediato demandas y a respaldarlas con huelgas en caso necesario. Entre ellas, la Federa-

---

(37) C. de Romanones, *Notas de una vida (1901-12)* (Madrid, s. f.), II, pp. 270-273; M. Fernández Almagro, *Historia del reinado de Don Alfonso XIII* (Barcelona, 1934), pp. 183 y ss.

(38) VG, PV, de San Sebastián, 4-9 agosto 1910; GN, 27 julio 1910; Elósegui a Maura, 12 agosto 1910, AM, legajo 37.

(39) Por ejemplo, ni los precios ni la situación económica y laboral —factores que tuvieron un impacto evidente en otras ocasiones de malestar similares— sufrieron alteraciones notables. El índice de precios en las capitales de provincia, sobre la base enero-marzo 1909, fue 100; abril-septiembre 1909, 100,2; octubre 1909 y marzo 1910, 98,0; octubre 1910 y marzo 1911, 99,1; abril-septiembre 1912, 101,3; octubre 1912 y marzo 1913, 99,4. IRS, *Coste de la vida del obrero* (Madrid, 1916).

ción de Obreros Mineros de Vizcaya convocó el 4 de febrero de 1910 un congreso en el que debía acordarse replantear las demandas de 1906, es decir, la fijación de una nueva y más reducida jornada laboral (40).

La caída de Moret y el consiguiente cambio de Gobierno, aunque interpretados como un desplazamiento a la derecha, no modificarían la actitud de los líderes mineros (41). Continuaron adelante con su demanda, bien porque confiaran que Canalejas, que siempre había defendido el intervencionismo del Estado en conflictos sociales, buscaría una solución conciliatoria, bien porque sintiesen confianza suficiente en sus propias fuerzas como para no temer una confrontación con el Gobierno.

En cualquier caso, el Congreso minero acordó el 13 de marzo reclamar la reducción de la jornada de trabajo, regida todavía por el pacto Loma (once horas de mayo a agosto; diez horas en marzo, abril, septiembre, octubre; nueve horas de noviembre a marzo), a nueve horas durante todo el año, y ya en abril se celebraron mítines en todas las localidades de la zona minera para exponer los acuerdos del congreso (42).

Parece probable que los líderes mineros no pensarán en declarar la huelga de forma inmediata. Algunos como Perezagua, quien desde el primer momento tomó parte muy activa en la dirección del conflicto, preferían aplazarla hasta octubre, «aprovechando que en esta fecha estarían abiertas las Cortes» (43). Otros, en cambio, pensaban que el paro debía llevarse a cabo en el verano, época en que mayor era la fuerza de negociación de los mineros (44).

Fue esta última opinión la que prevaleció. El 17 de julio, el presidente de la Federación, Manuel Delgado, se dirigió a la Asociación de Patronos Mineros solicitando la concesión de la jornada de nueve horas. Como la Aso-

---

(40) *ES*, 18 marzo 1910.

(41) Comisión de huelga, *Huelga de los mineros de Vizcaya* (Bilbao, 1911), p. 32.

(42) *EL*, 3, 10 y 17 abril 1910.

(43) *PV*, 11 agosto 1910.

(44) «Son muchos los obreros que vienen a hacer "la campaña" —escribiría la Comisión de huelga—, y regresan a sus pueblos en la época de recolección», y por ello «es algo difícil hallar brazos que reemplacen a los huelguistas», Comisión, *Huelga*, pp. 36-37.

ciación de Patronos no respondiese, la Federación, tomando como pretexto un pequeño conflicto declarado el día 15 en Ortuella, ordenó el paro general de las minas: el día 16 el paro era completo en toda la cuenca de Somorrostro, suspendiéndose, además de la extracción, la circulación de trenes mineros y el embarque de mineral; el 18 la huelga se extendió a las cuencas de Bilbao y Galdames-Sopuerta. El número de huelguistas ascendía a unos 12.000 hombres.

El comienzo de la huelga produjo alarma e inquietud poco justificados a la vista del desarrollo posterior de los hechos. Para la prensa conservadora, tanto local como nacional, la huelga minera respondía a los propósitos revolucionarios de la Conjunción. *El Pueblo Vasco*, de Bilbao, escribía al día siguiente de comenzar el conflicto que no se sabía si se trataba «de una reivindicación obrera o de un complot revolucionario» (45). Detrás de esta reacción había, desde luego, un obvio deseo por desacreditar a los huelguistas y por llevar al Gobierno a tomar medidas enérgicas; pero no faltaban motivos que la justificasen. Los socialistas venían empleando con creciente frecuencia un lenguaje cada vez más amenazador. Unos días antes de la huelga, el 3 de julio, Perezagua había dicho al término de una manifestación: «Esta es una manifestación pacífica, pero debemos estar preparados para dar el golpe definitivo a las instituciones» (46). Y al día siguiente de iniciada la huelga, Prieto, figura ascendente del socialismo local, declaraba que estaba «dispuesto a ir a todos los actos revolucionarios» (47).

Para prevenir cualquier posible derivación política del conflicto y para tranquilizar a la opinión pública, Canalejas aseguró el día 21 que el Gobierno no ignoraba «la intervención de determinados elementos republicanos que salieron de Madrid con ese propósito» (revolucionario), y garantizó la firmeza del Gobierno: «La represión será tan enérgica como las circunstancias lo reclamen» (48). Consecuentemente, envió a Vizcaya tres regimientos y un batallón de Burgos y Vitoria y distribuyó dos compañías y varias secciones de ametralladoras en la zona minera

---

(45) PV, 17 julio 1910.

(46) PV, 4 julio 1910.

(47) PV, 17 julio 1910.

(48) PV, 22 julio 1910.

y otras tantas en Altos Hornos de Vizcaya (AHV). Estas medidas contribuyeron considerablemente a que por primera vez en las huelgas mineras de Vizcaya no se registraran los violentos choques que habían caracterizado anteriores conflictos.

Pero a ello contribuyeron igualmente los deliberados esfuerzos que por impedirlos hicieron los líderes mineros y los dirigentes socialistas locales, inspirados por la necesidad de demostrar el carácter estrictamente laboral del conflicto. Porque en vista de la reacción inicial de la opinión pública, y dado que el 19 de julio la Asociación Patronal había rechazado las demandas arguyendo que «so pretexto de angustias obreras que no han existido... se encubre una verdadera finalidad política», la estrategia de los líderes mineros estuvo dirigida a disociar la huelga de toda posible connotación política y revolucionaria (49). El 18 de julio, hablando en Gallarta ante más de 10.000 personas, Acevedo afirmó que «esta huelga no tiene carácter político, que es esencialmente económico-social» (50). El 23, la Federación Local de Sociedades Obreras hizo pública una declaración en la que ratificaba lo ya dicho por Acevedo: «no se trataba de una huelga política, sino de una huelga minera de carácter local» (51). Al conseguir impedir violencias y choques, los líderes mineros probaron que semejantes declaraciones no eran retórica vacía. De hecho, la primera batalla de la huelga —en torno al carácter laboral o industrial de la misma— había sido ganada por los mineros. Era la primera victoria de las varias que habían de obtener en el conflicto, sin duda notablemente favorecidos por la evolución de las circunstancias políticas. Canalejas, ya en considerables dificultades como consecuencia de la agitación católica contra su gobierno, prefirió eludir una confrontación con los mineros de Vizcaya, que con toda probabilidad hubiese conducido a una confrontación con la Conjunción republicano-socialista. Luchar en un segundo frente es lo que menos convenía a Canalejas en aquellos momentos. Al contrario, esperaba ganar el apoyo de la Conjunción a su política anticlerical, y de hecho había logrado ya que el 3 de julio aquella organizase en las principales

---

(49) Comisión, *Huelga*, pp. 47-48; GN, 20 julio 1910.

(50) PV, 19 julio 1910.

(51) PV, 24 julio 1910.



localidades del país manifestaciones masivas de simpatía al Gobierno (52).

Con ese propósito prohibió la manifestación católica convocada para el 31 de julio en Bilbao y adoptó una línea conciliatoria en la huelga de Vizcaya. Una vez convencido de que ésta no era el primer acto de un «complot revolucionario», ordenó, el 23 de julio, al Instituto de Reformas Sociales el estudio de alguna posible solución que resolviese la disputa.

Inmediatamente de conocerse la iniciativa del Gobierno, la Asociación de Patronos Mineros publicó una declaración rechazando la intervención del Instituto por considerarla improcedente, dado el carácter político que la Asociación Patronal atribuía al conflicto (53). El paso dado por la Asociación Patronal fue un grave error. Al darlo perdieron los patronos definitivamente el apoyo del Gobierno. El propio ministro de la Gobernación, Merino, declaró a la prensa de Madrid el disgusto con que el Gobierno veía la intransigencia de los patronos de Vizcaya. El día 27, el mismo Canalejas corroboró las palabras de su ministro (54). No sorprende, por tanto, que el comité de huelga, al hacer la historia de la misma, considerase aquella declaración patronal como «una torpeza estupenda», un acto «de verdadera demencia» que había beneficiado considerablemente a los huelguistas (55).

Los patronos perdieron no sólo el apoyo del Gobierno. Perdieron también el respaldo de la opinión pública. El 23 de julio, la Federación de sociedades obreras de Bilbao acordó recoger a los hijos de los mineros y distribuirlos en hogares de Bilbao a fin de aliviar las necesidades económicas de los huelguistas. La partida de los niños de los pueblos mineros dio lugar a escenas de gran emotividad que, recogidas por la prensa gráfica de todo el país (56), pusieron a la opinión a favor de los huelguistas, como quedó reflejado en el súbito aumento que experimentaron los fondos del comité de huelga gracias a los numerosos donativos recibidos de toda España. En

---

(52) Según *La Correspondencia de España*, 4 julio 1910, participaron 100.000 personas en Madrid, 60.000 en Barcelona, 30.000 en Bilbao, 40.000 en Sevilla, etc.

(53) *GN*, 24 julio 1910.

(54) *PV*, 27-28 julio 1910; *EI*, 26-27 julio 1910.

(55) Comité, *Huelga*, pp. 48-49.

(56) *ABC*, 21 julio 1910 y ss.

total, el comité recibió la considerable suma de 161.083,50 pesetas, en su mayoría enviadas por organizaciones obreras —la Casa del Pueblo de Madrid envió 11.558,70 pesetas—, pero entre las que figuraban cantidades importantes votadas por los Ayuntamientos de Madrid, Bilbao y San Sebastián (57).

El 30 de julio llegó a Bilbao la comisión del Instituto de Reformas Sociales, encabezada por su presidente, el conocido y respetado Gumersindo de Azcárate, y de la que formaba parte Francisco Mora, vocal del Instituto y uno de los fundadores del PSOE. Al mismo tiempo marchó a Madrid una delegación de patronos mineros para celebrar conversaciones con el Gobierno. Ninguna de las dos iniciativas produjo resultado positivo. En Madrid, ante el Gobierno, los patronos se ratificaron en su ya conocida respuesta: negativa total a ceder ante un movimiento de inspiración política. El Gobierno —deseoso de hallar una rápida solución a la huelga ante el empeoramiento de la cuestión religiosa con la ruptura de relaciones diplomáticas con Roma desde el 31 de julio— acusó ya abiertamente a los patronos de la prolongación del conflicto. Merino llegó a calificar como «odiosa» la intransigencia patronal (58), lo que no sirvió sino para endurecer la actitud de los patronos y para consolidar la posición de los extremistas en ambos campos. En las filias mineras cobraron fuerza los partidarios de prolongar la huelga indefinidamente en tanto no se consiguiese la jornada de nueve horas sin transacciones. Así quedó de relieve en las asambleas celebradas por los obreros el 3 de agosto para discutir la fórmula propuesta por la comisión del Instituto de Reformas Sociales: promesa formal del Gobierno a conceder en octubre una ley fijando en nueve horas la jornada de trabajo y retorno inmediato al trabajo con jornada de diez horas en agosto, en vez de las once horas consignadas en el pacto Loma. Al conocerse lo ocurrido en las negociaciones de Madrid, los mineros, que en un principio parecían dispuestos a aceptar la fórmula, la rechazaron rotundamente. Sólo algunas secciones (La Arboleda, Ortuella y Musques) se mostraban partidarias de la solución propuesta, pero exigían que la garantizase personalmente un ministro. En la asam-

---

(57) Comité, *Huelga*, pp. 183-346.

(58) *GN*, 2 agosto 1910.

blea celebrada en el Centro Obrero de Bilbao, Acevedo y Mora recomendaron que se aceptase la fórmula del Instituto. Del estado de ánimo de los obreros fueron exponente los gritos vitoreando a la huelga con que ambos oradores fueron interrumpidos (59). Según los periódicos conservadores, el único hombre que hubiera podido disuadir a los intransigentes, Perezagua, no quiso hacerlo. Es muy posible que estuvieran en lo cierto y que ésa fuese la causa de la sistemática campaña que contra el dirigente socialista iniciaron aquellos periódicos a partir de aquel momento. Pero la campaña no hizo sino fortalecer la posición de Perezagua. Se intentó desprestigiarle por todos los medios; no se logró sino hacer de él el líder indiscutible de la huelga.

Todas las iniciativas que para poner término al conflicto se tomaron a partir de agosto fracasaron. El día 5, la Asociación de Patronos rechazaba el llamamiento del diputado por Bilbao, Echevarrieta, invitándoles a transigir y anunciando su propósito de acceder a todas las peticiones (60).

Ese mismo día llegó a Bilbao, casi como la última carta del Gobierno, el propio ministro de la Gobernación, Merino. Tras celebrar conversaciones con patronos y obreros, el ministro hizo a la comisión de huelga una nueva oferta, a la que al parecer habían dado su conformidad los patronos. En nombre del Gobierno, Merino ofrecía «solemnemente» presentar, «tan pronto como las Cortes reanuden sus tareas», un proyecto de ley «en el que se mejore la jornada actual de trabajo en las minas»; el ministro garantizaba con su autoridad que obtendría de los patronos «la inmediata reducción de la jornada a diez horas durante el mes de agosto» (61). Fundándose en que en la fórmula de Merino no se indicaba la duración que tendría la nueva jornada de trabajo, los mineros, en reuniones públicas celebradas el día 7, acordaron rechazarla.

Ante el temor de que Merino, fracasado, regresase a Madrid, el Ayuntamiento de Bilbao invitó al ministro a presidir una sesión extraordinaria en la que se intentaría

---

(59) PV, 4 agosto 1910.

(60) GN, 6 agosto 1910.

(61) La nota de Merino en Comisión, *Huelga*, p. 57.

nuevamente llegar a un arreglo. Ante un numeroso auditorio, integrado principalmente por mineros, el ministro ratificó las promesas del Gobierno y adelantó una nueva fórmula, elaborada por el presidente de la Cía. Orconera, Mr. Woolf, consistente en la reintegración inmediata al trabajo con la jornada habitual de once horas e indemnización mensual de diez pesetas a cada obrero. Los mineros encontraron esta fórmula —cuyo propósito obvio era impedir que una rebaja inmediata de la jornada prejudicara el alcance de la futura ley— tan inaceptable como las restantes (62).

Era ya evidente que los mineros no se avendrían a ninguna solución que no incluyese, además de la prometida ley, una reducción inmediata de la jornada de trabajo. Comprendiéndolo así, Merino aún creyó posible hallar una fórmula de concordia. El día 10 de agosto se reunió en la Diputación con la comisión de huelga (Perezagua, Bujedo, Fernández, Peña, Varela, Zorraquín), representantes patronales (Ortiz, Vivancos, Laredo, Santisteban, Allende, Zabala, Woolf, Prangley), diputados provinciales y delegados de las principales entidades económicas de Vizcaya (Cámara de Comercio, Bancos, Asociación de Navieros, etc.). Para satisfacer a los mineros, Merino propuso una inmediata reducción de la jornada en media hora, añadiendo, para tranquilizar a los patronos, que la reducción no prejudicaba «lo que en resoluciones posteriores el Gobierno acuerde con carácter definitivo». Aunque tanto patronos como obreros pusieron determinadas objeciones a la fórmula, pareció por un momento que existía base suficiente para negociar un acuerdo. Un violento incidente verbal entre Perezagua y el presidente de la Diputación, Salazar, recriminándose mutuamente la prolongación del conflicto, echó por tierra las escasas esperanzas que aún restaban (63). Patronos y mineros abandonaron precipitadamente la reunión y dieron a la

---

(62) GN, PV, 9 agosto 1910.

(63) Al parecer, Salazar se opuso a que Perezagua hablase en la reunión, acusándole de ser «el que lo enredaba todo»; Perezagua respondió culpando a los patronos, algunos de los cuales, dijo, «debieran estar en la cárcel», a lo que Salazar replicó que «quien debiera estar en la cárcel era él» (Perezagua). El propio ministro tuvo que sujetar a Salazar y otras personas a Perezagua para impedir que llegaran a las manos. PV, 11 agosto 1910; necrología de Perezagua, en EL, 4 mayo 1935.



prensa sendas notas ratificándose en sus respectivas actitudes (64). Merino abandonó Bilbao aquel mismo día.

La política intervencionista de Canalejas sufría así el primer serio revés de los varios que habría de sufrir en el curso de su gobierno. Para Merino fue además una derrota personal cuyo resultado sería su salida del Gobierno en el primer reajuste del mismo. Por lo que se refiere a la huelga, la intervención del ministro no hizo sino reforzar la posición de los mineros. El incidente Salazar-Perezagua personalizó la disputa. En adelante, todas las nuevas iniciativas de arreglo se estrellarían contra la intransigencia del susceptible y ofuscado líder socialista. Para Perezagua la victoria en la huelga se convertiría en una cuestión de prestigio, en una reivindicación personal dirigida, en primer lugar, a silenciar las enconadas acusaciones de que la prensa local le hizo objeto, pero también a contestar y rechazar las crecientes críticas que su actuación en la huelga acabó por suscitar entre las filas de su propio partido.

Estas críticas comenzaron inmediatamente de saberse que los mineros rechazaban la última proposición de Merino: «Bastantes compañeros calificados y de hermosa y envidiable historia de Vizcaya pensaron que no habíamos obrado cuerdamente al rechazar la fórmula del ministro...», escribiría después el comité de huelga (65). En Madrid fue Mora, el veterano miembro del PSOE, el que hizo públicas sus censuras en unas declaraciones a *El Radical*.

El desacuerdo que comenzaba a vislumbrarse entre los dirigentes socialistas no afectaba, de momento al menos, a la masa de huelguistas. Estre éstos, la voluntad de resistir hasta lograr la jornada de nueve horas permanecía tan unánime y tan inquebrantable como el primer día. Cuando el día 16 los patronos mineros, en un intento por romper esa unidad, llamaron al trabajo, no acudió ni un solo hombre: «La solidaridad entre los huelguistas no ha podido ser más completa», reconocía *El Pueblo Vasco*, periódico que había apoyado constantemente a los patronos (66).

---

(64) Comisión, *Huelga*, pp. 62-63.

(65) Comisión, *Huelga*, p. 65.

(66) PV, 17 agosto 1910.

Las nuevas iniciativas fueron rechazadas: alguna, por los patronos, como sucedió con la fórmula propuesta al gobernador civil por los concejales socialistas Acevedo y Laiseca —nueva prueba de su desacuerdo con Perezagua— y por el republicano Aréizaga, que consistía en extender la rebaja de media hora durante el mes de agosto que propusiera Merino al mes de septiembre (67); otras por los mineros, como fue el caso de la iniciativa de una delegación de la Conjunción republicano-socialista en la que junto a los republicanos Soriano y Nogués, formaba parte el propio secretario del PSOE, García Cortés (68).

El propio García Cortés afirmó en Gallarta que Perezagua había llevado la huelga a «un callejón sin salida» (69). En gran medida, estaba en lo cierto. A pesar de su tenacidad, los mineros carecían de fuerza de presión suficiente como para forzar la voluntad de los patronos. No era seguro, además, que los fondos del comité de huelga pudiesen resistir una prolongación indefinida del conflicto. Aleccionados por anteriores experiencias, los líderes mineros buscaron, como en 1890, 1903 y 1906, la generalización de la huelga. El día 22 de agosto, el propio Perezagua amenazó que se provocaría una huelga general nacional si no se accedía a las demandas de los mineros antes del día 27 (70). Que no se trataba de una amenaza verbal quedó demostrado por la llegada a Bilbao de dos delegados de la Federación local de Zaragoza —«que traían el encargo de enterarse de nuestros movimientos para secundar la huelga en la capital de Aragón»— (71), y por la misma precipitación con que el Comité Nacional de la UGT desautorizó el movimiento y comenzó gestiones cerca de Merino para lograr una solución. La UGT envió además a Bilbao a dos delegados, Largo Caballero y Lucio Martínez, «para que fuesen a la capital vizcaína a disuadir a aquellos compañeros de su intento de declarar la huelga general» (72).

Los temores de la UGT y del ministro de la Gobernación no estaban, sin embargo, plenamente justificados. El ejemplo de Zaragoza era un caso aislado. Ninguna otra

---

(67) GN, 14 agosto 1910.

(68) PV, 15 agosto 1910.

(69) PV, 18 agosto 1910.

(70) GN, 23 agosto 1910.

(71) «Momentos difíciles», ES, 2 septiembre 1910.

(72) PV, 26 agosto 1910.

organización obrera del país apareció dispuesta a secundar a los mineros de Vizcaya, ni siquiera otras organizaciones mineras. El localismo era todavía una característica muy acusada del movimiento obrero español.

Pero tampoco en la propia Vizcaya hubo apoyo unánime a la huelga general propuesta por Perezagua. En la asamblea que para fijar la fecha de la misma se celebró en el centro obrero el día 25 de agosto, si veinte organizaciones votaron por la huelga, cuatro lo hicieron en contra y ocho se abstuvieron. Y además, en los próximos días, Largo Caballero y Lucio Martínez lograron modificar el criterio de muchos de los que habían votado a favor de la huelga hasta el punto de que finalmente el acuerdo del día 25 sería revocado. Aunque en ningún momento hicieron público los delegados de la UGT cuál había sido el resultado de sus conversaciones con Merino, como el jefe del Gobierno declarase públicamente, el día 27, que presentaría a las Cortes, «en cuanto se reúnan», un proyecto de ley, parece probable que Largo Caballero y Martínez supieran que el Gobierno pensaba conceder en el Parlamento la jornada de nueve horas, y que así lo comunicaran a las sociedades obreras de Bilbao. Reunidas éstas nuevamente el día 27, acordaron, por 17 votos contra 13 y dos abstenciones, suspender la huelga general anunciada para el día 29 de agosto (73). *El Socialista* aprobó con entusiasmo esta decisión:

«Por fortuna, aunque no sin largas y laboriosas discusiones, los representantes de los obreros bilbaínos cedieron en su empeño de declarar la huelga general, dando con ello un alto ejemplo de civismo» (74).

La suspensión de la huelga significaba una completa desautorización de Perezagua, que éste no estaba dispuesto a aceptar. Por su iniciativa, los descargadores y carreteros del muelle se declararon el día 29 en huelga. Grupos de huelguistas recorrieron fábricas y talleres intentando, sin éxito, paralizar el trabajo; en cambio, ante la iniciativa tomada por los obreros del muelle, once sociedades obreras acordaron sumarse al paro desde el día 31 (75).

---

(73) PV, 29 agosto 1910.

(74) ES, 2 septiembre 1910.

(75) GN, 31 agosto 1910.

Según el propio comité de huelga, «no hubo huelga general sino en la ría», y paros parciales, que se prolongaron varios días, en los restantes oficios (76). Para *El Socialista* sólo hubo «grupos sueltos» que paralizaron «algun que otro trabajo» (77). En realidad, la paralización, aun caótica y mal preparada, tuvo mayor extensión que lo que reflejaba el periódico del PSOE. Además del puerto, casi todas las fundiciones, talleres mecánicos y obras en construcción de Bilbao hubieron de interrumpir el trabajo, unos por solidaridad, otros por coacciones de los huelguistas. La circulación de tranvías fue interrumpida y numerosos comercios permanecieron cerrados ante el temor de posibles agresiones. En diversos puntos de la ciudad se produjeron choques entre los huelguistas y las fuerzas de orden público. En cambio, de las grandes fábricas de Baracaldo-Sestao, sólo una, Talleres Zorroza, se vio afectada por el paro. La confusa situación se repitió el 1 de septiembre. Numerosos trabajadores que habían entendido que la huelga general se limitaba al día 31, acudieron a sus puestos de trabajo, sólo para ser objeto de nuevas agresiones por parte de los huelguistas. Ante la proliferación de incidentes, el gobernador civil ordenó la salida de las tropas, resignó el mando y fue declarado el Estado de guerra (78). El día 2 de septiembre se normalizó la situación, con excepción de los muelles, que continuaron paralizados hasta el día 5.

La huelga de Bilbao —que fue parcialmente secundada en Zaragoza, Gijón y Barcelona— no tuvo consecuencias inmediatas sobre la huelga minera. La unidad patronal se rompió al anunciar Martínez de las Rivas que en sus minas se rebajaría la jornada laboral en media hora a partir del 1 de septiembre, pero esta decisión, pronto imitada por Echevarrieta y Maestre, había sido tomada antes del 29 de agosto, cuando se creía que el acuerdo de huelga general había sido definitivamente suspendido (79). Incluso la iniciativa de Martínez de las Rivas, Echevarrieta y Maestre, que contó con la simpatía, si no con la inspiración, del gobernador civil, tuvo un efecto menor que lo que temió en un principio la Asociación patronal. Esta, tras expulsar a los tres citados patronos, acordó reanudar

---

(76) Comité, *Huelga*, p. 75.

(77) *ES*, 2 septiembre 1910.

(78) *GN*, *EL*, *PV*, 1-2 septiembre 1910.

(79) *GN*, 2 septiembre 1910.



el trabajo en las minas a partir del 9 de septiembre. La iniciativa patronal tuvo relativo éxito. El día 18 la Asociación pudo asegurar que 2.295 mineros se habían reincorporado al trabajo en las condiciones anteriores a la huelga (80).

Como podía esperarse, la reanudación del trabajo alteró la tranquilidad que hasta entonces se había mantenido en la zona minera. Los mineros, exasperados por la posibilidad de una derrota tras más de dos meses de huelga, establecieron piquetes de vigilancia en todas las minas. Fueron incontables el número de incidentes violentos que a diario se produjeron entre trabajadores y huelguistas, y entre éstos y las fuerzas de orden público. Para irritación de la Asociación patronal, el ejército, por indicación del Gobierno, mantuvo la más absoluta neutralidad. Precisamente por insertar notas patronales que se consideraron injuriosas para el ejército, fueron procesados dos periódicos, *El Porvenir Vascongado* y *El Nervión* y el propio secretario de la Asociación de Patronos Mineros (81).

Este nuevo enfrentamiento entre el Gobierno y los patronos fue lo que acabó por precipitar el final de la huelga. A lo largo de todo el conflicto, la prensa conservadora no había cesado de censurar el intervencionismo del Gobierno por suponerlo un acto de debilidad ante las izquierdas (82). La conducta del gobierno Canalejas hacía de él un blanco fácil a las críticas de la oposición. El contraste entre su flexibilidad durante el conflicto minero y su firmeza ante la agitación católica resultaba muy fácil de establecer. Al hacerlo, la oposición conservadora apenas si dejaba opción a Canalejas. En septiembre, enfrentado con un resurgimiento de la protesta católica, Canalejas optó por conseguir, si no el apoyo, al menos la simpatía pasiva de las izquierdas, dando satisfacción a los mineros de Vizcaya. El capitán general de la región, general Aguilar, ofreció una nueva y más generosa fórmula a los huelguistas: jornada de nueve horas y media durante los meses de septiembre y octubre, en vez de la jornada de diez horas prevista en el pacto Loma; jornada

---

(80) GN, 19 septiembre 1910.

(81) GN, 16-17 septiembre 1910.

(82) Por ejemplo, «Así gobiernan», artículo de *La Epoca*; GN, 29 septiembre 1910; «De torpeza en torpeza», PV, 20 agosto 1910.

igualmente de nueve horas y media en el mes de noviembre en lugar de las nueve horas reglamentarias, pero a cambio de una indemnización de diez pesetas a cada obrero. El Gobierno, además, mantenía su promesa de presentar próximamente a las Cortes un proyecto de ley de jornada minera (83).

La neutralidad que el ejército había mantenido en las minas era una clara indicación de que el Gobierno no pensaba usar la fuerza para proteger a los trabajadores de las agresiones de los huelguistas. Sin esa protección era de hecho imposible que los patronos mineros pudiesen restablecer el ritmo normal de trabajo en las minas. Comprendiéndolo así, los patronos mineros aceptaron la fórmula del general Aguilar, aceptada igualmente por los mineros. El 20 de septiembre, representantes de ambas partes firmaban el acuerdo. La huelga, que había durado sesenta y siete días, había terminado (84). En diciembre, el Gobierno establecía la jornada de nueve horas en todas las minas del país. Con ello se completaba el triunfo de los mineros. Ante todo, el desenlace de la huelga era una victoria personal de Perezagua. Hasta cierto punto era verdad que el conflicto se había prolongado por un «ataque de soberbia y empacho de amor propio» de Perezagua (85). El propio Largo Caballero consideraría «la soberbia de su correligionario Perezagua» como una de las causas de la extensión de la huelga a los muelles de Bilbao. Aunque no llegaron a utilizar términos tan duros, otros socialistas, locales y nacionales, como Mora, Acevedo y García Cortés, y el propio *El Socialista* habían exteriorizado, como vimos, su desacuerdo con Perezagua. El mismo Iglesias, al hablar pocos meses después de concluida la huelga en la zona minera de Vizcaya, se expresó de forma que no ocultaba su desconfianza hacia los procedimientos de su compañero: «Puede dar el caso de que

---

(83) Comisión, *Huelga*, pp. 84-85.

(84) Toda la prensa nacional se ocupó con extensión de la huelga. *VP*, *GN*, *EL*, *ES*, *ABC* y *EI* han sido consultados. Además, el ya citado *Huelga de los mineros de Vizcaya* (Bilbao, 1911), de inspiración patronal; *Juicios de la prensa sobre la huelga de obreros mineros en Vizcaya* (Bilbao, 1911); P. Sangro, «Actualidad social» y «El trabajo en las minas», *España social*, septiembre-octubre 1910, pp. 346 y ss., y marzo-abril 1911, pp. 110-117; y el debate parlamentario sobre la huelga, en *DSC*, 11, 18, 19 octubre 1910.

(85) *GN*, 27 agosto 1910.

los pocos hagan la huelga, como los mineros la hicieron y triunfen, pero éstos son los casos excepcionales» (86).

Por todo ello, no extraña que Perezagua viese el resultado de la huelga como una justificación de sus puntos de vista y una desautorización de sus críticos. A este propósito respondió la moción que presentó en el X Congreso de la UGT, celebrado en mayo de 1911, en la que pidió que el Congreso acordase que «el compañero Caballero no había cumplido debidamente como representante de la Unión» durante la huelga de Bilbao (87). Al año siguiente, en el congreso del PSOE, sería García Cortés el blanco de sus ataques. Como ambos reflejaban, Perezagua guardó una profunda hostilidad contra todos cuantos le habían combatido. Ello se haría más evidente a medida que desde 1911-12 se fueran agrandando sus diferencias con otros dirigentes del PSOE. En Perezagua nunca era posible separar las cuestiones políticas de las cuestiones personales. Su reputación se vio por ello muy disminuida. Por grande que fuese la admiración que despertasen dentro de los círculos socialistas sus resonantes campañas al frente de los mineros de Vizcaya —y no hay duda de que fue considerable—, no serían bastantes como para compensar la animosidad que suscitó a causa de sus resentimientos personales. Sería una figura prestigiosa, pero aislada dentro del PSOE, como quedaría bien de relieve cuando en 1913-15 rompió con la dirección de su partido.

#### IV. *La agitación laboral: sucesos de septiembre de 1911*

Paradójicamente, por tanto, la huelga de 1910 significó el mayor éxito personal que Perezagua alcanzaría a lo largo de su agitada vida política, pero también el comienzo de un proceso de aislamiento que acabaría por echar por tierra gran parte de su prestigio.

No fue ésta la única consecuencia de la huelga minera de 1910. Para quienes habían creído que el intervencionismo del Gobierno en los conflictos laborales —del que había sido ejemplo su actuación en dicha huelga— contribuiría eficazmente a reducirlos, la experiencia no

---

(86) ES, 17 febrero 1911.

(87) ES, 26 mayo 1911; «Perezagua fracasado», PV, 19 mayo 1911.

pudo ser más desalentadora. El final de la huelga minera coincidió con el comienzo de la mayor ola de agitación laboral que el país había conocido, y, sin duda, la actuación del Gobierno en la huelga de Vizcaya —y la publicidad que se dio al triunfo de los mineros— contribuyeron en parte a impulsar la radicalización de los obreros.

Como los patronos de Vizcaya habían temido, los trabajadores de otros oficios siguieron inmediatamente el ejemplo de los mineros. En el mismo mes de octubre de 1910, los obreros carreteros de los muelles de Bilbao se declararon en huelga al no concedérseles una rebaja de media hora en su jornada laboral (88). Una reacción similar se produjo en toda España; frente a las 113 huelgas que se habían producido en el primer semestre de 1910, se registraron 156 en la segunda mitad del año. El número de huelgas de las que el IRS tuvo información completa subió de 78 en 1909 a 151 en 1910; el de huelguistas, de 6.683 a 35.897; el de jornadas perdidas, de 84.650 a 1.408.896. Y este grado de militancia obrera se mantuvo durante el quinquenio 1910-14 (89).

Por lo que se refiere al País Vasco, el malestar laboral se limitó a la provincia de Vizcaya. En Alava y Guipúzcoa hubo, como en casi todas las provincias españolas, indicios de una mayor actividad obrera: en Alava se crearon en 1909-11 quince sociedades obreras, mientras que previamente sólo existían tres; en Guipúzcoa se fundaron veinte en 1911, cuando entre 1899 y 1910 sólo se habían fundado doce (90). Pero la situación laboral apenas si sufrió perturbaciones. En Alava sólo se registraron entre 1910-14 tres huelgas, prácticamente insignificantes y confinadas a la capital, lo que no sorprende, dado que Alava era una provincia no industrializada. Pero el malestar tampoco llegó a afectar seriamente a Guipúzcoa, donde la industrialización había alcanzado ya un desarrollo

---

(88) GN, 20-21 octubre 1910.

(89) El número de huelgas de las que el IRS tuvo información completa en 1911-14 fue: 1911, 118 huelgas (22.154 huelguistas); 1912, 171 (36.306); 1913, 201 (84.316); 1914, 140 (49.267). Las cifras de 1911 son engañosas. Ese año, la agitación obrera, lejos de declinar, alcanzó su máxima intensidad con las huelgas revolucionarias del mes de septiembre, no incluidas en la estadística. IRS, *Estadística de las huelgas (1914) y resumen estadístico-comparativo del quinquenio 1910-14* (Madrid, 1917) p. 176.

(90) F. Galán y F. Núñez Tomás, *Anuario obrero, 1915* (Madrid, 1916), páginas 64-116.



notable (91). Entre 1910-14, el IRS tuvo noticia de 17 huelgas en toda Guipúzcoa, en su mayoría promovidas por obreros no fabriles de la capital, San Sebastián (decoradores, camareros, pintores, impresores, peluqueros, etc.). Dos tuvieron lugar en Eibar y el resto en diversas localidades de la provincia. Pero sólo una de todas ellas tuvo alguna significación. Fue la huelga de los papeleros de Tolosa en el verano de 1912. La huelga se produjo el 1 de agosto en la fábrica de Papelera Española, a causa de diferencias surgidas en torno al pago de destajos. Los obreros encontraron en Enrique de Francisco un óptimo negociador que con habilidad, proponiendo diversas fórmulas de arreglo inaceptables para la empresa, convenció a los obreros de las restantes fábricas de papel de Tolosa, de que la intransigencia patronal era la causa del conflicto. El 2 de septiembre, todos los obreros papeleros de la localidad, unos 700, «causando el asombro de todo el mundo», se sumaron a la huelga y Papelera Española hubo de ceder (92). De Francisco, en el entusiasmo de su éxito, llegó a creer que el conflicto tendría «gran trascendencia no sólo para la vida local, sino también para la vida de la provincia de Guipúzcoa y para el movimiento general del proletariado» (93). El movimiento general del proletariado pareció permanecer ignorante de las profundas enseñanzas del conflicto de Tolosa. La huelga no llegó a ser secundada en ninguna otra localidad guipuzcoana de las muchas en que existían fábricas de papel (Hernani, Andoaín, Villabona, Alegría, etc.) —ni siquiera en otras factorías de Papelera Española en la región (Rentería, Aranguren, Arrigorriaga)—, a pesar de que recientemente se había creado un sindicato papelerero de la región vasco-navarra para dar una organización común a todos los obreros del sector en las provincias vascas y de que los socialistas movilizaron a sus hombres más conocidos en la región (Perezagua, Amuátegui, dirigente de

---

(91) Como ya se señaló al estudiar la aparición de las primeras asociaciones socialistas y obreras en Eibar, ello se debía en gran parte a las peculiaridades de la industrialización de Guipúzcoa: extrema dispersión de los centros industriales, industria diversificada, pervivencia de la vida rural incluso en localidades industrializadas, falta de inmigración masiva de mano de obra, fuerte influencia católica.

(92) *ES*, 9-16 agosto y 6 septiembre 1912; E. de Francisco, «Tolosanas. Historia de una huelga», *ES*, 13-27 septiembre y 29 noviembre 1912.

(93) *ES*, 13 septiembre 1912.

Eibar, y Rebollar, que con Torrijos era el principal líder de San Sebastián) para lograrlo. Si algo revelaba la huelga era, por tanto, el localismo que iba a caracterizar al movimiento obrero en Guipúzcoa, debido en gran parte, sin duda, a las ya mencionadas dispersión y diversidad de la industria provincial.

La huelga de Tolosa resultó, en cambio, reveladora en otro sentido que quizá escapó a la percepción de De Francisco. Fue la manifestación a nivel local del proceso de movilización creciente de nuevos sectores obreros que se desarrolló en todo el país hacia 1910-12, reflejado en las mismas estadísticas de la UGT. Mientras que en 1900 las principales sociedades obreras afiliadas a la UGT eran las del sector de la construcción (50 por 100 del total de afiliados), calzado y vestido (10 por 100) y tipógrafos (8 por 100), en 1911 lo eran las de transportes (es decir, ferroviarios, 50 por 100) y mineros (10 por 100). La UGT había dejado de ser una organización sindical de albañiles, zapateros y tipógrafos, para transformarse en una central de obreros propiamente industriales (94).

El cambio coincidió, además, con una transformación de la estructura de las organizaciones obreras. Las primitivas y poco eficaces sociedades de oficio comenzaron a ser reemplazadas por sindicatos industriales, siguiendo el ejemplo dado en 1910 por el Sindicato Minero de Asturias (95). La teoría que inspiró las nuevas organizaciones era simple. Su objetivo era lograr sindicatos fuertemente centralizados que permitiesen, mediante la coordinación de fuerzas y el aumento de los fondos económicos, incrementar la capacidad negociadora de los trabajadores. La idea no era enteramente nueva: en 1909, por ejemplo, García Quejido había reorganizado sobre esas líneas la Federación Gráfica Española.

Incluso antes, al producirse la crisis de las organizaciones socialistas en 1904-06, algunos miembros del PSOE habían expuesto ya la necesidad de nuevas formas de organización: «Se impone una propaganda en pro de las nuevas orientaciones —novísimas en España— del sindicalismo», escribía el secretario del partido, García Cor-

---

(94) UGT en 1900 tenía 26.088 afiliados: construcción, 13.647; vestido y calzado, 2.741, etc. *ES*, 21 septiembre 1900; en 1911 tenía 77.749 afiliados: transportes, 36.866; minas, 7.479.

(95) D. Ruiz, *El movimiento obrero en Asturias*, Oviedo, 1968, páginas 133-135.

tés (96). *La Revista Socialista* abrió un debate al respecto, y desde diversas publicaciones, jóvenes miembros del partido (Lamoneda, Egocheaga, Fabra Ribas) habían difundido las nuevas ideas (97).

Pero fue en torno a los años 1910-13 cuando el interés y las polémicas sobre la reorganización de las sociedades obreras alcanzaron su mayor intensidad; el «ambiente sindicalista» que en aquellos años pareció afectar a numerosos sectores obreros, se infiltró igualmente en las filas socialistas en proporción mayor que lo que hasta ahora se ha supuesto (98). Esta influencia de ideas sindicalistas sobre algunos sectores socialistas era en parte consecuencia del impacto que en algunos de los patrocinadores de los nuevos métodos tuvo el recrudecimiento de la agitación social que en torno a 1910 se produjo en toda Europa. En otros casos, como en el del sindicato minero asturiano, fue simplemente la experiencia local —el fracaso en varias huelgas— lo que llevó a los líderes mineros a buscar formas de organización más eficaces. Y sin duda, la posición del ala sindicalista del PSOE fue reforzada por la aparición en 1911 de una central sindical anarco-sindicalista, la Confederación Nacional del Trabajo (CNT); por lo menos contribuyó a convencer a muchos socialistas de que la completa reorganización y modernización de las sociedades obreras pudiera ser la respuesta adecuada al problema planteado por la aparición de una nueva y radical central sindical (99).

En definitiva, la UGT comenzó a reorganizarse sobre la base de sindicatos, a algunos de los cuales, como el sindicato minero asturiano o el sindicato papelero de la región vasco-navarra, ya se ha hecho referencia. Otros aparecerían hacia 1913-14, como el sindicato metalúrgico de Vizcaya o el sindicato minero de Riotinto, y otros, como la Federación Nacional de Ferroviarios (1912) o la Federación Minera de Vizcaya, funcionarían como tales,

---

(96) *El Heraldo de Madrid*, 25 septiembre 1906.

(97) J. J. Morato, *El Partido Socialista Obrero* (Madrid, s. f.), páginas 254-257.

(98) E. F. Egocheaga, «Problema sindicalista. Dos proyectos», *ES*, 5 abril 1913.

(99) Sobre orígenes de la CNT, M. Buenacasa, *El movimiento obrero español, 1886-1926* (Barcelona, 1928), pp. 48-53; D. Abad de Santillán, *Contribución a la historia del movimiento obrero español* (Puebla, 1965), II, 100-110

aunque por el momento no adoptasen el nombre de sindicatos.

Con su parcialmente renovada organización, la UGT hizo espectaculares y rápidos progresos numéricos: de 40.984 afiliados en junio de 1910, subió a 77.749 en marzo de 1911 y a 128.914 en 1912, manteniéndose hasta la guerra mundial en torno a los 120.000 afiliados con un máximo de 147.729 en enero de 1913 (100). Pero en gran medida, la base regional de la organización no se había ampliado: en 1911, por ejemplo, sólo entre Madrid (con 51.700 afiliados), Vizcaya (8.968) y Asturias (2.025) sumaban el 80 por 100 del total de afiliados (101). La UGT todavía carecía de organización en zonas agrarias y en provincias que, como Badajoz, Granada, Toledo, Cáceres, Córdoba, aparecerían durante los años treinta como las principales bases regionales del partido y los sindicatos socialistas.

Por otra parte, la ola de agitación laboral de 1910-13 sólo afectó seriamente a un reducido número de provincias. El 55 por 100 del total de huelgas registradas entre diciembre de 1904 y diciembre de 1913 (1.271) se produjeron en tan sólo cinco provincias: Barcelona (347 huelgas), Madrid (176), Vizcaya (79), Valencia (61) y Oviedo (34) (102).

Por tanto, el malestar laboral, aunque el más intenso de los hasta entonces conocidos en España, tenía evidentes limitaciones. Amplios sectores obreros del país permanecían todavía desmovilizados. Los conflictos de clase —aunque duros y enconados en algunas provincias— no habían todavía llegado a polarizar una gran parte de la sociedad española. Los propios dirigentes de partidos y organizaciones obreros eran los primeros en admitirlo. Uno de los periodistas socialistas más perspicaces, Luis Araquistain, escribía hacia 1915, después de que el país hubiese conocido los mayores conflictos laborales de su historia (huelga de mineros de Vizcaya de 1910, conato de huelga general en septiembre de 1911, huelga nacional

---

(100) *Anuario estadístico de España 1927* (Madrid, 1929), p. 481.

(101) *BIRS*, VII, julio 1910-junio 1911, p. 1155.

(102) F. Galán y F. Núñez, *Anuario obrero 1915* (Madrid, 1916), p. 35. Las cifras se refieren a las huelgas de las que el IRS tuvo información completa.



de ferroviarios en 1912, huelga de la industria textil catalana en 1913, huelga de Riotinto en 1913-14, etc.):

«En mi entender, el movimiento obrero español no tiene el ímpetu necesario. Acaso tengamos más organizadores que agitadores, más organización que movimiento. Se agita poco, se mueve poco y acaso se gasta demasiada energía en el funcionamiento puramente burocrático» (103).

Hacia 1910, el movimiento obrero español estaba todavía muy lejos de haber alcanzado el nivel de organización necesario para convertirse en una seria amenaza para el régimen monárquico. Pero la agitación laboral podía, si no derribar gobiernos, sí, al menos, desacreditarlos, como lo demostrarían los sucesos de septiembre de 1911. El descontento laboral, que, como vimos, cobró considerable impulso a raíz de la victoria de los mineros de Vizcaya, tomó incluso más amplitud, con las limitaciones ya indicadas, a lo largo de 1911: frente a las 79 y 77 huelgas registradas en los dos últimos trimestres de 1910, se produjeron 94, 84 y 97, respectivamente, en los tres primeros trimestres de 1911.

No eran las huelgas lo que preocupaba al gobierno Canalejas, sino la posibilidad de que la agitación laboral adquiriese el carácter, como en 1909, de un movimiento general contra la intervención en Marruecos, donde la guerra se había reproducido en la primavera de 1911. El 23 de abril, la Conjunción republicano-socialista publicó un manifiesto condenando la acción colonial española, y el 7 de mayo organizó con el mismo objeto manifestaciones en las principales capitales de España; la campaña de la Conjunción continuó a lo largo de los meses de mayo a agosto por medio de mítines dominicales, artículos de prensa y manifiestos (104). Iglesias marchó a Francia con el objeto de coordinar las actividades antibelicistas de los socialistas en ambos países. Los congresos obreros reunidos en aquellas fechas —el X Congreso de la UGT, reunido en mayo, y el Congreso de la Federación Minera de Vizcaya, que lo hizo en julio— hi-

---

(103) L. Araquistain, «Demasiado poco movimiento», en F. Galán y F. Núñez, *Anuario obrero 1915* (Madrid, 1916), p. 46.

(104) *ES*, 28 abril, 12 mayo, 30 junio, 7-28 julio y 11, 18 y 25 agosto 1911.

cieron también constar públicamente su decidida oposición a la campaña marroquí.

Todo el verano de 1911 transcurrió en un estado de «protesta revolucionaria» —como Romanones, entonces presidente del congreso, lo calificó— que dio incluso lugar a principios de agosto a un conato de sublevación en una unidad de la flota española (105). Uno de los dirigentes del motín fue fusilado y se produjeron, como consecuencia, huelgas en Cádiz y manifestaciones de protesta en Barcelona.

Muy probablemente se trataba de un hecho aislado promovido por un grupo reducido de marineros exaltados, pero reflejaba bien el ambiente que precedió al intento de huelga general de 18 de septiembre de 1911 y que explicaría que éste se produjera, a pesar de los esfuerzos que por evitarlo hicieron los propios líderes de la Conjunción republicano-socialista. La propaganda contra la guerra, las amenazas revolucionarias de la Conjunción, la aparente similitud de la situación con la del verano de 1909, la reciente caída de la monarquía en Portugal, convencieron a muchos líderes locales y militantes socialistas y republicanos de que la acción revolucionaria para la que se había creado la Conjunción estaba cerca. Algún orador conjuncionista llegó a asegurar, incluso después de fracasada la huelga de 18 de septiembre, que la República sería proclamada en España antes de enero de 1912 (106).

Este era el espíritu que dominaba en algunos círculos revolucionarios en el verano de 1911. La tensión aumentó en los primeros días de septiembre, al producirse simultáneamente en diversas regiones del país (Vizcaya, Málaga, Asturias) varios conflictos laborales, todos ellos enconados, turbulentos y de complicada resolución. No hay evidencia de que los conflictos hubieran sido coordinados y preparados previamente. Habrían surgido con independencia unos de otros por razones estrictamente laborales. Este fue, al menos, el caso de la huelga del puerto de Bilbao, precisamente la que más seriamente llegó a preocupar al Gobierno y al Comité Nacional de la Conjun-

---

(105) La sublevación del «Numancia», en D. Sevilla Andrés, *Canalejas* (Barcelona, 1956), pp. 392-393, y M. Fernández Almagro, *Historia del reinado de Alfonso XIII* (Barcelona, 1934), pp. 189-190.

(106) Conferencia de Madinabeitia en Bilbao, «La labor de la Conjunción», *EL*, 17 noviembre 1911.

ción y la que finalmente sería el pretexto para la huelga general del 18 de septiembre (107).

El malestar entre los trabajadores del puerto de Bilbao se remontaba por lo menos al mes de marzo de 1910. Desde esa fecha, en que se produjo una huelga de los cargadores de carbón en demanda de aumentos salariales y regulación en el peso de las cargas, las disputas laborales no cesaron. Unas veces se trató de huelgas parciales, como en el caso anterior, en los paros de carreteros contra el despido de obreros asociados (18-20 octubre 1910) y contra la circulación de tranvías de carga (9-10 marzo 1911), y en el nuevo paro de los cargadores de carbón, también esta vez por nuevos aumentos salariales (15 mayo a 7 junio 1911); pero en diversas ocasiones los paros se hicieron generales: el 28 de marzo de 1910, en apoyo de la huelga de cargadores de carbón; el 15 de abril de ese año, en solidaridad con los obreros del puerto de Gijón; del 29 de agosto al 5 de septiembre de 1910, en apoyo, como se vio, de la huelga de mineros.

Lo que contribuía a agravar la tensión en los muelles era el carácter violento de la casi totalidad de los conflictos que en ellos se producían. La violencia era en gran medida consecuencia de la débil posición negociadora de los trabajadores. La extrema eventualidad del trabajo en los muelles hacía sumamente difícil la existencia de sindicatos estables y fuertes, lo que permitía a los patronos negar la personalidad de las sociedades obreras y rehusar entrar en negociaciones con ellas. Por la poca especialización que dicho trabajo requería, los patronos podían en caso de huelga reclutar rápidamente cuadrillas de trabajadores con quienes reemplazar a los huelguistas, lo que hacían habitualmente con campesinos vascos de aldeas próximas a Bilbao. En estas condiciones, la violencia —piquetes de huelga armados con palos y piedras, agresiones a esquiroles, ocupación de los muelles por la fuerza pública, detención de agresores— era la forma más efectiva de negociación que los huelguistas del muelle pudieron o supieron encontrar (108).

---

(107) *ABC* dijo, por ello, que Bilbao era la población «donde toda mala enseñanza y toda lenidad tienen abolengo», 6 septiembre 1911.

(108) Los conflictos del muelle y los violentos choques que se produjeron, en *EL*, 23-29 marzo 1910, 16-20 abril 1910; *GN*, 18-22 octubre 1910; *PV*, 22 febrero 1911, 10-20 marzo 1911, 23-30 abril 1911, 16 mayo-8 junio 1911.

No sorprende, por tanto, que cuando el 24 de agosto de 1911 los carreteros del puerto de Bilbao fuesen por tercera vez en un año a la huelga —solicitando un 15 por 100 de aumento salarial, un 150 por 100 de aumento en las tarifas de las horas extraordinarias y modificación del horario—, se temiese la repetición de violencias y la posible paralización de todo el tráfico portuario, tal como venía sucediendo con suma frecuencia en los últimos dos años. Algunos de esos temores tuvieron pronta confirmación: desde el primer día se produjeron agresiones contra los carreteros que no secundaban el paro, y a los pocos días de iniciarse el conflicto, los cargadores acordaron no efectuar cargas en los carros que ignorasen la orden de huelga. Todas las numerosas gestiones que el gobernador civil, Novella, realizó para hallar una solución fracasaron por la intransigencia de ambas partes. Durante las negociaciones que precedieron a la huelga, los patronos se habían mostrado dispuestos a hacer concesiones, a pesar de que su industria atravesaba una delicada situación económica como consecuencia de la utilización desde enero de 1911 de tranvías eléctricos para el transporte de mercancías. Pero posteriormente, como los obreros desoyeran un llamamiento para aplazar la huelga, los patronos rechazarían sistemáticamente cuantas proposiciones de arreglo les fueron hechas (109). Para forzar la resistencia patronal, los carreteros recurrieron al apoyo de los restantes trabajadores del puerto, lo que no les fue difícil conseguir dado que, como hemos visto, en los últimos años se había llegado a una íntima colaboración entre las organizaciones de todos ellos (carreteros, cargadores de carbón, cargadores en general y gabarreros). El día 4 de septiembre se unieron a la huelga los cargadores de carbón; desde el día 6 se paralizaron todas las operaciones en los muelles de Bilbao, y desde el 7 en casi todos los muelles situados a lo largo de la ría de Bilbao (Deusto, Erandio, Zorroza, Baracaldo y Sestao).

La extensión del paro en los muelles coincidió con un empeoramiento de la situación laboral en toda España: el 6 de septiembre comenzó una huelga minera en Asturias que afectaría a todas las cuencas, mientras en Má-

---

(109) Peticiones obreras y negociaciones previas, en *PV*, 7, 24 y 27 agosto 1911.



laga una huelga originada como la de Bilbao en el puerto se extendía a otros oficios (110).

A pesar de ello, el Gobierno parecía todavía confiar en que pudiese llegarse a una solución pacífica de todos ellos. Aunque concentrase numerosas tropas en las provincias afectadas, Canalejas esperaba que las huelgas se desarrollasen y se resolviesen dentro de cauces legales. En un telegrama a los patronos de Bilbao, les recordaba que era «sabida mi actitud y conocido el criterio del Gobierno de respetar y reconocer el derecho a la huelga» (111). Siguiendo sus instrucciones, el gobernador civil, Novella, hizo todos los esfuerzos posibles por buscar un arreglo. Como los patronos amenazasen el día 6 de septiembre con declarar un «lock-out» indefinido en los muelles, Novella intervino enviando un mensaje al presidente de la unión patronal en el que «invitaba a los patronos a reposar meditadamente sobre las consecuencias que la huelga pueda traer, sobre los daños que el comercio y la población en general puedan sufrir», y urgiéndoles a «avenirse a un arreglo que sin humillar ni perjudicar a nadie pueda hacer desaparecer temores y alarmas y solucionar el conflicto» (112). También por gestiones de Novella fue posible que Perezagua se reuniera con los directores de Orconera y Franco Belga y se resolviesen unas huelgas parciales que a principios de septiembre se habían producido en minas de ambas compañías (113). Pero los esfuerzos de Novella se estrellaron, en primer lugar, con la intransigencia patronal. Desde que el paro de los carreteros se extendió a todo el puerto, era claro que los patronos iban a pasar a la ofensiva. Después de dos años de casi continua agitación laboral, muchos de ellos parecían convencidos de que sólo después de una confrontación directa con las sociedades obreras que limitase severamente el poder que éstas habían adquirido en los últimos años, podría ser restaurada la estabilidad laboral en Vizcaya. Seguros del respaldo de todas las entidades patronales, los patronos carreteros hicieron un llamamiento al pueblo de Bilbao solicitando su apoyo «para

---

(110) *EL*, 1-8 septiembre 1911; «Hacia la huelga general», *PV*, 5 septiembre 1911; *ABC*, *ES*, 4-8 septiembre 1911.

(111) *PV*, 6 septiembre 1911.

(112) *PV*, 7 septiembre 1911.

(113) *PV*, 7-9 septiembre 1911.

ver si de una vez conseguimos que este azote de las huelgas desaparezca de Bilbao y se puede trabajar pacíficamente en beneficio del engrandecimiento del mismo» (114). Indicación de la actitud en que se habían colocado los patronos fueron las negativas del centro industrial de Bilbao y de la Cámara de Comercio a mediar en el conflicto cuando así se lo solicitó Novella (115).

La actitud de los patronos debilitaba la posición de los líderes obreros que querían evitar una confrontación laboral de carácter general; hacía inútiles iniciativas conciliatorias como la tomada el día 6 de septiembre por la Federación local de sociedades obreras, ofreciéndose a Novella «para todo cuanto pueda hacer en pro de la solución del conflicto planteado por los carreteros», como decía en su nota a la prensa (116), o como los esfuerzos de Perezagua por solucionar las huelgas de Franco-Belga y Orconera. Y consiguientemente, la actitud patronal reforzaba los argumentos de los dirigentes obreros extremistas. El 7 de septiembre, cuando se supo que los patronos preparaban el «lock-out» del puerto, se produjo una verdadera «lluvia de reuniones» de sociedades obreras, en las que se acordó que en un plazo de cuatro días las sociedades obreras procederían a votar si se autorizaba o no al comité ejecutivo de la Federación Local de Sociedades Obreras a declarar la huelga general en caso de que lo juzgase necesario (117). Al día siguiente, alguno de los oradores que tomaron parte en mítines organizados en diversos puntos de Vizcaya —el doctor Madinabeitia, el colaborador íntimo de Meabe en 1903-1905— aseguró ya que se organizaría una huelga general nacional en apoyo de Bilbao (118).

Sin embargo, no era tan evidente como Madinabeitia parecía creer que se estuviese preparando una huelga general en todo el país. Muy posiblemente, Madinabeitia, y quienes compartían sus deseos, confiaban que la CNT lo haría en el congreso nacional que iba a celebrar los días 8 a 10 de septiembre en Barcelona, ya que ésa era la opinión que el delegado de Bilbao en dicho congreso sostendría. Pero no podían contar con el PSOE y la UGT,

---

(114) «Al pueblo de Bilbao», *PV*, 3 septiembre 1911.

(115) *PV*, 9-10 septiembre 1911.

(116) *PV*, 7 septiembre 1911.

(117) *PV*, *EL*, 8 septiembre 1911.

(118) *EL*, 9 septiembre 1911.

o al menos con sus más conocidos dirigentes, tal vez temerosos de que una huelga general desacreditase y posiblemente dividiese a la Conjunción y pusiese en peligro toda la organización de sindicatos y sociedades obreras. Al contrario, Pablo Iglesias, llegado a Bilbao el 9 de septiembre, se opuso a la idea. A su inspiración se atribuyó el discurso que Perezagua pronunció ese mismo día en el Teatro Romea de Bilbao condenando la huelga general. Perezagua, escribía en primera página y con grandes titulares en *El Pueblo Vasco*, «no juzga oportuna la huelga de los mineros, y mucho menos la huelga general», titulares que con escasas variantes aparecieron en casi toda la prensa local y nacional (119). El espíritu de conciliación reflejado en el discurso de Perezagua fue confirmado por una serie de iniciativas tomadas por la Conjunción los días 10 y 11 de septiembre, encaminadas a hallar una fórmula de arreglo. La votación sobre la huelga general que habían iniciado numerosas sociedades obreras, quedó aplazada por el momento. El mismo día 10, Echevarrieta, el diputado republicano por Bilbao, pudo asegurar al gobernador civil que «la Conjunción había entablado negociaciones para ver de resolver el conflicto» (120), refiriéndose a las varias reuniones que una comisión del partido republicano local, presidida por el propio Echevarrieta, había celebrado con el comité de huelga, diputados por Vizcaya, representantes patronales y dirigentes de la Federación local de sociedades obreras, en las que tanto patronos como obreros habían aceptado hacer concesiones. Dado el favorable resultado de estas gestiones, había motivos para esperar una pronta solución. Sólo los inesperados y graves disturbios ocurridos en la zona fabril de Baracaldo-Sestao amenazaban con hacer fracasar los esfuerzos de la Conjunción. Lo que había ocurrido era que el director de la factoría de Sestao de Altos Hornos de Vizcaya —la antigua «La Vizcaya», de Chávarri— había despedido a unos 200 cargadores de carbón que habían secundado la huelga de Bilbao, que no había querido recibir a una comisión de obreros que había acudido a solicitar la readmisión de los despedidos, y que, al conocer el disgusto que sus medidas habían pro-

---

(119) PV, 10 septiembre 1911; véase *EL*, *GN* y *ABC* de ese mismo día.

(120) PV, 11 septiembre 1911.

vocado, había llenado la fábrica de fuerzas de orden público (miñones, Guardia Civil) para prevenir posibles incidentes. Los trabajadores rehusaron trabajar en estas condiciones: todos los obreros del primer turno de la mañana abandonaron la factoría en las primeras horas del día 9 de septiembre, originándose un violento choque con las fuerzas que ocupaban la fábrica. Por primera vez en muchos años, la «cosa inusitada», como Bergé escribía a Maura —el paro en AHV—, se había producido (121). A partir de este momento, los incidentes se multiplicaron: los trabajadores recorrieron las numerosas fábricas de la zona, consiguiendo en pocas horas que todas ellas, unos 25.000 trabajadores, parasen: unas, por solidaridad; otras, como la factoría de AHV en Baracaldo, tras ser asaltada violentamente por los huelguistas; otras, al ordenar sus directores el cierre, en vista de lo sucedido en aquélla. Cuatro regimientos de soldados y numerosos contingentes de Guardia Civil fueron concentrados en Baracaldo, siendo incontables los choques que a lo largo del día 9 se produjeron entre trabajadores y fuerzas de orden público (122).

Pero incluso a pesar de la gravedad de estos sucesos, los dirigentes socialistas y republicanos siguieron adelante con sus gestiones conciliadoras. El propio Perezagua marchó a Sestao el mismo día 9 y consiguió que los huelguistas accediesen a que los obreros empleados en las fábricas de Martínez Rivas —Astilleros del Nervión, Altos Hornos de San Francisco—, que sumaban unos 5.000 hombres, se reintegrasen al trabajo. Logró también que se nombrase una comisión de huelga y se concretasen las demandas, primeros pasos para dar al caótico y espontáneo movimiento una dirección y un objetivo. Así, aunque las intensas irritación y tensión no disminuyesen, el orden público pudo ser parcialmente restablecido (123).

Había, por tanto, pese a todo, cierta justificación para el optimismo que reflejaba la prensa de Bilbao: los periódicos locales de más difusión insertaban el día 11 de septiembre titulares como «La Conjunción busca una fórmula de arreglo» o «Hacia una solución conciliatoria»,

---

(121) Bergé a Maura, 9 septiembre 1911, AM, legajo 119.

(122) PV, EL, 9-10 septiembre 1911.

(123) EL, 10-11 septiembre 1911.



que indicaban la confianza de la opinión pública en un próximo (124) fin de la disputa. Que la intervención de la Conjunción había estado encaminada a lograrlo era incluso reconocido por los portavoces de la opinión conservadora. *ABC*, de Madrid, informaba el día 12 que el comité de la Conjunción «prosigue sus gestiones para evitar la huelga general» (125).

Irónicamente, aquel mismo día, cuando mayor era el optimismo, cuando se creía que había verdaderas posibilidades de éxito en las negociaciones, se declaró la huelga general en Bilbao y en las zonas minera y fabril. La extensión de la huelga era, en gran medida, resultado de circunstancias exteriores al conflicto de Vizcaya, y ante todo, del súbito agravamiento de la guerra de Marruecos. El 9 de septiembre se supo que en un choque con los moros habían muerto un oficial y siete soldados españoles y que el Gobierno había ordenado el envío urgente de más tropas al norte de Africa. Al día siguiente circularon por las minas de Vizcaya hojas clandestinas, pero al parecer impresas por los sindicalistas, excitando a una acción contra la guerra y en solidaridad con los obreros de las fábricas de Baracaldo-Sestao. Después de la intensa propaganda contra la intervención en Marruecos realizada por la Conjunción a lo largo de la primavera y verano, no sorprende que este llamamiento encontrase una acogida favorable, a pesar —o a causa— de su oscuro origen.

Para sorpresa de Perezagua, que fue informado del comienzo de la huelga minera por el propio gobernador civil, el 11 de septiembre los mineros no acudieron al trabajo. En Baracaldo, numerosos grupos de huelguistas intentaron penetrar en la fábrica de Altos Hornos para detener el trabajo de los 600-700 obreros leales a la empresa. La Guardia Civil dio varias cargas, comienzo de una serie de violentas colisiones que se repetirían a lo largo del día y de las que resultaría un obrero muerto y varios heridos y otros detenidos (126).

Como el caso de Perezagua ponía de relieve, era cierto que los líderes socialistas y republicanos habían «sido desoídos» (127). *El Socialista* expresaba la irritación y

---

(124) *PV*, *EL*, 11 septiembre 1911.

(125) *ABC*, 12 septiembre 1911.

(126) *PV*, *EL*, *GN*, 12 septiembre 1911.

(127) *PV*, 12 septiembre 1912.

temores que el desarrollo de los hechos le habían producido:

«Parece ser —decía— que los elementos anarquistas, uno de los peores enemigos de la organización proletaria, acudiendo a maniobras innobles, propias de ellos, aprovecharon la agitación existente para empujar a los mineros de la cuenca y a los obreros de las fábricas a la huelga general de solidaridad, huelga que no era procedente y que por no serlo no había sido acordada por la federación de mineros» (128).

Pero ni era una «maniobra» anarquista, como denunciaban los socialistas, ni un «complot perfectamente organizado», como aparentaba creer la opinión conservadora (129). Se trataba de una acción espontánea de la base de las organizaciones obreras, desencadenada por los sucesos de Marruecos, preparada por meses de propaganda antibelicista y por la tensión laboral de los últimos días, y alentada por militantes locales sindicalistas y por republicanos y socialistas extremistas, que actuaron al margen de sus dirigentes.

Existieron además otros factores que contribuyeron al empeoramiento de la situación. Canalejas, temeroso de que el envío de tropas a Marruecos diese lugar a una repetición de los sucesos de la Semana Trágica de 1909, trató desesperadamente de restablecer la tranquilidad en el frente laboral, rindiendo la resistencia patronal y dando satisfacción a los obreros. El día 9 envió un telegrama al gobernador civil, Novella, responsabilizando a los patronos por la prolongación del conflicto de Vizcaya y apelando a su patriotismo:

«Los elementos patronales, fuerza al fin conservadora social, interesados por toda clase de prestigios y aun de provechos para el porvenir en que España consiga sus negociaciones internacionales y prestigios en Africa, no se concibe... que en holocausto de la patria y respondiendo a los requeri-

---

(128) *ES*, 15 septiembre 1911.

(129) *ABC*, 15 septiembre 1911.

mientos del Gobierno de la nación, no admitan ahora soluciones de concordia, aunque sean temporales (130).

El telegrama de Canalejas fue un error, pues causó verdadera irritación en los círculos patronales. A pesar de ello, los patronos respondieron inicialmente de forma positiva a las gestiones de la Conjunción. Pero cuando el día 11 de septiembre vieron que la huelga se extendía a las minas, acordaron suspender definitivamente todas las negociaciones:

«Cansados los patronos de otorgar constantemente cuantas concesiones han sido solicitadas por sus obreros —decía el presidente del comité patronal en la brusca contestación que el día 11 envió a Canalejas—, y que a pesar de ello uno y otro día han venido declarándose en huelga, han decidido no ceder en las absurdas pretensiones que hoy solicitan» (131).

Al conocer esta decisión patronal y al enterarse de los incidentes de Baracaldo, la Federación local de sociedades obreras acordó declarar la huelga general desde el día 12 de septiembre (132).

De esa forma, tanto Canalejas como los líderes de la Conjunción republicano-socialista se veían implicados en un conflicto que ambos habían tratado de evitar. Y en un conflicto, además, que en pocos días adquiriría considerables proporciones. El mismo día 11 de septiembre los delegados que habían acudido al congreso nacional de la CNT acordaron, en sesión secreta, en vista de la agitación laboral y de la guerra de Marruecos, «la huelga general contra aquélla y para protestar de los atropellos cometidos por las autoridades de Bilbao con los carreteros en lucha» (133). La agitación se extendió a numerosos centros urbanos e industriales del país. Entre el 12 y el 20 de septiembre se produjeron huelgas parciales y conatos de huelga general local en Sevilla, Zaragoza, Valencia, Barcelona, Vigo, Calahorra, Linares, Córdoba, Huelva,

---

(130) PV, 10 septiembre 1911.

(131) PV, 12 septiembre 1911.

(132) PV, EL, 12 septiembre 1911.

(133) M. Buenacasa, *El movimiento obrero español (1886-1926)* (Barcelona, 1928), p. 53.

La Coruña y otros puntos. En algunos pueblos valencianos, donde la influencia republicana y sindicalista era fuerte, hubo incluso un intento de insurrección revolucionaria: el 18 de septiembre las líneas telegráficas, telefónicas y férreas fueron cortadas en Cullera, Játiva, Carcagente, Gandía, Buñol y Alcira. En varios de estos pueblos fueron asaltados e incendiados los Ayuntamientos y las casetas de consumos. Murieron tres personas en Cullera, dos en Valencia, dos en Alcira y una en Játiva (134).

Pero ni siquiera cuando la situación se agravó de esta forma estuvieron los líderes del PSOE dispuestos a ir a una confrontación abierta con el Gobierno. Si hubo una situación revolucionaria, esto fue algo que los dirigentes socialistas o no supieron ver o prefirieron ignorar, sin duda por razones políticas y ante todo por compromisos derivados de su participación en la Conjunción republicano-socialista. En ello estuvieron de acuerdo líderes como Iglesias, que entendían que la Conjunción debía seguir una política reformista por medios parlamentarios, y otros que, como Perezagua, habían aceptado la Conjunción con profunda desconfianza y deseaban que el PSOE, sin abandonar la acción electoral, concentrase sus esfuerzos en la actividad sindical. Iglesias y Perezagua continuaron sus gestiones por hallar una solución a la huelga de Bilbao —el conflicto que aparentemente había contribuido tan decisivamente a provocar la ola de huelgas—, incluso después que se declarara la huelga general en toda la provincia. Perezagua mismo marchó a las minas e incluso logró que los mineros reanudaran el trabajo. La comisión de huelga celebró diversas reuniones con las autoridades civiles y militares durante los días 12, 13 y 14 de septiembre. Se ofreció incluso enviar una delegación a Madrid para mantener conversaciones directamente con el Gobierno. Iglesias no disimuló sus deseos de que el conflicto pudiese resolverse pronto y ordenadamente:

«Yo creo —declaró a la prensa el día 16— que el conflicto se arreglará con gestiones amistosas...

---

(134) Un extracto de los informes de los gobernadores civiles, en AMG, serie A, legajo 60; *ABC*, *EI*, *EL*, 15-24 septiembre 1911. En Guipúzcoa sólo se registró un paro parcial de veinticuatro horas en Pasajes; pese a ello —«aun no habiendo llegado a realizar la huelga de solidaridad acordada», como decía *El Socialista*— fue clausurada por unos días la Federación de Sociedades Obreras, *ES*, 24 noviembre 1911.



Hay que esperar que (los patronos) no se extremarán y que todo se arreglará y resolverá como se ha resuelto lo de Málaga y lo de Asturias» (135).

El 18 de septiembre, el mismo día en que se producía en la región valenciana los sucesos ya referidos, *La Lucha de Clases* publicaba una hoja apelando una vez más a la conciliación:

«La actitud de los obreros —decía— es de transigencia... La comisión ejecutiva está siempre dispuesta a parlamentar con la de los patronos y dar todas las facilidades compatibles con la naturaleza de su mandato y con la dignidad de los trabajadores para llegar a una solución» (136).

Al mismo deseo de evitar un choque con el Gobierno respondía la obsesión de los socialistas por demostrar el carácter laboral del conflicto. «El Gobierno —declaró Iglesias el 16— debe estar ya convencido de que aquí no hay revolución... Si el movimiento fue revolucionario, no se habrían solucionado tan fácilmente las huelgas de Málaga y Asturias» (137). Este fue un argumento que los delegados obreros repitieron en todas las reuniones que tuvieron con las autoridades. Para subrayarlo, trataron de evitar que se produjesen actos cuyo carácter podría interpretarse como revolucionario, tal como los choques entre huelguistas y tropas. Cuando el gobernador militar de Bilbao, al cabo de cuatro días de paralización absoluta de todos los servicios públicos, ordenó que se reanudase la circulación de tranvías bajo la protección del ejército, Iglesias y Perezagua acudieron a solicitarle la revocación de una orden cuyo cumplimiento daría muy probablemente lugar a violentos disturbios. Con el mismo propósito, el comité socialista de Bilbao conferenció telefóricamente con el secretario personal de Canalejas, Práxedes Zancada. Incluso cuando el día 18 de septiembre los dirigentes socialistas, ante la presión de los acontecimientos, acordaron declarar una huelga general nacional de cuarenta y ocho horas, decidieron que fuese la

---

(135) ABC, 17 septiembre 1911.

(136) PV, 19 septiembre 1911.

(137) ABC, 17 septiembre 1911.

UGT y no el PSOE quien la convocase, como símbolo del carácter no político de la medida (138). Por si ello no resultaba suficiente, en los días que mediaron entre el 18 y el 21, fecha en que debía comenzar la huelga nacional de cuarenta y ocho horas, los socialistas siguieron prestando su colaboración a cuantos esfuerzos se hicieron para resolver el conflicto de Bilbao, como las iniciativas de Novella o las del director general de Obras Públicas, Armiñán, enviado expresamente por el Gobierno. De hecho, en aquellos días se produjo un lento pero constante retorno a la normalidad: el 18 reabrieron comercios y cafés —que habían permanecido cerrados desde el día 12—, se publicaron periódicos y se normalizó el tráfico de carros, coches, tranvías y trenes de cercanías, hasta entonces interrumpido. En los días siguientes fue reanudándose el trabajo en talleres y fábricas. Finalmente, el 20 de septiembre, la Federación local de sociedades obreras acordó dar por terminado el conflicto y «recomendar que vuelvan al trabajo todas las colectividades que se sumaron al paro». Notas similares fueron hechas públicas por la Federación Nacional de Mineros, creada en el mes de junio y presidida por Perezagua, y por las sociedades de obreros del puerto (139). Con la situación en Vizcaya normalizada, era evidente que el alcance de la huelga de cuarenta y ocho horas convocada por la UGT iba a ser muy limitado. Ello y las medidas enérgicas del Gobierno bastaron para que la huelga general fracasara. El día 21, fecha en que debía comenzar el paro, Canalejas pudo pasear por las calles de un Madrid completamente normalizado (140).

Pocos días después, la Conjunción republicano-socialista publicó un manifiesto negando toda participación en los sucesos:

«Tal movimiento —decía el manifiesto—, extraño en sus orígenes a toda dirección y alcance político,

---

(138) *EL* publicó el 19 de septiembre un número extraordinario sobre el desarrollo de la huelga del 12-18.

(139) *PV*, 21-22 septiembre 1911; *EL*, 21 septiembre 1911.

(140) Además de los periódicos citados, véase J. Francos Rodríguez, *La vida de Canalejas* (Madrid, 1918), pp. 569-589; M. Fernández Almagro, *Historia del reinado de Don Alfonso XIII* (Barcelona, 1934), páginas 190-191; J. J. Morato, *El Partido Socialista Obrero* (Madrid, s. f.), páginas 266-267.

nació con la exclusiva finalidad de conseguir reivindicaciones peculiares de la clase obrera» (141).

Pablo Iglesias firmaba el documento junto con todos los líderes republicanos. Confirmaba así que la dirección nacional del PSOE había preferido mantener la unidad de la Conjunción a correr el riesgo de colocarse al frente de un movimiento tal vez revolucionario, pero de imprevisibles consecuencias. Iglesias estaba firmemente convencido de que la política conjuncionista favorecería considerablemente las aspiraciones políticas de los socialistas.

«Hace falta estar ciegos —escribía a Acevedo en febrero de 1913— para no ver la necesidad y conveniencia de ésta (la Conjunción), así como que con ella no sólo alcanza el partido una importancia que jamás ha tenido, sino que no hace más que beneficiarse» (142).

Consecuentemente, en adelante sería el más decidido defensor de la Conjunción, a pesar de las dificultades que ésta experimentaría —primero, en 1910-11, por escisión de los radicales; luego, en 1912-13, por la de los reformistas— y a pesar de las críticas que suscitaría dentro de las filas de su propio partido.

Podría argumentarse, y así lo harían los socialistas anticonjuncionistas, que la política de colaboración con los republicanos había deshecho «la integridad moral de los socialistas», como Luis Araquistain había previsto ya en 1909 (143). Era cierto que desde entonces las organizaciones socialistas «antepusieron la lucha política, antaño desdeñada, a las conquistas económicas, que había constituido la razón de su existencia» (144). Pero no era menos cierto que ese cambio fue posible en gran medida porque para una mayoría considerable de la masa de afiliados socialistas, la idea de revolución inserta en el programa de su partido se identificó desde 1909 con la Re-

---

(141) *ES*, 27 octubre 1911.

(142) Iglesias a Acevedo, 2 febrero 1913, en *Cien cartas*, p. 108.

(143) Luis Araquistain, «El socialismo en España. Su nueva orientación», *EL*, 14 octubre 1909.

(144) M. Ciges Aparicio, «Los obreros y la política», *EI*, 18 agosto 1917.

pública o al menos con el cambio de régimen político. Por ello, muchos socialistas formaron parte activa en los sucesos de septiembre de 1911, en contra de las órdenes de sus líderes. En el congreso de la UGT de 1914, Perezagua, criticando a quienes en 1911 habían querido implicar a la UGT en un movimiento político, lamentaba que en aquella ocasión «todos los federados creían que era llegada la hora de la revolución» (145). Ya se indicó que Madinabeitia, el hombre que había tenido un papel prominente en los sucesos de Baracaldo-Sestao, creía que se proclamaría la República antes de 1912. Sin duda pensaban como él muchos de los numerosos militantes que le secundaron en 1911. La política conjuncionista, por tanto, estaba transformando al PSOE en la fuerza avanzada de la izquierda democrática española. En Bilbao, por ejemplo, el público que asistía a los actos convocados por la Conjunción era predominantemente obrero. Sobre una manifestación en demanda de indulto para los reos de Cullera, celebrada el 7 de enero de 1912, *El Liberal* observaba que «la clase media estuvo representada... por una pequeña, ínfima, minoría...» (146). De esa forma, el peso del voto obrero en la Conjunción local adquiría aún mayor significación. En esas condiciones era natural que la Agrupación Socialista asumiese la dirección efectiva de la coalición republicano-socialista. Esto es lo que hizo de Indalecio Prieto —un joven periodista, criado en los barrios obreros de Bilbao, vinculado al PSOE más por razones sentimentales que ideológicas, dotado de una formidable capacidad oratoria que en las elecciones provinciales de 1911 le había convertido de oscuro militante en uno de los más populares miembros de la Agrupación Socialista— el líder de las fuerzas conjuncionistas de Vizcaya. Pero pronto se haría evidente que la ascensión de Prieto y de la política que encarnaba no podía efectuarse sin desplazar de la dirección del partido socialista local a quienes, como Perezagua, habían aceptado la Conjunción con gran contrariedad. Así, a partir de 1912 se desarrolló «una verdadera guerra civil en el socialismo vizcaíno» (147), una lucha por el control de la Agrupación local

---

(145) *ES*, 23 junio 1914.

(146) *EL*, 8 enero 1912.

(147) O. Pérez Solís, *Memorias de mi amigo Oscar Pérez* (Madrid, s. a.), p. 229; sobre Prieto, I. Prieto, «Cincuenta años de militante», en *De mi vida*, II, pp. 239-245.



entre Prieto y Perezagua. Como veremos en el próximo capítulo, el propio carácter de su personalidad trabajaría en contra de Perezagua, ya que por suspicacias y resentimientos personales acabaría por encontrarse aislado dentro de su propio partido. Pero, en definitiva, lo que contribuyó de forma sustancial al desplazamiento de Perezagua fue su incapacidad para adaptarse a las transformaciones que había experimentado la política local y para comprender los renovados sentimientos y aspiraciones de las clases obreras de Bilbao y Vizcaya (148).

---

(148) R. Maeztu, «Un viaje a España. La oligarquía y el espíritu del tiempo», en *Autobiografía* (Madrid, 1962), pp. 156-167. Maeztu argüía que Bilbao «en 1910 es una ciudad radical».

## CAPITULO VI

INDALECIO PRIETO

### I. *La unión de la derecha*

La huelga de septiembre de 1911 sirvió como catalizador de la unión de la derecha local. Las diferencias que hasta entonces la habían obstaculizado fueron solventadas, y nacionalistas vascos, carlistas y conservadores acordaron formar una coalición electoral para las elecciones municipales que debían celebrarse en noviembre de aquel año:

«En un principio —escribía a Maura Ramón Bergé hijo, uno de los dirigentes conservadores locales que más habían trabajado por la unión de las derechas— tropezamos con la inconsciencia de los bizkaitarras; pero la opinión de todo el pueblo es tan unánime y decidida que se ha impuesto y lucharemos todos juntos contra los republicanos y socialistas» (1).

El propio Bergé, por el partido conservador; Luis Arana, por el partido nacionalista vasco, y Esteban Bilbao, por los carlistas, firmaban el acuerdo, al que se adhirió además una fracción del partido liberal (2).

Lo que contribuía a incrementar notablemente las posibilidades electorales de la alianza de las derechas era el estado de desunión, desconfianza e incertidumbre que produjeron entre las izquierdas los sucesos de sep-

---

(1) Bergé a Maura, 17 octubre 1911, AM, leg. 114.

(2) La unión es un hecho, PV, 27 octubre 1911; para las negociaciones de la unión, EL, 15, 20, 22 octubre 1911; no se unió a la coalición el principal dirigente liberal, Balparda, que censuró duramente a los liberales que se unieron a las derechas, por considerar que el pacto era una «superchería fenicia y plutocrática del orden y del patriotismo», apoyada «sobre el antiespañolismo (nacionalistas vascos) y la guerra civil (carlistas)», EL, 3 noviembre 1911.

tiembre; por una parte, muchas sociedades obreras habían sufrido pérdidas considerables de efectivos como consecuencia del fracaso de las huelgas; la Federación Local de Sociedades Obreras bajó de 5.246 afiliados en marzo de 1911 a 2.459 en enero de 1912; el Sindicato Minero, de 6.885 miembros en 1911 a 1.954 en 1912 (3). Y aunque, a pesar de estas pérdidas, la organización sindical socialista tuviera fuerza suficiente como para contemplar sin alarma excesiva la aparición de una organización sindical rival —Solidaridad de Obreros Vascos, creada en julio de 1911 por los nacionalistas vascos—, era indudable que la huelga de 1911 había supuesto un serio revés para sus aspiraciones (4).

Por otra parte, los acontecimientos de septiembre de 1911 dividieron a los republicanos. La Juventud Republicana, muchos de cuyos miembros habían tomado parte activa en ellos, desaprobaba la conducta contraria a los mismos adoptada por Echevarrieta (5).

Y había indicios de que una fracción de la derecha republicana local quería romper la coalición con los socialistas. Por ejemplo, dos de los candidatos republicanos a las elecciones municipales de noviembre de 1911 habían puesto como condición para aceptar que «sus nombres no formaran candidatura con los socialistas» (6). Reflejo

---

(3) *ES*, 24 marzo 1911; *EL*, 29 enero 1912; J. Martínez Carmona, «Organización minera vizcaína», *ES*, 6 julio 1920.

(4) SOV tenía en enero de 1912, 444 afiliados; en agosto de 1913 había subido hasta 982, pero la Federación local se había recuperado y contaba ya 4.342 miembros, *EL*, 29 enero 1912 y 4 agosto 1913. Las cifras son las de las elecciones a los tribunales industriales, organismos con representación patronal y obrera creado por Canalejas en julio de 1912 para asegurar el cumplimiento de la legislación laboral. SOV no admitía sino trabajadores vascos, por lo que en un área donde una gran mayoría del proletariado industrial eran emigrantes, su crecimiento había de ser necesariamente reducido. Hasta los años 1930 fue un organismo obrero asistencial más que reivindicativo, sometido a fuerte influencia religiosa y dócil a sus patronos. Su principal plataforma en todo el País Vasco eran los Astilleros Euskalduna, en Bilbao, propiedad del industrial nacionalista don Ramón de la Sota. M. García Venero, *Historia del nacionalismo vasco* (Madrid, 1969), páginas 342-349; J. García Nieto, *El sindicalismo católico en España* (Bilbao, 1970), pp. 106 y ss.

(5) En unas declaraciones a la prensa, el 19 de septiembre de 1911, Echevarrieta dijo que consideraba la huelga como «un error lamentable», y añadía que sus dirigentes «han incurrido en gravísimas responsabilidades», *PV*, 20 septiembre 1911, *Renovación*, 28 octubre 1911.

(6) *PV*, 29 octubre 1911.

de esta honda división republicana fueron las enconadas y a veces borrascosas polémicas que se produjeron en las reuniones para elaborar las candidaturas republicanas. En estas condiciones no produjo extrañeza que la derecha obtuviese una gran victoria electoral. Logró 13 de los 20 puestos disputados en Bilbao, por cuatro los republicanos y tres los socialistas. Los 8.095 votos que Echevarrieta habría obtenido en la elección general de 1910 habían quedado reducidos a 4.754; la derecha, por el contrario, subía de 4.673 a 6.085 (7). Por grandes que hubieran sido las ilegalidades cometidas por la derecha, no eran suficientes para explicar la derrota de la izquierda. Como *El Liberal* reconocía al analizar los resultados, al votar contra la Conjunción el electorado de Bilbao había expresado su descontento y alarma por la creciente ola de agitación laboral (8).

La derrota electoral fue un motivo más de insatisfacción y resentimiento para los líderes de la izquierda. La interpretación que de aquélla hicieron y las consecuencias políticas que sacaron reflejaban hondas diferencias de criterio respecto al carácter que en el futuro había de tener la política de las izquierdas. Temerosos de perder el apoyo electoral de las clases medias locales, los líderes republicanos moderados deseaban borrar toda posible identificación de su partido con la agitación laboral del verano de 1911. Echevarrieta pedía una Federación Local Obrera «organizada como elemento de paz, de orden y de transigencia, desprovista del elemento perturbador que hoy existe» (9); en las elecciones de noviembre de 1911 los candidatos republicanos contendieron con el lema «orden, paz y trabajo» como bandera (10).

Prieto, a quien el resultado electoral había convencido de que sólo la unión de las izquierdas podría contener a la derecha, percibió el peligro implícito en la actitud de los republicanos. Sus esfuerzos por tranquilizarlos,

---

(7) *EL, PV*, 13 noviembre 1911.

(8) *EL*, 13 noviembre 1911. El triunfo de la derecha fue general en todo el País Vasco, excepto en Eibar y en San Salvador del Valle, donde ganó la Conjunción. En San Sebastián fueron elegidos los diez candidatos de la coalición de derechas —liberales, conservadores y nacionalistas vascos—, por sólo cinco republicanos; en Vitoria los carlistas ganaron once de los quince puestos disputados.

(9) *PV*, 20 septiembre 1911.

(10) *EL*, 11 noviembre 1911.



proclamando el republicanismo del PSOE y condenando el radicalismo obrero, tuvieron un éxito menos que relativo (11). Bajo la inspiración de Melquíades Álvarez, de quien se venía rumoreando desde principio de 1912 que proyectaba crear un gran partido republicano moderado y reformista, los republicanos de Bilbao parecían dispuestos, si no a abandonar la Conjunción, al menos a recuperar su completa independencia política. El 24 de marzo de 1912 celebraron un banquete de «afirmación de la personalidad del partido republicano sobre todas las izquierdas», en el cual sus principales líderes, Mariano Tejero y Ramón Madariaga, propusieron una amplia reorganización del partido, y Echevarrieta urgió al mismo a que organizase actos «exclusivamente de propaganda republicana» (12).

Aunque ni Álvarez —quien finalmente lanzó su nuevo partido el 7 de abril de 1912— ni los republicanos locales habían hablado de romper la colaboración con el PSOE, era inevitable que sus iniciativas produjesen intranquilidad y descontento en medios socialistas (13). Una indicación de ello fue la suspensión de un mitin que debía celebrarse en Baracaldo a finales de abril y en el que Iglesias y Álvarez debían tomar parte. Mientras Iglesias regresó a Madrid, Melquíades Álvarez pronunció una conferencia en Bilbao, en la que, aunque confirmó la adhesión de su partido a la Conjunción, calificó ésta como «circunstancial» y propuso «un deslinde de campos» en la actividad política de socialistas y republicanos (14).

Esto era algo que, por el momento, los líderes socialistas, obsesionados con la idea de mantener la unidad de la Conjunción, no parecían dispuestos a aceptar. Iglesias regresó a Bilbao y el 5 de mayo tomó parte al lado de Álvarez en un nuevo acto público; un mes después,

---

(11) En un mitin, el 11 de diciembre de 1911, Prieto aseguró que los socialistas «serían la vanguardia del republicanismo»; lamentó la huelga general de septiembre y expresó que «las huelgas deben ser parciales, prodigarse poco y cuanto más limitadas mejor». *EL*, 2 diciembre 1911; *EL*, 12 febrero 1912, con punto de vista similar: «los socialistas están obligados a no ser un elemento de apoyo de la monarquía».

(12) *EL*, 25 marzo 1912.

(13) Álvarez negó expresamente que el nuevo partido reformista proyectase separarse de la Conjunción; M. García Venero, *Melquíades Álvarez, historia de un liberal* (Madrid, 1954), pp. 241-246.

(14) *EL*, 26, 28 abril 1912; «Efectos del discurso», *EL*, 1 mayo 1912.

Prieto y Amuátegui, como representantes de los socialistas de Vizcaya y Guipúzcoa, respectivamente, participaban junto al propio Melquíades Álvarez y a los principales dirigentes republicanos de las tres provincias vascas en una serie de resonantes actos políticos celebrados con motivo de la inauguración de la Casa del Pueblo de Eibar (15).

De esa forma, el PSOE manifestaba simbólicamente su determinación a colaborar con el nuevo partido reformista dentro de la unidad de la coalición republicano-socialista. El congreso socialista celebrado poco después, en septiembre de 1912, ratificó de forma oficial esa orientación. Una moción defendida por García Cortés, Pérez Solís y Fabra Ribas, proponiendo la ruptura de la Conjunción en vista de su incapacidad para encauzar el movimiento de 1911, fue rechazada. En su lugar, el congreso aprobó por unanimidad otra moción, presentada por Prieto y Perezagua y defendida por Iglesias, que pedía la confirmación de la coalición (16).

Sin embargo, las dificultades que la dirección nacional del PSOE hallaba en sus esfuerzos por preservar la Conjunción, estaban lejos de haber sido orilladas. No era sólo que el partido reformista procediese con creciente distanciamiento de la Conjunción (17); había, además, una creciente corriente anticonjuncionista en el interior del PSOE, que la unanimidad con que había sido tomado el acuerdo del congreso de 1912 no podía ocultar. Unos meses antes de celebrarse éste, *La Lucha de Clases* abrió, como había hecho en 1907, un debate en torno a la Conjunción, en el que los socialistas anticonjuncionistas pudieron exponer sus opiniones. En marzo de 1912, dichas

---

(15) *EL*, 6 mayo 1912; «Los republicanos y los socialistas», *EL*, 3 junio 1912.

(16) *ES*, 4 y 11 octubre 1912; J. J. Morato, *El Partido Socialista Obrero* (Madrid, s. f.), pp. 271-279; J. A. Meliá, «Le Congrès Socialiste Espagnol de Madrid», *Le Mouvement Socialiste*, septiembre 1912, páginas 365-366.

(17) Finalmente, en junio de 1913, rompería con ella. En enero de 1913, un grupo de conocidos republicanos, entre ellos el cofundador del partido reformista, Azcárate, visitó al rey. Aunque algunos socialistas, como Carretero en Vizcaya, aprobaron el acto, el silencio oficial del Comité Nacional reflejaba su disgusto. Al producirse una crisis de Gobierno y acordar Álvarez dar su apoyo a un gabinete liberal, el partido reformista fue expulsado de la Conjunción. F. Carretero, «Política nacional», en *Vida socialista* y *EL*, 28 febrero 1913; *EL*, 4-18 junio 1913; *ES*, 10-15 junio 1913.

opiniones recibieron un considerable refuerzo cuando Perezagua declaró en Puertollano que él también era «enemigo de la Conjunción y que no esperaba nada de ella» (18). Las agrupaciones de Valladolid y Pasajes hicieron públicas en agosto de 1912 sus respectivas decisiones de pedir al congreso la disolución de la Conjunción (19). La misma unanimidad con que el congreso socialista había votado en favor de la Conjunción era engañosa. El acuerdo hecho era más bien un compromiso entre pro y anticonjuncionistas, como lo demostraba el mismo hecho de que la moción aprobada hubiese sido presentada conjuntamente por Prieto y Perezagua, cuyas actitudes, respectivamente pro y anticonjunción, eran ya públicamente conocidas. La moción aspiraba a evitar una escisión del partido en torno al problema, mediante una ratificación condicionada de la política conjuncionista. Las condiciones impuestas preveían incluso una ruptura de la Conjunción, «si no laboran los partidos republicanos con aquella intensidad y actividad que son necesarias»; concedían al PSOE una mayor independencia de acción, recomendando la intensificación de la propaganda estrictamente socialista, y limitaban considerablemente, al menos en teoría, el alcance de la Conjunción, ya que reservaban a diputados y concejales socialistas el derecho de actuar «pura y simplemente como socialistas», a que «no se consideren miembros integrantes de grupos conjuncionistas» (20).

Sin estas condiciones, no hubiera sido fácil que los anticonjuncionistas, y Perezagua entre ellos, hubiesen aceptado la continuación de la colaboración con los republicanos. Tanto el liderazgo de Iglesias como su política conjuncionista eran objeto de ataques provenientes de diferentes direcciones, muchos de los cuales fueron recogidos en el periódico socialista de Reus, *La Justicia Social*. Como ya se indicó en el capítulo anterior, había surgido en el interior del PSOE un ala sindicalista que veía en una enérgica política de reivindicaciones laborales una alternativa a la política de compromisos electorales

---

(18) *EL*, 29 marzo 1912.

(19) *ES*, 2 agosto 1912; J. A. Meliá, «Le Congrès Socialiste Espagnol de Madrid», *MS*, septiembre 1912, pp. 365-366.

(20) *ES*, 11 octubre 1912.

de Iglesias. En el congreso de 1912, uno de los hombres identificados con esa corriente, Fabra Ribas, habló en contra de la Conjunción. En el mismo congreso, Núñez de Arenas, el propio Fabra Ribas y García Cortés lograban que fuese aprobada una moción por la que se privaba a Iglesias de la dirección de *El Socialista* (21). Núñez de Arenas mismo, junto a Ramón Lamonedada y Eladio F. Egocheaga —dos de los más conocidos portavoces del ala sindicalista— quisieron utilizar la Juventud Socialista de Madrid como plataforma para orientar al PSOE hacia una política más radical; aunque no lo consiguieron, lograron al menos que por iniciativa suya se acordase crear una escuela socialista que fuese «una escuela de preparación para la lucha obrera» (22). Fue Lamonedada quien promovió uno de los más violentos incidentes en el interior del PSOE cuando implícitamente pidió la retirada de Iglesias y sus colaboradores:

«Los viejos —había dicho Lamonedada, según *El Socialista*, en un mitin celebrado en la Casa del Pueblo de Madrid— no pueden continuar luchando al frente de las sociedades obreras» (23).

Y Egocheaga sería, como veremos, el principal líder de las huelgas de Riotinto de 1913-15, sin duda el intento más serio de los socialistas sindicalistas para comprometer al PSOE en una línea sindical más intransigente.

La facción anti-Iglesias era minoritaria, pero no desdénable, al punto que, como hemos visto, fue preciso darle alguna satisfacción en el congreso socialista de 1912. En la elaboración de la fórmula de compromiso, la Agrupación de Bilbao había jugado un papel relevante, ya que había sido una iniciativa de sus líderes Prieto y Perezagua la que había permitido llegar a un acuerdo. No dejaría

---

(21) A. Saborit, *Julían Besteiro* (México, 1961), pp. 69-70.

(22) Véase el Congreso de la Juventud Socialista de 22 de octubre de 1912 en *ES*, 25 octubre 1912.

(23) *ES*, 21 septiembre 1914. Lamonedada negó haber pronunciado estas palabras, pero admitió haber dicho que era preciso llevar a los sindicatos «nuestro espíritu audaz y entusiasta, pues estas cualidades no se hallan generalmente en quienes ya han saboreado todas las amarguras de la vida y están muy próximos al escepticismo». Ver *ES*, 21-25 septiembre 1914.



de ser irónico, por tanto, que la única escisión que el problema provocaría se produjese precisamente en la Agrupación de Bilbao.

## II. *El aislamiento de Perezagua*

Dado que el congreso socialista había ratificado la Conjunción y que los reformistas no abandonaron oficialmente ésta hasta junio de 1913, era natural que republicanos y socialistas de Vizcaya fuesen juntos a las elecciones provinciales de marzo de 1913 por el distrito de Valmaseda. Las tensiones que los sucesos de 1911 habían provocado en el interior de la Conjunción local habían perdido intensidad con el tiempo. Los líderes republicanos y socialistas tenían confianza suficiente en su unidad y fuerza como para ignorar una propuesta del partido nacionalista vasco —que había roto con la coalición de derechas en junio de 1912— para formar una «candidatura anticaciquista» de los tres partidos. Fue *La Lucha de Clases* quien tomó la iniciativa en rechazar la idea (24), lo que parece sugerir que fueron los socialistas quienes dentro de la Conjunción hicieron mayor oposición a toda colaboración con los nacionalistas.

De hecho, es difícil ver cómo podría haber sido de otra forma. El sentimiento antinacionalista estaba muy arraigado entre los miembros del PSOE en Vizcaya. Como vimos, ambos partidos se habían combatido con particular dureza desde la aparición del nacionalismo vasco en 1898. Más recientemente, en las elecciones locales de 1911, Prieto había hecho de los sentimientos españoles de su partido un arma política, proclamando, con motivo de la coalición de las derechas, «el patriotismo de los socialistas frente a quienes se unen a los enemigos de España»:

«Nadie podrá ya llamar patriota —afirmó solemnemente— a los que apoyan a quienes pisotearon la bandera de la patria» (25).

---

(24) El 22 de febrero, dos días después de conocerse la proposición de los nacionalistas, *LC* anunció que la Conjunción presentaría candidatura cerrada; *EL*, 23 febrero 1913.

(25) *EL*, 11 noviembre 1911.

Y aunque posteriormente, con el ya citado acto de Eibar de junio de 1912, los representantes socialistas se adhirieron a las tesis autonomistas expuestas en el mismo por Melquíades Álvarez y Echevarrieta, se trató más de un acto de oportunismo sin ninguna consecuencia práctica que de un cambio efectivo de política (26).

Y no eran sólo los sentimientos tradicionales del socialismo local el único obstáculo de la alianza electoral de la izquierda de Vizcaya con el nacionalismo vasco en la elección de 1913. La fuerza electoral de los nacionalistas en el distrito de Valmaseda no pareció a los líderes de la Conjunción suficiente como para concederles uno de los tres puestos de la proyectada candidatura conjunta. Prieto, que dirigió la campaña electoral de la Conjunción, emplazó a los nacionalistas vascos a votar por la candidatura republicano-socialista, como la única candidatura «esencialmente anticaciquista» con posibilidades de éxito. Era un juego en el que Prieto nada tenía que perder. Si los nacionalistas optaban por votar a la Conjunción, ésta con toda probabilidad ganaría la elección (27); si rehusaban hacerlo, y presentaban candidatura propia, podía esperarse, como en efecto ocurrió, que los nacionalistas restasen votos a los monárquicos y que a la Conjunción le bastarían los votos de Baracaldo, Gallarta, Ortuella y Sestao, pueblos obreros que en elecciones provinciales pertenecían al distrito de Valmaseda, para asegu-

---

(26) En el curso del mitin, Echevarrieta hizo un llamamiento a los republicanos del País Vasco para que «levanten la bandera de la república y fueros», Melquíades Álvarez, deseoso de crear una fuerte base regional para su nuevo partido, se declaró, como ya había hecho antes en Barcelona, a favor de la autonomía regional. *EL*, 3 junio 1912; los republicanos de Vizcaya, sin embargo, fueron siempre marcadamente «españolistas». Cuando Álvarez quiso pactar, en mayo de 1912, con la diminuta fracción izquierdista del nacionalismo vasco, los republicanos de Bilbao exigieron «el reconocimiento de la unidad de la patria»; *EL*, 7 mayo 1912; cuando los nacionalistas vascos comenzaron a publicar su diario *Euzkadi*, en febrero de 1913, *El Liberal* les saludó con un editorial titulado significativamente, «*Euzkadi* y ¡viva España!»; *EL*, 2 febrero 1913. En cambio, los republicanos de Guipúzcoa fueron siempre autonomistas entusiastas. La ausencia de un fuerte movimiento separatista en dicha provincia hasta bien entrada la década de 1910 puede contribuir a explicar esa diferencia de actitud.

(27) Los resultados indican que así habría sucedido. La candidatura conservadora logró 6.055 votos; la conjuncionista, 5.013; la nacionalista, 2.985. *EL*, 10 marzo 1913.

rarse el puesto de las minorías, lo que de momento satisfacía sus aspiraciones políticas (28).

Prieto, por otra parte, no controlaba todavía la organización socialista local con autoridad suficiente como para tomar, de haber querido, una resolución que, por ser tan contraria a la tradición del partido, hubiera suscitado con toda probabilidad fuerte oposición (29). Porque si la elección de Valmaseda había probado la gran capacidad política de Prieto, que galbanizó Baracaldo y Sestao con sus discursos, y confirmado sus aspiraciones al liderazgo del PSOE en Vizcaya, había también puesto de relieve la disconformidad de Perezagua con la política adoptada por su partido (30). Su silencio a lo largo de la campaña electoral había sido bien significativo. Un mes después daría los primeros pasos en la dirección que finalmente acabaría con su separación del PSOE, cuando en un mitin en la Casa del Pueblo de Bilbao hizo público su disentimiento con la política oficial de su partido, criticando la dirección dada a la misma y abogando por su rectificación:

«En Bilbao —dijo— los obreros se cuidan más de llevar un concejal al Ayuntamiento o un diputado a Cortes, que un afiliado a las sociedades de resistencia.» «Yo creo que en España —insistió en un segundo mitin, en Sestao esta vez— nos hemos envuelto en muchos movimientos políticos olvidando las sociedades de resistencia» (31).

Lo que Perezagua planteaba era más una simple cuestión de prioridades políticas que una concepción diferente de la función del PSOE. Quería un partido socialista con una dedicación prioritaria a la organización y actividades sindicales, que creía habían sido abandonadas por las necesidades derivadas de la acción política; pero

---

(28) *EL*, 2-11 marzo 1913; *Euzkadi*, 10-7 marzo 1913.

(29) Parece muy improbable que Prieto personalmente apoyase la idea de la alianza electoral con el nacionalismo vasco. No hay ningún indicio de ello. Al contrario, hasta entonces sus esfuerzos políticos habían estado dirigidos a conseguir una sólida alianza de las izquierdas que pudiera contener los avances del nacionalismo.

(30) *EN*, 10-15 marzo 1913; I. Prieto, «Yo, el Cid», *EL*, 16 marzo 1913.

(31) *EL*, 21 abril 1913.

no parece llegara a considerar la posibilidad de renunciar a la participación electoral (32).

Posiblemente, detrás de la actitud de Perezagua había, en gran medida, una reacción de resentimiento personal. En dos ocasiones, en las elecciones provinciales de 1911 y 1913, su nombre había sido descartado de las candidaturas republicano-socialistas, prefiriéndose las de Prieto y Carretero, cuya significación política les hacía más aceptables al electorado republicano. Esto fue algo que el temperamento en extremo susceptible y orgulloso de Perezagua fue incapaz de asimilar. Por otra parte, su propia experiencia en Vizcaya, donde el éxito del socialismo se debía en gran parte al radicalismo de su política laboral, había influido considerablemente en sus convicciones políticas. El contraste entre el éxito de un conflicto exclusivamente laboral, como la huelga minera de 1910, y el fracaso de un movimiento con claras implicaciones políticas, como el de septiembre de 1911, le confirmó en su idea de que la acción socialista debía ser actividad primordialmente sindical —tanto más cuanto que el primero había sido dirigido por él y el segundo había sido realizado contra su opinión— (33):

«Siempre he creído —declaró Perezagua a *El Liberal*— que cuantas mejoras llegue a disfrutar la clase trabajadora, las alcanzará por la fuerza del sindicalismo» (34).

Tal vez le ayudaran a alcanzar esa conclusión los contactos que mantuvo con otros socialistas cuyo interés por las nuevas ideas sindicalistas era conocido:

---

(32) La mejor exposición de sus ideas es la entrevista que concedió a *EL*, en diciembre de 1914, en la que se declaraba sindicalista: «ante todo y sobre todo —dijo— soy sindicalista», por lo que entendía «crear una fuerza sindical poderosísima», y añadía que en política los obremos debían ser socialistas, no conjuncionistas; «en tanto que yo me esfuerzo —declaró— en demostrar a los trabajadores que el socialismo debe ser, en política, su único ideal..., otros elementos se esfuerzan en mantener la Conjunción con los republicanos, que es un partido burgués...»; «Perezagua se decide por el sindicalismo», *EL*, 3 diciembre 1914.

(33) Perezagua repitió obsesivamente ese argumento en infinidad de oportunidades; por ejemplo, en el congreso de la UGT de 1914, *ES*, 23 junio 1914; en el de la Federación Minera de septiembre 1913, *ES*, 8 septiembre 1913, y en numerosos mítines, *EL*, 2 enero 1916, etc.

(34) *EL*, 3 diciembre 1914.



«A Morato —un hombre que participó en la ya mencionada escuela societaria— debo lo poco que sé de ellas» (cuestiones sociales), admitiría Perezagua (35).

En definitiva, una combinación de animosidad personal, experiencia y quizá influencias ideológicas llevó a Perezagua a una posición que hacía casi inevitable su enfrentamiento con otros dirigentes de su organización. Ante el temor de verse desplazado de la jefatura de la misma por Prieto, Perezagua jugó la carta política que mejor coincidía con sus convicciones: radicalización de la lucha sindical y ruptura de la colaboración con los republicanos.

La huelga de las minas de Riotinto, que se desarrolló intermitentemente a lo largo de 1913, proporcionó a Perezagua la primera oportunidad para desarrollar en la práctica los principios políticos por los que venía abogando. En la primavera de 1913, en las distintas explotaciones de la Cía. de Riotinto, los trabajadores declararon huelgas en demanda del reconocimiento de sus sindicatos y mejoras salariales. El ferrocarril minero, las operaciones de carga y descarga del mineral en el puerto de Huelva, la extracción de cobre y la fundición de piritas se vieron en un momento u otro afectadas por los paros. La tensión creció considerablemente según el ciclo habitual de represalias patronales contra obreros asociados, empleo de esquirols, violencia de los piquetes de huelga, etc. La Federación Nacional de Ferroviarios, cuya sección de Riotinto comprendía no sólo empleados del ferrocarril minero, sino también cargadores de mineral y mineros, envió, en vista de la gravedad de las circunstancias, dos delegados —Eladio F. Egocheaga y Francisco Bascuñana— para hacerse cargo de la dirección del conflicto. El 29 de junio, Egocheaga leyó, ante una masa de 15.000 mineros reunidos en Nerva, una lista de once peticiones (25 por 100 de aumento salarial, jornada de ocho horas en todos los servicios, salario mínimo garantizado, retiros, etc.), para cuya concesión se daba a la compañía un plazo de cuarenta y ocho horas (36).

---

(35) *EL*, 3 diciembre 1914.

(36) IRS, *Memoria redactada por la comisión nombrada por el Instituto para estudiar las condiciones del trabajo en las minas de Rio-*

Los preparativos para una huelga general en todo Riotinto comenzaron; se fijó una cuota de una peseta por obrero para recaudar fondos, se iniciaron gestiones con los comerciantes de la zona para asegurar el suministro de alimentos en tanto durase la huelga y se apeló a la solidaridad de otras organizaciones de la UGT. En este último punto, los líderes de Riotinto habían calculado erróneamente. La Federación Ferroviaria, dirigida por el moderado Vicente Barrio, rehusó secundar el paro, posiblemente a causa de la reciente experiencia de la huelga nacional ferroviaria de septiembre de 1912, en la que Canalejas había militarizado a los ferroviarios (37). Fue en este momento cuando Perezagua intervino ofreciendo, como presidente de la Federación Minera, el apoyo de todos los mineros del país a los mineros de Riotinto. La huelga nacional de mineros —conflicto que por sus dimensiones y significación casi mítica encarnaba el ideal de política agresiva que el ala sindicalista quería para el PSOE— apareció desde entonces como una posibilidad real.

Para discutir y preparar el plan de la huelga, Egocheaga y Bascuñana se reunieron con Perezagua en Bilbao a principios de agosto de 1913. Poco después marcharon a Asturias para celebrar conversaciones, con el mismo propósito, con los dirigentes mineros asturianos. El 9 de agosto, la Federación Minera comunicó oficialmente que en septiembre reuniría un congreso extraordinario en el que se acordaría la huelga general minera en toda España, con reclamaciones unificadas y similares a las de Riotinto (38). A fines de agosto, Perezagua pudo anunciar en Bilbao que la huelga general minera sería pronto realidad (39).

Esa aspiración, sin embargo, no llegaría a materializarse. El Comité Nacional del PSOE comprendió que pro-

---

*tinto* (Madrid, 1913), y la serie de artículos que con el título «El asalto al coto de Riotinto», publicó Egocheaga en *ES*, a partir del 11 de julio de 1913.

(37) M. Fernández Almagro, *Historia del reinado de Don Alfonso XIII* (Barcelona, 1934), pp. 206-208; la negativa de la Federación Ferroviaria, en la discusión de la huelga de Riotinto en el congreso de la UGT de 1914, *ES*, 23-25 junio 1914.

(38) *ES*, 7-12 agosto 1913; E. F. Egocheaga, «Los mineros españoles preparan más reclamaciones generales», *ES*, 20 agosto 1913.

(39) *EL*, «Reclamaciones de los mineros», 1 septiembre 1913.

cedimientos tales como una huelga nacional de mineros equivalían de hecho a una rectificación sustancial de la moderada política sindical hasta entonces practicada por el partido. Con toda probabilidad, un éxito de Perezagua y Egocheaga en una acción semejante reforzaría considerablemente la influencia y prestigio del ala sindicalista dentro de la organización socialista. Lo que la dirección nacional del PSOE temía, por tanto, era que la huelga de Riotinto y más aún la huelga nacional de mineros marcasen el principio de un proceso en el que toda la política socialista fuese sometida a revisión. La misma reacción del Comité Nacional Socialista denunciaba sus temores. Desde los primeros días de agosto de 1913, *El Socialista* comenzó a insertar notas advirtiendo contra los peligros de la huelga general; el día 31 reprodujo un artículo, condenando la misma, que Pablo Iglesias había publicado en 1904 en *Le Mouvement Socialiste* (40). Iglesias mismo estuvo en Riotinto en los primeros días de septiembre, y a su regreso hizo unas declaraciones aconsejando «gran prudencia» y «la más perfecta serenidad» a los trabajadores de aquellas minas (41). En sus esfuerzos por evitar la huelga nacional de mineros, la dirección del PSOE contó con la colaboración de los líderes mineros asturianos. Tan pronto como se reunió en Madrid el congreso extraordinario de la Federación Minera, se hizo evidente que los dirigentes asturianos Llaneza y Cienfuegos no apoyaban la huelga nacional. Incluso aunque la Federación Minera modificó sus peticiones para acomodarlas al criterio de los asturianos, no fue posible lograr que el Sindicato Minero Asturiano accediese a coordinar sus esfuerzos con los de las restantes organizaciones mineras del país. Siguió adelante con sus planes de acción independiente en demanda de un salario mínimo para sus afiliados, negándose sus dirigentes a aplazar la huelga que en apoyo de sus reivindicaciones habían convocado para el 12 de septiembre hasta una fecha conveniente a los mineros de Riotinto y Vizcaya. El ministro de Gobernación, Alba, explotó hábilmente estas disensiones, e influyendo sobre las compañías mineras asturianas logró que éstas concediesen el salario mínimo y que quedase así asegurada la

---

(40) ES, 7 agosto 1913.

(41) ES, 11 septiembre 1913.

normalidad en Asturias. De esa forma, la amenaza de la huelga nacional de mineros había sido eliminada (42).

La dirección nacional del PSOE —que si no había inspirado los pasos de los asturianos, sí los había aprobado— no pudo ocultar su satisfacción por este desenlace. *El Socialista* publicó varios artículos elogiando la línea seguida por el Sindicato Minero Asturiano y presentando sus tácticas como la combinación de firmeza y moderación que debía inspirar la política sindical de la UGT (43). Paralelamente, los procedimientos seguidos en Riotinto, donde los mineros fueron finalmente a la huelga en octubre-noviembre de 1913, serían sometidos a duras críticas e incluso oficialmente condenados. En el congreso de la UGT de 1914, 43 delegados presentaron una moción pidiendo que se aprobara la conducta de la Unión Ferroviaria durante el conflicto de Riotinto y se condenara la gestión de los dirigentes mineros, moción que fue aprobada por 54 votos y 15 abstenciones. Egocheaga abandonó el congreso y Perezagua —cuya actuación había sido criticada por Largo Caballero y Llaneza— se unió a él para expresar su disconformidad con el acuerdo (44).

Si Perezagua había esperado que su labor al frente de la Federación Minera podría ayudarle en su lucha con Prieto por el control de la organización socialista de Vizcaya, la experiencia de la huelga de Riotinto hubo de ser en extremo desalentadora. Alcanzó entonces aparentemente el máximo poder e influencia dentro de la organización socialista española: desde el ingreso de los mineros de Riotinto, la Federación Minera, con sus casi 20.000 afiliados y el prestigio casi mítico de las luchas mineras, era quizá la sección más poderosa de la UGT (45); su dinamismo era admirado:

---

(42) Congreso minero, en *ES*, 7-9 septiembre 1913; conflicto de Asturias, en *ES*, 26 agosto, 1-12 septiembre 1913.

(43) M. Llaneza, «Mirando al porvenir», *ES*, 15 septiembre 1913; «El triunfo de los mineros asturianos», *ES*, 28 septiembre 1913. Las acciones de los líderes mineros asturianos habían estado inspiradas por el deseo de no perder la buena coyuntura que para sus posibilidades de negociación se daba en septiembre de 1913, pero también influyó el antagonismo entre Llaneza y Perezagua.

(44) *ES*, 23-27 junio 1914.

(45) En el congreso de mayo de 1913, la Federación Nacional tenía 11.383 miembros; en septiembre ingresaron los 6.696 de Riotinto; *ES*, 18 mayo, 9 septiembre 1913.



«Con todos sus defectos y limitaciones —escribía Luis Araquistain—, yo siento que en cada pueblo español no haya un Perezagua o un Egocheaga» (46).

Incluso los gobiernos se veían en la necesidad de tratar con él, como hizo el gobierno conservador Dato-Sánchez Guerra en octubre de 1913, a fin de negociar la solución del conflicto de Riotinto (47).

Sin embargo, el poder de Perezagua era más aparente que real. El conflicto de Riotinto había debilitado su posición como presidente de la Federación Minera. Se había creado un enemigo poderoso en Manuel Llaneza, el líder indiscutible del Sindicato Minero Asturiano, y con ello había perdido el apoyo de la sección más fuerte de la Federación (48); e incluso por primera vez había chocado con algunos líderes mineros de Vizcaya que no habían juzgado conveniente la huelga nacional de mineros (49). A pesar del indudable prestigio de que gozaba, la realidad era que Perezagua estaba cada vez más aislado y pronto perdería, además, lo que era quizá su más sólido apoyo dentro de la UGT: la amistad de Pablo Iglesias.

### III. *La escisión de la Agrupación de Bilbao*

Desde que Perezagua había expresado públicamente su opinión contraria a la Conjunción, y dado que Iglesias había vinculado su carrera política y la de su partido al mantenimiento de la misma, una ruptura entre ellos parecía difícilmente evitable (50). Al ser convocadas las elecciones generales de marzo de 1914, Perezagua propuso en una asamblea celebrada el 1 de febrero que los so-

---

(46) L. Araquistain, «Demasiado poco movimiento», en F. Galán y F. Núñez Tomás, *Anuario obrero*, 1915 (Madrid, 1916), p. 46.

(47) *ES*, 12 noviembre 1913 y ss.

(48) En el congreso minero de 1915, el Sindicato Minero Asturiano acabaría por abandonar la Federación. *ES*, 16-20 mayo 1915.

(49) En el congreso minero de 7 de septiembre de 1913, Luengo, delegado de Sopuerta, y De Antonio, delegado de Gallarta, opinaron que las circunstancias económicas de Vizcaya desaconsejaban una huelga en aquel momento. *ES*, 8 septiembre 1913.

(50) En un debate en el Ayuntamiento de Bilbao, en julio de 1913, Perezagua había ratificado su disidencia proclamando: «Yo no tengo que ver con los republicanos», *EL*, 12 julio 1913.

cialistas presentaran candidatura propia por Bilbao, lo que, dado que los republicanos habían proclamado días antes como candidato a Echevarrieta, equivalía a una ruptura de la Conjunción. Había, sin embargo, cierta justificación, además de la puramente ideológica, en la actitud de Perezagua, ya que en las elecciones municipales de fines de 1913, los republicanos habían rehusado, sin razón aparente y contra los deseos de los socialistas, presentar candidatura de coalición (51). Probablemente más que de un intento serio de romper la Conjunción, se había tratado de una maniobra republicana para colocar a los socialistas en una posición que les obligara a disociarse públicamente de Perezagua (52), cuya sistemática campaña antirrepublicana en el Ayuntamiento a lo largo de 1913 había lógicamente producido gran malestar en las filas republicanas (53).

Cuando la Agrupación Socialista dio ese paso, en febrero-marzo de 1914, la Conjunción fue nuevamente restablecida. En la asamblea de 1 de febrero, la Agrupación Socialista acordó rechazar la proposición de Perezagua y votar en cambio una moción del presidente de la Juventud Socialista, Emilio Beni, íntimo colaborador de Prieto, proponiendo que:

«La Agrupación Socialista de Bilbao se abstuviese de ir a la lucha por la capital y apoyase con todos

---

(51) No habían sido, en efecto, claras las razones para aquella ruptura. Los reformistas habían abandonado en junio de 1913 la Conjunción, pero este hecho no tuvo repercusión en Bilbao; más probable parece que las causas de la ruptura fueran de carácter local, y ante todo, el disgusto de los republicanos por la actitud de Perezagua, que había dado lugar a incidentes entre las minorías socialistas y republicanas. Al llegar las elecciones locales de noviembre de dicho año, los republicanos no acudieron a las reuniones del comité local de la Conjunción, en las que debían elaborarse las candidaturas; y a pesar de que *La Lucha de Clases* dijera que «republicanos y socialistas... iremos a las elecciones municipales con el mismo ardor que el primer día que formamos la Conjunción», y de las gestiones de Prieto con los dirigentes republicanos Orbe y Ocio no fue posible que éstos rectificaran su actitud.

(52) «Actitud de los socialistas», *EL*, 27 septiembre 1913; «Football-electoral», *EL*, 15 octubre 1913; las notas intercambiadas entre socialistas y republicanos en *EL*, 10, 13, 15, 16 octubre 1913; gestiones de Prieto, *EL*, 17 octubre 1913.

(53) Incidentes entre las minorías socialistas y republicanas a causa de Perezagua, en *EL*, 28 junio 1913; *EL*, 5, 12 y 13 julio 1913.

sus entusiasmos al candidato que las Agrupaciones respectivas designen por el distrito de Baracaldo» (54).

El 8 de febrero, las Agrupaciones Socialistas del distrito de Baracaldo (La Arboleda, Begoña, Deusto, Erandio, Lejona, Las Arenas y Baracaldo) designaron candidato por unanimidad a Prieto, a quien días después ofrecían su apoyo los republicanos:

«Los republicanos —declaró uno de sus dirigentes, Ocio, ante la asamblea de su partido— debemos prestarles (a los socialistas de Baracaldo) decidida ayuda» (55).

Contra lo que hasta entonces había sido habitual en casos similares, Perezagua decidió no aceptar el acuerdo de la Agrupación Socialista y apelar contra él. Alegando que los estatutos del PSOE obligaban a las Agrupaciones locales a presentar candidatura allí donde no existiese la Conjunción —como Perezagua argumentaba era el caso en Bilbao—, convocó el 5 de marzo una nueva asamblea a la que nuevamente propuso que los socialistas presentasen candidatura propia por Bilbao. En un ataque personal contra Prieto proponía, además, la retirada de la candidatura por Baracaldo, donde estimaba que los socialistas carecían de fuerza para derrotar al candidato conservador Ybarra. La ruptura era inevitable. La observación de Perezagua sobre la situación electoral en Baracaldo era realmente un golpe de gran efecto, intencionalmente descargado en el momento en que más perjuicio podía causar a las posibilidades electorales de Prieto, justo cuando éste había comenzado con su dinamismo característico su campaña electoral. Prieto reaccionó con el mismo encono con que era atacado. La asamblea fue «borrascosa»: los alborotos, gritos y conatos de agresión no cesaron en toda la reunión. Incluso la policía debió intervenir para apaciguar los ánimos. A pesar de los esfuerzos de Perezagua, los acuerdos de 1 de febrero

---

(54) *EL*, 3 febrero 1914; *ES*, 5 febrero 1914. La proposición de Beni fue aprobada por 38 votos contra 34.

(55) *EL*, 9-12 febrero 1914.

fueron ratificados por 72 votos contra 42 y las candidaturas de Echevarrieta y Prieto, mantenidas (56).

«En un momento de obcecación» —como más tarde él mismo reconocería—, Perezagua envió una carta a dos periódicos locales, *Euzkadi* y *La Tarde*, calificando a Prieto como «instrumento de la política caciquil del señor Echevarrieta», y declaró que «no se hallaba dispuesto a rectificar en modo alguno», cuando así se lo pidió el comité local. Ante el peligro inminente de escisión, Iglesias llegó a Bilbao dispuesto a encontrar una fórmula conciliadora. Para subrayar su neutralidad, optó por hospedarse en un hotel, en vez de hacerlo, como era en él habitual, en el domicilio de Perezagua. Para la exagerada susceptibilidad de Perezagua, el gesto de Iglesias había sentenciado el pleito a favor de Prieto. En consecuencia, se negó a entrevistarse con Iglesias, a pesar de las reiteradas invitaciones que éste le hiciera, e incluso nunca más volvería a cruzar la palabra con su antiguo amigo. Esta obstinación sería un grave error que haría perder a Perezagua el apoyo de muchos miembros de la Agrupación Socialista local que hasta entonces le habían sostenido. De hecho, además, hacía imposible toda avenencia. Al comprenderlo así, Prieto forzó el desenlace: amenazó con dimitir de todos los cargos que ocupaba en el partido si «Perezagua, el Comité o la Asamblea» no rectificaban el contenido de la carta publicada en *Euzkadi* y *La Tarde*. La Asamblea de la Agrupación Socialista le dio plena satisfacción al votar por más de 80 votos contra 20 una fórmula expresando su disconformidad «con las apreciaciones injuriosas que en esa carta se dirigían al compañero Indalecio Prieto» (57).

Es posible que Prieto se hubiera conformado con esta nota y que no desease correr el riesgo de una escisión, cuyo resultado más probable sería una debilitación de las fuerzas socialistas. Pero Perezagua apenas si le dejaría opción. Unos meses más tarde, en noviembre de 1914, Perezagua reanudó las hostilidades, esta vez acusando a Carretero, su viejo rival, cuya identificación con Prieto era conocida, de complicidad en ciertas irregularidades descubiertas en la administración de unos lavaderos me-

---

(56) *EL*, PV, 6 marzo 1914; campaña electoral de Prieto, *EL*, ES, 28 febrero 1914.

(57) «El pleito de los socialistas», *EL*, 20 abril 1914.



cánicos del Ayuntamiento. Los concejales que constituían la minoría socialista tomaron partido por Carretero, originándose una serie de condenaciones recíprocas entre la minoría y el Comité Ejecutivo de la Agrupación local, cuyo presidente era Perezagua, que culminó al tomar el Comité Provincial de la Federación Socialista de Vizcaya, presidido por Prieto, «el acuerdo sensacional» de expulsar del PSOE al Comité local. Un «prietista», Pedro Cabo, fue nombrado presidente de un Comité local nuevo, en lugar de Perezagua (58).

Sin embargo, según los reglamentos del PSOE, el acuerdo de expulsión no sería firme hasta que lo ratificara el Congreso Nacional del Partido, que no debía reunirse hasta octubre de 1915; hasta esa fecha, por tanto, ambos grupos continuarían atribuyéndose la legítima representación de la Agrupación Socialista de Bilbao (59).

El ataque a Carretero fue contraproducente para Perezagua. Aquél era un hombre que por su larga vinculación al PSOE gozaba de un sólido prestigio. Las acusaciones de Perezagua no estaban fundamentadas sólidamente, al extremo de que el Ayuntamiento de Bilbao acordaría proclamar la «absoluta irresponsabilidad» de Carretero en el asunto de los lavaderos (60). La pregunta que se hacía *El Liberal*,

«¿Cómo ha podido descender (Perezagua) a urdir una información con testimonios recusables, sin más finalidad que la de deshonar a uno de sus compañeros?»

debieron formularsela numerosos miembros de la Agrupación Socialista. Resultaba en extremo difícil no ver en

---

(58) «La independencia de Perezagua», *EL*, 11 noviembre 1914; *EL*, 12 noviembre 1914, 1 diciembre 1914, «Banderas y caudillos», 2 diciembre 1914, *El Comité de la Agrupación Socialista de Bilbao a sus correligionarios* (Bilbao, 1915) y *La Agrupación Socialista Veterana de Bilbao a los trabajadores* (Bilbao, 1917), dos folletos escritos en defensa de Perezagua.

(59) El 27 de diciembre de 1914, los partidarios de Perezagua lograron que la Agrupación local aprobara su conducta en el asunto Carretero por 104 votos a 82, *EL*, 28 diciembre 1914.

(60) *EL*, 27 diciembre 1914.

la conducta de Perezagua una pura reacción de resentimiento inspirada por la vanidad y el despecho (61).

Cuando menos, el «affaire Carretero» —como lo llamó la prensa de Bilbao— contribuyó decisivamente a oscurecer el contenido político de la crisis del socialismo de Vizcaya. Y, sin embargo, era evidente que tanto como a razones personales, la crisis obedecía a razones políticas, como quedó de manifiesto otra vez con motivo de las elecciones provinciales por el distrito de Bilbao de marzo de 1915. El problema de la colaboración con los republicanos emergió de nuevo como la principal razón de la escisión de los socialistas. Así, mientras la Agrupación de Bilbao (Perezagua) designaba una candidatura «cerrada», la Federación Provincial Socialista (Prieto), alegando que aquella decisión suponía una violación de la disciplina del partido y que las Agrupaciones locales que debían participar en la elección no habían sido consultadas (62), acordaba desautorizarla y aceptar el puesto que le ofrecían los republicanos (63).

En los diversos congresos que con motivo de la crisis se habían celebrado, sólo una Agrupación local, Begoña, y sólo una sección sindical, la sección de Bilbao de la Federación Minera de Vizcaya, habían defendido a Perezagua. La Juventud Socialista apoyaba a Prieto (64); dentro de la Agrupación de Bilbao, el mayor número de votos que Perezagua había llegado a reunir era 109, pero otros 110 afiliados habían solicitado el ingreso en la Agrupación que presidía Pedro Cabo (65). Ninguno de los más conocidos e influyentes líderes socialistas de Vizcaya había secundado a Perezagua. Hasta Meabe, enfermo de muerte y apartado de la organización, pero todavía rete-

---

(61) Unamuno escribió en mayo de 1914 un artículo para *EL* en que aludía claramente a la crisis de la Agrupación de Bilbao: las divisiones de los partidos obreros, decía, «no son por cuestión de economía tanto como por cuestión de vanidad»; «Todo está en crisis», *EL*, 1 mayo 1914; «El affaire Carretero», *EL*, 14 diciembre 1914; *EL*, 25 enero 1915.

(62) En elecciones provinciales, Erandio, Lejona, Guecho, Begoña y Deusto formaban parte del distrito de Bilbao.

(63) La nueva Agrupación Socialista no se había aún constituido legalmente; asambleas de ambos organismos, en *EL* y *PV*, 3, 15 y 19 febrero, 1-7 marzo 1915.

(64) Por 38 votos a 18 y 15 abstenciones, votó a favor de la candidatura conjuncionista; *EL*, 10 marzo 1915.

(65) *EL*, 8 marzo 1915.

niendo un gran prestigio, pidió a Prieto que no se detuviera «hasta dejar aplastada esa disidencia de Bilbao» (66).

Seguro de retener consigo el apoyo mayoritario de la organización socialista, Prieto buscó ya decididamente la destrucción política de Perezagua (67). El 11 de abril de 1915, un congreso de la Federación Socialista Vascongada, al que asistieron delegados de once agrupaciones de Vizcaya y representantes de San Sebastián, Eibar y Victoria, acordó expulsar a la Agrupación de Perezagua y reconocer a la presidida por Cabo. En octubre, el Congreso Nacional del PSOE, por iniciativa personal de Iglesias, ratificó este acuerdo (68). Cuando en el mismo congreso se habían evidenciado los progresos hechos por la corriente anticonjuncionista del partido (la Conjunción fue renovada por un estrecho margen, 3.106 votos contra 2.850), resultaba políticamente útil eliminar a uno de sus más calificados representantes.

Un mes después, en noviembre de 1915, Prieto y Perezagua se enfrentaron en las elecciones locales por el distrito de Cortes. Prieto ganó por un confortable margen de votos, 562 contra 381 (69).

La victoria de Prieto tenía un valor simbólico. Significaba el fin de toda una etapa de la historia del movimiento obrero de Vizcaya, caracterizada por la dureza de sus conflictos industriales y el radicalismo laboral de sus líderes. En adelante, con Prieto, el movimiento obrero de Vizcaya concentraría sus esfuerzos en luchas políticas, principalmente electorales, y sus dirigentes sindicales seguirían una política laboral más moderada —aunque firme— y prudente, considerada como más adecuada a las necesidades electorales del PSOE. Era hasta cierto punto natural que los sectores radicales, encarnados por Perezagua, hubiesen intentado oponerse a la nueva orientación política que los moderados querían imprimir al so-

---

(66) «En memoria de Tomás Meabe», *Acción Socialista*, 12 diciembre 1915.

(67) En diciembre de 1914 declaró: «No caben soluciones amistosas. No es posible seguir conviviendo bajo el mismo techo», *EL*, 28 diciembre 1914.

(68) *ES*, 29 octubre 1915; *La Agrupación Socialista Veterana de Bilbao a los trabajadores* (Bilbao, 1917), pp. 13-42; el congreso de abril, en *EL*, 12 abril 1915.

(69) *PV*, 14 noviembre 1915; la elección estuvo llena de incidentes, registrándose numerosas agresiones entre partidarios de uno y otro; *EL*, 2-17 noviembre 1915.

cialismo en Vizcaya. Fracasaron, en parte, por la facilidad que Perezagua demostraba tener para suscitar enemistades a causa de su carácter; pero en parte también porque no comprendieron que el electorado obrero de Bilbao era ya decididamente republicano-socialista. A pesar de la oposición de Perezagua, Echevarrieta fue reelegido en 1914 con una votación muy similar a la que obtuviera en 1910: 8.480 votos, de ellos 4.245 (50 por 100) en los tres distritos obreros (70). Al producirse la ruptura temporal de la Conjunción local, en las elecciones municipales de 1913, *El Liberal*, el periódico más leído por los trabajadores, siguió publicando conjuntamente las candidaturas republicana y socialista (71). Ni siquiera en aquel momento llegó la colaboración política entre las Agrupaciones republicana y socialista a suspenderse: ambos partidos organizaron conjuntamente varios actos contra el retorno del partido conservador al poder ocurrido precisamente por entonces (en octubre de 1913) (72).

Varios años de intensa cooperación política habían acabado por crear intereses políticos comunes a ambos partidos. Prieto y los dirigentes republicanos estaban convencidos de que una separación de sus fuerzas sería políticamente desastrosa para ellos:

«Estimo —decía Prieto en febrero de 1915— que la presentación de una candidatura cerrada por el distrito de Bilbao, rechazando la alianza ofrecida por los republicanos..., constituiría un error lamentabilísimo» (73).

Prieto creía que aquel error favorecería principalmente al nacionalismo vasco: «Así —explicaría ante el Congreso del PSOE en 1915, refiriéndose al caso de haberse producido aquella separación—, se entregaba la Dipu-

---

(70) PV, 9 marzo 1914. En la elección de 1916, después de la expulsión del grupo de Perezagua, sumaría 12.906 votos, sin oposición; EL, 14 abril 1916.

(71) *El Liberal* era más leído por los trabajadores que la propia *Lucha de Clases*; el director de ésta, Beni, atribuía en 1920 su baja tirada al éxito de *El Liberal*: «Es muy difícil —decía— que un semanario ofrezca interés donde existe un diario que dé amplios vuelos a cuanto se refiere al movimiento obrero»; LC, 14 agosto 1920.

(72) EL, 3-10 noviembre 1913.

(73) EL, 1 marzo 1915.



tación a los vizkaitarras (sic), gentes de espíritu reaccionario y retrógrado» (74).

Los resultados electorales parecían darle la razón (75). La idea de que una alianza de las izquierdas era necesaria para derrotar al nacionalismo vasco servía de base al acentuado pro-republicanismo de los dirigentes socialistas de Bilbao. Que fuese o no una argucia política producto del oportunismo de Prieto parece irrelevante (76). Se trataba de una idea que había arraigado hondamente en la base de la organización. No darse cuenta de ello costó a Perezagua su carrera política.

#### IV. *El impacto de la Primera Guerra Mundial*

Pero hubo otros factores que contribuyeron a debilitar la posición de Perezagua. La Primera Guerra Mundial, que produjo una expansión económica sin precedentes en el País Vasco, causó inicialmente, sin embargo, una grave paralización de la industria minera. Desde 1914, la minería del hierro de Vizcaya fue una industria declinante. Sus mejores explotaciones daban ya signos de agotamiento y la deteriorización de la calidad del mineral había afectado negativamente a la demanda antes de 1914. A estas circunstancias se añadió, a partir de ese año, una persistente caída de las exportaciones. La producción descendió al nivel de 1880-81; centenares de mineros se vieron forzados a la emigración. En estas condiciones, las organizaciones de obreros mineros perdieron gran parte de su anterior fuerza negociadora; en adelante cesarían de ser, como hasta entonces, la rama principal de la organización obrera de Vizcaya, privando así a sus

---

(74) *Agrupación Socialista Veterana de Bilbao a los trabajadores* (Bilbao, 1917), pp. 25.

(75) El Ayuntamiento de Bilbao tuvo la siguiente composición: 1912-14: 14 nacionalistas, 11 republicanos, ocho socialistas, cuatro liberales, tres conservadores y un carlista; 1914-16: 16 nacionalistas, 12 republicanos, siete socialistas, dos conservadores, dos liberales y un carlista; 1916-18: 14 nacionalistas, 15 republicanos, siete socialistas, cuatro carlistas y un monárquico.

(76) Los dirigentes republicanos, por su parte, compartían plenamente la idea: «Venimos a levantar los corazones con vibrantes notas patrióticas —dijo un orador republicano durante las elecciones de 1914—, para que el domingo la bandera roja y gualda dé la batalla definitiva al bizkaitarrismo»; *EL*, 8 febrero 1914.

dirigentes —Perezagua entre ellos— de gran parte de su influencia potencial.

Ante la pérdida del mercado alemán y el alza considerable de los fletes producidos por la guerra —y posiblemente también ante la perspectiva de que en pocos meses la guerra originase una fuerte elevación de los precios del mineral—, las compañías mineras redujeron la producción (77). Muchas explotaciones marginadas fueron cerradas; las principales compañías —Orconera, Franco-Belga, Luchana Mining— establecieron la semana laboral de tres o cuatro días (78) y no restablecieron el ritmo normal hasta 1916.

La producción disminuyó en un 30 por 100 con respecto al nivel de 1910-14 (79); el paro alcanzó proporciones sin precedentes: «La populosa barriada de La Arboleda —informaba la prensa en agosto de 1914— da la sensación de haber quedado sin habitantes»; en algún momento, más de 6.000 hombres llegaron a encontrarse sin trabajo; el inspector de trabajo de la región calculaba que la población minera había disminuido en un año en 3.112 hombres (80).

Los socialistas organizaron de inmediato una activa campaña contra el paro y la miseria: a lo largo del invierno 1914-15 no cesaron los «mítines del hambre» ni las manifestaciones en demanda de medidas que pusieran

---

(77) Las exportaciones representaban un 80 por 100 de la producción minera de Vizcaya. En 1913, las exportaciones a Alemania equivalieron al 25 por 100 del total de mineral exportado. J. Lazúrtegui, «El comercio, la industria y la navegación en el País Vasco-Navarro», en F. Carreras Candi (ed.), *Geografía General del País Vasco-Navarro* (Barcelona, s. f.), I, p. 692. La industria española no parecía preparada para absorber la caída de las exportaciones.

(78) El 6 de agosto de 1914, la compañía Franco-Belga anunció que desde el 8 quedarían cerradas las labores, «cesando para todos su ocupación y la percepción del salario»; *EL*, 7 agosto 1914. El día 15, Orconera comenzó la semana de tres días; *EL*, 16 agosto 1914. Un año después empleaba sólo 550 obreros y mantenía la jornada de cuatro días; *PV*, 5 agosto 1915. El 1 de septiembre, la Luchana Mining paralizó totalmente los trabajos; *EL*, 2 septiembre 1914.

(79) Producción de mineral de hierro (en miles de tm.): 1913, 3.864; 1914, 2.618; 1915, 2.675; 1916, 2.816; 1917, 2.465; 1918, 2.586; 1919, 2.542; 1920, 2.568. *Estadística Minera de España* (1914-23).

(80) Situación en La Arboleda, en *EL*, 23 agosto 1914; 6.000 parados, en *PV*, 21 septiembre 1914; el término medio de obreros empleados en 1910-13 había sido de 11.095. Inspector de trabajo, en IRS, *Informes de los inspectores de trabajo sobre la influencia de la guerra europea en las industrias españolas durante el año 1915* (Madrid, 1916), p. 60.

fin a la crisis (81). Se temía que la grave crisis obrera pudiese dar lugar a serias perturbaciones del orden (82). Sin embargo, el desempleo y la miseria, lejos de producir una ola de agitación en las minas, tuvieron el efecto contrario. La Federación Minera quedó al borde del colapso: el número de afiliados descendió de 1.250 en 1914 a 1.134 en 1915 y 870 en 1916 (83). En Gallarta, de una población de 1.454 mineros, sólo 80 estaban afiliados a fines de 1915; en Ortuella, 24 de 620 (84). Las lamentaciones de los líderes mineros por lo que uno de ellos, Constantino Turiel, calificó de «apatía criminal y suicida» de los obreros de las minas, parecían por tanto justificadas (85).

No se trataba de falta de líderes decididos. Los mismos dirigentes de las grandes huelgas mineras —Perezagua, Borrué, Delgado, etc.— estaban ahora también al frente de la protesta (86). Se trataba de que el desempleo y la miseria habían debilitado seriamente la capacidad ofensiva de los mineros. Así, cuando los patronos acordaron el 8 de agosto de 1914 suspender las negociaciones que sobre la fijación de un salario mínimo venían celebrándose desde octubre de 1913, la Federación Minera se vio forzada a aceptar (87).

Más tarde, en marzo de 1915, un congreso minero provincial rechazó una proposición de Perezagua para organizar una huelga minera contra la crisis de trabajo (88), y en febrero de 1916, los líderes mineros aceptaron aumentos salariales del 10 por 100 en lugar del 25 por 100

---

(81) El 13 de agosto de 1914, *La Lucha de Clases* publicó un manifiesto pidiendo la realización de obras públicas y «la adopción de severísimas medidas encaminadas a evitar el encarecimiento de las subsistencias», tal como la tasa de precios: «sólo en esa forma quedará garantizada la tranquilidad de la clase trabajadora de nuestro país», citado en *EL*, 14 agosto 1914; mítines, en *EL*, *PV*, 21-28 septiembre, 8-20 octubre, 2-16 noviembre 1914.

(82) *EL*, 23-24 agosto 1914.

(83) «Organización minera vizcaína», *ES*, 6 julio 1920.

(84) C. Turiel, «A los mineros de Vizcaya», *ES*, 2 octubre, 14 diciembre 1915.

(85) Véase los discursos de R. Núñez y N. de Antonio en *EL*, 21-27 septiembre 1915; opinión de Turiel, en *ES*, 14 diciembre 1915.

(86) La prensa destacó la vuelta a la actividad de Seisdedos, uno de los líderes de la huelga de 1903; «Seisdedos», *EL*, 21 octubre 1914.

(87) «El salario mínimo», *EL*, 24 junio 1914; *EL*, 2 agosto 1914; carta de los patronos mineros relatando todas las negociaciones sobre salario mínimo, en *EL*, 12 octubre 1916.

(88) *EL*, 8 marzo 1915.

que habían solicitado. Las críticas que como consecuencia de este acuerdo Perezagua pudo dirigir contra el secretario de la Federación Minera y principal responsable del mismo, Turiel, fueron silenciadas por la lógica implacable de los argumentos de éste: las circunstancias económicas (alto nivel de desempleo, sindicatos sin recursos económicos, abundancia de reservas de mineral por la caída de exportaciones) parecían desaconsejar las huelgas, no dejando a los mineros más alternativa que aceptar las condiciones patronales o capitular (89).

El propio Perezagua tendría que inclinarse ante esta realidad y aceptar, para los afiliados a la Sociedad de Obreros Mineros de Bilbao —única sección de la Federación Minera que quedó bajo su control cuando fue expulsado de la misma en septiembre de 1916—, acuerdos similares, e incluso inferiores, a los logrados por la Federación: mientras ésta lograba de las principales compañías en diciembre de 1916 nuevas concesiones que equivalían a otro 10-15 por 100 de aumento salarial, Perezagua hubo de aceptar un aumento del 7 por 100 e incluso desaconsejar la huelga con que amenazaban los mineros de Bilbao en apoyo de sus demandas (90).

(89) Petición del 25 por 100, en *EL*, 31 enero 1916. La mayoría de las compañías mineras concedieron los mismos aumentos que Orconera: 12,5 por 100 para los salarios inferiores a 3 ptas.; 10 por 100 para salarios de 3 a 5 ptas., y 7,5 por 100 para los superiores a 5 ptas.; *EL*, 16 febrero 1916. Echevarrieta concedió un aumento general del 20 por 100; *EL*, 16, 18, 19, 22 y 26 febrero 1916. La Franco-Belga concedió gratificaciones de 5 y 6 ptas. mensuales; *EL*, 27 febrero 1916. Según los obreros, las subsistencias habían experimentado en las minas los siguientes aumentos: pan, 6 por 100; alubias, 150; arroz, 37; garbanzos, 50; tocino, 23; azúcar, 42; jabón, 21 por 100. Aumento global, 39,56 por 100; *EL*, 29 enero 1916. Según los datos del IRS, la evolución del índice de precios habría sido:

	<i>Bilbao</i>	<i>Vizcaya</i>
Abril-septiembre 1914 ... ..	100	100
Octubre 1914-marzo 1915 ... ..	108	106,5
Abril-septiembre 1915 ... ..	109,3	108
Octubre 1915-marzo 1916 ... ..	109,4	112,8

Discusión Perezagua-Turiel, en *EL*, 21 febrero 1916; los aumentos fueron aceptados por 568 votos contra 400.

(90) La Federación Minera había solicitado en agosto de 1916 un aumento de salarios de un 30-35 por 100 sobre el 10 por 100 ya concedido en febrero; los patronos concedían sólo un 5 por 100. Las negociaciones quedaron suspendidas. El 30 de diciembre de 1916, Orconera anunció los siguientes aumentos: 25 por 100 para jornales de 3 ptas.,



## V. Movilización de los metalúrgicos

En la misma medida que la guerra mundial debilitó la posición de los mineros, reforzó considerablemente la de los metalúrgicos. Pasado el temor que inicialmente la guerra provocara, los círculos industriales recobraron la confianza. En 1915, un economista creía posible que «las repercusiones de la guerra europea originen cierta dilatación sensible a la industria transformadora del hierro y otros metales en Vizcaya» (91). En vista del rápido mejoramiento de la coyuntura, algún periódico local vaticinó «una nueva era de prosperidad y engrandecimiento» para la región (92). Los pronósticos resultaron acertados. El alza espectacular de los fletes y el fuerte aumento de la demanda exterior de productos siderometalúrgicos permitieron la más vigorosa expansión que el capitalismo vasco había hasta entonces experimentado: si en 1914 se habían creado en Bilbao 58 nuevas sociedades con un capital de 5,8 millones de pesetas, en 1917 esas cifras se habían elevado a 134 y 164 millones, respectivamente, y a 220 y 427,4 millones en 1918; la ola de prosperidad afectaba a todos los sectores, excepto a la minería en Vizcaya y a la industria textil en Guipúzcoa: los beneficios de las compañías navieras —de las que entre 1916-1920 se crearon en el País Vasco 38— subieron de 4,5 millones de pesetas en 1914 a 24 millones en 1915 y 108,5 millones en 1918; los beneficios de Altos Hornos, que du-

---

20 por 100 para jornales de 3 a 5 ptas. y 15 por 100 para jornales de más de 5 ptas. Otras compañías concedieron mejoras semejantes poco después. Los aumentos dejaban sin efecto el 10 por 100 concedido en febrero; *EL*, 31 diciembre 1916, 1 enero 1917. La expulsión de Perezagua de la Federación Minera de Vizcaya fue la consecuencia lógica de la escisión socialista de Vizcaya y de sus persistentes censuras a la política del PSOE y de la UGT. Las diferencias entre Perezagua y los otros líderes de la Federación fueron emergiendo en los varios congresos celebrados por los mineros en 1915-16. En vista de las reiteradas críticas de Perezagua —que quería imponer una línea política laboral más enérgica— al comité ejecutivo de la Federación, éste exigió a la sección de Bilbao expulsase a Perezagua; al no hacerlo, la Federación acordó la expulsión de la sección; *EL*, 11, 18, 21 y 28 septiembre 1916.

(91) J. Lazúrtegui, *op. cit.*, p. 743; temor inicial: «Al principio de la guerra —decía el inspector de trabajo R. de Madariaga, en 1918— las industrias y la riqueza de toda esta región experimentaron una alarmante depresión que hizo inspirar serios temores»; IRS, *Informe sobre emigración a los países de Europa durante la guerra* (Madrid, 1919), p. 79.

(92) *PV*, 13 enero 1915.

rante 1913-16 habían oscilado en torno a los 10 millones de pesetas anuales, llegaron a 15 millones en 1917-20; los beneficios de los bancos de Bilbao pasaron de 5,2 millones de pesetas en 1915 a 14 millones en 1917, cifra que se había duplicado en 1920 (93).

Esta acumulación de capital permitió la creación de nuevas factorías y la modernización y ampliación de las existentes: Altos Hornos, por ejemplo, instaló dos nuevos hornos Siemens, reconstruyó alguno de los altos hornos envejecidos, montó un gran taller de forja y laminación; nuevos hornos, convertidores y trenes de laminar fueron instalados en Echevarría, Basconia, Aurrerá, Altos Hornos de San Francisco, Unión Cerrajera de Mondragón, la fábrica de vagones de Beasain y muchas otras empresas. Un economista local, Adán, calculaba que entre 1918 y 1927 la industria siderúrgica española había invertido 294 millones de pesetas en mejora y reforma de instalaciones, de ellos, 135 en fábricas instaladas en el País Vasco (94).

Entre 1915 y 1918, siete nuevos astilleros se instalaron en la ría de Bilbao y en el puerto de Pasajes: el tonelaje construido en Bilbao pasó de 40.000 tm. entre 1913 y 1916 a 320.000 entre 1917 y 1920; la Sociedad Española de Construcción Naval firmó en 1916 un contrato con la Compañía Transatlántica, que aseguraba trabajo a sus nuevos Astilleros de Sestao para los próximos veinte años; a fines de 1915, la Compañía Euskalduna tenía trabajo pleno asegurado por tres años. Al cabo del primer año de guerra, otro economista local, Julio de Lazúrtegui, podía decir que en Vizcaya las «industrias metalúrgicas, en sus diversas variedades, y otras factorías están desbordando de trabajo» (95).

En Guipúzcoa, las industrias de armas, que inicialmente sufrieron una grave crisis debido a los obstáculos legales a la exportación impuestos por el Gobierno por

---

(93) Cámara Oficial de Comercio, Industria y Navegación de Bilbao, *Memoria comercial del año 1917* (Bilbao, 1918), pp. XII-XIII; Banco de Urquijo, *La riqueza y el progreso de España* (Madrid, 1924), páginas 513-518.

(94) *La obra de J. Adán* (Bilbao, 1944), II, pp. 16-20; nuevas instalaciones, en *Estadística minera de España, año 1917* (Madrid, 1918), páginas 461-467; Id., *año 1918* (Madrid, 1919), p. 451.

(95) J. Lazúrtegui, *op. cit.*, p. 747, los astilleros de la Naval se inauguraron el 27 de abril de 1916; empleaban 2.000 obreros; PV, 28 abril 1916.

exigencias de la neutralidad, trabajaban ya en 1915 con «sobre-producción en horas extraordinarias» (96); Papelera Española montó dos nuevas factorías en Tolosa y Rentería; si algunas industrias metalúrgicas habían resultado perjudicadas en 1914-15 por el aumento de precios del hierro y del acero, pronto se recuperaron, especializándose en la fabricación de productos como alambres, clavos, puntas, herraduras, tornillos, tuercas, etc., de los que existía una incesante demanda en Francia y Bélgica, principales mercados de las manufacturas metálicas vascas. Así, el inspector de trabajo, Guzmán de la Vega, decía en 1918 que la industria metalúrgica había sido «una de las más intensamente favorecidas por la guerra» y que toda la provincia había vivido cuatro años «en general con plétora de trabajo hasta hoy» (97). Prieto mismo lo confirmaba: «En esta región —escribía a fines de 1916— no hay crisis de trabajo» (98).

De hecho, el «boom» económico dio lugar a un notable incremento de la demanda de mano de obra, reflejado en el aumento de la emigración a Vizcaya y Guipúzcoa procedente de provincias rurales y en la concentración de la población provincial en los centros industriales. Unas 40.000 personas emigraron al País Vasco entre 1910 y 1920: 18.639 a Vizcaya y 7.954 a Guipúzcoa. Dentro de Vizcaya fue Baracaldo el Municipio que registró una tasa de crecimiento más elevado, 39,78 por 100 (Vizcaya, 17,04 por 100; Bilbao, 20,61; España, 6,90), y en Guipúzcoa los principales centros industriales experimentaron crecimientos superiores a la media regional (99).

---

(96) IRS, *Informes de los inspectores del trabajo sobre la influencia de la guerra europea en las industrias españolas durante el año 1915* (Madrid, 1916), p. 72.

(97) IRS, *Informes de los inspectores del trabajo sobre la influencia de la guerra europea en las industrias españolas (1917-18)* (Madrid, 1918), pp. 7, 12, 34-42.

(98) I. Prieto, «La solución no está en la tasa», *ES*, 17 diciembre 1916; para el impacto de la Primera Guerra Mundial en la región vasca, véase, además de las obras citadas anteriormente, R. Ossa Echaburu, *El Bilbao del novecientos, riqueza y poder de la vía (1900-23)* (Bilbao, 1969), páginas 77 y ss.; S. Roldán, J. L. García Delgado, *La formación de la sociedad capitalista en España, 1914-20* (Madrid, 1973), I, 74-83, y II, 13-89.

(99) Datos en *Anuario estadístico de España, 1923-24* (Madrid, 1925); según el censo de 1920, la población ocupada en la industria en Vizcaya era de 81.787 personas; en Guipúzcoa, de 41.460. La población activa agraria era de 32.922 y 30.633, respectivamente: *Censo de la población de España en 31 diciembre 1920*.

Esta situación económica de fuerte expansión y pleno empleo daba a los obreros metalúrgicos un excepcional poder de negociación frente a sus patronos. Ello, unido al intenso malestar provocado por el encarecimiento de precios; a la existencia desde 1914 de un organismo, el Sindicato Metalúrgico, capaz de asumir la representación de los diversos oficios del sector, y al entusiasmo suscitado por la campaña electoral de Prieto en 1914, haría posible la movilización de los metalúrgicos, aquellos obreros que, según uno de sus líderes, habían permanecido hasta entonces (1916) «humillados, acobardados en las grandes masas concentradas en las factorías de los altos hornos y los grandes talleres de la construcción metalúrgica», que «no formaban en las filas de la organización y en un largo lapso de tiempo no se prepararon ni se organizaron...» (100).

Los socialistas eran bien conscientes de las consecuencias políticas que originaría la movilización de los obreros de la zona de Baracaldo-Sestao (101). Como Prieto había subrayado en las campañas electorales de 1913 y 1914, dicha movilización, al dar a las izquierdas grandes posibilidades de conquistar los distritos de Baracaldo y Valmaseda, podría provocar un cambio radical del equilibrio político de la provincia (102).

---

(100) J. Urrea, «La agitación obrera según los obreros mismos», *EL*, 29 enero 1916; el Sindicato Metalúrgico fue creado en marzo de 1914, aprovechando el impacto de la campaña de Prieto, *EL*, 23 marzo 1914; Prieto fue derrotado por el candidato conservador Ybarra por 5.280 votos contra 3.200, mientras en la elección de 1910, Ybarra había triunfado por 6.905 votos contra 2.666, del candidato republicano Ramón de Madariaga. Prieto impugnó la elección denunciando compras de votos y coacciones de su rival, *PV, EL*, 9-10 marzo 1914. Según el Sindicato Metalúrgico, los precios habían experimentado entre julio de 1914 y mayo de 1916 los siguientes aumentos: pan, 25 por 100; aceite, 12; azúcar, 25; arroz, 20; alubias, 40; bacalao, 35; carbón, 127; tomate, 40; tocino, 20; garbanzos, 10; lentejas, 50; patatas, 100; carne, 28; jabón, 30; sal, 100; luz, 5 por 100. El gasto semanal de una familia obrera se había incrementado en un 33,96 por 100; *EL*, 26 mayo 1916. En Bilbao se hablaba de una subida de un 30 por 100 hasta enero de 1916. Los datos del IRS, sin embargo, son algo inferiores; el índice de precios (abril-septiembre 1914, 100) sería en abril-septiembre 1916: Bilbao, 111,3; Vizcaya, 121.

(101) J. Urrea, «Vizcaya obrera. Nueva fase», *ES*, 11 abril 1913; Urrea afirmaba que de organizarse «esa zona siempre deficiente», se entraría «en una nueva fase» del socialismo de Vizcaya.

(102) Tanto en la elección provincial por Valmaseda en 1913, como en la elección general por Baracaldo en 1914, Prieto hizo de la derrota



Existía además la certeza de que el peso del voto obrero —y por tanto del PSOE— dentro de la coalición republicano-socialista sería considerablemente reforzado, y para el grupo de Prieto había, por otra parte, la necesidad de hallar nuevas bases de apoyo en la lucha por el control de la organización socialista de Vizcaya (103). Los socialistas no dejarían pasar una oportunidad tan favorable a sus intereses políticos. En enero de 1916, el Sindicato Metalúrgico comenzó su ofensiva en demanda de aumentos de salarios para sus afiliados. Una amplia campaña de mítines fue organizada, en la que los principales líderes socialistas de Vizcaya —Prieto, Madinabeitia, Cabo, etc.— y Guipúzcoa —De Francisco, Amuátegui— unieron sus fuerzas a las de los dirigentes del Sindicato —Del Río, Leandro Carro—. Los patronos intentaron anticiparse a los propósitos del Sindicato, concediendo espontáneamente en el mes de febrero un 10 por 100 de aumento general de salarios (104). Fue inútil. Seguro de su fuerza, el Sindicato Metalúrgico rechazó el aumento y solicitó, apoyado por las asociaciones católicas y por Solidaridad de Obreros Vascos, un 30 por 100 de aumento para salarios inferiores a cuatro pesetas, 20 por 100 para los superiores y 50 por 100 de aumento en horas extraordinarias (105).

Los patronos intentaron resistir, pero cuando el Sindicato Metalúrgico amenazó con declarar la huelga el 26 de junio, cedieron. Ese mismo día, tras una reunión entre Martínez Rivas y los líderes obreros, Astilleros del Nervión acordó conceder aumentos del 20-25 por 100: otras 35 fábricas y talleres anunciaron aumentos similares el día 29 (106).

---

de AHV la clave de la elección; *EL*, «Batida al caciquismo en el feudo de Valmaseda», 3 marzo 1913; *EL*, 28 febrero y 8 marzo 1914.

(103) Prieto mismo declaró que el Sindicato Metalúrgico «puede ser el nervio de la organización obrera de Vizcaya», *EL*, 31 enero 1916.

(104) AHV anunció el 15 de febrero un aumento de 0,45 ptas. diarias y del 12 por 100 a los salarios menores de 4 ptas.; Euskalduna había concedido previamente un 10 por 100; tras el anuncio de AHV, Astilleros del Nervión concedió aumentos del 15 por 100 a los jornales menores a 4 ptas. y 10 por 100 a los superiores; aumentos similares fueron anunciados en días sucesivos en grandes fábricas —Basconia, Talleres Zorroza, Echevarría— y en numerosos talleres —Cortadi, Lloña, Barbier, Rochelt, Otaola, etc. *EL*, 15-21 febrero 1916.

(105) *EL*, 22 abril 1916.

(106) Negociaciones en *EL*, 26 mayo, 1-2 junio 1916; aumentos, *EL*, 27-30 junio 1916.

Pocos días después, el 9 de julio, el Sindicato Metalúrgico declaró la huelga en AHV, aparentemente por diferencias surgidas al efectuarse el pago de los nuevos jornales, posiblemente con el objetivo de secundar la huelga nacional de ferroviarios anunciada para el 11 de julio, y tal vez llegar a la huelga general contra la carestía, acordada por UGT y CNT en sus congresos de mayo de 1916 (107).

El 10 de julio, al resultar un obrero muerto en un choque con la Guardia Civil, la huelga se extendió a Aurrerá, Basconia, Echevarría y Astilleros del Nervión, y el 11, por orden del Sindicato Metalúrgico, una huelga de veinticuatro horas fue declarada en toda la zona fabril. El 12, el trabajo se reanudó con toda normalidad y, como el Gobierno llegó a un acuerdo con los ferroviarios, no hubo más incidencias (108). En agosto se celebró en Sestao un homenaje a Cipriano García, el obrero muerto el 10 de julio, en el que Prieto, ante una multitud profundamente emocionada, abrazó a los hijos de la víctima: «El homenaje a una víctima del trabajo —escribía un dirigente local— ha sabido conquistar a un pueblo entero.» La movilización de los metalúrgicos había sido plenamente lograda (109).

---

(107) En el congreso de la UGT, tras ser rechazada una propuesta de la sociedad de canteros de Bilbao proponiendo la fusión de la UGT y CNT, se aprobó una moción de los delegados asturianos Llana y Acevedo para celebrar una huelga general de veinticuatro horas; *ES*, 19-20 mayo 1916. En junio, *El Socialista* informaba que se había «entrado en inteligencia» con la CNT de Barcelona y advertía que el momento de la huelga estaba próximo; *ES*, 17 y 21 junio 1916. El 9 de julio, por la noche, el Comité Nacional de la UGT se reunió en sesión permanente y acordó «comunicar a los delegados regionales las instrucciones oportunas por si, lo que deseamos no suceda, fuera preciso llegar a la huelga general en toda España»; *ES*, 10 julio 1916. Tres delegados de la UGT, Saborit, Cordero y Virginia-González, llegaron a Bilbao el 11 de julio; *EL*, 13 julio 1916. En Asturias, el Sindicato Minero siguió una conducta similar a la del Sindicato Metalúrgico en Vizcaya; D. Ruiz, *El movimiento obrero en Asturias* (Oviedo, 1968), páginas 150-151.

(108) *EL*, 10-13 julio 1916.

(109) J. Urra, «Solidaridad obrera», *ES*, 11 agosto 1916; Prieto recordaría aquel acto como uno de los más emotivos de su vida política: I. Prieto, *De mi vida. Recuerdos, estampas, siluetas, sombras...* (México, 1968), I, p. 221.

## VI. Malestar laboral: 1916-17

Era otro síntoma más del proceso de reactivación de la agitación obrera que, como consecuencia principalmente del encarecimiento de la vida, se produjo en España a partir de 1914. La agitación se extendió a todo el país, primero, en 1914-15, bajo la forma de mítines y manifestaciones contra la carestía, y luego, sobre todo a raíz de la primavera de 1916, por medio de huelgas en demanda de aumentos salariales. A veces, los actos de protesta se desarrollaron ordenada y pacíficamente y las mismas autoridades locales figuraron al frente de ellos; otras, adquirieron un carácter turbulento, como ocurrió, entre otros puntos, en Benagalbón, Cenicero, La Unión y Logroño (110).

En el País Vasco, aunque el movimiento de huelgas no alcanzó proporciones numéricas considerables hasta 1919-20, la agitación laboral fue igualmente intensa. En Vizcaya, además, lo que daba mayor relieve a la huelga de metalúrgicos de 1916 era que marcaba el final de un período de calma laboral que duraba desde 1911 (111); en la primavera de 1916, casi todos los oficios lograron aumentos similares a los obtenidos por metalúrgicos y mineros (112).

En Guipúzcoa, la agitación y el descontento obreros quebrantaron seriamente la estabilidad de las relaciones sociales en localidades y fábricas que, como vimos, sólo unos años antes de 1914 no habían, todavía, experimentado conflictos y disputas laborales. En 1916 se produjeron huelgas largas y enconadas en Unión Cerrajera de Mondragón y las fábricas papeleras de Tolosa, y conflictos de menos gravedad en San Sebastián y Vergara; la

---

(110) El número de huelgas declaradas en España fue, según el IRS, el siguiente: 1913, 284; 1914, 212; 1915, 169; 1916, 237; 1917, 306. El número de jornadas perdidas por huelga fue: 1913, 2.258.159; 1914, 1.017.889; 1915, 382.885; 1916, 2.415.304; 1917, 1.784.538. *IRS, Huelgas y «lock-out» en los diversos países* (Madrid, 1923), p. 40; hay que considerar las cifras como inferiores a la realidad. De aquellas huelgas, el porcentaje de las declaradas por aumento de salarios y por aumento de salarios unido a otras demandas fue: 1914, 42,1 por 100; 1915, 45; 1916, 71,9; 1917, 71; 1918, 77,7; 1919, 81,4; 1920, 74,3. S. Roldán y J. L. García Delgado, *op. cit.*, I pp. 248-249.

(111) «Huelgas en puertas», *EL*, 7 enero 1916.

(112) La prensa de Bilbao informó de aumentos del 8 al 12 por 100 para empleados de bancos, oficinas y comercio, carreteros, ferroviarios, panaderos, tipógrafos y cocheros.

huelga nacional de ferroviarios repercutió especialmente, dentro de la provincia, en Irún y Beasain; al año siguiente hubo pequeños paros de obreros metalúrgicos en Pasajes y Beasain, y de distintos oficios en San Sebastián (113).

El amplio apoyo que tanto en Vizcaya como en Guipúzcoa tuvo la huelga nacional de veinticuatro horas contra la carestía, convocada conjuntamente por UGT y CNT para el 18 de diciembre de 1916, fue quizá la indicación más clara del profundo malestar obrero que afectaba a la región y del espíritu militante que se había recientemente desarrollado entre los trabajadores de la misma. En Bilbao no se recordaba un paro tan unánime y completo: el comercio permaneció cerrado, teatros y cines suspendieron sus funciones, no aparecieron periódicos ni circularon tranvías ni trenes de cercanías. En Baracaldo, Sestao y la zona minera, fábricas y minas quedaron paralizadas. En Guipúzcoa, el paro fue absoluto en Rentería, Pasajes, Eibar, Andoaín y Tolosa; en San Sebastián, desguarnecido de fuerzas de orden público, concentradas en Tolosa con motivo de la huelga de papeleros, hubo incidentes graves al intentar los huelguistas detener tranvías y cerrar el comercio. Once personas resultaron heridas y unas treinta detenidas: fue la primera experiencia dramática de los conflictos de clase que tuvo la población de aquella localidad (114).

## VII. *La huelga de agosto de 1917*

En el primer semestre de 1917, nuevas subidas de precios aumentaron el malestar general en todo el país. Las medidas introducidas por los distintos gobiernos parecían incapaces de hacer frente a la carestía. La vacilante reacción oficial ante la declaración del bloqueo alemán

---

(113) Huelga de Mondragón: duró de 3 enero a 15 febrero 1916 y unos 1.000 obreros se vieron afectados, *VG*, 30 enero 1916; la huelga de Tolosa empezó el 27 noviembre 1916 y se prolongó hasta finales de enero 1917. El paro afectó a 17 fábricas y más de 2.000 obreros, *ES*, 28-29 noviembre, 2-30 diciembre 1916, 14, 20, 28 enero 1917.

(114) *EL*, 20 diciembre 1916; *VG*, 19 diciembre 1916. *VG* decía que los sucesos de San Sebastián causaron «una especie de estupor», «como si recibieran el desengaño de una gran ilusión»; *VG*, 25 diciembre 1916.



en febrero de 1917 —que alarmó considerablemente a la opinión pública— fue un motivo más de desprestigio para la Monarquía, que las izquierdas quisieron capitalizar políticamente (115). En junio, los oficiales de infantería adoptaron una actitud próxima a la rebelión contra el Gobierno como protesta contra el favoritismo y la corrupción; la ola de huelgas persistía e incluso parecía agravarse.

Los diputados catalanes solicitaron la reapertura del Parlamento para tratar de la situación, y cuando el Gobierno rehusó hacerlo y suspendió las garantías en todo el país, aquéllos lo desafiaron abiertamente, convocando una asamblea de diputados para el 19 de julio en Barcelona (116).

La creciente deteriorización de la autoridad del Estado monárquico convenció a la izquierda de que el momento era óptimo para intentar un movimiento revolucionario contra la Monarquía (o para presionar por reformas bajo la amenaza revolucionaria). Prieto, por ejemplo, había criticado las limitaciones que se habían impuesto al paro del 18 de diciembre de 1916 —no incluir a ferroviarios, electricidad y otros servicios esenciales— y que lo habían reducido, en su opinión, a un «pacífico paro del viernes santo»; el 27 de marzo de 1917, UGT y CNT publicaron un manifiesto anunciando su propósito de organizar una huelga general «con el fin de obligar a las clases dominantes a aquellos cambios fundamentales de sistema que garanticen al pueblo al mínimum de las condiciones decorosas de vida y de desarrollo de sus actividades emancipadoras». En mayo, el PSOE pedía a los otros partidos de izquierda «el reconocimiento explícito de la necesidad de transformar nuestro presente régimen po-

---

(115) Algunos socialistas, como Madinabeitia, Pérez Solís y García Cortés, manifestaron que se debía ir a la guerra contra Alemania: «Otra opinión», *ES*, 3 marzo 1917; la posición oficial del PSOE respecto a la guerra mundial era de «neutralidad aliadófila», J. J. Morato, *El Partido Socialista Obrero* (Madrid, s. f.), pp. 284-292. Contactos personales con los socialistas franceses reforzaron las simpatías de los socialistas españoles por los aliados. Jouhaux estuvo en Eibar con Prieto y V. Barrio en noviembre de 1916, *ES*, 1 noviembre 1916.

(116) F. Soldevilla, *Tres revoluciones* (Madrid, 1917), pp. 26 y ss.; M. Fernández Almagro, *Historia del reinado de Don Alfonso XIII* (Barcelona, 1934), pp. 288-303; J. A. Lacomba, *La crisis española de 1917* (Madrid, 1970), pp. 79 y ss.

lítico y luchar por alcanzarlo» (117). El 16 de junio se formó un comité revolucionario integrado por Largo Caballero, en nombre de la UGT; Iglesias, en el del PSOE —aunque fue Besteiro quien realmente participó en las gestiones—; Lerroux, por los radicales, y Melquíades Álvarez, vuelto al republicanismo por la crisis de 1917, por los reformistas.

En Vizcaya, tanto el Sindicato Minero como el Sindicato Metalúrgico publicaron en la primavera de dicho año manifiestos revolucionarios (118); no menos de doce conflictos laborales, entre ellos una huelga general de la construcción, se registraron entre marzo y julio. A principios de junio, el Sindicato Metalúrgico anunció que reclamaría un 20 por 100 de aumento salarial y hora y media de reducción de la jornada laboral (119), y a pesar de que AHV, a fin de evitar el conflicto, anunciase el 28 de junio aumentos salariales que oscilaban del 13 al 35 por 100, el Sindicato Metalúrgico declaró la huelga a partir del 21 de julio (120).

Si estos conflictos, y particularmente la huelga de metalúrgicos, respondían a una conspiración revolucionaria, como la derecha sostenía, o eran, como afirmaría la izquierda, conflictos estrictamente laborales, parece irrelevante. Eran consecuencia —y reflejaban— del clima de descontento social creado por la carestía y de las

---

(117) Manifiesto de 27 marzo, en *ES*, 28 marzo 1917; J. J. Morato, *op. cit.*, p. 291; opinión de Prieto sobre paro de 18 diciembre, en *ES*, 17 diciembre 1916.

(118) C. Turiel, «Prevenimos al Gobierno», *ES*, 21 mayo 1917; «El Sindicato Metalúrgico ante la guerra europea», *ES*, 21 junio 1917, en el que el Sindicato Metalúrgico declaraba que «estima que debe mantener el acuerdo de declarar un paro general, de carácter indefinido, conducente a implantar un nuevo sistema de gobierno».

(119) De diez horas y media a nueve, *EL*, 11, 24 junio 1917.

(120) Los aumentos concedidos por AHV eran: jornales menores de 3,50 ptas., 33,35 por 100; jornales de 4-5 ptas., 30-32; jornales de 5-6 ptas., 18-21; jornales mayores de 6 ptas., 13-15 por 100; *EL*, 20 junio 1917. No obstante, Prieto acusaría en el Parlamento a AHV de haber provocado la huelga «porque quiso dar la batalla a las organizaciones obreras», versión aceptada por la mayoría de los historiadores. *La huelga de agosto en el Parlamento* (Madrid, 1918), pp. 93-94. La evidencia parece indicar, sin embargo, que AHV se esforzó por evitar perturbaciones: declarada la huelga, autorizó a la comisión de huelga la inspección de sus factorías para comprobar la existencia de esquiroles; *EL*, 25 julio 1917.

esperanzas de posibles cambios políticos despertadas por la crisis política de la primavera de 1917:

«... la revolución —escribía el secretario del Sindicato Metalúrgico, Juan de los Toyos— se mascaba en el ambiente. Creo sinceramente que muy pocos estaban tan preparados y decididos como los metalúrgicos de Vizcaya para hacerla» (121).

Vizcaya —afirmaba *El Liberal* a principios de agosto— «estaba saturada de fuerzas explosivas» (122).

El Gobierno era bien consciente de la situación y parece haberla afrontado con medidas dirigidas, por una parte, a prevenir el estallido del tan anunciado movimiento revolucionario y, por otra, a solucionar los conflictos laborales que por su mayor gravedad pudieran servir de catalizadores de aquél. El 22 de junio, el ministro de la Gobernación, Sánchez Guerra, había ordenado a los gobernadores civiles la vigilancia «reservada y discreta en absoluto, pero eficacísima, de personas y grupos que por sus antecedentes pudieran estar implicados en movimientos sediciosos»; el 25 de junio suspendió las garantías constitucionales en toda España; el 30 ordenaba se redoblase la vigilancia ante el temor de que el 2 de julio se declarase una huelga de ferroviarios «con el fin de promover un movimiento general sedicioso», y el 16 de julio volvía a ordenar «redoblar y extremar las precauciones y vigilancia» ante la proximidad de la asamblea de parlamentarios en Barcelona (123).

Al mismo tiempo, los gobernadores civiles de las dos provincias donde la situación laboral parecía más seria, Vizcaya y Valencia, extremaron sus esfuerzos para intentar encontrar fórmulas que pudiesen poner fin a los conflictos que allí se desarrollaban: huelga de metalúrgicos y de ferroviarios, respectivamente. En Vizcaya, el gobernador civil, Molina, sería incluso censurado por haber «extremado su benevolencia con los obreros». «Toda su conducta —decía *El Pueblo Vasco*— se ha venido significando por una condescendencia incompatible con su

---

(121) J. Toyos, «El Sindicato Obrero Metalúrgico de Vizcaya», *ES*, 7 mayo 1920.

(122) *EL*, 5 agosto 1917.

(123) Ministro Gobernación a gobernadores civiles, telegramas de 22, 25, 26, 30 junio y 16 julio 1917, AG, serie A, legajo 41.

posición y con su deber» (124). Toda la prensa reconocía su intervención «directa y decidida» en la huelga (125). Gracias a ella, se habían venido celebrando negociaciones entre representaciones patronales y obreras desde el primer día de huelga (126), y el 28 de julio se anunció incluso que se había llegado a un arreglo (127).

Sin embargo, el acuerdo fue roto, en parte porque sometido a la votación de las asambleas obreras, fue rechazado por éstas, pero quizá en parte también porque así convenía al proyecto revolucionario de los socialistas (128).

No obstante, aún intentó el gobernador civil que ambas partes aceptaran someterse al arbitraje de la Cámara de Comercio de Bilbao (129). Incluso el 9 de agosto, patronos y obreros dieron en principio su aprobación al plan del gobernador. La Cámara de Comercio no tendría, pese a ello, la oportunidad de intervenir: el 10 se declaraba la huelga ferroviaria en toda la red de la Compañía del Norte en apoyo de los ferroviarios de Valencia; el 13 de agosto la UGT y el PSOE iniciaban el movimiento revolucionario que venían anunciando desde la primavera.

A juzgar por su intervención en Vizcaya, parecía que el Gobierno hubiese esperado poder restaurar la normalidad dentro de los cauces legales. De la evidencia referente a dicha provincia no parece correcto deducir que el Gobierno hubiese provocado la huelga general de 13 de

---

(124) PV, 8 agosto 1917.

(125) EN, 5 agosto 1917.

(126) La huelga afectaba a unos 25.500 obreros; Martínez Rivas, una vez más, accedió a todas las peticiones y sus fábricas —Astilleros del Nervión, Altos Hornos de San Francisco— no pararon; los obreros de Euskalduna, afiliados en su mayoría a Solidaridad de Obreros Vascos, no secundaron el paro, pero la dirección suspendió el trabajo para evitar incidentes; EL, 20-23 julio 1917.

(127) Los patronos acordaban rebajar la jornada en media hora y abonarla como extraordinaria, y aumentar los salarios en un 13 por 100; EL, 29 julio 1917.

(128) Así parece sugerirlo al menos la aparición de Prieto en el desarrollo del conflicto, ya que él mismo afirmaría después que había ido a Bilbao, de donde se había alejado por razones profesionales en enero de 1917, a asumir la dirección del movimiento: «En julio de 1917 me llamó Pablo Iglesias a su domicilio de la calle Ferraz... Me enteró del movimiento huelguístico que, con carácter revolucionario, se preparaba. Tienes que ir a Bilbao —me dijo el Abuelo— para encargarte allí del movimiento.» I. Prieto, *De mi vida*, I, 203. PV atribuía la ruptura del acuerdo de 28 de julio a un violento discurso de Prieto contra AHV: PV, 30 julio 1917; asambleas obreras, en EN, 1-2 agosto 1917.

(129) EL, 1-10 agosto 1917.



agosto, aunque obtuviese con ello considerables beneficios políticos (130): dividir a las fuerzas de oposición, pues era dudoso que la derecha catalana, inspiradora de la asamblea de parlamentarios, y la derecha republicana secundasen una huelga revolucionaria; y comprometer al ejército, después de la peligrosa actitud adoptada por el arma de infantería en junio, en la defensa de la Monarquía. El Gobierno podía esperar que, fracasada la huelga general, el peligro de un movimiento general contra el régimen monárquico quedase, de momento al menos, alejado.

La huelga general afectó principalmente a centros urbanos e industriales. En Vizcaya el paro fue general en la cuenca minera, en la zona fabril y en Bilbao, desde el día 13 al 20 de agosto. En Bilbao el comercio permaneció cerrado hasta el día 16, aunque el 15 se abrieron las panaderías, ante las que se formaron largas colas bajo la protección del ejército; el día 13 fueron asaltadas algunas tiendas de comestibles al elevar los tenderos los precios. El ejército ocupó desde el primer momento los lugares estratégicos: estaciones, vías, bancos, puentes, etcétera. De esa forma fue posible que circularan tranvías y trenes, incluso los de la Compañía del Norte, aunque con servicios reducidos. Este hecho provocó incidentes: en su mayoría fueron las habituales colisiones entre huelguistas y fuerzas del orden al intentar aquéllos detener la circulación; pero el día 13 por la tarde, al haber sido levantados, sin duda por huelguistas no controlados, los raíles del ferrocarril del Norte, y debido al exceso de velocidad con que circulaba, descarriló el Correo de Madrid, resultando cinco muertos y dieciséis heridos. Las autoridades militares tomaron medidas más enérgicas: las calles de acceso a los barrios obreros quedaron prácti-

---

(130) Esta fue la tesis que los diputados socialistas sostuvieron en el Parlamento en el debate de mayo de 1918, y ha sido aceptada por muchos historiadores. Largo Caballero y Anguiano acusaron al Gobierno de alentar la intransigencia de la Compañía del Norte en la huelga ferroviaria de Valencia para provocar la huelga general y poder abortar el movimiento revolucionario de los socialistas, *La huelga de agosto en el Parlamento* (Madrid, 1918); sin embargo, tanto el ministro de Fomento, Eza, como el gobernador civil de Valencia, Tejón y Marín, se esforzaron por lograr que la Compañía del Norte accediese a las demandas de sus obreros. Hasta el 8 de agosto no envió el ministro de la Gobernación a los gobernadores órdenes concretas para hacer frente a la huelga ferroviaria; su telegrama de ese día parece indicar que había esperado que el conflicto se resolviese antes del 10:

camente ocupadas por el ejército a partir del día 14; fue declarado el toque de queda a partir de las 17 horas; unas 350 personas fueron detenidas. El día 15 llegó a Bilbao el acorazado «Alfonso XIII» con fuerzas de artillería e infantería, y el día 16, como se repitiesen los disparos esporádicos que al anochecer venían haciéndose en los barrios obreros contra las fuerzas del ejército, un oficial ordenó que fuesen fogueadas diversas casas: 12 paisanos resultaron muertos. Posteriormente la agitación cesó; el 17, 18 y 19 fueron abriendo comercios y cafés y la ciudad recobró gradualmente el ritmo normal de vida, aunque hasta finales del mes de agosto no se reintegraron al trabajo la totalidad de los obreros (131).

En Guipúzcoa la huelga fue general en Eibar, como en Vizcaya, hasta el día 20; sin embargo, pese a la huelga de ferroviarios, no llegó a suspenderse totalmente el servicio de trenes, y no llegó a turbarse el orden en ninguna localidad de la provincia. En Beasain, la casi totalidad de obreros de la fábrica de la Sociedad Española de Construcciones Metálicas pararon el 13, pero más de 700 habían reanudado el trabajo el día 16; hubo paros en Rentería y Pasajes, pero aquí no llegaron a suspenderse las operaciones del puerto. En San Sebastián, salvo un pequeño incidente el día 14 y huelgas en algunas fábricas y talleres, la semana del 13 al 20 de agosto, culminación de la temporada veraniega, fue «un remanso de tranquilidad y apacible calma», con corridas de toros, carreras de caballos, conciertos, paseos, fuegos artificiales, etc., más concurridos que nunca (132).

---

«No habiendo tenido confirmación las esperanzas que pudieron ponerse en el término satisfactorio del conflicto ferroviario antes del día 10...», telegrama 8 agosto 1917, AG, serie A, legajo 41; el mismo 12 de agosto telegrafió al gobernador civil de Valencia: «Celebro el buen aspecto que eso presenta y que no debe, sin embargo, hacer olvidar la más extremada vigilancia. Apruebo las medidas adoptadas por V. S.», ministro Gobernación a gobernador civil, 12 agosto 1917, AG, serie A, legajo 41.

(131) PV, GN, EN y NB, 18 agosto 1917; EL dedicó un número extraordinario a la huelga de agosto el 21 octubre 1917; en su intervención en el Parlamento en mayo de 1918, Prieto negó que el descarrilamiento del Correo tuviese relación con la huelga y que se hubiese agredido al ejército. Era sólo parcialmente cierto: la huelga fue pacífica, como él aseguró, pero elementos incontrolados participaron en el descarrilamiento y tirotearon al ejército desde el día 13. *La huelga de agosto*, pp. 89-112.

(132) PV, de San Sebastián, y VG, 13-20 agosto 1917: la prensa local no interrumpió su publicación. Hubo 37 procesados, de ellos, 19

Como movimiento nacional, la huelga de agosto fue un fracaso, en parte, sin duda, por la enérgica intervención de las fuerzas del orden, que dio lugar, según datos oficiales, a 71 muertos y numerosos heridos. Pero también hubo otros factores que contribuyeron a ello. Hubo, en primer lugar, la falta de apoyo a la huelga ferroviaria de los sindicatos de las compañías Madrid-Zaragoza-Alicante y Madrid-Cáceres-Portugal, tal vez por deslealtad de alguno de los dirigentes ferroviarios (133). Existió, además, una falta de coordinación entre UGT y CNT, tal vez por desconfianza de los dirigentes sindicalistas a colaborar en un movimiento que, especialmente tras la adhesión del PSOE a la asamblea de parlamentarios catalanes, parecía desviarse de todo objetivo socialmente revolucionario (134).

Algunos de los elementos comprometidos prestaron una colaboración o muy tímida o nula, como fue el caso de la asamblea de parlamentarios (135), y hubo finalmente vacilaciones y falta de dirección precisa por parte de

---

San Sebastián, cuatro en Pasajes, dos en Beasain-Villafranca, uno en Eibar, tres en Hernani y cinco en Tolosa, lo que parece indicar que en estas dos localidades hubo también algún incidente, aunque la prensa no dio noticia de ello. En Alava sólo hubo paros en Vitoria. Sobre la huelga en Eibar, J. M. Salaverría, «Una experiencia socialista», *ABC*, 26 agosto 1917.

(133) Los socialistas sospecharon que Ramón Cordoncillo, secretario de la Federación Ferroviaria, traicionó la huelga; A. Saborit, *Julián Besteiro* (México, 1961), p. 135.

(134) La acusación de que la adhesión a la Asamblea de Parlamentarios suponía «una desviación de la senda revolucionaria emprendida por las organizaciones obreras» fue formulada por la propia izquierda socialista, en el informe que la Federación Gráfica presentó al congreso de la UGT de 1918. En dicho informe se decía que la huelga nacional de ferroviarios fue «nefasta» porque precipitó el movimiento revolucionario cuando «no era aquél el momento propicio para que estallara». No se hacía alusión a que el Gobierno hubiera provocado los acontecimientos: *Nuestra palabra*, 21 septiembre 1918; en junio-julio de 1917, CNT y UGT estuvieron dos veces al borde de romper la colaboración. En una reunión clandestina, los líderes de la CNT criticaron a Largo Caballero por la pasividad de la UGT; Iglesias decepcionó a los dirigentes sindicalistas, cuando en una reunión celebrada en Barcelona durante los días de la Asamblea de parlamentarios resumió las diferencias que habían surgido entre ellos así: «Ustedes, los obreros manuales, lo ven así; pero nosotros los intelectuales lo vemos de diferente manera». A. Pestaña, *Lo que aprendí en la vida* (Madrid, 1933), p. 63.

(135) Cambó, el líder de la derecha catalana y principal organizador de la Asamblea, telegrafió a la prensa nacional negando toda vinculación de aquélla con la huelga general. J. Pabón, *Cambó* (Barcelona, 1952), I, 542-545.

los líderes socialistas en torno a la oportunidad de la huelga y al carácter —violento o pacífico— que debía darse a la misma, vacilaciones que reflejaban las dificultades de un partido para hacerse súbitamente revolucionario tras años de acción legalista y constitucional (136).

### VIII. Prieto, diputado por Bilbao

El resultado político más inmediato del fracaso de la huelga de agosto fue la derrota de la izquierda en las elecciones locales celebradas en noviembre de 1917. En Bilbao —y en general en todo el País Vasco— esas elecciones confirmaron el resurgimiento del nacionalismo vasco, tanto por reacción frente a los sucesos de agosto (137), como por el impacto de la campaña en favor de la autonomía regional que se desarrolló en el verano de 1917 (138).

---

(136) Algunos miembros del Comité Nacional de la UGT no consideraban oportuno el momento para declarar la huelga nacional ferroviaria; la decisión fue tomada por un solo voto de mayoría. Iglesias era contrario a que se diese al movimiento un carácter político y revolucionario. Se acordó que la huelga fuese pacífica. En Bilbao, excepto en incidentes aislados, no se llegó a hacer uso del contingente de armas traído desde Eibar; A. Saborit, *Julían Besteiro* (México, 1961), pp. 134-135; Largo Caballero afirmó que la UGT hubo de asumir «la responsabilidad de un movimiento que ninguno queríamos»: *Mis recuerdos. Cartas a un amigo* (México, 1954), p. 56. Prieto criticó el carácter pacífico de una huelga con la que se pretendía derribar el régimen; esa circunstancia, más la elección de un momento inapropiado y el hecho de asumir el PSOE y la UGT por sí solos la dirección del movimiento fueron, en su opinión, las causas que determinaron su fracaso. I. Prieto, «La huelga de agosto», *EL*, 20 febrero 1918.

(137) «... nosotros —decía *Euzkadi*, órgano del PNV— combatimos resueltamente ese movimiento de las izquierdas españolas», *Euzkadi*, 21 febrero 1918.

(138) El hecho que desencadenó el movimiento autonomista del verano de 1917 fue la protesta de los industriales vascos contra el proyecto del ministro de Hacienda, Alba, de crear un impuesto sobre los beneficios extraordinarios de guerra, considerado como una violación del concierto económico; los nacionalistas vascos supieron aprovechar en beneficio de sus intereses políticos el malestar creado por aquel proyecto; la campaña autonomista comenzó tras la visita del dirigente catalanista Cambó en enero de 1917 y culminó el 16 de julio, en Vitoria, donde los representantes de las tres Diputaciones provinciales vascas solicitaron formalmente del Gobierno un estatuto de autonomía. Aunque se había hecho coincidir el acto de Vitoria con la Asamblea de Parlamentarios, las Diputaciones vascas no se adhirieron a ésta, PV (San Sebastián), 10-20 julio 1917; F. Villanueva, «Las Diputaciones vascongadas y la autonomía municipal», *EL*, Madrid, 12 julio 1917; *EN*, 15-17 julio 1917;



En Bilbao los nacionalistas ganaron más de 1.000 votos respecto a las elecciones municipales de 1915, mientras que republicanos y socialistas perdieron unos 3.000 (139). El PNV emergió como el partido local más fuerte: el Ayuntamiento quedó bajo su control (140), y lograron minorías de cierto relieve en Ayuntamientos como San Sebastián y Baracaldo, donde hasta entonces su representación había sido mínima (141).

Alentados por estos resultados, trataron a continuación de ganar la representación de los distritos vascos en el Parlamento: el nacionalismo vasco se convirtió allí en la cuestión central de las elecciones generales de febrero de 1918 (142). Los nacionalistas lograron cuatro de los seis distritos de Vizcaya, donde el industrial nacionalista Ramón de la Sota, actuando al viejo estilo de los Chávarri y Martínez Rivas, gastó considerables sumas de dinero en compras de votos; uno de los cinco de Guipúzcoa; y uno de los tres diputados por Pamplona (Navarra); fue anulada la elección por Baracaldo y fueron derrotados los candidatos nacionalistas en Tolosa y Bilbao (143).

---

J. M. Salaverría, «Los fueros y los bizkaitarras», *AGC*, 24 julio 1917. La iniciativa fue de los nacionalistas vascos, pero, dado que tanto la Diputación de Guipúzcoa como la de Alava estaban bien controladas por los monárquicos —por Calbetón y el marqués de Urquijo, respectivamente—, el movimiento autonomista fue absorbido.

(139) Los nacionalistas tuvieron 3.004 votos en 1915 y 4.396 en 1917; republicanos, 4.496 y 2.573; socialistas, 1.947 y 1.057; los mauristas ganaron unos 300 votos y carlistas y perezagüistas se mantuvieron: los primeros obtuvieron 1.423 y 1.355 votos en cada una de aquellas elecciones, y 729-723 los segundos; *EL*, 12 noviembre 1917.

(140) El Ayuntamiento de Bilbao para 1918-20 se compondría de 19 nacionalistas, ocho republicanos, seis carlistas, seis socialistas, tres mauristas y un independiente. El anterior había sido: 14 nacionalistas, 15 republicanos, siete socialistas, cuatro carlistas y un conservador.

(141) Las elecciones de San Sebastián dieron este resultado: tres nacionalistas, dos republicanos, dos liberales, dos jaimistas, un independiente, un socialista y seis independientes; *VG*, 12 noviembre 1917.

(142) Hasta entonces, los nacionalistas vascos habían rehusado participar en elecciones generales por razones doctrinales. La mayoría de los observadores atribuyeron el cambio a la influencia de Cambó. M. Salaverría, «Cambó y el nacionalismo vasco», *El Sol*, 8 febrero 1918.

(143) *VG*, *Euzkadi*, *EL*, 25-26 febrero 1918; en Baracaldo se llegaron a pagar, al parecer, 250 ptas. por voto; para quienes habían esperado que los nacionalistas vascos actuasen de forma distinta a la *Piña*, su comportamiento en las elecciones del 18 supuso una profunda desilusión: «Igual asedio que antes se está poniendo a la integridad electoral..., marca una reincidencia en la corrupción». I. Marticorena, «El Partido Nacionalista ante las elecciones», *El Sol*, 20 febrero 1918.

En Bilbao ganó el candidato socialista Indalecio Prieto, el único candidato de la izquierda que logró acta en el País Vasco (144). Paradójicamente, Bilbao elegía un candidato socialista cuando las fuerzas socialistas —y en general las de toda la izquierda local— aparecían más debilitadas, como lo habían demostrado las elecciones de noviembre de 1917: los socialistas estaban divididos; las organizaciones obreras, quebrantadas por el fracaso de la huelga de 1917; los republicanos, desorganizados y desprestigiados —principalmente a causa de dicha huelga— al punto que habían rehusado presentar candidatura (145); no había indicios de que Perezagua estuviese dispuesto a dar los 700 votos de su grupo a Prieto, e incluso si lo hacía, era dudoso qué tuvieran un gran impacto en la elección (146); Prieto, exiliado en Francia desde agosto de 1917, no podía hacer uso de su mejor arma electoral, la fuerza de su palabra; y aquel «alto sentimiento de solidaridad y de justicia social», en palabras de *El Liberal*, que como reacción frente a la represión de la huelga de 1917 se creía podía jugar un decisivo papel en las presentes elecciones, parecía estar, en Bilbao cuando menos, equilibrado por el recuerdo de las violencias de agosto de 1917 —y particularmente del descarriamiento del Correo—, que las derechas esgrimieron una y otra vez durante la campaña electoral contra Prieto (147).

Prieto concentró su campaña electoral —que consistió en varios artículos de prensa escritos por él mismo y

---

(144) En San Sebastián, el candidato socialista Guillermo Torrijos obtuvo 472 votos, por 5.588 el conservador Elósegui y 5.641 el liberal Azqueta, apoyado por los republicanos locales que rompieron la Conjunción a raíz de la huelga de agosto; *VG*, 24 febrero 1918.

(145) Echevarrieta condenó la huelga de agosto, pese a lo cual fue duramente criticado por la prensa de derechas. Renunció al cargo de diputado y no quiso presentarse en febrero del 18. La Agrupación republicana decidió entonces votar al candidato socialista; asambleas republicanas de 27 enero y 15 febrero 1918, en *EL*, 28 enero y 16 febrero 1918.

(146) El 3 de febrero de 1918, Perezagua anunció que su agrupación se abstendría en la elección, a menos que la Agrupación socialista solicitase públicamente su colaboración: «Los socialistas veteranos y las elecciones», *Euzkadi*, 23 febrero 1918; la inhibición de Perezagua en la huelga de 1917 había aumentado, además, las diferencias entre ambos grupos socialistas.

(147) L. Araquistain, «Los fantasmas de las derechas», *EL*, 20 febrero 1918; *EL*, 19 febrero 1918.

por Luis Araquistain— en un reducido número de cuestiones, entre las cuales dos recibieron atención prioritaria: negar el carácter revolucionario de la huelga de agosto de 1917 y subrayar la continuidad entre su candidatura y la de Echevarrieta. Ambos puntos parecían claramente dirigidos a ganar el apoyo del electorado republicano. Respecto al primero de aquellos puntos, Prieto mismo señalaba el carácter pacífico que le había caracterizado, reduciendo toda la violencia al asalto de algunas tahonas (148), y Araquistain negaba que Prieto hubiese tenido responsabilidad en la catástrofe ferroviaria: «Mis manos —resumía Prieto en su manifiesto electoral— están limpias de sangre» (149). Con respecto al segundo punto, Prieto dejó claramente expresada su doble condición de candidato republicano y socialista: «... yo me consideraría en el Parlamento —decía en el manifiesto— tan representante de los republicanos como de los socialistas» (150).

Si esta campaña llegó a influir en el comportamiento electoral del electorado de Bilbao es difícil de saber (151), pero hay indicios que permiten dudarlo. Aunque la votación obtenida por Prieto mostraba una recuperación de 2.449 votos respecto a la votación obtenida por republicanos y socialistas en noviembre de 1917, quedaba todavía muy lejos de las votaciones que Echevarrieta obtuviera en 1910, 1914 y 1916 (152); además, un 80 por 100 (1.936 votos) de los 2.449 votos recuperados se habían recobrado en los tres distritos obreros: en los otros siete distritos de Bilbao, Prieto obtuvo prácticamente el mismo número de votos que los obtenidos por republicanos y socialistas

---

(148) «El principal de sus errores fue el carácter pacífico del movimiento». I. Prieto, «La huelga de agosto», *EL*, 20 febrero 1918.

(149) *EL*, 22 febrero 1918.

(150) Araquistain escribió: «En agosto de 1917 fue injusta una parte del pueblo de Bilbao con hombre tan ponderado como Echevarrieta. Para reparar esa injusticia, vótese a Prieto»; *EL*, 18 febrero 1918.

(151) El manifiesto electoral contenía, además, ataques contra el candidato nacionalista Chalbaud —«la encarnación viva del más brutal reaccionarismo»— y conservador Aznar —«candidato blandirista», ya que era asiduo participante en regatas de balandros—, y un programa nacional en el que Prieto recogía todos los temas favoritos de las izquierdas: incautación del trigo, abandono de Marruecos, supresión de las Juntas de Defensa, apoyo a los aliados, etc.; *EL*, 22 febrero 1918.

(152) Prieto logró 6.079 votos; republicanos y socialistas, en 1917, 3.630; se recordará que Echevarrieta había logrado en los años citados, 8.095, 8.480 y 12.906 votos, respectivamente.

en noviembre. La clave de su recuperación —y una de las claves de su victoria— había sido, por tanto, la votación en Cortes, San Francisco y Bilbao la Vieja. Tal vez una parte —un 35 por 100 como máximo— de los votos recuperados por Prieto allí se debiese al voto del grupo de Perezagua (153); pero, por lo que se refiere a los restantes —unos 1.200 votos—, la evidencia parece indicar que una parte considerable fue obtenida por procedimientos fraudulentos. Mientras que en los siete distritos restantes la participación electoral había oscilado entre 50-60 por 100, en San Francisco alcanzó el 86 por 100, y en Cortes y Bilbao la Vieja, el 90-91 por 100: en diez secciones de estos tres últimos distritos «votó» el 95-99 por 100 del censo, y en una hubo cinco votantes más que electores (154).

(153) Este grupo obtuvo en noviembre de 1917, 729 votos, todos en los tres citados distritos.

(154) El número de electores y abstenciones por distrito fue el siguiente:

	<i>Núm. de electores</i>	<i>Abstenciones</i>	<i>Prieto</i>
Casas Consistoriales ... ..	2.305	819	276
Santiago ... ..	2.222	987	253
Achuri ... ..	2.200	1.032	292
Estación ... ..	1.965	925	227
Gran Vía ... ..	2.056	880	196
San Vicente ... ..	2.000	952	192
Hospital ... ..	2.016	789	292
Bilbao la Vieja ... ..	2.039	274	1.101
San Francisco ... ..	2.328	325	1.366
Cortes ... ..	2.186	198	1.467

Las secciones que registraron mayor participación electoral fueron:

<i>Distrito</i>	<i>Sección</i>	<i>Núm. de electores</i>	<i>Votantes</i>
Bilbao la Vieja ... ..	1. <sup>a</sup>	500	495
Bilbao la Vieja ... ..	3. <sup>a</sup>	403	401
Bilbao la Vieja ... ..	5. <sup>a</sup>	317	307
San Francisco ... ..	1. <sup>a</sup>	491	482
San Francisco ... ..	3. <sup>a</sup>	388	372
San Francisco ... ..	4. <sup>a</sup>	482	471
San Francisco ... ..	5. <sup>a</sup>	473	470
Cortes ... ..	1. <sup>a</sup>	469	468
Cortes ... ..	2. <sup>a</sup>	459	416
Cortes ... ..	3. <sup>a</sup>	313	318
Cortes ... ..	5. <sup>a</sup>	490	464

(Euzkadi, 1 y 4 marzo 1918.)



Parece muy probable, por tanto, que una participación tan elevada fuese debida más al «vuelco» de los censos que a una genuina movilización del electorado. Obstrucciones y suplantaciones de electores fueron denunciadas en todas las secciones de los barrios obreros:

«Porque quería el triunfo de nuestro candidato socialista —reconocería Dolores Ibárruri— guardé silencio, sin desaprobar las marrullerías electorales de Paulino Gómez —uno de los «electores» socialistas— y sus cohortes» (155).

Pero la victoria de Prieto no puede ser exclusivamente atribuida a un «pucherazo» electoral. Ganó, en parte también, por la división de las derechas: el nacionalista Chalbaud logró 4.397 votos, y el conservador Aznar, apoyado por los carlistas, 3.568. Estos resultados reflejaban la fragilidad del triunfo de Prieto (6.079 votos). De producirse una coalición de derechas como la de 1911 —como la que en las mismas elecciones de febrero de 1918 se produjo en Pamplona entre carlistas, mauristas y nacionalistas vascos—, sus posibilidades electorales quedarían seriamente reducidas. El mismo efecto tendría una ruptura de la coalición republicana-socialista. Si los socialistas querían retener el distrito —y no había ninguna indicación que hiciese dudar de ello—, parecía evidente que habían de acomodar su política en Vizcaya a las dos necesidades electorales que habían revelado las elecciones de 1918: mantener la unidad de las izquierdas y explotar las diferencias entre monárquicos y nacionalistas.

Prieto tenía la falta de doctrinarismo necesaria para hacer los sacrificios ideológicos que semejante política exigiese:

«Yo, en realidad, no soy un hombre de doctrina —confesaba—: yo soy un hombre de realidades» (156).

---

(155) D. Ibárruri, *The shall not pass* (Londres, 1966), p. 67; PV, GN, EL, 25 febrero 1918.

(156) I. Prieto, «La atonía del pueblo español», conferencia en el Ateneo el 30 de noviembre de 1920, recogido en ES, 1 diciembre 1920; en Pamplona, en las elecciones de 1918, salieron elegidos sin oposición un carlista (Víctor Pradera), un maurista (Leyún) y un nacionalista vasco (Aranzadi), gracias a lo que un periódico liberal calificó como «nefando contubernio» electoral; VG, 7 noviembre 1918.

## CAPITULO VII

BILBAO, DISTRITO SOCIALISTA (1919-1920)

### I. *Otro Lerroux*

El éxito electoral del nacionalismo vasco en 1918 influyó de forma sensible la evolución de la política local en los años inmediatamente posteriores a dicha fecha, tanto más desde que se hizo evidente que el nacionalismo había sido el principal beneficiario político de la exaltación autonomista producida al acabar la Primera Guerra Mundial. El resultado de efectos más notables sería la reorganización de las fuerzas monárquicas de Vizcaya y su unificación con un programa político cuyo objetivo principal, y casi exclusivo, era derrotar al nacionalismo vasco:

«El problema por excelencia en Vizcaya, ese problema vasco, si queréis —decía en 1920, resumiendo las preocupaciones de su partido, Gregorio Balparda, el dirigente del partido liberal en la provincia y uno de los principales inspiradores de la nueva política monárquica de la misma...—, el problema vasco es el problema del separatismo» (1).

La ofensiva de los monárquicos vizcaínos contra el nacionalismo había comenzado inmediatamente después de las elecciones de febrero de 1918. El 17 de marzo se celebró en Bilbao un banquete en homenaje a los candidatos dinásticos derrotados en aquéllas, al que asistieron un millar de personas y en el que los principales dirigentes del monarquismo local —Ybarra, Lequerica, Goyoaga, Bergé, Aresti— expresaron ya sus propósitos de llegar a una próxima concentración de fuerzas dinásticas. La idea fue reiterada y apasionadamente defendida y estimulada

---

(1) D. S. C., 6 febrero 1920.

durante los meses siguientes por el diario maurista local *El Pueblo Vasco*, y se llevaría a efecto como consecuencia de la agitación autonomista, inspirada por los nacionalistas, del último trimestre de 1918 (2).

El 25 de octubre de dicho año, los diputados y senadores nacionalistas enviaron un telegrama al presidente de Estados Unidos, Wilson, felicitándole por haber incluido el principio del derecho de las nacionalidades oprimidas a su independencia entre los acuerdos de los tratados de paz. En el mes de diciembre se celebraron en diversas localidades de la región vasco-navarra reuniones de Ayuntamientos para solicitar del rey y del Parlamento la derogación de la ley de 25 de octubre de 1839 —que se consideraba había supuesto el fin del régimen foral— y la concesión de un Estatuto autonómico, similar al que por entonces el Congreso estudiaba para Cataluña.

La reunión de Ayuntamientos vizcaínos, celebrada en Bilbao el 15 de diciembre de 1918, precipitó la unificación de los partidos monárquicos de la provincia. La reunión transcurrió en medio de repetidos incidentes, provocados por la violenta reacción de los representantes nacionalistas a las intervenciones de los delegados monárquicos, Balparda y Bergé, que habían expresado su oposición a todo proyecto autonomista que no partiese del reconocimiento de la unidad nacional española. Al término de aquélla, los nacionalistas organizaron una tumultuosa manifestación que, presidida por el propio Alcalde de Bilbao, Mario de Arana, recorrió las calles de la localidad. Algunos manifestantes intentaron asaltar la Casa Consistorial, lugar donde se había desarrollado la asamblea de Ayuntamientos, y agredir a Balparda y Bergé; otros grupos asaltaron los locales de *El Pueblo Vasco*, ocasionando destrozos en la maquinaria e hiriendo a algunos empleados. Siete días después, representantes de todas las fuerzas monárquicas de Bilbao y la provincia se congregaban para homenajear a sus dos correligionarios citados y al director del periódico maurista, y el 7 de enero de 1919, en el Círculo Maurista de Bilbao, se constituía, por fusión de las distintas organizaciones monárquicas de la región, la Liga de Acción Monárquica, dirigida por un directorio compuesto por Balparda, en repre-

---

(2) Para la reacción monárquica tras las elecciones de 1918, véase J. Ybarra, *Política nacional en Vizcaya* (Madrid, 1947), pp. 479-502.

sentación del partido liberal, Bergé, como representante de los mauristas, y Salazar y Zubía en nombre de los conservadores datistas. *El Pueblo Vasco* ponía de relieve el carácter primordialmente antinacionalista de la significación política del nuevo organismo. «Se trataba de llegar a una inteligencia —comentaba al formarse la Liga— para concertar una acción contra el bizkaitarrismo», ratificando la declaración de principios contenida en el telegrama que los líderes de la Liga enviaron al jefe del Gobierno, Romanones, en el acto mismo de su constitución:

«Reunidos —decía el telegrama— partidos liberal, conservador y maurista de Vizcaya y monárquicos independientes para hacer frente al movimiento separatista, han acordado constituir la Liga de Acción Monárquica» (3).

La aparición de un partido monárquico unificado significó el comienzo de una fase nueva en la política vizcaína, dentro de la cual, como ya observara en 1923 el dirigente maurista, José Félix de Lequerica, no habría en adelante, hasta 1923, sino tres fuerzas verdaderamente efectivas: socialismo, nacionalismo y la Liga (4). Esta nació como un partido de notables, no de masas, pero que por su estrecha vinculación a los grandes industriales de la provincia y por el apoyo gubernamental de que iba a disponer —facilitado, además, porque la unión de fuerzas monárquicas permitía a Madrid seguir una política coherente en Vizcaya, reflejada en el mantenimiento de don Fernando González de Regueral como gobernador civil de la provincia desde 1919 a 1922—, podía movilizar recursos e influencias suficientes como para emerger como una de las primeras fuerzas políticas de la región (5).

---

(3) En el telegrama se hacía constar la protesta de la Liga por la no inclusión de elementos españolistas de Vizcaya en la comisión extra-parlamentaria nombrada por Romanones para estudiar el problema regional. Véase J. Ybarra, *op. cit.*, p. 544; para sucesos del 15 diciembre 1918 y formación de la Liga, véase *EL*, 16 a 28 diciembre 1918, y *PV*, 23 diciembre 1918-9 enero 1919.

(4) «La proclamación del señor Prieto y la conducta de la Liga Monárquica», *PV*, 16 mayo 1923. El carlismo, muy debilitado como consecuencia del avance nacionalista, se quebrantó aún más al producirse en 1919 la escisión entre tradicionalistas y jaimistas.

(5) Los Gandarias, Chávarri, Ybarra, Echevarría y otros influyentes industriales y financieros vascos se adhirieron a la Liga desde su formación.



Y, en efecto, la presencia de la nueva agrupación dio lugar a modificaciones sensibles que afectaron a toda la estructura política local. De hecho, revalorizó considerablemente el papel político del partido socialista, convertido en pieza fundamental de la política regional por la influencia que ejercía en tres de los seis distritos de Vizcaya: en Bilbao, como lo habían demostrado las elecciones de 1918; en Valmaseda y Baracaldo, donde el voto obrero, si insuficiente para hacer triunfar a candidatos socialistas, aparecía como la fuerza capaz de inclinar en un sentido o en otro el equilibrio existente entre los caciquismos monárquico y nacionalista (6). Hasta cierto punto, por tanto, desde 1919 la balanza del poder político de Vizcaya quedaría en manos del partido socialista.

Prieto supo utilizar con acierto la nueva situación en beneficio de sus intereses políticos. Comprendió bien el carácter y contenido de la reacción monárquica y, consciente de la revalorización de la posición de su partido —pero también de sus limitaciones—, negoció con la Liga una especie de acuerdo electoral por el cual los monárquicos no obstaculizarían a Prieto en Bilbao a cambio de una actitud recíproca de los socialistas en Baracaldo y Valmaseda. Como se verá, a veces se llegaría a un acuerdo formal, como en las elecciones de 1919, en las que las agrupaciones socialistas del distrito de Valmaseda acordarían votar a Balparda; pero las más de las veces se trató de un entendimiento tácito. El hecho es que los monárquicos no disputaron el distrito de Bilbao en ninguna de las elecciones celebradas entre 1919 y 1923, y que los socialistas no presentaron candidatos en Baracaldo y

---

(6) En las elecciones de febrero de 1918, Sota, nacionalista, derrotó a Balparda en el distrito de Valmaseda por 5.649 votos contra 4.244. Sota obtuvo amplias mayorías en distritos rurales y en pueblos de pescadores (Gordejuela, Güeñes, Zalla, Abanto y Ciérvana, Santurce, Carranza); la votación estuvo equilibrada en Portugalete, Valmaseda, Trucíos y Arcentales y en los colegios más marcadamente obreros de pueblos mineros (Galdames, Sopuerta, Ortuella), y Balparda logró un amplio triunfo en Sestao: 1.735 votos por 298 de Sota. Otro tanto ocurrió en el distrito de Baracaldo, donde el nacionalista Zaballa debió su triunfo al voto rural, ya que su oponente, Ybarra, logró mayorías en pueblos obreros como Baracaldo (2.338-1.369) y San Salvador del Valle (582-439). El resultado final fue: Zaballa, 6.510 votos; Ybarra, 6.150. En ambos distritos todos los candidatos rivalizaron en manipular actas y comprar caciques locales y votos. *Euzkadi, EL, PV*, 25-26 febrero 1918.

Valmaseda ni en 1919 ni en 1923. Lo hicieron en 1920, pero, como veremos, en Baracaldo se retiraron sospechosamente mediada la elección, y en Valmaseda el candidato socialista no contó ni con las simpatías ni con el apoyo de los dirigentes locales de su partido.

Prieto capitalizó políticamente la reacción antinacionalista de la Liga Monárquica, imprimiendo para ello a la política de su partido un acentuado carácter españolista que al tiempo que le aseguraba el apoyo de la Liga, apelaba a una de las más arraigadas tradiciones del socialismo local. Ya se indicó que la hostilidad de éste hacia el nacionalismo vasco se remontaba al momento mismo de la aparición del último y que su raíz última había que verla en la identificación del PSOE con los trabajadores inmigrantes de la provincia. Años de intensa rivalidad política a nivel local no habían hecho sino ahondar las diferencias entre ambos grupos. En los últimos años de la década de 1910, el españolismo de las clases obreras de la región vasca era una realidad viva que no podía dejar de influir en el curso de los acontecimientos políticos. En las elecciones de 1918 por Baracaldo, por ejemplo, centenares de obreros de Altos Hornos habían marchado en manifestación hacia Bilbao en protesta, en parte espontánea, por las irregularidades electorales cometidas por el candidato nacionalista y sus agentes, vitoreando a España, a Prieto y al candidato dinástico por Baracaldo, Ybarra (7). Igualmente, con vivas a Prieto y a España, celebraron socialistas y republicanos la reelección del dirigente socialista en junio de 1919 (8); y con idénticos gritos respondieron, unos meses después, obreros de Astilleros del Nervión a los «gora» a Euzkadi pronunciados por grupos nacionalistas durante un incidente protagonizado por socialistas y vasquistas (9). Y existían indicios de que en Guipúzcoa, a pesar de que el nacionalismo no había alcanzado desarrollo tan fuerte como en Vizcaya, la situación no era muy diferente: en Hernani se planteó el 19 de febrero de 1920 un paro de veinticuatro horas como

---

(7) J. Ybarra, *op. cit.*, pp. 447-454; *EL*, 27 febrero 1918.

(8) «Próximamente seis tarde ayer —cablegrafiaba el gobernador civil— numeroso grupo socialistas y republicanos pasó por calle Bidebarrieta con dirección centro republicano, dando vivas España y Prieto...» (gobernador civil a ministro Gobernación, 2 junio 1919, AG, serie A, legajo 28).

(9) *EL*, 12 octubre 1919.

protesta por los incidentes provocados por miembros de la Juventud Vasca durante la celebración de un festejo popular organizado por trabajadores inmigrantes (10).

Sobre esta realidad se apoyó en gran medida la estrategia política de Prieto en los años 1919-23. El resultado sería aquel «desaforado antibizkaitarrismo» de los socialistas vizcaínos que observara el dirigente comunista de la región, Oscar Pérez Solís (11). Las agrupaciones socialistas de Vizcaya —y en menor medida las de Guipúzcoa— desempeñaron un papel de primer orden en la oposición al nacionalismo vasco. Fue revelador que el primer gran discurso parlamentario de Prieto fuese una dura y sarcástica crítica de la política e ideología nacionalista:

«El nacionalismo vasco —dijo Prieto en el congreso el 17 de abril de 1918— es una entidad profunda y totalmente separatista.» «¿Hay derecho, señores, a hablar de que unas provincias como las vascongadas viven aherrojadas por el Poder nacional? Yo os digo con la misma sinceridad, que no» (12).

Y Prieto continuó acusando a los nacionalistas de «haber fabricado su historia» y forjado la existencia de una batalla de Arrigorriaga en la que Castilla habría sometido a las provincias vascas, y llamando la atención de la Cámara sobre «el espíritu antiliberal y antidemocrático del nacionalismo vasco» (13).

El discurso de Prieto señaló el principio de una intensa campaña socialista contra el nacionalismo. En los recursos presentados por los socialistas contra los acuerdos de la comisión provincial, que anulaban la elección de dos concejales socialistas en las elecciones locales de diciembre de 1917, la argumentación socialista se basó en que la citada comisión, controlada por diputados pro-

---

(10) VG, 20 febrero 1920.

(11) O. Pérez Solís, *Memorias de mi amigo Oscar Perea* (Madrid, s. a., pero 1929), p. 240. Como se sabe, Pérez Solís renegó del comunismo y saltó a las antípodas de dicho movimiento.

(12) D. S. C., 18 abril 1918.

(13) *El Socialista* dio carácter semioficial a las ideas de Prieto al publicar íntegramente, a toda plana y con grandes titulares, su intervención bajo el título: «La opinión socialista respecto al nacionalismo vasco», ES, 18 abril 1918.

vinciales nacionalistas, se hallaba en manos de «enemigos de la patria española» (14). En nombre de la Conjunción republicana-socialista, *El Liberal* convocó a los liberales de Bilbao para que el 2 de mayo de 1918, fiesta de la liberación de la villa, librasen «una cruzada contra los enemigos de la patria», siendo Prieto y Marcelino Domingo los encargados de presidir los actos celebrados en aquella ocasión, a los que se sumaron elementos monárquicos (15); ambos dirigentes izquierdistas aparecían de nuevo juntos en Bilbao en un mitin celebrado, pocos meses después, en noviembre de 1918, para festejar el triunfo de los aliados en la guerra mundial, aprovechando Prieto la oportunidad para reiterar las directrices que en su opinión debía seguir la política de izquierdas en Vizcaya:

«Contra los carlistas, bizkaitarras —dijo—, contra los reaccionarios todos, es preciso que os juramentéis... diciendo: ¡No pasarán!» (16).

A esa misma línea política respondieron tanto algunas colaboraciones en la prensa de conocidos militantes socialistas como la política municipal de los concejales del PSOE en el Ayuntamiento de Bilbao. Frente al *slogan* nacionalista, «Gora Euzkadi», Felipe Carretero urgía a los demócratas de Bilbao, desde las páginas de *El Liberal*, a vitorear el nombre de España:

«Creo —escribía en agosto de 1918— que al grito de ¡Gora Euzkadi!, los que sientan en demócratas deben gritar: ¡Viva Vizcaya! ¡Viva España!» (17).

Como un conocido socialista, el doctor Madinabeitia, afirmase, influido por el clima autonomista del último trimestre de 1918, la existencia de una nación vasca y propugnase la creación de una federación de nacionalidades españolas, otros miembros de la organización contestaron reafirmando la incompatibilidad entre socialismo y na-

---

(14) AMG, Guadalajara, legajo 217, «Vizcaya, 1918».

(15) *EI*, 18 marzo 1918; J. Ybarra, *op. cit.*, pp. 493-495, *EI*, 2 y 3 mayo 1918.

(16) *EI*, 24 noviembre 1918. La exclamación final de Prieto haría, como se sabe, fortuna en los medios izquierdistas españoles años más tarde.

(17) F. Carretero, «El ¡Gora Euzkadi!», *EL*, 13 agosto 1918.



cionalismo vasco: «¿Quien sostenga prejuicios de raza —recordaba E. Lámbarri a Madinabeitia— se coloca del otro lado del socialismo» (18). Prieto mismo, en unas declaraciones a un periódico de Salamanca, recogidas por la prensa de Bilbao, censuró la campaña autonomista desarrollada por entonces por los catalanistas, y a los izquierdas catalanas, por apoyarla (19).

La actitud de Madinabeitia parecía, por otra parte, un caso aislado. No parece que sus tesis tuvieran eco dentro de las agrupaciones socialistas de la región vasca. En el congreso nacional del PSOE celebrado en noviembre de 1918 —en el que el partido socialista incorporó en su programa el principio de autonomía regional, en un intento, sin duda, de no marginarse del movimiento autonomista que por unos meses pareció generalizarse en todo el país—, la intervención del delegado de San Sebastián, Guillermo Torrijos, puso de relieve la desconfianza de los socialistas vascos respecto de las teorías autonomistas, al solicitar que «en la concesión de esta autonomía se garantice la expansión de todas las ideas, para que los elementos nacionalistas no puedan oprimir a las fuerzas políticas francamente liberales» (20). En Bilbao, cuando el 25 de octubre de 1918 todas las minorías del Ayuntamiento, salvo la maurista, suscribieron una moción pidiendo la derogación de la ley de 25 de octubre de 1839, el concejal socialista Santamaría propuso, en nombre de su minoría, que el Ayuntamiento expresase su protesta contra la Diputación, controlada por nacionalistas y símbolo de aspiraciones autonomistas de todo el regionalismo vizcaíno, por la oposición de la misma a la autonomía municipal. Carretero fue incluso más lejos y negó en un artículo publicado en *El Liberal*, que el 25 de octubre de 1839 hubiera supuesto, como sostenían los nacionalistas, el fin de la independencia vas-

---

(18) E. Lámbarri, «¿Socialismo nacionalista?», *EL*, 9 noviembre 1918; el artículo de Lámbarri era una réplica a otro de Madinabeitia, «Los Estados Unidos», aparecido días antes en *La Lucha de Clases*. Dentro de la misma polémica, Carretero escribió «La democracia nacionalista» (*EL*, 13 noviembre 1918), donde argumentaba que la actividad de los socialistas debía concentrarse en la transformación del régimen monárquico, y no en problemas como el planteado por Madinabeitia.

(19) *PV*, 15 marzo 1919.

(20) *ES*, 1 diciembre 1918.

ca (21). Madinabeitia mismo se vio obligado a matizar el alcance de su postura y a puntualizar las diferencias que le separaban del nacionalismo: «Nosotros —dijo, refiriéndose a los vascos, en una conferencia pronunciada en Eibar en noviembre de 1918— no tenemos más cultura que la cultura hispana, la que nos ha prestado Castilla, Andalucía, Aragón...»; y frente a las tesis separatistas afirmó la vinculación económica de las provincias vascas al resto de España: «Dependemos necesariamente —dijo en torno a esa cuestión— del resto de la península» (22).

En la práctica, la mejor demostración de la posición política socialista en torno al problema regional fue quizá el comportamiento de las socialistas de Bilbao durante la campaña autonomista de Diputaciones y Ayuntamientos vasco-navarros de fines de 1918. Como ya hicieran en ocasiones anteriores —por ejemplo, como se recordará, en 1906—, los socialistas, frente al principio de autonomía regional, elaboraron y defendieron el principio de autonomía municipal, idea que en sí misma significaba una negación del concepto de unidad territorial, base de toda la argumentación regionalista. Así, en la ya citada asamblea de Ayuntamientos vizcaínos de 15 de diciembre de 1918, los delegados socialistas (Arrugaeta, Merodio y Salsamendi, como concejales por Bilbao; más otros dos concejales de Begoña y San Salvador del Valle) presentaron una moción recabando «la máxima autonomía municipal» sin tutela ni del Estado ni de la Diputación. Para hacer más clara su disconformidad con el desarrollo de dicha asamblea, los concejales socialistas del Ayuntamiento de Bilbao votaron días después contra una moción de los nacionalistas protestando por la suspensión del alcalde, Mario de Arana, decretada por el Gobierno a raíz de los incidentes ya referidos; Merodio, en nombre de la minoría socialista, añadiría su voto a una propuesta de republicanos y mauristas para que ondease permanentemente en la Casa Consistorial de Bilbao la bandera

---

(21) F. Carretero, «Clericales y fanáticos», *EL*, 5 noviembre 1918; sobre la sesión municipal de 25 de octubre, véase *PV* y *EL*, 26 octubre 1918.

(22) *EL*, 11 noviembre 1918. Por otra parte, Madinabeitia había experimentado ya una acusada evolución ideológica que le llevaría a apartarse del socialismo y a reconciliarse con la religión católica en los últimos años de su vida. Véase su necrología por Luis Araquistain, «José Madinabeitia», *LC*, 13 enero 1923.

española, como desagravio de los sucesos de 15 de diciembre; y *El Liberal*, convertido ya en órgano personal de Prieto, daría publicidad destacada a la opinión de Unamuno sobre dichos sucesos, a los que, para irritación de nacionalistas, calificó como «beótico estallido de aldeanería troglodítica» (23).

Posteriormente, la demanda de autonomía municipal se incluyó en el programa electoral socialista. Ese era el criterio de Prieto: «... nosotros —escribía a otro diputado socialista— no podemos aceptar una autonomía regional que no tenga por base la autonomía municipal garantizada» (24); «... por encima de todas las autonomías regionales y de todas las ficciones o realidades de patrias ibéricas —ratificaba en su discurso electoral de 1919— está, para mí, la libertad municipal...» (25). Con ese principio en su programa, se presentaron los socialistas a cuantas elecciones locales, provinciales y generales se celebraron en Vizcaya hasta 1923. La más clara exposición de la política socialista en aquel sentido fue su manifiesto electoral de cara a las elecciones provinciales de junio de 1923, en las que, por tener que elegirse la Diputación que habría de negociar la renovación del concierto económico en 1926, la cuestión autonómica jugó un papel electoral de primer orden: «Nosotros —decía el manifiesto electoral socialista— no tenemos por qué oponernos a la relativa autonomía en que desenvuelve su vida la Diputación provincial.» Los socialistas prometían su apoyo a la defensa del concierto, pero al mismo tiempo señalaban los límites de su colaboración: «... pero paralelos a los esfuerzos que hagamos para conseguirlo —continuaba el manifiesto—, irán otros tan vigorosos o más para acabar con el actual poder absoluto de la Diputación». El objetivo de esos esfuerzos no iba a ser otro que «la autonomía de los Municipios» (26).

Como ya se indicó, este principio negaba, de hecho, la autonomía regional, aspiración fundamental de la política nacionalista. Su aceptación por los socialistas era, por tanto, otra indicación más de la firme oposición de dicho partido al nacionalismo vasco, consecuencia, como

---

(23) *EL*, 16, 21, 27-28 diciembre 1918.

(24) Citado por el propio Prieto en su discurso electoral de 1919.

(25) *Ibid.*

(26) Véase el manifiesto íntegro, en *EL*, 8 junio 1923.

se dijo, tanto del fuerte sentimiento españolista del electorado obrero de Vizcaya como de las necesidades electorales de Prieto. Entre 1919 y 1923, la estrategia de éste estuvo orientada a convencer a la Liga Monárquica de que la derrota del nacionalismo vasco no era posible sin la colaboración de la organización obrera de Vizcaya:

«El contrapeso más fuerte que pueda tener hoy el nacionalismo en Vizcaya —declaró Prieto en el congreso en 1920—, aparte el esfuerzo que pudieran hacer, ya un poco tardío y torpemente..., los elementos monárquicos, está en las masas proletarias» (27).

Los dirigentes monárquicos de Vizcaya creyeron necesario para sus intereses aceptar los argumentos de Prieto como válidos. Lo evidenciaron así las elecciones generales de junio de 1919, en las que la Liga Monárquica desencadenó su primera gran ofensiva electoral contra el nacionalismo.

Pronto hubo indicios que hicieron sospechar la existencia de un entendimiento Prieto-Liga, a pesar de que uno y otra lo negaron reiteradamente. El 13 de mayo apareció un real decreto ordenando que las elecciones se celebraran en Bilbao con arreglo al censo de 1917, y no según el de 1919, que se suponía había sido depurado por los nacionalistas. El día 24 se anunció la candidatura monárquica y pudo comprobarse que, a pesar de que se había rumoreado que los mauristas disputarían el distrito de Bilbao, la Liga renunciaba a la lucha por la capital vizcaína; al día siguiente, reunidos en Ortuella representantes de las agrupaciones republicanas y socialistas del distrito de Valmaseda, acordaron apoyar la candidatura de Balparda, decisión que, si no la inspiración, tuvo al menos la aprobación complacida de Prieto:

«En el distrito de Valmaseda —dijo Prieto en su discurso electoral—, libremente, espontáneamente, aquellas agrupaciones republicanas y socialistas han acordado apoyar a un candidato monárquico libe-

---

(27) D. S. C., 13 febrero 1920.



ral, el señor Balparda, y yo tengo que decir aquí, públicamente, que me parece perfectamente ese acuerdo...» (28).

El acuerdo de Ortuela pareció confirmar las cada vez más firmes sospechas acerca del compromiso entre los monárquicos y el candidato socialista. *Euzkadi*, órgano de los nacionalistas vascos, lo denunció una y otra vez:

«(El Gobierno español) se abraza a la chusma exótica —acusaba el citado periódico el 18 de mayo—, dando el mando de esas fuerzas, con los auxilios e irresponsabilidades del Estado, a otro Lerroux, tan español como éste, tan inflexible como él, promotor y caudillo de cuantas perturbaciones sociales se han producido en Vizcaya en estos años. El abanderado español que llega a Euzkadi, con todo el favor, con el poder, con la amistad y toda la confianza del Gobierno español, es el jefe socialista Indalecio Prieto y Tuero, el yabana que escandalizó esta tierra ignaciana con blasfemias horribles desde su escaño de la Diputación vizcaína... Porque el españolismo es en Euzkadi Indalecio Prieto y Tuero. El lo ha levantado sobre el pavés» (29).

La actitud de los nacionalistas apenas si dejaba opción a la Liga. «Nacida para ofrecer un solo frente contra el separatismo vasco», como afirmaba el manifiesto electoral de Balparda, la organización monárquica estaba casi moralmente obligada a apoyar a quien los propios nacionalistas singularizaban como la encarnación del españolismo. Prieto mismo se encargó de definir el significado de su candidatura:

«... digo ante el pueblo de Bilbao —declaró en su ya citado discurso electoral— que soy un enemigo acérrimo, declarado, del nacionalismo vasco...

---

(28) *EL*, 30 mayo 1919. Como era de esperar, Prieto negó la existencia de su pacto con la Liga; «No existe —dijo en el mismo discurso— ni sombra de compromiso entre los monárquicos y nosotros.» Lo cierto era que, aunque no hubiese habido pacto, los efectos fueron los mismos que si hubiera existido.

(29) *Euzkadi*, «El españolismo es Prieto», 18 mayo 1919.

porque representa un espíritu rural y reaccionario incompatible con las esencias liberales que constituyen la divisa de toda mi vida.»

La Liga había hecho de las elecciones una confrontación entre las fuerzas españolistas y las nacionalistas (30). En ella, tanto socialistas como monárquicos habían maniobrado en el sentido que más parecía convenir a sus respectivos intereses electorales, a partir de lo que parecía ser una total coincidencia en lo que se refería a la política antinacionalista:

«El socialismo vizcaíno, por otra parte —afirmaría Balparda un año después, en 1920—, en Bilbao y en la zona fabril y minera se había dado perfecta cuenta de los problemas locales, y frente a la odiosa subversión del nacionalismo vasco, había siempre la seguridad de que, por consecuencia con sus propias ideas, había de encontrárseles, como a los demás partidos españoles, procediendo paralelamente con éstos, sin encontrarse con ellos, pero colaborando en el mismo sentido» (31).

Como en Valmaseda y Bilbao, en Baracaldo parecía haberse llegado a formar un frente común contra los nacionalistas: «Será una lucha de españolistas contra separatistas —decía *El Pueblo Vasco* días antes de la elección— y formarán parte del primer bando liberales, conservadores, mauristas, republicanos y socialistas» (32). Y aún podía pensarse que algo similar ocurría en Guipúzcoa, donde los nacionalistas parecían tener serias posibilidades de lograr el triunfo en cuatro de los cinco distritos de la provincia. En uno de ellos, en Vergara, donde votaba Eibar, el candidato socialista De Francisco acordó retirar su candidatura, a fin de no restar votos al liberal Rengifo; y en Tolosa, los socialistas, previa consulta al Comité Nacional de su partido, acordaron trabajar la candidatura del liberal Bandrés, según declarara

---

(30) «Planteada aquí la lucha electoral —decía *El Pueblo Vasco* de 1 de junio de 1919— en los términos que todos conocen, o sea, entre el filibusterismo de los batzokis y el españolismo de la Liga de Acción Monárquica.»

(31) PV, 30 noviembre 1920.

(32) PV, 30 mayo 1919.

el propio De Francisco en un acto electoral celebrado en Villabona el 30 de mayo de 1919 (33).

Seguro, por tanto, del apoyo de la Liga —lo que hacía presumir, a su vez, el apoyo oficial—, Prieto parecía tener asegurada el acta. Contaba con los votos republicanos, tanto porque su partido había confirmado recientemente la adhesión a la Conjunción, como porque Prieto se había convertido, dentro y fuera del Parlamento, en una de las principales figuras de la oposición antidinástica. Recientes estaban aún en Bilbao sus apariciones públicas al lado de Marcelino Domingo; más aún, las palabras que pronunciara en una conferencia en el Casino Republicano de la capital vizcaína al concluir la Primera Guerra Mundial: «No hay liberalismo dentro de la Monarquía —dijo Prieto en aquella ocasión, para satisfacción de un auditorio que creía que el triunfo de los aliados podía dar lugar a cambios constitucionales en el país—. Por eso la única solución liberal es la República en España» (34). Por si ello no fuera suficiente, en su discurso electoral del 29 de mayo de 1919, pronunciado en un acto organizado por la sociedad republicana El Sitio, el candidato socialista volvió a dar repetidas pruebas de sus firmes convicciones republicanas (35).

Prieto obtuvo un triunfo fácil: logró 8.501 votos por 4.520 de su rival, el nacionalista Chalbaud. Un 60 por 100 (5.071) de aquellos votos los consiguió Prieto en los tres distritos obreros, donde logró 1.137 votos más que en 1918; pero lo más revelador fue, quizá, que en los restantes distritos ganara 1.285 votos respecto a la anterior elección, aumento al que, sin duda, no fue ajeno el apoyo de la Liga Monárquica. La «habilidad electorera» de Prieto volvió a quedar de manifiesto. De Eibar y de la zona minera llegaron unos 2.000 obreros que trabajaron activamente la candidatura socialista. Para las 10 de la mañana —los colegios se abrían a las 8—, había concluido la elección en San Francisco y Cortes, dándose por cierto

---

(33) VG, 31 mayo 1919; véase VG, «Las elecciones», 29 mayo 1919. En ambos casos, los candidatos liberales se retiraron para favorecer el triunfo de dos tradicionalistas y contribuir así a la derrota de los nacionalistas.

(34) *EL*, 17 noviembre 1918.

(35) «El candidato de las izquierdas en Bilbao —proclamó Prieto— es el candidato de los partidos republicano y socialista», *EL*, 30 mayo de 1919.

que republicanos y socialistas habían «volcado» totalmente el censo allí y en Bilbao la Vieja, hecho que parece confirmado por la altísima votación electoral (95-99 por 100) registrada en siete secciones de aquellos distritos (36). Como en 1918, hubo numerosas suplantaciones de electores y obstrucción en varios colegios. Se registraron diversos incidentes entre nacionalistas y socialistas: el automóvil de Prieto fue tiroteado a su paso por Achuri, distrito tradicionalmente nacionalista; Prieto mismo se vio envuelto en un incidente personal con un agente nacionalista, a quien el candidato socialista, según la gráfica descripción de *El Pueblo Vasco*, «le soltó una bofetada de cuello vuelto» (37).

## II. Política de equilibrio social

La aproximación política que por mutua conveniencia se había producido entre monárquicos y socialistas en Vizcaya tuvo repercusiones en otros aspectos de la vida pública. Al menos puede decirse que, como ya percibieron los observadores contemporáneos, aquel entendimiento electoral coincidió con lo que José Félix de Lequerica calificó en 1923 como «política de equilibrio social» entre las grandes empresas de Vizcaya y las organizaciones obreras: «Estos grandes industriales —decía el citado político maurista refiriéndose a los que respaldaban a la Liga Monárquica— han reconocido la necesidad de

(36)

	Sección	Electores	Votantes	Prieto
San Francisco ... ..	3. <sup>a</sup>	388	373	326
Bilbao la Vieja ... ..	2. <sup>a</sup>	500	481	463
Bilbao la Vieja ... ..	3. <sup>a</sup>	403	397	350
Bilbao la Vieja ... ..	5. <sup>a</sup>	317	312	192
Cortes ... ..	1. <sup>a</sup>	469	461	443
Cortes ... ..	2. <sup>a</sup>	459	443	422
Cortes ... ..	3. <sup>a</sup>	313	312	301

(Euzkadi, 2 junio 1919.)

(37) Véase PV, EL, *Euzkadi*, 2 junio 1919. Balparda resultó elegido por Valmaseda, pero los restantes candidatos de la Liga fueron derrotados por los nacionalistas.



contar con el presente movimiento obrero» (38). No se trataba de una voz aislada. Era una opinión que comparían con Lequerica otros observadores, vinculados como él con círculos monárquicos e industriales:

«Observaréis —decía Gregorio de Balparda en el Congreso en febrero de 1920— que una de las notas salientes de esta temporada es que no se habla para nada de conflictos sociales en Bilbao, en Vizcaya... En Bilbao sí que existen huelgas y conflictos..., pero el hecho es que se resuelven pacífica y armónicamente y que no ha habido violencias que lamentar, como no sean algunas insignificantes que, comparadas con las ocurridas en otras partes, no merecen tenerse en cuenta» (39).

Y ésa era también la opinión de representantes y portavoces de la izquierda local:

«En más de una ocasión nos hicimos eco en estas columnas —afirmaba *El Liberal* a principios de 1921— de la buena armonía entre el capital y el trabajo, restablecida en las principales factorías de nuestra zona fabril... Un amplio cauce establecía garantías de orden y cada día estaba más despejado el horizonte de la paz social» (40).

Como corroborando estas afirmaciones, el dirigente socialista Julián Zugazagoitia observaba, un año después, la evolución que las relaciones laborales habían experimentado en los últimos años:

«En Vizcaya —escribía— el cambio operado en las multitudes proletarias es bien patente. Hoy no serían posibles las peleas brutales que hace treinta o más años se desarrollaban en las minas» (41).

---

(38) «La proclamación del señor Prieto y la conducta de la Liga Monárquica», *PV*, 16 mayo 1923.

(39) *D. S. C.*, 6 febrero 1920. Unamuno puso de relieve, igualmente, el contraste entre la situación social de Vizcaya y el resto del país y en particular Barcelona: «Bilbao y la nueva política», *Hermes*, octubre 1920.

(40) *EL*, 12 enero 1921.

(41) J. Zugazagoitia, «Escritores y educadores obreros», *EL*, 2 septiembre 1922.

Y sin embargo no se trataba —como ya viera Balparda en su intervención parlamentaria antes citada— de que la situación laboral hubiera dejado de ser conflictiva. Como veremos más adelante, los años de la posguerra constituirían en el País Vasco, como en el resto de España, una etapa de intenso malestar social, y prueba de ello serían las numerosas huelgas, reclamaciones salariales y manifestaciones contra la carestía que en ambas provincias se plantearían durante el período citado. Incluso no faltarían en Vizcaya atentados «sociales». Pero a diferencia de lo que ocurría en otras provincias del país —y particularmente en Cataluña—, la tensión social no llegó a desembocar, salvo en momentos excepcionales, y por las razones a que se hará referencia, en dramáticos conflictos de orden público o en enconadas confrontaciones laborales que produjeran prolongadas interrupciones de la actividad industrial. Al contrario, como los testimonios anteriormente citados indican, y como se verá al analizar con más detalle algunos de los conflictos laborales más significativos, hubo un deliberado esfuerzo por parte de patronos y dirigentes obreros por evitar tales confrontaciones, por resolver las diferencias laborales dentro de cauces legales y por medio de negociaciones, por llegar a soluciones conciliadoras, a compromisos que las más de las veces implicaban concesiones mutuas y el abandono de posiciones de intransigencia. A pesar de que la movilización de las clases obreras alcanzara en las tres provincias vascas proporciones sin precedentes, un espíritu de conciliación pareció presidir las relaciones laborales de la región, aunque subsistiera el descontento obrero y a veces se produjeran por ello situaciones críticas.

Diversos factores pueden contribuir a explicar esta evolución, tanto más notable en Vizcaya cuanto que el clima laboral de la provincia se había caracterizado por las graves tensiones que acompañaron, como vimos, a los conflictos mineros de 1890-1910, y también, más llena de consecuencias, por la influencia que los acontecimientos de Vizcaya ejercieron sobre el resto de la región.

En primer lugar, la etapa de prosperidad económica que, como vimos, produjo la guerra mundial, no se cerró, contra lo que se había temido, al concluir aquélla. Se prolongó hasta los últimos meses de 1920. Es más, en los años 1918-1919, Vizcaya alcanzó, según Lazúrtegui, «la cúspide de su prosperidad en la Historia». El mismo eco-

nomista estimaba que el capital financiero vizcaíno se había elevado, como consecuencia de la guerra, a 5.000 millones de pesetas. A la vista de esta realidad, *El Liberal* calificaba los años 1915-1919 como «época ubérrima» de la siderurgia de la provincia (42). Esta situación puso en manos de las empresas los recursos financieros necesarios para atender las reclamaciones de los trabajadores. Al mismo tiempo, la prolongación de la situación de pleno empleo y de fuerte demanda de mano de obra creada por la guerra reforzó aún más la posición negociadora de los obreros frente a sus patronos (43). En gran medida fue esta circunstancia, más la necesidad de hacer frente al creciente encarecimiento del coste de la vida, lo que motivó el fuerte crecimiento de las organizaciones sindicales registrado en 1919-20 (44); el número de afiliados a la UGT en Vizcaya pasó de 6.226 en julio de 1918 a 18.002 en mayo de 1920; en San Sebastián, en el mismo tiempo, de 699 a 1.322 y a 4.053 en julio de 1921, y en el resto de la provincia de Guipúzcoa, aunque las fuentes oficiales de la UGT no los recogiesen, hay datos dispersos que confirman la misma tendencia: el Sindicato Metalúrgico de Guipúzcoa (que no incluía a los metalúrgicos de Eibar) había alcanzado en junio de 1920, 1.659 afiliados; la organización de Eibar (constructores escopeteros, Sindicato Metalúrgico —formado en 1919 por fusión de la mayoría de las sociedades de oficio del sector armero—

---

(42) J. Lazúrtegui, «Cincuenta años de vida económica de Vizcaya», *España*, 11 septiembre 1919; *EL*, 16 enero 1921. J. Carabias, cronista financiero de Bilbao en la *Revista Nacional de Economía*, observaba en 1919, con respecto a la marcha económica de los bancos locales, una «marcha progresiva del aumento de sus negocios»; citado en S. Roldán-J. L. García Delgado, *op. cit.*, II, p. 240.

(43) En 1920 la población industrial de Vizcaya y Guipúzcoa excedía a la población agrícola. En Guipúzcoa, el sector industrial empleaba a un 16,20 por 100 del total de la población activa de la provincia, y el sector agrario a un 11,97 por 100; en Vizcaya esas cifras eran, respectivamente, 20,28 y 8,16 por 100. En España, 9,28 y 21,17 por 100. D. G. J. G. E., *Censo de la población de España en 31 de diciembre de 1920*.

(44) Según datos del Instituto de Reformas Sociales y del Boletín Municipal de Estadística de Bilbao, los precios de los artículos de primera necesidad subieron en Bilbao un 40 por 100 entre marzo de 1918 y septiembre de 1919, y otro 20 por 100 entre esta fecha y junio-julio 1920; en San Sebastián y Guipúzcoa, según el IRS, el índice de precios varió así: San Sebastián, abril-septiembre 1914, 100; abril-septiembre 1919, 173,5; abril-septiembre 1920, 244,1. Guipúzcoa (en las mismas fechas): 100, 180,3, 201,3.

y oficios varios), 1.495, y el poderoso Sindicato Papelero de la región vasco-navarra, creado en 1919 por iniciativa de De Francisco, agrupaba en enero de 1921 a 2.492 trabajadores de todos los centros papeleros de la región (45). En Vizcaya, el Sindicato Minero, una vez superada en parte la crisis del sector de 1914-15, logró recuperarse bajo la prudente dirección de Constantino Turiel: en diciembre de 1918 contaba con 2.007 afiliados, y dos años más tarde con 7.140. El Sindicato Metalúrgico pudo igualmente recobrarse de la crisis que sufrió a raíz de la huelga de agosto de 1917, y pasar de 3.000-4.000 afiliados a fines de 1918, a 9.000 en mayo de 1920 (46).

El cambio operado no escapó a la observación de los propios dirigentes obreros: «Esta realidad aquí —escribía José Urrea respecto al movimiento obrero de Vizcaya en 1921— se caracteriza más por el influjo de algunos fuertes sindicatos, cuya fuerza, sin embargo, data de pocos años a esta parte» (47). La realidad era muy evidente para que fuese ignorada por los círculos patronales. De hecho, no lo fue. Algunas empresas creyeron más ventajoso para sus propios intereses una política de entendimiento con los sindicatos que una confrontación con los mismos:

«Las Casas del Pueblo —sostenía en 1920 Joaquín Adán, economista muy vinculado a dichos círculos— deben ser hasta deseadas por el capitalismo, porque significan la existencia de un órgano de disciplina sobre la masa obrera, de un poder moderador y responsable» (48).

---

(45) Sindicato de obreros papeleros de la región vasconavarra, *Memoria correspondiente al primer trimestre de 1921* (Tolosa, s. f.); el sindicato ingresó en la UGT en enero de 1921. Cifras sobre UGT, en *ES*, 21 junio 1920, 27 julio 1921; datos sobre Guipúzcoa, en *ES*, 27 junio 1920.

(46) J. de los Toyos, «El Sindicato Obrero Metalúrgico de Vizcaya», *ES*, 7 mayo 1920; *EL*, 2 diciembre 1918; C. Turiel, «Lamentaciones, no», *LC*, 17 junio 1922; A. Lacort, «La organización obrera en Vizcaya en 1921», *ES*, 4 enero 1922.

(47) J. Urrea, «La escisión en Vizcaya», *EL*, 22 abril 1921. El mismo Urrea había llamado la atención pocos años antes sobre la débil base sindical de la organización obrera de Vizcaya: «La minería, la metalurgia —escribía en 1915—... y las profesiones y artes todas, no aportaron aún los contingentes necesarios a las filas de la Asociación», *Acción Socialista*, 4 julio 1915.

(48) Citado en *EL*, 21 agosto 1920.



«... tenemos que hacer —escribía por las mismas fechas el dirigente conservador Aresti a su jefe, Maura— (y ellos lo comprenden) lo que los obreros quieran, o cerrar las fábricas, puesto que es imposible sustituirlos...» (49).

*El Liberal* había percibido ya en 1919 la rectificación que se estaba operando en el campo patronal: «Pasaron, por fortuna para Vizcaya —decía un editorial del citado periódico—, los tiempos heroicos en que patronos y obreros luchaban por si debían o no reconocerse las sociedades obreras», y creía poder asegurar que incluso «los elementos más conservadores» habían «reconocido las ventajas que suponen los sindicatos para las buenas relaciones entre patronos y obreros» (50). Y lo que parece más concluyente: los propios dirigentes sindicales, incluso los que formaban en el ala más militante de la organización socialista, reconocían expresamente la existencia de una nueva política laboral en un grupo considerable de empresas vizcaínas:

«... le aseguro —manifestaba a *El Liberal* el presidente del Sindicato Metalúrgico, Leandro Carro, en febrero de 1921, analizando la situación laboral del año anterior— que muchos patronos han dado toda clase de facilidades para la solución inmediata y satisfactoria de los conflictos planteados, y entre estas empresas se destaca Altos Hornos, que con el reconocimiento de la personalidad jurídica del Sindicato Metalúrgico ha dado un gran paso para que la cordialidad no se interrumpa» (51).

Esta actitud conciliadora de importantes núcleos patronales fue uno de los factores clave para entender el clima social de la región vizcaína tras la guerra mundial. El contexto político local no debió ser ajeno a ello: la vinculación entre los grandes industriales siderúrgicos y

---

(49) Aresti a A. Maura, Bilbao, 20 julio 1920, AM, legajo I, «Aranaz a Arrillaga».

(50) «Examen de conciencia», *EL*, 15 julio 1919.

(51) *EL*, 23 febrero 1921. Leandro Carro figuraría dos meses después de estas declaraciones entre los escisionistas que formaron el partido comunista. Como miembro de este partido sería diputado en las elecciones de 1936.

la Liga Monárquica hace pensar que en alguna medida la posición de los primeros en los conflictos laborales obedecía a las necesidades políticas de la organización monárquica. Que los patronos nacionalistas fueran precisamente —como se verá más adelante— quienes del lado patronal ofrecieran una mayor oposición a la política de diálogo con los Sindicatos parece confirmarlo. Y hacia la misma conclusión apunta el hecho de que en Guipúzcoa, donde el voto socialista, por su escasa importancia, apenas si interesaba a las fuerzas monárquicas (52), fueran más los patronos que ante las crecientes reclamaciones obreras adoptasen una línea dura que los que siguiesen procedimientos conciliadores. Así, fue mayor la oposición patronal a la implantación de la jornada de ocho horas, establecida en 1919 por Romanones, en Guipúzcoa que en Vizcaya: aquí el nuevo horario fue aceptado sin especiales dificultades; en Guipúzcoa, la negativa a hacerlo de las empresas textiles de Vergara dio lugar a graves alteraciones de orden público y se estuvo al borde de una huelga general en toda la provincia (53). Y mientras, en Vizcaya, según dijera *El Liberal*, habían pasado los tiempos en que los patronos negaban su reconocimiento a los sindicatos obreros, en Guipúzcoa, algunos de los más enconados conflictos laborales de la posguerra se libraron en torno a ese punto, como en el caso de una huelga de unos 1.000 trabajadores metalúrgicos de Pasajes y Rentería que se prolongó del 17 de junio al 15 de octubre de 1920, o algunos paros de tranviarios en la primavera y verano del mismo año, uno de los cuales —el de la línea San Sebastián-Tolosa— duró cincuenta y dos días, y otro —tranvía urbano de San Sebastián— dio lugar a algunos incidentes de orden público (54). En Guipúzcoa hubo, como en Vizcaya, empresas donde las relaciones laborales pudieron desarrollarse dentro de una atmósfera dialogante y conciliadora. Las razones de ello

---

(52) En las elecciones generales de junio de 1919, los socialistas lograron en San Sebastián 592 votos; en las de diciembre de 1920, 343; en las de 1923, 837. En Eibar, los socialistas obtuvieron las siguientes votaciones: febrero 1920 (elecciones locales), 692 votos; diciembre 1920 (elecciones generales), 509; febrero 1922 (elecciones locales), 523. Los resultados en *La Voz de Guipúzcoa*, 1919-23.

(53) VG, 6, 10, 24, 31 octubre 1919; ES, 29 octubre 1919.

(54) VG, 17, 18, 26 junio; 13, 16, 18, 28 julio; 14 octubre 1920; ES, 11, 29 junio; 14 julio; 23, 28 septiembre; 9, 15 octubre 1920.

eran muy diversas: desde las puramente personales —como en el caso de Papelera Española, cuyo director gerente, Nicolás M.<sup>a</sup> Urgoiti, mantuvo siempre, por razones ideológicas, excelentes relaciones con sus obreros—, a otras derivadas de la particular estructura industrial de la provincia a la que ya se hizo referencia. Pero en ningún caso parece que dichas actitudes puedan ponerse en relación, como en el caso vizcaíno, con la política electoral de los grupos dinásticos.

Pero no se trató sólo de un cambio patronal. Porque, indudablemente, la moderación de que dio muestras el movimiento obrero socialista de Vizcaya bajo la dirección de Prieto entre 1918 y 1923 era, en gran medida, el resultado de los compromisos y necesidades electorales de éste. En esos años los sindicatos socialistas maniobrarían con calculada prudencia; las demandas laborales serían cuidadosamente elaboradas, de forma que no provocasen disputas industriales de solución complicada; los representantes obreros apurarían hasta el máximo los cauces y procedimientos de negociación. Tal política había venido siendo practicada por el PSOE desde por lo menos los años noventa: era, en gran parte, el resultado de los principios teóricos del partido y del interés de sus dirigentes por crear una imagen respetable del mismo de cara a las elecciones. Ya se indicó cómo la política de colaboración con los republicanos vino a reforzar aquella línea (55). A acentuarla aún más contribuiría en Vizcaya, a partir de 1918, la misma fragilidad de la posición electoral de Prieto, su dependencia del apoyo —o neutralidad al menos— de fuerzas y elementos no socialistas (56).

De ello hubo numerosas indicaciones. En la prensa, en mítines y en la práctica, los socialistas reiterarían, una y otra vez, su abierta disconformidad con planteamientos extremistas; y, consecuentemente, practicarían una política laboral de aproximación y entendimiento —o al menos de no confrontación— con las entidades patronales.

---

(55) Si los dirigentes socialistas se equivocaron o no al pensar que una mayor moderación reforzaría las posibilidades electorales del partido, es cuestión que aquí no interesa.

(56) El mismo Prieto reconocía su peculiar situación electoral: «...yo triunfo —explicaba en enero de 1921— porque alrededor de mi candidatura no sólo se congregan las fuerzas socialistas, sino otras que me apoyan por diversas circunstancias», *EL*, 19 enero 1921.

Así, en marzo de 1918, el entonces secretario del Sindicato Metalúrgico de Vizcaya, Juan de los Toyos, criticaba en las páginas de *El Liberal* la «táctica equivocada» de los años de Perezagua y señalaba la necesidad de proceder, «desdeñando las frases truculentas y carentes de sentido práctico», a la formación de sindicatos disciplinados y económicamente saneados (57). Ese mismo mes, tras dos de negociaciones, el Sindicato Minero firmaba con las cinco compañías mineras más importantes (Orconera, Franco-Belga, Luchana Mining, Somorrostro, Echevarrieta y Larrínaga) un contrato colectivo que suponía una elevación gradual de salarios de un 15 a 35 por 100 y que posteriormente fue aceptado por las restantes empresas. El contrato se renovó —sin huelgas, como el anterior— en 1919 y 1920, estipulándose aumentos salariales próximos al 20-25 por 100 en cada uno de los años citados (58). En seis años, de 1914 a 1920, el salario de los mineros se había casi duplicado y las relaciones laborales entrado en una fase próxima a la cordialidad: Orconera pagó todos los jornales perdidos por sus obreros durante la fuerte epidemia gripal del invierno de 1918 y aún entregó 5.000 ptas. al Ayuntamiento de San Salvador del Valle. Otro tanto hizo Echevarrieta. La política del Sindicato Minero quedaba definida en las palabras de su principal dirigente: «... Creemos fundadamente —sostenía Turiel en 1920— en que para todo se debe obrar con tacto y prudencia» (59).

De la misma forma, al producirse en la primavera de 1919 una serie de huelgas en diversas empresas metalúrgicas, el propio Sindicato Metalúrgico se creyó precisado a desautorizarlas:

---

(57) J. de los Toyos, «Táctica equivocada», *EL*, 4 marzo 1918. «Hoy es necesario (de todo punto necesario) —escribía un dirigente del Sindicato Minero— despojarse de ciertos métodos de lucha...» «Esa tendencia radicalísima —añadía—, la mayoría de las veces perjudica grandemente la santa causa de los oprimidos.» J. Martínez Carmona, «Organización minera vizcaína», *ES*, 6 julio 1920.

(58) *EL*, 3 marzo 1918; C. Turiel, «El convenio firmado por los mineros», *EL*, 11 abril 1919; *EL*, 4 abril 1920; y los artículos de Turiel, en *ES*, 10 junio, 9 julio 1920, y *LC*, 17 junio 1922.

(59) C. Turiel, «La mejor táctica», *LC*, 1 mayo 1920. Según el propio Turiel, el salario medio minero había subido de 3,50 ptas. en 1914 a 6,90 ptas. en 1920, *EL*, 10 septiembre 1920; iniciativas de Orconera y Echevarrieta, en *EL*, 1 noviembre 1918.



«... los sindicatos obreros tienen, por lo menos, el sentimiento de la responsabilidad —decía el manifiesto publicado por el Sindicato Metalúrgico en dicha ocasión—, por cuyo motivo tienen la obligación de procurar que todos sus actos se efectúen sin precipitaciones, sin enloquecimientos, con consciencia e inteligencia...»

«Ante tal estado de cosas —advertía—, ante la situación peligrosísima que se va creando a este Sindicato, la comisión que suscribe ha acordado que en lo sucesivo no se hará cargo, ni para sostenerla ni para dirigirla, de ninguna huelga que se plantee sin que antes hayan seguido las reclamaciones el trámite que determina el Reglamento» (60).

Prieto mismo, para prevenir posibles perturbaciones laborales en vísperas de las elecciones de junio de 1919, gestionó y logró que Romanones incluyese a la industria metalúrgica en el real decreto de 10 de abril de 1919, que establecía la jornada de ocho horas, gestión que, si fue recibida con entusiasmo entre los trabajadores del sector, levantó nuevas sospechas acerca de las afinidades entre Prieto y el Poder (61).

Los ejemplos de la moderación táctica de las organizaciones sindicales socialistas se multiplicaban: los veremos al analizar más adelante la ofensiva sindicalista de 1919-20. No se limitaban, dentro de la región vasca, a Vizcaya: los mismos criterios y estrategia laboral fueron puestos en práctica en Guipúzcoa, en muchos casos por inspiración directa de los dirigentes vizcaínos (62). En

---

(60) «El Sindicato Obrero Metalúrgico de Vizcaya. A todos los metalúrgicos y similares», *EL*, 18 junio 1919. Según el manifiesto, se habían declarado doce huelgas en los últimos dos meses, todas ellas «sin el consentimiento o aprobación del Sindicato». Casi en los mismos días, Oscar Pérez Solís advertía en la Casa del Pueblo de Bilbao contra el «deportivismo huelguístico», *EL*, 17 junio 1919.

(61) *EL*, 14 abril 1919. Gestiones similares del dirigente socialista de San Sebastián, Torrijos, llevaron a la aceptación del nuevo horario por la Unión Cerrajera de Mondragón, *VG*, 10-20 mayo 1919.

(62) Los contactos entre organizaciones obreras de una y otra provincia eran bastante estrechos, especialmente entre Eibar y Bilbao: Prieto habló en aquella localidad en numerosas ocasiones y gestionó en Madrid numerosos asuntos relacionados con su industria armera. Véase *AG*, serie A, legajo 3, «Armas». De Francisco, por su parte, intervino en numerosos actos públicos organizados en Vizcaya. De los

abril de 1920, el Sindicato de Obreros Papeleros de la región vasco-navarra firmaba un contrato colectivo por el que las empresas concedían: reconocimiento oficial del Sindicato, aumentos salariales de un 25-50 por 100, transferencia al Sindicato de cooperativas patronales, establecimiento de comisiones de fábrica con autoridad para intervenir en cuestiones de orden interno, abono al Sindicato de una peseta por cada 100 kilos de papel, preferencia de empleo a los sindicados, inamovilidad del personal, recargo de 50 por 100 por hora extraordinaria y pago semanal. A cambio, el Sindicato se obligaba, según reconocerían sus propios dirigentes, a seguir «procedimientos moderados y dilatorios» (63). La opinión vio en el acuerdo el resultado de una alianza Urgoiti-De Francisco, como denunciarían en más de una ocasión los sindicalistas. El Sindicato logró la afiliación casi masiva de los obreros del sector; De Francisco, un considerable éxito personal y dejar ratificada la determinación de su partido a mantener una política de distensión laboral. El propio gobernador civil de Guipúzcoa elogiaba por entonces: «la sensatez de los socialistas, a cuyo frente estaba Le Francisco» (64).

Pronto habría nuevas pruebas de ello. El 24 de mayo de aquel año, 1920, se produjo un altercado entre parejas de la Guardia Civil y vecinos de Pasajes y Rentería, al protestar éstos contra los continuos accidentes de tráfico que venían produciéndose por exceso de velocidad de los automóviles que atravesaban aquellas localidades, situadas en la carretera general de San Sebastián a Francia. El 25 cerró el comercio y pararon todas las industrias de ambas poblaciones. El gobernador civil, Miralles, prohibió una manifestación proyectada por los Ayuntamien-

---

Toyos, secretario del Sindicato Metalúrgico de esta provincia hasta 1920, dirigiría desde entonces el Sindicato Papelero de la región vasco-navarra, con sede en **Tolosa**.

(63) J. De los Toyos, «Los obreros papeleros», *ES*, 17 abril 1922. De los Toyos aseguraba que el Sindicato pudo así establecer «socorros mayores que los de cualquier otro Sindicato de España». No sorprende que *El Socialista* lo calificase como «espléndido triunfo» y recogiese la noticia del acuerdo en primera página: «Los papeleros de Tolosa», *ES*, 22 abril 1922.

(64) *VG*, 9 enero 1920. El Sindicato Papelero llegó a tener en sus filas «más del 60 por 100» de los obreros del ramo en toda la región vasco-navarra. J. De los Toyos, «Los obreros papeleros», *ES*, 17 abril 1922. Sobre alianza Urgoiti-De Francisco, véase *VG*, 22 agosto 1920.

tos de Rentería y Pasajes, y cuyo orden se comprometían a garantizar los propios alcaldes. Incluso ordenó la detención de una comisión de obreros de Pasajes que había acudido a ofrecerle el mantenimiento del orden si accedía a retirar las numerosas fuerzas de orden público que había concentrado en la zona. Asimismo, por orden de Miralles, fueron detenidos varios tranviarios de la línea Pasajes-San Sebastián que habían secundado el paro. Ante la irritación producida por estas medidas, la Federación Local de Sociedades Obreras de San Sebastián acordó declarar la huelga general en toda la provincia a partir del día 26, acuerdo que fue cumplido con gran unanimidad en la capital, Pasajes y Rentería, y desde el 27 en Eibar, Tolosa y Beasáin-Villafranca.

La Federación local buscaba, sin embargo, menos una confrontación con el gobernador, cuya dimisión exigía como condición para reanudar el trabajo, que encauzar una reacción espontánea de descontento que además contaba con el apoyo de toda la opinión. El mismo día 26 el Ayuntamiento de San Sebastián, con su alcalde, un maurista (Zaragüeta), al frente, acudió en corporación, incluidos los concejales socialistas Torrijos y Rebollar, a solicitar de Miralles la retirada de las fuerzas de orden, comprometiéndose a cambio a gestionar con los obreros la normalización del trabajo. La comitiva, acompañada por una gran multitud, fue contenida por un escuadrón de la Guardia Civil a caballo; mientras se celebraban las conversaciones entre el gobernador y el alcalde, se produjo un incidente entre la fuerza pública y los grupos que habían acompañado al Ayuntamiento, resultando muertas dos personas. Pareció que la situación se agravaría: en una reunión de urgencia, la Federación Local de Sociedades Obreras acordó «mantener la huelga general y aun agravarla». Pero se trataba de una simple declaración retórica: el mismo día 27 por la tarde, tan pronto como el gobernador civil resignó el mando, lo que hizo por orden fulminante del ministro de la Gobernación, Bergamín, representantes de las federaciones obreras de San Sebastián, Rentería, Hernani y Tolosa acordaron, reunidos en el Ayuntamiento de la capital, dar por terminada la huelga general. El trabajo se normalizó en toda la provincia el día 28: en Pasajes y Tolosa los obreros se incorporaron a sus puestos una hora antes para recuperar los jornales perdidos por el paro; en San Sebastián, la Federa-

ción obrera se adhirió a la Junta de Defensa Social formada por las «fuerzas vivas» (Cámara de Comercio de la Propiedad, Círculo Mercantil, Federación Patronal, Bancos, Diputación, etc.), con el propósito de evitar la repetición de sucesos como los de los días 26-27 de mayo (65).

Aún más: los dirigentes obreros habían amenazado con replantear el conflicto si el Gobierno mantenía a Miralles al mando de la provincia de Guipúzcoa. Miralles continuó en su puesto, pero sólo 11 de las 34 sociedades obreras de San Sebastián votaron a favor de un nuevo paro general cuando se planteó el problema a finales de agosto de aquel año. Y sólo dos sociedades de la capital, tipógrafos y gasistas, fueron a la huelga, que fracasó completamente «por no acompañarles la simpatía de la opinión general», como dijera De Francisco, censurando a quienes la habían promovido (66).

### III. *El conato de los sindicatos únicos*

En definitiva, los socialistas parecían actuar como si esperasen que su política de moderación sindical, en momentos de gran tensión social, les habría de reportar considerables beneficios electorales. De ser ello cierto, los resultados de las elecciones locales de febrero de 1920 parecían darles la razón: obtuvieron en toda España un total de 946 concejales, 810 más que en las anteriores elecciones, celebradas en 1917. En el País Vasco lograron la mayoría absoluta en los Ayuntamientos de Eibar, La Arboleda y Gallarta; fuertes minorías en Baracaldo, Ortuella, Sestao y Bilbao —donde el juego de fuerzas locales hizo que un socialista, Rufino Laiseca, fuese elegido alcalde—, y puestos en Erandio, San Sebastián y Tolosa (67).

---

(65) Sobre los sucesos de estos días, véase VG y PV (San Sebastián), 25, 28-30 mayo 1920; «La Asamblea de las fuerzas vivas», VG, 13 junio 1920; ES, 25-29 mayo 1920.

(66) «El fracaso de la huelga general», VG, 28 agosto 1920; la opinión de De Francisco, en VG, 16 septiembre 1920, y ES, 23 septiembre 1920.

(67) Es posible que el éxito del PSOE en febrero de 1920 se debiese, en parte, al propio Gobierno, temeroso de que una derrota socialista precipitase una alianza PSOE-UGT-CNT. Véase *Convocatoria* y



Sin embargo, la misma política que parecía ser la principal razón de los crecientes éxitos socialistas contribuía, al mismo tiempo, a debilitar la posición del PSOE y de sus organizaciones sindicales. En Bilbao, por ejemplo, los compromisos que Prieto estaba dispuesto a aceptar, a causa de sus necesidades electorales, le hacían en extremo vulnerable a las críticas de los sectores más extremistas del movimiento obrero: sus contactos en Madrid, sus intervenciones a favor de soluciones moderadas en algunos conflictos, disgustaban incluso dentro de la organización socialista vizcaína, donde, como ocurría en todo el PSOE, desde 1918 se venía perfilando con mayor nitidez un ala izquierda —reforzada en Bilbao por la reintegración del grupo de Perezagua a la disciplina socialista en 1919—, partidaria de una completa radicalización de las posiciones del partido. Para esos grupos, la política seguida en Vizcaya por las organizaciones obreras no era sino «el reformismo exagerado de los aburguesados directores del socialismo» (68). Parecidas opiniones podían escucharse en círculos obreros no socialistas: un folleto sindicalista publicado hacia 1923 señalaba que «en estos últimos cinco años» el movimiento socialista vizcaíno «había caído en un colaboracionismo y reformismo un tanto desconsolador» (69).

Lo que hacía más difícil la situación de los dirigentes moderados que se hallaban al frente de los sindicatos socialistas era el malestar social engendrado, en gran medida, por la carestía de la vida. La agitación afectaba a toda España. En Vizcaya hubo numerosas manifestaciones y mítines de protesta, por aquel motivo, en 1918 y 1919 (70); en Guipúzcoa la prensa se hacía eco del pro-

---

*orden del día para el XII Congreso del Partido Socialista Obrero Español, con un breve resumen de las actividades obreras desde abril de 1921 a diciembre de 1927* (Madrid, 1927), p. 276.

(68) O. Pérez Solís, *op. cit.*, p. 231.

(69) *Detalles y consideraciones del escandaloso proceso iniciado con motivo de la muerte del gerente de Altos Hornos, señor Gómez* (Bilbao, s. a., pero 1923), p. 5.

(70) El 27 de enero de 1918 hubo una manifestación de unas 8.000 personas en Baracaldo; *EL*, 28 enero 1918. El 17 de abril, la Casa del Pueblo de Bilbao pidió la tasa de las subsistencias; *El Liberal* decía que existían «fundados temores de otra huelga general» por la carestía, *EL*, 22 mayo 1918. El 3 de abril de 1919 se manifestaron en Bilbao contra «la vida cara» unas mil mujeres; actos similares los

fundo descontento que se observaba entre las clases trabajadoras:

«Desde hace algún tiempo; desde la primavera última, especialmente —escribía *La Voz de Guipúzcoa* en agosto de 1920—, se advierte en los elementos obreros de San Sebastián un malestar peligroso, una inquietud muy significativa...» (71).

Regueral, gobernador civil de Vizcaya, telegrafiaba a Madrid para informar de la creciente intranquilidad que se apreciaba en la provincia de su mando durante la primavera de 1919: «Existe una intranquilidad —comunicaba en abril de 1919— que se manifiesta por el afán de declarar huelgas por el más insignificante motivo» (72).

Y en efecto: los años 1919 y 1920 registraron las mayores incidencias de conflictos laborales hasta entonces conocido en la región vasca; las manifestaciones del Primero de Mayo alcanzaron en aquellos años dimensiones sin precedentes (73).

Todos estos síntomas revelaban la existencia de una creciente presión de las clases trabajadoras y de la base de las organizaciones obreras sobre los dirigentes de las mismas, exigiendo la adopción de respuestas más enérgicas frente a la carestía. Los dirigentes sindicalistas creyeron ver en ello la oportunidad para desplazar a los socialistas de la dirección efectiva del movimiento obrero de la región vasca. En marzo de 1919 se estableció en Baracaldo un sindicato único del arte del hierro, a cuya iniciativa se debieron la docena de conflictos del sector que

---

hubo días después en Begoña y Portugalete; *El Sol*, 4-8 abril 1919; *EL*, 4-8 abril, 5 mayo 1919.

(71) *VG*, 8 agosto 1920. En *El Socialista*, un dirigente local escribía por las mismas fechas: «... a los trabajadores guipuzcoanos se les ha terminado la era de tranquilidad relativa en que venían desenvolviéndose...», *ES*, 11 junio 1920.

(72) Regueral a Ministerio Gobernación, 9 abril 1919, AG, serie A, legajo 57.

(73) Según el IRS, se registró el siguiente número de huelgas: Vizcaya: 1918, ocho; 1919, siete; 1920, 28; 1921, ocho; 1922, 22. Guipúzcoa: 1918, ocho; 1919, 19; 1920, 32; 1921, nueve; 1922, seis. Las cifras oficiales eran inferiores a la realidad. Es particularmente engañosa la cifra de siete huelgas dada para Vizcaya en 1919: la prensa dio cuenta de unas 45 huelgas. Véase IRS, *Estadística de las huelgas, 1919, 1920, 1921, 1922*. Manifestaciones de 1 de mayo, en *EL*, 2 mayo 1919 y 1920.

provocaron la ya referida desautorización del Sindicato Metalúrgico en junio de 1919 (74).

La ofensiva sindicalista continuó a lo largo del verano de aquel año. Surgieron sendos conflictos en dos de las más importantes empresas de la zona fabril: en julio se declararon en huelga, por aumento de salarios, los pinches y remachadores de los astilleros de la Sociedad Española de Construcción Naval, y en agosto los 2.600 obreros de las factorías de Martínez Rivas (Astilleros del Nervión, Altos Hornos de San Francisco), al ser despedido un conocido maestro de taller. Se temió que la agitación, la más grave desde 1917, según *El Liberal*, pudiera extenderse a toda la zona fabril y aún que se complicase seriamente al celebrarse en septiembre la vista del proceso de los acusados por el descarrilamiento del tren correo en agosto de 1917, que los sindicalistas venían utilizando como plataforma de propaganda. Los socialistas percibieron que la grave situación ponía en peligro toda la concepción sobre la que se fundamentaba su política laboral. Reaccionaron en consecuencia. *El Liberal* pidió repetidas veces la intervención del gobernador civil (75). Los líderes del Sindicato Metalúrgico dieron entrada al sindicato único en la comisión de huelga, a fin de silenciar la oposición que éste les venía haciendo, y al mismo tiempo dieron seguridades de que no extenderían el conflicto: «no iremos a la huelga general», declaraba el 7 de agosto Leandro Carro; «queremos, por ahora, desenvolvernos dentro del marco de la legalidad», corroboraba De los Toyos. Y a finales de mes, un manifiesto del Sindicato reiteraba: «Una vez más decimos públicamente que no queremos llegar a la huelga general de obreros metalúrgicos» (76). Paralelamente, Prieto escribió dos artículos en *El Liberal* exhortando a que no se realizase acto alguno con motivo del proceso del tren correo (77).

El propio Prieto intervino activamente en la resolución del conflicto. El Sindicato Metalúrgico había ofrecido el 25 de agosto la reanudación inmediata del trabajo

---

(74) *EL*, 22 marzo 1919; «Réplica del Sindicato Metalúrgico de Vizcaya a los sindicalistas», *LC* y *ES*, 22 mayo 1920.

(75) Véase «La intervención se impone», *EL*, 7 y 24 agosto 1919.

(76) *EL*, 8 y 26 agosto 1919.

(77) «El medio más eficaz de impedir que se formen equívocos, es callar», escribía Prieto; I. Prieto, «El descarrilamiento de la Peña», *EL*, 14 y 16 septiembre 1919.

si la Naval accedía a las demandas de sus obreros (78). Y es posible que ésta fuese la solución que Prieto propusiese al gobernador Regueral en la entrevista que ambos celebraron el 1 de septiembre, ya que a partir de ese momento, Regueral inició gestiones para que se entablasen negociaciones entre el Sindicato Metalúrgico y representantes de aquella empresa (79). Los sindicalistas se mostraron en completo desacuerdo con el giro dado al desarrollo del conflicto: el 15 de septiembre acordaron retirarse de la comisión de huelga. Fue un error para sus intereses: la Naval, tras una nueva entrevista Prieto-Regueral el 19 de septiembre, llegó a una fórmula de arreglo con el Sindicato Metalúrgico, consistente en una elevación del 10 por 100 del salario de todos sus empleados: «El triunfo conseguido por los huelguistas y suspendidos de la Naval —escribía con calculado entusiasmo *El Liberal*— es semejante, aunque en un radio de acción más pequeño, a aquel que alcanzaron los mineros de Vizcaya para todos los mineros de España» (80).

La solución dada el conflicto de la Naval era bien reveladora: la empresa se había avenido a un arreglo sólo cuando los sindicalistas se habían retirado de la comisión de huelga y cuando el Sindicato Metalúrgico había asumido la dirección de la misma. Al arreglo de la Naval siguieron, en los mismos términos, los de dos conflictos (en Aceros Elorrieta y Suárez y Cía.) que duraban ya cuatro meses (81).

Sólo quedaba pendiente la huelga de la Casa Rivas, cada vez más enconada por la negativa total de la compañía a ceder en un punto —la readmisión del obrero despedido— que la dirección consideraba afectaba al principio mismo de autoridad de la empresa. La actitud de la Casa Rivas reforzaba los argumentos de los extremistas: el 28 de septiembre se produjo un atentado contra el director de la empresa, Meyers, en el que resultó muerta la esposa de éste. Este hecho parece permitió a Prieto, que, según su propia declaración, estuvo en estrecho con-

---

(78) «Si la Naval —decía el manifiesto del Sindicato— da a la huelga de pinches y rematadores la solución que éstos merecen en justicia, las aguas volverán a su cauce natural, reanudándose inmediatamente el trabajo», *EL*, 26 agosto 1919.

(79) *EL*, 3, 5, 10 septiembre 1919.

(80) *EL*, 24 septiembre 1919.

(81) *EL*, 25 septiembre 1919.



tacto con el comité del Sindicato Metalúrgico que dirigía el conflicto, convencer al ministro de la Gobernación de que la prolongación del conflicto amenazaba con provocar un deslizamiento hacia el sindicalismo del movimiento obrero de Vizcaya. El Gobierno notificó a la Casa Rivas que retiraría las fuerzas de la Guardia Civil que custodiaban la fábrica. La empresa capituló y aceptó unas bases de acuerdo redactadas por el propio Prieto: se concedía un aumento salarial del 10 por 100, el obrero despedido renunciaba a la readmisión y se creaba una comisión (Migoya, Balparda, Prieto) que en lo sucesivo mediaría en cuantas disputas surgiesen en la empresa (82).

La resolución de este conflicto era una confirmación más —la más concluyente hasta el momento— de lo que ya se había percibido en la solución dada a los otros conflictos previamente analizados: que las grandes empresas siderometalúrgicas de Vizcaya estaban decididas —o resignadas— a dialogar y entenderse con el Sindicato Metalúrgico. En los meses finales de 1919 y comienzos de 1920, el sindicato único, que aunque carecía de una fuerte organización de masas podía disponer de pequeños grupos militantes de gran dinamismo en diversos centros de trabajo, promovió una bien coordinada campaña de huelgas por departamentos en varias factorías (La Vizcaya, Naval, Bolueta, Delta, Talleres Corral, etc.). La táctica sindicalista amenazaba con producir una completa dislocación de la vida industrial del sector, dado que la misma naturaleza del trabajo siderometalúrgico hacía que el paro de un departamento provocase la suspensión de la actividad laboral de toda una fábrica. Representaba al mismo tiempo un desafío a la autoridad del Sindicato Metalúrgico y a sus aspiraciones a lograr la dirección efectiva del movimiento obrero del metal. El Sindicato Metalúrgico tuvo así, en ocasiones, que hacerse cargo de conflictos que no había iniciado, pero en los que involuntariamente se veían envueltos sus afiliados; en otras optó simplemente por desautorizar a los sindicalistas, ordenando a sus hombres no secundar los

---

(82) La explicación de la solución la dio el mismo Prieto en un mitin celebrado en Sestao el 31 de mayo de 1921, *EL*, 1 junio 1921. Véase, además, E. Guzmán, «Dónde está la responsabilidad», *ES*, 11 octubre 1919, y E. Guzmán, «La lucha social en Vizcaya», *ES*, 12 noviembre 1919; *EL*, 29 septiembre 1919 a 20 octubre 1919.

movimientos de éstos; en otras, finalmente, hubo de anticiparse a ellos, a fin de no verse desbordado a su izquierda por el dinamismo del sindicato único (83).

El Sindicato Metalúrgico presentó, por tanto, sus propias reclamaciones a diversas empresas: en noviembre de 1919, a Altos Hornos; en diciembre, a Echevarría y Talleres Zorroza; en el primer trimestre de 1920, a más de 25 talleres y fábricas. No hubo lugar a huelgas. Al plantear sus demandas a Altos Hornos, el Sindicato Metalúrgico, en un comunicado firmado por Carro y De los Toyos, había asegurado que no apelaría «a otros procedimientos que no sean aquellos que tienen por fundamento la cordialidad» (84). Le fue posible mantener su palabra: fueron bastantes las empresas que vieron en una política de pactos con el Sindicato la mejor respuesta al perturbador sistema sindicalista de huelgas parciales. Sólo nueve de un total de más de 60 reclamaciones gestionadas por el Sindicato Metalúrgico en 1920 dieron lugar a huelgas. El propio Sindicato reconocería, en la Memoria oficial correspondiente a dicho año, que «en general, estas reclamaciones» habían «sido bien acogidas por los patronos» (85). A la prensa no se le escaparía aquella realidad, y en particular la actitud conciliadora en que se había colocado Altos Hornos: «Aquella acritud y sequedad con que eran desoídas las justas demandas de los trabajadores —comentaba *El Liberal* sobre la citada empresa— han desaparecido por completo.» Para De los Toyos, el secretario del Sindicato, AHV había «rectificado en un todo» su conducta (86).

Los aciertos del Sindicato Metalúrgico en sus gestiones laborales parecían haber contribuido decisivamente a detener el avance de los sindicalistas: «Entre los traba-

---

(83) Véase, por ejemplo, *NB*, 13, 24, 28, 30 enero 1920; *EL*, 16-20, 29 enero 1920; «Réplica del Sindicato Metalúrgico de Vizcaya a los sindicalistas», *EL* y *ES*, 22 mayo 1920.

(84) «La reclamación a Altos Hornos», *ES*, 24 noviembre 1919.

(85) Sindicato Obrero Metalúrgico de Vizcaya, *Memoria correspondiente al año 1920*, pp. 4-5.

(86) *EL*, 8 y 16 febrero 1920. El Sindicato Metalúrgico reclamó en la mayoría de los casos un aumento salarial de 1,25 ptas. Echevarría concedió una peseta y ayudas en caso de enfermedad, *EL*, 2 diciembre 1919; la Naval, aumentos que oscilaban entre una y 2,50 ptas., *EL*, 1 abril 1920; AHV, en principio, 0,35 ptas., que luego elevó a cantidades que iban de 0,50 a 1,98 ptas., según los departamentos, *EL*, 8 febrero 1920.

jadores metalúrgicos —observaba *La Lucha de Clases* en mayo de 1920— se está operando una grande y formidable reacción en favor del Sindicato Metalúrgico de Vizcaya» (87). Al cesar en su cargo por aquellas fechas —para pasar a ocuparse de la dirección del Sindicato de Obreros Papeleros de la región vasco-navarra—, De los Toyos podía ufanarse de dejar un Sindicato con 9.000 afiliados y apoyado por el 80 por 100 de los obreros del sector (88).

A pesar de ello, los dirigentes del organismo, ante las continuadas presiones de las secciones, creyeron necesario realizar una suprema demostración de fuerza que dejase definitivamente dilucidada la lucha por la dirección obrera del sector siderometalúrgico. El mismo crecimiento del Sindicato les proporcionaba una nueva y más fuerte capacidad de negociación frente a los patronos. El 7 de julio de 1920, el Sindicato Metalúrgico presentaba una serie de reclamaciones a todas las empresas siderometalúrgicas de Vizcaya, entre las que se incluía una escala de salarios mínimos —que iban desde las 14-15 ptas. diarias para auxiliares y peones, hasta las 18 ptas. para oficiales, garzones, maestros, laminadores y otros obreros especializados—, el pago del 100 por 100 del jornal en las horas extraordinarias y del jornal íntegro en caso de accidente laboral y la creación de escuelas profesionales (89). El día 21 de julio, en una reunión a la que acudieron representantes de unas 60 empresas, los patronos acordaron responder negativamente a las peticiones obreras; desde el día siguiente se declaraban en huelga 30.000 trabajadores —prácticamente todas las fábricas y talleres, a excepción de los Astilleros Euskalduna, propiedad, como se recordará, del industrial nacionalista Ramón de la Sota, que había llegado a un acuerdo independiente con Solidaridad de Obreros Vascos, al que pertenecían la casi totalidad de los obreros de la factoría. Se trataba, según *La Lucha de Clases*, del conflicto «de más gravedad y trascendencia de cuantos ha registrado la lucha social en Vizcaya» (90).

---

(87) «El Sindicato Metalúrgico, hacia la plenitud», *LC*, 15 mayo 1920.

(88) J. de los Toyos, «El Sindicato Obrero Metalúrgico de Vizcaya», *ES*, 7 mayo 1920.

(89) *LC*, 26 junio, 10 julio 1920; *EL*, 9 julio 1920.

(90) «Ante el grave litigio de los metalúrgicos», *LC*, 24 junio 1920. Sobre la actitud de SOV, *Euzkadi* explicaría que los obreros vascos

Sin embargo, afirmaciones alarmistas como aquélla podían dar lugar a falsas interpretaciones. Ambas partes dieron abundantes pruebas de su decidida voluntad de llegar a un rápido arreglo. El citado semanario socialista censuraba duramente un manifiesto sindicalista que exhortaba a los huelguistas a que no aceptasen «ningún aumento que no sea el solicitado ni ninguna concesión que no se ajuste al cuadro general de las reclamaciones hechas», actitud que calificaba como «sin sentido, estúpida, tan imbécil como desacreditada» (91). *El Liberal* creía ver «una buena disposición del proletariado para solidarizar con los intereses industriales» y urgía a que fuese «inmediatamente aprovechada» (92).

De hecho, esto fue lo que se hizo. El mismo día 23 se iniciaron, por mediación del gobernador civil, Regueral, las conversaciones entre representantes del Sindicato Metalúrgico y representantes de Altos Hornos, la Naval, Basconia y Astilleros del Nervión, que se desarrollaron, según Regueral, «en ambiente de gran cordialidad». El Sindicato ordenó que un equipo de obreros se encargase del mantenimiento de hornos y baterías de cok. «Lo mismo por parte de los obreros que por la de los patronos —declaraba a la prensa el gerente de AHV, Manuel Gómez— se advierte un evidente deseo de concordia...» (93). Los resultados no se hicieron esperar: el 29 de julio quedaba solucionado el conflicto al aceptar la representación obrera una contraoferta patronal que, si suponía sustanciales mejoras salariales —todos los jornales subían de 2 a 4 ptas.—, fijaba un salario mínimo inferior en un 30 por 100, aproximadamente, al solicitado por los obreros (94). *El Liberal* destacaba la parte que en la solución del conflicto correspondía al gerente de Altos Hornos, Gómez, a quien atribuía la que calificaba como «nueva política so-

---

«se negaron a abandonar el trabajo, porque ya disfrutaban de las ventajas que los huelguistas demandaban», *Euzkadi*, 6 de septiembre 1921.

(91) *LC*, 24 julio 1920.

(92) *EL*, 23 julio 1920.

(93) *PV*, 28 julio 1920.

(94) Se establecía un salario mínimo que oscilaba, según las categorías, de 8 a 12 ptas.; además, se concedían sobre el mismo un aumento de 1-1,50 ptas., *EL*, 29 julio 1920. El desarrollo del conflicto, en *EL*, *PV*, *ES*, 22 a 30 julio 1920. La huelga se desarrolló sin incidentes salvo un choque entre huelguistas y trabajadores de Euskalduna, tres de los cuales resultaron heridos. La empresa acordó cerrar la fábrica el 24.



cial liberalizada de la empresa», y creía poder pronosticar que las relaciones laborales entrarían desde entonces «en una fase muy halagüeña» (95).

Ya veremos hasta qué punto los hechos confirmarían aquella previsión. De momento, el conflicto había servido para poner de relieve el sensible giro que se venía operando en el escenario político y social de Vizcaya. Era bien significativo que de parte patronal sólo cuatro empresas —todas ellas del grupo AHV— hubiesen intervenido en las negociaciones y que precisamente las bases de arreglo las firmasen, en un principio, únicamente aquellas cuatro empresas y otra más (Delta); las otras 69 que suscribirían el acuerdo lo harían dos días después (96). De parte obrera, sólo el Sindicato Metalúrgico había participado en las gestiones: aviniéndose a tratar únicamente con él, las grandes empresas le habían reconocido la representatividad exclusiva de los obreros del sector. *El Pueblo Vasco*, el periódico más afín a aquéllas, veía en la solución del conflicto «la derrota del sindicalismo revolucionario» (97).

Las implicaciones políticas del desarrollo y acuerdo final de la huelga también parecían claras. Euskalduna, la empresa más caracterizada por la significación nacionalista de los miembros de su Consejo de Administración, se había mantenido en todo momento al margen del conflicto. El entendimiento con el Sindicato Metalúrgico había sido iniciativa y empeño de empresas cuyos consejeros (los Zubiría, Ybarra, Chávarri, Gandarias, Urquijo, Goyoaga, etc.) tenían parte principal en las actividades de la Liga Monárquica de Vizcaya. Al tácito acuerdo electoral de socialistas y monárquicos de junio de 1919 parecía corresponder, en el terreno laboral, el diálogo AHV-Sindicato Metalúrgico. Era, muy probablemente, el precio que unos y otros pagaban como resultado de sus respectivos intereses políticos. Los socialistas renunciaban expresamente a seguir una línea dura en las confronta-

---

(95) *EL*, 29 julio 1920.

(96) *EL*, 31 julio 1920: AHV y la Naval tenían en 1921 el mismo presidente, Tomás Zubiría Ybarra, conde de Zubiría, y varios consejeros comunes, José M.<sup>a</sup> Chávarri, Fernando M.<sup>a</sup> Ybarra y el marqués de Urquijo. La Basconia era filial de AH; Astilleros del Nervión fue adquirida por AH en enero de 1920 y cedida en arriendo a la Naval; *EL*, 31 enero 1920.

(97) *PV*, 30 julio 1920.

ciones industriales. Cuando al tiempo que comenzaba la huelga metalúrgica, se iniciaban el 21 de julio de 1920, por distintas razones, un paro general de obreros del puerto y la huelga de los 9.000 trabajadores de la construcción de toda Vizcaya y amenazaban con hacer otro tanto los tranviarios de Bilbao, el propio alcalde de la villa, Laiseca, desmentía los rumores que circulaban acerca de una próxima huelga general de todos los oficios (98). El mismo logró que se solucionase el pleito de los tranviarios y que se pusiesen en contacto patronos y obreros de la construcción; ya vimos las concesiones que hizo el Sindicato Metalúrgico. En una situación de creciente descontento obrero, y ante la aparición de activas minorías de extremistas en el seno de las organizaciones obreras, los socialistas aparecían ante amplios sectores de la opinión como la mejor —o menos mala— garantía de que no se llegaría a una total deteriorización de las relaciones laborales.

#### IV. *Don Miguel de Unamuno y don Indalecio Prieto*

El conflicto del puerto y muelles de la ría de Bilbao, más arriba mencionado, vino a confirmar el trasfondo político de la nueva orientación laboral de las grandes empresas de Vizcaya. En contraste con la voluntad de diálogo demostrada por éstas, la Sociedad Patronal del Muelle, al parecer respaldada por el Centro Industrial de Vizcaya —organización a la que pertenecían numerosas compañías de diferentes ramos—, no quiso negociar con la Agrupación de Trabajadores del Muelle, asociación dirigida por los socialistas y como tal domiciliada en la Casa del Pueblo de Bilbao (99). Al contrario, la Patronal aprovechó la oportunidad para despedir a los obreros sindicados y reemplazarlos con personal nuevo,

---

(98) Los conflictos —declaró Laiseca— «no obedecen a un propósito de huelga general por parte de los obreros», *EL*, 23 julio 1920.

(99) El conflicto había surgido al solidarizarse los estibadores de Bilbao con los de Santander en el boicot declarado por éstos a la compañía Transatlántica en julio de 1920. La Patronal del Muelle de Bilbao despidió a 33 descargadores que se negaron a descargar un buque de aquella compañía. Al negarse la Patronal a readmitirlos, la Agrupación de Trabajadores declaró la huelga el 21 de julio; *EL*, 6-22 julio 1920.

contratado en pueblos del interior de Vizcaya. El conflicto adquirió caracteres alarmantes: el paro se extendió a los carreteros, al ser despedidos los que se negaron a transportar las mercancías descargadas por el nuevo personal; hubo, en los primeros días de agosto, violentas colisiones entre huelguistas y trabajadores, uno de los cuales resultó muerto. Todo el tráfico de la ría quedó paralizado entre los días 7 y 12 de agosto; las numerosas gestiones de Laiseca para lograr un arreglo se estrellaron ante la intransigencia de la Sociedad Patronal: al reanudar ésta los trabajos con más de 350 trabajadores, se reprodujeron los incidentes, resultando otro trabajador muerto. Y en medio de gran tensión, el conflicto se prolongaría hasta mediados del mes de septiembre (100).

Pero tanto o más que un problema estrictamente laboral, la huelga del muelle era un conflicto político, o al menos derivó en ese sentido. La presencia de industriales nacionalistas vascos al frente de la Sociedad Patronal del Muelle y del Centro Industrial parecía revelar que la huelga del muelle era la respuesta del nacionalismo en el plano laboral al acercamiento entre las grandes empresas y los sindicatos socialistas. El nacionalismo vasco, o una parte de él, había sin duda visto el peligro que para sus aspiraciones políticas representaba el entendimiento entre socialistas y monárquicos, y respondía con un ataque frontal contra la organización obrera socialista.

Los patronos monárquicos no estaban dispuestos a apoyar la maniobra de los nacionalistas. Los intereses políticos se sobrepusieron a los posibles intereses de clase:

«Bueno será advertir, para tranquilidad de las clases obreras de Vizcaya —observaba *El Liberal*—, que no siguen al Centro Industrial ni la maniobra del bizkaitarrismo faccioso los grandes industriales de Vizcaya» (101).

Adán, portavoz semioficial de Echevarría, advertía contra la peligrosa acción emprendida por el nacionalis-

---

(100) *EL*, 7, 12 y 18 agosto, 1 y 15 septiembre 1920; «Las huelgas», *LC*, 14 agosto 1920; *ES*, 19 agosto 1920.

(101) «Defensa de la Casa del Pueblo», *EL*, 21 agosto 1920.

mo: «Se desea rotundamente —escribía— la desaparición de la Casa del Pueblo. Pues bien: el día en que la Casa del Pueblo desaparezca, será el día que marque el principio de una era trágica para Vizcaya» (102). Como el Centro Industrial protestase ante el ministro de la Gobernación por la pasividad del gobernador Regueral ante las colisiones registradas en los muelles, Balparda se creyó obligado a hacer público que las grandes empresas no se identificaban con aquel centro: «Centro Industrial Vizcaya dirige a V. E. telegrama —cablegrafiaba a su vez Balparda— que estoy seguro no suscriben los grandes industriales vizcaínos» y revelaba al ministro de la Gobernación el carácter nacionalista de la protesta: «Presidente y secretario dicho centro —concluía— son caracterizados y activos nacionalistas» (103).

Sin el apoyo de las principales empresas siderometalúrgicas, toda ofensiva patronal contra la Casa del Pueblo parecía tener escasas posibilidades de éxito. Y tanto más así, si, como en el caso de la huelga del muelle, aquéllas parecían tomar implícitamente la defensa de la organización obrera. El hecho no dejaba de ser paradójico y así lo subrayaron algunos observadores: «Los patronos tienen aliados en el campo obrero —comentaba Luis Araquistain sobre lo que él llamaba "curioso fenómeno" de Vizcaya— y los obreros en el patronal.» Araquistain quería explicarse la iniciativa de los que él identificaba como «algunos patronos nacionalistas» (104), por el carácter, en su opinión, «insocial e incivil» del «aldeano vasco». La explicación era, como ya se ha indicado, menos compleja y más tangible: era la reacción de los intereses políticos perjudicados por la colaboración de las grandes empresas de Vizcaya y Liga Monárquica con las organizaciones sindicales y políticas socialistas.

Ni siquiera el pacto que en septiembre de 1920 firmaron UGT y CNT modificó la actitud de las mencionadas empresas de Vizcaya. Tal vez porque los industriales de la Liga creyeron que, tras la derrota del sindicalismo en julio de aquel año, el llamado pacto del proletariado

---

(102) Citado en *EL*, 21 agosto 1920.

(103) En *EL*, 21 agosto 1920; véase *PV*, 19-27 agosto 1920.

(104) «... piden a gritos —decía Araquistain— que se cierren los centros obreros». L. Araquistain, «Los pobres millonarios bilbaínos», en *La Voz*, reproducido en *EL*, 26 agosto 1920.



no tendría mayores repercusiones en Vizcaya (105); tal vez porque creyesen que la UGT acabaría encauzando y absorbiendo el movimiento; tal vez porque en Vizcaya el pacto tuvo menos el carácter de un frente obrero antipatronal que el de una acción socialista contra los escasos reductos obreros del nacionalismo vasco.

En efecto, las primeras, y casi únicas, demandas presentadas conjuntamente por el Sindicato Metalúrgico y Sindicato Unico del Arte del Hierro —único sector donde en Vizcaya tuvo expresión práctica el pacto— no tuvieron carácter laboral o económico: exigían la sindicación obligatoria a alguna de aquellas organizaciones y la expulsión de los trabajadores no sindicados o afiliados a Solidaridad de Obreros Vascos o sindicatos católicos (106). Las entidades patronales colaboraron en la maniobra socialista-sindicalista: varias de ellas negaron a SOV el reconocimiento de personalidad legal que hasta entonces le habían otorgado. Dado que fuera de Euskalduna, la organización obrera nacionalista apenas disponía de afiliados, el hecho tenía más que otra cosa valor simbólico: los grandes industriales monárquicos de Vizcaya, convocadas ya nuevas elecciones para diciembre de 1920, parecían completamente determinados a estrechar sus lazos políticos con Prieto, sobre la base, una vez más, de un bloque antinacionalista, poniendo en sus manos, para ello, el monopolio de la representación obrera (107).

Regueral podía esperar, por tanto, con cierta justificación, que en las elecciones de diciembre se repitiese la

---

(105) El sindicalismo había quedado muy diezmado, además, por la represión que siguió al atentado contra Meyers y a la explosión de algunos petardos en Baracaldo en enero de 1920. Más de 100 sindicalistas fueron detenidos; *NB*, 25 enero 1920. «Contenido aquí el movimiento sindicalista —telegrafiaba Regueral a Madrid el 22 de mayo de 1920—, clausurando algunos de sus centros y detenidos en momentos de gravedad los más caracterizados, he conseguido que no se extienda la acción perturbadora y disolvente del sindicato único», *AG*, serie A, legajo 58.

(106) Demandas de ese tipo, que la izquierda quería justificar en nombre del «aplastamiento del *amarillismo*», fueron presentadas a Talleres Deusto, Astilleros Ardanaz, Mutiozábal e Ibaizábal, Basconia y otras empresas, *PV*, 7 septiembre 1920; *EL*, 2 y 8 octubre 1920; *ES*, 4 y 7 octubre 1920. La reacción de los obreros nacionalistas no se hizo esperar: el 1 de octubre se tiroteó a los trabajadores de Talleres Deusto desde Euskalduna, hiriendo a nueve. El Sindicato Metalúrgico ordenó un paro de veinticuatro horas, *PV* y *EL*, 4 octubre 1920.

(107) *Euzkadi*, 6 septiembre 1921.

combinación de junio de 1919. Con ello contaba, a juzgar por el telegrama que el 5 de octubre enviase a su ministro de la Gobernación, en el que le indicaba que sería posible luchar con posibilidades de éxito en Valmaseda, Baracaldo, Guernica, Marquina, «dejando Bilbao al socialista —concluía— si éste presta el apoyo de los suyos en otros distritos» (108). A un arreglo práctico no muy distinto al que concibiera Regueral se llegaría finalmente. Sería preciso para ello sortear numerosas dificultades, pero, en definitiva, las elecciones de 1920 confirmarían lo ya visto en 1919: a la política antinacionalista de la Liga de Acción Monárquica no convenía —o así lo creían sus inspiradores— la exclusión de la fuerza socialista del juego político de Vizcaya (109).

De ahí que, por la oposición del directorio de la Liga, no prosperasen los varios intentos que se hicieron para presentar una candidatura de derechas frente a Prieto. Esos intentos tuvieron diverso origen. Dentro de la propia Comunión Nacionalista Vasca había sectores que, ante la crisis interna de la organización —en cuyo interior habían surgido varias tendencias, unas más liberales y otras más separatistas que las oficiales— y ante la creciente agitación laboral, parecían dispuestos a volver a la política de aproximación a los monárquicos que ya se practicara en 1907-09 y 1911-12. Por hablar claramente a favor de esa línea, Mario de Arana, el ex alcalde de Bilbao, fue expulsado del partido en septiembre de 1920 (110). Pero aun así, parece que existieron algunos contactos que llegaron incluso a ser tenidos muy en cuenta en Madrid. En octubre se rumoreaba en Bilbao que el Ministerio de la Gobernación esperaba lograr, gracias a las gestiones de Allendesalazar, una unión de todas las derechas locales, incluidos los nacionalistas (111). Las gestiones no dieron resultado,

---

(108) Regueral a ministro de la Gobernación, 5 octubre 1920, AG, serie A, legajo 28.

(109) Es posible que algunos monárquicos vizcaínos confiaran en que la reiterada elección de un socialista por Bilbao sirviese de lección a los nacionalistas y convenciese a éstos de la necesidad de ir a una unión de derechas, previo reconocimiento incondicional de la unidad nacional. Pero en otros, y sobre todo en Balparda y Bergé, el deseo de derrotar al nacionalismo parece haber sido la única, y bien genuina, motivación política.

(110) *EL*, 18 septiembre 1920; sobre la crisis del nacionalismo, véase *PV*, 1-10 abril 1919.

(111) *EL*, 14 y 18 octubre 1920; 10 noviembre 1920.

posiblemente por no contar con la aprobación de importantes dirigentes de la Liga. A una consulta en aquel sentido de su jefe, Maura, Bergé había contestado con una firme negativa:

«... sería muy difícil —escribía— encontrar el hombre ni la fórmula para conseguir que nosotros y los nacionalistas le votáramos juntos.» «Creo, además —añadía—, que sería un alto muy peligroso en la política que venimos haciendo y que se hace preciso un éxito más franco y más estable de las fuerzas que defienden la unidad nacional» (112).

Tampoco llegó a fraguarse la candidatura católica que los tradicionalistas propusieron nombrar de común acuerdo a jaimistas y monárquicos para buscar así el apovo electoral de los nacionalistas. La Liga no se avenía a ningún tipo de combinación electoral que incluyese a la Comunión Nacionalista. Aunque el 31 de octubre la Federación socialista había hecho pública su intención de presentar candidaturas, además de por Bilbao, por Baracaldo y Valmaseda, deshaciendo, en teoría al menos, los planes que concibiera Regueral, éste anunciaba el 15 de noviembre que la Liga no se presentaría a la elección por Bilbao. Pudo ser que la Liga confiase que sus propias fuerzas le bastarían para vencer a los socialistas, tanto más cuanto que éstos acudían sin el apoyo de los republicanos, rota la Conjunción por acuerdo del congreso del PSOE celebrado en diciembre de 1919; pero pudo ser también que la Liga recibiese de Prieto garantías de que retiraría la candidatura por Baracaldo después de empezada la elección y de que el candidato socialista por Valmaseda no recibiría ayuda necesaria para acudir a la elección con posibilidades serias de éxito, que es lo que en efecto sucedió (113). Y finalmente hubo en la Liga quienes, como Bergé, temieron que la derrota de Prieto en Bilbao favoreciese a la cada vez más pujante ala izquierdista socialista:

«Los socialistas —escribía Bergé a Maura en vísperas de las elecciones— será inevitable que saquen

---

(112) Bergé a Maura, 11 septiembre de 1920, AM, legajo 119. «Bergé (hijo)».

(113) *EL*, PV, 10 noviembre 1920; *EL*, 16 noviembre 1920.

a Prieto, sobre todo si se ha de conseguir derrotar a Pérez Solís (el candidato por Valmaseda y cabeza visible de la izquierda socialista local), que representa una tendencia mucho más terrible...» (114).

Todo ello influyó, sin duda, en la decisión de la Liga respecto al distrito de Bilbao. Prieto podía aguardar las elecciones con cierta tranquilidad. Había dado alguna satisfacción a la izquierda de su partido aceptando la candidatura de Oscar Pérez Solís por Valmaseda. La súbita agravación laboral que a finales de noviembre y primeros días de diciembre se había producido en todo el país, había confirmado a la opinión más conservadora el papel moderador que representaba la organización socialista: Prieto se opuso terminantemente a que se secundase en Bilbao la huelga general que había declarado a escala nacional la CNT para el 7 de diciembre de 1920, y apenas si pararon ese día algunas obras de construcción de la capital y de la zona fabril (115).

La Conjunción estaba rota, pero no parecía probable que los republicanos se prestasen a hacer oposición decidida a un candidato que, además de contar con grandes simpatías dentro de los círculos republicanos locales, se había convertido en una de las principales figuras de la oposición antidinástica en el Parlamento. Así, cuando un sector del partido impuso que se presentara candidatura republicana por Bilbao, diversas personalidades del mismo a las que se les ofreció el nombramiento prefirieron rehusar la invitación. Sólo aceptó don Miguel de Unamuno, empeñado por entonces en una de sus personalísimas campañas contra el régimen monárquico (116).

La decisión tomada por el partido republicano estaba bien lejos de haber sido unánime. Algunos directivos de la influyente sociedad *El Sitio* pensaron incluso en la

---

(114) Bergé a Maura, 1 diciembre 1920, AM, legajo 119. «Bergé (hijo)».

(115) PV, 8 diciembre 1920. Como se sabe, la CNT lanzó la huelga como protesta por la grave situación social creada en Barcelona; la UGT, ante la proximidad de las elecciones, se negó a secundarla, tal vez porque la CNT no quiso apoyar a los candidatos socialistas. El pacto de septiembre entre ambas sindicales quedó roto. Sobre oposición de Prieto a la huelga, véase su propio discurso electoral de 17 de diciembre: «Uno de los que con más ahínco —dijo— se opuso a que la UGT secundara este movimiento... fui yo»; EL, 18 diciembre 1920.

(116) EL, 6 noviembre 1920.



posibilidad de apoyar oficialmente al candidato socialista. Un conocido dirigente del partido, Rufino de Orbe, propuso públicamente la retirada de Unamuno (117). Otros, como Vega Heredia, Galina y Gimeno hicieron pública también su adhesión a Prieto (118).

Que en estas condiciones la candidatura de Unamuno no tenía posibilidad alguna de triunfar era la pura evidencia. Podía aspirar únicamente a restar votos al candidato socialista. Esto fue, sin duda, lo que impulsó al grupo católico independiente de *La Gaceta del Norte* a presentar, un tanto improvisadamente, la candidatura del redactor jefe del citado periódico, don José Posse y Villegas, apoyado oficialmente por el Centro Industrial y la Asociación General de Empleados. Se pretendía, posiblemente, reconstruir en torno a una candidatura, que en apariencia carecía de significación política definida, la unión de las derechas que antes propusieran separadamente nacionalistas y tradicionalistas. Por su vinculación a *La Gaceta*, Posse podía, en principio, no levantar sospechas de nacionalismo en el campo monárquico; por su activa participación en la vida de los círculos de obreros católicos, podía aspirar al voto de buena parte de la opinión de clases medias, alarmada por el crecimiento de los sindicatos obreros socialistas; y por ser respaldada por el Centro Industrial, cuyo presidente era el señor Zaballa, nacionalista y director de los Astilleros Euskalduna, podía contar con el sostén de aquellos elementos industriales nacionalistas que no consideraban aconsejable un excesivo distanciamiento de los industriales monárquicos (119).

La candidatura de Posse acabó, sin embargo, por ser retirada, abandonada por todos sus potenciales aliados. *Euzkadi* se precipitó a publicar el apoyo a aquélla de la Comunión Nacionalista. Prieto y *El Liberal* explotaron hábilmente lo que caracterizaron como «bizkaitarrismo disfrazado» de la candidatura Posse: la Liga le negó oficialmente su apoyo. *La Gaceta del Norte* quiso recuperar

---

(117) «Quiero dirigirme a mis correligionarios —escribió en *El Liberal*— y decirles que ya que el candidato republicano no tiene medios de triunfar, vean si ha llegado la hora de exponer al señor Unamuno la realidad de la situación...»; R. Orbe, «Don Miguel Unamuno y don Indalecio Prieto», *EL*, 7 diciembre 1920.

(118) *EL*, 14-17 diciembre 1920.

(119) *GN*, 10-15 diciembre 1920; *EL*, 10-11 diciembre 1920.

el terreno perdido y desmintió repetidas veces que Posse fuese candidato nacionalista, lo que, a su vez, le restó numerosas simpatías entre los nacionalistas, llegando Solidaridad de Obreros Vascos —organización siempre recelosa de unos círculos obreros católicos que le disputaban la misma clientela— a hacer pública su no adhesión a la candidatura de Posse. Después le tocó el turno a la Asociación General de Empleados, al entender varios asociados que el presidente no había consultado a los afiliados al patrocinar oficialmente aquélla. Tras esta decisión, Posse optó por retirarse (120).

Como se había pronosticado, Prieto logró una amplia victoria sobre Unamuno: 8.742 votos frente a 2.919. En Baracaldo, el candidato socialista, Juan De los Toyos, se retiró, como se indicó, mediada la elección, retirada que contribuyó al triunfo del candidato monárquico, Goyoaga, sobre el nacionalista Belausteguigoitia. En Valmaseda, Balparda derrotó al candidato socialista, Pérez Solís, por sólo 74 votos, y eso merced a los evidentes «pucherazos» de Trucíos, donde habían votado los 228 electores que formaban el censo, incluidos seis fallecidos, y Carranza, donde el presidente de la mesa electoral arrojó, al parecer, numerosas papeletas a la urna, adjudicando a Balparda 900 votos de un total de 983 electores (121). Significativo había sido, como se señaló, el abandono en que la dirección socialista de Bilbao había dejado a Pérez Solís. Toda la prensa local dio cuenta de la llegada a la capital de dos camiones repletos de mineros de La Arboleda que se distribuyeron por la villa trabajando activamente la candidatura de Prieto (122). Pérez Solís sólo pudo reunir 2.500 ptas. para su campaña electoral; incluso «socialistas muy caracterizados» le presionaron, según su propio testimonio, para que desistiese de luchar por Valmaseda y aceptase la designación por Baracaldo;

---

(120) *EL*, *GN*, 14-17 diciembre 1920.

(121) *PV*, 24-25 diciembre 1920, 25 diciembre 1920 y 19 enero 1921.

(122) Como en elecciones anteriores, dentro de ese trabajo se incluía la obstrucción de la elección formando largas colas ante los colegios y la suplantación de electores: «veíamos —escribía un redactor de *El Pueblo Vasco*— cómo varios sujetos, dispuestos a votar, volvían de nuevo a la cola y repetían la suerte dos, tres, cuatro, seis veces»; *PV*, 24 diciembre 1920. Mientras en todo Bilbao había votado un 58 por 100, en los tres barrios obreros lo hizo un 70 por 100: en la sección 4 de San Francisco votaron 370 de los 375 electores, haciéndolo 309 a favor de Prieto; *EL*, 21 diciembre 1920.

el mismo día de la elección se le negaron los hombres que pidió para atender los trabajos electorales (123).

Estos hechos parecían indicar que, como en 1919, había existido en 1920 alguna forma de entendimiento entre Prieto y la Liga. En cualquier caso, era evidente que aquél volvía al Parlamento, entre otras razones por la tolerancia de la Liga Monárquica. Se repetía la situación de 1919: Prieto buscaba, como observase el propio Pérez Solís, los apoyos más efectivos a sus aspiraciones políticas. Desde un punto de vista doctrinal, el diputado socialista por Bilbao resultaba «un socialista casi ful», como expresase el doctor Areilza a propósito de las elecciones de diciembre de 1920. A cambio, el PSOE conservaba un diputado —había perdido tres con respecto a 1919—, precisamente el que en las próximas legislaturas más iba a contribuir, con sus intervenciones parlamentarias, a que la influencia de su partido en la vida política del país fuese muy superior a la que podía aspirar con su escasa fuerza parlamentaria (124).

---

(123) O. Pérez Solís, *op. cit.*, pp. 238-245.

(124) E. Areilza, *Epistolario* (Bilbao, 1964), p. 188. El PSOE sólo consiguió en 1920 tres diputados: Prieto, Besteiro e Iglesias, quien, anciano y enfermo, no desempeñó papel alguno en el Parlamento.

## CAPITULO VIII

### CRISIS INDUSTRIAL Y ESCISION DEL PSOE (1921-1923)

#### I. *Terceristas, moscuteros y neocomunistas*

«Lo malo para nosotros, los socialistas —había advertido Prieto en enero de 1920—, no es sólo que los ácratas, deslumbrados por el triunfo de su acción societaria, se entreguen a puerilidades como las de su reciente acuerdo; lo malo es que también ese fulgor ciegue a bastantes correligionarios nuestros» (1).

Los temores de Prieto estaban, desde su punto de vista, plenamente justificados. Principalmente como resultado de la influencia ejercida por la revolución rusa y por el extremismo sindical de la CNT, se había delineado primero, y organizado después, dentro del movimiento socialista español un ala izquierda partidaria de una completa radicalización de los principios ideológicos, programas, política laboral y aspiraciones del PSOE y UGT. La ruptura de la Conjunción republicano-socialista y el pacto UGT-CNT de 1920 habían sido, de hecho, concesiones de la dirección nacional socialista para dar satisfacción a la izquierda y salvaguardar de esa forma la unidad del partido. Ambas medidas eran la expresión práctica de dos de los principios sobre los que giraba la acción de la izquierda socialista: intensificación de la acción de clase, entendida como una no colaboración con partidos políticos no obreros, y unificación de los distintos organismos sindicales sobre la base de una política revolucionaria. Desde que en marzo de 1919 se constituyera en Moscú la Tercera Internacional, el programa de la izquierda

---

(1) I. Prieto, «Socialismo y sindicalismo», *ES*, 1 enero 1920. El acuerdo al que aludía Prieto era el tomado por la CNT en diciembre de 1919 para proceder a la absorción de la UGT.



socialista vino a quedar identificado con la aspiración a la incorporación inmediata a la citada organización. Con este propósito, los inspiradores de la línea «Tercerista» (Núñez de Arenas, Lamonedá, García Cortés, Anguiano y otros) editaron en octubre de 1919 un periódico, *La Internacional* —que vino a sumarse al hasta entonces portavoz de la izquierda socialista, *Nuestra Palabra*, creado en el verano de 1918—, y organizaron, en Madrid y en provincias, diversos actos de propaganda (mítines, conferencias, etc.) (2). En diciembre de 1919, el congreso nacional del PSOE, reunido para abordar el problema de las «Internacionales», acordó, por 14.010 votos contra 12.497, continuar en la Segunda Internacional (socialista, reorganizada, tras la guerra mundial, en Berna en febrero de 1919) condicionalmente, con el compromiso de adherirse a la Tercera Internacional si previamente no se producía una reunificación de ambos organismos (3).

El resultado reflejaba que la fuerza adquirida por la tendencia izquierdista y la influencia que ésta pudiera tener en las organizaciones locales no era de momento fácil de precisar. Por lo que se refiere al País Vasco, las agrupaciones socialistas de Gallarta, La Arboleda y Be-goña (un total de 100 votos) habían delegado su representación en Prieto; las de Eibar, Tolosa y San Sebastián (195 votos), en De Francisco, quien, como Prieto, se opuso al ingreso en la Tercera Internacional; las de Baracaldo y Sestao (104 votos), en Evaristo Fernández, «tercerista»; finalmente, Erandio y Portugalete (68 votos), en Enrique Guzmán, y Bilbao (340 votos), en Pedro Guillar, ambos sin una posición personal claramente definida respecto al problema. Y por su parte, la Juventud Socialista de Vizcaya, con 1.004 afiliados, había nombrado a un antitercerista, Juan Gracia, como su delegado al congreso nacional de las Juventudes Socialistas, celebrado inmediatamente después de concluido el congreso del partido (4).

Pero la significación pro o antitercerista de los delegados no era un dato suficientemente revelador. La desig-

---

(2) Véase *Nuestra Palabra*, 17 mayo, 30 agosto 1919 y 23 enero 1920. A ello se añadiría posteriormente la creación de grupos partidarios de la Tercera Internacional.

(3) *ES*, 9-17 diciembre 1919.

(4) *ES*, 17 diciembre 1919.

nación se hacía por mayoría simple y hay que suponer, a juzgar por lo que ocurrió en posteriores elecciones similares, que el equilibrio de fuerzas dentro de cada Agrupación era notable. Así, por ejemplo, se verá que un número importante de miembros de la Juventud Socialista de Vizcaya, que había nombrado a un moderado como su representante en el congreso de 1919, pasaría en 1921 al partido comunista (5). En cualquier caso, en el tiempo que medió entre el congreso de 1919 y el de 1921, en que se produciría la escisión del PSOE, habría nueva evidencia de que la izquierda socialista disponía de una influencia no desdeñable entre los afiliados a la organización en las provincias vascas y sobre todo en Bilbao. Así, para el nuevo congreso que en torno al mismo problema de las internacionales reuniría el PSOE en junio de 1920, las Agrupaciones socialistas de Baracaldo, Bilbao, Gallarta, Ortuella, San Julián de Musques, Las Carreras, Sestao, San Sebastián, Irún y Vitoria elegirían delegados con mandato expreso de ingresar en la Tercera Internacional; sólo Eibar, Erandio y La Arboleda, representadas respectivamente por Urréjola, De los Toyos y Prieto, habían enviado delegados que apoyaban la adhesión del partido a la Internacional Socialista: «Decididamente —comentaba el corresponsal en Bilbao de *El Socialista* tras la asamblea local en que se decidió el nombramiento de un delegado tercerista, Leandro Carro— el extremismo ha hecho presa en la inmensa mayoría de los afiliados a la Agrupación» (6).

Como ratificación de esa evolución, poco después, en la asamblea de la Federación Socialista Vascongada, celebrada en agosto de 1920, la dirección de *La Lucha de Clases* cambiaría de manos, siendo reemplazado el moderado Emilio Beni, quien de mayo a junio había desarro-

---

(5) Tampoco era un dato particularmente significativo para conocer la posición política de las agrupaciones locales, su reacción ante el problema de la unificación UGT-CNT. La organización socialista de Vizcaya hizo pública su oposición a dicho plan en diversas ocasiones: por ejemplo, en su Congreso Provincial Obrero, celebrado en Bilbao en enero de 1920. Pero esta actitud respondía no tanto a motivaciones ideológicas cuanto al interés de los socialistas por mantener su hegemonía dentro del movimiento obrero vizcaíno frente a los avances del sindicalismo en 1919, a los que ya se hizo referencia. *ES*, 8-9 enero 1920.

(6) *ES*, 17 junio 1920, y *LC*, 19 junio 1920.

llado una intensa campaña antitercerista y en defensa de la unidad del partido (7), por Oscar Pérez Solís, un ex militar, incorporado al PSOE en 1912, hombre prestigioso dentro de dicha organización por sus artículos en la prensa tanto socialista como nacional y por haber sido desterrado de su ciudad natal, Valladolid, al parecer por presiones de don Santiago Alba.

La designación de Pérez Solís como nuevo director de *La Lucha de Clases* no dejaba, sin embargo, de prestarse a confusiones. Era un hombre que no podía ser considerado como «tercerista». Recientes estaban aún sus artículos en *El Sol*, de 1918, en los que había criticado el movimiento de agosto de 1917 y defendido veladamente la aproximación del PSOE a la Monarquía y, más reciente todavía, su oposición al ingreso del partido en la Tercera Internacional en el congreso de junio de 1920 (8). El mismo creía que había sido llamado a Bilbao para reforzar la posición de los dirigentes socialistas frente al ala izquierda (9). Sin embargo, de la significación de su nombramiento no podía dudarse. Beni había dimitido «fundándose —como él mismo dijera en la asamblea de la Federación Vascongada antes mencionada— en que la nueva orientación del partido exigía, a su juicio, que la dirección del mismo y de sus nuevos órganos de publicidad recayera en compañeros que se habían distinguido en la defensa de la nueva modalidad» (10), y quien propuso a Pérez Solís para el cargo fue uno de los portavoces

---

(7) En «Un nuevo partido, los comunistas», *LC*, 15 mayo 1920, Beni calificaba a los miembros de las Juventudes Socialistas que acordaron separarse del PSOE y fundar el que sería primer partido comunista de España como «individuos sin ninguna solvencia moral», y su iniciativa, como «un tremendo error»; ante el congreso de junio, escribía: «Nada puede abonar hoy, no hay pretexto estimable para que ningún socialista se ponga frente al partido...»; «Nuestra actitud», *LC*, 22 mayo 1920. Ejemplos similares escritos por el propio Beni o por colaboradores suyos (R. Varela, Turiel, Arambillet), pueden verse en *LC*, mayo-junio 1920.

(8) Véase O. Pérez Solís, *El partido socialista y la acción de las izquierdas* (Valladolid, s. f., pero 1918); sobre el congreso socialista, *ES*, 21-27 junio 1920. El congreso acordó, por 8.269 votos contra 5.016 y 1.615 abstenciones, ingresar condicionalmente en la Tercera Internacional. Un nuevo congreso, que debía reunirse al regreso de una comisión enviada por el PSOE a Rusia, habría de decidir la resolución definitiva.

(9) O. Pérez Solís, *op. cit.*, p. 224.

(10) *LC*, 14 agosto 1920.

de la corriente tercerista en Bilbao, Juan Pozas, con quien Pérez Solís ya había tenido contactos previamente (11).

Sea como fuera, bien como consecuencia de una crisis personal o por la influencia que sobre él ejerciera un medio como la zona industrializada de Vizcaya, donde existía ya un alto grado de polarización social, de intensidad y características similares a las de muchas sociedades industriales modernas, el caso fue que Pérez Solís evolucionó, desde su llegada a Bilbao en agosto de 1920, hacia posiciones extremistas, apareciendo pronto como uno de los representantes más caracterizados de la izquierda socialista local. Y con esa significación tomó ya parte muy activa en los actos públicos organizados conjuntamente por la UGT y la CNT en el último trimestre de 1920, a raíz de su pacto de septiembre de aquel año (12).

Precisamente en Vizcaya dicha campaña contribuyó a aumentar la influencia de la izquierda socialista en los medios obreros, favorecida por la pérdida de prestigio de los sindicalistas, a raíz de su poco éxito en los conflictos metalúrgicos de 1919-20, ya estudiados, y por el poco entusiasmo de los socialistas moderados en el llamado «pacto del proletariado». Pero hubo, además, otras circunstancias de carácter local que se combinaron para dar fuerza nueva al ala izquierda del socialismo vizcaíno y que explicarían en parte el éxito inicial de la escisión comunista en la provincia. Se produjo, en primer lugar, la reintegración del grupo perezagüista a la disciplina socialista, grupo que, quizá más por razones personales que ideológicas, secundó en adelante cuantos movimientos hizo la izquierda local contra Prieto (13). A su iniciativa se debió un intento para designar a Pérez Solís

---

(11) *Ibid.*

(12) El acto quizá más resonante de aquella campaña fue un mitin celebrado en Bilbao el 16 de octubre de 1920, en el que participaron Pérez Solís y el dirigente de la CNT, Salvador Seguí; *EL*, 17 octubre 1920. Para la evolución personal de P. Solís, véase O. Pérez Solís, *op. cit.*, pp. 223-224.

(13) En las últimas elecciones a las que concurrieron, las provinciales de julio de 1919, los «socialistas veteranos» lograron en Bilbao sólo 278 votos. Pero si como fuerza electoral su influencia era desdeñable, en cambio, dentro del juego de fuerzas de la Agrupación de Bilbao, el centenar de votos que aproximadamente supuso la vuelta de los veteranos de Perezagua al partido, adquiriría un peso considerable, dado que la Agrupación contaba en marzo de 1921 con 570 afiliados; *EL*, 6 julio 1919 y 30 marzo 1921.



como candidato por Bilbao en las elecciones de diciembre de 1920, que, si no prosperó, obligó al menos a los moderados a aceptar la presentación de la candidatura de Solís por Valmaseda, aunque ello representase, como se indicó, un serio golpe para sus compromisos electorales.

Y además, estos mismos compromisos, el abandono en que se dejó a Pérez Solís en Valmaseda, la manjobra de retirar a De los Toyos por Baracaldo y la negativa terminante a apoyar la huelga general nacional de la CNT a fines de 1920 produjeron un evidente descontento en amplios sectores de la opinión obrera, en los que podía percibirse, además, una creciente intranquilidad a causa del clima creado por las continuas y alarmantes referencias de la prensa, economistas, industriales y políticos locales a una inminente crisis industrial (14).

Un incidente personal entre Prieto y Pérez Solís vino a confirmar la honda división del socialismo local. En marzo de 1921, Pérez Solís, que se hallaba detenido en la cárcel de Bilbao con motivo de unos incidentes ocurridos en las elecciones de diciembre, concedió una entrevista a *El Liberal*, de Madrid, en la que acusaba a Prieto de inhibirse en el asunto de su detención. Aunque Prieto demostrase la falsedad de las acusaciones y el propio Pérez Solís desautorizase públicamente la entrevista, el efecto del incidente fue considerable: señaló la ruptura de la aparente cordialidad de relaciones que hasta entonces había existido entre las dos facciones socialistas. A raíz del mismo, los moderados alentaron una campaña de descrédito contra la persona de Pérez Solís: contribuyeron a darle el liderazgo del ala extremista, y posiblemente a convencerle de la necesidad de ir decididamente a la escisión del partido (15).

La escisión se produjo, como es sabido, en el congreso del PSOE celebrado en abril de 1921, y en el que el partido debía adoptar una resolución definitiva respecto a su adhesión a una de las dos internacionales. Previamente las Agrupaciones locales habían celebrado asambleas para decidir el mandato y designación de sus delegados. En la

---

(14) El propio Prieto aludió a ello en su discurso electoral de 1920; *EL*, 17 diciembre 1920.

(15) Véase las cartas cruzadas entre Prieto y Pérez Solís, en *EL*, 15-16 marzo 1921; O. Pérez Solís, *op. cit.*, pp. 256-257; I. Prieto, *De mi vida. Recuerdos, estampas, siluetas, sombras...* (México, 1970), vol. II, páginas 141 y 155.

región vasca, a pesar de que Prieto amenazase públicamente con separarse del PSOE si éste acordaba ingresar en la Tercera Internacional (16), se repitió el resultado de las votaciones de anteriores congresos: Ortuella, Bilbao —que nombró como delegados a Pérez Solís y Perezagua—, Musques, Eibar, Valmaseda, Deusto, Begoña, Gallaarta, Vitoria, Sestao, Las Carreras y San Sebastián optaron por la Tercera Internacional, y en ese sentido votarían sus delegados en el congreso de abril; a favor de la Segunda sólo lo hicieron La Arboleda —representada por Prieto—, Erandio y Portugalete. No pudo producir sorpresa, por tanto, que cuando el congreso decidiese, por 8.858 votos contra 6.094, adherirse a la Internacional socialista, los delegados vizcaínos —Pérez Solís, de forma decidida; Perezagua, con muchas reservas— encabezasen la escisión que creaba el partido comunista (17).

Si los escisionistas creyeron que al separarse del partido socialista provocarían un deslizamiento a la izquierda de todo el movimiento socialista español (agrupaciones locales y sindicales), cometieron un error. El resultado de la votación era engañoso: no reflejaba el hecho de que muchos delegados escisionistas habían sido nombrados por votaciones exiguas y poco representativas. Bilbao había votado a favor de la Tercera Internacional por 190 votos contra 177 y 203 abstenciones; Eibar, por 18 votos a 14, de una Agrupación de 100 afiliados; Las Carreras, por 12 contra 10; San Sebastián, por 14 contra ocho, absteniéndose unos 70 afiliados (18). Además muchas de las Agrupaciones habían autorizado a sus delegados a votar el ingreso en la Tercera Internacional, pero no a plan-

---

(16) «Si el partido socialista —dijo Prieto en abril de 1921 en unas declaraciones a la prensa— se adhiere a la Tercera Internacional, se habrá determinado mi separación del partido», *EL*, 6 abril 1921. Días antes había pronunciado en Bilbao una conferencia con el título «La libertad, base esencial del socialismo», en la que expuso su concepción liberal del socialismo: «soy socialista a fuer de liberal», dijo, y añadió: «La sumisión del partido socialista español a las condiciones que se tratan de imponer desde Moscú, es para mí la negación sustancial de la esencia liberal del partido socialista», *EL*, 22 marzo 1921.

(17) *ES*, 11-19 abril 1921; M. Tuñón de Lara, *El movimiento obrero en la historia de España* (Madrid, 1972), pp. 701-716. Cifras de votación, en *ES*, 25 abril 1921. Otras fuentes indican como resultado: 8.808 votos contra 6.025. Sobre las vacilaciones de Perezagua, véase O. Pérez Solís, *op. cit.*, pp. 276-277.

(18) Para las votaciones previas, véase *EL*, 25 marzo a 8 abril 1921, y *ES*, 22 marzo a 8 abril 1921.

tear la escisión del PSOE. El resultado fue que bastantes Agrupaciones procedieron a desautorizar e incluso expulsar a sus representantes en el congreso, a disociarse de la escisión y a ratificar, por tanto, su adhesión al partido socialista:

«Documento leído por Solís congreso partido —decía un telegrama enviado por la Agrupación Socialista de Bilbao a su Comité Nacional al saberse lo ocurrido en el congreso—, firmado también por delegado suplente Perezagua, responderá criterio personal suyo, pues asamblea Agrupación no autorizó a su delegado para hacer manifestaciones que tendieran a romper unidad de partido» (19).

Pocos días después, la Agrupación acordaba, por 140 votos contra 10, expulsar a sus dos delegados. Parecidos telegramas y resoluciones fueron enviados y tomadas por las Agrupaciones de Eibar, Begoña, Baracaldo y Sestao (20).

De esta forma, el alcance que inicialmente pudo tener la escisión quedó disminuido. Se vio reforzado, a cambio, por el acuerdo de las Juventudes Socialistas de ingresar en el nuevo partido, tomado en un congreso celebrado a renglón seguido del congreso del PSOE (21). Pero incluso así las dimensiones numéricas del recién creado partido comunista eran comparativamente modestas: en noviembre de 1921 contaría en toda España con unos 6.500 miembros (22). En Vizcaya, la Agrupación Comunista de Bilbao tendría en el momento de constituirse unos 500 afiliados, según Pérez Solís. Es de suponer que una parte procediese de la propia Agrupación Socialista, quizá un número que oscilase entre los 100 y 150 miembros, pues

---

(19) *EL*, 16 abril 1921.

(20) *EL*, 20, 24, 29 abril 1921; *ES*, 26 abril 1921.

(21) *ES*, 28 abril 1921.

(22) Unos 4.500 del partido comunista creado en la escisión de abril de 1921 y unos 2.000 del partido comunista creado, como se indicó en una nota anterior, en abril de 1920 por algunas secciones de las Juventudes Socialistas. Este primer partido no llegó a tener influencia real en Vizcaya: la Juventud local, dirigida entonces por Julián Zugazagoitia y Emilio Beni, se negó a secundar aquella escisión. Véase *EL*, 16 marzo 1920, y archivos de J. Humbert-Droz, *Origines et débuts des partis communistes des pays latins (1919-1923)* (Amsterdam, 1970), páginas 92-97 y 113-130.

to que de los 230 afiliados que la Agrupación aseguró tener en el congreso de abril, los socialistas retuvieron al menos 140, como se vio al votarse la expulsión de Solís y Perezagua; pero una gran mayoría de los afiliados al nuevo partido debieron reclutarse en las filas de las Juventudes Socialistas locales, cuyos efectivos disminuyeron, entre abril de 1921 y abril de 1922, en 523 afiliados. Otro tanto debió ocurrir en Eibar, donde la organización juvenil socialista pasó de tener 173 afiliados en diciembre de 1920, a 40 dos años después, y es posible que a la misma causa se debiese la disolución de las Juventudes Socialistas de San Sebastián y Pasajes, que en el momento de la escisión tenían respectivamente 40 y 12 afiliados (23).

En cualquier caso, el carácter juvenil de la nueva entidad política era indudable. Según el corresponsal en Bilbao de *El Socialista*, llegó a creerse que la Juventud Socialista se pasaría en bloque al comunismo, y a los propios líderes comunistas no escapó aquel hecho: «Predominaba en nuestras filas —atestiguaba Pérez Solís— la gente joven» (24). Sin duda, a ello se debería, en gran medida, el dinamismo que pronto desplegaría el nuevo partido; pero al propio tiempo la misma juventud de la mayoría de los dirigentes pudo contribuir a limitar la posible influencia del partido. Muchos veteranos mineros de La Arboleda debieron considerar los veintiún años del nuevo secretario del Sindicato Minero, José Bullejos, razón suficiente como para no aceptar su liderazgo. Y cabe sospechar que una reacción semejante se produjera entre trabajadores de generaciones maduras, cada vez más numerosos en una región donde la industrialización duraba ya cuarenta años.

El nuevo partido carecía, por otra parte, de líderes de prestigio comparable al de los dirigentes socialistas. La plana mayor del socialismo local (Prieto, Laiseca, De los Toyos, De Francisco, Torrijos, Turiel, Merodio, etc.) ha-

---

(23) Cifras de afiliados a las Juventudes, en *ES*, 19 julio 1920, 28 abril 1921, 23 abril y 23 diciembre 1922; Agrupación comunista de Bilbao, en O. Pérez Solís, *op. cit.*, p. 279. Como se detalla en una nota posterior, el número de afiliados al PSOE en el País Vasco en abril de 1921 era de 1.032; dos años después, en 1923, de 698. *Anuario Estadístico de España 1923-24* (Madrid, 1925), p. 434.

(24) O. Pérez Solís, *op. cit.*, p. 280; «Postales bilbaínas», *ES*, 27 mayo 1921.



bía permanecido dentro de la disciplina del PSOE, salvo algunas excepciones, como Pérez Solís, Perezagua o Leandro Carro. Pero de ellos, Pérez Solís era un hombre sin arraigo en la región y en exceso errático, condición que los socialistas explotaron hábilmente en su contra (25); y Perezagua, demasiado veterano como para adaptarse al estilo e ideas de sus jóvenes correligionarios y demasiado señalado por el recuerdo de su anterior escisión como para que no se viese en la de ahora una simple ambición de revanchismo personal (26).

El nuevo partido aparecía, por tanto, como una entidad predominantemente juvenil y sin figuras de relieve, circunstancias que lógicamente hubieron de influir de alguna manera en su futuro político. Por la misma estructura del movimiento obrero de Vizcaya —y en parte también de Guipúzcoa—, caracterizada desde 1919-20, como se indicó, por el poder de algunos fuertes Sindicatos, el futuro de la escisión comunista dependería del impacto que tuviese en el seno de aquellas organizaciones sindicales (27). Inicialmente, la evidencia hacía pensar que ese impacto carecería de verdadera significación. En su congreso nacional celebrado en junio de 1920, la UGT había votado, por 110.900 votos contra 17.919 y 3.910 abstenciones, permanecer dentro de la Internacional Sindical Socialista. El divorcio entre los terceristas del PSOE y la masa de afiliados a los sindicatos ugetistas parecía, por tanto, patente. Y quizá por temor a aparecer divorciados de la base sindical —y en parte también por seguir la política de Moscú, que inicialmente les ordenó

---

(25) *La Lucha de Clases* fue publicando en una sección llamada «Recordatorio», escritos reformistas de Solís anteriores a la escisión, *LC*, 6 agosto 1921 y ss.

(26) Véase la propia opinión de Solís al respecto, en O. Pérez Solís, *op. cit.*, pp. 227-230.

(27) J. Urrea, «La escisión en Vizcaya», *ES*, 27 abril 1921. Frente a los 20.000 afiliados a la UGT en Vizcaya y a los 9.000 en Guipúzcoa, el número de afiliados al PSOE era insignificante. He aquí el número de afiliados a las agrupaciones socialistas del País Vasco en el congreso de 1921: Erandio, 20; La Arboleda, 68; Las Carreras, 30; Lejona, 22; Portugalete, 38; San Sebastián, 90; Tolosa, 18 (todas ellas votaron por la Segunda Internacional); Begoña, 35; Baracaldo, 69; Bilbao, 225; Deusto, 20; Eibar, 100; Gallarta, 40; Irún, 30; Ortuella, 25; Musques, 46; Sestao, 68; Valmaseda, 55; Vitoria, 33 (que lo hicieron por la Tercera). Total: 1.032. *ES*, 25 abril 1921.

tomar los sindicatos desde dentro—, los comunistas no se decidieron a escindir la UGT (28).

Incluso en los puntos y entidades en que la escisión se hizo inevitable, los sindicatos controlados por los comunistas permanecieron, en teoría al menos, afiliados a la central sindical socialista. Esto es lo que ocurrió con el Sindicato Minero de Vizcaya. En una asamblea del mismo, celebrada en La Arboleda en junio de 1921, los delegados comunistas lograron un señalado éxito: consiguieron que el socialista Turiel cesase como secretario del Sindicato, que le sustituyera en el cargo José Bullejos y se trasladase la sede del comité ejecutivo a Gallarta, es decir, fuera del feudo socialista de La Arboleda; asimismo, obtuvieron —con el voto en contra de las secciones de La Arboleda, San Salvador del Valle, Portugalete y Begoña— que se aprobase una moción del delegado de Musques, Julián Ruiz, proponiendo que el Sindicato defendiese en el próximo congreso de la UGT el ingreso en la Internacional Sindical Roja, creada recientemente en Moscú (29). En una nueva asamblea celebrada en noviembre, en Gallarta, el nuevo comité ejecutivo (comunista) acordó dejar sin voto a las secciones cuyas cotizaciones no estuvieran en regla: ello provocó la retirada de 11 de las 18 secciones que integraban el Sindicato, que, reunidas un mes después, acordaron declarar ilegal el congreso de Gallarta, restituir en sus cargos al anterior comité y requerir notarialmente a la Caja de Ahorros para que se abstuviese de entregar fondos del sindicato. La escisión estaba planteada: los socialistas, cuyo Sindicato pasó a llamarse Sindicato Minero de La Arboleda, habían retenido las secciones de La Arboleda, Baracaldo, San Salvador del Valle, Alén, Las Carreras, Ledo y núcleos apreciables en Gallarta, Portugalete, Begoña y Sopuerta; los comunistas, cuyo comité pasó a residir en Bilbao a fines de 1921, las de Bilbao, Ortuella, Regato, Musques y

---

(28) *ES*, 28 junio 1920 y ss.; *LC*, 10 julio 1920.

(29) *ES*, 4 julio 1921; *EL*, 2 y 17 agosto 1921. Aunque el hecho sea en sí irrelevante, Julián Ruiz estaba casado con Dolores Ibárruri, cuya labor dentro de la organización comunista de Vizcaya en los años 1921-23 no debió ser muy notoria. En todo caso, la policía consideraba como los individuos más significados del nuevo partido a Pérez Solís, Carro, Pozas, Fresno, Méndez Núñez, Solozábal y Goyo Díaz. «Visita del director general de Orden Público a Bilbao a primeros de marzo de 1923», Archivo Romanones, legajo 70.

Aceña; 210 mineros de Gallarta enviaron una carta a la prensa expresando su adhesión al comité de Bilbao, al que apoyaban también grupos de Las Carreras y Begoña. Numéricamente no era fácil discernir la división de fuerzas: según Bullejos, el secretario del Sindicato comunista, éste tendría a finales de 1921 unos 1.300 cotizantes, por 500 del organismo socialista; pero según *El Socialista*, al Sindicato de La Arboleda seguían perteneciendo un 80 por 100 de los mineros sindicados de Vizcaya (30). Cualquiera que fuesen los efectivos numéricos de cada grupo, la realidad demostraría pronto que ninguno de ellos disponía de fuerza suficiente como para atribuirse la representación exclusiva de los trabajadores de las minas.

Los comunistas, no obstante, prefirieron, por las razones ya apuntadas, seguir dentro de la UGT. El comité del Sindicato Minero de Bilbao rechazó una proposición de ingreso en la CNT y aún solicitó del Comité Nacional de la UGT su negativa a admitir al Sindicato de La Arboleda (31).

Los bien explícitos propósitos revolucionarios del nuevo partido se concretarían en Vizcaya a partir del verano de 1921, en una serie de movimientos huelguísticos promovidos con el doble objetivo de desplazar a los socialistas de la dirección efectiva del movimiento obrero de la provincia y fomentar un clima de agitación social que permitiese incluso algún intento insurreccional (32).

---

(30) *ES*, 1 y 29 diciembre 1921; *LC*, 7 enero 1922; *Las Noticias*, 29 noviembre 1921; J. Bullejos, «Escisión inevitable», *Las Noticias*, 31 diciembre 1921. Según datos oficiales, los afiliados al Sindicato Minero antes de la escisión, en julio de 1920, eran: La Arboleda, 1.360; Gallarta, 1.300; Ortuella, 745; Sopuerta, 560; Musques, 475; Bilbao, 392; Aceña, 391; Las Carreras, 343; San Salvador del Valle, 258; Baracaldo, 177; Regato, 173, y las restantes secciones, cifras inferiores al centenar; *ES*, 6 julio 1920. El problema es que a consecuencia de la crisis industrial, que se inició en enero de 1921, las cotizaciones cesaron bruscamente.

(31) *Las Noticias*, 20 noviembre 1921, 31 diciembre 1921. Según Pérez Solís, los comunistas debían prestar su apoyo a organizaciones obreras revolucionarias, por lo que entendía que en España debían incorporarse a la CNT. Pero sostenía que previamente intentarían incorporar la UGT a Moscú, «dotándola de verdadero espíritu revolucionario», y unirla a la CNT. Véase «Por derroteros peligrosos», *Las Noticias*, 20 noviembre 1921, firmado con el seudónimo Pedro Minio.

(32) Según D. Ibárruri, los comunistas habían decidido promover una insurrección armada en el verano de 1921 que debía comenzar en Bilbao; D. Ibárruri, *They shall not pass* (London, 1966), p. 68.

Muchos de los jóvenes miembros de la organización comunista veían en el radicalismo sindical y terrorismo revolucionario de la CNT la causa de la movilización de las clases obreras españolas en 1919-20; creyeron que la adopción por su partido de tácticas similares le permitiría asumir el liderazgo político de los trabajadores (33). Ello explicaría en parte los numerosos actos de violencia que, como veremos, se producirían en Vizcaya en los años 1921-23, con ocasión de problemas directamente relacionados con asuntos laborales.

Los primeros efectos que sobre el juego de fuerzas políticas de Vizcaya podía tener la aparición de un nuevo partido obrero a la izquierda del socialista, pudieron apreciarse en el verano de 1921, en que la capital y las zonas industriales de la provincia se vieron afectadas por paros de carácter general inspirados principalmente por el nuevo organismo. El 25 de julio, al saberse en Bilbao el derribamiento de la comandancia de Melilla, comunistas y sindicalistas convocaron un paro de veinticuatro horas como protesta contra el envío de tropas a Marruecos. No fueron consultadas anticipadamente las organizaciones de la UGT; al Sindicato Metalúrgico se le invitó a sumarse a la huelga sólo un día antes de la fecha acordada para su iniciación y negó su colaboración. El paro, privado del apoyo de las organizaciones obreras más fuertes, fracasó; pero el 29 de julio, algunos grupos recorrieron las calles de Bilbao parando tranvías y cerrando comercios. Ante estos acontecimientos, muchos obreros abandonaron sus puestos de trabajo, por lo que pudo hablarse de que se había declarado la huelga general. Y, en efecto, el paro en la capital fue muy amplio, aunque se trabajase en puntos de la zona minera y en numerosas fábricas de la zona fabril. Varios dirigentes comunistas (Perezagua, Solís, Carro y otros) fueron detenidos; no se produjeron incidentes graves (34).

---

(33) J. Bullejos, «Escisión inevitable», *Las Noticias*, 30 diciembre 1921.

(34) Muchos historiadores han creído que el paro se convocó el 29 de julio y que fue un éxito. Sin embargo, la convocatoria de huelga no ofrece dudas: «Trabajadores, comunistas, sindicalistas, obreros. Hoy, 25 de julio, huelga general por veinticuatro horas. Obreros, obedeced», *Las Noticias*, 2 agosto 1921. Por eso pudo hablar Adán en *ABC* de «fracaso comunista», observando que, a pesar de la llamada a la huelga, los días 26, 27 y 28 de julio salieron de Bilbao barcos cargados de tropas dentro del mayor entusiasmo. *La obra de J. Adán* (Bilbao, 1944), vol. I, p. 161. Véase, además, *EL*, 31 julio, 2 y 4 agosto 1921;



Un mes después, el 31 de agosto, Bilbao volvía a ser escenario de sucesos de parecida índole, sólo que ahora el objetivo del movimiento era protestar contra la su-puesta política represiva practicada por el gobernador ci-vil, Regueral, a raíz de los anteriores acontecimientos, y hubo otras diferencias: la huelga fue mucho más intensa y sus derivaciones, más graves. Convocada como el ante-rior, por comunistas y sindicalistas, a espaldas de los sin-dicatos ugetistas, el paro contó esta vez, por el simple hecho de estar dirigido contra Regueral, con el apoyo de Solidaridad de Obreros Vascos, que veía en el gober-nador el amparador de la ya referida maniobra socialista de 1920 para lograr el monopolio de la representación obrera (35). Así, los trabajadores de Astilleros Euskaldu-na —«los incubadores del esquiolaje en Vizcaya», según *La Lucha de Clases*— fueron esta vez los primeros en pa-ralizar el trabajo (36).

Incluso así, la huelga no alcanzó dimensiones consi-derables hasta que no la secundó la UGT local: el mis-mo 31 de agosto se trabajó con normalidad en todas las grandes fábricas y en las minas de La Arboleda. Ni si-quiera en Bilbao llegó la huelga a alterar el ritmo nor-mal de la vida cotidiana. La perspectiva de un segundo fracaso llevó a los dirigentes de la huelga a intentar, me-diante violencias y coacciones, la prolongación e inten-sificación de la misma, y a Regueral, sin duda informado de esos planes, a hacer un masivo despliegue de medidas de seguridad. El 1 de septiembre Bilbao amaneció tomado militarmente por fuerzas del ejército, Guardia Civil, Guardia Foral y guardia de seguridad. Al intentar los huelguistas interrumpir el tráfico rodado y el funciona-miento de servicios públicos, y forzar la suspensión de operaciones en los muelles, se produjeron numerosas car-gas de la policía, carreras, tiroteos dispersos y detencio-nes: en un violento choque en el centro mismo de Bilbao, un obrero resultó muerto y ocho heridos de considera-ción. Los socialistas dieron entonces orden de secundar

---

LC, 6 agosto 1921; «El manifiesto de los metalúrgicos», LC, 17 sep-tiembre 1921 (donde el comité ejecutivo razonaba su negativa a secun-dar el paro), y ES, 1 agosto 1921.

(35) «Después de la huelga. Nuestra actitud», *Euzkadi*, 6 septiem-bre 1921.

(36) LC, 10 septiembre 1921.

la huelga, y desde el 2 al 5 de septiembre permanecieron parados en Bilbao y zonas industriales unos 50.000 trabajadores: durante esos días no hubo periódicos, ni pan ni alumbrado público; el comercio, con excepción de algunos cafés y bares, permaneció cerrado; soldados de caballería patrullaron permanentemente por las calles de la capital. Fueron detenidas unas 150 personas; no hubo ya incidentes como los del día 1, aunque por las noches se oyeron detonaciones aisladas en los barrios «altos». El 5 de septiembre, al acordar el gobernador levantar la clausura de la Casa del Pueblo de Bilbao, ordenada días antes, la UGT acordó dar por terminada la huelga: la decisión bastó para que se reincorporasen al trabajo la casi totalidad de los trabajadores (37).

En cierto sentido, la enseñanza que parecían proporcionar ambos paros era la misma: que el poder real del movimiento obrero vizcaíno seguía en manos de los sindicatos socialistas. El primero, el promovido contra el envío de tropas a Marruecos, fracasó falto de su apoyo (38); el paro contra Regueral sólo fue un hecho cuando dichos sindicatos lo secundaron, y concluyó cuando ellos lo ordenaron. La estabilidad social parecía, por tanto, depender en gran medida de la UGT local: no parecía posible asegurarla ni alterarla sin contar con ella, y mucho menos procediendo contra ella.

Y, sin embargo, a pesar de ello, ambos conflictos habían puesto a la organización obrera socialista en una posición extremadamente incómoda. En ambos casos se había visto desbordada por el dinamismo de los grupos de extrema izquierda. A pesar de que tras el paro de 29 de julio, *La Lucha de Clases* había asegurado que no se repetirían movimientos como aquél, un mes después los socialistas, ante el temor de ver su autoridad dentro del movimiento obrero local nuevamente comprometida,

---

(37) *EL*, 1, 4-6 septiembre 1921; *LC*, 10-17 septiembre 1921; *ES*, 1-7 septiembre 1921; *PV*, 47 septiembre 1921.

(38) Los comunistas se equivocaron: la caída de la comandancia de Melilla no sólo no produjo una reacción popular contra la guerra, sino que, al contrario, dio lugar, por muy breve tiempo, a una explosión de patriotismo: «Cuando se conoció la magnitud de la tragedia —escribía Prieto—, ni un grito de espanto... Silencio y mansedumbre: ésa fue la respuesta»; I. Prieto, «En el desierto», *EL*, 1 enero 1922; véase la misma idea en A. Hoyos y Vinent, «El sentido del patriotismo del pueblo», *ABC*, 11 agosto 1921; O. Pérez Solís, «Pequeñeces», *Las Noticias*, 24 agosto 1921.

creyeron conveniente sumarse a una huelga en cuya gestación no les cabía responsabilidad alguna, pues no de otra forma debía interpretarse su decisión del 1 de septiembre ordenando la ampliación del paro contra Regueiral (39). De esta forma, la organización socialista parecía verse emplazada en una posición política difícil: corría el riesgo de no tranquilizar suficientemente a partidos y entidades de orden, sin satisfacer plenamente a todos los sectores de la opinión obrera y de izquierdas. Podría incluso llegarse a una situación en la que aquella «política de equilibrio social», de la que dependían en tan alto grado las posibilidades electorales de Prieto, se viese amenazada.

Como ya previese el propio Prieto, tales eran, por el momento, las consecuencias iniciales de la escisión comunista en Vizcaya (40): se habían separado del socialismo grupos minoritarios, que habían permitido al nuevo partido ocupar algunos puestos en las ejecutivas de algunas entidades obreras. La significación de todo ello era a veces más simbólica que real, como en el caso de la Casa del Pueblo de Bilbao: pasó a ser administrada por los comunistas, pero la mayoría de los sindicatos domiciliados en ella se trasladaron a los locales del círculo socialista (41). Las masas de afiliados a las sociedades obreras de la UGT seguían, salvo en el caso de los mineros, dentro de la disciplina socialista.

El partido comunista no parecía, por tanto, disponer de una clientela política y sindical suficientemente considerable para hacer de él una verdadera fuerza electoral y social, ni a escala local ni nacional (42). La escisión parecía restar fuerzas al PSOE, sin que el nuevo

---

(39) «Con lo que no estamos ni podemos estar de acuerdo —decía *La Lucha de Clases* sobre la huelga de 29 de julio— es con que estos movimientos se realicen a tontas y a locas... Y podemos afirmar que no se repetirá», *LC*, 6 agosto 1921.

(40) «Tengo para mí que la escisión iniciada anoche —había escrito Prieto al día siguiente del congreso de abril de 1921— va a quedar reducida a límites verdaderamente minúsculos. El perjuicio evidente, eso sí, será contener el avance del partido socialista...»; I. Prieto, «Después del congreso», *EL*, 15 abril 1921.

(41) Algo similar ocurrió en San Sebastián, donde el comité ejecutivo de la Casa del Pueblo pasó también a quedar con mayoría comunista.

(42) Ello independiente de que, en el caso de la participación electoral, muchos jóvenes miembros del partido se declarasen «apolíticos»; O. Pérez Solís, *op. cit.*, p. 308.

partido llegase a absorberlas. Así, en las elecciones provinciales de junio de 1921 por el distrito de Valmaseda, primeras celebradas tras la escisión, la candidatura socialista (Merodio, Carretero, Mairal) obtuvo 1.746 votos menos que los que había obtenido meses antes, en las elecciones generales de diciembre de 1920, Oscar Pérez Solís (43). En parte, sin duda, la abstención de los comunistas explicaba la disminución de votos de los socialistas. Pero ello no significaba que todos los votos perdidos por éstos hubiesen ido al nuevo partido: en las elecciones municipales de febrero de 1922, los socialistas lograron 78 votos en Ortuella por 17 los comunistas; en Gallarta, 108 frente a 65 (44).

El problema, por tanto, era si el partido comunista iba a seguir siendo un movimiento minoritario o si, por el contrario, acabaría por transformarse en un movimiento de masas. Los primeros resultados de la escisión apuntaban en contra de esta última posibilidad. Sin embargo, había circunstancias que parecían favorecer al nuevo partido. En los primeros días de 1921, la crisis industrial que se venía pronosticando desde que terminase la guerra mundial comenzó a dejarse sentir en la región, adquiriendo súbitamente proporciones alarmantes. El intenso descontento obrero que provocó podía servir de plataforma al partido comunista. Al menos parecía dar la razón a los argumentos esgrimidos por éste y erosionar seriamente la política de compromisos laborales patrocinada en los últimos años por el ala moderada del socialismo local (45).

---

(43) Pérez Solís obtuvo 4.248 votos; Merodio, 2.502. El hecho era aún más significativo, ya que en elecciones provinciales votaban en Valmaseda pueblos tan eminentemente obreros como Baracaldo y San Salvador del Valle. Es posible, no obstante, que a Pérez Solís le votaran, como se rumoreó con insistencia, los nacionalistas (para derrotar a Balparda). Incluso así, el retroceso electoral socialista había sido notable; *EL*, 14-18 junio 1921. Inicialmente se dijo que Merodio había logrado 3.063 votos, cifra manejada por los socialistas, pero luego fue rectificada, dándose por definitiva la de 2.502.

(44) En Bilbao, los socialistas habían de momento mantenido sus posiciones: 2.243 votos en febrero de 1920, 2.396 en febrero de 1922; *LC*, 11 febrero 1922.

(45) Los comunistas eran, sin duda, la mayor oposición que los socialistas tenían dentro del movimiento obrero de Vizcaya. La organización sindicalista había quedado muy quebrantada tras la represión que sufrió con motivo de un incendio, al parecer intencionado, en la Naval, en noviembre de 1920, y del asesinato del gerente de Altos



## II. Ofensiva patronal y oportunidad comunista

El cierre de algunas minas en Sopuerta en enero de 1921 y el despido en el mismo mes de algunos trabajadores en la zona fabril marcaron el comienzo de la esperada y temida crisis industrial de Vizcaya, pronto extendida a todo el País Vasco y a la casi totalidad de los distintos sectores industriales del mismo: «Hay crisis obrera en Bilbao —aseguraba *El Liberal* el 26 de enero de aquel año—. A consecuencia de ella muchos obreros están parados.» En los días inmediatamente posteriores a esa fecha, la Basconia anunció la implantación de la semana laboral de cuatro días; Papelera Española, la de tres días en sus fábricas de Aranguren, Arrigorriaga, Rentería y Tolosa. La misma medida tomaron las papeleras Areixas y Ruiz Arcaute, de Tolosa, mientras que la Papelera Urumea, de Hernani, tuvo que cerrar sus plantas. El 14 de febrero se tuvo noticia en Bilbao del despido «de cientos» de obreros en la zona minera. A finales de aquel mes, el número de barcos de la matrícula de Bilbao amarrados por la paralización del tráfico marítimo ascendía a 57, por lo que se estimaba en 1.500 el número de tripulantes en paro forzoso (46).

Las más pesimistas impresiones se confirmaron a lo largo del primer trimestre de 1921. «La crisis industrial en esta provincia —había escrito el secretario del Sindicato Metalúrgico de Guipúzcoa en enero— se avecina velozmente.» Y, en efecto: a las medidas tomadas por las papeleras siguieron otras similares —semana de tres días— en fábricas de tejidos y metalúrgicas de Tolosa; reducción del ritmo de trabajo en todo el sector de la construcción de la provincia; crisis de trabajo en los astilleros de Pasajes y consiguiente emigración de trabajadores a Francia; alarmante situación en Eibar y otros

---

Hornos, Manuel Gómez, en enero de 1921; *EL*, 27 noviembre 1920, 29 enero 1921, 25 mayo 1921. En Guipúzcoa, la CNT tuvo en Galo Díez un líder hábil que supo crear una pequeña base sindicalista en Tolosa, explotando los compromisos Urgoiti-De Francisco, y en Eibar; núcleos sindicalistas operaban con cierta influencia entre los obreros del puerto de Pasajes y construcción de San Sebastián; *VG*, 27 octubre 1919, 7-9 enero 1920; 22 agosto 1920; *ES*, 25 enero 1921.

(46) *EL*, 2 marzo 1921; crisis papelera, en *EL*, 15 febrero 1921; *ES*, 28 mayo 1921; *VG*, 24-27 enero 1921; crisis minera, en C. Turiel, «La crisis minera en Vizcaya», *ES*, 4 marzo 1921 y 20 abril 1921, y del mismo, «La crisis del trabajo en las minas», *LC*, 8 octubre 1921.

pueblos dependientes de la industria armera (Elgóibar, Ermua, Placencia, etc.; en total dependían de ella unas 20.000 personas), en los que a la grave crisis ya planteada al acabar la guerra mundial por contracción de la demanda exterior, se añadieron a lo largo de 1920 una suspensión temporal de la exportación de armas cortas y rayadas, y medidas tendentes a restringir la venta interior de armas implantadas por un gobierno Dato como medio de combatir el terrorismo: los fabricantes se vieron obligados a prescindir de numerosos obreros y a reducir la jornada laboral a cuatro horas (47).

En la zona fabril de Baracaldo-Sestao, fábricas como Aurrerá e Iberia procedieron a reducir la semana laboral según la fórmula adoptada en la Basconia; en abril, 483 obreros estaban en paro absoluto y 309 en jornada reducida de cuatro días. Si a ellos se añadían los parados de la Naval, cuyas factorías permanecían cerradas desde noviembre de 1920 a causa de un incendio, el total de desempleados en la zona se aproximaba a la cifra de 5.000, calculada por el nuevo secretario del Sindicato Metalúrgico, Angel Lacort (48). Al mismo tiempo, la Luchana Mining suspendía sus tareas, dejando sin trabajo a 490 mineros, y en la casi totalidad de las explotaciones quedaba establecido el sistema de trabajo a tres días (49).

La crisis no hizo sino empeorar a lo largo de aquel año. Los informes de los inspectores de trabajo de la región, referentes a la segunda mitad de 1921, no podían ser más elocuentes: se calculaba que el paro —los informes no indicaban si absoluto o parcial— afectaba al 33 por 100 de los trabajadores de la industria química guipuzcoana (Oñate, Beasain, Rentería), aunque tendía a mejorar; a un porcentaje idéntico en el caso de la industria metalúrgica de aquella provincia (citándose en el informe las localidades de Tolosa, Rentería, Pasajes, Eibar, Irún,

---

(47) «Hay que salvar a Eibar», *VG*, 24 abril 1921; A. Lascurain, «La industria escopetera», *VG*, 27 abril 1921; J. M. Echaluze, «El Gobierno y la industria armera», *VG*, 9 julio 1921 y ss.; *AG*, serie A, legajo 3, «Armas». Sobre crisis en Guipúzcoa, *ES*, 19 enero 1921; *VG*, 27 enero y 29 abril 1921.

(48) *EL*, 6 abril 1921; A. Lacort, «La industria del hierro en Vizcaya», *ES*, 8 marzo 1921. La Naval reabrió sus fábricas en mayo, *EL*, 25 mayo 1921.

(49) C. Turiel, «La crisis del trabajo en las minas», *LC*, 8 octubre 1921.

Elgóibar, Placencia, Mondragón, Oñate, Legazpia, Villarreal y Villafranca), también con tendencia a atenuarse; a un 30 por 100 en la industria de alimentación de Guipúzcoa (Rentería, Hernani), y a un 50-80 por 100 en el mismo ramo, pero en el sector pesquero, de Vizcaya (Bermeo, Lequeitio, Ondárroa); a un 50 por 100 en la industria textil vizcaína, en situación estacionaria; y a cifras muy altas en los casos de la industria del papel de Guipúzcoa —60 por 100— y de la minería de Vizcaya —66 por 100—, este último, además, con tendencia a agravarse. Por lo que se refería a la industria del metal en Vizcaya, se daban porcentajes de un 50 por 100 de parados en las industrias del término de Erandio, de un 58 por 100 en las de Deusto y de un 66 por 100 en las de Basauri (50). Los informes no mencionaban la situación en las industrias siderometalúrgicas de Bilbao y la zona Baracaldo-Sestao, pero, salvo en el caso de Altos Hornos, que mantuvo sin reducciones drásticas su personal, debió ser muy similar a la de las tres localidades mencionadas. En definitiva, el número de trabajadores empleados en la industria del metal de Vizcaya había disminuido, entre 1920 y 1922, en un 40 por 100 (51).

En círculos industriales y financieros se atribuía la crisis a la pérdida de mercados debido a la poca competitividad de la industria española. De ahí la insistencia de dichos círculos en solicitar mayor protección arancelaria para la industria nacional y en introducir nuevos esquemas de trabajo orientados a lograr una más elevada productividad y una reducción de los costes de producción. En otras palabras, desde finales de 1920 comenzó a rumorearse en Vizcaya y Guipúzcoa que numerosas empresas planeaban importantes reducciones salariales (52).

Pudo ser que en algunos casos se exagerase la gravedad de la crisis con el propósito de obtener del Gobierno protección arancelaria —lo que la industria española

---

(50) Boletín del Instituto de Reformas Sociales, tomo XVIII, vol. I, julio-diciembre 1921, pp. 730 y ss.

(51) Según un informe de prensa, el número de trabajadores de 26 empresas del sector (entre ellas Euskalduna, Basconia, la Naval, T. Zorroza, T. Deusto, es decir, casi todas las grandes empresas, salvo AHV), que en 1920 había sido de 15.709, se había reducido en 1922 a 6.635; *Prensa Bilbaína*, 24 mayo 1922.

(52) *EL*, 26-30 enero 1921, 15 febrero 1921; «A falta de protección arancelaria», *EL*, 6 mayo 1921.

logró con el arancel de 1922— u otros tipos de ayuda como estímulos fiscales o anticipos reintegrables, como los diez o doce millones de pesetas pedidos por la minería vizcaína en febrero de 1921; y también podía argumentarse sobre la responsabilidad que en la crisis incumbía a los propios industriales del país por no haber sabido aprovechar la favorable coyuntura creada por la guerra y procedido a una reestructuración de la industria nacional, mediante reinversión de capitales y ampliación y modernización de plantas (53). Pero de la realidad de la crisis no cabía dudar y, al margen de los diversos factores que pudieran contribuir a agravarla, parecía innegable que su origen había que atribuirlo muy principalmente a la desaparición de las excepcionales circunstancias económicas que el país había experimentado durante la Primera Guerra Mundial.

Así, la producción de mineral de hierro de la provincia de Vizcaya disminuyó de 2.568.326 toneladas en 1920 a 1.211.450 toneladas en 1921, a causa de una espectacular caída de las exportaciones (54). La prosperidad de la Marina Mercante local, debida a los elevadísimos precios de los fletes durante la guerra, terminó al concluir ésta y volver los precios a los niveles de preguerra: la crisis de las navieras vizcaínas se agudizó con el retorno al servicio de las flotas americana, inglesa y alemana, con unidades de construcción más reciente y tonelaje mucho mayor que las españolas. Los astilleros locales carecían de las instalaciones, capacidad técnica e industrias auxiliares necesarias para acometer la construcción de barcos de las características y dimensiones que parecían exigir las nuevas circunstancias. La construcción naval en la ría de Bilbao disminuyó de 69.023 toneladas en 1920 a 44.845 en 1921 —descenso aún no muy notable debido a la acumulación de pedidos anteriores— y a 29.542 en

---

(53) Este último era el argumento esgrimido por los portavoces obreros, y como tal ha sido aceptado, sin crítica suficiente, por muchos historiadores. Sin embargo, ya se indicó que, al menos en la industria siderometalúrgica de Vizcaya, las reinversiones de capital, creación de nuevas factorías, adquisición de material moderno, etc., tuvieron mayor amplitud que lo que habitualmente se considera. Véase *supra*, cap. 6, pp. 362-63.

(54) En 1920 se exportaron 2,3 millones de tm.; en 1921, 0,7 millones. A la caída de los fletes se unió la sustitución del mineral vizcaíno —cuya calidad había continuado deteriorándose— por el sueco en el mercado inglés.



1922, y aún siguió descendiendo en los años posteriores (55). Ello repercutió indudablemente en la producción siderúrgica, ya afectada desde 1920 por la competencia de los productos extranjeros. Altos Hornos mantuvo en 1921 el nivel de producción de los años anteriores, pues la disminución de ventas experimentada en 1920-21 aún tardó algún tiempo en dejar sentir sus efectos: pero la reducción de beneficios, sensible ya en 1921, revelaba la mala situación de la empresa (56). Y en situación parecida se vieron muchas otras empresas de los distintos sectores industriales de la región (57).

Fue ésta la realidad sobre la que los industriales justificaron las rebajas de salarios que, ante el empeoramiento de la situación económica, comenzaron a llevarse a efecto a fines de 1921 en diversas industrias del País Vasco. Esa era la medida que aconsejaba la ortodoxia económica de la época para momentos de depresión, como medio de aliviar el desempleo y mantener la competitividad de las empresas. A ella se fue tan pronto como se generalizó la baja de los precios de primera necesidad —iniciada en enero de 1921—, circunstancia que los industriales esgrimieron en apoyo de sus argumentos (58). Anticipándose a otras empresas, Papelera Española anunció en octubre de 1921 la inmediata reducción en un 10 por 100 de los salarios de todos sus empleados, obligándose a cambio al restablecimiento de la semana laboral completa (59).

Los portavoces de las diferentes organizaciones obreras —líderes sindicales, prensa, dirigentes políticos— ha-

---

(55) R. Ossa Echaburu, *Riqueza y poder de la ría (1900-1923)* (Bilbao, 1969), p. 357; véase, además, Banco de Urquijo, *La riqueza y el progreso de España* (Madrid, 1924), pp. 421-423 y 537-545.

(56) Beneficios de AHV: 1920, 15.664.892,17; 1921, 11.449.553,41; 1922, 7.441.334,90; 1923, 9.658.507,93. Banco Urquijo, *op. cit.*, p. 514.

(57) La producción armera en Eibar disminuyó de 795.200 unidades en 1917 a 439.049 en 1922; Aritxulueta, «Las industrias eibarresas», *Euzkadi*, 9 mayo 1923. La producción de Papelera Española bajó de 35.834 tm. en 1920 a 21.891 en 1921, y sus beneficios, en los mismos años, de 4,8 millones de pesetas a 2,4. Banco Urquijo, *op. cit.*, p. 518.

(58) Según el BIRS, el índice de precios en Bilbao fue (1914=100): abril-septiembre 1920, 195,6; octubre 1920-marzo 1921, 179,9; abril-septiembre 1921, 170,8. En Vizcaya: 20,4, 175,6 y 174,3. En San Sebastián: 244,1, 174,8 y 185,9. En Guipúzcoa: 201,3, 163,5 y 184, respectivamente.

(59) VG y ES, 23 noviembre 1921; LC, 31 diciembre 1921; *Las Noticias*, 6 diciembre 1921; EL, 5 enero 1922.

bían expresado de forma unánime su oposición a toda reducción salarial, tan pronto como se comenzó a especular en torno a ello: «No estamos dispuestos a aceptar el principio de la escala móvil del salario —declaraba en febrero de 1921, en su calidad de presidente del Sindicato Metalúrgico; Leandro Carro—, porque el abaratamiento de la vida no es, por desgracia, una realidad» (60). «Ni aumento de jornada ni rebaja de salario», proclamaba, un mes después, Turiel en nombre del Sindicato Minero. El pleno del Sindicato Papelero de la región vasco-navarra, reunido en Tolosa, en mayo de 1921, afirmaba su resolución de «mantener resueltamente la jornada de ocho horas y el nivel de salarios actuales». Poco después, en julio, el Sindicato Metalúrgico de Vizcaya lanzaba un manifiesto con el lema: «Ni un minuto de aumento en la jornada, ni un céntimo menos de salario» (61).

A la vista de todas estas manifestaciones, cabía esperar una fuerte reacción obrera tan pronto como los patronos procediesen a implantar las nuevas escalas de jornales. Y, sin embargo, no se habían agotado todas las posibilidades de alcanzar una solución, si no amistosa, al menos de compromiso. Porque pronto se evidenció que el influyente sector socialista del movimiento obrero quería evitar las que se anticipaba que habrían de ser graves confrontaciones laborales y dejaba abierta la puerta al diálogo y a la discusión de soluciones que beneficiasen igualmente a industriales y trabajadores:

«... podemos asegurar —afirmaba Turiel en los mismos días en que comenzaban los despidos en las minas— que en períodos de paralización industrial no crearemos dificultades con reclamaciones que fueran tanto como perder tiempo y energías» (62).

En la práctica, ya se vio cómo en aquel verano de 1921, ya en plena crisis, las entidades socialistas negaron su apoyo a los intentos de huelga general de comunistas y sindicalistas en Bilbao. El mismo Sindicato Papelero, a pesar de su declaración de junio, aceptaba meses des-

---

(60) *EL*, 23 febrero 1921. La afirmación de Carro sobre precios no era cierta.

(61) *EL*, 12 marzo 1921; *ES*, 27 mayo 1921; *ES*, 11 julio 1921.

(62) C. Turiel, «La crisis de las minas», *EL*, 22 febrero 1921.

pués la reducción salarial acordada por Papelera Española: sólo dos secciones (Rentería y Hernani) de las ocho que formaban la organización expresaron su disconformidad con la medida por medio de huelgas (63). Los principales dirigentes del Sindicato, De Francisco y De los Toyos, habían incluso hechos suyos los argumentos patronales: en diferentes oportunidades expresaron su criterio —adoptado oficialmente por el propio Sindicato Papelero— favorable a una fuerte protección arancelaria de la industria del papel como medio de mantener el nivel de empleo (64).

De hecho, varios de los Sindicatos más directamente afectados por la crisis industrial evolucionaron ante la misma hacia posiciones proteccionistas, rectificando así la vieja tradición librecambista del PSOE. Quizá tuvo especial trascendencia que lo hiciera el Sindicato Metalúrgico de Vizcaya, por ser el eje de la organización obrera de la provincia. El que fuera su presidente en 1920 Leandro Carro, que, como se indicó, se había unido al partido comunista y que, como miembro del mismo, había propuesto el ingreso de la Federación Nacional Metalúrgica en la internacional sindical de Moscú en el congreso metalúrgico de mayo de 1921, fue poco después destituido de su puesto. En su lugar se hizo cargo del Sindicato Metalúrgico de Vizcaya un nuevo comité ejecutivo formado íntegramente por socialistas, siendo nombrado secretario Angel Lacort. Enterado de que en el congreso metalúrgico de enero de 1922, los comunistas pensaban proponer la total supresión del arancel, Lacort advirtió que ello equivaldría a «determinar el paro absoluto en las industrias siderúrgica y metalúrgica». Su Sindicato aparecería, en adelante, como un firme partidario del proteccionismo arancelario (65).

---

(63) Los huelguistas, unos 400 de un sector que empleaba unos 3.000 trabajadores, hubieron de aceptar, al cabo de unos días, la rebaja. *VG*, 23 noviembre 1921; *Las Noticias*, 6 diciembre 1921; J. De los Toyos, «Los obreros papeleros», *ES*, 31 diciembre 1921.

(64) El Sindicato Papelero censuró abiertamente al vicesecretario del PSOE, Lamonedá, por haber adoptado una posición netamente contraria a toda elevación de aranceles. *ES*, 18 y 26 febrero 1921; E. De Francisco, «El arancel y los obreros papeleros», *ES*, 28 febrero 1921.

(65) Congreso metalúrgico de mayo de 1921 (celebrado en Santander), en *EL*, 9-13 mayo 1921; nuevo comité del Sindicato Metalúrgico, en *Las Noticias*, 7 agosto 1921; A. Lacort, «Ante el próximo congreso federal», *LC*, 7 enero 1922.

Prieto mismo y su periódico *El Liberal* sustentaban criterios parecidos (66). Lejos de una confrontación con el Estado y los patronos, los socialistas querían de aquí un activo intervencionismo, medidas eficaces (aranceles, subsidios de paro forzoso, obras públicas, como expusiese, entre otros, el propio Lacort) que contribuyesen a paliar el paro, a mantener el ritmo de la actividad económica y a defender el nivel adquisitivo de los salarios (67).

Esta política era inaceptable para un partido comunista que entendía la crisis industrial como manifestación de una honda crisis de todo el sistema social del país y que creía que el intenso malestar obrero producido por aquélla podía ser el catalizador de una inmediata agitación revolucionaria. Así, por ejemplo, en el congreso nacional metalúrgico de mayo de 1921, antes mencionado, los delegados comunistas (Carro y Figueroa) presentaron una moción de censura contra el comité ejecutivo de la UGT por no haber apoyado a la CNT en la huelga general de diciembre de 1920. La misma oposición comunista a la elevación de aranceles no respondía a razones de tipo económico: el partido comunista entendía que la protección arancelaria —y toda otra forma de intervención estatal— beneficiaría únicamente al capital y a las grandes empresas y que por tanto las organizaciones obreras, en vez de recurrir al auxilio del Estado, debían enfrentarse a él:

«... bien analizado —escribía José Bullejos en un artículo que resumía bien los criterios de su partido—, el presente momento no es sino aquel en que las fuerzas revolucionarias del mundo se concentran, se unifican, se aíslan de todo elemento que rehuya la acción y se aprestan a dar el asalto decisivo al Poder» (68).

---

(66) Prieto expuso su punto de vista —proteccionismo suave— en el Parlamento el 4 de marzo de 1921; *EL*, 9 marzo 1921. «A falta de protección arancelaria», titulaba *El Liberal*, significativamente, su editorial de 6 de mayo de 1921.

(67) El principio más extremo que en materia económico-social aceptó el PSOE en los años 1921-23 fue «el control obrero», que equivalía a la participación obrera en la dirección y organización de la producción, idea de Largo Caballero, por entonces principal blanco de las críticas comunistas; *LC*, 4 marzo 1922 y ss.

(68) J. Bullejos, «Escisión inevitable», *Las Noticias*, 30 diciembre 1921.



Ya se verá en qué medida esta concepción de la realidad, que los comunistas creían se ajustaba particularmente al caso de España, debido a la debilidad del «capitalismo español» (69), se hallaba divorciada del sentir de las clases trabajadoras del país. De momento, lo que resultaba evidente era la existencia de divergencias irreconciliables en el seno del movimiento obrero, tanto más agudas allí donde, como en Vizcaya, la escisión comunista, aunque minoritaria, había tenido mayor influencia. En aquella provincia, la división de las organizaciones obreras se exacerbó en torno al problema de las reducciones salariales acordadas por los patronos en 1921-22: de hecho, en torno a esta cuestión se libraría una sorda lucha por el control y liderazgo del movimiento obrero local. Inicialmente, la ofensiva patronal parecía dar la razón a los argumentos de los extremistas, o al menos parecía colocar a los moderados en una situación casi insostenible. Existía la posibilidad de que los trabajadores se echasen en brazos de quienes abogaban por una línea intransigente de resistencia a ultranza. Si esa posibilidad no llegó a materializarse, se debió a circunstancias fortuitas, a errores cometidos por la dirección comunista, a la lealtad emocional que muchos trabajadores guardaron a su vieja tradición socialista y a la propia capacidad que como negociadores supieron demostrar los elementos moderados.

Todo ello quedaría de relieve en los conflictos minero y metalúrgico de 1922, que, por tratarse de los dos sectores clave de la economía vizcaína y por afectar a los dos sindicatos más poderosos de la provincia, tuvieron consecuencias decisivas para el desarrollo posterior de la política obrera local.

En diciembre de 1921, algunas compañías mineras anunciaron la suspensión del aumento transitorio de 1,40 ptas. establecido en el contrato colectivo de 1919; en enero de 1922 se hizo ya efectiva la reducción salarial en numerosas minas —aunque no, de momento, en las de las grandes compañías—, originándose con ese

---

(69) J. Bullejos, «La rebaja de salarios, II», *Las Noticias*, 21 diciembre 1921.

motivo algunas huelgas parciales e incidentes de diversa amplitud y gravedad (70).

Poco después se anunciaba que, a partir de la primavera de 1922, la misma medida se haría extensiva a todas las explotaciones de la provincia. Que tal decisión fuese rechazada por los Sindicatos mineros —el socialista de La Arboleda y el comunista de Bilbao— no pudo producir sorpresa alguna, dado que ambas organizaciones habían aprobado resoluciones en ese sentido en sus respectivos congresos celebrados en diciembre de 1921. Sin embargo, a pesar de la aparente unanimidad de criterios que parecía existía entre ambos sindicatos, no fue posible que formasen un frente común contra la medida patronal. La tirantez de relaciones existentes desde la escisión y el temor a perder la propia personalidad política detrás de la unidad sindical resultaron ser sentimientos más fuertes que los argumentos esgrimidos en favor de la unificación de fuerzas. Así, una invitación a formar un «frente único» formulada por el secretario del Sindicato de Bilbao, José Bullejos, en enero de 1922, se estrelló con el recelo de los socialistas, que vieron en ella, posiblemente con razón, una simple maniobra absorcionista de los comunistas (71); y no tuvieron mayor éxito las recomendaciones hechas por Turiel y otros dirigentes socialistas para reconstruir la unidad del Sindicato Minero (72).

En definitiva, ambos organismos operaban bajo la necesidad de consolidar sus respectivas posiciones y maniobraban con la conciencia de que en el fondo lo que estaba en juego era la jefatura misma del movimiento minero, pugna que parecía depender de la solución que se diese al asunto de los salarios. Los socialistas confiaban en llegar a un acuerdo ventajoso con los patronos; los comunistas no veían otra alternativa que «o había

---

(70) Hubo agresiones contra obreros que no secundaban los paros. Un tren minero fue tiroteado; resultado: un obrero muerto; *EL*, 13 enero 1922.

(71) A. Versalita, «El frente único», *LC*, 28 enero 1922. El «frente único» era la nueva táctica de Moscú desde diciembre de 1921, tras el fracaso de la táctica escisionista practicada hasta entonces. Versalita creía que la propuesta de Bullejos respondía a la nueva estrategia comunista. Sin embargo, es posible que se tratase de una iniciativa puramente local, pues la formulación oficial del principio del «frente único» la harían los comunistas en la primavera de 1922.

(72) C. Turiel, «Explicación necesaria y obligada», *ES*, 10 enero 1922.

de proceder violenta, enérgicamente, o forzosamente tendría que aceptar la rebaja de jornales», en palabras de Bullejos, el joven dirigente de los mineros de Bilbao (73).

Así, cuando el 3 de abril de 1922 los patronos mineros dieron aviso de que a partir del día 10 entraría en vigor la reducción salarial, el Sindicato de La Arboleda inició de inmediato conversaciones con una representación patronal; los comunistas dieron orden de huelga, y a tal efecto convocaron para el día 9 un mitin en Gallarta. Al finalizar éste se produjo un violento incidente entre socialistas y comunistas, reflejo de la hostilidad existente entre ambos grupos: tres personas resultaron muertas (tres militantes socialistas, dos hermanos apellidados Iglesias y Gabriel Pérez Llovera) y cinco heridas de gravedad, entre ellas Bullejos (74).

La agresión, cuya responsabilidad, con razón o sin ella, se hizo recaer sobre los comunistas, tuvo consecuencias duraderas a corto y largo plazo. De una parte, aceleró la solución del conflicto de los jornales: tras activas gestiones de Regueral, patronos y representantes del Sindicato de La Arboleda aceptaron el 15 de abril una fórmula del gobernador civil por la que la rebaja quedaba reducida a 1,05 ptas., en lugar de las 1,40 ptas. que pretendían los patronos, y se hacía efectiva a partir del día 16 de abril y no del día 10 (75).

Por otra parte, a la larga, los sucesos de Gallarta marcaron el principio de una profunda reacción anticomunista en puntos de la cuenca minera de Somorrostro, que acabaría por reducir sensiblemente la influencia del nuevo partido en aquella zona. Incluso si la propaganda socialista exageró el alcance de esa reacción, parece verosímil que los sucesos produjeran gran impresión e irritación en los pueblos mineros y que, como consecuencia, muchos trabajadores abandonasen la organización a la

---

(73) J. Bullejos, «La rebaja de salarios, I», *Las Noticias*, 17 diciembre 1921.

(74) *EL*, 11 abril 1922; *Prensa Bilbaína*, 11 abril 1922; *ES*, 11 abril 1922. No era ésta la primera agresión de este tipo que se producía: otros dos socialistas, llamados Larraz y Urresti, resultaron heridos de gravedad en un tiroteo con los comunistas, ocurrido al terminar el congreso del Sindicato Minero celebrado en Gallarta el 27 de noviembre de 1921; *LC*, 7 enero 1922.

(75) La fórmula, en *ES*, 17 abril 1922.

que la opinión señalaba como responsable (76). En adelante, la influencia comunista en las minas de Vizcaya quedaría reducida a la cuenca de Bilbao (76 bis). Ello pudo verse ya en aquellos mismos días: la huelga minera que los comunistas habían convocado para el día 10 de abril fracasó. Sólo faltaron al trabajo los mineros de Bilbao y Gallarta, y en esta última población fueron muchos los trabajadores que se reintegraron a sus puestos durante los días 11 y 12. El 15 de abril se trabajaba con toda normalidad en San Salvador del Valle, Ortuella, La Arboleda, Sopuerta, Galdames y Gallarta (77). El intento comunista de declarar la huelga general en toda la provincia el 17 de abril fracasó igualmente: salvo una breve interrupción de la circulación de tranvías y el paro en algunas obras, talleres y muelles de Bilbao, el orden no se alteró. Todas las grandes factorías siderometalúrgicas trabajaron con toda normalidad, y el 18 se habían reintegrado al trabajo todos los obreros, salvo los de las minas de la capital, que lo hicieron, aceptando la fórmula de Regueral, al día siguiente, 19 de abril (78). Los comités ejecutivos de los Sindicatos Tipográfico, Alimentación, del Muelle, Metalúrgico y otros habían publicado un manifiesto el día 17 ordenando a los trabajadores no secundar la huelga: «el fracaso de ésta —podía comentar Regueral— no se debe a mi actuación, sino a la de aquellos elementos de orden que han sabido conducir a los trabajadores por el camino más conveniente a sus intereses» (79).

Su identificación con las violencias de Gallarta supuso, por tanto, un serio contratiempo para las aspiraciones de los comunistas. Sin embargo, no por eso se había reforzado la posición de los socialistas: al fin y al cabo, a pesar de sus anteriores proclamaciones, habían actuado en la práctica como los abogados de las reducciones salariales. Dadas las circunstancias, ésta pareció

---

(76) «Nuestros compañeros acudían temblorosos, emocionados, con una crispadura de rabia», comentaba *La Lucha de Clases*. Y añadía: «Es ésta nuestra última y única condición para ingresar en ese *frente único* de que nos hablan los comunistas. Pedimos, queremos, firmar el acuerdo con la sangre de los por ellos asesinados.» *LC*, 15 abril 1922.

(76 bis) Y a núcleos de fuerza diversa en Ortuella, Gallarta y Musques.

(77) *Prensa Bilbaína*, 16 abril 1922; *EL*, 13-16 abril 1922.

(78) *EL*, 18-20 abril 1922; *Prensa Bilbaína*, 18-21 abril 1922; *ES*, 21 abril y 3 mayo 1922; *LC*, 15-22 abril 1922.

(79) *EL*, 19 abril 1922. El manifiesto de los Sindicatos, en *EL*, 18 abril 1922.



entonces la única postura razonable; pero, a pesar de ello, era una posición sumamente vulnerable a las críticas de la extrema izquierda.

Ello quedaría bien de relieve cuando un mes después, en mayo de 1922, un conflicto similar al de las minas se planteaba en la industria metalúrgica. El 3 de mayo, el gremio de hierro y metales de Bilbao, por una parte, Altos Hornos de Vizcaya y la Basconia, por otra, denunciaron ante el Sindicato Metalúrgico el convenio de trabajo suscrito el 30 de junio de 1920 y anunciaron una rebaja general de salarios de un 20 por 100. Altos Hornos, además, cerró su fábrica de hoja de lata, la Iberia, que empleaba 418 trabajadores, y algunos departamentos de su factoría de Sestao. El 15 de mayo, fracasados todos los intentos de avenencia, el Sindicato Metalúrgico declaraba la huelga en todo el sector, salvo en unas pocas empresas (la Naval, Astilleros del Nervión, entre otras) que no habían modificado las bases de sus contratos: unos 20.000 trabajadores permanecerían disciplinada y pacíficamente en huelga hasta el 1 de agosto (80).

El desarrollo de la huelga tuvo diversas fases. En un primer momento, hasta finales del mes de mayo, ambas partes mantuvieron sus respectivas posiciones, negándose la parte obrera —cuya representación ostentaban los dirigentes socialistas del Sindicato Metalúrgico, Lacort, Alonso y Torre— a discutir siquiera el principio de rebaja. Fracasaron así diversos intentos de mediación protagonizados por el alcalde de Bilbao, Arancibia. Patronos y obreros se limitaron, en aquellos días, a lograr el apoyo de la opinión a sus respectivos puntos de vista. Los primeros repartieron por la zona fabril un manifiesto, «verdadera novedad en las luchas sociales», según *El Socialista*, justificando la rebaja salarial por la competencia exterior, el abaratamiento de la vida y las reducciones de jornales hechas ya en otros puntos del país; los representantes obreros, por su parte, esgrimían en apoyo de su tesis los 109 millones de pesetas ganados por AHV

---

(80) Inicialmente, *El Liberal* dio la cifra de 28.000 huelguistas; la cifra parece exagerada: cuatro grandes empresas (Naval, Astilleros del Nervión, Delta y Euskalduna, donde SOV había firmado en enero de 1922 un nuevo contrato aceptando una rebaja salarial del 10 por 100), con unos 5.000 empleados, y unos veinte talleres con otros 400, no se vieron afectados por el paro. En junio, *El Liberal* cifra los huelguistas en 16.120, número que parece más real; *EL*, 15 mayo y 7 junio 1922.

desde 1902 a 1921, el hecho de que varias empresas y talleres no habían procedido a la rebaja de salarios, la reciente elevación de aranceles y el argumento de que el abaratamiento de la vida había sido inapreciable (81). Los obreros no negaban la realidad de la crisis. «Los patronos tienen razón cuando afirman que la industria está en crisis —reconoció Zugazagoitia—, y la tienen también al reclamar una solución para ella» (82); lo que la representación obrera negaba era que la rebaja de salarios fuese tal solución: «nuestro criterio —decía la nota que aquella representación entregara a Arancibia— es contrario a toda rebaja de jornales, y para justificar este criterio no tenemos inconveniente en acudir a cuantas reuniones se nos cite» (83). Este criterio parecía, además, unánime. Todo lo más que concedían los socialistas era la promesa de que someterían cualquier «concesión apreciable» de los patronos a la resolución de los trabajadores (84). Los comunistas no admitían ni siquiera eso; la huelga era, como observara Joaquín Adán, «piedra de toque» para los dos partidos obreros: ninguno de ellos quería verse desplazado de la dirección del conflicto por el otro (85).

Desde finales de mayo y primeros días de junio, la huelga entró en una fase de endurecimiento. Fracasadas las gestiones de Arancibia, la posición patronal se hizo más intransigente: el 29 de mayo se llamó al trabajo en la Basconia, donde había sido contratado nuevo personal con salarios ya rebajados. La medida no prosperó, pues apenas si se reintegraron a sus puestos unos 150 trabajadores de un total de 1.800 empleados, y en vista de ello los patronos no vieron más alternativa que adoptar una posición de fuerza: el 3 de junio amenazaron con suspender indefinidamente toda negociación si la representación obrera no aceptaba el principio de rebaja. La nueva

---

(81) El manifiesto patronal, en *Prensa Bilbaína*, 21 mayo 1922; para la posición obrera, véase «La huelga de Vizcaya», *ES*, 26 mayo 1922; A. Lacort, «La huelga de obreros metalúrgicos en Vizcaya», *ES*, 29 mayo 1922; A. Lacort, «Los patronos no tienen razón. ni se conducen con honradez», *LC*, 27 mayo 1922.

(82) J. Zugazagoitia, «Augurios», *EL*, 21 mayo 1922.

(83) *ES*, 26 mayo 1922.

(84) Véase la carta de Arancibia a Lacort en *ES*, 27 mayo 1922.

(85) J. Adán, «El peligro de la desorganización obrera», en *Información*, reproducido en *LC*, 9 septiembre 1922.

actitud patronal produjo el efecto contrario al que esperaban los patronos: los socialistas, partidarios de admitir aquel principio, se vieron desautorizados por las asambleas obreras celebradas el día 4 de junio, ya que en ellas los trabajadores acordaron rechazar toda idea de rebaja, y como consecuencia se modificó la comisión de huelga, dando mayoría a los comunistas (86). Este acuerdo hacía imposible toda discusión; no parecía verosímil que, dado el criterio de la mayoría del nuevo comité obrero («resistencia máxima, desesperada, heroica», «que no se acepte ni discusión siquiera de ninguna fórmula», como decían sus manifiestos), se alcanzase una solución satisfactoria para ambas partes (87). No quedaba otra perspectiva que la prolongación indefinida del conflicto hasta la derrota o de patronos o de obreros. Existía además el peligro de nuevas complicaciones: el día 20, el comité de huelga anunció que si antes del 24 de junio no renunciaban los patronos a la rebaja, se exigiría el pago de los jornales perdidos durante los días de huelga. Para los socialistas, el aspecto que adquiría el conflicto no podía ser más alarmante: no solamente creían que los obreros no podrían resistir una huelga larga; temían, además, perder definitivamente el control del Sindicato Metalúrgico, y con él sus importantes posiciones políticas en los distritos de Baracaldo y Valmaseda. Ellos necesitaban, más que ningún otro grupo político, que se encontrase una solución que satisficiera a los obreros sin perjudicar gravemente los intereses industriales, y que conviniese a éstos sin imponer sacrificios intolerables para los ingresos de los trabajadores. Necesitaban, por añadidura, una solución que fuese rápida y que se identificase con las gestiones de los propios líderes obreros socialistas, de forma que les fuese posible recuperar el apoyo masivo de los trabajadores metalúrgicos, ya que de momento la actitud

---

(86) Antes de las asambleas, los socialistas habían dicho: «No sabemos lo que dirán los obreros; la cuestión merece ser meditada; el acordar no discutir admitiendo alguna rebaja es ruptura; como consecuencia entraría el conflicto en una fase dura», *ES*, 6 junio 1922. Después de celebradas aquéllas, estimaban que «las asambleas obreras, por su parte, han cometido un grave error al... declarar que no debe aceptarse ni un solo céntimo de rebaja», *LC*, 10 junio 1922.

(87) El nuevo comité lo integraban: la mayoría, tres comunistas (Carro, Cortezón, Gutiérrez) y dos sindicalistas (Roca, Cuevas); la minoría, los socialistas Alonso y Lacort.

patronal de intransigencia había, evidentemente, favorecido a los extremistas (88).

Por todo ello, el 21 de junio, Prieto presentó en el Congreso una interpelación al Gobierno sobre la huelga, cuya consecuencia inmediata fue la llegada a Bilbao de una comisión del Instituto de Reformas Sociales, formada por los señores Artigas y Palacios, con el encargo del Gobierno de gestionar con patronos y obreros la elaboración de una fórmula de arreglo. Con la interpelación de Prieto, el conflicto tomaba, por tanto, un nuevo giro. Quitaba la iniciativa de manos de los comunistas y volvía a abrir cauces a la posible solución de una huelga que parecía haber entrado, en el mes de junio, en un verdadero callejón sin salida (89).

Después de celebradas numerosas entrevistas y vencidas no pocas resistencias, el 10 de julio se hizo pública la fórmula Artigas-Palacios, aceptada por los patronos y comprometiéndose la comisión obrera a someterla a votación de los trabajadores: la fórmula reducía la rebaja salarial a un 10 por 100, en lugar del 20 por 100 intentado inicialmente por las empresas. El conflicto entraba en un momento crítico: de rechazarse la fórmula, se prolongaría indefinidamente, habiendo hecho saber los patronos su decisión de proceder en tal caso a la reapertura de fábricas, retrotrayendo el conflicto a sus planteamientos iniciales. Se temía que en ese caso los trabajadores, agotados sus recursos al cabo de dos meses de huelga, sin una fuerte posición de negociación y dirigidos por un comité extremista, recurriesen a métodos y procedimientos de violencia que alterasen la tranquilidad pública en que hasta entonces se había desarrollado el conflicto (90).

---

(88) «Resistencia, sí, pero bien meditada», *LC*, 17 junio 1922; *ES*, 20-21 junio 1922.

(89) Aunque los comunistas habían dado entrada en el comité de huelga a los sindicalistas, el acto tuvo más que nada valor simbólico. La dirección efectiva del nuevo comité la llevaron los comunistas, y más concretamente, Carro y Cortezón; *LC*, 12 agosto 1922.

(90) Sólo se habían producido algunos incidentes al reabrirse la Basconia a fines de mayo. En Baracaldo y Sestao no se percibía agitación alguna. Más tenían el aspecto, según la prensa, de pueblos abandonados, silenciosos y tristes: «Hay un silencio denso en los talleres —observaba Zugazagoitia—, una tristeza muda en el pueblo y un cansancio abrumador en estos grupos obreros»; J. Zugazagoitia, «Impresión», *EL*, 19 mayo 1922.



El problema era que una rebaja del 10 por 100 seguía pareciendo excesiva en los medios obreros. De ahí que los socialistas recomendasen una respuesta que, rechazando la fórmula Artigas-Palacios, no cerrase el camino a nuevas negociaciones:

«Es necesario, pues —decía la hoja que publicaron el 17 de julio, el día anterior a aquel en que los trabajadores debían votar la proposición— que rechacéis a la Comisión para que siga las negociaciones y procure mejorarlas» (91).

Los comunistas seguían abogando por una línea de máxima resistencia: «os decimos terminantemente —se leía en su manifiesto—: por vuestro bien material y vuestro decoro, rechazad esa fórmula vergonzosa, continuando la lucha; no cedáis hasta vencer» (92).

Los socialistas querían que el procedimiento de votación que se siguiese en las asambleas obreras, convocadas en principio para el 14 de julio, fuese el de votación nominal y secreta, mediante papeleta, y no a mano alzada. Creían que sólo de esa forma lograrían recuperar la dirección de la huelga. El gobernador civil, Regueral, que hasta entonces se había mantenido al margen del conflicto, quiso favorecerles, y no autorizó la celebración de las asambleas si antes no se garantizaba que se votaría por papeleta. Su intervención fue poco afortunada: la comisión de huelga llegó a amenazar con suspensión de todo tipo de votación, dado que entendía que la elección de un procedimiento u otro era resolución que competía a las asambleas. Regueral rectificó y las asambleas se celebraron el 18 de julio: por unanimidad fue rechazada la fórmula Artigas-Palacios. Dos días después, el 20, los patronos reabrían las fábricas. De nuevo parecía alejarse toda posibilidad de llegar a un arreglo (93).

Sin embargo, fue precisamente entonces cuando el conflicto entró en su última fase, en la que en pocos días se arbitraría la solución que pondría fin a la huelga. La

---

(91) *EL*, 18 julio 1922; en la misma hoja, los socialistas argumentaban que «hasta los más entusiastas están convencidos de que, en definitiva, el conflicto terminará con rebaja».

(92) *EL*, 13 julio 1922. No obstante, se dijo que Pérez Solís se había manifestado a favor de la fórmula del 10 por 100; *LC*, 12 agosto 1922.

(93) *EL*, 14-18 julio 1922; *ES*, 15-21 julio 1922; *LC*, 22 julio 1922.

reapertura de fábricas no surtió efecto alguno: ni el 20 de julio ni en los días siguientes acudieron al trabajo más de 400 trabajadores. Pero junto a esta demostración de voluntad de resistencia, eran cada vez mayores las indicaciones que revelaban un deseo casi unánime entre la masa de huelguistas de que se buscara una fórmula que permitiese una pronta reanudación del trabajo. En las asambleas del 18 de julio se había rechazado unánimemente la fórmula de Artigas-Palacios, pero se había autorizado a la comisión de huelga a que celebrase una votación nominal y secreta para ver si se le daban facultades para entablar nuevas negociaciones. El resultado de aquélla fue, en principio, contrario a tal idea, pero se estimó que por el escaso número de votantes y por la escasa mayoría favorable a no aceptar el principio de rebaja, la votación significaba una derrota para la posición de la mayoría extremista del comité de huelga (94). Esta última, posiblemente convencida de que carecía de resoluciones, accedió a celebrar una nueva votación en Baracaldo el 23 de julio y a ceder la representación obrera a los socialistas si en la misma éstos ganaban por cincuenta votos: lo hicieron, al parecer, por un margen escaso, pero suficiente, por lo que cinco de sus hombres (Lacort, Alonso, Ortiz, Galván y Chantres) pasaron a formar la mayoría de la nueva comisión de huelga; los comunistas, sin embargo, se negaron a aceptar los dos puestos que se le ofrecieron, disconformes con la interpretación socialista de la votación (95).

El conflicto entró ya en vías de solución. Enterado de los cambios ocurridos en la representación obrera, el ministro de Trabajo, Calderón, a instancias de Prieto, telegrafió a Regueral encargándole que gestionase que aquélla acudiese de inmediato a Madrid (96). Tras una entrevista Regueral-Lacort, la mayoría socialista de la co-

---

(94) El resultado fue: 1.747 votos por la moción «voto porque no se admita ninguna rebaja»; 1.697 por «voto porque se busque una fórmula a base de arreglo». *ES*, 24 julio 1922; *EL*, 25 julio 1922.

(95) Según *El Liberal*, los socialistas habían ganado por 490 votos a 150; según los comunistas, por 58 votos. Estos alegarían que habían cedido la dirección de la huelga a los socialistas al amenazar éstos con ordenar la vuelta al trabajo si no lo hacían; *EL*, 25-28 julio 1922.

(96) «Efectivamente —declaró Prieto después del conflicto—, fue yo quien insté al ministro de Trabajo a intervenir rápida y personalmente en la huelga de Vizcaya...»; *EL*, 30 julio 1922.

misión obrera salió el 26 de julio para Madrid, donde al día siguiente mismo se reunió con el ministro de Trabajo y con una comisión patronal formada por representantes de Altos Hornos, Babcock Wilcox y Talleres Ibarzábal. La solución del conflicto no fue inmediata: la representación obrera exigía que la rebaja quedase reducida a un 5 por 100; los patronos accedían a dejarla en un 8 por 100 hasta el 1 de noviembre, insistiendo en aplicar el 10 por 100 a partir de esa fecha. No hubo acuerdo y el ministro de Trabajo, deseoso de poner fin al largo conflicto —que coincidía con otro de parecidas características en Asturias—, dictó el 29 de julio un laudo, aceptado por ambas partes, por el que la reducción de salarios se fijaba en un 8 por 100 en todo tiempo. La gestión de la comisión obrera fue aprobada por 2.968 votos contra 624 (97). El 1 de agosto, después de setenta y siete días, se reanudó el trabajo en casi todas las empresas; los comunistas intentaron mantener la huelga en Bilbao; lo lograron sólo hasta el 4 de agosto: en muchos talleres los propios obreros votaron por la reanudación del trabajo, y en vista de ello, los comunistas acordaron revocar la orden de huelga (98).

De esta forma, también el conflicto metalúrgico, como antes el minero, significaba un fracaso para el nuevo partido obrero. En cierto sentido, además, la nueva derrota parecía tener mayor significación: porque no cabía atribuirle, como la anterior, a la imprudencia o temeridad de algunos elementos incontrolados. El fracaso comunista en la huelga metalúrgica equivalía al fracaso de la política de intransigencia laboral preconizada por la dirección del partido como única respuesta obrera a la crisis de la posguerra. Los comunistas podían alegar, con alguna razón, que la huelga se había perdido en parte por las claudicaciones de los socialistas. Pero era también cierto que ellos habían carecido en todo momento de so-

---

(97) El resultado fue: Baracaldo, 1.177 votos por la vuelta al trabajo y 230 en contra; Sestao, 1.213-144; Portugalete, 109-51; Erandio, 187-20; Alonsótegui, 54-7; San Salvador del Valle, 94-3; Bolueta, 83-3; Lejona, 114; Ortuella, 39-42; Gallarta, 11-83. En estas tres últimas secciones, más en Bilbao, Guecho y Miravalles, donde no hubo votación, los comunistas eran la fuerza dominante; *EL*, 1 agosto 1922.

(98) *EL*, 1-8 agosto 1922; *ES*, 4 agosto 1922; *LC*, 12 agosto 1922; *IRS, Crónica de la huelga general de obreros metalúrgicos de Vizcaya: mayo-agosto 1922* (Madrid, 1922).

luciones y que, durante el tiempo en que controlaron la comisión de huelga, habían llevado a los obreros al borde mismo de la derrota total. Agotados los fondos de la caja del Sindicato Metalúrgico, exhaustas las economías domésticas de los trabajadores al cabo de dos meses de huelga, llenos los «stocks» industriales de mercancías a causa de la crisis, los obreros carecían de fuerza para imponer sus condiciones; en tales circunstancias, la solución socialista podía ser insatisfactoria, pero debió parecer a muchos trabajadores como la única practicable. De ahí que aprobaran la gestión final de la comisión obrera socialista y se reintegraran al trabajo tan pronto como aquélla lo ordenara (99).

En definitiva, el joven partido comunista parecía no haber comprendido ni los efectos que la crisis industrial había tenido sobre las organizaciones obreras ni la reacción ante la misma de amplios sectores de las clases trabajadoras (100).

En primer lugar, la crisis había debilitado sensiblemente el poder económico y la capacidad de presión social de los sindicatos: de una parte, disminuyeron sus ingresos al cesar de pagar sus cotizaciones numerosos afiliados, y aumentaron sus gastos al tener que suministrar subsidios a muchos trabajadores en paro; de otra, el desempleo daba a los patronos, por razones obvias, una fuerte posición en el mercado laboral. Así, por hacer referencia a los casos más significativos del País Vasco, el Sindicato Papelero había tenido ya en enero y febrero de 1921, es decir, antes de la escisión, 149 bajas; en junio de aquel año, sólo 528 de sus 2.256 afiliados trabajaban la semana completa (1.138 trabajaban sólo tres días); sus ingresos habían disminuido de 204.271,95 pesetas en el primer trimestre de 1921, a 164.989,88 pesetas en el segundo, y a sus gastos habituales había tenido que añadir las 40.536,29 ptas. repartidas en los seis primeros meses de aquel año en subsidios de paro (101).

---

(99) En ningún momento parece que los comunistas intentaran recurrir a procedimientos más enérgicos (atentados, sabotajes, huelga general, etc.) para vencer la resistencia patronal. Sin duda, la lección del conflicto minero debió influir en ello.

(100) O si lo había comprendido, parecía, por las razones que fuesen, preferir ignorarlo.

(101) En enero de 1921, el Sindicato Papelero tenía 2.343 afiliados; un año después, 1.669. De ellos, sólo 403 se debían a la escisión co-



En el caso de los mineros de Vizcaya, el número de cotizantes al Sindicato, que en diciembre de 1920 se había calculado en 7.140, se calculaban un año después en 1.800, incluyendo en esta cifra a los cotizantes a los sindicatos socialista y comunista (102). A la crisis de trabajo se atribuía la pérdida de afiliados experimentada por el Sindicato de la Construcción de Bilbao, que de 1.454 miembros en julio de 1920 había pasado a tener 900 en diciembre de 1921 (103). Por lo que hacía al Sindicato Metalúrgico, los ingresos por cuotas ordinarias, que en los dos últimos trimestres de 1920 se habían elevado a 20.652,05 y 32.386,25 ptas., disminuyeron en los dos primeros de 1921 a 18.776,40 y 12.925,25 ptas., respectivamente, y continuaron disminuyendo a lo largo de aquel año (104). Un dirigente de la sección de Baracaldo, Gondra, afirmaba, en noviembre de 1921, que la organización contaba con «cientos de morosos» (105). El nuevo secretario general, Lacort, aseguraba que el Sindicato Metalúrgico era «el más afectado» por la crisis laboral. Y él mismo atestiguaba cómo ésta había perjudicado a toda la organización obrera de Vizcaya: «Existen las mismas entidades que a comienzos de año —decía, analizando el estado de la organización vizcaína en 1921—, pero los cuadros de adheridos de casi todas ellas han experimentado mermas muy notables» (106). Como acabamos de ver, sólo en parte podía atribuirse tal estado de cosas a la escisión comunista. La crisis de los sindicatos obreros era anterior a ésta, aunque, obviamente, la escisión contribuyera a agudizarla.

Por consiguiente, los trabajadores se hallaban, a consecuencia de la crisis, en una débil posición de negociación

---

munista de las secciones de Rentería y Hernani. Véase Sindicato de Obreros Papeleros de la región vasco-navarra, *Memoria correspondiente al primer trimestre de 1921* (Tolosa, s. f.); *ES*, 29 agosto 1921 y 24 enero 1922.

(102) J. Bullejos, «Escisión inevitable», *Las Noticias*, 30 diciembre 1921, y C. Turiel, «Lamentaciones, no», *LC*, 17 junio 1922.

(103) *Las Noticias*, 6 diciembre 1921.

(104) En el tercero y cuarto trimestre, los ingresos ordinarios fueron 8.792 y 7.925,60 ptas., respectivamente. Véase Sindicato Obrero Metalúrgico de Vizcaya, *Memoria correspondiente al año 1920* (Bilbao, 1922), páginas 19-21; e id., *Memoria, mayo 1921-marzo 1922* (Bilbao, 1922), página 39.

(105) *ES*, 2 noviembre 1921.

(106) A. Lacort, «La organización obrera en Vizcaya en el año 1921», *ES*, 4 enero 1922.

frente a sus patronos. Y, además, esta circunstancia, más el clima de inseguridad económica y laboral producido por la propia crisis y la frustración súbita de las optimistas expectativas despertadas por el «boom» económico de la guerra mundial, habían contribuido a erosionar el espíritu ofensivo que las clases trabajadoras habían exhibido durante los años 1919-20. En su lugar, parecían dominar entre numerosos trabajadores criterios defensivos, tales como el principio del mantenimiento del nivel de empleo o la idea, muchas veces propuesta, de acudir a los organismos oficiales (Estado, Diputaciones, Ayuntamientos) en demanda de programas de obras públicas que creasen puestos de trabajo para los parados. En programas con soluciones urgentes e inmediatas a sus necesidades económicas más apremiantes parecían cifrarse las aspiraciones de amplios sectores de las clases trabajadoras.

Así, en Eibar, uno de los pueblos de la región vasca más seriamente afectados por la crisis de la posguerra (107), la idea de hacer frente a ésta mediante la creación de cooperativas obreras de producción tuvo un éxito notable. Entre 1919 y 1920, las entidades socialistas crearon tres empresas de ese tipo. Dos de ellas eran comparativamente modestas: S. A. Cooperativa Danok-Oat, fundada en septiembre de 1919 por la propia Casa del Pueblo, con un capital inicial de 30.000 ptas. repartidas en acciones entre sus socios, en la que se empleaban unos 40 obreros, dedicados a la construcción de escopetas, y cuyas ventas anuales ascendieron, en 1920, a 123.124 pesetas; y Sociedad Cooperativa de la Pistola Automática Omega, creada en marzo de ese último año por el Sindicato Metalúrgico local con un capital de 25.000 ptas. Pero la tercera, S. A. Cooperativa Alfa, fundada el 28 de octubre de 1920 con un capital inicial de 300.000 ptas., aportado por sindicatos y sociedades de oficio de Eibar con alguna participación de entidades similares de Vizcaya, tuvo pronto un desarrollo considerable: su producción de revólveres pasó de 8.124 unidades en 1921 a 21.068

---

(107) El hecho de que Eibar y La Arboleda fuesen precisamente dos de los puntos donde la crisis económica y laboral de 1921-23 tuvo mayor intensidad y de que ambas localidades fuesen dos de los más firmes bastiones socialistas de la región (y del país), parece aconsejar que no conviene exagerar el papel que la crisis tuvo en la aparición del partido comunista.

en 1923; sus beneficios, de 19.432,50 ptas. en el primero de dichos años, a 109.239,77 ptas. en el otro. En su factoría, adquirida por 175.000 ptas., trabajaban unos 200 obreros (108).

Y no se trató únicamente de la experiencia cooperativista. Al agudizarse la crisis local en 1922, a consecuencia de la elevación de tarifas arancelarias de los Estados Unidos, principal mercado exterior de las armas eibarresas, las organizaciones obreras formaron frente común con las entidades patronales para presionar sobre el Gobierno en demanda de medidas protectoras para la industria local: el 16 de abril de 1923, patronos y obreros unidos paralizaron totalmente la producción en todos los pueblos armeros, en apoyo de sus pretensiones, dimitiendo todos los Ayuntamientos de aquéllos, entre ellos el de Eibar, de mayoría socialista; días después, en las elecciones generales, los socialistas daban sus votos, de forma oficial, al candidato de las fuerzas vivas armeras, J. Urizar, un tradicionalista, apoyado por todos los grupos políticos con excepción de los liberales monárquicos (109).

Podría verse en esta reacción, simplemente, la expresión práctica del reformismo ideológico de los principios y tácticas del PSOE, tal como lo hacían los comunistas. Sin embargo, hasta cierto punto, los socialistas actuaban a remolque de los acontecimientos, y obraron de acuerdo con los que eran —o parecían ser— sentimientos y aspiraciones genuinos de la clase obrera local. No haberlo hecho así hubiera podido suponer una cierta pérdida de apoyo popular: a los socialistas no les interesó políticamente correr ese riesgo.

Eibar no era, por otra parte, una excepción. La desmovilización obrera —por las circunstancias antes indicadas— parecía ser general en toda la provincia de Guipúzcoa. «Da vergüenza ver los cuadros de la organización en Pasajes —escribía en 1922 el corresponsal de *El Socialista*—; no se concibe cómo hay tanto retraimiento entre

---

(108) J. Salas Antón, «Socialistas constructores. Eibar», *ES*, 4 diciembre 1920; T. Echevarría, «Eibar. Ensayos cooperativistas», *ES*, 26 agosto 1922; PSOE, *Convocatoria y orden del día para el XII Congreso del Partido...* (Madrid, 1927), pp. 427-428.

(109) Urizar resultó elegido por 5.699 votos contra 1.860 de su rival el duque de Hernani. En la campaña electoral de aquél participaron activamente oradores socialistas. *VG*, 17 abril 1923 y ss., 1 mayo 1923; *ES*, 7 abril 1923.

los trabajadores para con la organización» (110). De los Toyos, secretario del Sindicato Papelero, observaba que tan pronto como la organización suprimió, ante las dificultades económicas que atravesaba, los socorros de mutualidad, los obreros habían desertado a los círculos católicos y patronales:

«El Sindicato Papelero regional —concluía— no se desarrolló, no creció, porque los obreros papeleros estimasen que la organización obrera es el arma que debe esgrimir el proletariado para lograr su mejoramiento y emancipación social. La mayoría de los obreros papeleros se inscribieron en el Sindicato Papelero regional porque éste estableció unos socorros mayores que los de cualquier otro sindicato de España...» (111).

Sus observaciones reflejaban, en parte, la que era opinión dominante en los círculos socialistas sobre el cambio experimentado por las clases obreras entre 1919-20 y 1921-23. Pero hasta cierto punto reflejaban fielmente una realidad que era reconocida incluso por los grupos obreros extremistas: según el especialista en temas obreros guipuzcoanos del periódico de Bilbao *Las Noticias* —periódico en el que colaboraron conocidos militantes comunistas como Pérez Solís, Bullejos y Manzanares, el articulista al que se hace referencia—, los trabajadores de Guipúzcoa habían sido «educados en el egoísmo del salario»: «para ellos —reconocía— no hay más ideal que el aumento de jornal» (112). «El obrerismo —corroboraba el diario independiente *La Voz de Guipúzcoa* en 1923— se ha hecho más constructivo y posibilista» (113).

Cabría pensar que el caso de Guipúzcoa era una excepción, atribuible a la falta allí de una verdadera tradición de acción política y sindical independiente de la clase obrera, pues, como vimos, salvo en Eibar, la estabilidad de las relaciones laborales no sufrió alteraciones

---

(110) A. Guillén, «La organización en Pasajes», *ES*, 26 agosto 1922.

(111) J. De los Toyos, «Los obreros papeleros», *ES*, 17 abril 1922.

(112) *Las Noticias*, 4 noviembre 1921; véase también otro artículo sobre la organización obrera en Guipúzcoa del propio Manzanares, en *Las Noticias*, 24 agosto 1921, en el que se lamentaba del espíritu estrictamente pragmatista de aquélla.

(113) *VG*, 1 mayo 1923.



profundas hasta la Primera Guerra Mundial. Pero incluso en una zona tan polarizada socialmente como el área industrializada de Vizcaya, se observaba una evolución similar: cuando en 1921 el Sindicato Metalúrgico intentó lanzar una campaña de presión sobre los poderes públicos para lograr medidas contra la crisis, hubo de desistir ante el retraimiento general de la masa obrera: «Nadie hizo caso —denunció Lacort—. Ni los parados siquiera...» También allí, según el mismo observador, únicamente interesaban a los trabajadores «reclamaciones de orden inmediato». Y, en definitiva, se podían observar todos los síntomas de una desmovilización obrera casi tan intensa como la de Guipúzcoa.

«La crisis de trabajo, que dura aún —escribía Lacort en enero de 1922—, si bien va decreciendo aunque lentamente, y la escisión han llenado de miedo y de pesimismo el corazón de la masa, que no manifiesta ninguna inquietud» (114).

No percibir esta realidad, o creer que era el resultado de los errores teóricos de los dirigentes socialistas, llevó al partido comunista a abogar por una línea de acción que no se ajustó a las aspiraciones de las clases obreras. De ahí que su influencia fuese minoritaria, que fracasase su intento de construir una alternativa al movimiento socialista. En 1922 la UGT se sintió con fuerza suficiente como para proceder, sin merma sensible de efectivos, a expulsar a los sindicatos dominados por los comunistas, lo que hizo aprovechando la reacción de indignación provocada en las filas socialistas por la muerte de un obrero socialista en un tiroteo con los comunistas ocurrido en el curso del congreso nacional de la UGT celebrado en Madrid en noviembre de 1922. Fueron expulsados un total de 19 entidades, entre ellas siete de Bilbao: Sindicato de Peones, Sociedad Tipográfica, Sociedad de Trabajadores de Piedra y Mármol; Sindicato Minero, Sociedad de Peluqueros-Barberos, Sociedad de Toneleros Mecánicos, y Sindicato del Ramo de la Construcción (115). No se expulsó a ninguna sociedad de Guipúzcoa: en el con-

---

(114) A. Lacort, «La organización obrera en Vizcaya en el año 1921», *ES*, 4 enero 1922. Véase también A. Lacort, «Ante el próximo congreso federal», *LC*, 7 enero 1922.

(115) *EL*, 16 febrero 1923.

greso de la Federación local de Sociedades Obreras de San Sebastián de mayo de 1922, los comunistas habían logrado ver a tres miembros de su organización elegidos para los cargos de presidente, secretario y tesorero; pero cuando sometieron a referéndum de las secciones una serie de proposiciones en línea con su programa —como ingreso en la Internacional de Moscú y retirada de vocales obreros del Instituto de Reformas Sociales—, sus puntos de vista fueron rechazados (116). En Bilbao mismo, las expulsiones antes citadas no tuvieron repercusiones numéricas serias: afectaron, sobre todo, a las ejecutivas de las secciones sancionadas. Los socialistas pudieron incluso reconstituir éstas reteniendo, a veces, a una mayoría de los antiguos afiliados: así, en la nueva Federación Tipográfica creada en febrero de 1923, siguieron 200 de los 300 socios que habían pertenecido a dicha sociedad (117).

Una vez fuera de la UGT, los comunistas buscaron una aproximación a los grupos filocomunistas de la CNT, necesitados igualmente de nuevas alianzas tras haber sido desautorizados en el congreso nacional de aquella organización, reunido en Zaragoza en junio de 1922 (118). En diciembre de este año, aquellos grupos, que se auto-denominaban «grupos sindicales revolucionarios», celebraron, ya en colaboración con los comunistas, un congreso en Bilbao en el que se decidió formar comités sindicales revolucionarios dentro de las sociedades obreras, designar a Andrés Nin como representante de aquéllos en la Internacional de Moscú (119), lanzar un periódico propio (*La Batalla*) e invitar a las organizaciones obreras revolucionarias a ingresar en la CNT para formar «un frente único ofensivo y defensivo contra el capitalismo y contra los desmanes del Gobierno». La Federación

---

(116) Dichas proposiciones comunistas fueron rechazadas por 140 votos contra 91 y 12 abstenciones, la primera; 175 contra 16 y cuatro abstenciones, la segunda; VG, 24 junio 1922; ES, 19-29 junio 1922.

(117) ES, 17 febrero 1923.

(118) Como es sabido, la CNT se adhirió en un principio a la Internacional Sindical Roja de Moscú; en el congreso de Zaragoza, los grupos anarquistas consiguieron que se revocase definitivamente el acuerdo.

(119) Nin, Joaquín Maurín, Hilario Arlandis y Jesús Ibáñez eran los dirigentes nacionales más destacados de la nueva corriente. Como tales formaron la delegación de la CNT al congreso de la Internacional Sindical Roja de 1921.

local de sociedades obreras de San Sebastián, todavía bajo control comunista, acordó fusionarse con el Sindicato Unico de Trabajadores (la CNT local) en su congreso de enero de 1923; en julio, los grupos metalúrgicos comunistas de Bilbao, Ortuella y Lejona ingresaban oficialmente en la CNT (120).

Pero, en la práctica, todas estas tentativas, cualquiera que sea la originalidad doctrinal que se les atribuya, no llegaron a tener en el País Vasco influencia real en la evolución posterior del movimiento obrero. Ello se debió, en parte, a la poca fuerza que la CNT tenía en la región. Así sucedía, por ejemplo, en San Sebastián, donde el acuerdo de la Federación local, antes mencionado, hizo pensar a algunos periódicos que podrían producirse cambios que afectasen sensiblemente el curso de la política obrera:

«No cuentan, desde luego —aseguraba *La Voz de Guipúzcoa*—, los libertarios, ni en San Sebastián ni en Guipúzcoa, con los efectivos numéricos y con los elementos materiales de que disponen los obreros adheridos a la UGT» (121).

Y similar era la situación en Vizcaya, donde, para todos los efectos, la CNT había ido perdiendo paulatinamente desde 1921 sus ya escasas posiciones hasta convertirse, como dijera *La Lucha de Clases*, en una fuerza «más ficticia que real» (122). No parece que en dicha provincia llegaran siquiera a constituirse los comités sindicales revolucionarios, salvo quizá en algunos centros metalúrgicos, y la organización sindical comunista más poderosa, el Sindicato Minero de Bilbao, no llegó a ingresar en la CNT, a pesar de los acuerdos tomados en la reunión de grupos sindicales revolucionarios de diciembre de 1922 (123).

---

(120) *EL*, 5 julio 1923; la reunión de los CSR en Bilbao, en *ES*, 1 enero 1923; sobre el caso de San Sebastián, *LC*, 10 febrero 1923.

(121) *VG*, 15 junio 1922. Fue el mismo periódico el que creyó que el acuerdo de la Federación «podía tener una gran trascendencia para el obrerismo organizado de San Sebastián», *VG*, 14 abril 1923.

(122) *LC*, 12 agosto 1922. No me ha sido posible encontrar datos sobre el número de afiliados a la CNT en la región vasca.

(123) La prensa local obrera o de izquierdas, *La Lucha de Clases* y *El Liberal*, no dio noticias de los CRS tras su congreso constitutivo. En cambio, siguió informando de actividades de los grupos comunistas y sindicalistas, como si se tratara de entidades independientes.

En Guipúzcoa, por otra parte, la política de colaboración comunistas-sindicalistas revolucionarios fue rechazada por la dirección provincial cenetista, cuyo dirigente más influyente, Galo Díez —«el primero y casi único portavoz del movimiento», según sus propios correligionarios—, pertenecía al ala anarquista de la CNT. Ya en agosto de 1921 se había reunido en Logroño, a instancias de la organización guipuzcoana, un pleno nacional cenetista en el que se desautorizó por unanimidad a la delegación de sindicalistas que en nombre de la CNT se había adherido en Moscú a la Internacional Sindical Roja; y el propio Galo Díez tomó parte muy activa en el congreso nacional de aquella organización, celebrado, como se indicó, en Zaragoza en junio de 1922, en el que se ratificaron los acuerdos del pleno de Logroño: a él se debió una moción de protesta contra la política represiva del Gobierno bolchevique (124). La oposición del ala anarquista de la CNT local hizo que los planes de la Federación de sociedades obreras de San Sebastián no se materializasen. En abril de 1923 se celebró una asamblea en la que debía tomarse decisión definitiva sobre la propuesta de fusión entre la Federación y el Sindicato Único planteada en enero: según la prensa local, no hubo acuerdo. Los delegados anarquistas se opusieron a una unión que consideraban «inútil... por falta de unidad espiritual entre las diversas organizaciones», como dijera uno de ellos (125). Pocos días después, el 20 de abril, oradores anarquistas (Clará, Mira) atacaban en San Sebastián mismo, en un mitin público, a los «neocomunistas» (126).

Así, por tanto, los intentos del partido comunista de lograr una organización de masas conquistando la CNT desde dentro, nacieron en el País Vasco prácticamente fracasados. El propio Pérez Solís así lo reconocería años

---

(124) Sobre Galo Díez, véase H. Prieto, *Semblanza y personalidad de Galo Díez*, cit. en César M. Lorenzo, *Les anarchistes espagnols et le pouvoir 1868-1969* (París, 1969), pp. 156-157; sobre el pleno de Logroño y congreso de Zaragoza, M. Buenacasa, *El movimiento obrero español, 1886-1926* (Barcelona, 1928), pp. 135-142.

(125) VG, 14-15 abril 1923. A favor de la fusión hablaron los representantes comunistas (Rafael Marín, Carlos) y un sindicalista (Viteri).

(126) VG, 21 abril 1923. No obstante, comunistas y sindicalistas de San Sebastián seguirían colaborando en alguno de los pocos conflictos laborales que se produjeron en la localidad en 1923. VG, 9-16 junio y 6 julio 1923.



más tarde (127). Por lo que se refería a Vizcaya, la influencia comunista no haría sino debilitarse tras los fracasos del partido en los conflictos laborales, ya estudiados, de 1922. Y ello por parecidos motivos: por la identificación de la organización comunista con el terrorismo revolucionario y por la inadecuación de su política de intransigencia laboral a situaciones de crisis industrial.

Tras su derrota en el conflicto metalúrgico, los comunistas recurrieron abiertamente a procedimientos de violencia, tal vez viendo en el terrorismo la forma extrema de acción directa que, como parecía ser el caso de la CNT en Barcelona, les proporcionaría un amplio apoyo obrero. La violencia comunista alcanzó su mayor intensidad con motivo de un conflicto de tranviarios que se desarrolló en Bilbao a fines de 1922. El 8 de noviembre se había llevado a cabo en Bilbao y las zonas minera y metalúrgica otra huelga general, apoyada por todas las organizaciones obreras, esta vez en solidaridad con los procesados por el asesinato del gerente de Altos Hornos, cuya causa se veía en Bilbao aquel día (128): la compañía de tranvías disolvió el cuerpo de tranviarios por haber secundado el paro, reanudó los servicios con personal adicto e invitó a los tranviarios despedidos a hacer solicitudes individuales de reingreso. De los 247 despedidos, se reincorporaron, transcurrido un mes, unos 140. Rota la unidad de la huelga, sin apoyo de otras organizaciones obreras, la derrota de los tranviarios parecía inevitable (129): intentaron im-

---

(127) A. Elorza, «El anarcosindicalismo español bajo la dictadura (1923-1930)», *Revista de Trabajo*, núm. 39-40, 1972, p. 217.

(128) Salvo Euskalduna, pararon todas las fábricas y talleres de Bilbao y la ría; no circularon los tranvías; las tropas fueron acuarteladas y piquetes de la Guardia Civil recorrieron la ciudad. Hubo algún ligero incidente. El día 9 se reanudó el trabajo. *El Liberal* desaprobó la huelga, lo que hace pensar que los socialistas la secundaron a fin de no dejar la dirección de un movimiento que parecía despertar grandes simpatías en los sectores obreros en manos de los comunistas. *EL*, 8-10 noviembre 1922.

(129) «... lo primero que se echa en falta —escribía Zugazagoitia— es la solidaridad de los demás trabajadores para con los obreros tranviarios». J. Zugazagoitia, «Platonismo, no; solidaridad», *EL*, 5 diciembre 1922. Los comunistas amenazaron con declarar la huelga general; los socialistas les hicieron entender que no la apoyarían. Cuando el 12 de noviembre, la Casa del Pueblo convocó un mitin con aquel propósito, los oradores socialistas no acudieron. Uno de ellos, Paulino Gómez, explicó que «tanto él como el compañero Lacort y otro señor... (tuvieron) que salir de Bilbao», *EL*, 15 noviembre 1922. «Nos

pedirla mediante violencias e intimidaciones. Entre diciembre de 1922 y febrero de 1923 se produjeron cinco atentados contra trabajadores que se habían reintegrado al servicio, varios de los cuales resultaron muertos. Los autores de los atentados no fueron identificados, en parte por la «deplorable» organización de la policía de Bilbao, como concluyera el propio director general de Seguridad y como señalara la prensa local, *El Liberal* incluido; pero aunque no fuera posible hallar pruebas concluyentes, la opinión coincidía en señalar como «inductores morales» a los dirigentes comunistas —excluido Perezagua—, y como autores materiales, a jóvenes de la misma filiación. El resultado de todo ello fue la reorganización de los servicios de policía, una mayor vigilancia sobre los comunistas más significados, el aislamiento —y derrota— de los tranviarios, y que se creara lo que Pérez Solís definiera como «un estado de opinión peligroso» para los comunistas (130). Políticamente, los atentados fueron el suicidio de éstos: en su primera salida electoral, en las elecciones provinciales de junio de 1923, no tuvieron ni siquiera 1.000 votos (131).

Y aún se completaría el desprestigio del partido comunista en los meses siguientes: el 9 de julio, el Sindicato Minero de Bilbao declaró la huelga en las minas al rechazar los patronos la solicitud de aumento salarial de dos pesetas presentada por el Sindicato en mayo. La huelga terminaría el 25 de septiembre con la derrota de los trabajadores, derrota que, según *El Socialista*, constituyó la mayor humillación sufrida hasta entonces por la clase obrera. El conflicto estuvo erróneamente planteado y dirigido. En primer lugar se escogió un momento inoportuno, ya que los patronos contaban con «stocks» suficien-

---

hemos negado a declarar la huelga general —decía *El Socialista*—, para la que no había ambiente», *ES*, 25 diciembre 1922.

(130) O. Pérez Solís, *op. cit.*, p. 306; *El Socialista* opinaba que «la huelga de tranviarios ha tenido una terminación desastrosa para la organización»; *ES*, 25 diciembre 1922. Sobre la policía, *El Liberal* afirmaba que hubo momentos en que Regueral no pudo contar más que con dieciocho agentes para el servicio de vigilancia; *EL*, 3 marzo 1923. Sobre la huelga, *EL*, 11-15 noviembre, 14-18 diciembre 1922, 27 febrero-4 marzo 1923; *IRS*, «Huelga de los obreros de tranvías de Bilbao», tomo 55 (1922). Sobre los atentados, «Visita del director general de Orden Público a Bilbao a primeros de marzo de 1923», Archivo Romanones, legajo 70.

(131) Perezagua, 972 votos; Castaños, 926; Pozas, 910. *EL*, 5 junio 1923.

tes para soportar un prolongado cierre de las explotaciones: de ahí la negativa a toda concesión mantenida por las compañías a todo lo largo del conflicto. En segundo lugar, pareció evidente que en el fondo la huelga había sido promovido por el Sindicato comunista con el propósito de anular al Sindicato socialista de La Arboleda, que en marzo de aquel año había presentado sus propias reclamaciones, más modestas que las del Sindicato de Bilbao (1,05 ptas. de aumento). Por esta razón —y por el hecho de que en las elecciones de junio los comunistas habían asesinado a un prestigioso socialista de Bilbao, Ernesto García— La Arboleda rechazó la propuesta de «frente único» que le hiciera la organización comunista (132). Los mineros fueron, por tanto, al paro en un momento desfavorable y divididos: en efecto, inicialmente no se interrumpió el trabajo en La Arboleda, San Salvador del Valle, Ontón, Alén, Sopuerta y otros puntos, limitándose, de hecho, la huelga a las minas de Bilbao, Ortuella, Gallarta y Musques. Más tarde, los socialistas darían también orden de parar —sin duda, para no asumir la responsabilidad de una posible derrota—, pero sin aceptar en ningún momento colaborar con el comité de huelga comunista (133).

No se recordaba en Vizcaya ninguna disputa laboral en que las dificultades económicas de los huelguistas hubieran alcanzado un nivel tan extremo como en esta oportunidad. Toda la prensa local se hacía eco del «estado de miseria», de la «situación angustiosa» en que la huelga había dejado a los mineros: muchos hubieron de abandonar a sus familias, dedicándose a recorrer los pueblos de Vizcaya en busca de trabajo o a la mendicidad. En numerosos hogares hubo de darse acogida a los hijos de los mineros. La huelga, además, carecía de ambiente. Se prolongaba sin que se vislumbrase ninguna solución. Como en previas ocasiones, los comunistas intentaron el

---

(132) La propuesta fue rechazada por 455 votos contra 72; V. Gómez, «La huelga de los mineros de Vizcaya», *ES*, 9 agosto 1922. Sobre el momento en que surgió la huelga, Zugazagoitia, que la creía «justa», opinaba que «no debió haberse planteado» porque «la industria minera atraviesa una crisis de consideración»; J. Zugazagoitia, «Los mineros», *LC*, 14 julio 1923. La misma opinión en *PV*, 3 junio 1923.

(133) «Con los comunistas —decía *La Lucha de Clases*—, mientras no se modifiquen, en tanto no se laven, si es que eso se puede lavar, ni los buenos días», *LC*, 18 agosto 1923; V. Gómez, «El conflicto minero de Vizcaya», *ES*, 20 agosto 1923.

23 de agosto la huelga general: fue un nuevo fracaso. Sólo lograron a tiros que parasen por unas horas los tranvías (un tranviario resultó muerto) y algunos talleres de la capital. La jornada tuvo un desenlace luctuoso: durante cerca de una hora, un grupo de comunistas sostuvo, desde la Casa del Pueblo, donde se habían refugiado, un intenso tiroteo con la policía. Esta asaltó finalmente el edificio: un obrero resultó muerto, otro falleció a los pocos días, varias personas, entre ellas Pérez Solís, resultaron heridas de gravedad y unas ochenta (Bullejos y los principales dirigentes comunistas, salvo Perezagua, incluidos) fueron arrestadas (134).

A partir de este momento, la huelga podía darse por perdida para los mineros. Detenido el comité de huelga, el Sindicato de La Arboleda no quiso asumir la dirección de un conflicto en cuyo origen no le cabía responsabilidad. El 19 de septiembre los patronos reabrieron las canteras: se trabajó en La Arboleda, San Salvador del Valle, Ortuella y las minas de la Orconera; el 25 se trabajaba incluso en Gallarta, a pesar de ser patente allí la influencia comunista. Pocos días después se normalizaba la situación en todas las cuencas (135).

En definitiva, el balance de la experiencia comunista entre 1921 y 1923 se aproximaba a lo que ya predijera Prieto en el momento de producirse la escisión: el nuevo partido podía o no haber restado fuerzas y clientela al PSOE, pero se había mostrado incapaz de capitalizarlas políticamente. Por las razones apuntadas, el partido comunista no había acertado a canalizar el malestar obrero de los años 1921-23 ni a construir una alternativa política coherente al reformismo socialista. Es más, como hemos visto, en un régimen basado en partidos y par-

---

(134) *EL*, 24 agosto 1923; «Sangrientas colisiones en Bilbao», *ES*, 24 agosto 1923. El intento de huelga general coincidió con un conato de sublevación en Málaga de tropas destinadas a África procedentes de Bilbao. Tal vez los comunistas hubiesen preparado de antemano una insurrección para aquel verano, y por eso plantearon la huelga de Bilbao en momento tan desfavorable. En Bilbao, los sangrientos sucesos de la Casa del Pueblo fueron un hecho marginal: los cafés, la corrida, los paseos estuvieron concurridísimos. Prieto mismo acudió ese día a los toros, salvándose así del atentado que le preparaban algunos jóvenes comunistas.

(135) *EL*, 19-28 septiembre 1923; *ES*, 11, 28 septiembre 1923; P. Iglesias, «Huelgas locas», *ES*, 10 octubre 1923; *LC*, 6 octubre 1923; BIRS, tomo 20, vol. I, julio-diciembre 1923, pp. 1048-1076.



cialmente en la opinión, no había sido difícil aislar políticamente sus violencias e intransigencia.

### III. *Contra el rey por el artículo 29*

El problema para los socialistas era determinar la medida en que la escisión de 1921 podía afectar sus posibilidades electorales. Y sin duda, dicha cuestión debió desempeñar un papel no desdeñable en la elaboración de la política del PSOE a partir del último trimestre de 1922. Desde que Prieto pronunciara en noviembre de dicho año un resonante discurso parlamentario exigiendo que las responsabilidades por los 8.000 muertos habidos en la caída de la comandancia de Melilla en 1921 se extendieran al propio rey, el PSOE asumió enteramente la dirección del movimiento antidinástico del país. Pasados los reformistas a la Monarquía (en diciembre de 1922 serían gobierno dentro de la coalición liberal presidida por García Prieto), vacilante Lerroux en el problema de Marruecos, faltos otros conocidos republicanos como Marcelino Domingo de una verdadera organización, el PSOE —en parte para contrarrestar tanto la militancia de la CNT como los posibles efectos de la escisión comunista— emergió en 1922-23 como el primer partido republicano del país (136).

No dejaba de ser significativo que fuese Prieto, más que ningún otro dirigente socialista, la encarnación de aquella línea política del PSOE. Podía temer justificadamente que, pese a todos sus desaciertos, los comunistas le erosionasen su base electoral en el distrito de Bilbao; no podía permitirse, por tanto, perder el apoyo del electorado republicano, y menos aún después que las elecciones locales de 1922 hubiesen demostrado que el republicanismo —si muy debilitado a escala nacional— seguía siendo una fuerza importante en la política de Bilbao (137). Y tampoco podía arriesgarse a perder la bene-

---

(136) Sobre la crisis del republicanismo, véase J. Calvo Sotelo, «Republicanos y socialistas», PV, 9 octubre 1920; «No ha perdido su razón de ser», VG, 26 marzo 1922. El discurso de Prieto, en I. Prieto, *Con el Rey o contra el Rey* (México, 1972), pp. 121-158.

(137) En las elecciones de febrero de 1922, los republicanos habían logrado en Bilbao 2.230 votos; los socialistas, 2.396. Véanse los resul-

volencia de la Liga Monárquica. Es más: por la propia situación del obrerismo local era aún más dependiente que nunca de aquella organización.

A todas estas consideraciones tuvieron que responder los movimientos políticos de Prieto desde que, al canbiar la situación política en diciembre de 1922 y subir los liberales al poder, se anunciase la convocatoria de nuevas elecciones. Y como en anteriores ocasiones, sabría explotar en su provecho las peculiares circunstancias políticas de Vizcaya.

La subida al poder de los liberales tuvo inmediatas derivaciones en Bilbao. La Liga pidió al Gobierno que ratificara al maurista Arancibia en la Alcaldía; se opuso el concejal romanonista Uruñuela, cuyo grupo y la juventud liberal aspiraban a reconstituir un partido liberal independiente que con el apoyo del Gobierno pudiese sustituir a la filo-maurista Liga como representación oficial del monarquismo en Vizcaya. Los concejales nacionalistas apoyaron a Uruñuela, en parte para quebrantar a la Liga, en parte para posibilitar el acercamiento Comunión Nacionalista Vasca-partido liberal, que se decía iba a intentar el nuevo gobernador civil, Ledesma(138). Prieto temió que el interés de la Liga en sostener a Arancibia significase que aquélla pensara presentar un candidato monárquico por Bilbao (139). En consecuencia, los socialistas —y con ellos, los republicanos— se sumaron a las restantes minorías y declararon la obstrucción municipal reclamando el derecho del Ayuntamiento a nombrar alcalde (140).

---

tados en AG, serie A, legajo 28. La prensa de Bilbao no se publicó por huelga de tipógrafos.

(138) Una sección, al menos, del nacionalismo vasco apoyaba esa aproximación, especialmente tras la escisión del ala separatista identificada con el periódico *Aberri*, consumada en julio de 1921 con la fundación de un nuevo partido que adoptó el viejo nombre de partido nacionalista vasco. Según *EL*, era «ciertísimo» que «miembros significadísimos de la comunión nacionalista» habían estado en tratos con el Gobierno; *EL*, 28 marzo 1923. En el distrito de Guernica, los nacionalistas apoyarían al liberal Elorrieta frente al candidato de la Liga, Nárdiz; *Euzkadi*, 25 abril 1923.

(139) Los temores de Prieto no estaban justificados: el 12 de marzo de 1923 no había pensado aún la Liga en presentar candidatura en Bilbao. «Bilbao. Cuestión social-alcaldía», Archivo Romanones, legajo 70, núm. 11.

(140) Esto era obviamente un pretexto. Arancibia había sido nombrado alcalde de real orden en abril de 1922, sin que hubiese entonces protesta alguna.

La solución que proponían, por distintas razones, *El Liberal* (es decir, Prieto), liberales y nacionalistas —la designación o elección de Uruñuela como alcalde— era inaceptable para la Liga. Temía ésta que fuese cierto que Ledesma hubiese venido a Bilbao con instrucciones de intentar una política de atracción del nacionalismo vasco y que para ello se prescindiese del maurismo local. El pacto electoral en el distrito de Guernica entre la Comunidad Nacionalista y el liberal Elorrieta parecía confirmar los recelos de la organización monárquica (141). La Liga reaccionó enérgicamente. *El Pueblo Vasco* desencadenó una violenta campaña contra Ledesma, encaminada o a lograr del Gobierno su destitución o a provocar su dimisión, lo que consiguió a principios de marzo; los líderes de la Liga —y principalmente Balparda, hombre muy vinculado al nuevo ministro de Estado, Alba— presionaron en Madrid para lograr que el Gobierno mantuviese a Arancibia y declarase candidatos oficiales a los que ella misma designase, y en Bilbao, sobre los liberales disidentes: Uruñuela renunció a sus aspiraciones cuando la Liga amenazó con no apoyar a su suegro, don Federico Echevarría, en las elecciones para senadores, y finalmente *El Pueblo Vasco* acusó reiteradamente a Prieto de haber ingeniado la maniobra obstruccionista para asegurarse un alcalde afín temeroso de perder el acta: la amenaza detrás de estas acusaciones era la presentación de candidatura monárquica por Bilbao (142).

Prieto no desoiría estas amenazas: siguió apoyando la obstrucción y la solución Uruñuela en tanto que el Gobierno —inhibido por la propia división de los monárquicos vizcaínos— no tomó una decisión definida. Pero cuando se hizo evidente, a fines de marzo, que el Gobierno se rendía a la Liga, haciendo oficiales las candidaturas que ésta propusiese, desautorizando incluso a Elorrieta, Prieto rectificó y buscó una vez más la colaboración tácita con la Liga. Así, el 5 de abril la Agrupación Socialista de Bilbao aprobó «por inmensa mayoría» una propuesta del comité ejecutivo contraria a la aceptación de una oferta de pacto electoral hecha por nacio-

---

(141) «Frutos de una gestión», *PV*, 25 febrero 1923; «La obra de la inconsciencia», *PV*, 16 marzo 1923.

(142) *PV*, 5-16 marzo 1923; *EL*, 8, 16 y 25 marzo 1923.

nalistas vascos y republicanos (143). El día 8, la Federación Socialista Vascongada acordaba «no hacer pacto de ninguna clase ni en ningún sentido» con partidos antidinásticos ni en Valmaseda —donde los republicanos presentaban a Buylla— ni en Baracaldo, donde los nacionalistas habían anunciado su propia candidatura (144). Aquel mismo día, la UGT local daba seguridades de que no se iría a la huelga general el 9 de abril, día en que debía celebrarse una nueva vista del proceso por el asesinato del gerente de Altos Hornos (145). La Liga, por su parte, publicaba su candidatura, renunciando una vez más al distrito de Bilbao.

Se reproducía, por tanto, el mismo planteamiento de anteriores elecciones. Cabía únicamente la posibilidad de que los republicanos se decidiesen a presentar candidatura en Bilbao, como hicieran en 1920 y como habían acordado en febrero. Para anticiparse a esa eventualidad —y para compensar el posible descontento que sus nuevos compromisos pudieran suscitar entre las izquierdas locales—, Prieto pronunció el 7 de abril, al tiempo precisamente en que se hacían públicos los acuerdos de la Agrupación y Federación Socialistas vizcaínas, el que podía considerarse quizá como el más violento ataque personal contra el rey pronunciado en los últimos años en el país (146).

No parecía probable que tras este discurso los republicanos intentasen nada que pudiera poner en peligro la elección de quien era una de las figuras más significadas de la oposición a la Monarquía; y, en efecto, no lo

---

(143) La Comunión Nacionalista, fracasada la maniobra de aproximación a los liberales, buscó la colaboración con otras fuerzas. Incluso intentó atraerse a los aberrianos organizando el 1 de abril una «gran fiesta pro integridad vasca», en la que hizo público un documento por el que reconocía la unidad de las provincias vascas de España y Francia y hacía suya la aspiración a la independencia; *Euzkadi*, 3 abril 1923. Pese a ello, los aberrianos acordaron abstenerse en las elecciones; *Euzkadi*, 1 mayo 1923.

(144) La Comunión Nacionalista planteó las elecciones con un declarado propósito: «el de hundir a la Liga alfonsina». Apoyaba, por esta razón, a Buylla, en Valmaseda, y a Elorrieta, en Guernica; *Euzkadi*, 22-25 abril 1923. Decisiones socialistas, en *EL*, 6 abril 1923, y *LC*, 14 abril 1923. Por supuesto, los socialistas no presentaron candidaturas ni en Baracaldo ni en Valmaseda.

(145) *EL*, 8 abril 1923.

(146) Recogido en I. Prieto, *Con el Rey o contra el Rey* (México, 1972), páginas 201-263.



hicieron. Podía esperarse, en cambio, alguna forma de reacción monárquica. Se produjo: el Gobierno indicó a la Liga que presentara candidatura por Bilbao; pero no pudieron llegar a ponerse definitivamente de acuerdo ni en cuanto al candidato ni en cuanto a los términos en que el Gobierno prestaría su apoyo oficial. En definitiva, no hubo en Bilbao más candidatura que la de Prieto, que, así, fue proclamado diputado por el artículo 29, esto es, sin oposición (147). No era de extrañar que, a la vista de ello, algún periódico dijese que «en apariencia había existido un contubernio entre los socialistas y los monárquicos» (148). Y tampoco que cuando el día de la elección se viese a los obreros de Baracaldo votar al candidato de la Liga, Goyoaga, y a los de La Arboleda, a Balparda, otros hablaran de «pacto infamante»: «Se puede pregonar muy alto —concluía *Euzkadi*— que los ligueros convinieron los detalles todos y pesaron hasta los ataques al rey, preparados para despistar a los bobos» (149). Es posible que sólo hubiese habido un entendimiento tácito; los resultados fueron los mismos que si se hubiese concertado un pacto explícito.

Prieto, por supuesto, negó que hubiese aceptado «contubernio» alguno con la Liga. Atribuía su triunfo a la fuerza electoral socialista en Bilbao, explicación aceptada por numerosos historiadores. Sin embargo, irónicamente, nunca fue dicha fuerza más débil que entonces. El resultado de las elecciones provinciales, celebradas en junio de 1923, era bien elocuente: nacionalistas, 3.245 votos; Liga, 3.166; republicanos, 3.047; socialistas, 1.357; comunistas, 974 (150). La propia *Lucha de Clases* recono-

---

(147) Lequerica explicó en *El Sol* que el Gobierno pidió a la Liga que al menos impidiera que Prieto saliera por el artículo 29, pero luego el Gobierno renunció a ello. Su explicación no era muy convincente: en cualquier caso, ello confirmaba que la Liga no tomó en ningún momento iniciativa alguna para designar candidato, limitándose tibiamente a atender las indicaciones del Gobierno. *El Sol*, 12 mayo 1923.

(148) *El Sol*, 12 mayo 1923. Véase, además, PV, 1, 13 mayo 1923.

(149) *Euzkadi*, 1 mayo 1923.

(150) En elecciones provinciales, Bilbao se desdoblaba en dos distritos (Bilbao-Centro y Bilbao-Ensanche), formado cada uno por secciones de la capital y pueblos cercanos a ella. El resultado del texto se refiere a los votos obtenidos por los partidos en las secciones de la capital; *Euzkadi*, 13 junio 1923. El resultado revelaba la erosión electoral de los socialistas a causa de la escisión comunista. Sin embargo, la influencia de la UGT en los medios obreros seguía siendo

cía esta realidad en un editorial de 1 de mayo de aquel año: «Confesamos carecer de fuerza netamente socialista para elegir un diputado por Bilbao —decía— si antes no cuidamos de confeccionar nuestra candidatura precisamente con el nombre de Indalecio Prieto.»

Hacerlo así suponía aceptar los compromisos electorales que se han visto más arriba. La alternativa parecía ser renunciar al distrito de Bilbao. Ni Prieto, ni muchos socialistas, estaban dispuestos a ello. Eran bien conscientes del precio que pagaban:

«Quien se limitara en el Parlamento —explicaba Prieto respondiendo a las críticas que suscitara su elección—, la Diputación o el Concejo, a exponer las ideas colectivistas, habría terminado su misión en media hora, y además habría incumplido su deber y sentaría plaza de tonto.»

«Y la política —concluía—, arte de realidades, no es un fumadero de opio» (151).

---

mayoritaria: en contraste con el fracaso de las huelgas generales convocadas por los comunistas, el 14 de septiembre hubo un paro general absoluto de veinticuatro horas, declarado por la UGT contra el golpe de Primo de Rivera; *EL*, 15 septiembre 1923.

(151) *LC*, 6 mayo 1923.

## CONCLUSION

Este trabajo fue concebido como una contribución tanto al debate sobre la división geográfica del movimiento obrero español, como a la discusión acerca del impacto que sobre la política española anterior a 1923 pudo tener la movilización de las clases trabajadoras del país.

En ambos aspectos, la evidencia pronto llevó hacia conclusiones alejadas de las explicaciones existentes. Se hizo evidente, por ejemplo, que, contrariamente a lo que habitualmente sostiene la historiografía sobre el tema, no era posible establecer una clara relación entre la estructura de la industria vasca (grandes factorías, carácter moderno de los principales sectores industriales) y la expansión del socialismo en la región. Fueron los trabajadores de las minas de las cuencas de Somorrostro y de las pequeñas y medianas empresas de los centros urbanos (Bilbao, Eibar) los que formaron inicialmente los cuadros sindicales y la base electoral del partido socialista. Como se ha indicado, los obreros de las grandes factorías siderometalúrgicas de la región permanecieron en gran medida desmovilizados hasta la Primera Guerra Mundial.

De hecho, la aparición del partido socialista como organización dirigente del movimiento obrero del País Vasco estuvo lejos de ser el resultado inmediato e inevitable del rápido proceso de industrialización experimentado por la región a partir de 1876. Inevitable fue, sin duda, el surgimiento de problemas propios de toda sociedad industrial y, por consiguiente, de la polarización social y de la conflictividad laboral: no así, que una y otra se tradujeran en un avance considerable de un determinado partido obrerista. En este sentido, en este estudio se ha argumentado que la falta de una tradición de actividad obrera en la región, la determinación y habilidad

de los dirigentes socialistas locales, el hecho mismo de ser éstos a un tiempo líderes sindicales y líderes políticos, más ciertas particularidades históricas (como las intervenciones de Loma y Alonso Colmenares en los sucesos de 1890 y 1891) se combinaron para dar a los socialistas la dirección del movimiento obrero vasco, que ellos supieron retener durante años anticipándose —con una política laboral a veces dura e intransigente; otras, moderada y cauta— a posibles desbordamientos a su derecha o a su izquierda. Fue principalmente a través de su actividad laboral que el partido socialista logró el apoyo de una parte considerable de los trabajadores de la región vasca: para mediados de la década de 1910 se había consolidado ya la identificación de una tradición de actividad obrera con las acciones del partido socialista. Como se ha visto, los trabajadores mantuvieron sus lealtades incluso cuando, a partir de 1918, los compromisos políticos del partido y de Prieto dieron lugar a una rectificación del extremismo laboral practicado en los años de Perezagua.

Por otra parte, como se indicó en el prólogo, la frecuencia y dureza de los conflictos laborales de Vizcaya puede ser, en cierto sentido, engañoso. Las huelgas mineras anteriores a 1910 no pasaron de ser conflictos locales sin que tuvieran un impacto dramático sobre la política y la vida social del resto del país. Quizá sólo la huelga metalúrgica de 1922 podría ser considerada con toda propiedad, por sus implicaciones e influencias, como un verdadero conflicto nacional. Se ha repetido reiteradamente en el texto que el partido socialista, si bien influyente en algunas provincias y particularmente en Vizcaya, no jugó un papel sustancial en la política española antes de 1910: posiblemente, no acertó a elaborar una coherente política de oposición al régimen monárquico adaptada a las peculiares características de la política española. Los socialistas optaron por una política laboral moderada —quizá con la excepción inicial de Vizcaya— como medio de mejorar su imagen electoral en unos años en que parecían patentes la desconfianza de amplios sectores obreros hacia la acción del Estado y su mayor interés en la acción laboral que en la política; al mismo tiempo, ocultaron su moderación práctica detrás de una acusada intransigencia doctrinal, fruto de la cual fue su hostilidad al republicanismo que le alienó, contrariamente a los cálculos



de sus líderes, el apoyo de importantes núcleos de opinión obrera. Se ha dicho igualmente que los conflictos laborales no alteraron seriamente la estabilidad de las relaciones sociales en la mayoría de las provincias españolas antes de la Primera Guerra Mundial. Dentro del mismo País Vasco, fue sólo en la zona de Bilbao y su ría y en algunas pequeñas localidades industriales de Guipúzcoa donde los problemas laborales constituyeron una cuestión central de la vida política. Incluso allí, sólo una minoría de trabajadores estaba sindicada, y el partido socialista disponía antes de 1910 de no muchos más de 5.000 votos.

Parece revelador que, como se ha visto en la parte final de este trabajo, los socialistas tuvieran que recurrir en Bilbao, entre 1918 y 1923, a un entendimiento tácito con los partidos monárquicos y a marrullerías electorales, hecho habitualmente silenciado, bien por ignorancia o bien por no encajar en tesis establecidas al margen de los hechos. El caso es aún más revelador —para el segundo aspecto que como se señaló se quiso abordar en este estudio: movilización real de las clases trabajadoras del país— si se tiene en cuenta que aquéllos fueron los años en que se produjo la más intensa movilización obrera hasta entonces experimentada en España y que se consideraba a Bilbao como uno de los más seguros enclaves socialistas del país. Lo era, pero con las reservas ya conocidas:

«Yo me explico —afirmaba Prieto en un discurso pronunciado en el Ateneo el 30 de noviembre de 1920— que los hombres políticos de este páramo y en este desierto de la vida política española atiendan simplemente a su encumbramiento...; porque es gritar en desierto y es dar una sensación de locura... el ver que detrás de uno no hay opinión.»

Es éste un dato que es preciso retener para analizar con corrección la política obrera en España antes de 1923.

# APENDICE I

## SALARIOS EN LAS MINAS DE VIZCAYA (1880-1910)

Los datos que sobre salarios en las minas de Vizcaya, entre 1880 y 1910, me ha sido posible encontrar son (en ptas.):

	Fuente y año							
	Lavel- lée, 1883	EME, 1884	EME, 1885	ES, 1 julio 1887	ES, 28 mayo 1890	Cónsul, 1895	Cónsul, 1898	Cón- sul, 1900
Capataces . .						4,50-5	4,50	
Barrenadores						3,50-3,75	3,50	
Peones . . . .	2,60-2,80	2,50-4	2,50-3	2,75		2,75-3	3	3-4
Pinches . . .	1,55-1,65		1,25		2-2,25	1,50-2	1,50-2,25	
Otros trabajos . . .	—	—	—	—	—	—	—	—

	<i>Fuente y año</i>						
	IRS, 1903	Lazúr- tegui, 1903	Verga- ra, 1904	Marvaud, 1907	Pa- tro- nos, 1907	Do- me- nech, 1907	Soli- nís, 1907
Capataces . .		4,485		4,25-6			
Barrenadores.	3,50-3,75-4	3,476	3,50-4,50	3,75-4,25	2,70	3,25	2,73
Peones . . . .	3-3,25-3,50	3,081	3-3,50	3-3,25-3,50	3,20		2,36
Pinches . . .	2-2,25-2,50	2,030	2-2,50		2,26	2	1,67
Otros trabajos . . . .	2,25-6,25	2,90-4,50			4,34		3,21

	Fuente y año				
	Jef. minas, 1910	C. huelga, 1910	DGAMM, 1910	IRS, 1910	Lazúr- tegui, 1910
Capataces . . . .	5,25			3,70-5,50	4,715
Barrenadores . .			3,75-6	3,25-4,50	3,616
Peones . . . . .	3,50	3,30	3,15-3,25-3,34	2,85-3,45	3,252
Pinches . . . . .	2,25		1,62-2,50	1,75-2,75	2,195
Otros trabajos .			3,50-6	3-5,48	3,10-5,50

Véase: R. Lavellée, *Les classes ouvrières en Europe* (París, 1884), volumen II, p. 502; *Estadística Minera de España, 1884* (Madrid, 1886), página 159, y *Estadística Minera de España, 1885* (Madrid, 1886), p. 151; los informes consulares de los años 1895, 1898 y 1900, en PRO, *Parliamentary Papers. Commercial Reports, 1896, 1899, 1901*; IRS, *Informe*, páginas 55-67 (se han tomado los jornales que aparecen como más frecuentes); J. Lazúrtegui, «La industria minera de la provincia de Vizcaya», en F. Carreras Candi (ed.), *Geografía General del País Vasco-Navarro. Provincia de Vizcaya* (Barcelona, s. a.), p. 135; A. Marvaud, *La Question Sociale en Espagne* (París, 1910), p. 108; Asociación de Patronos Mineros de Vizcaya, *El trabajo en las minas de Vizcaya* (Bilbao, 1907), p. 8; E. Vergara García, *op. cit.*, p. 173; Comisión de huelga, *Huelga de los mineros de Vizcaya* (Bilbao, 1911), pp. 140-152 y 172-177; J. Solinís, «El obrero en Vizcaya», *ES*, 9 agosto 1907; F. Domenech, «El obrero en Vizcaya. Zona minera», *LC*, 13 julio 1907; DGAMM, *Informe Minas*, pp. 86-88; IRS, *Información sobre el trabajo en las minas a propósito de las peticiones que las sociedades obreras elevaron al Gobierno el año 1909* (Madrid, 1910), publicado por A. Elorza en *Revista de Trabajo*, 1968, núm. 1, pp. 109-197.

## APENDICE II

### SECCIONES Y AFILIADOS DE LA UGT EN EL PAIS VASCO

Fecha	Vizcaya		Guipúzcoa <sup>1</sup>		Alava		Fuente
	S.	A.	S.	A.	S.	A.	
Octubre 1892	11	511					ES, 14 octubre 1892
Septiembre 1893	11	491		10			ES, 22 septiem. 1893
Marzo 1900	14	1.253	2	172			ES, 16 marzo 1900
Septiembre 1900		3.494		343			ES, 21 septiem. 1900
Febrero 1901	27	1.695	5	588			ES, 15 marzo 1901
Octubre 1901	30	2.121	6	891			ES, 18 octubre 1901
Mayo 1902	32	3.853		410			ES, 16 mayo 1902
Agosto 1902	27	3.414					LC, 9 agosto 1902
Febrero 1903	38	4.111	6	812	3	125	ES, 6 febrero 1903
Septiembre 1903	35	3.449	13	928	5	257	ES, 9 octubre 1903
1903-1904	34	4.450	15	916			Rev. Socialista
Octubre 1904	38	4.681	15	1.149	7	234	BIRS
Diciembre 1904		3.373					LC, 3 diciembre 1904
Febrero 1905	40	4.464	15	1.150	7	311	ES, 24 marzo 1905
Octubre 1905	44	3.997	14	837	8	357	ES, 20 octubre 1905
Agosto 1906		2.004					ES, 31 agosto 1906
Abril 1907	39	2.046	10	521	3	79	BIRS
Septiembre 1907	39	1.381	5	333	2	59	BIRS
Marzo 1908	43	2.420	4	222	2	50	BIRS
Octubre 1908	44	2.235	4	176	2	46	BIRS
Marzo 1909	45	2.171	5	161	2	49	BIRS
Noviembre 1909	45	2.064	5	150	2	54	BIRS
Junio 1910	45	1.711	4	99	2	57	BIRS
Marzo 1911	53	8.968	3	119	4	208	BIRS
Agosto 1915	44	3.212	8	289	7	201	AEE, 1917
Enero 1916	48	2.963	8	291	5	97	ES, 19 mayo 1917
Enero 1917	39	4.646	9	617	5	137	ES, 19 mayo 1917
Julio 1918	38	6.226	10	699	4	103	ES, 19 junio 1920
Mayo 1920	61	18.002	11	1.322	6	354	ES, 19 junio 1920
Julio 1921	44	21.481	23	4.053	7	325	BIRS
Agosto 1922	60	17.575	22	2.760	5	166	ES, 19 octubre 1922

<sup>1</sup> La cifra de Guipúzcoa debe referirse a San Sebastián. Se han encontrado, además, los siguientes datos:



Fecha	Eibar	Sindicato Metal Guipuzcoano	Sindicato Papelero Vasco-Navarro	Fuente
1903-1904	819			<i>Rev. Socialista</i>
Mayo 1905	755			<i>ES</i> , 19 mayo 1905
Junio 1920	1.495	1.659		<i>ES</i> , 28 junio 1920
Marzo 1921			2.343	Memoria SPVN
Junio 1921			2.256	Memoria SPVN
Enero 1922			1.669	Memoria SPVN
Julio 1923	364	300		<i>ES</i> , 27 julio 1923

*Afiliados al PSOE y a la Juventud Socialista (JS)*

Año	Vizcaya (PSOE)	Vizcaya (JS)	Guipúzcoa (PSOE)	Guipúzcoa (JS)	Alava (PSOE)
1900	820				
1904	1.373				
1903-1904	1.992				
1915	710	596	216	197	30
1916	512		347		30
1917	477		100		30
1918	445		212		18
1919	612		195		
1920		1.004		257	
1921	761		238		33
1922		481		40	

# APENDICE III

## VOTOS LOGRADOS POR EL PSOE EN EL PAIS VASCO

### *Elecciones generales*

Año	Bilbao	Baracaldo	Valmaseda	San Sebastián	Eibar (Vergara) <sup>1</sup>	Tolosa
1891	437		217			
1893	187		232			
1896	1.263	111				
1898	3.048	521	739	30	12	
1899	2.299	365	223	81		
1901	2.781	536	149	889	69	
1903	1.469 <sup>2</sup>	307	200	385	109 (130)	
1905	3.104	228	217	277	110 (137)	
1907	3.415			676	120 (142)	
1914		3.200 <sup>3</sup>				99
1918	6.079 <sup>2</sup>			472		
1919	8.501 <sup>3</sup>			592		
1920	8.553	1.654	4.248	343	509	
1923	art. 29			837		

<sup>1</sup> Eibar formaba parte del distrito de Vergara; la cifra entre paréntesis indica los votos obtenidos en éste.

<sup>2</sup> La elección fue interrumpida en numerosos colegios.

<sup>3</sup> En conjunción con los republicanos.

### *Elecciones locales (entre paréntesis, núm. de concejales elegidos)*

Año	Bilbao	Barac.	Arbol.	Gall. Ort.	Ses. Er.	S. Seb.	Eibar	Tol.
1891	775 (1)		(1)					
1893	382							
1895	561 (1)							
1897	886 (4)			(1)				
1899	1.341 (3)	171 (1)		(1)				
1901	2.574 (6)	188		(2)				
1903	2.269 (6)	288				(2)	188 (1)	

*Elecciones locales (entre paréntesis, núm. de concejales elegidos)*

Año	Bilbao	Barac.	Arbol.	Gall.	Ort.	Ses.	Er.	S. Seb.	Eibar	Tol.
1905	3.441 (6)								270	
1909	1.741 (2)									
1909	3.299 (5)	(1)	(1)					(2)	(1)	
1911	2.467 (3)	349 (1)	(2)	(2)	(2)		(2)	513	(1)	
1913	2.876 (4)	(1)	(4)					(2)	(2)	
1915	1.947 (3)	(2)	125 (1)				(1)	349	(1)	
1917	1.072 (2)	(1)						290 (1)	417 (2)	
1920	2.243 (4)	(3)	(6)	(6)	(5)	(5)	(1)	420 (1)	692 (6)	(1)
1922	2.396 (4)			(2)		(2)	(1)	470 (1)	523 (3)	25

(Para entender los resultados anteriores, debe tenerse en cuenta que en elecciones locales los socialistas presentaban candidaturas únicamente en aquellos distritos de la localidad en que creían contar con posibilidades de éxito. En Bilbao, por ejemplo, su norma era disputar sólo tres distritos; en San Sebastián, dos. Las elecciones de 1920 constituyeron el mayor éxito electoral socialista de los años aquí estudiados: en Vizcaya lograron un total de 7.948 votos; en Guipúzcoa, de 1.366. En aquellas elecciones, los socialistas iban en conjunción con los republicanos.)

*Elecciones provinciales*

Año	Bilbao	Valmaseda	San Sebastián	Tolosa
1898	1.830			
1907	8.366			
1911	8.651			
1913		4.479		
1915	8.840		924	
1917	6.385	2.422		
1919	6.136		1.646	145
1921		3.063		
1923	1.450			

(Salvo en 1898, 1921 y 1923, en todas las demás elecciones, los socialistas fueron en conjunción con los republicanos.)

Barac.: Baracaldo. Arbol.: La Arboleda. Gall.: Gallarta. Ort.: Ortuella. Ses.: Sestao. Er.: Erandio. S. Seb.: San Sebastián. Tol.: Tolosa.

# APENDICE IV

## ELECCIONES MUNICIPALES DE BILBAO DE 1891

### *Distrito de Bilbao la Vieja*

				<i>Total</i>
* J. Saiz Calderón (C. Rep.)	80	68	39	187
* L. Carretero (PSOE)	78	116	56	250
* D. Ibáñez (PSOE)	78	117	56	251
D. Busto (C. Rep.)	56	40	19	115
F. Cortés (Carl.)	49	31	44	124
E. Eguía (Carl.)	44	30	34	108
J. A. Camiruaga (Lib.)	42	42	8	92
J. F. Uresandi (Fuer.)	38	37	38	113
C. Iturri (Fuer.)	32	26	25	83
VOTANTES	260	260	172	692
ELECTORES	500	469	344	1.313

### *Distrito de San Francisco*

				<i>Total</i>
* V. Sanz (Fuer.)	61	68	53	182
E. Olea (Carl.)	22	23	50	95
* M. Orte (PSOE)	48	31	32	111
M. Zarrabeitia (C. Rep.)	16	28	31	75
C. González (U. Rep.)	13	14	25	52
E. Olano (Lib.)	12	10	17	39
VOTANTES	175	183	214	572
ELECTORES	452	453	495	1.400

### *Distrito de Cortes*

				<i>Total</i>
D. Echevarría (Fuer.)	57	23	12	92
* E. Rasche (Lib.)	57	26	10	93
R. Muguerza (U. Rep.)	43	21	22	86
* F. Perezagua (PSOE)	14	67	82	163
S. Orive (C. Rep.)	10	28	51	89
VOTANTES	188	172	187	547
ELECTORES	193	406	477	1.076



<i>Distrito de Hospital</i>				<i>Total</i>
* A. Areízaga (C. Rep.) ... ..	91	91	93	275
* T. M. Obieta (Carl.) ... ..	37	41	30	108
R. Coste (Lib.) ... ..	36	24	37	97
P. Eguren (Fuer.) ... ..	31	27	21	79
L. Bujanda (PSOE) ... ..	10	15	9	34
VOTANTES ... ..	210	198	192	600
ELECTORES ... ..	478	318	345	1.141

<i>Distrito de San Nicolás</i>				<i>Total</i>
S. Meabe (Fuer.) ... ..	56	13	21	90
* N. Madariaga (C. Rep.) ... ..	46	40	124	210
F. Díaz (U. Rep.) ... ..	23	65	34	122
* M. Oyanguren (Lib.) ... ..	21	37	68	126
J. Trío (PSOE) ... ..	8	11	5	24
VOTANTES ... ..	163	166	254	583
ELECTORES ... ..	404	462	347	1.213

<i>Distrito de Mercado</i>				<i>Total</i>
* S. Oleaga (Carl.) ... ..	48	50	97	195
* A. Arluciaga (Fuer.) ... ..	45	59	45	149
A. Arechavaleta (Rep.) ... ..	35	40	37	112
VOTANTES ... ..	140	153	189	482
ELECTORES ... ..	474	366	481	1.321

<i>Distrito de Santiago</i>				<i>Total</i>
* N. Viar (Fuer.) ... ..	48	36	28	112
* A. Rochelt (Lib.) ... ..	39	65	37	151
C. de Luisa (Carl.) ... ..	18	11	12	41
VOTANTES ... ..	114	116	89	329
ELECTORES ... ..	324	399	317	1.040

<i>Distrito de Ensanche</i>				<i>Total</i>
J. M. Arteche (Lib.) ... ..	40	43	50	140
* P. Gandiaga (Fuer.) ... ..	13	32	48	149
F. Herrero (U. Rep.) ... ..	5	17	16	45
* I. Miranda (Lib.) ... ..	1	6	2	144
VOTANTES ... ..	70	117	142	532
ELECTORES ... ..	214	482	492	1.622

(Fuente: Archivo Municipal de Bilbao, sección 3.ª, legajo 354. C. Rep.=Coalición Republicana; Carl.=Carlista; Lib.=Liberal; Fuer.=Católico Fuerista; U. Rep.=Unión Republicana. Los candidatos señalados con un asterisco resultaron electos. Cada columna equivale a cada una de las secciones de los distintos distritos.)

# APENDICE V

## ELECCIONES GENERALES DE BILBAO DE 24 DE FEBRERO DE 1918

DISTRITO	Prieto	Chalbaud	Aznar
C. Consistoriales ... ..	64	98	143
	66	119	141
	45	104	77
	37	145	121
	64	143	119
	276	609	601
Santiago ... ..	36	153	75
	53	116	62
	69	107	62
	51	164	58
	44	121	64
	253	661	321
Achuri ... ..	54	137	82
	60	73	64
	88	117	65
	90	94	34
	292	421	245
Bilbao la Vieja ... ..	187	60	78
	427	18	50
	280	61	60
	106	89	42
	101	85	121
	1.101	313	351
San Francisco ... ..	377	26	75
	227	33	65
	254	29	85
	268	35	59
	240	71	159
	1.368	194	443

DISTRITO	Prieto	Chalbaud	Aznar
	388	51	29
	316	47	50
Cortes ... ..	282	19	17
	211	62	58
	270	133	55
	1.467	312	209
	52	126	79
Estación ... ..	94	68	90
	81	74	107
	227	268	276
	105	49	110
Gran Vía ... ..	24	114	130
	30	112	124
	37	75	84
	196	350	448
	53	81	95
	38	105	90
San Vicente ... ..	30	105	82
	59	82	67
	13	107	41
	192	481	375
	105	88	42
Hospital ... ..	31	179	48
	96	122	61
	60	59	46
	292	448	197
Total ... ..	5.662	4.057	3.466
Total corregido ... ..	6.079	4.397	3.568

(Fuente: *El Liberal*, 25 febrero 1918.)

# APENDICE VI

## ELECCIONES GENERALES DE BILBAO DE 1 DE JUNIO DE 1919

DISTRITO	Prieto	Chalbaud
	144	115
	148	131
C. Consistoriales ... ..	75	114
	84	173
	115	152
	566	685
	84	140
	80	114
Santiago ... ..	98	111
	74	161
	56	129
	392	665
	46	173
	93	127
Achuri ... ..	98	79
	102	194
	109	79
	449	592
	348	53
	463	18
Bilbao la Vieja ... ..	350	37
	136	86
	192	120
	1.489	314
	422	22
	433	38
San Francisco ... ..	326	47
	396	32
	426	10
	2.003	149



DISTRITO	Prieto	Chalbaud
	443	18
	422	21
Cortes ... ..	301	9
	260	52
	153	61
	1.579	161
	97	127
Estación ... ..	180	70
	95	121
	143	75
	515	393
	156	79
	75	99
Gran Vía ... ..	78	138
	88	153
	84	85
	481	554
	96	97
	68	141
San Vicente ... ..	72	107
	99	68
	30	116
	365	529
	184	75
	339	75
Hospital ... ..	35	162
	74	63
	29	103
	661	478
Total ... ..	8.501	4.520

(Fuente: *El Liberal*, 2 junio 1919.)

# APENDICE VII

## ELECCIONES GENERALES DE BILBAO DE 19 DE DICIEMBRE DE 1920

DISTRITO	Prieto	Unamuno
	117	84
	124	104
C. Consistoriales ... ..	59	82
	80	97
	99	110
	479	477
	87	88
Santiago ... ..	159	93
	61	88
	55	99
	362	368
	166	144
Achuri ... ..	145	83
	189	107
	316	83
	876	417
	416	45
Bilbao la Vieja ... ..	322	111
	274	56
	168	40
	1.180	252
	362	91
	461	5
San Francisco ... ..	371	79
	309	61
	195	—
	1.698	236

DISTRITO	Prieto	Unamuno
	421	37
	355	28
Cortes ... ..	303	71
	195	11
	214	63
	1.488	210
	108	62
Estación ... ..	94	70
	403	5
	605	137
	193	67
Gran Vía ... ..	289	37
	168	88
	650	192
	146	50
San Vicente ... ..	124	51
	90	71
	55	80
	415	252
	292	104
Hospital ... ..	148	54
	52	112
	308	60
	800	330
<i>Total corregido</i> ... ..	8.742	2.919

(Fuente: *El Liberal*, 22 diciembre 1920.)

## APENDICE VIII

R. MAEZTU, «Las minas de Bilbao»,  
*Vida Nueva*, 30 abril 1899

Bilbao es triste, a pesar de sus esfuerzos para sonreírse. El combate entre la muerte y la vida no se efectúa a la callada, como en un bosque tropical, donde las nuevas floescencias ocultan al punto la destrucción no interrumpida. En la villa vizcaína la señora muerte deja entrever su rostro. Es en vano que el ansia de alegría se manifieste poderosa y alocada, levantando coquetones chalets en Santurce y Las Arenas, Portugalete y Algorta y palacios espléndidos en el magnífico ensanche bilbaíno. El maldito cielo gris empardece lo blanco y aplomiza lo azul. En la música del Arenal los pasodobles nacionales y los gorjeos italianos han huido ante la wagneriana melodía infinita que derrama en los oídos nubladas angustias. Entre los montes que oprimen la villa, como las paredes de un pozo, corre una brisa saturada de invisible polvillo.

El humo de *La Vizcaya* y *Altos Hornos* avieja y ennegrece la ciudad. La combustión no termina en las calderas; acaba con los colores de las gentes y con la frescura de los edificios, no ya sólo en las zahurdas de Bilbao la Vieja, donde los obreros se acurrucan y los modernos señores feudales ejercitan sin fausto y por la noche su derecho de pernada, sino que ahoga también el himno colosal al lujo que en el Ensanche compone tenazmente una legión de arquitectos y canteros. A los tres años las mansiones son viejas... El palacio de Chávarri, majestuoso hacinamiento de jaspes y de márgenes, dormita pesadamente entre jardines y, no obstante su juventud, recuerda su aspecto al gemebundo de una indostánica pagoda.



En las entrañas de Bilbao, las minas; y aquí cambia el color: todo es rojo. La fealdad de la cuenca minera infunde espanto. Los caseríos desaparecen, las montañas se arrancan de cuajo, dejando aquí y allá montículos de escombros, donde no brotará hierba en muchos años. El humo de las calcinaciones achica el horizonte. El obrero reparte su vida entre el sombrío hormiguero de la mina y el barracón inmundo, enrojecido por el mineral que invade la atmósfera, los pueblos, las calles, las casas y los muebles de los asalariados. La piel de los hombres se tiñe del color mineral. Una duda pueril nos obsesiona. Cuando las venas se agoten, y de las escombreras se haya extraído la tierra férrea que en ellas quede, ¿llegará día en que los pueblos se demuelan y los muebles se destruyan para buscarla entre sus intersticios?... ¿se hundirá la piqueta en el pecho de los mismos hombres para arrancarles el hierro que inficionara sus pulmones?

Una visión roja nos inunda el cráneo; pensamos en el socialismo —y lo comprendemos—. ¿Es extraño que la humana bestia roja maldiga en las tinieblas del horadado monte, en la hediondez del cuchitril, y en la tierra desnuda, alzando los paños a la quinta que bordea la playa y trata de sonreír, quizá de su miseria?

Bilbao tenía que ser la Meca socialista. Al conjuro de las minas descubiertas acudieron a la California española los desheredados de toda España, que por el hecho de abandonar el terruño nativo, se emancipaban de la embrutecedora tutela parroquial, de la tutela de los padres, conformes en religiosa y estúpida conformidad con su pobreza, y de los respetos humanos, que anula los caracteres en los pueblos quietos.

A la vida tranquila de los caseríos sucedió bruscamente la concurrencia desesperada y la carrera hacia el dinero. Se improvisaron las fortunas, creándose la mayor parte gracias al azar, al ciego azar que coloca a un minero, ni más sobrio ni más fuerte que los otros, junto a una vena de rico mineral. Agrandáronse las fortunas, mediante canallescas confabulaciones con los empleados públicos que registran los cotos denunciados. Y como los trabajadores vieron nacer el capital, no han tenido motivos para guardarle los respetos que inspiran a los espíritus rutinarios las instituciones seculares.

... ¡Era de ver la fe, la fe profunda, con que en las veladas de los barracones oían los obreros la lectura de

las ideas socialistas, únicos Evangelios que aportaban un rayo de luz a las almas ensombrecidas! La fe socialista se convirtió en culto; vinieron las huelgas y con ellas las persecuciones. ¡Tanto mejor! ¡Cuán hermosa la frase de Unamuno: «si la fe hace los mártires, también los mártires hacen la fe»! Los fusilamientos de multitudes indefensas abrieron camino a la propaganda y los socialistas fueron conquistando la cuenca entera, mina tras mina, monte tras monte.

Han tenido que luchar contra el *bizkaitarrismo*, ideal negativo, cuyo fondo es el odio que los naturales de un país profesan a los extraños que les disputan el salario. Como en La Habana los tabaqueros cubanos, y en Nueva York los trabajadores *yankees*, buen golpe de vizcaínos profesan un nativismo agresivo, que es el mayor obstáculo para el desarrollo de los principios socialistas.

Y, con todo, cuantos presencien en plena huelga un mitin socialista al aire libre, en la cuenca minera, atesoran una impresión que no se olvida. No es la belleza de los discursos lo que nos cautiva. El socialismo bilbaíno no cuenta en sus filas ningún intelectual... ¿Para qué? En la brega, frente al capataz que les maltrata, frente al contratista que les obliga a surtirse en su tienda, frente al patrono que les merma el salario, no necesitan aquellos obreros cerebros superiores que edifiquen en párrafos soberbios la «Ciudad del Buen Acuerdo», sino hombres decididos que endurezcan su valor y les arrastren a la lucha. Una vulgaridad cualquiera, una de esas frases huecas que para los artículos de un periódico revolucionario se escriben bromeando, sacude convulsivamente, bajo el cielo parduzco, entre las minas abandonadas y silenciosas, la roja multitud de los trabajadores. Entonces desaparece el *bizkaitarrismo*; un odio mismo encrespa los ánimos de los trabajadores *maketos* y vascongados... y Sota, el riquísimo Sota, que según el comentario agita desde su casa la bandera separatista cada vez que su *yacht* de recreo transpone el puerto, el gran Sota mendiga la ayuda de las odiadas bayonetas españolas para aplazar —¡aplazar nada más!— el día apocalíptico en que desde los montes de Ortuella y Somorrostro, San Salvador y Ollargan, caiga sobre Bilbao la nube de gente roja, descargando torrencialmente las nebruras condensadas.

¿Qué saldrá de esa agitación? Yo no sabré decirlo; amo el socialismo por cuanto significa movimiento, ac-

ción y lucha, más que por su ideal de armonía y de calma. Por de contado ha producido entre los trabajadores centenares de caracteres tenaces y enérgicos, capaces de todo; como de la carrera hacia el dinero han brotado, entre la masa general de enriquecidos por la suerte, individualidades poderosas y emprendedoras, de las que muy pocas regiones españolas pueden envanecerse. Gente de esa dureza asegura a una comarca un porvenir grandioso. Mas no debo ocultarme que la ebullición vizcaína parece amortiguarse. De una parte la propaganda socialista se hace menos violenta; de otra, el espíritu de especulación se aplaca; el dinero se esconde en los bancos, y la actual generación burguesa, formada en el trabajo, incuba una pléyade de abogadetes, licenciadillos de distintas cataduras, rentistas, *sportmen*, *Curdingclubmen* y toda clase de *idiotmen*. Diríase que en el alma española los resortes de la voluntad son tan endebles que al primer esfuerzo se desgastan. Un solo deseo de vida plácida invade la nación, y ese deseo es muerte.

Acaso sea en Bilbao pasajero, acaso antes de mucho la fiebre del negocio renueve en Vizcaya sus mejores tiempos. *Amén*. Bello es el proverbio árabe que dice: «Mejor que sentado, echado.» Pero no es cómodo tumbarse en el arroyo, cuando el mundo marcha y tendría que pasar sobre nosotros.

## APENDICE IX

T. MEABE, «Derroteros»,  
*La Lucha de Clases*, 12 septiembre 1903

### DERROTEROS

Fuerza es que los socialistas vizcaínos, en este confuso período de crisis, de equivoquismo político, iniciemos una nueva y fecunda era de agitación y propaganda. Cúmplenos redoblar nuestras energías, darnos al estudio, ser más que nunca valientes y abnegados.

### CASA DEL PUEBLO

Aquí está nuestra base física de propaganda socialista. La necesidad de hacer un supremo esfuerzo por conseguir una casa en regulares condiciones no puede ocultarse a nadie.

Nuestros camaradas alemanes, extendiendo su acción a todas las manifestaciones de la vida, han fundado teatros libres del pueblo en gran número de ciudades. Merece especial mención el de Berlín, que cuenta con diez mil socios. Su actividad llega a todos los ramos del arte representativo, desde la simple declamación hasta la más complicada ópera wagneriana. Eclipsa con sus valiosísimos elementos no sólo a las instituciones análogas burguesas, sino aún también a compañías de artistas profesionales, entre las cuales goza de fuerte prestigio.

No pido yo tanto, amigos míos; pero algo de ello sí os pido.

Veladas y mítines los celebramos en locales particulares (Circo del Ensanche, Frontón Euskalduna, de Gallaarta, etc.). Esto al cabo del año nos cuesta un dineral. Si, en cambio, tuviéramos local propio, nuestras veladas



teatrales constituirían una fuente de ingresos y un excelente medio educador.

El Orfeón Socialista bilbaíno, por ejemplo, que lleva hoy una vida lánguida, pues carece hasta de lugar adecuado para ensayar, tomaría un alto vuelo. ¿Por qué no pensar en la creación de coros semejantes a los de Clavé? Sobran, sobran elementos para ello. Podríamos también formar bandas y otros grupos musicales a semejanza de nuestros compañeros belgas. Pocos se dan cuenta de la importancia de estos asuntos al parecer triviales.

¿Y qué diré de las oficinas de propaganda, de los grupos excursionistas, folletistas, de las sociedades de gimnasia, de las organizaciones de mujeres, de otras muchas instituciones?

Hoy no podemos fundarlas. Nos falta sitio.

## JUVENTUD SOCIALISTA

Fijaos en la vida de nuestra juventud y al punto exclamaréis: ¡Hermoso caudal de energía que se pierde!

Pues bien, evitemos esto. Separemos a los jóvenes de las plazas de toros, de los templos, de las juergas, de los abusos alcohólicos. Que todo el ardor, todo el bello atrevimiento de los muchachos de quince a veinte años se oriente por el camino de las ideas revolucionarias. Organicemos para la lucha a la mocedad socialista. Demos entrada al ejército de los nuevos. Busquemos en ellos el acicate de nosotros mismos, la mentalidad ingenua, lozana, acometedora de los verdes años. Mirad que los jóvenes no tendrán acaso gran dosis de reflexión, pero tampoco de disimulo. No hacen caso de ciertas conveniencias. Por todos lados manifiestan con hermosa desenvoltura sus ideales.

Debemos, pues, pensar en crear una organización de jóvenes a semejanza de las que integran *La Federación de Jóvenes Guardas Socialistas de Bélgica* (1). Esta insti-

---

(1) Los *Jóvenes Guardas* han repartido últimamente en las casas de los reservistas 30.000 ejemplares de la revista antimilitarista *El Cuartel*, otros 30.000 de *El Recluta*. Las federaciones de Bruselas, Verviers y Rhein distribuyeron por todo el país 80.000 números de periódicos enemigos del ejército, además de 260.000 manifiestos. Este año los jóvenes han organizado 14 bibliotecas. Entre otros periódicos, publican *La Juventud Socialista*, que trae magníficos artículos de educación.

tución, esencialmente antimilitarista, hace una activísima campaña contra el ejército, fomenta el odio al cuartel, de tal suerte que ya muchos soldados sienten no el honor, sino la vergüenza del *cuerpo*. Es importantísimo que los hijos de los trabajadores, cuando van al servicio, sepan lo que hacer, lleven consigo el germen socialista y adopten luego la actitud que convenga frente a las convulsiones tristísimas del pueblo.

—Sentimos infinito placer —decía ha poco el joven Coenen a los veteranos del socialismo belga— al observar que en nuestros grupos crece el afán de educarse. Queremos aparecer dignos de ser la esperanza del Partido Obrero. En breve os diremos: Ved a estos rapaces llenos de entusiasmo y de conciencia: ellos constituyen la falange del futuro; ellos darán hombres que reemplacen a quienes la edad impida continuar la lucha; ellos los oradores y escritores de mañana; ellos son los continuadores de todos los grandes trabajos realizados, de todos vuestros esfuerzos en pro de los generosos ideales socialistas.

## LA ENSEÑANZA

Unos apuntes, nada más. ¿No podemos ya realizar aquí el pensamiento de establecer Universidades populares? Fuerza es que contemos con una biblioteca bien nutrida de libros y periódicos y una sala de estudios. Estamos perdiendo un tesoro de iniciativas de cerebros casi vírgenes. ¿Qué hace la juventud socialista? ¿Se instruye, se eleva, se fortifica de cuerpo y espíritu? Bien quisiera afirmarlo.

Nos hace falta —siempre vuelvo al mismo punto— un modesto salón de fiestas y de conferencias. El de los Tres Pilares resulta insuficiente, antihigiénico. Allí se ahoga uno. No insisto porque lo sabéis mejor que yo. Estoy profundamente convencido de que así no podemos seguir. Es necesario dar y oír conferencias en lugares que conviden a ello, explicar y recibir lecciones, ilustrarnos mutuamente, hacernos formidables merced a un hermoso tacto de codos.

## A MIS COMPAÑEROS

No se me oculta que nuestros medios son muy pobres para dar cuerpo a las ideas apuntadas y a otras que iré explanando en su día. Pero no decaiga por ello nuestro ánimo. Seamos valientes. Luchemos. Desconfiar es ya dar un paso hacia atrás.

Seamos prácticos. Que estas indicaciones no se acojan con la indiferencia de los débiles de ánimo. Adelante todos, y del brazo. Que nadie quede atrás y abandone en otros la tarea colectiva. Los rezagados sólo sirven para murmurar y criticar tontamente. Abandonemos los lugares estériles y los pasatiempos inútiles para dedicarnos a tareas en las cuales se una lo práctico a lo agradable. ¿Y qué más puede gustarnos que laborar con ardor por la difusión de nuestras doctrinas, ser los que acometamos las más grandes empresas?

Yo hago una llamada a todos mis correligionarios para que den aquí opiniones e ideas respecto a estas cuestiones de innegable trascendencia. Por mi parte volveré a la carga.

Hoy me concreto a esbozar.

## APENDICE X

I. PRIETO, «La huelga de agosto»,  
*El Liberal*, Bilbao, 20 febrero 1918

### EL MOVIMIENTO NO TUVO CARACTER REVOLUCIONARIO

#### LO QUE SE EVITÓ EN VIZCAYA

Un amigo me escribe: «Republicanos y socialistas te han proclamado candidato por el distrito de Baracaldo, y desde luego puedes aprestarte a aguantar una rociada, pues según me han dicho, para combatir tu candidatura piensan sacar el Cristo de la huelga general de Agosto.» «Me alegro que lo saquen» —he respondido—. Precisamente era un tema que varias veces tuve el propósito de abordar en éstos mis artículos a *El Liberal*. Pero había aún obreros presos y temía que atribuyéndose mis manifestaciones al propósito de favorecer la situación de los encartados en los sumarios, les causara grave perjuicio. Hoy ya no queda preso alguno. Nadie podrá adivinar, por tanto, en estas líneas una burda coartada. Y al leer las declaraciones que hago respecto al carácter de la huelga, no se podrá abrigar la maliciosa suposición de que pretendo captar, en el distrito de Baracaldo, los sufragios de la «gente de orden».

En Vizcaya, cuando estalló la huelga general, llevaba tres semanas de duración el paro de los metalúrgicos, admirable movimiento en el que más de veinte mil hombres sin recursos —huelgas tan abnegadas sólo son posibles en España— sostuvieron la lucha con heroica entereza y corrección exquisita. Para producir en Vizcaya la huelga general sólo era preciso —en la zona fabril toda actividad había muerto— suspender los trabajos en la



capital y en la zona minera. Paralizar los trabajos en las minas, dada la situación de ánimo de aquellos obreros, era cosa sencillísima; bastaba una palabra, la más pequeña indicación, para que de El Regato a Setares cesara toda labor. Sin embargo, en las minas, por acuerdo expreso de los representantes de los organismos encargados de ejecutar las órdenes emanadas del Comité de Madrid, se trabajó el 13, el día señalado para la huelga general. ¿Por qué? Porque se quería que el paro en la capital se verificase como se verificó, con absoluta espontaneidad. De haber secundado el 13 la huelga los obreros de las montañas de Triano, éstos, llevados de su entusiasmo, acaso se hubieran decidido a bajar a Bilbao, y entonces se hubiese esparcido a los cuatros vientos la especie de que los trabajadores bilbaínos habían ido al paro bajo la presión de elementos extraños. El 14 sabían los mineros que la huelga en Bilbao era también total y no se movieron de sus pueblos.

¿Qué fuerzas había en la zona minera? No llegaban entre guardias civiles y miñones a treinta números, diseminados en seis o siete puestos. Aquellos millares de obreros eran dueños de la situación en La Arboleda, en Gallarta, en Ortuella, en Galdames, en San Julián de Musques, en Sopuerta, y tenían a su disposición toda la dinamita almacenada en los polvorines de las minas. ¿Qué desmanes cometieron? No levantaron un raíl, ni volcaron una vagoneta, ni cortaron un alambre telefónico. Se les dijo que permanecieran pacíficos, y pacíficos permanecieron, sin permitirse siquiera un gesto de ira para los caciquillos odiosos de los pueblos, que si entonces no sabían disimular su miedo al verse indefensos, después se han entregado a las más miserables venganzas. ¿Y cuál ha sido el premio de una conducta tan mesurada y correcta? Llevar al grado más extremo la represión con los mineros. Lo que aquí contó *L'Humanité* con tanto escándalo de la Prensa nea española, lo han repetido ahí los oradores en los mítines, sin la protesta de nadie.

¿Y en Bilbao? ¿Qué violencias se registraron en Bilbao? No procede incluir en tal capítulo el descarrilamiento de La Peña. En su día se aclarará ante el Tribunal competente si aquel siniestro tuvo por única causa la imprudencia, hija del miedo, de querer salvar a velocidad inmoderada una curva peligrosa, o si la travesura de unos

mozalbetes ajenos a toda organización societaria completó la obra de la imprudencia. Todos los excesos se redujeron a asaltar la mañana del 13 dos o tres tahonas de los barrios altos, en las cuales, al amparo de la anormalidad, se pretendía cobrar el pan a precios exagerados. Ni se levantaron, como otras veces, barricadas, ni se disparó un tiro por los huelguistas, ni se lanzó una piedra. La noche del 16 los soldados pelearon contra sus sombras. No será posible demostrar que hubo, por parte del paisanaje, agresión a la fuerza armada. Y no es lícito dar a entender que el pobre soldado Urrutia, asistente del capitán Irezábal, fue víctima de las turbas revolucionarias. ¿Dónde estaban las turbas? ¿Quién las vio? En las casas acribilladas a balazos, ¿no sería el reflejo producido en los vidrios por el fuego de sus propios fusiles lo que hizo creer a la tropa que desde allí se la disparaba? ¿Cómo si no explicar que entre las viviendas con más encono fogueadas figurasen las de algunos militares y la del presidente de la Audiencia?

Si tales cosas ocurrieron la noche del 16, en que la Guardia Civil, formada por hombres veteranos en el servicio, avezados a la intervención en los conflictos de orden público, fue el único Cuerpo que no hizo uso de los fusiles, porque no halló enemigo en ninguna parte, ¿qué hubiera sucedido si Bilbao hubiera estado a oscuras? ¿Es que el servicio de alumbrado lo garantizaban las medidas de las autoridades? No. Es que los organizadores de la huelga acordaron, cuando el caso se les consultó, que los operarios de la fábrica municipal de gas no interrumpieran sus tareas, y esos mismos organizadores impidieron, como alguien proyectó y se iba a realizar, que se produjese en la línea de la Hidroeléctrica una avería de tal naturaleza y magnitud, que no fuera posible repararla en bastantes días, avería que no era indispensable intentarla en Larrasquitu, donde unas parejas de forales vigilaban la central y un cortísimo trozo de línea. Paralizada la fábrica del gas y rota la línea de la Hidroeléctrica, Bilbao no hubiese tenido alumbrado ni en las calles ni en las casas. Imagínese hasta dónde hubiese llegado el pánico aquella noche de estar la villa totalmente a oscuras y con las calles ocupadas por tropas desconocedoras de la población.

Pues Bilbao no estuvo a oscuras porque los terribles directores de la revolución lo evitaron, como evitaron que

la noche del 12 un grupo de hombres decididos y armados se apoderara de todos los automóviles que regresaban a Bilbao procedentes de San Sebastián, después de la corrida, y de otros pueblos, proyecto que de haberse realizado —bien sencillo era— hubiese impedido el retorno a su despacho oficial del gobernador civil, ausente de Bilbao desde el mediodía, como evitaron que se cortaran las comunicaciones telegráficas y telefónicas, desprovistas de vigilancia, como evitaron otras muchas cosas, de que no es discreto hablar, para que ningún incidente quitara al movimiento huelguístico el carácter pacífico que habían impuesto desde Madrid.

¿Cómo se pagó tanta moderación? Emprendiéndola a tiro limpio en las calles y luego llenando la cárcel de ciudadanos inocentes. Las oficinas electorales de los partidos de la derecha se encargaron de suministrar los nombres de los afiliados al partido socialista, que ellas tienen acotados en sus censos. ¡Cuánta bajeza!

En la zona fabril volvieron a ver la luz las listas negras formadas por capataces y encargados, los cuales encontraron en la represión el instrumento para vengar viejos agravios. Los obreros señalados con el índice o fueron encarcelados o tuvieron que emigrar. El caciquismo hizo así el expurgo que necesitaba para las elecciones municipales. Pero aún irrita más la forma en que se ahogó la huelga de los metalúrgicos. Las palabras finales de uno de los bandos del general Sousa habían hecho concebir la esperanza de que la autoridad militar, tan dura con los obreros, impondría a las empresas siderúrgicas y metalúrgicas una solución justa de sus diferencias con los obreros. Alimentaba esta esperanza el recuerdo de los generales Loma y Zappino, el primero suprimiendo las cantinas y barracones obligatorios, y el segundo reduciendo la jornada en las minas. Pero bruscamente se cambió de modo de pensar y vino aquello de «a la fábrica o a la cárcel». ¿Se impuso desde Madrid este procedimiento? Bueno sería saberlo, para conocer hasta dónde llega el servilismo del señor Dato con la Sociedad Altos Hornos, de la que ha venido dependiendo como abogado asesor y de la cual acaso espere, a modo de jubilación, una plaza de consejero.

## ERRORES FUNDAMENTALES

Y ahora que hemos dicho algo de lo que se pudo hacer y no se hizo en Vizcaya, discurremos sobre los errores fundamentales en que a nuestro juicio se incurrió en la huelga general de agosto.

El principal de esos errores fue el carácter pacífico del movimiento. ¿Se buscaba un cambio de régimen? ¿Sí? Pues un movimiento que persigue tal finalidad hay que acometerlo violentamente y por sorpresa. En agosto se dieron al Gobierno todas las ventajas imaginables. Se tomó como eje de la huelga general un paro de ferroviarios, cuya gestación databa del 19 de julio, desde los sucesos de Valencia —cuyo origen necesario será sacarlo de entre las sombras—, un paro anunciado con el plazo señalado por la ley, consintiendo al Gobierno la adopción de todas las medidas de precaución a su alcance, como la de acumular tropas en los grandes centros industriales, que podían ser los más importantes focos revolucionarios. ¿Se creía que el régimen iba a desplomarse ante la presión de una huelga general pacífica? ¿Se suponía, acaso, que por ir a una huelga legal el Gobierno había de mantenerse también dentro de la esfera de una exquisita legalidad viendo en peligro las instituciones? Sólo dejando que el candor guíe el discurso pueden admitirse ambas presunciones, porque aunque hubiera un desfallecimiento de la voluntad en las alturas, los intereses encadenados al régimen no habrían de rendirse a una presión que no llevara en sí los gérmenes de la violencia trágica, y porque los gobernantes no habrían de detenerse ante desafueros e iniquidades que otras veces, con menos motivo, franquean impudicamente.

Ni el momento ni el carácter del movimiento eran los apropiados. Acaso se eligió aquél cediendo a los apremios de quienes, con reiterada insistencia, pedían el urgente planteamiento de la huelga. ¡Quién sabe si esos elementos obedecían las instrucciones del Gobierno, el cual, advertido de cuán intensamente palpitaba en el alma española el ansia de una profunda renovación, quiso llevar a una lucha desigual, para inutilizarlos, para destruirlos, a los organismos que podían constituir en su día el instrumento más eficaz de esa renovación. Y el carácter pacífico quizá lo exigieran quienes ahora han



dado por satisfecho su afán con tener representación en el Gobierno.

Otro error fue el de que los representantes del partido socialista y de la Unión General de Trabajadores asumieran por sí solos la dirección del movimiento. Si el cambio de política por que se apelaba era aceptado no sólo por republicanos y reformistas —público era el pacto con ellos—, sino también por los catalanistas, la lógica aconsejaba dar a la opinión pública la sensación de que no se pretendía realizar una revolución social, sino la conquista de un progreso que ni siquiera debía asustar a las clases conservadoras, y esa sensación no podía darse apareciendo como únicos directores visibles los delegados de las fuerzas de significación más extrema. Incumbía la dirección a los mandatarios de los otros sectores más moderados, más gubernamentales. Y lo que correspondía al partido socialista y a la Unión General de Trabajadores era la cooperación, la ayuda entusiasta y heroica, no la dirección.

Pero no adelantemos juicios. Esperemos a que en los congresos del partido y de la Unión se aclare todo. Acaso entonces sepamos que fue forzoso incurrir en tamaños errores.

## APENDICE XI

### INTERVENCION DE I. PRIETO EN EL CONGRESO EN TORNO AL NACIONALISMO VASCO

*Diario de Sesiones del Congreso, 13 febrero 1920*

El señor Prieto: «Creo yo que no ha perdido el tiempo la Cámara (me refiero al tiempo pasado, no al que haya de inventir oyéndome) escuchando las manifestaciones de los señores Balparda y Lequerica respecto al problema del nacionalismo vasco. Por un fenómeno extraño, muy propio del Parlamento, a pesar de su calidad de fenómeno y de lo extraño que es, la Cámara ha hecho un hueco en este debate a la exposición de ideas respecto al problema nacionalista vasco.

En ocasiones anteriores he expuesto mi criterio y el de mi partido respecto a este problema y he dicho cuánto me asusta el nacionalismo vasco, más que como elemento separatista, como elemento reaccionario.

No he de insistir en lo dicho otras veces sobre este particular, pero sí he de examinar el fenómeno a que han aludido los señores Balparda y Lequerica de la intimidad que existe entre el nacionalismo y el sindicalismo en Vizcaya y la solidaridad que se prestan. Mientras los elementos regionalistas catalanes, que hasta cierto punto son los padres espirituales del nacionalismo vasco, porque en estos últimos tiempos cuando el nacionalismo vasco ha querido irrumpir en la política nacional con una fuerza que él creía tener dentro de sí de un carácter expansivo, es evidente, vosotros lo habéis presenciado en esta Cámara, que ha estado siempre bajo el rectorado constante del regionalismo catalán; cuando las voces más autorizadas del regionalismo catalán se levantan aquí a pedir, sin ninguna clase de limitaciones, una acción represiva del Poder público contra el sindicalismo, que en

Cataluña, según ellos, perturba la vida social y económica de aquella región, hijuelas de ese sindicalismo catalán, con la ayuda directa, no sólo de la solidaridad de las ideas, sino de los recursos pecuniarios del sindicalismo catalán, pretenden arraigar en Vizcaya, y son los brazos amorosos del nacionalismo vasco los que las acogen para difundir la idea del sindicalismo y para dar aquella resonancia que necesita toda idea nueva.

Así asistimos con natural sorpresa al espectáculo de que los primeros emisarios del sindicalismo catalán, más claramente, los primeros emisarios del anarquismo catalán, llegan a Vizcaya y son las columnas de un periódico como *Euzkadi*, órgano del nacionalismo vasco, que tiene por lema "Dios y ley vieja", las que constituyen el elemento más grande de publicidad de la acción de los sindicalistas llegados a Vizcaya. Más aún, cuando se trata de crear en Vizcaya esos esqueletos de sindicatos únicos, que yo tengo la fe de que no prosperarán, porque no en vano Vizcaya puede considerarse como la cuna del socialismo español; cuando se intenta crear unos sindicatos únicos con la misma estructura que los de Cataluña, el núcleo inicial, aparte de las gentes advenedizas recientemente llegadas a Vizcaya, sale de las filas del nacionalismo vasco. De modo que son elementos de la juventud nacionalista los que constituyen los núcleos de formación de los sindicatos de carácter anarquista en Vizcaya, es la prensa nacionalista el elemento de divulgación de las propagandas sindicalistas, y más aún, para que sea la solidaridad más estrecha y la trabazón más íntima, algunos de esos sindicatos únicos, que no tienen todavía domicilio social en los pueblos de la zona fabril de Vizcaya, encuentran los lugares para sus reuniones en los "bazokis", es decir, en los círculos del partido nacionalista vasco. Este es un fenómeno sobre el cual es necesario llamar la atención.

Claro es que la finalidad perseguida de un modo inmediato —quizá en ello vayan afanes suicidas— por el nacionalismo vasco es perfectamente clara; tiende a arrastrar las masas obreras hacia un sindicalismo totalmente apolítico para apartar las masas obreras de la política y quedarse el nacionalismo como elemento político en Vizcaya, ejerciendo no ya un predominio, sino una hegemonía absoluta. El contrapeso más fuerte que puede tener hoy el nacionalismo en Vizcaya, aparte el esfuerzo que pudie-

ran hacer, ya un tanto tardía y torpemente, como vamos a examinar, los elementos monárquicos, está en las masas proletarias; si el nacionalismo consigue arrancar a las masas proletarias de las filas socialistas y de las filas republicanas, donde militan, para llevarlas al descreimiento político que significa el militar en el sindicalismo, habrá realizado, de momento, esa su aspiración de no tener en el campo político aquel elemento de contrapeso que impida sus avances.

Naturalmente, esto es a costa de crear un tremendo peligro. Cuando Vizcaya necesita una era de paz social como en ningún momento de su vida para atender el desenvolvimiento de sus industrias y para consolidar industrias formidables que se están creando, el peligro de esta actuación suicida del nacionalismo vasco, si prosperase en sus audacias, sería el dar a la dirección del movimiento proletario en Vizcaya ese carácter extremo, anarquista, que pudiera constituir un constante peligro y una desorganización de la vida industrial de Vizcaya.

He dicho antes que un tanto tardía y torpemente acuden los elementos monárquicos a la corrección de aquellos errores suyos, a favor de los cuales, por virtud de la influencia derivada de las esferas oficiales, ha podido el nacionalismo vasco, falto de hombres de mérito para su desenvolvimiento, falto de la capacidad que tiene el regionalismo catalán para su engrandecimiento, llegar a lo que estimo la cúspide de su vida política, porque inexorablemente tiene que iniciarse ya el descenso en lo que ha sido la influencia política del nacionalismo vasco; pero si en Vizcaya, donde con tanta torpeza han procedido los elementos monárquicos, éstos, con el ascendiente legítimo que tienen sobre los Gobiernos, han de convertir lo que ha sido tolerancia, lo que ha sido amparo, lo que ha sido ayuda descarada, en una represión insensata, habrá en la represión un peligro tan grande como en la ayuda, y aparte de la injusticia que envuelva la represión, porque para mí son perfectamente lícitas las ideas nacionalistas vascas, aparte del peligro que represente desde el punto de vista liberal, que yo señalo en este momento, digo que para los fines perseguidos por esos mismos elementos que quieren contener la acción del nacionalismo vasco, la represión es un elemento de desenvolvimiento tan grande como ha podido ser la ayuda



(el señor Lequerica: conforme con S. S.); porque si empezáis a crear mártires, si empezáis a crear martirologios en el nacionalismo vasco, en un partido que, a pesar de tener su representación parlamentaria y estar anunciado este debate, está totalmente ausente de la Cámara en estos momentos, quizá cohibido por la convicción de su propia insuficiencia, habréis dado al nacionalismo vasco la fuerza que en sí no tiene, porque en el fondo del nacionalismo vasco está, hay que reconocerlo, aparte de aquellos sentimientos idealistas que anidan en el fondo de todo movimiento nacionalista, la protesta contra una acción política en las Provincias Vascongadas, singularmente en Vizcaya, perfectamente equivocada, una política de absorción, de dominio, de falta de respeto escrupuloso a la ley por parte de los elementos que con anterioridad al dominio político del nacionalismo vasco acaparaban la representación política en Vizcaya.

En esto, el querer parcializar las culpas entre los elementos monárquicos sería cosa notoriamente injusta. Son absolutamente responsables todos por igual, los elementos conservadores y los elementos liberales, todos los hombres que han pasado por el Poder en estos últimos años. El deber del Poder público ahora es asistir vigilante a ese curioso y extraño fenómeno de que el afán subversivo del nacionalismo vasco llega a tanto que no tenga ningún escrúpulo en solidarizarse con los elementos sindicalistas que allí tratan de hacer florecer la campaña anarquista, y que sus periódicos sean los divulgadores de sus doctrinas, sus huestes sean el núcleo de sus organizaciones, sus círculos sean sus lugares de reunión, y aún más, aquellas factorías donde no se consintió jamás, por el dominio de un poder despótico, que bajo sus naves trabajase un obrero republicano o socialista, sean actualmente el refugio de los elementos sindicalistas.

Esto es lo que quería exponer a la Cámara, aprovechando la pausa dedicada a esta cuestión, que yo estimo interesantísima.»

## APENDICE XII

J. BULLEJOS, «Escisión inevitable»,  
*Las Noticias*, Bilbao, 30 diciembre 1921

Al producirse el hecho ruso, al iniciarse de una manera intensa y cada día más acentuada el declinar del actual régimen, dos fuerzas, dos corrientes, dos conceptos se disputan el predominio, la hegemonía espiritual de las muchedumbres. Unas, aquellas más desligadas de prejuicios y las que por su situación económica son forzadas, como las que poseen una más clara visión del momento actual, optan por la adopción de una política revolucionaria, de una táctica de lucha violenta, directa y cuyo objeto único es la conquista del Poder político para operar la transformación social; otra, la indecisa, la pobre de espíritu, dominada por conceptos atávicos y la que por hallarse en situación relativamente favorable no siente intensamente los anhelos de transformación, como también aquel sector que por ignorar el desarrollo, el desenvolvimiento de los actos revolucionarios, opina que aún la clase obrera no se halla en completo estado de madurez para iniciar o llevar a cabo el cambio de régimen, prosiguen aferrados a la política reformista, no rechazan la táctica de lucha consistente exclusivamente en la conquista de mejoras secundarias, rehuyen la lucha de clases, desconociendo que sólo en este terreno pueden y deben luchar las organizaciones obreras.

Naturalmente, a esta oposición de concepciones, a este antagonismo de creencias políticas, tenía forzosamente que suceder un período de escisiones, de rompimientos, de disgregaciones de fuerzas, que primeramente se inició en los partidos políticos y que hoy comienza a efectuarse en el seno de los sindicatos. Aparentemente, éste es un período de debilidad para el proletariado; sus luchas intestinas le apartan del fin primordial, único, la defensa de sus intereses; pero bien analizado, el presente

momento no es sino aquel en que las fuerzas revolucionarias del mundo se concentran, se unifican, se aíslan de todo elemento que rehuya la acción y se aprestan a dar el asalto decisivo al Poder. Los hechos que se producen actualmente en el mundo del proletariado apresuran a la revolución antes que retardarla; sustraen a la política de colaboración fuertes núcleos de obreros que preconizan y practican la guerra social continua, sin descanso, y sobre todo inician de una manera abierta, franca, la guerra de clases, dirigiendo sus ataques no contra un patrono determinado, sino contra la representación del capitalismo: el Estado.

Lo importante en la lucha social no es concentrar numerosas fuerzas para ejercer una política de moderantismo evolucionista, sino agrupar elementos revolucionarios, dotarlos de sentido político y obligarlos a actuar en este sentido.

Tres años ha en los organismos obreros españoles comenzó a manifestarse esta oposición de tácticas de lucha. El nuevo criterio sustentado por los afiliados a la Confederación General del Trabajo, sus procedimientos de combate, su acción dentro del terreno de lucha de clases, removieron la conciencia del proletariado español, y desde aquel momento puede afirmarse que se inicia la fase final, el período preagónico de las organizaciones que actuaban moderadamente. Estas últimas, desconocedoras del momento actual, frente a la nueva táctica de lucha, no adoptaron otra semejante, no se decidieron a actuar en sentido más revolucionario, a fin de conservar en su seno a los organizados, sino que, por el contrario, acentuaron su pacifismo, intensificaron su acción reformista. Ante esto, la división surgida ya tenía que agudizarse hasta adquirir el grado que hoy tiene Moscú, iniciando un medio acertadísimo de conquistar los organismos reformistas a la causa proletaria, marcó el segundo período escisionista; los líderes reformistas se opondrían a la política comunista por todos los procedimientos, y aun conservando ficciones de sindicatos, procurarían retardar, desviar la acción revolucionaria de las masas. Y ya no fue sólo el choque de dos políticas opuestas lo que se operó en el seno de los organismos proletarios, fue también la división que crea el hecho de que un núcleo de obreros ejecuten la acción de solidaridad, actúe en el terreno de la lucha de clases, y otro se dedique exclusiva-

mente a hacer abortar todos los movimientos huelguistas, se convierta en «rompehuelgas», supedite su labor a las indicaciones de patronos y autoridades. ¿Podían unificarse a los luchadores que llenaban diariamente las cárceles y a los que ejercían el papel de delatores? ¿Moralmente, los directores de organismos, cuya labor suele realizarse en los despachos de capitalistas y representantes del Poder público, podían exigir adhesión, disciplina, acatamiento a los organizados boicoteados por la clase patronal y perseguidos y maltratados por las autoridades? No. Huyendo de eufemismos de lenguaje, debemos afirmar que la escisión en el seno de algunas organizaciones se imponía. Los lazos de solidaridad se hallaban rotos, deshechos; existía solamente una unión ficticia, unión que en los momentos de lucha se rompía.

Tal es el caso del Sindicato Minero de Vizcaya. Los elementos reconstructores, constituyendo un nuevo sindicato han iniciado la nueva etapa que para el proletariado comienza. El congreso de La Arboleda no ha hecho más que sancionar un hecho que ya existía. En el Sindicato Minero realmente existían dos organismos opuestos; los reconstructores han deslindado los campos y nosotros, antes que explotar este hecho para mostrarlo a la opinión como escisionista, nos limitamos a apuntar el caso y pedirle a todos los organizados que lo analicen, pues poseemos la convicción de que lo ocurrido en la organización minera se repetirá en todos los sindicatos.

\* \* \*

Ahora una observación. La mayoría que pretenden adjudicarse los reconstructores mineros es absolutamente ficticia. Actualmente, y públicamente podemos demostrarlo, no poseen arriba de quinientos organizados. Ellos barajan afiliados que poseían hace un año; pero con los de hoy no cuentan. Obrando nosotros como ellos, podíamos demostrar, acaso con más razón, que poseemos más de cuatro mil adheridos; pero no queremos engañar a nadie, ni pretendemos convencernos de contar con una fuerza superior a la que realmente poseemos. Además de que juzgamos que en la organización minera actualmente mil trescientos cotizantes significan las tres cuartas partes de todos los mineros, no concedemos tampoco esencial importancia al número de adheridos; éstos sólo pueden determinarse en los momentos de acción.



## APENDICE XIII

«Hay que reaccionar»

*El Socialista*, 4 septiembre 1923

Día 23 de agosto. En Bilbao está anunciada la quinta corrida de feria. Más que por afición a los toros por espíritu de tradición, la villa hace fiesta por la tarde. Algunos oficios, entre ellos todos los de las artes gráficas, con la sola excepción del personal de periódicos, tiene acordado holgar todo el día.

Por la mañana, grupos de pistoleros, arma en mano, impiden la entrada al trabajo en algunas fábricas...

¿Qué pasa?

Se dice que los comunistas han acordado la huelga general de veinticuatro horas, como solidaridad con los obreros de las minas, en este día... que en Bilbao es, como ya se ha dicho, semifiesta. Se exhibe una hojita que contiene el acuerdo y que firma «El Comité de Solidaridad...» (?).

En algunas obras y talleres no se empiezan las faenas. Los obreros han tenido que retroceder, encañonados por las pistolas de los mozalbetes que han mandado a las puertas de las fábricas y a los alrededores de los «tajos» los que han decretado el movimiento... Muchos de ellos están organizados, tienen ideas, son hombres y mascan la rabia de la imposición terrorista, que equivale al borrón de su derecho y de su personalidad de militantes... Nadie ha contado con ellos ni con sus organizaciones. ¿Así se hacen las huelgas?

Avanza la mañana. El paro no es general, a pesar de la sorpresa de los pistoleros de ser medio fiesta. Se trabaja en factorías tan importantes como las de Echevarría, Euskalduna y otras. El tráfico rodado se hace con toda normalidad. En la zona fabril no ha parado ni un solo obrero. Trabajaban hasta comunistas y sindicalistas,

algunos de Bilbao, que dicen no tener noticia del acuerdo de huelga...

El fracaso de los comunistas no puede ser más patente.

Ha habido tiros y detenciones. A la una de la tarde, una partida de «bravos» asesina de una manera tan vil como estúpida a un pobre tranviario. ¿Es así como se ha de luchar? Este crimen idiota, al conocerse, se condena severamente, sin atenuaciones, en todas partes y por todos...

Corren rumores abracadabrantos. Para la salida de los toros se anuncian grandes asonadas. Se presiente la tragedia...

En efecto, la tragedia sobreviene. La policía intenta cachear, en las inmediaciones de la Casa del Pueblo, a un grupo de obreros. Se resisten éstos, suenan unos disparos..., acuden guardias civiles y de seguridad y se entabla una verdadera batalla que dura más de una hora. Hay heridos de una y otra parte. La alarma en los barrios altos es indescriptible...

Se asalta la Casa del Pueblo. Los guardias penetran en ella disparando. Un obrero muerto, varios heridos de gravedad. Se practican más de cuarenta detenciones...

Después, nada: depresión, dolor por las víctimas, que no hubieran sido tantas si la fuerza pública hubiera tenido más serenidad e instintos menos feroces.

He ahí una jornada comunista. Que el lector haga el balance. Que lo hagan también todos aquellos que cifran el éxito de los movimientos huelguísticos al empleo sistemático de los procedimientos de violencia.

\* \* \*

Lo ocurrido en Bilbao el día 23 fue una vergüenza que no debe repetirse. Nadie, y los comunistas menos que nadie, porque apenas si cuentan con fuerza organizada ninguna, tiene derecho a imponerse violentamente a los trabajadores. Las huelgas no pueden ser, no deben ser, la obra de unos cuantos exaltados, sin autoridad representativa de ninguna clase ni otros argumentos que la pistola, sino el producto de la deliberación libre y meditada y la voluntad concorde de los que las han de realizar, esto es, de los obreros.

No es, ciertamente, la primera vez que los comunistas han tratado de paralizar los trabajos en Vizcaya por sorpresa y usando de la violencia, pero sí debe ser la última. Porque no es admisible ni se debe tolerar, porque ello constituye un ultraje para la dignidad de los trabajadores, que se pisotee su derecho y se trastorne su economía porque así se les antoje a un puñado de ilusos, mejor o peor intencionados, que, careciendo de influencia real entre las masas obreras vizcaínas, pretenden, a costa de ésta y con fines partidistas, dar la sensación, fuera de aquí, de que son los árbitros de nuestro movimiento.

Hay en Vizcaya organizaciones obreras. A ellas, sólo a ellas, compete determinar la acción que en cada caso conviene desarrollar a los trabajadores.

Los comunistas y los demás grupos políticos deben limitarse a lo que les consienta su derecho, sin invadir el de los demás, que siendo verdad que cada cosa engendra su semejante, los abusos de fuerza, odiosos siempre, pero más si tienen efecto entre hermanos, no habrán de producir, a buen seguro, frutos de tolerancia y de solidaridad en las víctimas...

Compréndanlo los interesados y tomen por otro camino, que sería mejor para todos...

\* \* \*

Hemos dicho que la intentona comunista del día 23 debe ser la última. Ese es nuestro parecer, que coincide con la conveniencia moral y económica del proletariado de Vizcaya. ¿Lo será? Ello depende, principalmente, del «ambiente». El «ambiente» ha sido hasta aquí de gran cobardía. De ahí la audacia de los «terroristas» más o menos rebozados de revolucionarismo. Las Sociedades y Sindicatos de la Unión General (sus hombres directivos y muchos afiliados socialistas) han dado y están dando ejemplo de valor sereno y de energía nada común. Han hecho y hacen cara, sin temor a nada, a toda suerte de peligros. Sin embargo, no ha bastado eso. No bastará a contener la obra nefasta de los que, por sufrir flaqueza de razón, quieren reinar por el terror, si no varía el «ambiente», si cada uno y todos nos ponemos a la altura del deber...

Hay que reaccionar, trabajadores y ciudadanos de todas clases y categorías. No se trata más que de ser hom-

bres. Que los terroristas serán vencidos tan pronto como se convenzan de que sus pistolas no infunden terror a nadie.

Los socialistas y los obreros sindicados que nos son afectos deben tratar de levantar los ánimos y resistir y hacer que resistan los demás contra toda «orden» de abandono del trabajo, en tanto ésta no responda a un acuerdo de sus organizaciones respectivas.

(De *La Lucha de Clases*.)



## APENDICE XIV

«Por qué el señor Prieto fue proclamado por el art. 29»,  
*El Sol*, 12 mayo 1923

Una de las notas salientes que las elecciones de diputados a Cortes han ofrecido, ha sido la proclamación de don Indalecio Prieto como diputado por Bilbao sin oposición, es decir, por el artículo 29.

Recientísimo el discurso del señor Prieto en el Ateneo, y en marcha las diligencias judiciales motivadas por los ataques que el conferenciante dirigió contra la personificación de las instituciones, produjo en muchos gran extrañeza que el batallador socialista fuese proclamado por el artículo 29, y precisamente en Bilbao, donde existe una entusiasta Liga de Acción Monárquica y donde hay monárquicos caracterizados por su adhesión incondicional al monarca. Y hubo periódicos que al comentar aquella proclamación dirigieron duras censuras a los monárquicos vizcaínos.

Efectivamente; en apariencia, había existido un contubernio entre los socialistas y los monárquicos.

Ayer conversamos con un joven político monárquico que ocupó elevado puesto en un Gobierno reciente, y que aunque no representa en Cortes ningún distrito vizcaíno, está ligado íntimamente con los monárquicos de aquella provincia, y nos explicó el aparente contubernio.

He aquí las manifestaciones de nuestro interlocutor:

«Resulta, ante todo, pueril reducir este asunto a un problema Prieto-Liga Monárquica. Por mucha que sea su personalidad política, no es el señor Prieto en Vizcaya sino la personificación de una fuerza poderosa, con la que sería preciso contar, existiera él o no: la del socialismo obrero, profesado por muchos trabajadores de aquella provincia industrial. La Liga de Acción Monárquica, en su política social frente a este movimiento, no ha

diferido de la seguida por los grandes industriales vizcaínos, casi todos ellos afiliados a ella; acertados o no, estos grandes industriales, sin ceder en su derecho, sosteniendo batallas duras cuando el exceso en la pretensión proletaria ponía en peligro la producción misma, han reconocido la necesidad de contar con el presente movimiento obrero, sin el propósito ineficaz de destruir lo que no era destruible, y menos de momento sustituible. Hubieran podido, tal vez, ayudar a un extremismo obrero y llevar la anarquía a la lucha social de Vizcaya, para castigo de socialistas desahogados. Pero han huido de esa inmensa locura, y nunca Vizcaya se lo agradecerá bastante. Confundir la política de equilibrio social, que no será un ideal, pero resulta de momento la única practicable en la provincia, con esos supuestos contubernios de rebotica entre plutócratas y demagogos, igualmente interesados en el mangoneo, resulta de una ligereza poco elogiabile.

La política vizcaína, llena de defectos, propende, por lo menos, y es su virtud, a excluir las ficciones. Realidad es el socialismo, como lo es el nacionalismo separatista, como lo es el monarquismo de la Liga, las únicas tres fuerzas efectivas en aquella tierra. En un ambiente positivo, vigilados por una opinión alerta, los jefes no pueden eludir servirla como ella pretende ser servida. Queda, pues, poco espacio para la comedia.

Es preciso recordar, además, como garantía de conducta, que la Liga Monárquica, formada por todos los elementos políticos del régimen de extremo a extremo, sólo puede vivir respondiendo a una aspiración ideal eliminadora de diferencias partidistas. La naturaleza de su misión le impone estrecho contacto con todos los Gobiernos, que para ella no son nunca órganos de diferencias de bandería, sino expresión superior de la conveniencia del régimen. De aquí la necesidad de conocer su pensamiento y procurar servirlo, sobre todo en cuantos actos de la Liga puedan rozar con la política general.

En el caso concreto de la elección del señor Prieto por Bilbao, la Liga, desde primera hora, preguntó, como lo había hecho en las anteriores elecciones, las intenciones del Gobierno. Comprendía, dada la importancia del candidato y sus recientes y alboratadas andanzas, que la conducta a seguir con él traspasaba los límites de la política local. El Gobierno manifestó claramente su deseo de

que no encontrara el señor Prieto obstáculos en el camino del Congreso.

El discurso del Ateneo modificó esta opinión, a lo menos en algún elemento influyente del ministerio, y se hicieron a la Liga indicaciones sobre la conveniencia de designar candidato monárquico para Bilbao. La Liga se mostró dispuesta a hacerlo, pero recabando del Gobierno órdenes precisas. Que se mande a todos los monárquicos prestar cuantos apoyos y colaboraciones se requieran. Que se revista a la Liga de la autoridad precisa para ejecutar esta decisión grave, y no se limite el Gobierno a llevarla a un simulacro en empresa de innegable dificultad, como era la que se intentaba.

De nuevo el Gobierno cambia de parecer, y desiste de la lucha, que estima tardía. Le basta ahora, rebajada la intensidad de su empeño, con la interrupción del artículo 29. La Liga, dócilmente, se dispone a complacerle, cuando llega a su noticia, por conducto privado, el propósito gubernamental de desistir también de esta pequeña dificultad opuesta al candidato socialista. En términos apremiantes hace la Liga una última consulta al Gobierno del señor marqués de Alhucemas; no está ella dispuesta a aceptar, contra el juicio del ministerio, la responsabilidad de todo cuanto suceda por interrumpirse la aplicación del artículo 29 en Bilbao; pero tampoco quiere tomar la responsabilidad de hacerlo por su propia decisión, sin indicación de Madrid. La respuesta a esta consulta debió ser bien terminante, cuando, sin que ningún monárquico vizcaíno ejerciese sus derechos en la Junta del Censo, fue proclamado, sin oposición, diputado a Cortes por Bilbao don Indalecio Prieto.

¿Acertada o desacertada? No quiero discutirlo. Tan sólo deseo hacer constar que los monárquicos vizcaínos estuvieron siempre dispuestos a combatir con la intensidad reclamada la candidatura del señor Prieto.

La Liga de Acción Monárquica de Vizcaya dirige su política por razones más graves que los bien intencionados arrebatos de quienes pretenden, con involuntaria irreverencia, establecer una querella entre el jefe del Estado y un diputado especializado ahora en el agravio al soberano. Los cinco distritos vizcaínos que en 1918 conquistó el nacionalismo para que sus diputados telegrafiasen al presidente Wilson pidiendo la independencia del País Vasco están hoy representados por candidatos suyos, des-

pués de lucha brillante. Qué esfuerzo extraordinario haya sido preciso desplegar para conseguir este resultado, que hace cinco años sonaba a disparate, facilitando a España la solución de un gravísimo problema, quienes conozcan la vida vascongada pueden decirlo. En su labor de mantener dentro de la tradición española la conciencia de aquella tierra frente al esfuerzo de separación, bien creo que la Liga Monárquica merece la estima de las gentes más atentas a la realidad que al efectismo barullero y momentáneo.»





## BIBLIOGRAFIA

(Se han incluido en esta bibliografía únicamente aquellos trabajos y documentos directamente relevantes para este estudio. La señal \* en publicaciones periódicas significa que las colecciones están incompletas y que, por tanto, no ha sido posible una lectura sistemática de las mismas; los números romanos indican los meses que han sido consultados.)

### I. FUENTES PRIMARIAS

#### A. NO PUBLICADAS

##### 1. ARCHIVOS PRIVADOS

*Maura, Antonio.*

Madrid: familia Maura.

*Orconera, Iron Ore Company.*

Correspondencia entre Orconera-Bilbao y Orconera-Londres y GKN, 1879-1917.

Cardiff: Clamorgan Record Office, County Hall.

Luchana: Archivos de la compañía.

*Romanones, conde de.*

Madrid: familia Romanones.

*Unamuno, Miguel de.*

Salamanca: familia Unamuno.

*Victoria de Lecea, Eduardo.*

Papeles incompletos del Comité Liberal de Bilbao, 1883-1889.

Bilbao: Cámara de Comercio.

### I. FUENTES PRIMARIAS

#### A. NO PUBLICADAS

##### 2. ARCHIVOS PUBLICOS

Archivo de la Casa de Juntas: Guernica.

1. Régimen foral: registro 12-16.

2. Minas: registro 20.

Archivo de las Cortes: Madrid.

Expedientes personales en orden alfabético.

Sucesos de Bilbao de 1891: legajo 264.

Archivo de la Diputación de Vizcaya: Bilbao.

1. Comité de Gobernación: carpetas 1113-14, 2600.
2. Cólera: carpeta 1320.
3. Peones de la Diputación: carpetas 379-381, 666-669, 702, 782, 1930-1933, 1946, 1962, 1972, 1984.
4. Policía local: carpetas 971-977.
5. Minas: carpetas 469-473.
6. Ferrocarril minero: carpetas 1870-71.
7. Higiene: carpetas 1870-73.
8. Censo electoral provincial: 1910, 1918.

Archivo general de la Administración: Alcalá de Henares.

Papeles del Ministerio de la Gobernación.

Sección Gobernación: legajos 625, 640, 715, 792, 1193, 1321, 1709, 1750, 1800.

Archivo Histórico Nacional: Madrid.

Papeles del Ministerio de la Gobernación.

Sección Gobernación. Orden público: legajos 186, 392, 578, 605, 727, 1543, 2354.

Archivo Histórico Nacional: Guadalajara.

Papeles del Ministerio de la Gobernación.

Sección Gobernación, 1912-23: legajos 194, 213, 217.

Archivo Ministerio de la Gobernación: Madrid.

Correspondencia telegráfica entre el ministro de la Gobernación y los gobernadores civiles, 1890-1923. Serie A: legajos 2-3, 8-11, 13, 19-29, 36-37, 41-42, 44-45, 48, 51, 57-58, 60.

Archivo Municipal de Bilbao: Bilbao.

1. Epidemias e higiene: sección 1, legajo 308; sección 3, legajos 44-48, 56-59; sección 4, legajos 326, 379, 385; sección 5, legajos 166, 457.
2. Elecciones locales 1891-1899: sección 3, legajos 354, 356, 358; sección 4, legajos 278-282.
3. Censo electoral local, 1901-1910: sección 5, legajos 687-691.
4. Concejales socialistas: sección 1, legajos 356, 358, 417, 461, 464, 561; sección 5, legajos 372, 492.

Archivo de la Presidencia del Gobierno: Madrid.

1. Crisis industriales y huelgas, 1890, 1905-07, 1917; legajos 3, 6-7, 12-15, 32-33, 101.
2. Aduanas, 1891-92 1906: legajos 12-14.

Jefatura Nacional de Documentación: Salamanca.

Sección Madrid: papeles incompletos de la Casa del Pueblo de Madrid, 1899-1939. Legajos 786-788, 2299-2300, 2336.

Sección Bilbao: carpetas 12-14, 23, 43, 55-57, 155, 224.

Public Record Office: Londres.

1. Despachos diplomáticos de Madrid, 1890-1910: FO 72/1861-2, 1878, 1900, 1924-27, 1951-53, 1976-78, 2003-5, 2662, 2107-9, 2126-7, 2161, 2176, 2194, 2209-10.
2. Archivos consulares: correspondencia con el Consulado británico de Bilbao, 1875-1905: FO 72/1420, 1447, 1481, 1509, 1551, 1574, 1604, 1626, 1635, 1688, 1713, 1746, 1796, 1820, 1850, 1868, 1888, 1911, 1935, 1960, 1988, 2014, 2044, 2059, 2075, 2116, 2134, 2149, 2151, 2169, 2182-4, 2199, 2218.

I. FUENTES PRIMARIAS  
 B. PUBLICADAS  
 1. PUBLICACIONES PERIODICAS

- ABC* (Madrid), 1903, 1909-1911; VII-VIII, 1917; 1921-22.  
*Acción Socialista* (Madrid), 1915.  
*Anuario Social de España* (Madrid), 1914-16.  
*Barredera, La* (Bilbao), 1890-91 (\*).  
*Basco, El* (Bilbao), 1890; IV, 1897; 1898 (\*).  
*Baserritarra* (Bilbao), V-VIII, 1897.  
*Baserritarra* (San Sebastián), X, 1904; II, 1907.  
*Bizkaitarra* (Bilbao), 1894-95.  
*Boletín de Estadística Municipal de Bilbao* (Bilbao), 1914-23.  
*Boletín del Instituto de Reformas Sociales* (Madrid), 1904-23.  
*Boletín Mensual de la Cámara de Comercio* (Bilbao), 1888-1893.  
*Boletín Mensual de Estadística Sanitaria de Bilbao* (Bilbao), 1897-1914.  
*Día, El* (Madrid), IV-V, 1892; VII-VIII, 1892.  
*Diario de Bilbao, El* (Bilbao), X, 1891; XI, 1892 (\*).  
*Diario de Sesiones de las Cortes* (Madrid), 1890, 1903, 1910, 1912, 1918, 1920.  
*Economist, The* (Londres), VII, 1887; IX, 1888; VII, 1894; VI-IX, 1900.  
*Epoca, La* (Madrid), IV-V, 1890; I-V, 1891; I-II, 1892; VII-XII, 1897; I-VI, 1899; I-III, 1900; I-III, 1901; X, 1903.  
*España* (Madrid), IX, 1916; VII, 1919.  
*España Moderna, La* (Madrid), 1889-1914.  
*España Nueva* (Madrid), 1909-1911 (\*).  
*España Social* (Madrid), 1910-1912.  
*Estadística Minera de España* (Madrid), 1884-1923.  
*Euzkadi* (Bilbao), 1918-1923.  
*Gaceta del Norte, La* (Bilbao), 1901-1923.  
*Germinal* (Madrid), 1897.  
*Globo, El* (Madrid), V-VI, 1890.  
*Heraldo de Madrid, El* (Madrid), VII-VIII, 1897; VII-XII, 1898; XI-XII, 1901; X, 1903; VII-IX, 1906.  
*Hermes* (Bilbao), 1917-1922.  
*Imparcial, El* (Madrid), I-VI, 1890; I-VI, 1891; I-II, 1892; IV-VI, 1897; VII-IX, 1898; IV, 1899; X-XII, 1900; VII-XII, 1901; IV-VI, 1902; IV-XII, 1903; 1908; VII-VIII, 1917.  
*Justicia, La* (Madrid), I-VI, 1890.  
*Juventud Republicana* (Bilbao), III-IV, 1895 (\*).  
*Látigo, El* (Bilbao), 1913.  
*Leviatán* (Madrid), 1934-1935.  
*Liberal, El* (Bilbao), 1901-1923.  
*Liberal, El* (Madrid), VIII-IX, 1906; VII-IX, 1917.  
*Lucha de Clases, La* (Bilbao), 1894-1907, 1920-1923.  
*Mouvement Socialiste, Le* (París), 1899-1906.  
*Nervión, El* (Bilbao), 1891-1917.  
*Noche, La* (Bilbao), II-IV, 1924.  
*Norte, El* (Bilbao), VIII, 1883; X, 1887 (\*).  
*Norte de Castilla* (Valladolid), 1898-1903.  
*Noticias, Las* (Bilbao), 1921-1923 (\*).  
*Noticiero Bilbaíno, El* (Bilbao), 1886-1908; VIII, 1917; I-II, 1920.  
*Nuestra Palabra* (Madrid), 1918-1920.  
*Nuestro Tiempo* (Madrid), 1901-1910.



*Nueva Era* (Madrid), 1901-1902.  
*País, El* (Madrid), V, 1890.  
*Parliamentary Papers: Accounts and Papers. Commercial Reports by Bilbao Consuls* (Londres), 1877-1912.  
*Patria, La* (Bilbao), 1902 (\*).  
*Porvenir Vasco, El* (Bilbao), X, 1896; VII, 1899 (\*).  
*Porvenir Vascongado, El* (Bilbao), V, 1887; XI, 1892 (\*).  
*Pueblo Vasco, El* (Bilbao), 1910-1923.  
*Pueblo Vasco, El* (San Sebastián), VII-XII, 1917.  
*República, La* (Bilbao), XII, 1890; VIII, 1892 (\*).  
*Resumen, El* (Madrid), IV-V, 1890.  
*Revista de Bilbao* (Bilbao), 1913-1915.  
*Revista Blanca, La* (Madrid), 1899-1905.  
*Revista Nacional de Economía* (Madrid), VI, 1916; VII, 1917; 1919-1920.  
*Revista Socialista* (Madrid), 1903-1904.  
*Revue Politique et Parlementaire* (París), VII-IX, 1898.  
*Socialista, El* (Madrid), 1886-1923.  
*Sol, El* (Madrid), I-II, 1918; IV-V, 1919; XI-XII, 1920; IV-VI, 1923.  
*Times, The* (Londres), V, 1890; V-VI, 1891; I, 1892; VI-IX, 1901; X-XI, 1903; VIII-IX, 1911; III, 1916; VIII, 1917.  
*Vida Nueva* (Madrid), 1899.  
*Voz de Guipúzcoa, La* (San Sebastián) 1910, 1916, 1917-23.

# I. FUENTES PRIMARIAS B. PUBLICADAS 2. LIBROS Y FOLLETOS

*Acción de la minoría socialista. La huelga de agosto en el Parlamento* (Madrid, 1918).  
ADAMS, F. D., *Notes on the Iron Ore Deposits of Bilbao, Northern Spain* (Ottawa, 1901).  
ADÁN DE YARZA, M., *Descripción física y geológica de la provincia de Guipúzcoa* (Madrid, 1884).  
—, *Descripción física y geológica de la provincia de Vizcaya* (Madrid, 1892).  
Agrupación socialista veterana de Bilbao, *A los trabajadores* (Bilbao, 1917).  
ALBA, S., *Problemas de España* (Madrid, 1916).  
ALMAGRO, M. DE, *Biografía del año 1900* (Madrid, 1943).  
*Almanaque socialista para 1914* (Madrid, s. f.).  
ALTAMIRA, R., *Cuestiones obreras* (Valencia, 1914).  
*Altos Hornos de Vizcaya, 1902-1952* (Bilbao, 1952).  
ALVAREZ BUYLLA, A.; POSADA, A.; UÑA, J., y MOROTE, L., *El Instituto de Trabajo. Datos para la historia de la reforma social en España* (Madrid, 1902).  
ALZOLA, P., *La industria siderúrgica española* (Bilbao, s. f.).  
—, *El porvenir industrial, minero y comercial de Bilbao* (Bilbao, 1907).  
—, *Progreso industrial de Vizcaya* (Bilbao, 1902).  
ALLER, D. E., *Las huelgas de los obreros* (Madrid, 1886).  
ANGUANO, M., *Evocaciones. Historia de nueve meses de prisión, con curiosidades, enseñanzas y recuerdos de la huelga de agosto de 1917* (Madrid, 1931).  
ARANZADI, E., *La Nación Vasca* (Bilbao, 1918).

- ARAQUISTAIN, L., *Entre la guerra y la revolución (España en 1917)* (Madrid, 1917).
- AREILZA, E., *Epistolario* (Bilbao, 1964).
- ARRIAGA, E., *El Bilbao anecdótico de la segunda mitad del siglo XIX* (Bilbao, 1961).
- Asociación de Patronos Mineros de Vizcaya, *El trabajo en las minas de Vizcaya* (Bilbao, 1907).
- A través de la España obrera* (Madrid, 1930).
- AZORÍN (J. Martínez Ruiz), *El Parlamentarismo español* (Madrid, 1916).
- BALPARDA, G., *Errores del nacionalismo vasco* (Bilbao, 1918).
- BARK, E., *Estadística social* (Barcelona, s. f.).
- BASTERRA, M., *Vizcaya minera* (Bilbao, 1894).
- BAZÁN, J. D., *Las manifestaciones de los trabajadores* (Bilbao, 1890).
- BELAUSTEGUIGOTIA, R., *La cuestión de la tierra en el País Vasco* (Bilbao, 1918).
- BERECIARTU y TELLERÍA, R., *Descripción de los barrios y pueblos de Guipúzcoa* (Vergara, 1895).
- BUENO, M., *Cuentos e historias* (Bilbao, 1895).
- BURGOS y MAZO, M., *Páginas históricas de 1917* (Madrid, 1918).
- , *El verano de 1919 en Gobernación* (Madrid, 1921).
- BUSTINZA, R., *Guía de Bilbao y de Vizcaya* (Bilbao, 1903).
- BUXADE, J., *España en crisis. La bullanga misteriosa de 1917* (Barcelona, 1917).
- Cámara Oficial de Comercio, Industria y Navegación de Bilbao, *Memoria comercial del año 1917* (Bilbao, 1918).
- CAMBON, P. P., *Les conditions du travail en Espagne, 1890* (Rapports du Ministère des Affaires Etrangères).
- CAMPION, A., *Discursos políticos y literarios* (Pamplona, 1907).
- CARRERAS CANDI, F. (ed.), *Geografía General del País Vasco-Navarro* (Barcelona, s. f., pero 1910-1931), 6 vols.
- CARRETERO, F., *Crítica del nacionalismo vasco* (Bilbao, 1932, ed.).
- Cien cartas inéditas de Pablo Iglesias a Isidoro Acevedo* (Madrid-Barcelona, 1938).
- CIERVA y PEÑAFIEL, J., *Notas de mi vida* (Madrid, 1955, ed.).
- Círculo Minero de Bilbao, *Información de don Ricardo Ortiz en representación de dicha corporación ante la comisión del congreso que ha de dar dictamen en el proyecto de Ley sobre tiendas obligatorias para obreros y pago de salarios el día 22 de noviembre de 1903* (Madrid, 1903).
- Comisión de huelga, *Huelga de los mineros de Vizcaya* (Bilbao, 1911).
- Comisión de Reformas Sociales, *Información oral y escrita* (Madrid, 1889-1893), 5 vols.
- Comité de la Agrupación Socialista de Bilbao a sus correligionarios, *El* (Bilbao, 1915).
- Detalles y consideraciones del escandaloso proceso incoado con motivo de la muerte del gerente de Altos Hornos, señor Gómez* (Bilbao, s. f.).
- Dirección General de Agricultura, Minas y Montes, *Informe relativo al estado económico y situación de los obreros de las minas y fábricas metalúrgicas de España y organismos de protección instituidos en beneficio de los mismos* (Madrid, 1911).
- Dirección General del Instituto Geográfico y Estadístico, *Censo de la población de España en 31 de diciembre de los años 1887, 1900, 1910, 1920* (Madrid, 1889-1923).

- ECHEVARRÍA, M., y ALBERTO DE PALACIO, M., *Higienización de Bilbao* (Madrid, 1894).
- ECHEVARRÍA, T., *La experiencia socialista en España, vista desde mi pueblo* (México, 1966).
- ECHEVARRIOSTE, R., *Ratos de fatiga* (Bilbao, 1918).
- EGUREN, J. M., y LARRAÑAGA, P., *Breve historia del pleito armero* (Eibar, 1923).
- En defensa de los intereses económicos. Informe elevado por las entidades económicas de Vizcaya a la Comisión del Congreso de Señores Diputados encargada de dictaminar el proyecto de Ley de beneficios extraordinarios* (Bilbao, 1916).
- Estadística de las asociaciones católicas de obreros de España en 1 de mayo de 1907* (Madrid, 1907).
- Estatutos del Sindicato Obrero Metalúrgico de Vizcaya* (Bilbao, 1920).
- ESTEACHE, J. M., *Régimen político y administrativo de las provincias vasconavarras* (Bilbao, 1918).
- FABRA RIVAS, A., *El socialismo y el conflicto europeo* (Valencia, 1916).
- FERNÁNDEZ CUESTA, N., *La vida del obrero en España* (Madrid, 1909).
- FERNÁNDEZ LARRAIN, S. (ed.), *Cartas inéditas de Miguel de Unamuno* (Madrid, 1972, ed.).
- FIDEL (A. García Quejido), *Pablo Iglesias en el partido socialista* (Madrid, 1905).
- FRANCOS RODRÍGUEZ, J., *Memorias de un gacetillero* (Madrid, 1917-27), 4 vols.
- Fueros y sus defensas, Los* (Bilbao, 1897-98), 5 vols.
- GALÁN EGUIZABEL, F., y NÚÑEZ TOMÁS, F., *Anuario obrero 1915* (Madrid, 1916).
- GARCÍA PACHECO, F., *Antología de las Cortes de 1896 a 1898...* (Madrid, 1912).
- GHIRALDO, A., *El peregrino curioso* (Madrid, 1921, ed.).
- GÓMEZ, G., *Cómo se vive y cómo se muere en Bilbao. Reseña demográfica de la Ilustre Villa* (Bilbao, 1896).
- GÓMEZ ACEBO, J., *Origen, desarrollo y trascendencia del movimiento sindicalista obrero* (Madrid, 1915).
- GÓMEZ BARDAJÍ, J., y ORTIZ DE BURGOS, J., *Anales parlamentarios. Cortes de 1914. Legislaturas de 1914 a 1915 y 1915 a 1916* (Madrid, 1918).
- GÓMEZ LATORRE, M., *El socialismo en España. Del tiempo viejo (desde 1886...)* (Madrid, 1918).
- GORTAZAR, J. C., *Bilbao a mediados del siglo XIX* (Bilbao, 1920).
- GUIARD, T., *Historia de Bilbao* (Bilbao, 1905).
- , *La industria naval vizcaína* (Bilbao, 1917).
- HILL JAMES, W., *A tandem trip in Spain. From Biarritz through the Basque Provinces* (Londres, 1892).
- Hoja de servicios del partido liberal-conservador* (Bilbao, 1910).
- Huelga minera de agosto de 1906. Escritos de la Asociación de Patronos Mineros de Vizcaya. Antecedentes y desarrollo de la huelga* (Bilbao, 1906).
- IBÁRRURI, D., *They Shall Not Pass. The autobiography of La Pasionaria* (Londres, 1966).
- IGLESIAS, P., *Al servicio del pueblo* (Madrid, 1930).
- , *Comentarios al programa socialista* (Madrid, 1910).
- , *Propaganda socialista* (Madrid, 1923, ed.).
- , *Reformismo social y lucha de clases* (Madrid, 1935).

- Instituto Nacional de Estadística, *Principales actividades de la vida española en la primera mitad del siglo XX* (Madrid, 1952).
- IRS, *Aplicación de la jornada máxima de ocho horas* (Madrid, 1920).
- , *Crónica de la huelga general de obreros metalúrgicos de Vizcaya. Mayo-agosto 1922* (Madrid, 1922).
- , *Estadística de la Asociación obrera en 1 noviembre 1904* (Madrid, 1905).
- , *Estadística de Asociaciones... en 30 junio 1916* (Madrid, 1917).
- , *Estadística de las huelgas (1909) y resumen estadístico-comparativo del quinquenio 1905-1909* (Madrid, 1911).
- , *Estadística de las huelgas (1914) y resumen estadístico-comparativo del quinquenio 1910-1914* (Madrid, 1917).
- , *Estadística de las huelgas (1919) y resumen estadístico-comparativo del quinquenio 1915-1919* (Madrid, 1919).
- , *Estadística de las huelgas. Memorias de los años 1920, 1921, 1922* (Madrid, 1922-23).
- , *Huelga de los obreros de la empresa de tranvías de Bilbao, 1922* (Madrid, 1923).
- , *Informes de los inspectores del trabajo sobre la influencia de la guerra europea en las industrias españolas durante el año 1915* (Madrid, 1916).
- , *Informes de los inspectores del trabajo sobre la influencia de la guerra europea en las industrias españolas (1917-18)* (Madrid, 1918-19), 3 vols.
- , *Informe referente a las minas de Vizcaya* (Madrid, 1904).
- , *Memorias del servicio de inspección en 1907, 1908, 1909, 1910, 1911, 1912 y 1915* (Madrid, 1908-1917).
- , *Resumen de las informaciones de los inspectores del trabajo acerca de las consecuencias sufridas por las industrias de España con motivo del actual estado de guerra* (Madrid, 1914).
- ISPIZUA, S., *Civilización y progreso. Obreristas vascos* (Madrid, 1930).
- JAMAR, J., *El Fuero de Guipúzcoa. La cuestión social* (Bilbao, 1896).
- JAUNGOIKOAK eta FORUAK (Bilbao, 1896).
- LARA Y PEDRAJAS, A., *La política española en 1906. Del Rey abajo ninguno* (Madrid, 1907).
- LARGO CABALLERO, F., *Mis recuerdos. Cartas a un amigo* (México, 1954).
- , *Presente y futuro de la Unión General de Trabajadores de España* (Madrid, 1925).
- LARRAÑAGA, L., *El libro de Bilbao y sus cercanías* (Bilbao, 1896).
- LAZÚRTEGUI, J., *Ensayo sobre la cuestión de los minerales de hierro* (Bilbao, 1910).
- LERROUX, A., *Mis Memorias* (Madrid, 1963).
- LIZANA, J. M., *Recuerdos* (Bilbao, 1885).
- LLUNAS, J., *Los partidos socialistas españoles* (Barcelona, 1892).
- MAEZTU, R., *Autobiografía* (Madrid, 1962).
- , y colaboradores, *Del espíritu de los vascos* (Bilbao, 1920).
- , *Hacia otra España* (Bilbao, 1899).
- MANTILLA, S., *Un jesuita en las minas. El padre Juan Manuel Obeso en la zona minera de Vizcaya* (Bilbao, 1940).
- MARVAUD, A., *La Question Sociale en Espagne* (París, 1910).
- MEABE, T., *Apuntes de un moribundo* (México, 1963).
- , *Fábulas del errabundo* (Madrid, 1934).
- , *Obras* (Bilbao, 1920).
- Meabe, Tomás, *fundador de la Juventud Socialista* (Valencia, 1937).



- Mitin en Bilbao contra el Tratado de comercio con Alemania* (Bilbao, 1894).
- MELIÁ, J. A., *Pablo Iglesias. Rasgos de una vida íntima* (Madrid, 1926).
- Mensaje de la Asamblea conservadora de Bilbao a don Antonio Maura* (Bilbao, 1913).
- Minas de hierro de la provincia de Vizcaya. Los progresos realizados en esta región desde 1870 a 1899* (Bilbao, 1900).
- Ministerio de Gobernación, *Apuntes para el estudio y la organización en España de las Instituciones de Beneficencia y Previsión* (Madrid, 1909).
- , *Nuevos apuntes para el estudio y la organización en España de las Instituciones de Beneficencia y Previsión* (Madrid, 1918).
- Ministerio de Trabajo, *Estadística de salarios y jornada de trabajo referida al período de 1914 a 1931* (Madrid, 1931).
- , Comercio e Industria, *Estadística de las huelgas. Memoria de 1923* (Madrid, 1925).
- , —, *Estadística de salarios y jornada de trabajo referida al período 1914-25* (Madrid, 1927).
- MORA, F., *Historia del socialismo obrero español desde sus primeras manifestaciones hasta nuestros días* (Madrid, 1902).
- MORATO, J. J., *Líderes del movimiento obrero español (1868-1921)* (Selección, presentación y notas de V. M. Arbeloa.) (Madrid, 1972).
- , *Pablo Iglesias Posse, educador de muchedumbres* (Madrid, 1931).
- , *El partido socialista obrero. Génesis. Doctrina. Hombres. Organización. Desarrollo. Acción. Estado actual* (Madrid, 1918).
- MOROTE, L., *El pulso de España* (Madrid, 1904).
- Nota sobre el acta de Bilbao* (Bilbao, 1893).
- ORUETA, J., *Memorias de un bilbaíno (1870-1900)* (San Sebastián, 1952).
- Partido Socialista Obrero Español, *Convocatoria y orden del día para el XII Congreso del Partido...*, con un breve resumen de la actividad obrera desde abril de 1921 a diciembre de 1927 (Madrid, 1927).
- PÉREZ, D., *Figuras de España* (Madrid, 1930).
- PÉREZ SOLÍS, O., *Memorias de mi amigo Oscar Perea* (Madrid, s. f.).
- , *El partido socialista y la acción de las izquierdas* (Valladolid, s. f.).
- PESTAÑA, A., *Lo que aprendí en la vida* (Madrid, 1934).
- POSSE Y VILLELGAS, J., *El socialismo. Sus hombres. Su organización. Sus procedimientos* (Bilbao, 1912).
- , *La vida social en el País Vasco* (Durango, 1914).
- PRIETO, I., *Con el Rey o contra el Rey* (México, 1972).
- , *Convulsiones en España. Pequeños detalles de grandes sucesos* (México, 1967-69), 3 vols.
- , *De mi vida. Recuerdos, estampas, siluetas, sombras...* (México, 1968-70), 2 vols.
- , *Palabras al viento* (México, 1964).
- , *Pasado y futuro de Bilbao* (Toulouse, 1947).
- QUADRA SALCEDO, F., *Ensayos sobre el renacimiento vasco* (Bilbao, 1917).
- REPARAZ, V., *Vizcaya en la mano. Años: 1902, 1903, 1921* (Bilbao, 1903-1922).
- RODA, D., *La beneficencia en Vizcaya* (Bilbao, 1931).
- ROMANONES, CONDE DE, *Notas de una vida (1868-1901, 1901-1912)* (Madrid, s. f.), 2 vols.

- , *Las responsabilidades políticas del antiguo régimen de 1875 a 1923* (Madrid, s. f.).
- ROTAECHE, R., *Minas de Bilbao* (Madrid, 1926).
- ROYO VILLANOVA, A., *Cuestiones obreras* (Madrid, 1910).
- SÁNCHEZ DE LOS SANTOS, M., *Las Cortes Españolas. Las de 1907* (Madrid, 1908).
- San Sebastián. *Guía editada por el Sindicato de Iniciativa y Propaganda* (Barcelona, 1922-23).
- SANTALO, R., *Guía industrial de Bilbao, 1920* (Madrid, 1920).
- SANTAMARÍA DE PAREDES, V., *El movimiento obrero contemporáneo* (Madrid, 1893).
- SANGRO Y ROS DE OLANO, P., *Crónica del movimiento de reforma social en España* (Madrid, 1923).
- SARRIÁ, J. DE, *Ideología del nacionalismo vasco* (Bilbao, 1918).
- Sesiones de la Diputación Provincial de Vizcaya. Años: 1889-90, 1890-91* (Bilbao, 1890-91), 3 vols.
- SILVELA, F., *Artículos, discursos, conferencias y cartas* (Madrid, 1922-1923), 3 vols.
- Sindicato Obrero Metalúrgico de Vizcaya, *Memoria correspondiente al año 1920* (Bilbao, 1920).
- , *Memoria mayo 1921-marzo 1922* (Bilbao, 1922).
- Sindicato de Obreros Papeleros de la región vasco-navarra, *Memoria correspondiente al primer trimestre de 1921* (Tolosa, s. f.).
- Socialism a l'Etranger, Le* (París, 1909).
- SOLDEVILLA, F., *El año político: 1895, 1896, 1897, 1898, 1899, 1900, 1901, 1902, 1903, 1906, 1910* (Madrid, 1896-1911).
- , *Tres revoluciones: Las Juntas de Defensa, La Asamblea Parlamentaria, La Huelga General* (Madrid, 1917).
- TATO Y AMAT, M., *Sol y Ortega y la política contemporánea* (Madrid, 1914).
- UNAMUNO, M. DE, *Obras completas* (Madrid, 1966-71, ed.), 9 vols.
- VALDOUR, J., *La Vie Ouvrière. L'Ouvrier Espagnol. Observations vecues* (París, 1919), 2 vols.
- VALERA, J., *Estudios críticos sobre historia y política (1892-93)* (Madrid, 1914).
- VALLE, J. DEL, *Mi calle* (Bilbao, 1968).
- VEGA-REY FALCÓ, L., *La cuestión social en España* (Madrid, 1893).
- VERDES MONTENEGRO, J., *De mi campo. Propaganda socialista* (Madrid, 1907).
- VERGARA Y GARCÍA, E., *Datos para la topografía médica de San Salvador del Valle (Vizcaya)* (Baracaldo, 1904).
- VICARIO Y PEÑA, N., *Conciertos económicos de las Provincias Vascongadas* (Bilbao, 1902).
- VILLAVASO, C., *Memoria acerca de la condición social de los trabajadores vascongados* (Bilbao, 1897).
- VIVERO, A., *Antología de las Cortes de 1891 a 1895...* (Madrid, 1913).
- Vizcaya or the life in the land of the Carlists at the outbreak of the insurrection of 1872-73 with some account of the iron mines in the vicinity of Bilbao* (Londres, 1874).
- WEBSTER, N., *The Basques: The oldest people in Western Europe* (Londres, s. f.).
- ZABALA, F., *Los arrabales de Bilbao* (Bilbao, 1929).
- ZANCADA, P., *El obrero en España* (Barcelona, 1902).
- ZUGAZAGOITIA, J., *El asalto* (Madrid, 1930).

- , *Pablo Iglesias. Vida y trabajos de un obrero socialista* (Madrid, 1938, ed.).
- , *Una vida heroica: Pablo Iglesias* (Madrid, 1925, ed.).

## II. FUENTES SECUNDARIAS: ARTICULOS Y LIBROS

- ABAD DE SANTILLÁN, D., *Contribución a la historia del movimiento obrero español* (Puebla, 1962-65), 3 vols.
- AROZAMENA, J. M., *San Sebastián. Biografía sentimental de una ciudad* (Madrid, 1964).
- AZCÁRATE, P. DE, *Gumersindo de Azcárate* (Madrid, 1969).
- BALPARDA, G., *Historia crítica de Vizcaya y de sus fueros* (Madrid, 1924-25; Bilbao, 1933-34), 3 vols.
- Banco de Bilbao, *Un siglo en la vida del Banco de Bilbao. Primer centenario (1857-1957)* (Bilbao, 1957).
- Banco de Urquijo, *La riqueza y el progreso de España* (Madrid, 1924).
- Banco de Vizcaya, *Homenaje a la economía de Vizcaya (1901-1951)* (Bilbao, 1951).
- BENITO MEDROSO, J., «El periodista Sabino de Arana y Goiri» (tesis inédita, Escuela Oficial de Periodismo, Madrid, 1968).
- BENOIST, CH., *Cánovas del Castillo. La Restauration Renovatrice* (París, 1930).
- BLANCO AGUINAGA, C., *Juventud del 98* (Madrid, 1970).
- , «El socialismo de Unamuno, 1894-97», *Revista de Occidente* (Madrid), núm. 41 (1966).
- BUENACASA, M., *El movimiento obrero español, 1886-1926* (Barcelona, 1928).
- Caja de Ahorros y Monte de Piedad Municipal de Bilbao, 1907-1957 (Bilbao, 1957).
- CARAVACA, F., y ORTS-RAMOS, A., *Historia ilustrada de la revolución española (1870-1932)* (Barcelona, 1932).
- CARO BAROJA, J., *Los vascos* (San Sebastián, 1949).
- COLINAS, J. A., *Historia de la Universidad Comercial de Deusto* (Bilbao, 1966).
- CONNELLY ULLMAN, J., *La Semana Trágica. Estudio sobre las causas socioeconómicas del anticlericalismo en España (1898-1912)* (Barcelona, 1972).
- Crónica General del País Vasconavarro* (Bilbao, 1970, ed.).
- DÍAZ DEL MORAL, J., *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas, Córdoba* (Madrid, 1929).
- ECHEGARAY, C., *Compendio de las Instituciones de Guipúzcoa* (San Sebastián, 1924).
- FERNÁNDEZ ALMAGRO, M., *Historia política de la España contemporánea, 1885-1902* (Madrid, 1969, ed.), 3 vols.
- , *Historia del reinado de Don Alfonso XIII* (Barcelona, 1934).
- FLINN, M. W., «British Steel and Spanish Ore: 1871-1914», *Economic History Review*, VIII, núm. 1 (1955-56).
- FRANCOS RODRÍGUEZ, J., *La vida de Canalejas* (Madrid, 1918).
- GARCÍA CARRAFA, A., *Azcárate* (Madrid, 1917).
- GARCÍA MANRIQUE, E., *Eibar. Inmigración y desarrollo urbano e industrial* (Zaragoza, 1961).
- GARCÍA NIETO, J. N., *El sindicalismo católico en España. Notas sobre su origen y evolución hasta 1936* (Bilbao, 1960).
- GARCÍA VENERO, M., *Historia del nacionalismo vasco* (Madrid, 1968, ed.).

- , *Melquiades Álvarez: Historia de un liberal* (Madrid, 1954).
- , *Santiago Alba, monárquico de razón* (Madrid, 1963).
- , *Víctor Pradera* (Madrid, 1943).
- GIRALT, E.; BALCELLS, A., y TERMES, J., *Els moviments socials a Catalunya, País Valencia i les Illes. Cronologia, 1800-1939* (Barcelona, 1967).
- IBÁÑEZ MARÍN, J., *Monumento al General Martínez Campos* (Madrid, n. d.).
- JAMAR, B., *Escritos* (Bilbao, 1896).
- JEMEIN, C., *Biografía de Arana Goiri'tar e Historia gráfica del nacionalismo* (Bilbao, 1935).
- LAMBERET, R., *Mouvements ouvriers et socialistes, Chronologie et bibliographie. L'Espagne, 1750-1936* (París, 1953).
- LASALA Y COLLADO, F., *Última etapa de la unidad nacional. Los Fueros Vascongados en 1876* (Madrid, 1924), 2 vols.
- LOYARTE, A., *Pinceladas de Basconia* (Tolosa, 1905-07), 2 vols.
- , *La vida de la ciudad de San Sebastián, 1900-1950* (San Sebastián, 1950), 5 vols.
- LEQUERICA, J. F., *La actividad económica de Vizcaya en la vida nacional* (Madrid, 1956).
- LLOPIS, R., *Etapas del Partido Socialista Obrero Español* (Toulouse, 1962).
- MARVAUD, A., *L'Espagne au XX<sup>e</sup> siècle* (París, 1913).
- MAURA, duque de, y FERNÁNDEZ ALMAGRO, M., *Por qué cayó Alfonso XIII* (Madrid, 1948).
- MAURÍN, J., *Revolución y contrarrevolución en España* (París, 1966, ed.).
- MICHELENA, L., *Historia de la literatura vasca* (Madrid, 1960).
- MORÓN, G., *La ruta del socialismo en España* (Madrid, 1932).
- MÚGICA, G., *Monografía histórica de la villa de Eibar* (Zarauz, 1956, ed.).
- Obra de Joaquín Adán, La* (Bilbao, 1944), 2 vols.
- ORTEGA Y GASSET, J., *Obras completas. Tomo X. Escritos políticos. I (1908-1921)* (Madrid, 1969).
- ORTEGA Y RUBIO, J., *Historia de la Regencia de María Cristina de Habsbourg-Lorena* (Madrid, 1905), 5 vols.
- ORUETA, J., *Ante el problema regionalista. El País Vasco* (Madrid, 1907).
- OSSA ECHABURU, R., *El Bilbao del novecientos. Riqueza y poder de la ría (1900-1923)* (Bilbao, 1969).
- OYARZUN, R., *Historia del carlismo* (Madrid, 1944, ed.).
- PABÓN, J., *Cambó, 1876-1947* (Barcelona, 1952-69), 3 vols.
- PÉREZ AGOTE, J. M., «Orígenes del capitalismo en Vizcaya», *Boletín de Estudios Económicos* (Deusto), VIII, 1953, núm. 28.
- PÉREZ DE LA DEHESA, R., *El grupo Germinal: una clave del 98* (Madrid, 1970).
- , *Política y sociedad en el primer Unamuno (1894-1904)* (Madrid, 1966).
- PI Y MARGALL, F., *Historia de España en el siglo XIX* (Barcelona, 1902), 7 vols.
- PIRALA, A., *España y la Regencia. Anales de dieciséis años (1885-1902)* (Madrid, 1904-07), 3 vols.
- QUADRA SALCEDO, R., *Calles de Bilbao* (Bilbao, 1961).
- ROLDÁN, S., y GARCÍA DELGADO, J. L., *La formación de la sociedad capitalista en España (1914-1920)* (Madrid, 1973), 2 vols.



- ROMERO MAURA, J., «Urban Working Class Politics in Catalonia, 1899-1909» (tesis inédita, Oxford, 1971).
- ROMEU, F., *Las clases trabajadoras en España (1898-1930)* (Madrid, 1970).
- SABORIT, A., *Asturias y sus hombres* (Toulouse, 1964).
- , *Julían Besteiro* (México, 1961).
- SALAVERRÍA, J. M., *Itinerarios españoles, alma vasca* (Madrid, 1921).
- SÁNCHEZ RAMOS, F., *La economía siderúrgica española. Estudio crítico de la historia industrial de España hasta 1900* (Madrid, 1945).
- SEVILLA ANDRÉS, D., *Canalejas* (Barcelona, 1956).
- TORRENTE, J. A., *Historia de la Bolsa de Bilbao* (Bilbao, 1965).
- TUÑÓN DE LARA, M., *El movimiento obrero en la historia de España* (Madrid, 1972).
- UÑA, J., *Las asociaciones obreras en España. Notas para su historia* (Madrid, 1900).
- VALLINA, P., *Mis Memorias* (Caracas, s. f.).
- VERA, E., *Pi y Margall y la política contemporánea* (Madrid, 1886), 2 vols.
- YBARRA Y BERGÉ, J. DE, *Política nacional en Vizcaya* (Madrid, 1941).

# INDICE ONOMASTICO Y ANALITICO

- Abad de Santillán, Diego, 316n.  
 Acevedo, Isidoro, 252, 253n., 267n., 273 y n., 279n., 284 y n., 285, 293 y n., 301, 304, 307, 311, 332 y n., 367n.  
 Acillona, marqués de, 47n., 244n.  
 Adams, F. D., 17n., 21n.  
 Adán, Joaquín, 363, 401, 420-21, 441n., 459 y n.  
 Adán de Yarza, Mario, 16 y n., 17n., 19n., 20n.  
 Adsuar, 237n.  
 Agrupación Socialista de Bilbao; fundación, 69-70; y elecciones de 1891, 104; y 1 mayo 1891, 119; diferencias internas, 124 y n., 126, 156, 158 y n.; oposición al nacionalismo vasco (1898), 200; y discurso de Unamuno en 1901, 202; y huelgas de 1899, 214-15; íd. 1900, 219; y anticlericalismo, 223-30; afiliados en 1904, 249; antirrepublicanismo, 250-51; coalición con los republicanos (1907), 276-79; y ley del terrorismo, 284; apoyo a unión de izquierdas (1908), 285; escisión Prieto-Perezagua, 350-58; escisión comunista, 431-37; y elecciones de 1923, 480-81 (véase PSOE).  
 Aguado, M., 157.  
 Aguié, J., 178n.  
 Aguilar, general, y huelga de 1890, 91-93, 101, 124, 128; y huelga de 1910, 310-12.  
 Aguilera, Alberto, 87, 157.  
 Alava, 15, 31, 68; 1 mayo 1890, 87; sociedades obreras (1901-03), 211; huelgas (1900), 218; íd. 1910, 313; íd. 1917, 376n. (véase Vitoria).  
 Alba, Santiago, 348, 377 n., 432, 480.  
 Albornoz, Alvaro de, 292n.  
 Aldaco, José, 69, 124, 126, 164n., 165n., 166n., 167n., 168n., 173, 180, 190 y n., 204 y n.  
 Aldama, conde de, 244n.  
 Alfonso XIII, 62n.; y Ramón de la Sota, 112n., 294; y huelga de 1906, 272.  
 Alonso, Facundo, 71; y huelga de 1890, 90, 121, 123n., 157.  
 Alonso, Florentino, 458, 460n., 463.  
 Alonso, R., 278-79.  
 Alonso Colmenares, José, y conflicto minero de 1891, 121-23, 485.  
 Altos Hornos y Fábricas de Hierro y Acero de Bilbao, Sociedad, 26-30, 56, 68, 76; huelga de 1890, 78-79, 90-91, 120; producción en 1891-93, 138-39; íd. 1898-1900, 205-206, 143, 148; huelgas de 1899, 212-217, 259, 269, 271n.  
 Altos Hornos de Vizcaya (AHV), 27-28, 31-32; jornales, 55, 58-59; política social, 76-77; desmovilización obrera, 77-80, 108; creación en 1902, 207, 240; sucesos de septiembre 1911, 324-26, 362-63; huelga de 1916, 366-67, 371, 373n., 402; nueva política laboral y conflictos de 1919-1920, 415-19, 448 y n., 450 y n., 458.  
 Alvarado, coronel, 260.  
 Alvarado, Juan, 270-71.  
 Alvarez, Melquíades, 278, 283 y n., 292, 337-38, 343 y n., 371.  
 Alzola, Pablo de, 22 y n., 26n., 28n., 29n., 31n., 40, 41n., 44n., 47 y n., 67n., 108n., 111n., 114n., 138 y n., 144, 173n., 194, 205 y n., 206n., 207n., 220, 226n., 232.  
 Allende, Antonio, 18, 49n., 50n., 305.  
 Allende, Plácido, 110.  
 Allendesalazar, Manuel, 107, 111, 173n., 423.  
 Aller, D. E., 67n.

- Amuátegui, Aquilino, 179, 314, 339, 366.
- Anarquismo: Primera Internacional en Bilbao, 67; en Vizcaya, 73 y n.; en minas de Vizcaya (1902), 233; y huelga de inquilinos de Baracaldo (1905), 260-61 (véase CNT).
- Anguiano, Daniel, 374n., 430.
- Anitua, Pedro de, 114n., 284n.
- Arambillet, 432n.
- Arana, Mario de, 384, 391, 423.
- Arana y Goiri, Luis, 335.
- Arana y Goiri, Sabino: elecciones de 1898 y orígenes del nacionalismo vasco, 195-201, 203, 225, 226n.
- Arana, T., 244n.
- Arancibia, Juan, 458-59, 479-80.
- Aranzadi, Manuel, 382n.
- Aranzadi, T., 112n., 197n., 275n.
- Araquistain, Luis, 9; sobre Meabe, 246n., 252n., 317-18, 332 y n., 350 y n.; y elecciones de 1918 (Bilbao), 379-80, 391n., 421 y n.
- Arboleda, La: casas mineras, 35-36; hospital minero, 52 y n.; creación de Agrupación Socialista, 72; 1 mayo 1890, 84-87; huelga minera de 1890, 88-92; *id.* 1891, 120-21; *id.* 1892, 127-29; *id.* 1903, 233-37; afiliados al PSOE, 102-103 y n.; votos de Perezagua (1891), 105n.; sucesos de 1 mayo 1896, 135; reclamaciones mineras (1894), 156-57; concejal socialista (1891), 123n.; elecciones locales (1909), 291; crisis en 1914, 359 (véase Huelgas, Minas, Sindicato Minero de Vizcaya).
- Areilza, Enrique, 52, 112n., 197 y n., 220, 275 y n., 428 y n.
- Aréizaga, M., 307.
- Aresti, conde de, 22n., 47 y n., 195, 196n., 383, 402 y n.
- Aritxulueta, 450n.
- Arlandis, Hilario, 471n.
- Armiñán, Luis de, 331.
- Armstrong, Sir W., 17.
- Arrandiaga, J., 225n.
- Arrótegui, M., 111.
- Arrugaeta, Juan, 391.
- Arrúe, hermanos, 252n.
- Arteche, J. M., 108n.
- Arteta, Aurelio, 252n.
- Artigas, 461-63.
- Asociación de Patronos Mineros, 99; protesta por intervención militar en conflictos laborales, 101n., 267; y huelga de 1910, 302-12 (véase Círculo Minero, Huelgas, Minas).
- Astilleros del Nervión, 26-28, 30, 33; jornales, 55, 58-59, 76; huelga de 1890, 90-91, 106; litigio con el Estado, 109n., 139-45, 146-53, 119-20, 132n., 146, 259, 269, 271n., 325, 366-67, 378n.; huelga de la Casa Rivas, 412-14, 417-18, 458 y n.
- Aurrerás, S. A., 29-30, 33, 90, 120, 132n., 139, 258-59, 271n., 363, 366-67, 447.
- Azcárate, Gumersindo de, 288, 303, 339n.
- Aznar, Eduardo, 47 y n., 107-8, 111, 173n.; elecciones de 1918 (Bilbao), 380-82.
- Azpeitia: elección de 1903, 244n.; *id.* 1905, 274n.
- Azqueta, Horacio, 379n.
- Balbás, Tomás, 274n.
- Balparda, Gregorio de, 45n., 220, 295, 335 y n., 383-84, 386 y n., 393-95, 397n., 398-99, 414, 421, 423n., 427, 480, 482.
- Bandrés, 395.
- Baracaldo: industria fabril, 26-31; salarios en AHV (1910), 55; centro fabril, 62; falta de organización obrera, 79-81; votos socialistas (1896-1905), 81 y n.; repercusión de huelga minera de 1890, 89-92; distrito electoral, 104n.; votos de Perezagua (1891), 105n.; Ybarra, diputado (1896-1916), 108; 1 mayo 1891, 120; efectos de la huelga minera de 1892, 128-29; crisis industrial (1891-96), 139-40; *id.* 1921, 446-50; mítines proteccionistas (1894), 143; fracaso socialista (1892), 148; elecciones de 1898, 187; *id.* 1909, 291; *id.* 1910, 296; *id.* 1914, 352-53; *id.* 1910-14, 365n.; *id.* 1918, 378 y n., 386n., 387; *id.* 1919, 395; *id.* 1920, 423-28; *id.* 1923, 481-82; UGT (1900), 211; huelgas de 1899, 212-15; *id.* 1905, 258-61; *id.* septiembre 1911, 324-26; *id.* 1916, 365-67; *id.* 1919-20, 412-19; *id.* 1922, 458-64; población (1910-20), 364 (véase AHV, Sestao, Sindicato Metalúrgico de Vizcaya).
- Barrio Vicente, y coalición con los

- republicanos (1907), 280-82, 286, 290, 347, 370n.
- Barrutia, E., 179.
- Basas Fernández, M., 28n.
- Bascaran, M., 179.
- Basconia, S. A., 28, 30, 80, 137, 238, 363, 366-67, 417-18, 446-47, 458-59, 461n.
- Bascañana, Francisco, 346-47.
- Basterra, Manuel, 71n., 149n., 214.
- Basterra, Mario, 17n.
- Beasain: falta de organización obrera, 179-80; fábrica de vagones, 207.
- Beascoechea, José, 71n., 177.
- Becerro de Bengoa, R., 62n.
- Belausteguigoitia, R., 427.
- Bengoa, P., 278-79.
- Beni, Emilio, 62n., 351, 352n., 357n., 431-32 y n., 436n.
- Bergamín, Francisco, 408.
- Bergé y Guardamino, Ramón, 22n., 47n., 108n., 109n., 110-11, 173n., 241-42 y n., 244n., 290n., 295n., 325 y n.
- Bergé y Salcedo, Ramón, 108, 200n., 335 y n., 383-85, 423-25.
- Bermejo, Ezequiel, 282, 283n.
- Birmingham, Tomás, 297.
- Besteiro, Julián, 371, 428n.
- Bilbao: minas, 15-18; tráfico portuario, 20-21; desarrollo financiero, 21-23; obras del puerto, 24-25; crecimiento urbano, 38-39; insalubridad, 40-44; barrios obreros, 44-47; 1 mayo 1890, 85-92; íd. 1891, 119-20; huelga de 1890, 92-93; íd. y sucesos de 1891, 124-27; huelgas de 1900, 217-18; huelga general de 1903, 238-40; íd. 1906, 268-70; íd. 1910, 307-10; huelgas del puerto (1910-11), 319-22; huelga general de septiembre de 1911, 326-31; íd. 1916, 369; íd. agosto de 1917, 374-75; íd. 8 noviembre 1922, 474 y n.; íd. 23 agosto 1923, 477; elecciones, 107-118; elecciones de 1891, 105-6; íd. 1898, 186-90; íd. 1903, 243; íd. 1909, 290; íd. 1910, 294-96; íd. 1911, 337; íd. 1915, 356; íd. 1918, 377-82; íd. 1920, 425-28; íd. 1923, 481-83; precios (1885-95), 132; precios y salarios (1897-1903), 208-10; carestía (1918-20), 400n.; baja de precios (1921), 450n.; crisis laboral (1891-96), 140-45; emigración (1903-1904), 254; manifestaciones patrióticas (1898), 184 y n.; agitación anticlerical (1903), 227-30; íd. nacionalista (1918), 383-84; íd. comunista (verano 1921), 441-45; población (1897-1900), 208; Ayuntamiento (1912-18), 358n.
- Bizkaitarrismo: véase nacionalismo vasco.
- Blanco Aguinaga, C., 161n.
- Blasco Ibáñez, V., 222.
- Bolckow, Vaughan y Cía., 17.
- Buenacasa, M., 73n., 316n., 328n., 473n.
- Bujedo, Benito, 96n., 305.
- Bullejos, José, 437, 439-40 y n., 441n., 453 y n., 454n., 455-56 y n., 466n., 469, 477.
- Bustingorri, Francisca, 71n.
- Buylla, José, 481 y n.
- Cabello, Remigio, 278.
- Cabo, Pedro, 354-56, 366.
- Calbetón, Fermín, 278, 297, 378n.
- Calderón, Abilio, 463-64.
- Calvo Sotelo, José, 478n.
- Cámaras de comercio, movimiento de las, 192-94.
- Cambó, Francisco, 376n., 377-78 y n.
- Camiruaga, Angel, 35.
- Canalejas, José, 291-92; agitación católica y huelga minera de 1910, 297-302, 306, 310-12; y huelgas de 1911, 322, 327-31, 336n., 347.
- Cánovas del Castillo, A., 107n., 119, 131 y n., 141, 143, 145.
- Cappa, brigadier, y huelga de 1890, 90-93.
- Carabias, Julio, 400n.
- Carbonell, Rafael, 240.
- Carlismo (y carlistas) en elecciones de Bilbao, 110 y n.; posible apoyo a Martínez Rivas, 111; en distritos obreros de Bilbao, 115-16 y n.; y elecciones de Bilbao de 1893, 154n.; íd. 1895, 158n.; íd. 1910, 295-96; apoyo a Arana en 1898, 195; política católica (1903), 227; resurgimiento en Bilbao en 1903, 243-44; agitación foralista y bloque católico (1906-1907), 274, 276-77; apoyo a Ybarra en 1907, 284; y coalición de derechas de Bilbao (1911), 353-57; crisis de 1919, 385n.
- Carrera, Segundo, 71n.



- Carreras, Las; Agrupación Socialista, 74n.; afiliados al PSOE, 103n.
- Carreras Candi, F., 17n., 20n., 22n., 23n., 39n., 53n., 77n., 178n., 179n., 180n., 208n., 254n., 359n.
- Carretero, Felipe, 46n., 69, 71n., 86, 98 y n., 101, 124n., 126, 135, 173, 188, 203 y n., 221, 227-28, 231, 240, 268, 270, 273, 275, 278, 339n., 345, 353-55, 389-90, 445.
- Carretero, Luciano, 69, 123n., 124n., 126, 177.
- Carro, Leandro, 366, 402 y n., 412, 415, 431, 438, 439n., 441, 451 y n., 452-53, 460n., 461n.
- Casa Torres, marqués de (J. M. Lizana), 108-9, 173n.
- Castaños, Rufino, 475n.
- Castiella, Jorge, 40, 46n.
- Castrovido, R., 197 y n., 200, 202, 223.
- Católicos (actividad política de los grupos católicos): católicos-fueristas, 110-14, 195; fuerza política en Vizcaya, 225-26; coalición católica en Bilbao (1903), 244; círculos obreros de Bilbao, 265-66; política foralista (1906), 273-74; bloque católico, 276-79; apoyo a F. Ybarra en 1907, 284; y elecciones 1910, 294-96; contra Canalejas, 297-98; y elecciones de 1920 (Bilbao), 426-27 (véase A. y J. M. Urquijo).
- Cerezo, Claudio, 71n., 221, 240, 262, 287.
- Cervera, almirante, 148.
- Cienfuegos, E., 348.
- Siges Aparicio, M., 332n.
- Círculo Minero, y conflicto minero de 1891, 121-23, 129, 172, 188, 228, 234, 241 (véase Asociaciones de Patronos Mineros, Huelgas, Minas).
- Clemenceau, 280.
- Codina, J., 282n.
- Comunión Nacionalista Vasca: véase nacionalismo vasco.
- Comunistas: véase Partido Comunista.
- Conard, P., 291n.
- Confederación General del Trabajo (CNT): orígenes, 316; y sucesos de septiembre de 1911, 323-26, 328; agitación contra la carestía, 367 y n.; y huelgas de agosto de 1917, 370-77; ofensiva sindicalista en Vizcaya (1919-20), 411-19; pacto con UGT en 1920, 421-22, 425; en Guipúzcoa, 446n., 473 y n.; y grupos comunistas, 471-74.
- Conjunción Republicano-Socialista, 288-91; y elecciones de 1910, 294-98; e intervención en Marruecos, 318-19; y huelgas de septiembre de 1911, 324-32; crisis 1911-12, 337-39; ruptura, 424-25, 429 (véase Republicanos y PSOE).
- Conservadores (y política de Vizcaya): contactos con nacionalismo vasco (1907), 112 y n.; política católica y fuerista, 111; partido conservador de Vizcaya (1910), 294-96; y coalición de derechas (1911), 335-337 (véase Monárquicos, Liga de Acción Monárquica, Maurismo).
- Cooperativas: en Eibar, 467-68.
- Cordero, Manuel, 367n.
- Cordoncillo, Ramón, 376n.
- Cortezón, E., 460n., 461n.
- Cos Gayón, Antonio, 171-72, 174.
- Cuba, guerra de; política socialista frente a, 182-86.
- Chalbaud, Pedro, 112n.; y elecciones de 1910, 294-96; id. 1918, 380-82; id. 1919, 396.
- Chantres, Jesús, 463.
- Chávarri, Benigno, 47n., 107-8, 110, 385n.
- Chávarri, José María, 108, 418 y n.
- Chávarri, Víctor, 18, 22n., 25n., 26, 28, 42, 47n.; y elecciones de 1891, 105-6; y elecciones en Vizcaya, 106-118, 122-23, 136; política proteccionista, 140-45, 149n., 168; y elecciones locales de 1897, 173-74, 176, 186, 188, 194-95, 201, 207, 243.
- Chena, R., 282n.
- Churruca, A., 20n.
- Churruca, Evaristo de, 24, 47n.
- Dato, Eduardo, 101n., 113n., 215, 350, 447.
- Dávila, Bernabé, 270-71.
- De Antonio, Nicolás, 350n., 360n.
- De Francisco, Enrique, 180, 314-15, 366, 395-96, 401, 406-7 y n., 409 y n., 430, 437, 446n., 452 y n.
- Del Río, Carlos, 35n., 37n., 61n., 272n.
- Del Río, José, 366.

- Delgado, M., 96n., 299, 360.  
 Díaz, Goyo, 439n.  
 Díaz del Moral, J., 137n.  
 Díez, Galo, 446n., 473 y n.  
 Diputación de Vizcaya, y huelga minera de 1891, 121-23; íd. 1906, 267-72.  
 Doce, Santiago, 262n.  
 Domenech, F., 76n., 253n., 277n., 278n.  
 Domingo, Marcelino, 389, 396, 478.
- Echaluze, J. M., 447n.  
 Echegaray, Carmelo de, 113n., 197n.  
 Echevarría, S. A., 28, 30, 363, 366n., 415 y n.  
 Echevarría, Federico, 25, 47 y n., 110, 113, 114n., 480.  
 Echevarría, Mariano de, 40 y n., 41n., 44n., 45 y n.  
 Echevarría, Toribio, 468n.  
 Echevarrieta, Cosme, 18, 47 y n., 170.  
 Echevarrieta, Horacio, 229, 284n.; y elecciones de 1920, 292-96, 304, 309, 324; condena de huelgas de 1911, 336-38, 343 y n.; y elecciones de 1914, 351, 353, 357, 361n.; y huelga de 1917, 379n., 380, 405 y n. (véase Conjunción Republicano-Socialista, Republicanos, Elecciones).  
 Echeverría, Bonifacio, 178n.  
 Egaña, Doroteo, 71n.  
 Egocheaga, Eladio Fernández, 316 y n., 341, 346-50.  
 Eguillor, Pedro, 220.  
 Eibar: Agrupación Socialista, 177-79; industria armera, 177-79; producción de armas (1895-1902), 207-8; afiliados al PSOE (1905), 249; elecciones locales (1909), 291; íd. 1911, 337n.; organización obrera en 1920, 400-401; votos socialistas (1919-23), 400-1; votos socialistas (1919-23), 47, 450n., 466-67; cooperativas obreras, 467-68.  
 Elecciones generales: Baracaldo (1896-1905), 81 y n.; Bilbao, Valmaseda (1891), 104-6; Bilbao (1896), 168 y n.; íd. 1898, 186-90; íd. 1903, 226; íd. 1905, 262-63; íd. 1907, 283-84; íd. 1914, 350-51, 357; País Vasco (1918), 377-82; Vizcaya (1920), 423-28; Vergara (1923), 468 y n.; Vizcaya (1923), 478-83.
- Elecciones municipales: Bilbao (1891-1903), 110n.; Bilbao (1891), 115 y n.; en distritos obreros de Bilbao, 116n.; Bilbao (1895), 158; íd. 1897, 173; íd. 1899-1901, 201; íd. 1901, 221; íd. 1903, 243; País Vasco (1911), 335-37; íd. 1917, 377-78; íd. 1909, 290-91; Bilbao (1909), 290, 295; íd. 1915, 356; Bilbao (1922), 478 y n.  
 Elecciones provinciales: Valmaseda (1913), 342-43; íd. 1921, 445; Bilbao (1915), 355-56; íd. 1923, 482; Vizcaya (1898), 195-96; Bilbao (1907), 278-79.  
 Eleizalde, L. de, 196n.  
 Elorrieta, Octavio, 479-81.  
 Elósegui, J., 274n., 298n., 379.  
 Epalza, Enrique, 42, 43n., 44 y n., 46.  
 Epalza, Tomás J. de, 112n.  
 Erquiaga, M., 179.  
 Estados Unidos, guerra con los, 184n., 185-86.  
 Euskalduna, Cía. de Construcción y Reparación de Buques, 26, 30, 112, 207, 271n., 336n., 363, 366n., 416, 418, 458n.  
 Euskalerría, Sociedad, 111; euskalerrriacos, 195n.  
 Eza, vizconde de, 374n.
- Fabra Ribas, A., 220 y n., 281, 339, 341.  
 Federación Nacional de Ferrovíarios, 346-47, 349.  
 Federación Nacional de Mineros, 331; y huelga de Riotinto (1913-14), 346-50.  
 Federación de Obreros Mineros de Vizcaya, y huelga de 1910, 298-99; afiliados en 1914-16, 360; y crisis de 1914-16, 360-61; expulsión de Perezagua, 363n. (véase Minas, Huelgas, Sindicato Minero de Vizcaya).  
 Federación Local de Sociedades Obreras (Bilbao): orígenes, 69, 74-75; afiliados en 1900, 211n.; íd. en 1903-1904, 244 y n.; íd. 1911-12, 336; crisis de trabajo (1904), 254; y huelga minera de 1906, 268-69; íd. 1910, 301-2; íd. septiembre 1911, 328-31 (véase PSOE, UGT).  
 Federación Socialista Vascongada, y escisión comunista, 431-32; y elecciones de 1923, 481 (véase PSOE).  
 Federación Socialista Vizcaína: orí-

- genes, 71-74; afiliados en 1903, 102-103; política anticlerical, 227; y *Semana Trágica*, 288; y escisión de Perezagua (1915), 354-56 (véase PSOE, Perezagua, Prieto).
- Fernández, Evaristo, 430.
- Fernández Almagro, M., 101n., 298n., 319n., 331n., 347n., 370.
- Fernández Blanco, R., y primero de mayo de 1890, 83 y ss.; y huelga minera de 1890, 93.
- Fernández Larrain, S., 94n., 120n., 162n., 163n.
- Ferrer, Francisco, 289.
- Figueroa, 453.
- Filipinas, guerra de, 183.
- Flinn, M. W., 18n.
- Ford, Francis C., 57n., 86n., 93n.
- Forges et Fonderies de Montetaire, S. A., 18n.
- Francia, Benito, 268.
- Franco-Belga de Minas, S. A., 18 y n., 23, 26, 59, 60n., 88, 133, 135, 172, 270n., 272, 322-23, 359 y n., 361n., 405.
- Franco Rodríguez, J., 269n., 297n., 331n.
- Fresnedo, I., 46n., 202n.
- Fresno, F., 439.
- Fuerismo: agitación fuerista en 1893, 140-41 y n.; Liga Foral, 273-74.
- Galán Eguizábal, F., 75n., 146n., 264n., 317n., 350n.
- Galdames: cuenca minera, 15-17; hospital minero, 52; huelga minera de 1890, 92; íd. 1903, 238 (véase Minas, Huelgas).
- Galdós, Benito Pérez, 202n., 288-89.
- Galma, F., 426.
- Galván, 463.
- Gallarta: hospital minero, 52; Agrupación Socialista, 74n.; huelga minera de 1890, 88-89; íd. 1903, 235; íd. 1922, 456-58; afiliados al PSOE (1903, 1921), 103n.; UGT (1900), 211; concejal socialista (1897), 173n. (véase Minas, Huelgas, Sindicato Minero de Vizcaya).
- Gamazo, Germán, 141n.
- Gandarias, Juan T., 108, 173n., 295, 385n., 418.
- Gandarias, Pedro P., 18, 22n., 26, 28, 42, 47n., 122.
- Gárate, Anitua y Cía., 178n.
- García, Cipriano, 367.
- García, Ernesto, 476.
- García Cortés, Mariano, 263-64; oposición a coalición con los republicanos, 280-82, 289, 307, 311-12, 315-316, 339, 341, 370n., 430.
- García Delgado, J. L., 364n., 368n., 400n.
- García Manrique, E., 178n., 208n.
- García Nieto, J., 336n.
- García Ogara, R., 274n.
- García Prieto, Manuel, 478.
- García Quejido, Antonio, 104, 156-57, 209; y alianza con republicanos (1903), 230-31, 287, 290, 315.
- García Venero, M., 225n., 292n., 336n., 338n.
- Gasset, Rafael, 283n.
- George, Henry, 131.
- Goénaga, 21.
- Goitia, Francisco, 143n., 274n.
- Goldaracena, Benito, 111n., 220.
- Gómez, Gumersindo, 40 y n., 41n.
- Gómez, Manuel; política laboral de AHV, 417; asesinato de, 445-46n.
- Gómez, Paulino, 382, 474n.
- Gómez, Víctor, 476n.
- Gondra, A., 466.
- González, Virginia, 248 y n., 367n.
- González Portilla, M., 21n., 133n.
- González Rothvoss, M., 254n.
- Goyoaga, J. L., 67n., 383, 418, 427, 482.
- Gracia, Juan, 430.
- Guardiola, Luis, 93n.
- Guernica: agitación fuerista (1893), 141n.; distrito de Gandarias, 108; elecciones de 1910, 295; íd. 1923, 479-80.
- Guesde, Jules, 70, 251n., 252.
- Guiard y Larrauri, T., 28n., 39n.
- Guillar, Pedro, 430.
- Guillén, A., 469n.
- Guipúzcoa, 15, 68; 1 mayo 1890, 87; íd. 1891, 120; movimiento obrero, 176-81, 211, 313-14, 400-401, 468-69; industrialización, 180-81; expansión industrial tras 1898, 207; influencia de la Primera Guerra Mundial, 363-65; crisis industrial de 1921, 446-50; baja de precios (1921), 450n.; huelgas en 1900-1902, 218; íd. 1910-12, 313-14; íd. 1916-17, 368-69,

- 375-76; íd. 1919-1920, 403, 407-9, 410-11 y n.; elecciones de 1905, 274 y n.; íd. 1918, 378; votos socialistas (1919-23), 403n. (véase San Sebastián, Eibar).
- Gutiérrez, E., 460n.
- Guzmán de la Vega, 364.
- Guzmán, Enrique, 414n., 430.
- Harrison, R. Joseph, 54n.
- Hautes Fourneaux et Forges de Denain et D'Anzin, S. A., 18n.
- Hernández, Valentín, 71n., 150, 155n.; director de *La Lucha de Clases*, y Unamuno, 158-68; y nacionalismo vasco, 148n.; anticlericalismo, 223.
- Hernández de Velasco, general, 240.
- Hernández Zancajo, Carlos: sobre Meabe, 247n.
- Hernani: paro de 24 horas (1920), 387-88.
- Hernani, duque de, 468n.
- Hobsbawn, E. J., 98n.
- Horn y Areilza, José, 112.
- Hoyos y Vinent, A., 443n.
- Huelgas: en Vizcaya antes de 1890, 67-68; minera de 1890, 88-94; violencia en huelgas mineras, 95-101; minera de 1891, 120-23; íd. de 1892, 127-30; disminución de huelgas en 1893-99, 136; en Casa Quintana (Eibar, 1897), 178 y n.; en Altos Hornos (1899), 212-16; en 1899-1903, 217-18; minera de 1903, 229-42; en minas (1902), 233; nacional (1905), 257-58; disminución de huelgas en 1904-1909, 263-64; minera de 1906, 264-72; íd. 1910, 300-12; en España (1910-14), 313; en verano de 1911, 321-34; minera de Riotinto (1913-14), 346-50; nacional de ferroviarios (1912), 347; metalúrgica de 1916, 366-67; de ferroviarios (1916), 367; en 1916-17, 368-69; de agosto de 1917, 369-77; metalúrgica de 1917, 371-73; íd. 1919-20, 412-19; íd. 1922, 458-64; en Guipúzcoa (1919-20), 403; general en Guipúzcoa (mayo de 1920, 407-409; en el País Vasco (1918-20), 411n.; del puerto de Bilbao (1920), 419-21; minera de 1922, 454-58; íd. 1923, 475-77; de tranviarios de Bilbao (1922), 474-75.
- Hulleras de Turón, 25n.
- Ibáñez, Dionisio, 123n.
- Ibáñez, Jesús, 471n.
- Ibarreche, Gregorio de, 112.
- Ibárruri, Dolores, 382 y n., 439n.
- Iberia, S. A., 27-28, 30, 120, 259, 458.
- Ibero, G., 278n.
- Iglesias, hermanos, 456.
- Iglesias, Pablo, 65-66, 82 y n., 100, 102; y elecciones de Bilbao (1891), 104-106; íd. 1891-1907, 114n.; íd. 1898, 187-89, 107n., 113 y n., 115; oposición a huelga general (1891), 118-19, 127, 130, 136, 160, 162n., 168n., 170-71, 175-76, 192-93, 204n., 212, 220 y n., 221 y n., 222, 224, 232, 234, 237, 242, 245, 250, 252 y n., 262-63; 267, 273 y n., 278 y n., 283-84, 287, 289, 291-94, 311, 318, 324, 329, 332, 338-41, 348, 350, 353, 356, 371, 373n., 376n., 428n.
- Industria (Guipúzcoa), 180-81; expansión tras 1898, 207-208; expansión en 1914-18, 363-65; crisis de 1921, 446-50 (véase Guipúzcoa, San Sebastián, Huelgas, Eibar).
- Industria (Vizcaya), 21-31; condiciones laborales, 53-60; desmovilización obrera en sector metalúrgico, 79-81; crisis de 1891-96, 137-45; naviera, 207; expansión tras 1898, 206-208; íd. 1914-18, 363-65; crisis de 1921, 446-50 (véase AHV, Baracaldo, V. Chávarri, Minas, Sestao).
- Integristas, 110n., 195 y n.; peregrinaciones en Bilbao (1903), 227; bloque católico (1907), 276-77; y elecciones de 1910, 294-96 (véase Católicos, A. y J. M. Urquijo).
- Iturbe, Melquíades, 214.
- Izard, M., 132n., 137n.
- Jáuregui, 67n.
- Jaurès, Jean, 251n., 252.
- Jiménez, Juan Ramón, y Meabe, 252n.
- Jouhaux, L., 370n.
- Juventud Republicana (de Bilbao): aproximación a Juventud Socialista (1903), 232, 245, 249-51, 277.
- Juventud Socialista: colaboración con Juventud Republicana de Bilbao, 245, 249-51, 277; orígenes (1903-1904), 248-51; diferencias con Agru-



- pación Socialista (Bilbao), 250-51; y escisión comunista, 430-31, 436-40.
- Labarga: Agrupación Socialista, 74n.; votos de Perezagua (1891), 105n.
- Lacomba, J. A., 370n.
- Lacort, Angel, 447 y n., 452-53n.; y huelga metalúrgica de 1922, 458-64 y n., 466 y n., 470 y n., 474n.
- Lafargue, P., 70.
- Laguardia: agitación fuerista, 141n.; elección de 1903, 244n.
- Laiseca, Rufino, 275n., 278, 307; alcalde de Bilbao, 409, 419 y n., 420, 437.
- Lámbarri, E., 389 y n.
- Lamonedá, Ramón, 316, 341 y n., 430, 452n.
- Lanchares, J., 78n.
- Landecho, L. de, 67n.
- Largo Caballero, Francisco, 255, 263n., 287; y huelga de 1910, 307-308; y Perezagua, 311-13, 349, 371, 374n., 376n., 377n.
- Larrañaga, L., 21, 23n., 39n.
- Larrauri, Alipio de, 279n.
- Larraz, 456n.
- Lascurain, A., 447n.
- Lasheras, D., 221.
- Lazúrtegui, Julio, 17n., 20n., 22 y n., 23n., 24 y n., 29n., 53n., 77n., 178n., 179n., 180n., 208n., 254n., 359n., 362n., 363 y n., 399-400 y n.
- Ledesma, gobernador civil de Vizcaya (1923), 479-80.
- Leguina, Gaspar, 162, 169.
- Lequerica, José Félix, 143n., 383, 385, 397-98, 482n.
- Lerroux, A., 169, 250, 265, 289, 294n., 371, 383, 394, 478.
- Leyún, 382n.
- Lezama Leguizamón, M., 18, 22n., 47, 279 y n.
- Liberales (Vizcaya): coalición liberal de Bilbao, 110; votos en 1893, 154; y elecciones de 1897, 173 y n.; votos de 1891 a 1903, 110n.; pactos con fuerzas no dinásticas, 111-12; derrota en 1903, 243, 294-96; y coalición de derechas (1911), 335-37 (véase G. Balparda, Monárquicos, Liga de Acción Monárquica, V. Chávarri).
- Liga de Acción Monárquica: carácter españolista, 384-87; elecciones de 1919, 393-97, 418; elecciones de 1920, 423-28; id. 1923, 479-82 (véase G. Balparda, R. Bergé Salcedo).
- Liga Vizcaína de Productores, 145n. (véase V. Chávarri).
- Lilí, Ramón M., 113n.
- Loma, general, 19, 35n.; y huelga de 1890, 91-94; «pacto Loma», 93, 121-123, 299; 100, 119, 123, 125, 128, 485.
- López, Lorenzo, 71n.
- López Ballesteros, 271.
- López Domínguez, J., 141n., 270-71, 276.
- López González, gobernador civil de Vizcaya (1903), 228.
- López Llovera, G., 456.
- Lorenzo, Anselmo, 67 y n.
- Lorenzo, César M., 73n., 473n.
- Loyarte, A., 197n.
- Luchana Mining Co., 17-18, 23, 359 y n., 405, 447.
- Luengo, Alejo, 350n.
- Llaneza, Manuel, 38 y n., 58n., 348-50, 367n.
- Llorente, 296.
- MacLennan, J., 88.
- Madariaga, Ramón, 296, 338, 362n., 365n.
- Madinabeitia, José, 227, 248, 276, 319n., 323, 333, 366, 370n., 389-91.
- Maestre, gobernador civil de Vizcaya (1896), 171.
- Maestre, J., 309.
- Maeztu, Gustavo de, 252n.
- Maeztu, Ramiro de, 21 y n., 25 y n., 39 y n., 44 y n., 49 y n., 50 y n., 61-63 y n.; sobre socialismo en Bilbao, 94; y anulación de elecciones de 1897, 174 y n.; y nacionalismo vasco, 200 y n.; sobre discurso de Unamuno en Bilbao (1901), 202 y n., 206n., 230, 241n., 334n.
- Mairal, A., 445.
- Malatesta, E., 73.
- Mallada, Lucas, 31, 32, 37n., 52.
- Manzanares, A., 469 y n.
- Mañé y Flaquer, J., 28n., 62n.
- Maragall, J., 39n.
- Marín, Rafael, 473n.
- Marquina: elección de 1903, 244 y n.
- Marruecos, guerra de: Conjunción

- Republicano-Socialista y conflicto de Marruecos, 318-19; sucesos de septiembre de 1911, 319, 326-29.
- Marsall, 125-26.
- Marticorena, I., 378n.
- Martínez, Lucio, 307-308.
- Martínez, Vicente, 96n., 234-37.
- Martínez Carmona, J., 103n., 405n.
- Martínez de las Rivas, Francisco, 107.
- Martínez de las Rivas, José M., 18, 26, 59; y huelga de 1890, 93; y elecciones de 1891, 105-106; y elecciones de Vizcaya, 107-18, 139n., 142, 145 y n., 149n., 168n., 170; y elecciones de 1898, 187-89, 194, 309, 325, 366, 373n.
- Martínez Rodas, F., 22n., 107-108, 173n.
- Marvaud, A., 50 y n., 55 y n., 56n., 94n., 97n., 249n., 266n.
- Marx, C., 70 y n.
- Maura, Antonio, 29, 101n., 108n., 109n., 110n., 112n., 113, 200n., 241-42 y n., 244n., 274n., 280, 285, 287-89, 291, 294, 295n., 298n., 325 y n., 335 y n., 402 y n., 424-25 y n.
- Maura, duque de, 101n.
- Maurín, Joaquín, 471n.
- Maurismo (Vizcaya), 108, 112 (véase R. Bergé Salcedo, Conservadores, Liga de Acción Monárquica, Monárquicos, F. Ybarra).
- Mayor, Pedro, 98n.
- Mazarrasa, 244n.
- Meabe, Santiago, 223.
- Meabe, Tomás: crítica del nacionalismo vasco, crisis personal y anticlericalismo, 223-27, 231, 237n., 242; ideas socialistas, 245-47; y Juventud Socialista, 248-49; contactos con intelectuales, 252n., 257, 323, 355-56.
- Meliá, J. A., 187n., 339n., 340n.
- Méndez Núñez, J., 439n.
- Menéndez Pallarés, E., 284n.
- Menéndez Pelayo, M., 113n., 197n.
- Menjón, 42.
- Mercadal y Alonso, J. B., 71n.
- Merino, Fernando, 107n.; y huelga minera de 1910, 302-307.
- Merodio, Felipe, 71n., 173, 215, 221, 240, 268, 270, 273, 391, 437, 445.
- Meyers, 413.
- Migoya, Ulpiano, 220, 414.
- Minas (Vizcaya): descripción, 15-17; aldeas y barracones mineros, 32-38; condiciones laborales, 48-55, 57-60; organización sindical, 98-99; hospitales, 52; coste de la vida (1903-1907), 253; crisis de 1914-16, 358-60; contratos colectivos y salarios (1914-20), 405 y n.; crisis de 1921, 446-50 (véase Huelgas, Sindicato Minero de Vizcaya).
- Mira, E., 473.
- Miralles, gobernador civil de Guipúzcoa (1920), 407-409.
- Mogrovejo, Nemesio, 252n.
- Molina, Fernando, 144.
- Molina, gobernador civil de Vizcaya (1917), y huelga metalúrgica de 1917, 372-73.
- Mondragón: falta de organización obrera, 180.
- Monárquicos (grupos políticos locales): falta de base electoral, 109-10; pactos locales con fuerzas antidinásticas, 110-18; y política en Vizcaya, 110-18; y elecciones de 1898 (Bilbao), 196 y n.; derrota en 1903, 243; reacción antinacionalista (1919), 383-87 (véase G. Balparda, Conservadores, V. Chávarri, Liberales, Liga de Acción Monárquica, Maurismo, Piña, F. Ybarra).
- Mora, Francisco, 186, 303-304, 306, 311.
- Morato, J. J., 9, 65n., 66n., 73n., 159n., 187n., 219, 220n., 241n., 249n., 257 y n., 316n., 331n., 339n., 346, 370n., 371n.
- Morena, M. de la, 47n.
- Moret, Segismundo, 66, 109; y tratados comerciales (1893), 142-43; y Conjunción Republicano-Socialista, 289, 292-93, 298-99.
- Moriones, E., 277n.
- Morizet, A., 258n., .
- Morote, Luis, 57n., 231n., 269n.
- Música, Pedro de, 162n., 163n.
- Música, S., 208n.
- Musques, San Julián de: afiliados al PSOE (1902, 1921), 103n.
- Nacionalismo vasco: apoyo a J. M. Urquijo en elecciones de 1903, 111; contactos con monárquicos, 112 y n.; y agitación fuerista de 1893,

142n.; íd. 1906, 274; íd. 1917, 377n.; íd. 1918, 384; y elecciones de 1898, 195; íd. 1910, 294-96; íd. 1913, 342-44; íd. 1918, 377-78; íd. 1920, 423-28; íd. 1923, 479-82; carácter antisocialista, 197-200; en zonas rurales, 200n.; votos en Bilbao (1899-1901), 201; política católica, 227, 244; y bloque católico (1907), 276-77; apoyo a F. Ybarra (1907), 284n.; y coalición de derechas (1911), 335-37; y huelga de agosto de 1917, 377; íd. muelle de Bilbao (1920), 420-21; crisis interna, 343n., 423-28, 479n., 481n.

Nadal, J., 29n., 30n., 33n., 138n.

Nájera, Simón, 71n., 221.

Nakens, José, 222.

Navarro Reverter, Juan, 144, 145n.

Nardiz, V., 479n.

Nin, Andrés, 471 y n.

Nougués, Julián, 307.

Novella, gobernador civil de Vizcaya (1911), 321-23, 327, 331.

Núñez, Ramón, 37n., 50n., 266n., 282n., 360n.

Núñez de Arenas, Manuel, 341, 430.

Núñez Tomás, F., 75n., 146n., 264n., 317n., 350n.

Ocio, Enrique, 351, 352.

Olabuénaga, F., 258n.

Orbe, Rufino, 351n., 426 y n.

Orbe, Timoteo, 162 y n., 163 y n., 164n., 165 y n., 166n.

Orconera Iron Ore Co., 18 y n., 23, 25, 88, 127, 206n., 233n., 270n., 272, 305, 322-23, 359 y n., 361n., 405.

Ormaechea, R., 263n.

Orte, Manuel, 71n., 123n., 127, 168.

Ortega y Frías, Santos, 212.

Ortega y Gasset, José: Meabe y, 252n., 285-86, 291 y n.

Ortega y Rubio, J., 141n.

Ortiz, Alvaro, 166n.

Ortiz, L., 463.

Ortiz, Ricardo, 305.

Ortuela: chabolismo, 36; Agrupación Socialista, 71, 74n.; afiliados al PSOE (1903, 1921), 103n.; votos de Perezagua (1891), 105n.; sucesos de 1898, 187-88 (véase Huelgas, Minas, Sindicato Minero de Vizcaya).

Orueta, José, 39n., 61n., 195n., 196n., 274n.

Ossa Echaburu, R., 112n., 364n., 450n.

País Vasco: industrialización, 15 y ss.; sociedades anarquistas, 68; resurgimiento fuerista (1893), 140-41 y n.; desarrollo industrial tras 1898, 205-208; política católica, 243-44, 276-79; campaña fuerista (1906), 273-74; íd. 1917, 377n.; elecciones de 1910, 296-97; íd. 1918, 377-78; íd. 1920, 409; malestar laboral, 313-14, 368-69; prosperidad económica (1914-18), 362-65; crisis industrial (1921), 446-50; PSOE y escisión comunista, 430-31, 435 (véase Alava, Guipúzcoa, Vizcaya).

Palacio, Alberto, 40 y n., 41n., 44n., 45 y n.

Palacios, Leopoldo, 461-64.

Pamplona: elección de 1918, 378, 382n.

Papelera Española, 207, 314-15, 364, 446, 450-51 y n.

Parera, M., 59n.

Parro, Mariano, 96n.

Partido Comunista (y comunistas): creación, 434-40; agitación en Bilbao (verano de 1921), 441-45; y crisis industrial de 1921, 453-54; y huelgas de 1922, 454-68; expulsión de la UGT, 470-71; aproximación a CNT, 471-74; atentados, 474-75; votos en Bilbao (1923), 475 y n.; y huelga minera de 1923, 475-77.

Partido Conservador: véase Conservadores.

Partido Liberal: véase Liberales.

Partido Nacionalista Vasco: véase Nacionalismo vasco.

Partido Socialista Obrero Español (PSOE, y socialistas), 65, 68; orígenes en Vizcaya, 71-74; base sindical, 79-81; y huelga de 1890, 92; íd. 1911, 329-32; íd. 1917, 370-77; íd. 1922, 454-68; íd. 1923, 476-77; política laboral, 172-73, 219, 220-21, 347-50, 404-407; fuerza electoral, 114-18, 136, 153, 201, 205 y n., 221, 244-45, 262, 409; en minas de Vizcaya, 102-104; en Guipúzcoa, 177-81; afiliados en el P. Vasco (1921), 438n.; Con-

- greso de 1890, 104; íd. 1905, 263; íd. 1908, 282-83; íd. 1912, 339-41; íd. 1915, 356; íd. 1919-21 (ala izquierda y escisión comunista), 429-40; fraude electoral, 117-18; y anulación elecciones de 1897, 174-76; y crisis industrial (1891-96), 146-52; íd. 451-53; y republicanos, 168-69, 230-32, 278-79, 279-86; y guerra de Cuba, 171, 182-86; y crisis de 1898, 191-93; y nacionalismo vasco (y autonomía regional), 197-98, 275-76, 386-90, 390-92; política educadora, 219-20; y anticlericalismo, 221-22; Juventud Socialista, 248-51; crisis interna de 1904-1906, 264-66; expulsión de Perezagua, 356; escisión de 1921, 434-40; y Conjunción Republicano-Socialista, 288-91 (véase Agrupación Socialista de Bilbao, Federación Socialista, Juventud Socialista, Elecciones, F. Perezagua, I. Prieto).
- Pasajes: huelga metalúrgica (1920), 403; íd. general (1920), 407-409.
- Pascual, Toribio, 69, 71n., 85, 161n., 162n., 173, 188, 203, 221, 262 y n.
- Patronato San Vicente de Paul, 265-66.
- Payne, Stanley, 200n.
- Peña, 305.
- Peñafiel, 251.
- Perdel, J., 281n.
- Pérez, Dionisio, 242n.
- Pérez, José, 37n., 38n., 48n., 50 y n., 235, 253n., 267.
- Pérez de Ayala, R., 291.
- Pérez de la Dehesa, R., 159n.
- Pérez Solís, Oscar, 333n., 339, 370n., 388 y n., 406n., 410n.; y elecciones de 1920, 425-28, 445 y n.; y escisión comunista, 431-38, 439n., 441, 443n., 462n., 469, 473, 475 y n., 477.
- Perezagua, Facundo, 57 y n., 65-66; y creación de la organización socialista de Vizcaya, 68-74, 76-77, 81; y elecciones de Baracaldo (1898-1905), 81n.; y 1 de mayo de 1890, 83-88; y huelga de 1890, 91; íd. 1903, 233-42; íd. 1910, 300-12; íd. 1911, 322-26, 329-31; íd. Ríotinto (1913-14), 95-96, 101, 346-50; y elecciones de 1891, 104-105; íd. 1907, 119, 121, 123n., 278-79; y sucesos de Bilbao de 1891, 124-26, 127-30, 135; y crisis industrial (1891-96), 147-52, 155n., 156-59, 161n., 162; y Unamuno, 165-66 y n., 168-69, 171-72, 175-76, 187-88, 203, 221-22; sobre Meabe, 224, 227-28; antirrepublicanismo, 231-32, 250, 339-41; 245, 247n., 263, 268, 272, 275, 278n., 285, 287, 289-90, 293, 296, 314, 333-34; evolución al sindicalismo, 342-46; escisión del PSOE (1915), 350-58, 359-62, 379 y n., 381; reintegración al PSOE (1919), 410; y escisión comunista, 435-37, 441, 475 y n., 477, 485.
- Perujo, Luis, 71n.
- Pestaña, Angel, 376n.
- Pi Arsuaga, F., 131n., 289.
- Pi Margall, F., 131n., 141, 183.
- Picavea, R., 143n.
- Piña, y elecciones de Vizcaya, 108-118, 173n.
- Plaza, G., 280n.
- Polanco, Luis, 113, 186-90.
- Polavieja, Camilo García de, 194.
- Posse y Villelga, J., 211n., 266n., 426-27.
- Pozas, Juan, 433, 439n., 475n.
- Pradera, Víctor, 244n., 382n.
- Prangle, 305.
- Prieto, Horacio M., 73n., 473n.
- Prieto, Indalecio, 9, 72n., 117, 160, 166n., 203n., 231, 247; y Juventud Socialista, 248, 262 y n., 270n., 296, 300, 333-35; y sucesos de septiembre de 1911, 337-39; apoyo a Conjunción Republicano-Socialista, 339-41; oposición al nacionalismo vasco, 342; y elecciones de Valmaseda (1913), 342-44; 345-46, 349; y escisión de la Agrupación Socialista de Bilbao (1915), 350-58, 364 y n., 365-67, 370n., 371n.; y huelga de 1917, 373n., 375n., 377n.; diputado por Bilbao (1918), 377-82; política españolista, 386-89; y elecciones de 1919, 393-97, 404 y n.; y jornada de ocho horas, 406, 410; y conflictos metalúrgicos de 1919, 412-14; y elecciones de 1920, 422-28; y escisión comunista, 429-37, 443n., 444 y n.; y crisis industrial de 1921, 453 y n.; y huelga metalúrgica de 1922, 461-64, 477 y n.; y elecciones de 1923, 478-83, 485-86.
- Primero de mayo de 1890, 82-87; de



- 1891, 119-20; declinar tras 1893, 134-36.
- Primo de Rivera, golpe de, 483n.
- Pugés, M., 143n.
- Rebollar, R., 315, 408.
- Redondo, Juan, 71n.
- Regueral, Fernando González de, 385, 411 y n., 413, 417, 422n., 422-24, 441-44, 456-57, 462-63, 475n.
- Rengifo, 395.
- Rentería, 179-81; huelga metalúrgica (1920), 403; *id.* general (1920), 407-409.
- Republicanos (y partidos republicanos): votos en Bilbao (1891-1903), 110 y n.; *id.* en distritos obreros de Bilbao, 115-16 y n.; *id.* en 1893, 154n.; *id.* en 1922, 478 y n.; pactos locales con monárquicos, 110; y elecciones de Bilbao (1895), 158 y n.; *id.* 1903, 243; *id.* 1907, 284 y n.; *id.* 1918, 380; *id.* 1919, 396; *id.* 1920, 425-28; y socialistas, 168-69, 232, 276-79, 351 y n.; sociedades obreras, 256, 265; y sucesos de septiembre de 1911, 336-38; política españolista, 343 y n.; crisis en 1917, 379 y n.; fuerza en Bilbao en 1922-23, 478 y n. (véase *Conjunción Republicano-Socialista*, Elecciones, H. Echevarrieta, R. Madariaga, I. Prieto, F. Solaegui).
- Revilla, Gerardo G., 202n., 220 y n.
- Riotinto; huelga minera de 1913-14, 346-50.
- Roldán, S., 364n., 368n., 400n.
- Romanones, conde de, 58, 254n., 283n., 291n., 298n., 319, 385 y n., 406.
- Romero Maura, J., 263n., 287n.
- Rosón, E., 109n.
- Ruiz, Cenón, 124n., 125-26, 156-57.
- Ruiz, David, 315n., 367n.
- Ruiz, Julián, 439 y n.
- Ruiz Capdepón, Trinitario, 189n.
- Ruskin, 167n.
- Saborit, Andrés, 341n., 367n., 376n.
- Sagasta, Práxedes M., 100n., 107n., 109, 113n., 141-42, 145n., 184-85, 197.
- Salas Antón, J., 468n.
- Salaverría, José M., 179 y n., 376n., 378n.
- Salaverría, Mariano, 378n.
- Salazar, Luis, 305 y n., 385.
- Salazar, Pedro, 278n.
- Salmerón, Pablo, 251, 274.
- Salsamendi, Esteban, 221, 391.
- San Salvador del Valle: población, 32-33; Agrupación Socialista, 74n.; votos de Perezagua (1891), 105n.; elecciones locales (1911), 337 (véase *La Arboleda*, Huelgas, Minas, Sindicato Minero de Vizcaya).
- San Sebastián: 1 de mayo de 1890, 87; mitin socialista (1897), 175-76; creación del Centro Obrero (1899), 211; huelgas, 218, 369 y n., 407-409; elecciones de 1909, 291; *id.* 1910, 297; *id.* 1911, 337n.; *id.* 1917-18, 378-79 y n.; votos socialistas (1919-23), 403n.; tranquilidad en agosto de 1917, 375; baja de precios (1921), 450n.; comunistas en la Federación Local de Sociedades Obreras, 471.
- Sánchez Guerra, José, 350; y huelga de agosto de 1917, 372, 374-75n.
- Sánchez Marco, J., 274n.
- Sánchez Ramón, A., 195n.
- Sánchez Ramos, F., 30n., 137n., 145n.
- Sánchez Rivero, J., 291n.
- Sangro, Pedro, 311n.
- Santa Ana de Bolueta, 28, 30, 42.
- Santamaría, Arsenio, 390.
- Santisteban, 305.
- Sarasqueta, Víctor, 177.
- Seguí, Salvador, 433n.
- Seisdedos, Leandro, 96n., 231, 236, 278n., 360n.
- Semana Trágica, 287-88.
- Sestao: industria fabril, 26-31; crecimiento (1887-1900), 33; salarios, 55; Agrupación Socialista, 74n.; UGT (1893), 80; y huelga minera de 1890, 90-91; *id.* 1891, 124; *id.* 1892, 128-29; *id.* 1903, 240; votos de Perezagua (1891), 105n.; 1 de mayo de 1891, 120; crisis industrial (1891-96), 139-40; mítines proteccionistas, 143; paro (1894-95), 149-50; huelgas en 1899, 213-15; *id.* 1905, 259-60; *id.* 1911, 324-26; *id.* 1916, 365-67; *id.* 1919-20, 412-19; *id.* 1922, 458-64; crisis industrial (1921), 446-50 (véase *AHV*, Astilleros del Nervión, Baracaldo, Huelgas, Sindi-

- cato Metalúrgico de Vizcaya, La Vizcaya).
- Sevilla Andrés, D., 297n., 319n.
- Shorter, E., 98n.
- Silvela, Francisco, 113n., 123, 134 y n., 194.
- Sindicato de la Construcción de Bilbao, 466.
- Sindicato Metalúrgico de Guipúzcoa en 1920, 400.
- Sindicato Metalúrgico de Vizcaya, 316, 365 y n.; ofensiva de 1916, 366-67, 371-72; crecimiento en 1918-20, 401; política laboral (1919), 406 y n.; y huelgas sindicalistas (1919-20), 412-19; sindicación obligatoria, 422 y n.; crisis de 1921, 451-52; y huelga de 1922, 458-65.
- Sindicato Minero Asturiano, 315, 348-49, 367n.
- Sindicato Minero de Vizcaya: afiliados (1911-15), 103 y n., 336, 371; crecimiento en 1918-20, 401; contratos colectivos (1918-20), 405 y n.; escisión comunista, 439-40; y huelga de 1922, 455-58; *id.* 1923, 475-77 (véase Federación de Obreros Mineros de Vizcaya, Huelgas Minas).
- Sindicato de Obreros Papeleros de la Región Vasco-Navarra, 314; en 1919-21, 401; contrato colectivo (1920), 407 y n.; crisis de 1921, 451-452, 465 y n., 469.
- Sindicatos Unicos: véase Confederación Nacional del Trabajo.
- Smith, cónsul, 55n., 76n., 132, 133n., 209n., 228n.
- Socialismo (y socialistas): véase Partido Socialista Obrero Español.
- Sociedad Española de Construcción Naval, 363, 412-13, 417-18, 447, 458 y n.
- Sociedad Franco-Española de Trefilería, Cablería y Tranvías Aéreos, 29.
- Société John Cockerill, 18n., 26.
- Sol y Ortega, J., 285, 289, 294n.
- Solaegui, Federico, 22n., 23n., 47n., 106, 107n., 110, 112, 114n., 115, 136, 137n., 262-63.
- Solano, José, 66, 71 y n.
- Soldevilla, F., 144n., 370.
- Soler, general, 260.
- Solidaridad, La, 78-79.
- Solidaridad de Obreros Vascos, 337 y n., 366, 373n., 416 y n., 422, 442.
- Solidaridad Vascongada, 274.
- Solinís, José, 49n., 253n.
- Somorrostro: cuenca minera, 15-18.
- Soriano, Rodrigo, 222, 223n., 274, 289, 297, 307.
- Sota y Aznar, Naviera, 26.
- Sota y Llano, Ramón, 26, 47n., 112 y n., 294, 336n., 378, 386n., 416.
- Talleres Deusto, 28, 30, 137, 271n.
- Talleres Zorroza, 28, 30, 80, 132n., 271n., 309, 366n., 415.
- Tato y Amat, M., 289n.
- Tejero, Mariano, 338.
- Tejón y Marín, 374n.
- Tetuán, duque de, 144, 145n.
- Tily, C., 98n.
- Tolosa, 177, 179-81; industria del papel, 207; elección de 1903, 244n.; *id.* 1905, 274n.; *id.* 1919, 395-96; huelgas, 314-15, 369 y n.
- Tolosa Latour, 40.
- Torre, 458.
- Torrijos, Guillermo, 71n., 215, 315, 379n., 390, 406n., 408, 437.
- Toyos, Juan de los, 372 y n., 401n., 405 y n., 407n., 412, 415-16 y n., 427, 431, 434, 437, 452 y n., 469 y n.
- Tubos Forjados, 28, 30, 137.
- Tuñón de Lara, M., 253n., 435n.
- Turiel, Constantino, 360 y n., 361, 371n., 401 y n., 405 y n., 432n., 437, 439, 446n., 447n., 451 y n., 455 y n., 466n.
- Tusell, X., 200n.
- Ullman, J. Connelly, 287n.
- Unamuno, Miguel, 39n., 62 y n.; y huelga de 1890, 94n.; sobre elecciones de Bilbao (1893), 106, 108, 111-12, 119, 136; y adhesión al socialismo, 157-68, 169, 180; y guerra de Cuba, 182-83; y nacionalismo vasco, 199-200, 202, 204 y n., 246, 275, 285, 355n., 391, 398n.; y elecciones de 1920, 425-28.
- Unión General de Trabajadores (UGT), 69; orígenes en Vizcaya, 74 y ss.; afiliados en 1892-93, 136; en Guipúzcoa, 180n., 191; crecimiento tras 1898, 204, 210-12; Congreso de 1899, 217; *id.* 1914, 349; *id.* 1916, 367

- y n.; afiliados en Vizcaya (1903-1905), 244 y n.; en Vizcaya y Guipúzcoa (1921), 438n.; paro obrero, 254; crisis (1904-1911), 264 y n.; y huelga minera de 1910, 307-308; íd. agosto 1917, 370-77; crecimiento en 1910-11, 315-17; íd. en 1918-20, 400-401; influencia sindicalista, 315-17; pacto con CNT en 1920, 421-22, 425; escisión comunista, 438-40, 470-71 (véase Federación Local de Sociedades Obreras, Sindicatos).
- Unión Nacional, 192, 194.
- Unión Vascongada, 111.
- Urgoiti, Nicolás M.<sup>a</sup>, 404, 407 y n., 446n.
- Urizar, J., 468 y n.
- Urquijo, marqués de, 22n., 378n., 418n.
- Urquijo e Ybarra, Adolfo, 47 y n.; y elecciones de Baracaldo (1898), 81n, 107n.; y elecciones de 1893 (Bilbao), 111; y nacionalismo vasco, 112 y n.; 114n., 137n., 187, 195n.; y huelga minera de 1906, 268-73 (véase Católicos, Integristas).
- Urquijo e Ybarra, José M.<sup>a</sup>, y elecciones de 1903, 111, 114n., 226 y n., 227, 232, 244, 295 (véase Católicos, Integristas).
- Urquijo e Ybarra, Julio, 244n.
- Urrea, J., 58n., 59n., 71n., 79n., 217n., 224n., 277n., 365n., 367n., 401 y n.
- Urréjola, Eulogio, 431.
- Urresti, 456n.
- Urriñuela, Luis, 479-80.
- Ustara, A. de, 279n.
- Valdour, Jacques, 47 y n., 49n., 50 y n., 56n., 58n., 60n., 178-80n.
- Valmaseda, 50, 103; elecciones de 1891, 104-106; íd. 1896, 107; íd. 1898, 187; íd. 1910, 296; íd. 1913, 342-44; íd. 1918, 386n.; íd. 1919, 393-95, 397n.; íd. 1920, 423-28; íd. 1923, 481-82.
- Vallés y Ribot, 169.
- Varela, Eduardo, 71, 121-22, 124n., 127-30, 148, 156.
- Varela, Manuel, 305.
- Varela, Raimundo, 224n., 432n.
- Vega Heredia, P., 426.
- Vergara: industria, 180; elección de 1905, 274n.; íd. 1910, 297; íd. 1919, 386n.; huelga textil (1919), 403.
- Vergara García, E., 36 y n., 37, 38n., 49n., 52n., 97 y n.
- Versalita, A., 455n.
- Victoria de Lecea, E., 106, 108n., 114n.
- Villalonga, J., 111.
- Villanueva, Francisco, 377n.
- Villanueva, Hipólito, 236.
- Villar, Marcelino, 195.
- Villarreal, Felipe, 240, 251, 277n.
- Villavaso, C., 67n.
- Villaverde, Raimundo Fernández, 240.
- Viteri, Jacinto, 473n.
- Vitoria, 84; huelgas, 218; elecciones de 1910, 296; íd. 1911, 337n.; asamblea autonomista de 1917, 377n.
- Vitórica, Emeterio, 214.
- Vivancos, J. M., 305.
- Vizcaya: minas, 15-17; industrialización, 21-31; inmigración obrera, 31-33; huelgas, 67-68, 95-101, 217-18, 319-34, 368-69, 374-75, 410-11 y n., 454-68; elecciones y política local, 106-118, 422-28, 383-87, 478-33; precios y carestía, 132-33, 187-88, 208-209, 450n.; crisis industriales, 137-45, 254-55, 446-50; crecimiento económico, 205-208, 358-65; sociedades obreras, 210-12, 400-401; relativa distensión social (1919-21), 397-99, 402-404.
- Vizcaya (La), Metalurgia y Construcciones, 26-30, 33, 77; huelga de 1890, 90-91, 120, 132n.; producción, 138-39, 205-206; huelgas en 1899, 213-15, 259 (véase AHV, V. Chávarri).
- Vozmediano, Juan, 215.
- Wood, cónsul, 25n., 255 y n.
- Woolf, 305.
- Ybarra, grupo financiero, 18 y n., 25, 26n., 28 y n., 108, 207.
- Ybarra, Fernando, 108, 110-12, 114n., 173n., 284n., 294-95 y n., 352, 365n., 383, 385n., 386n., 387, 418 y n.
- Ybarra, Gabriel, 295n.
- Ybarra, Ramón, 81n., 109n.

- Ybarra y Bergé, J., 81n., 108n., 111n., 112n., 384-85n., 387n., 389n.
- Young, Horace, 19 y n., 20n., 21n., 57n., 86, 93n.
- Zabala, Federico, 305.
- Zaballa, A. de, 386n., 420.
- Zancada, Práxedes, 330.
- Zappino, general, 101; y huelga de 1903, 241-42; y huelga de 1906, 271-272.
- Zaragüeta, alcalde de San Sebastián (1920), 408.
- Zona fabril: véase Baracaldo, Sestao.
- Zona minera: véase Minas.
- Zorraquin, Pedro, 305.
- Zozaya, Antonio, 35n., 54, 55n., 56n., 58n., 209 y n., 210n.
- Zuazagoitia, Joaquín: sobre Meabe, 246n.
- Zubiría, Tomás, 47 y n., 81n., 110-11, 113, 114n., 418 y n.
- Zugazagoitia, Fermín, 71n., 278.
- Zugazagoitia, Julián, 58n., 65-66n.; sobre organización metalúrgica, 80 y n.; y huelga de 1890, 94 y n., 114n., 117n., 203-204n.; sobre Meabe, 224n., 398 y n., 436n., 459 y n., 461n., 474n., 476n.
- Zulueta, Luis, 39n.





# INDICE GENERAL

Prólogo ... ..	7
Abreviaturas ... ..	13
Introducción: Vizcaya industrial y minera ... ..	15
I. Las minas de Vizcaya (15).—II. Desarrollo industrial y financiero (21).—III. Los trabajadores de Vizcaya: barrios y viviendas obreras (31).—IV. El trabajo en Vizcaya (48).—V. Polarización social (60).	
1. Orígenes del socialismo en Vizcaya ... ..	65
I. Facundo Perezagua (65).—II. Un socialismo sin base sindical (74).—III. La movilización de los mineros (81).—IV. La violencia como negociación (94).—V. El Abuelo y la Piña (104).—VI. Una política contradictoria (118).	
2. De las turbulencias iniciales a la ofensiva electoral. ... ..	131
I. El declinar de la agitación laboral (131).—II. Crisis industrial (137).—III. Errores de una política (145).—IV. Un partido respetable (152).—V. Unamuno, ¿socialista? (157).—VI. El error Chávarri (168).—VII. El movimiento obrero en Guipúzcoa (176).—VIII. 1898: Oposición a la guerra y oportunidad electoral (181).	
3. La aparición de nuevas fuerzas ... ..	191
I. El nacionalismo vasco (193).—II. El primer impulso sindical (203).—III. Una labor educadora (212).—IV. Anticlericalismo y socialismo (221).—V. «Las cóleras de los mineros» (230).	
4. La crítica del aislacionismo ... ..	243
I. La Juventud Socialista (143).—II. La crisis del movimiento obrero (253).—III. Otra vez los mineros	

(266).—IV. La primera coalición republicano-socialista (276).—V. La polémica sobre la coalición (279).	
5. La Conjunción Republicano-Socialista ... ..	287
I. La unión de las izquierdas (287).—II. Bilbao, ciudad radical (291).—III. La gran hora de Perezagua (298).—IV. La agitación laboral: sucesos de septiembre de 1911 (312).	
6. Indalecio Prieto ... ..	335
I. La unión de la derecha (335).—II. El aislamiento de Perezagua (342).—III. La escisión de la Agrupación de Bilbao (350).—IV. El impacto de la primera guerra mundial (358).—V. Movilización de los metalúrgicos (362).—VI. Malestar laboral: 1916-17 (368).—VII. La huelga de agosto de 1917 (369).—VIII. Prieto, diputado por Bilbao (377).	
7. Bilbao, distrito socialista (1919-1920) ... ..	383
I. Otro Lerroux (383).—II. Política de equilibrio social (397).—III. El conato de los sindicatos únicos (409).—IV. Don Miguel de Unamuno y don Indalecio Prieto (419).	
8. Crisis industrial y escisión del PSOE (1921-1923) ...	429
I. Terceristas, moscuteros y neocomunistas (429).—II. Ofensiva patronal y oportunidad comunista (446).—III. Contra el rey por el artículo 29 (478).	
Conclusión ... ..	484
Apéndices ... ..	487
Bibliografía ... ..	530
Índice onomástico y analítico ... ..	543

WITHDRAWN  
FROM STOCK  
QMUL LIBRARY





El presente trabajo analiza la evolución de la política obrerista en el País Vasco en los años de la primera industrialización de la región: 1880-1923. Se ha pretendido eludir sentimentalismos y lugares comunes, y colocar en su debida perspectiva —a través del estudio de una de las pocas regiones españolas donde el problema obrero constituyó ya desde fines del siglo XIX un problema político de primer orden— el impacto y la influencia que sobre la política española de aquellos años tuvo la movilización de los trabajadores.

Este estudio aborda, por tanto, uno de los temas más debatidos recientemente por la historiografía española, y lo hace inspirado por un empirismo deliberadamente prudente como reacción frente a generalizaciones fáciles e interpretaciones a menudo simplistas.

La versión inglesa de este trabajo —iniciado en 1969 en Madrid y continuado en La Jolla y Oxford— constituyó la tesis doctoral de Juan Pablo Fusi (San Sebastián, 1945), presentada en junio de 1974 en la Universidad de Oxford, donde, como miembro del St. Antony's College, permaneció de 1970 a 1974.



Ediciones Turner